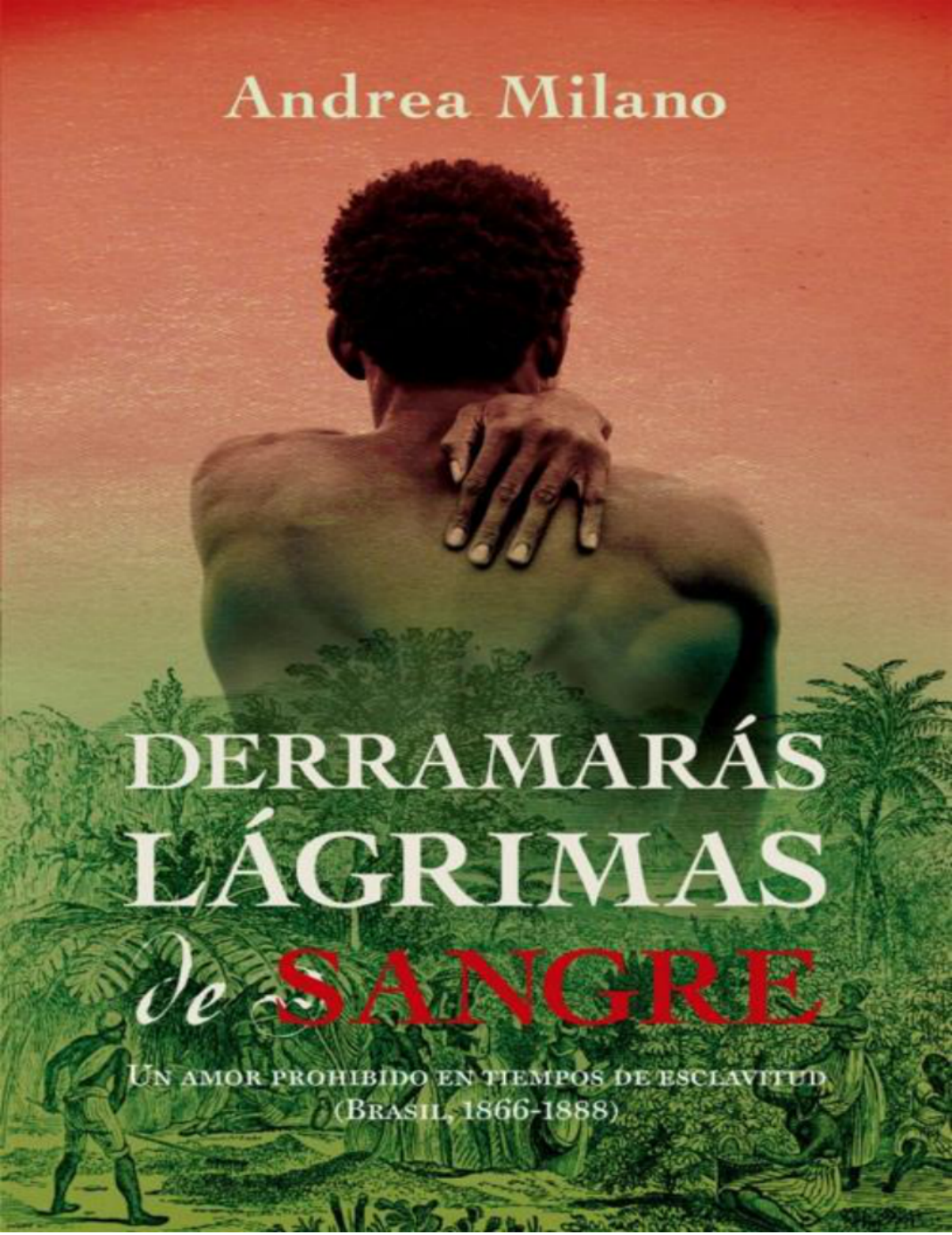
Andrea Milano



DERRAMARÁS LÁGRIMAS de SANGRE

Un amor prohibido en tiempos de esclavitud
(Brasil, 1866-1888)

ANDREA MILANO

Derramarás lágrimas de sangre

Un amor prohibido en tiempos de esclavitud

A todas aquellas personas a las que, de alguna u otra manera, les fue arrebatado su sueño de libertad.

Son los hijos del desierto, donde se unen tierra y luz, donde vive bajo el cielo, la tribu de hombres desnudos.
Son los guerreros osados, que con los tigres manchados combaten en soledad.
Ayer simples, fuertes, bravos, hoy son míseros esclavos, sin luz, ni aire ni razón.

Antônio Frederico de Castro Alves “El barco negrero” (fragmento)

PRÓLOGO

Estaba vivo.

Con el poco aliento que le restaba, logró arrastrarse hasta el patio. Se volteó lentamente y observó, impotente, cómo las precarias paredes del rancho, abrasadas por las llamas del infierno, se caían a pedazos como naipes en una mesa.

Ya no había nada que hacer. Se habían ensañado con él de la peor manera, sin siquiera darle la oportunidad de pelear. Se mordió los labios para no llorar de rabia y de dolor. Intentó ponerse de pie, pero el ardor en la espalda le impidió moverse. Quedarse allí era arriesgarse a una muerte segura. Debía alejarse antes de que alguien descubriera que había conseguido librarse del incendio. Estiró el brazo hasta alcanzar la pared del aljibe. Se dio cuenta en ese momento de lo mucho que temblaba. Se impulsó hacia arriba y logró incorporarse. Tomó el barreño de madera y se echó el agua encima para refrescarse. La quemadura en su espalda escoció como el mismísimo demonio. Ahogó un grito mientras se deshacía de los jirones de tela de su camisa que se le habían pegado a la herida. Uno de los caballos, nervioso por la cercanía del fuego, empezó a rasguñar el suelo con sus pesadas herraduras mientras abría y cerraba los ollares para intentar respirar. Volvió a caer al suelo. La densidad del humo se hacía cada vez más espesa y le provocaba un picor en la garganta. Le hizo señas de que se aproximara. Sería más sencillo montarse encima del animal que ir a su encuentro. El potro se resistía a obedecer, estaba tan asustado como él. Puso el cubo en el suelo, y aunque ya no había ni una gota de agua en su interior, fue todo lo que necesitó para atraer nuevamente su atención. Cuando lo tuvo cerca, se sujetó con ambas manos del estribo y consiguió erguirse. Hizo un esfuerzo sobrehumano para llegar hasta la silla de montar, y comprendió de inmediato que encaramarse encima del caballo, en su calamitosa condición, sería

toda una odisea. Debía intentarlo. No tenía otra opción si quería salir de allí. Puso el pie derecho en el estribo y, tomando aire, saltó sobre el animal, quedando con medio cuerpo colgando. Cuando buscó acomodarse mejor, vio por el rabillo del ojo que un jinete se aproximaba. Era una silueta fantasmagórica que se dibujaba más allá del humo que se alzaba por encima de los muros del rancho y se perdía en la espesura del valle. Su primera reacción fue pedir ayuda; sin embargo, a medida que el desconocido se iba acercando, descubrió que se trataba de uno de los hombres que lo habían atacado. El miedo y el instinto de supervivencia le dieron la fuerza suficiente para tomar las riendas del animal y echarse a andar. No llegó muy lejos. Un vozarrón lo intimidó a detenerse. Ni siquiera miró hacia atrás. Azuzó al caballo, golpeándolo en la parte trasera con vehemencia, pero cuando la bala que le estaba destinada entró por su espalda, cayó pesadamente hacia delante y terminó en el suelo, con un agujero en el cuerpo. Aturdido y débil escuchó a su agresor apearse de su caballo y avanzar hacia él. Debía huir. Si permanecía un segundo más allí, todo lo que había luchado para sobrevivir habría sido en vano. Y él no estaba listo para morir todavía.

Se arrodilló con las manos abiertas apoyadas en la hierba. La sangre que manaba de la herida chorreaba por su pecho y caía en gruesas gotas sobre la tela sucia de sus pantalones. La bala había atravesado su cuerpo, dejándole un agujero a escasos centímetros del corazón. Llegar hasta el río era su única escapatoria. Y lo sabía. Unos cuantos metros lo separaban del cauce que corría por esas tierras. Aunque la distancia no era mucha, el desconocido venía pisándole los talones. Se arrastró por el suelo hasta que consiguió incorporarse. Se cubrió la herida para detener el sangrado. Con la visión borrosa y el cuerpo maltrecho por causa del disparo y la quemadura, tardó una eternidad en alcanzar la orilla del Jaguarí. Cuando miró por encima de su hombro, vislumbró esa silueta oscura y amenazadora acercándose a pasos agigantados. Contempló el río. En su largo recorrido que terminaba desembocando en el Uruguay, esas aguas tumultuosas que se estrellaban contra las rocas infundían un gran temor. Sin embargo, en ese momento, arrojarse en ellas era su única oportunidad para

salvarse. Cuando faltaban pocos metros para que su atacante llegara hasta él, se entregó a esas aguas y encomendó su alma al Señor. Su cuerpo, gravemente herido, fue devorado sin piedad por el Jaguarí mientras una gran mancha de sangre iba tiñendo su cauce.

PRIMERA PARTE

1866-1872

UNO

Ciudad de Campinas, São Paulo, Brasil, 1866

Esa calurosa mañana de abril, Maria Graça, la hija menor del coronel Esteves, saltó de su cama y corrió hacia la ventana apenas oyó el cántico de los esclavos. Descalza y con el cabello alborotado, se asomó detrás de la cortina solo para verlo. Con Dimas no hacía falta pactar un encuentro. Él sabía que solo bastaba con levantar la cabeza y espiar hacia la planta alta de la casa grande para que sus ojos color azabache se cruzaran con la mirada celestial de la amita Maria Graça cada vez que abandonaba las barracas para dirigirse al cafetal. Como un ritual que repetían casi a diario, ella le sonrió y él asintió, devolviéndole la sonrisa. Ese simple gesto que compartían desde hacía casi un año, pasaba desapercibido para los demás esclavos de la hacienda. Una sola persona conocía el secreto que tan celosamente custodiaban la niña Maria Graça y el esclavo Dimas. Edileusa, la nodriza de la muchacha, era la única que sabía de ese amor clandestino que había nacido entre su amita y una de las piezas más apreciadas del coronel. La negra procuraba siempre solapar sus escapadas y, aunque no se lo pidiesen, les soltaba de vez en cuando algún que otro sermón para evitar que fueran descubiertos y se desatara la tragedia sobre sus cabezas. Edileusa le había contado que sus padres estaban preocupados por su futuro, y en una de esas tantas charlas nocturnas que sostenían en la veranda habían mencionado su intención de encontrarle un buen candidato para que la desposara. Maria Graça apartó esos sórdidos pensamientos de su mente. No concebía la idea de que otro hombre la pretendiera, no después de haber besado a Dimas. Mientras lo veía alejarse de la hacienda con sus herramientas de labranza al hombro, recordó ese primer beso, tímido

e inocente, que él le robó durante una noche de Carnaval. Ella se había escabullido de la casa con la ayuda de Edileusa, y Dimas la esperaba detrás de una de las barracas. Allí, escondidos de todos y escudándose en las sombras, Maria Graça Esteves creyó desfallecer cuando los labios gruesos y húmedos de Dimas se posaron en los suyos. Aturdida, pero también asustada por la extraña reacción de su cuerpo, había salido huyendo apenas él la soltó. Al otro día, avergonzada por su comportamiento, le había enviado una nota en donde le pedía perdón. Dimas, quien no sabía leer, había estado dando vueltas con el papel varios días hasta que ya no aguantó más la incertidumbre y la buscó durante unos de sus paseos por la hacienda. Ahí, después de oír de sus propios labios lo que decía la nota, el esclavo supo que la amita Maria Graça se le había clavado en el corazón. Cuando le confesó que no sabía leer, ella se ofreció a enseñarle. Era una excelente excusa para poder estar juntos sin levantar sospechas.

Absorta en sus pensamientos, dio un respingo al oír que la puerta de su habitación se abría. Suspiró con alivio al descubrir que se trataba de Edileusa.

—Niña, ¿qué está espiando? —la retó. Enseguida se dispuso a correr las cortinas para evitar que otros en la casa se dieran cuenta de lo que hacia la jovencita por las mañanas cada vez que los esclavos pasaban por delante de su ventana.

Maria Graça no le respondió. Se sentó en el alféizar y comenzó a juguetear con el lazo de su camisón hasta hacerle un nudo.

—Debería ser más cautelosa. Si el coronel se entera de lo que sucede, no será su merced la que se lleve la peor parte —le dijo con toda la intención de meterle el miedo en el cuerpo. La adoraba, sin embargo, sabía que sería el pobre Dimas el que terminase colgado del tronco o amarrado al cepo por haber puesto sus ojos tan alto.

Las palabras de la negra surtieron efecto. Maria Graça se apartó rápidamente de la ventana y se arrojó sobre la cama. Tenía los labios apretados y el entrecejo arrugado. No le gustaba que la regañasen, mucho menos que fuese por una situación que ella no sabía cómo manejar. Eso tan intenso que sentía en el cuerpo apenas Dimas le

dedicaba una mirada no entendía de razones ni de clases sociales. Una vez más, prestó oídos sordos al comentario de Edileusa. No quería pensar en las terribles consecuencias que sufrirían si llegaba a oídos de su padre que “la pequeña Maria Graça” se veía a escondidas con uno de sus esclavos. Le bastó entornar los párpados para recrear en su mente la manera osada en la cual Dimas la había tocado durante su último encuentro. Enseguida, un calor sofocante le encendió las mejillas y tuvo que voltear la cabeza para evitar que Edileusa se diese cuenta de que cuando ella y Dimas estaban juntos no se comportaba precisamente como “la señorita de la casa” ni, mucho menos, como “la niña de papá”.

—Mi padre no puede prohibirme que me acerque a Dimas —le soltó, convencida de que el coronel Esteves jamás iría en contra de sus deseos. Si hubiese sido así, no le habría permitido enseñarle a leer a uno de sus esclavos. Había dado su consentimiento después de que ella le enumerase un sinfín de beneficios que obtendría alfabetizando a una de sus mejores piezas. Dimas no solo era joven y fuerte, también tenía el don de la palabra y gozaba del respeto entre sus pares. Siempre que surgía algún conflicto con la negrada, él se convertía en un magnífico intermediario. ¿Qué mal había en que además aprendiese a leer?

—El coronel ni siquiera sospecha lo que sucede entre su merced y ese negro —replicó Edileusa mientras sacaba del armario el vestido que usaría esa mañana. La ama le había pedido expresamente que eligiese uno de los más vistosos, y aunque no había querido decirle por qué, ella intuía de qué se trataba.

Maria Graça resopló en un gesto de fastidio. Mientras no los descubriesen, ellos podían continuar viéndose porque no molestaban a nadie. A pesar del escándalo que estallaría el día en el que sus encuentros clandestinos salieran a la luz, no iba a renunciar a Dimas. Era incluso capaz de huir con él para vivir en un quilombo en medio del monte con tal de ser felices. La imprevista aparición de su madre interrumpió sus pensamientos y provocó que Edileusa se pusiera nerviosa.

—*Sinhá* Isadora, he escogido el vestido más primoroso para la niña.

—Se apresuró a enseñárselo para que no notase lo turbada que estaba. Compartir un secreto tan grande con la señorita Maria Graça le provocaba un malestar en el cuerpo que se evidenciaba en un ligero temblor en las manos.

Doña Isadora inspeccionó el vestido con sumo cuidado. Tras darlo vuelta de arriba abajo, asintió satisfecha.

—Maria Graça, quiero que esta tarde luzcas radiante. —Se dirigió hacia el tocador isabelino y abrió el cofre en donde su hija guardaba sus joyas más preciadas—. Usarás el collar de perlas blancas que heredaste de tu abuela. La ocasión lo amerita —afirmó, con un halo de misterio.

Maria Graça miró a Edileusa. Cuando la negra le esquivó la mirada, supo que ella era la única en esa habitación que desconocía lo que ocurría.

—¿Iremos a algún lado, madre? —preguntó, curiosa.

Doña Isadora la ignoró por completo. Regresó el fino collar a su sitio y, tras hacerle una extraña seña a la esclava, se fue sin siquiera voltearse a verla.

—¿Qué ocurre, Edileusa? ¿Por qué tanto misterio?

—¡A mí no me pregunte nada, niña! —saltó la negra, poniéndose rápidamente a la defensiva mientras se dirigía hacia la puerta con el vestido en los brazos—. Iré a almidonarlo para que pueda ponérselo esta tarde. ¡Con permiso, mi niña!

Maria Graça se quedó con la boca abierta y una extraña inquietud carcomiéndole la cabeza. Edileusa había conseguido escabullirse tan de prisa que ni tiempo le había dado para someterla a uno de sus exhaustivos interrogatorios.

*

Jandiara, quien desempeñaba sus tareas en la casa grande, sabía del poder que ejercían sus voluminosas caderas cada vez que aparecía en la plantación de café con la excusa de tomar un atajo para dirigirse al arroyo a lavar la ropa. Todos le dedicaban alguna que otra mirada lasciva y le sonreían con la ilusión de ganarse, aunque sea, una sensual caída de ojos. Sin embargo, Jandiara apenas les prestaba

atención. El único hombre que le interesaba ni siquiera se volteaba a verla. Aunque se pavonease delante de él con la falda un poco más corta de lo habitual y los dos primeros botones de la blusa desprendidos para que sus pechos generosos quedasen expuestos, no conseguía que Dimas la mirase. Aun así, no pensaba claudicar en sus intentos de seducirlo y sabía que tarde o temprano terminaría conquistando a ese negro que tanto se le resistía. No entendía por qué la ignoraba cuando los demás se la comían con los ojos. No podía tratarse de otra mujer porque en toda la hacienda no había ninguna negra que le hiciera sombra. Mientras se iba aproximando al objeto de su deseo, empezó a contonear las caderas y a tararear una alegre canción anunciando su presencia. La espalda desnuda de Dimas y el movimiento de sus fuertes músculos al estirarse para cortar los granos de café le quitaron el aliento.

—Buenos días —le dijo toda zalamera, parándose justo detrás de él para que no tuviese la oportunidad de alejarse.

Dimas apartó apenas la vista un segundo para devolverle el saludo con un breve movimiento de cabeza. Al hacerlo, sus ojos se posaron en el escote de la blusa. Los rayos del sol hacían que su piel oscura resplandeciera. Siguió el recorrido de unas cuantas gotas de sudor que se iban deslizando entre los pechos de Jandiara y, cuando se dio cuenta de cuál era su intención, optó por apartar la mirada.

—Esta noche habrá fiesta —le dijo, negándose a irse—. Un poco de música y alcohol para alegrar el espíritu.

Dimas guardó silencio. Parecía que ni siquiera la había escuchado.

—No crea que vaya. Mañana hay que levantarse temprano —alegó, desinteresado.

—Todos en las barracas debemos madrugar, Dimas —replicó acercándose un poco más—. Eso no impide que podamos divertirnos. ¿Qué hay de malo en disfrutar una noche cuando nos deslomamos todos los días para cumplir con el amo? Me gustaría mucho que fueras… —le rozó el brazo con la punta del dedo y, cuando él la miró, se humedeció los labios con la lengua.

Dimas hizo caso omiso a su enésimo intento de seducirlo porque no quería caer en sus redes. Conocía de sobra a las mujeres como

Jandiara y era mejor apartarse de ella antes de cometer un error que le costase caro.

—No cuentes conmigo, Jandiara. Terminaré tan cansado que después de cenar me iré a la cama.

—¿Solo? —preguntó, traviesa.

Él no le respondió.

—Yo sí iré. Después de toda la faena de hoy, voy a necesitar despejarme un poco. El coronel espera la visita de un caballero esta tarde y la *sinhá* Isadora nos ha pedido que bruñamos la vajilla más fina, la que se usa solo en ocasiones especiales. Debe ser alguien muy importante. Corre el rumor de que el hombre que viene a la hacienda es el futuro prometido de la niña Maria Graça.

El cuenco lleno de granos que Dimas sostenía en su mano terminó en el suelo. Giró sobre sus talones y fulminó a Jandiara con sus ojos negros.

—¿De qué hablas? ¿Cómo es eso de que la niña Maria Graça se va a comprometer?

Jandiara, asombrada por su reacción, supo en ese preciso instante la razón que se ocultaba detrás del continuo rechazo de Dimas. La hija del coronel era la culpable de que él no le hiciera caso. Experimentó tanta rabia que le costó fingir que no le afectaba lo que acababa de descubrir.

—Sería lo más lógico, ¿no te parece? Ya está en edad de conseguir marido.

—¡Cállate! —le ordenó.

—¿Por qué te importa tanto que el amo quiera casar a la niña Maria Graça?

—Tú no lo entiendes —balbuceó Dimas. Parecía que alguien le acababa de propinar un puñetazo en el medio del rostro. La cercanía de Jandiara no hacía más que molestarlo. Acababa de darle la peor de las noticias y lo único que deseaba era abandonar el cafetal para buscar a Maria Graça y exigirle una explicación. Tuvo que refrenar sus impulsos para no ponerse en evidencia delante de Jandiara. Además, su presencia en la casa grande a esas horas de la mañana levantaría sospechas. De mala gana, recogió el cuenco vacío y continuó con su

trabajo. No volvió a abrir la boca. Ante su indiferencia, Jandiara se dio media vuelta y se marchó. Los demás esclavos fueron testigos de cómo la mulata iba maldiciendo en voz baja mientras se alejaba por el sendero hacia el arroyo.

*

Augusto Soares do Carvalho sonreía satisfecho mientras se atusaba el bigote frente al espejo. Su padre le había comunicado esa misma mañana que irían de visita a la hacienda de los Esteves para formalizar el compromiso con la hija menor del coronel. Tenía vagos recuerdos de la muchacha, a quien no veía desde niño, sin embargo, confiaba en el criterio de su padre cuando le aseguraba que se había convertido en toda una beldad. Además, a él poco le importaba su aspecto físico. Si Maria Graça resultaba poco agraciada, bien podía buscarse una amante. El hecho de que la convirtiera en su esposa no significaba que tuviese que renunciar a sus caprichos. Sabía mejor que nadie que la unión de ambas familias no era más que un trato comercial en el cual él, además de abandonar la soltería, se llevaba a una de las jovencitas casaderas más solicitadas de la ciudad. Se peinó el cabello con los dedos y se acomodó el corbatín de seda para que no le ajustase demasiado el cuello. Era atractivo y se valía de su buena apariencia para obtener siempre lo que deseaba. Miró su reloj de bolsillo. Su padre, fiel a las costumbres, debía de estar esperándolo en el comedor para almorzar. Lo hacían a diario, a la misma hora en la cual su madre, doña Joaquina, los hubiese convocado para disfrutar la comida en familia. Pero su madre ya no estaba. Una tuberculosis traicionera se la había llevado una noche de invierno cuando él se encontraba en São Paulo finalizando sus estudios. Le había dolido no poder despedirse de ella, ya que apenas había alcanzado a llegar para su entierro. Al ser hijo único, había vivido siempre pegado a las faldas de su madre. Quizá por esa razón, su padre había tomado la decisión de enviarlo a estudiar lejos de Campinas. No se lo había dicho nunca, pero lo culpaba de no haber podido estar con ella en sus últimos momentos.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por unos tímidos golpes en

la puerta.

—Adelante.

—Con su permiso, amo. —Nelinha, una de las mulatas más jovencitas que servía en la casa, entró a la habitación con la cabeza gacha y las manos en la espalda—. Me manda su padre a decirle que no tarde en bajar.

La esclava ni siquiera era capaz de mirarlo a los ojos. Sin decir absolutamente nada, Augusto se le acercó y, cuando ella retrocedió para intentar esquivarlo, la acorraló contra la pared.

—¿De qué tienes miedo, muchachita? —la increpó, alzando la voz. Cuando su mano se deslizó por esos pechos vírgenes que apenas comenzaban a formarse, Nelinha se echó a llorar. El temblor en su cuerpo y la actitud defensiva que asumió al encogerse, como si quisiera desaparecer, solo logró que el joven Soares do Carvalho se excitara aún más. Para él, los esclavos eran animales; seres sin sentimientos que el buen Dios había puesto en la Tierra para servir a los demás. Y para eso estaba Nelinha y cualquiera de las negras de su hacienda, para servirlo cada vez que él así lo decidiera. De un rápido movimiento le levantó la falda mientras le mordisqueaba el cuello. Si había algo que lo enloquecía de una mujer de su raza era el olor de su piel. Esa exótica mezcla de hierba fresca y sal podía ser tan embriagadora como el más delicado de los perfumes franceses que llevaban las damas de la alta sociedad paulista.

Nelinha no podía gritar. El llanto le había hecho un nudo en la garganta. De nada le servía pedir ayuda. El amo mandaba, y si a él le apetecía tenerla, nadie vendría a socorrerla. Sabía por las demás esclavas que, si ese momento llegaba algún día, no debía resistirse porque podría ser peor para ella. ¿Peor que perder su virtud a los trece años en manos de un déspota como el joven amo? Dudaba que existiera una vejación más terrible. Cerró los ojos y apretó los labios con fuerza cuando la lengua de ese hombre al que tanto odiaba se abrió paso entre los pliegues de su blusa para tomar posesión de sus pechos.

Los molestos gimoteos de la esclava no le impidieron a Augusto Soares do Carvalho sujetarla con firmeza de la nuca para obligarla a

que se diera vuelta. De un tirón le bajó los calzones y, tras darle unas cuantas nalgadas, se abrió la bragueta del pantalón. La penetró con tanta urgencia que el cuerpo de la niña se sacudió en un espasmo violento. Tuvo que sostenerla por la cintura para que no terminase en el suelo.

Nelinha ya no soportaba el dolor que le provocaban sus embestidas. Sentía que, con cada movimiento, algo se desgarraba en su interior. Le imploró a Dios que se apiadara de ella, que se la llevase a su lado antes de volver a pasar otra vez por lo mismo. Cuando por fin la liberó, se cubrió la desnudez de su cuerpo ultrajado con manos temblorosas. Como pudo, porque las piernas apenas le respondían, caminó hacia la puerta.

—Avísale a mi padre que en un momento bajo —escuchó que le dijo el joven amo antes de abandonar la habitación. Nelinha no obedeció la orden que le dio. Se dejó caer pesadamente sobre la alfombra que cubría el pasillo y, con el alma destrozada, rogó que lo que acababa de ocurrir no tuviera consecuencias. Ella ya había empezado a sangrar y las negras más viejas le decían que estaba lista para procrear. Antes muerta que llevar un hijo de ese maldito en el vientre.

DOS

Esa tarde, atendiendo al misterioso pedido de su madre, Maria Graça se esmeró más de la cuenta en su aseo personal y lució con orgullo el famoso collar de perlas de la abuela Edelmira. Era solo una pequeña concesión para evitarle un disgusto y ahorrarse uno de sus aburridos sermones. Cerca de la hora de la merienda, bajó por las escaleras con esa elegancia que la caracterizaba y se asomó por una de las ventanas del salón con la esperanza de ver a Dimas. Seguramente la estaría esperando en el lugar de siempre para otra de sus clases y ella no iba a ir. Cuando le pidió a Edileusa que mandase a alguien a avisarle, la negra se había negado rotundamente, alegando que no era necesario. Ella, inquieta, temía que Dimas la fuese a buscar a la casa para ver por qué no había aparecido. Esperó en vano junto a la ventana. A esa hora, todavía estaría en el cafetal. Estaba a punto de retirarse cuando, por el rabillo del ojo, divisó un carruaje aproximándose por el camino principal. A medida que se iba acercando, descubrió que se trataba de dos caballeros. Al mayor lo reconoció de inmediato. Se trataba del señor Soares do Carvalho, uno de los hacendados de la región. Lo acompañaba un hombre joven y supuso que sería su hijo, quien según había oído acababa de volver a Campinas tras pasar una temporada en São Paulo. Se percató entonces de que el extraño pedido que le había hecho su madre tenía que ver con la inesperada visita de sus vecinos. Se apartó de la ventana y se detuvo en medio del salón. Podía subir corriendo las escaleras, alegar que no se encontraba bien y evitar una situación que, sabía, la angustiaría. Estuvo a punto de hacerlo, pero la inoportuna aparición de Edileusa se lo impidió.

—¿A dónde va, niña?

—Tú lo sabías, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere —contestó la negra, haciéndose la

desentendida.

—¿A qué viene ese señor?

Edileusa se encogió de hombros. No podía desobedecer a la señora Isadora y ganarse un castigo por andar de boca floja. Le sonrió para tranquilizarla.

—No tiene de qué preocuparse, mi niña. —Extendió el brazo hacia la joven—. Venga conmigo que su madre la espera en el comedor.

Contrariada por lo que estaba a punto de suceder, Maria Graça se guardó todas las preguntas que atormentaban su mente y la siguió sumida en el más absoluto de los silencios.

Cuando ingresó al comedor, el coronel ya se encontraba allí, ocupando su puesto en la cabecera. Llevaba su antiguo uniforme, lo que confirmó sus sospechas. Era como la vajilla de porcelana de Limoge que guardaban en una de las vitrinas: se usaba solo en ocasiones muy especiales. Su padre le hizo señas de que se sentara y ordenó a Edileusa que estuviese atenta a la llegada de los Soares do Carvalho. Apenas la esclava se dirigió a la cocina, las visitas se anunciaron con un sonoro golpe en la puerta principal. Un par de minutos más tarde, el señor João Soares de Carvalho y su hijo Augusto ingresaban al comedor con los rostros sonrientes.

—Don João. Muchacho. Les doy la bienvenida a mi casa. —El coronel Esteves se puso rápidamente de pie y estrechó sus manos con fuerza. Después de que los recién llegados saludasen a doña Isadora, llegó el turno de Maria Graça.

—Hija, quiero que conozcas a Augusto. —Omitió presentarle a su padre porque ya lo había visto en algunas ocasiones en la ciudad.

Maria Graça no se movió. Ahora que estaba segura cuál era la intención de sus progenitores, se resistía a tener que mirar a ese hombre a la cara. Se vio obligada a hacerlo cuando el propio Augusto Soares do Carvalho, contrariado por su indiferencia, se paró junto a ella.

—Es un placer conocerla por fin, señorita Esteves —le dijo amablemente—. Mi padre me ha hablado mucho de su merced y le juro que se ha quedado corto al describir su belleza.

A Maria Graça el comentario le pareció de lo más atrevido. Levantó

la cabeza y lo miró. Ahora que lo tenía cerca, descubrió que el tal Augusto Soares do Carvalho era un joven atractivo. Sin embargo, algo en sus ojos, de un tono verdoso oscuro, le provocó escalofríos en el cuerpo. El fuerte carraspeo que emitió su padre bastó para que dejase de lado cualquier aprehensión y respondiera a su saludo como lo haría una señorita de buenas costumbres y de una posición social privilegiada como ella.

—Buenas tardes, señor Soares do Carvalho. —Apartó de inmediato la mirada de esos ojos que le infundían recelo y apenas le dedicó una sonrisa—. Encantada de conocerlo.

El coronel Esteves y su esposa atribuyeron la repentina timidez de su hija al hecho de que un hombre joven la halagara de esa manera tan directa. Era lo más natural del mundo que se pusiera nerviosa. A ninguno de los dos le pasó por la mente la posibilidad de que Maria Graça estuviese asustada.

La colación le resultó más incómoda de lo que había imaginado. Entre las miradas inquietantes de Augusto Soares do Carvalho y la insistencia del coronel en ponderar las virtudes del muchacho, perdió el apetito. Doña Isadora, quien parecía ser la única en la mesa en haberlo notado, le dio a entender con un par de gestos disimulados que cambiase su actitud. Maria Graça trató de ignorarla, sin embargo, terminó por obedecerla e integrarse a la conversación.

—Está mal que sea yo quien lo diga, pero Augusto es un muchacho muy inteligente. Ha heredado el amor por la tierra y sé que las plantaciones de café quedarán en las mejores manos cuando yo ya no esté. —Miró de soslayo a Maria Graça—. Lo único que necesitaría para que la dicha fuese completa es verlo felizmente casado, llenando esa vieja casona de niños traviesos corriendo a mi alrededor.

Se hizo un silencio generalizado en el salón después de que João Soares do Carvalho se pronunciara tan abiertamente sobre la posibilidad de que su único hijo formase pronto una familia. Hasta el propio Augusto parecía sorprendido. Él hubiese preferido hablar a solas con Maria Graça antes de que supiera de sus pretensiones por boca de alguien más.

—Cualquier muchacha de la ciudad estaría encantada de que su

muchacho la elija como esposa —repuso doña Isadora endulzando su comentario con una suave sonrisa.

Padre e hijo la contemplaron. Era indudable que Maria Graça había heredado la belleza de su madre.

—Nosotros nos sentiríamos honrados si esa muchacha fuese nuestra niña —deslizó el coronel, poniendo en evidencia la verdadera intención de aquella cena.

Estrujando el mantel de hilo entre sus dedos, Maria Graça ahogó el deseo de salir corriendo. Las terribles sospechas que la atormentaban acababan de confirmarse. Observó a Augusto Soares do Carvalho y, cuando se topó con sus ojos, agachó la mirada.

—¿Y su merced qué piensa, señorita Esteves? —Augusto percibió de inmediato su rechazo. No contaba con semejante contrariedad. No cuando, en São Paulo, las jovencitas de su edad bebían los vientos por él. No iba a desistir sin antes luchar por conquistarla. Maria Graça le gustaba y, como las demás, caería rendida a sus pies tarde o temprano.

Ajena a las elucubraciones de quien seguramente se convertiría pronto en su esposo, Maria Graça alzó la mirada y se forzó a sonreír.

—Poco importa lo que yo piense, señor Soares do Carvalho —le contestó con la voz queda. El nudo en la garganta le impidió hablar más alto—. Si es su deseo y el de mis padres, acataré vuestra voluntad. —Por dentro, se estaba muriendo. Solo podía pensar en Dimas y en lo que diría cuando supiera que había aceptado comprometerse con otro hombre. Quería que ese maldito día llegase a su fin. Por eso, sintió que el suelo se abría debajo de sus pies cuando el coronel le dio permiso a su pretendiente para que la acompañase a dar un paseo por la hacienda.

—Deben estar un rato a solas para empezar a conocerse —anunció, feliz de que todo hubiese salido acorde a lo previsto. En ese momento, poco le interesaba la verdadera opinión de su hija. Mucho menos le preocupaban sus sentimientos. Verla convertida en la esposa de Augusto Soares do Carvalho era un sueño cumplido.

Maria Graça no tuvo el ánimo ni el coraje de rechazar la invitación a pasear. Lo único que esperaba era que Dimas no la viera

acompañada por Augusto Soares do Carvalho antes de que pudiera explicarle lo que ocurría.

*

Gerarda intentó de mil maneras hacer oídos sordos al molesto e insistente golpeteo en el cristal de la ventana. Le había dado la espalda y hasta había empezado a entonar una canción mientras revolvía la sopa con vehemencia. Nada parecía funcionar. A través del humo que se elevaba por encima de la cacerola, alcanzó a vislumbrar una silueta masculina pegada junto a la pared que daba al patio. Si el amo descubría que Dimas andaba rondando la casa cuando se suponía que debía estar trabajando en la plantación, no se tocaría el corazón para enviarlo al tronco. Le daba pena el mulato. Había puesto los ojos en quien no debía y ahora sufría las consecuencias. Antes de que alguien más se diera cuenta de que estaba allí, se acercó a la ventana, la abrió y le hizo señas de que se acercara.

—¿Qué es lo que quieres, jovencito? —lo amonestó, arrugando el ceño. La negra llevaba viviendo con los Esteves desde pequeña y, tras la muerte de su madre, había heredado su lugar en la cocina. Aunque era tan esclava como los demás, ahí dentro ella se sentía una reina.

—Necesito ver a la niña Maria Graça. —Oteó por encima del hombro de la negra para cerciorarse de que no había nadie más con ella.

—La amita no se encuentra en la casa. —Estuvo a punto de decirle lo que ya todos murmuraban por los pasillos de la casa, que había salido a dar un paseo con el hijo del hacendado Soares do Carvalho, quien pronto se convertiría en su esposo. Sin embargo, prefirió quedarse callada. El muchacho era capaz de ir a buscarla apenas se enterase de las novedades.

—¿Es verdad lo que me contó Jandiara?

—No sé lo que te habrá contado esa negra entrometida.

—Que un hombre vendría hoy a la hacienda para pedir su mano en matrimonio.

Gerarda dejó de revolver la sopa y lo miró con cara de circunstancia. Ya no tenía caso ocultarle a Dimas lo que ocurría.

—¡Alguien debería cortarle la lengua a Jandiara! —despotricó, furiosa. Si Dimas cometía una locura por su culpa, sería ella misma la encargada de dejarla muda.

El rostro de Dimas se transformó. Cuando Gerarda trató de convencerlo de que no había nada que él pudiera hacer para evitarlo, el mulato no la escuchó. Sus fuertes manos, salpicadas de callos, se cerraron en un gesto de impotencia.

—La amita no es flor pa' ti, muchacho. Cuanto antes lo entiendas, mucho mejor —le dijo, sintiendo pena por él—. Ahora debes regresar a tus labores. Si alguien te ve rondando la casa, te va a ir muy mal.

Justo en ese momento, apareció Edileusa. Gerarda alcanzó a cerrar la ventana antes de que pudiera ver a Dimas.

—¿Qué estabas haciendo, Gerarda?

La cocinera sonrió nerviosa.

—El humo me estaba nublando la vista, Edileusa. —Fue lo primero que se le vino a la mente para salir del paso.

Edileusa, desconfiada por naturaleza, pasó junto a ella y espió a través de la ventana. No vio a nadie; sin embargo, podía asegurar que la había oído hablar con alguien antes de que ella llegase.

—No quiero acusarte de nada, Gerarda. —Se cruzó de brazos y la miró muy seriamente—. Sabes que no debemos entrometernos en los asuntos de los amos; que estamos aquí solo para cumplir sus órdenes. Sigue mi consejo y no pongas en riesgo tu lugar en esta casa solapando causas imposibles. Conozco a mi niña Maria Graça como si yo misma la hubiese parido y sé que es capaz de valerse del cariño que todos le tienen para satisfacer sus caprichos. Dimas no es más que un esclavo y la sangre negra nunca debe mezclarse con la sangre blanca. Si algún día eso ocurre, solo nos traerá desgracia; acuérdate de lo que te digo.

Las crudas palabras de Edileusa, que sonaron a sentencia, fueron sucedidas por un silencio sepulcral que solo fue interrumpido por el crepitar de los leños ardiendo en la estufa. Gerarda tenía el alma noble y sentía pena por el pobre de Dimas, quien había sido comprado por el coronel Esteves en el mercado de esclavos de la Corte siendo apenas un niño de once años. Había llegado a la hacienda con la cabeza llena

de piojos y el cuerpo cubierto por una gruesa costra de mugre que un solo baño en la tinaja de madera no había sido suficiente para dejarlo limpio. Al principio se había mostrado huraño y rebelde. Se negaba a recibir órdenes de los caporales, y para escapar de su asedio terminaba escondiéndose en la despensa de la cocina con un pedazo de torta seca de maíz que ella misma le daba. Ese mulato de ojos grandes y vivaces había conquistado su corazón. Y, al parecer, a medida que fue creciendo también se había ganado el de la joven ama. Sacudió la cabeza para ya no pensar en semejante atrocidad. ¡Ay del pobre de Dimas si el coronel descubría sus andanzas con la *sinhazinha* Maria Graça!

Cuando Edileusa abandonó la cocina, Gerarda continuó con su tarea de revolver la sopa para que no se le espesara demasiado. Mientras permanecía allí, con el cuerpo inclinado levemente sobre la estufa y un brazo apoyado en su ancha cintura, le rezó a su adorada Santa Rita para que pusiera un poco de buen juicio en la cabeza de esos dos insensatos.

*

El paseo por la hacienda estaba resultando una verdadera tortura para Maria Graça. No tanto por las constantes y melosas palabras de su acompañante, sino por la terrible posibilidad de que, en cualquier rincón, se topasen con Dimas. Ella ya le había planteado, de una manera bastante sutil, la intención de regresar temprano para no contrariar a sus padres. Sin embargo, cuando Augusto Soares do Carvalho insistió en que lo llevase a conocer la capilla que los Esteves habían mandado a construir dentro de sus tierras, no encontró ni una razón valedera para negarse.

—Pecando de ansioso, déjeme decirle que me la imagino a su merced vestida de blanco, entrando en un lugar como este, esperando por mí frente al altar. —Se quitó el sombrero y se persignó.

Maria Graça, muda por la sorpresa de que ya estuviese hablando de matrimonio cuando apenas acababan de conocerse, enfocó su atención en el Cristo tallado en madera que presidía la nave central y que su padre había mandado a traer especialmente de la Corte incluso antes

de terminar la construcción de la capilla. Se acercó y le rozó los pies en señal de veneración. Se detuvo un instante en las manchas de pintura roja que simulaban la sangre brotando de las heridas causadas por los clavos. Cuando era niña y su madre la llevaba allí para rezar todas las tardes, al ver a esa figura flagelada, ella pensaba en esos pobres negros que el capataz azotaba en el tronco sin piedad cada vez que se alzaban en su contra. Sabía que estaba mal comparar el sufrimiento de los esclavos con el de Cristo. A pesar de que el padre Reginaldo le imponía una dura penitencia para lavar sus pecados cada vez que se confesaba con él, no podía evitar sentir una honda pena por los negros.

—Su silencio me deja preocupado, Maria Graça. —Se aproximó a ella—. Puedo llamarla por su nombre de pila, ¿verdad?

Maria Graça asintió.

—Discúlpeme, señor Soares do Carvalho. Espero que comprenda que toda esta situación me ha dejado un poco aturdida. Desconocía cuáles eran las intenciones de mis padres al invitarlos a merendar con nosotros, aunque reconozco que algo sospechaba.

—¿Le parece absurda la idea de casarse conmigo? —la interrumpió él ofreciéndole el brazo para salir juntos de la capilla.

—En realidad no lo sé —mintió—. Acabamos de conocernos, señor Soares do Carvalho.

—Augusto, por favor. Dejemos la formalidad de lado, ¿está de acuerdo?

—Como su merced quiera. —Maria Graça dejó que el muchacho le rozara la mano mientras le confiaba que a él la idea de desposar a la hija del coronel Esteves le había parecido maravillosa.

Recorrieron el sendero de regreso a la casa con cierta parsimonia. Aunque estaban bastante alejados del sector de las barracas, de vez en cuando Maria Graça espiaba por encima de su hombro para asegurarse de que nadie los viera. Fingía escuchar a su pretendiente, deslizando una media sonrisa o asintiendo distraída. No podía prestarle atención, no cuando su mente y su corazón estaban en otra parte.

Al llegar a la galería, Augusto se detuvo de repente, se dio media vuelta y la miró directamente a los ojos. Maria Graça volvió a sentirse

intimidada.

—No deseo que mi presencia la incomode, Maria Graça. No comparto la prisa de nuestros padres en querer casarnos. Estoy dispuesto a darle el tiempo que considere necesario para hacerse a la idea de que pronto se convertirá en la esposa de un Soares do Carvalho. —Le sonrió con la clara intención de llevarse al menos su confianza durante esa primera visita—. Le propongo que nos frecuentemos durante una temporada antes de formalizar nuestra unión. Hablaré con mi padre y, si es necesario, también hablaré con los suyos. ¿Qué dice?

Su propuesta le produjo un gran alivio. Era más de lo que podía aspirar, conociendo de sobra la prisa que tenían sus padres en conseguirle un buen partido. Como única respuesta, Augusto Soares do Carvalho recibió una sonrisa afable. Le volvió a prestar su brazo y la condujo al interior de la casa, donde los esperaban los demás.

No muy lejos de allí, desde un rincón del huerto y oculto detrás del tronco de un almendro, Dimas apenas podía dar crédito a lo que acababan de ver sus ojos. Jandiara tenía razón. El amo planeaba entregar en matrimonio a su hija. Ese hombre que ahora la llevaba del brazo muy pronto seguramente sería su esposo. Sintió un frío helado en el pecho. No concebía la idea de perder a su adorada Maria Graça. Maldijo al coronel Esteves, a su esposa y al malnacido que pretendía apartarla de su lado. Furioso, con el corazón hecho pedazos, regresó al cafetal antes de que el capataz notara su ausencia.

TRES

Doña Isadora sonrió complacida cuando su hija y el joven Augusto entraron al salón prendidos del brazo. Ella más que nadie celebraba la posibilidad de una unión marital entre ambos jóvenes. Los Soares do Carvalho no solo contaban con una fortuna inmensurable; el bisabuelo de Augusto había sido uno de los ciudadanos fundadores del municipio de Campinas y uno de los principales productores azucareros del país en el siglo pasado. La antigua casa en donde había morado su única hija, casada con Joaquim Soares do Carvalho, el padre de don João, todavía se mantenía en pie dentro de los terrenos de La Aurora. Se echó un poco de aire con el abanico de nácar mientras escuchaba atentamente la conversación que sostenían el coronel y el padre del novio.

Sin dudas, el tema excluyente que tenía en vilo a todo el Imperio de Brasil era la alianza que había establecido con los uruguayos partidarios de Flores y el gobierno argentino de Mitre para derrocar a Solano López, el dictador del Paraguay. El propósito de la Corte, después de las invasiones paulistas a las Misiones del Guairá y la furtiva ocupación de territorios por los “bandeirantes”, era apoderarse de la navegación del Río de la Plata, como ya lo había hecho con la del Amazonas. Pero no solo la guerra preocupaba al Imperio. La crisis económica que había estallado dos años atrás, provocando con la reducción del papel moneda que muchos bancos terminasen en la quiebra, había puesto en jaque muchas fortunas, incluidas las del coronel Esteves y la de los Soares do Carvalho.

—Mi hijo Augusto me contó que en la Corte está pisando fuerte un nuevo partido —comentó don João, arrugando el ceño.

—El mentado partido republicano —repuso el coronel, igual de preocupado—. He oído hablar mucho de ese movimiento durante los

últimos meses. Los más agoreros aseguran que, si sigue creciendo, el Imperio será derrocado antes de que podamos darnos cuenta. No son más que una turba de idealistas luchando por una empresa imposible. ¿Quién en su sano juicio puede pensar que algún día ya no habrá esclavos en Brasil? ¿Qué sería de nosotros, los latifundistas honestos, si nos quedáramos sin la mano de obra de tantos negros? —Movió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Lamentablemente esta maldita guerra no hace más que acentuar nuestros problemas. No estoy convencido de que la intervención del Gobierno Imperial, fomentando la inmigración europea, sea la mejor salida. La llegada masiva de colonos a nuestras tierras, queriendo ocupar el lugar de los negros, no es conveniente para ninguno de nosotros. Perderíamos dinero y dejaríamos las plantaciones de café en manos de desconocidos —aventuró Soares do Carvalho.

Mientras tanto, doña Isadora continuaba abanicándose. Aunque a ella también le preocupaba que la dichosa abolición pudiese llegar hasta Campinas, como mujer, no tenía derecho a expresar lo que sentía. Observó a su hija. La conocía demasiado bien: aunque se mostraba receptiva a las atenciones de su recién estrenado pretendiente, estaba incómoda. Sospechaba que la razón de su comportamiento tenía que ver con ese negro que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Todo en él le desagradaba. Siempre había creído que era un desatino que Maria Graça se hubiese tomado la molestia de enseñarle a leer. Sin dudas, una actitud que el esclavo Dimas había sabido aprovechar muy bien. ¿Para qué necesitaba instruirse si nunca abandonaría la barraca? Era una pérdida de tiempo; sin embargo, ni su esposo ni su hija pensaban lo mismo. Agradecía a Dios que muy pronto Maria Graça se iría a vivir a la hacienda de los Soares do Carvalho y se alejaría por fin de ese maldito negro. Ella ya no era una niña y corría peligro encontrándose con él a solas. Aunque había tomado ciertos recaudos, como el de pedirle a alguna de las esclavas que los siguiera cuando se juntaban para sus clases, cualquier precaución le parecía poca. Ahora solo restaba esperar hasta la boda; luego, cuando Maria Graça ya fuese una mujer casada, no habría de qué preocuparse.

Poco antes del anochecer, Augusto Soares do Carvalho y su padre abandonaron la hacienda llevándose la promesa de que el domingo al mediodía, luego de asistir a misa en la ciudad, los Esteves los acompañarían a almorzar y se quedarían a pasar el día en La Aurora. Era una excelente manera de estrechar vínculos y, sobre todo, propiciar la cercanía de la joven pareja.

Augusto se despidió con un sutil beso en la mano de Maria Graça y la afirmación de que se le haría una eternidad esperar hasta el domingo para volver a verla. Ella retiró el brazo y sonrió con timidez. Cuando los invitados se marcharon, le solicitó permiso a su padre para retirarse a descansar. El coronel, quien en muy pocas ocasiones se mostraba condescendiente con su hija, la besó cariñosamente en la frente y le dio su bendición. Maria Graça incluso creyó percibir que tenía los ojos aguados. Su madre, en cambio, apenas dejaba vislumbrar la emoción en su rictus hierático. Era evidente que doña Isadora aplaudía el hecho de que ella se convirtiera pronto en la esposa de Augusto Soares do Carvalho. Maria Graça se desvió de su camino y pasó por la cocina antes de subir a la habitación. Le pediría a Edileusa una de sus famosas infusiones de manzanilla para ver si podía calmarle esa angustia que se le había instalado en el pecho y que, tenía la certeza, ya nunca más la abandonaría. Edileusa abrazó a su niña apenas puso un pie en la cocina. Le acarició la rubia cabellera mientras le aseguraba que las cosas no eran tan malas como ella pensaba; que sus padres solo buscaban asegurar su futuro y que el joven elegido era uno de los mejores partidos de la región. Maria Graça se separó de la negra y ocupó el extremo de una de las bancas de madera dispuestas alrededor de la mesa. Gerarda, sintiendo pena por la joven, puso a calentar el agua en la estufa, tomó unos cuantos pétalos de manzanilla del ramo que había en un rincón de la mesada y los fue rompiendo en pedazos muy pequeñitos dentro de un mortero.

—No es justo lo que planean hacerle los amos, niña —comentó la vieja cocinera moviendo la cabeza en un gesto de resignación.

—No deberías meterte en conversaciones ajenas, Gerarda —la amonestó Edileusa mirándola por encima de su hombro. Luego, contempló el rostro bañado en lágrimas de Maria Graça—. Llorar no

va a solucionar nada, tampoco hará que ese compromiso que hoy rechaza desaparezca, mi niña.

—Yo no quiero al señor Soares do Carvalho, nana. —Inhaló con fuerza y aceptó el pañuelo que Edileusa le ofreció—. Sé que mis padres lo hacen porque creen que es lo mejor para mí. Sin embargo, en el corazón no se manda, y yo no puedo exigirle que se enamore de ese hombre cuando ya le pertenece a otro. —Esto último, por temor a que alguien pudiera oírla, lo dijo en voz baja.

—¡Calle, niña! No diga nada de lo que luego pueda arrepentirse —le advirtió Edileusa—. Hágame caso y olvídese de ese muchacho de una vez por todas.

Los ojos claros de Maria Graça se volvieron a llenar de lágrimas.

—¿Cómo hago, nana? ¿Acaso es fácil arrancarse un sentimiento así de intenso del pecho?

La tristeza de la joven ama dejó a la negra sin palabras. ¿Qué podía saber una niña como ella lo que era sufrir por amor? Apenas empezaba a vivir. Quería creer que esa fascinación que sentía por Dimas no era más que un capricho pasajero, sin embargo, algo le decía que estaba equivocada y que su querida niña terminaría pagando un precio muy alto por haberse encandilado con ese mulato.

Gerarda le sirvió el té de manzanilla y Maria Graça se lo bebió de a pequeños sorbos mientras las lágrimas se iban secando en sus mejillas.

—Gracias, Gerarda.

—De nada, amita. Ya sabe que puede contar conmigo pa' lo que sea —le dijo con una sonrisa compasiva—. El pobre de Dimas también está sufriendo y da mucha pena verlo marcharse tan triste, todas las mañanas hacia el cafetal. Hoy vino a buscarla y…

—¡Gerarda! —Edileusa la fulminó con la mirada.

La cocinera sabía que había hablado más de la cuenta, aun así, no se iba a quedar callada.

—¿Dimas estuvo aquí? ¿Vino a buscarme?

Gerarda, haciendo caso omiso al gesto acusatorio de Edileusa, asintió.

—Vino, sí. Estaba inquieto por algo que le habían dicho.

—¿Qué fue lo que le dijeron? —exigió saber Maria Graça. Se puso

tan nerviosa que terminó volcando el resto de la infusión sobre el plato de porcelana.

—Jandiara le contó que ese hombre que llegó de visita hoy a la hacienda iba a casarse con su merced —le soltó Gerarda sin siquiera pensar en las consecuencias de lo que acababa de decir.

Maria Graça se levantó con la velocidad de un resorte y se llevó ambas manos al pecho.

—¡Tengo que ir a verlo!

—¡Ni se le ocurra, niña! —Edileusa la sujetó del brazo antes de que cometiera la locura de salir corriendo en su búsqueda.

—¡Nana, no entiendes! ¡Dimas debe estar pensando lo peor de mí! ¡Necesito que sepa que yo no estoy de acuerdo con la decisión de mis padres! —Intentó soltarse, pero la mano de Edileusa, más grande y más fuerte que las suyas, se lo impidieron—. ¡Déjame ir, por favor!

Ni las desesperadas súplicas de la joven ama, ni las lágrimas que volvían a deslizarse a borbotones por sus mejillas tuvieron el suficiente poder de convencimiento para que Edileusa le permitiera abandonar la cocina.

—No voy a ser cómplice de otra locura más, mi niña —le dijo, acariciándole suavemente la cabeza—. Entienda que no puede salir ahora de la casa para encontrarse con Dimas en las barracas. Si el capataz la ve, la traerá de regreso y no sé qué explicación le dará entonces al coronel.

—Mi padre aprecia a Dimas, nana —alegó en un último intento por disuadirla.

—Lo aprecia, es cierto —concedió la negra—. Sin embargo, en el mismo momento en que el coronel descubra lo que hay entre ustedes, ese afecto que su merced dice que siente por él se convertirá en odio. El amo jamás les perdonará haber abusado de su confianza de esa manera. Si hubiese sospechado lo que ocurría, no habría dado su consentimiento para que le enseñase a ese muchacho a leer y escribir.

Muy a su pesar, Maria Graça sabía que Edileusa tenía razón. Se había aprovechado de la buena disposición de su padre para poder estar cerca de Dimas, y si salía de la casa para ir a buscarlo tardaría lo que un suspiro en saber lo que había hecho y terminaría castigándolo

por su culpa. Aunque muriese de ansiedad por ir a verlo, lo más prudente era esperar el momento indicado para acercarse a las barracas.

—Puedes quedarte tranquila, nana. —Trató de aparentar calma—. No voy a ir a buscarlo, lo que menos quiero es que mi padre lo envíe al tronco por mi imprudencia.

Edileusa y Gerarda intercambiaron miradas. Desconfiaban de su repentino cambio de actitud. Cuando Maria Graça les anunció que se encerraría en su habitación para matar el tiempo leyendo y que probablemente no bajase a cenar esa noche, ambas rogaron a Santa Rita que las palabras pronunciadas por la joven ama fuesen sinceras. Por su bien y por el del pobre de Dimas, esperaban que lo fuesen.

*

En un rincón apartado de la barraca, Adelaide, la esclava más anciana de la hacienda, elevaba sus brazos al cielo mientras susurraba una letanía de cánticos en su lengua natal. Se trataba de una antigua canción yoruba que había aprendido de su abuelo, cuando todavía era una niña y vivía en libertad en su añorada sabana africana. Nadie sabía exactamente cuántos años cargaba en su pequeño cuerpo, pero su rostro apergaminado y los gruesos nudos de sus manos le conferían el título de ser la mujer más sabia entre sus pares. A ella recurrían los demás esclavos, ya sea por un consejo o por algún remedio que paliara sus achaques físicos tras pasar toda la jornada en los cafetales. También había quien la buscaba para que le vaticinara el futuro con su misteriosa bandeja opon ifa, una pieza circular de madera oscura con diversas imperfecciones en los bordes que Adelaide utilizaba para comunicarse con el dios Esu. Su abuelo, miembro importante de una tribu en Nigeria, era un poderoso *babalawo*, un adivino, que le había transmitido todos sus conocimientos antes de morir.

Jandiara se aproximó a la anciana con sigilo para no interrumpir su ritual. No hubo necesidad de decir nada. Adelaide percibió de inmediato su presencia y, sin abrir siquiera los ojos, le hizo señas para que se sentara frente a ella.

—¿Qué es lo que te aflige, muchacha? —Una túnica raída le cubría

todo el cuerpo. Cómo único adorno, llevaba un exótico collar con plumas y una piedra azulada que emitía destellos de luz cada vez que se movía. Junto a ella, en un pequeño cuenco, estaban las nueces de palma que arrojaba sobre la bandeja para ver el futuro. No tenían nada de especial, pero con ellas Adelaide podía saber incluso hasta el día de la muerte de aquel valiente que se atrevía a preguntar.

Jandiara se arrodilló y descansó las manos sobre su regazo. Estaba nerviosa. No era la primera vez que venía a ver a Adelaide para pedir su ayuda, sin embargo, siempre le producía cierta inquietud por esa manera que tenía la anciana de mirar directamente a los ojos, como si quisiera ahondar en su alma.

—No me digas nada. Mal de amores —adivinó Adelaide antes de que ella tuviese la oportunidad de abrir la boca.

La mulata asintió y agachó la cabeza.

—Ese muchacho sigue ignorándote —afirmó mientras iba lanzando, una a una, las nueces de palma en el interior de la bandeja de adivinación—. No hay mucho que hacer cuando el corazón de un hombre está aprisionado en el pecho de otra mujer.

—Dimas no puede quererla, Adelaide —repuso Jandiara—. La joven ama está prohibida para alguien como él. Debería olvidarla antes de que el coronel se entere de la verdad.

Adelaide arrojó la última nuez y guardó silencio. Luego posó sus manos sobre la bandeja y cerró los ojos.

—Ese amor está condenado a la desgracia, muchacha —vaticinó—. El mulato y la amita van a derramar lágrimas de sangre por haberse elegido.

Jandiara contuvo el aliento. El miedo volvió a instalarse en sus huesos. Ella no quería que nada malo le pasara a Dimas. Poco le importaba el destino de la señorita Maria Graça, a quien culpaba por haberse metido en su camino. Estaba segura de que si ella no existiera Dimas le habría hecho caso hace mucho tiempo.

—No pongas ilusión en tu alma, muchacha, porque ese hombre tampoco será tuyo.

La sentencia proclamada por la anciana barrió con el último vestigio de esperanza que aún conservaba Jandiara de conquistar a Dimas.

Cuando quiso compensarla por su servicio, Adelaide le dijo que se daba por bien pagada si dejaba de lado ese odio enfermizo que sentía por joven Maria Graça. Se levantó de prisa, le dio las gracias sin mirarla a los ojos y salió de la barraca con el nombre de la hija del coronel atravesado en el pescuezo. Nadie tenía derecho de decirle qué sentir, ni siquiera la mujer más sabia del mundo. Ella odiaba a Maria Graça Esteves y la odiaría hasta el día de su muerte.

*

Esa noche, ciñéndose al plan que había orquestado mientras fingía leer, Maria Graça rechazó el refrigerio que Edileusa le subió a su habitación después de que se negase a cenar con sus padres. Ni el delicioso jamón asado ni el abundante puré de mandioca, preparados especialmente para ella por las habilidosas manos de la negra Gerarda, lograron distraerla de su objetivo. Cuando la nana entró y la vio enfundada en su camisón, con el cabello recogido en una trenza y la cofia en la cabeza, recién entonces se sosegó. Había estado toda la tarde preocupada por ella, con un ojo en sus labores y el otro en el camino que llevaba a las barracas.

—¿De verdad no piensa comer nada, niña? —insistió, mostrándole los manjares que parecían querer desbordarse del plato de un momento a otro.

Maria Graça negó con la cabeza.

—No tengo apetito, nana. Será mejor que te lleves todo eso a la cocina. —Se dio media vuelta para acomodar un par de almohadas y tomó el libro que estaba sobre la mesita de noche—. Prefiero seguir leyendo para no pensar en tonterías —le dijo, poniendo cara de circunstancia. Se metió bajo las sábanas y abrió la novela en una página cualquiera. Mientras le hacía creer que estaba interesada en la historia, oteaba por encima del grueso ejemplar con la esperanza de que Edileusa se marchase y la dejase por fin a solas.

Cuando todo hacía pensar que la negra iba a atrincherarse en medio de la habitación hasta que ella se durmiera, emitió un sonoro resuello y se dio media vuelta, haciendo que los volados de su falda se movieran de una manera graciosa. Maria Graça le dedicó una dulce

sonrisa cuando Edileusa la espió a través de la puerta entreabierta. Apenas la cerró, arrojó el libro sobre la cama, se deshizo de las sábanas y corrió hacia el armario para vestirse. No tenía tiempo que perder. Conociendo lo desconfiada que era su nana, sabía que no tardaría en regresar para cerciorarse de que se hubiese dormido. Deslizó rápidamente por su cabeza uno de sus vestidos más sencillos, luego se calzó las botas y, por último, cubrió su dorada cabellera con el primer sombrero que encontró. Se asomó por la ventana y vio una enorme nube de humo elevándose a través de la copa de los almendros. El golpeteo de los tambores indicaba que había batuque en las barracas esa noche. Los esclavos de las haciendas, con la anuencia de sus amos, podían celebrar con cánticos y bailar el *lundú* al final de la cosecha. Dimas la había invitado a sumarse a los festejos en más de una ocasión, pero ella, quizá por temor o por vergüenza, siempre se había negado. Paradójicamente, ahora, el bullicio y la multitud serían sus mejores aliados. Nadie repararía en su presencia cuando se acercase a la zona de las barracas para buscar a Dimas. Cerró la ventana y atravesó la habitación con sigilo. Abrió muy despacio la puerta y sacó la cabeza para asegurase de que no había nadie en el pasillo. El silencio reinante en la casa solo era interrumpido por el repiqueteo de los tambores que se oían a la distancia. Esperaba que sus padres estuviesen acostados y que no se les hubiese ocurrido asistir a la fiesta de los esclavos porque, entonces, estaría perdida. Al pasar por delante de su habitación, se detuvo un instante. Sopló aliviada cuando escuchó la voz del coronel al otro lado de la puerta. Continuó a través del pasillo y bajó las escaleras a toda prisa pero en puntas de pie para no hacer demasiado ruido. Al llegar al vestíbulo, creyó que iban a descubrirla. Dos de las doncellas de la casa se dirigían en ese momento desde el comedor hacia la cocina. Iban cuchicheando y riéndose por lo bajo mientras hacían unos gestos obscenos con las manos. Maria Graça alcanzó a ocultarse detrás del cortinado antes de que se dieran cuenta de su presencia. Cuando se sintió segura, abandonó el escondite y salió de la casa por la puerta principal. No había nadie custodiando esa parte de la hacienda. Imaginó que el coronel había enviado a los caporales a vigilar a los

negros. La algarabía, el baile y, sobre todo, el alcohol que solo tenían permitido consumir esa noche podían provocar algún altercado. Si alguno de los perros fieles que trabajaban para su padre la veía aparecer en las barracas, diría que estaba allí para ver cómo se divertían los esclavos. Ninguno de ellos se atrevería a cuestionarla. Se levantó un poco la falda del vestido para descender por las escalinatas y tomó el sendero que llevaba a la parte trasera de la propiedad. A medida que el redoblar de los tambores se hacía más ensordecedor, no era capaz siquiera de oír sus propias pisadas en la hierba. Cualquier sonido la ponía en guardia. Una sombra se deslizó muy cerca de ella, como un felino dispuesto a atacar a su presa con un solo manotazo. Se paró en seco y miró por encima de su hombro. No vio a nadie, sin embargo, algo le decía que no estaba sola. ¿Y si alguno de los esclavos se aprovechaba de ella para desquitarse de su padre? Aunque el coronel trataba de darles un trato digno a sus negros, nadie se salvaba de recibir varios latigazos en el tronco o de pasar una noche amarrado al cepo si se atrevía a insubordinarse. Si un esclavo intentaba huir, era castigado de manera ejemplar para que sus “hermanos de barraca” supieran lo que les esperaba si hacían lo mismo. Maria Graça aún sentía escalofríos al recordar la noche en la cual su padre había mandado a cortarle la lengua a uno de los esclavos más jóvenes por incitar al resto a escapar de la hacienda en busca de su tan preciada libertad.

Cuando esa sombra amenazante se fue cerniendo sobre ella hasta cubrirla casi por completo, atinó a salir corriendo. Maria Graça terminó enredándose con su propio vestido y estuvo a punto de darse de bruces contra el suelo. Una mano fuerte se ciñó alrededor de su brazo, impidiéndole cualquier movimiento. Con un sinfín de funestos pensamientos cruzándole por la mente, imploró que se tratase de uno de los caporales que venía para advertirle del riesgo que corría al acercarse a las barracas a esa hora y sin nadie de la casa que la acompañase. Apenas logró reaccionar cuando esa figura fantasmagórica, a la cual seguía sin distinguir aún, la arrastró hacia un costado para apartarla del sendero. Cuando le cubrió la boca para evitar que gritara, ese áspero contacto en su piel le resultó gratamente

familiar.

—Soy yo, Maria Graça —le susurró Dimas al oído.

Recién entonces, al escuchar su voz, la joven pudo aquietar el alocado ritmo de su corazón. Había temido lo peor y se encontraba entre los brazos de su amado Dimas. Él quitó su mano y Maria Graça se giró muy despacio hasta que ambos quedaron enfrentados.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —le reclamó. No sabía si estaba más molesto por su conducta temeraria al dirigirse a las barracas o por haberla visto en compañía de ese blanco con el cual la iban a casar.

Ella percibió la dureza en sus palabras y deseó con todas sus fuerzas que a Jandiara se le chamuscase la lengua. La mulata no perdía ocasión de sembrar cizaña entre ellos, y ahora Dimas debía estar odiándola.

—He venido a buscarte —respondió con la respiración entrecortada. Aunque las sombras de la noche no le permitían distinguir qué expresión surcaba su rostro mientras la increpaba de esa manera, la luz de la luna filtrándose entre las ramas de los árboles se reflejaba en el brillo de sus intensos ojos negros.

Dimas la obligó a recostarse sobre la dura corteza del tronco que los amparaba de cualquier mirada indiscreta. Él la sujetaba suavemente por la cintura mientras hacía un gran esfuerzo para no hacerle pagar por la afrenta de andar paseándose con ese señorito elegante delante de sus narices. No podía quitarse esa imagen de la cabeza y había estado toda la tarde esperando encontrar el momento propicio para hablar con ella. Necesitaba que le desmintiera lo que había dicho Jandiara. Sin embargo, después de verla con ese caballero saliendo de la capilla, había comprendido dolorosamente que Jandiara le había hablado con la verdad. Preso de la rabia y de los celos, había estado a punto de trasgredir las reglas del coronel y se había aparecido en la casa grande con la intención de acercarse a ella. Si la buena de Gerarda no se lo hubiese impedido, habría sido capaz de llegar hasta la habitación de su adorada *sinhazinha*.

—Yo también fui a buscarte.

Maria Graça asintió.

—Lo sé. Mi nana y la cocinera me lo contaron. No debiste

arriesgarte así, Dimas. Si el coronel o mi madre te descubrían, te habrías ganado un castigo.

—El más cruel de los latigazos no me lastimaría tanto como lo que vi esta tarde, amita.

—No me llames así —le suplicó—. Sabes que no me gusta que lo hagas.

—¿Acaso usté no es mi ama?

—Dimas… —intentó acariciar su rostro, pero él la detuvo.

—Yo no soy más que uno de esos tantos esclavos que se desloman día a día en los cafetales para que su padre, el respetado coronel Esteves, se llene los bolsillos de dinero. ¡Mi vida y la de mis hermanos no valen ni un vintén!

Maria Graça tenía ganas de llorar. Dimas estaba furioso por lo que había visto y ahora le echaba en cara todo lo que sufría por su condición de esclavo. No sería sencillo convencerlo de que ella no tenía la culpa de lo que sucedía.

—Para mí eres mucho más que eso. —Curvó los labios en una sonrisa mientras batía las pestañas. Su intención había sido mostrarse seductora, o al menos muy segura de sí misma, pero al ver la expresión de burla en el rostro del mulato arrugó la frente—. ¿Acaso dije algo gracioso?

Dimas comprendió en ese preciso instante que enojarse con su *sinhazinha* no tenía razón de ser. La rabia, alimentada por los celos de verla con otro, se borró de un plumazo apenas sintió el calor de su cuerpo pegado al suyo. Aunque ya se habían prodigado un par de besos, castos y hasta con cierta torpeza, era la primera vez que estaban tan cerca uno del otro. Su aliento tibio le hacía cosquillas en el cuello y el olor de su cabello iba lentamente embriagando todos sus sentidos.

—Yo desconocía las intenciones de mi padre al invitar a ese caballero —le explicó Maria Graça—, y por más que me obliguen a desposarlo yo jamás podría quererlo.

Dimas se volvía loco solo de pensarlo. Había puesto los ojos en la joven ama a sabiendas de que el suyo era un amor prohibido y que estaba condenado a morir aun antes de concretarse. Ella no podía ser

de otro hombre. No concebía siquiera la posibilidad de que ese blanco le pusiera un dedo encima. Le acarició la piel tersa de su mejilla y se detuvo un momento en su boca entreabierta. ¡Dios, era tan grande su deseo por ella que podía sentir la sangre alborotarse en sus venas!

—Maria Graça, te necesito.

Su voz, ronca de pasión, provocó que el cuerpo de la joven se estremeciera. Maria Graça no alcanzó a entender el alcance de esas palabras pronunciadas con tanta intensidad hasta que Dimas le levantó la falda del vestido y, tomándola del trasero, la empujó hacia él. Ella dejó escapar un grito de sorpresa cuando notó una dureza chocando con su vientre.

—Antes de que ese maldito blanco te toque, quiero que seas mía, *sinhazinha.* —Dimas no iba a ponerse a pensar en las consecuencias de lo que acababa de decir. En ese momento, con la joven ama entre sus brazos, ardiendo en deseo como él, cualquier pensamiento racional carecía de importancia. Solo bastaba lo que ambos sentían para dejarse llevar. Acercó su rostro moreno al suyo y, aunque no había temor alguno en su mirada cristalina, se adueñó de su boca sin darle la oportunidad de hablar. Moriría de pena si ella le pedía que se alejara. Cuando respondió al beso con tanta entrega, Dimas supo que, esa noche, su adorada *sinhazinha* por fin sería suya. Se apartó un instante para contemplarla a los ojos. Sus manos, fuertes y agrietadas por el duro trabajo en los cafetales, se posaron suavemente en las mejillas sonrosadas de Maria Graça. Ella colocó las suyas encima y sonrió.

—Yo también, Dimas.

Fue todo lo que el mulato necesitaba oír para convencerse de que nada ni nadie iba a impedir que ellos se amaran.

—Vámonos de aquí. Alguien puede vernos.

Maria Graça asintió. Él apretó su mano con fuerza y la llevó a través del atajo que se abría paso entre el follaje. Entraron en uno de los cobertizos donde se almacenaban los granos de café y Dimas cerró la puerta. Estaban a salvo, con el corazón agitado en el pecho y el deseo aflorando en cada poro de su piel. La de ella, blanca y suave como el algodón; la de él, oscura y cuarteada por el sol. Con el repicar de los

tambores de fondo, fueron despojándose de la ropa hasta quedarse desnudos. Maria Graça, en un gesto de pudor que a Dimas le provocó ternura, se cubrió los pechos con parte de su cabello mientras que con sus manos intentaba taparse la zona de la entrepierna. Dimas, como Dios lo trajo al mundo, se aproximó muy despacio y apartó su melena dorada para contemplar la belleza de sus pechos.

—No te escondas de mí, *sinhazinha*. —El pedido sonó a súplica en los labios del mulato.

Maria Graça se quedó sin aliento cuando Dimas comenzó a acariciarle los pezones con las yemas de los dedos. Rápidamente, esas pequeñas puntas, coronadas por dos aureolas rosadas, se rindieron ante el experto roce que él les estaba brindando. La joven, asombrada de las reacciones de su propio cuerpo, los vio erguirse y endurecerse entre las manos de Dimas. Un torbellino de fuego nació en su vientre hasta alcanzar ese rincón que aún intentaba cubrir por puro pudor. Le temblaban las piernas y tenía la certeza que ya no podrían sostenerla durante mucho más tiempo si él continuaba tocándola de esa manera. Se preguntó qué planeaba hacer Dimas a continuación al ver que se arrodillaba frente a ella para inclinarla suavemente sobre el montón de sacos de café apilados en un rincón. La escasa luz que alumbraba el lugar se convirtió en el cómplice perfecto de las ávidas caricias y los besos arrebatados de los jóvenes amantes. Maria Graça cerró los ojos cuando Dimas le apartó las manos, dejando expuestas sus partes más íntimas. Bastó que el mulato encontrase el camino hacia el centro de su femineidad para que la hija del coronel Esteves desfalleciera de placer. Mientras su lengua se introducía en ella con movimientos suaves y envolventes, Dimas la miró. Su *sinhazinha* apenas podía mantener el control de su cuerpo. Temblaba de pies a cabeza y se aferraba con fuerzas a uno de los sacos de café al tiempo que se arqueaba hacia arriba, respondiendo a su invasión. Estaba preparada para recibirlo en su interior y su acuciante erección ya no podía esperar más. Maria Graça se incorporó de repente, alzando el mentón. Las sombras acentuaban la longitud de su cuello, la línea esbelta de su talle y la turgencia de sus pechos, sobre los que se derramaban sus rizos enmarañados. Se sujetó a él por los hombros y ambos fueron

conscientes de las más sutiles sensaciones: el roce de sus cuerpos calientes, el modo en que los brazos de Maria Graça se cerraban alrededor de él mientras las manos de Dimas apretaban sus caderas para que ganara impulso, guiándola. Ella se arqueaba y gemía, urgiéndolo a continuar. Dimas se sentía atravesado por el pálpito de su propio corazón, semejante al tañido de un tambor. Maria Graça, enfebrecida de un placer absoluto y desconocido, derramó un torrente de susurros. El ansia del mulato había crecido hasta convertirse en un coro ensordecedor, y cuando oyó el suave gemido que arrancó de labios de su *sinhazinha*, se alzó sobre ella y, refrenando con desesperación la ferocidad de su pasión, le abrió los muslos y se hundió en su interior.

Maria Graça clavó los dedos en su espalda con sorprendente fuerza mientras levantaba las caderas una y otra vez. Cuando la tocaba, cuando estaba dentro de ella y la rodeaba con sus brazos, no había nada más. Solo existía aquella marea ardiente y tempestuosa que dominaba cada rincón de su ser. El impetuoso estallido del clímax desgarró a Dimas, atravesando su corazón y su espíritu. Se aferró a ella y cayó a su lado, acunándola entre sus brazos mientras los dos se convulsionaban, el fuego se consumía y sus estertores iban remitiendo lentamente.

Maria Graça descansó la cabeza en el pecho de Dimas y cerró los ojos.

—Soy la mujer más feliz del mundo, Dimas.

—Esta noche nuestras almas se unieron para siempre, mi amada *sinhazinha* —musitó él, emocionado hasta las lágrimas.

Aunque la realidad que los abrumaba retornase de la manera más brutal, despojándolos de sus sueños, jamás olvidarían lo que acababan de vivir. Se pertenecían el uno al otro, a partir de esa noche y para toda la eternidad.

CUATRO

Esa mañana, cuando llegó la hora del desayuno y su niña no bajó, Edileusa confirmó sus sospechas. Era evidente que la noche anterior, atraída por el batuque de los esclavos, se había escapado a las barracas y ahora le costaba despegarse de las sábanas.

—¿Por qué no se ha levantado todavía Maria Graça? —inquirió doña Isadora mientras escogía de la bandeja uno de los pastelitos de chocolate más grandes. Aunque después viviera quejándose de que los vestidos se le entallaban en demasía, no podía evitar caer en la tentación de los dulces. Y la negra Gerarda los preparaba como nadie.

—No lo sé, *sinhá* Isadora. Anoche estuvo leyendo hasta las tantas. Debe ser esa la razón de su tardanza —Edileusa fingía estar concentrada en el chorro de café caliente que iba cayendo en el interior de la taza para que no descubriera en su mirada que le estaba mintiendo.

—No entiendo qué es lo que ve en esos libros. —La esposa del coronel frunció los labios en un gesto de fastidio—. No hacen más que llenarle la cabeza de ideas raras. —Miró de soslayo a su esposo—. Deberíamos consentirla menos, querido.

El coronel Esteves asintió. Aunque no le parecía inapropiado que se apasionase con la lectura, a él también le preocupaba la influencia que podrían ejercer en una mente inocente y soñadora como la de Maria Graça los libros que caían en sus manos. Sin dudas, el único culpable de todo aquello era Alexandre, su hijo mayor. Le llevaba más de doce años a su hermana y siempre había favorecido todos sus caprichos; el de la lectura incluido. Contempló su silla vacía y lo embargó la nostalgia. A pesar de que últimamente discutían por cualquier cosa, extrañaba su presencia en la casa. Alexandre se encontraba en la Corte desde hacía poco más de tres meses y no había avisado todavía

cuándo regresaba a Campinas. Su estricta formación en el ejército imperial lo obligaba a estar lejos de su familia la mayor parte de año. Había venido a Campinas a pasar las Navidades con ellos y, una semana después, dejó la hacienda para volver a Río de Janeiro.

—Cuando nuestra hija se case, ya no tendremos que preocuparnos por eso —repuso el coronel, convencido de que así sería.

Doña Isadora sonrió. Su esposo tenía razón. El matrimonio de Maria Graça con Augusto Soares do Carvalho era la solución a todos sus dolores de cabeza. Cuando el coronel se distrajo con el periódico del día anterior, tomó otro pastelito de la bandeja, lo envolvió rápidamente en una de las servilletas y lo dejó en su regazo, cubriéndolo con el fino mantel de lino que había heredado de su suegra. Edileusa, la única en darse cuenta de su maniobra, contuvo la risa, y tras preguntar si necesitaban algo más se fue en busca de la joven ama. Subió las escaleras de prisa, olvidándose por un momento de ese dolor en las rodillas que le daba cada vez que iba de arriba abajo por toda la casa.

Se detuvo frente a su habitación; llamó tres veces y esperó. Cuando oyó la voz adormilada de la joven diciéndole que podía pasar, besó la medallita de la santa que llevaba colgada en su cuello y entró, cerrando la puerta tras de sí. Ni siquiera había salido de la cama todavía. Maria Graça estaba boca abajo, balanceando las piernas hacia adelante y hacia atrás. Tenía los codos hundidos en el colchón y las manos en las mejillas.

—¿Me preparas el baño, nana?

—¿No despertó con hambre esta mañana? —retrucó la negra, asombrada.

Maria Graça negó enérgicamente con la cabeza.

—Tomaré un café en la cocina antes de ir a dar un paseo por la hacienda. —Su deseo más grande era poder cruzarse con Dimas, aunque solo fuera para intercambiar un par de miradas.

Edileusa se dio media vuelta y se la quedó mirando.

—¿Es necesario que vaya? ¿O acaso planea encontrarse con alguien? Si es que se puede saber, claro.

El tono de reproche en sus palabras no le pasó desapercibido a

Maria Graça. Edileusa estaba sentida con ella porque creía que le ocultaba cosas y no podía culparla. Aun así, y a sabiendas de que la negra se cosería la boca antes de decir algo que la perjudicara, prefería mantenerla al margen de ciertas cuestiones. Además, ¿cómo contarle lo que había ocurrido entre Dimas y ella la noche anterior sin que se escandalizara?

—El día amaneció muy bonito y me apetece caminar —fue la única respuesta que dio antes de saltar fuera de la cama para correr hacia la ventana. Se había despertado más tarde de lo usual, por lo tanto, no vería a los esclavos pasar frente a la casa rumbo a los cafetales.

Edileusa optó por no insistir. Su niña se traía algo entre manos y no tardaría en averiguar de qué se trataba. Después del baño, la ayudó a vestirse y luego le cepilló el cabello. Cuando Maria Graça le dijo que no era necesario que la acompañase en su recorrido por la hacienda, Edileusa volvió a confirmar sus más temidas sospechas. Dimas traería la desgracia a esa familia y sería la joven ama la que más sufriría las consecuencias.

*

—¿Dónde te metiste anoche, hermano? Jandiara te andaba buscando.

Dimas arrugó la frente mientras apretaba entre sus dedos un grano de café. La planta maduraba cuando el fruto verde adquiría un brillante color rojo. Si la semilla asomaba fácilmente, estaba lista para la pisca. Cuando ese momento llegaba, tanto los granos maduros como los inmaduros, junto con los brotes y las hojas, eran retirados de las ramas y colocados sobre grandes lonas extendidas debajo de los árboles. Luego eran llevados al patio, se acomodaban en hileras para que se secaran, mientras un grupo de esclavos se encargaba de moverlos continuamente con un rastrillo para que les diera el sol. Era una tarea asignada a los más avezados en la cosecha del café, ya que, si se secaban en demasía, los granos perdían su aroma. En cambio, si se mojaban, podían llegar a pudrirse por dentro. Un solo grano malogrado podía ocasionar que todo un saco de café se echase a perder.

Dimas trató de ignorar la pregunta de Fulgencio porque estaba

seguro de que estaba allí no para saciar su curiosidad, sino la de Jandiara.

—Le dije que no tenía deseos de participar en el batuque anoche —respondió cortante—, por eso me fui a dormir temprano.

Fulgencio, quien había sido testigo en más de una ocasión de las miradas furtivas que le echaba a la hija del coronel, se resistía a creer en sus palabras. No podía culparlo. La señorita Maria Graça, con esa piel tan blanca y el cabello del color del sol, hechizaba a cualquiera que se atreviese a posar los ojos en ella. Era lógico que un muchacho enamoradizo como Dimas se sintiera fascinado por su belleza.

—Fingiré que eso que me cuentas es verdad —retrucó Fulgencio sonriendo con picardía.

Dimas no quería caer en su juego, pero, al mismo tiempo, lo que había sucedido con su adorada *sinhazinha* le quemaba en el pecho. Le parecía demasiada crueldad tener que esconder tanta felicidad cuando lo único que debería importar era el amor que Maria Graça y él sentían el uno por el otro. Por ello, y por la necesidad de desahogarse con alguien, Dimas arrastró a Fulgencio a un lugar más apartado y le puso la mano en el hombro.

—Lo que vas a oír no puedes repetirlo jamás. Morirá aquí y ahora —le advirtió—. Si abres la boca, yo mismo me encargaré de que no vuelvas a hablar.

Fulgencio recordó la historia del negro Alcides, a quien le habían cortado la lengua por andar de agitador en las barracas. La amenaza era suficiente para que mantuviese su secreto a salvo. Sin embargo, ninguno de los dos se dio cuenta de que hacía rato que ya no estaban solos. Jandiara, segura de que Fulgencio no tardaría en cumplir con su recado, lo había seguido al cafetal. Cuando escuchó que Dimas había pasado la noche con la joven ama en el cobertizo donde se almacenaban los sacos de café, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se los enjugó de un manotazo y se fue sigilosamente antes de que la descubrieran espiando. Enfiló hacia la barraca para llorar a solas en un rincón su gran tristeza. Se desvió a último momento al distinguir una silueta femenina paseando entre los almendros. Sabía que era ahora o nunca. Esa presumida no se iba a salir con la suya. Aceleró el

paso para alcanzarla, y cuando la tuvo cerca se detuvo y la llamó por su nombre.

—¡Maria Graça! —había obviado el “señorita” a propósito. El rencor, mezclado con la envidia que despertaba en ella por haberse ganado el corazón de Dimas, le hizo olvidar con quién estaba hablando.

Maria Graça se giró despacio. Llevaba una sombrilla para protegerse del sol. La apoyó sobre su hombro y miró a la esclava con curiosidad.

—¿Qué se te ofrece? —No quería mostrarse nerviosa, pero el odio que vio en sus ojos la hizo retroceder unos pasos.

Jandiara, aprovechándose del temor que le infundía a la hija del coronel, se acercó más a ella. Tenía los brazos en jarra y una expresión furibunda en el rostro.

—Sé lo que estuvo haciendo anoche, “ama” —dijo en un tono burlón—. No creí que una señorita de su clase, nacida entre algodones y criada con lujos, se abriera de piernas delante de uno de sus esclavos como si fuera una furcia.

Maria Graça se puso pálida. Poco faltó para quedarse sin aire. ¡No podía ser! ¿Cómo se había enterado? Esa verdad, en manos de alguien como Jandiara, era un arma muy peligrosa. Atinó a darse media vuelta para irse, pero la magnitud de lo que acababa de ocurrir se lo impidió.

—¡No te atrevas a ofenderme de esa manera! —le espetó, alzando el dedo en un gesto acusador.

—¿Acaso la verdad ofende, señorita Esteves? —Con el único propósito de controlar la situación, Jandiara inclinó su cuerpo hacia delante hasta casi rozar el de su ama—. Si lo que su merced y Dimas hicieron anoche llega a oídos de sus padres, ambas sabemos lo que sucederá. ¿Quiere cargar con eso en su conciencia, “*señorita*”?

—¡No serías capaz, Jandiara! —El terror se instaló en los ojos. Al coronel no le temblaría la voz a la hora de mandar a azotarlo. Dimas pasaría días en el tronco, padeciendo la falta de agua y alimentos mientras los profundos surcos en su espalda, a fuerza de latigazos, empezaban a infectarse, porque todos tenían prohibido ayudarlo. Se moría de la angustia de tan solo imaginarse al amor de su vida en

manos de los capataces más inescrupulosos, quienes, escudándose tras la orden dada por el amo, descargaban todo su odio hacia los negros a través de la punta de sus látigos.

—¿Y su merced? ¿Cómo pudo ser capaz de revolcarse con alguien de mi raza? Mientras los hacendados nos tratan con mano dura, pisoteando nuestra dignidad, la distinguida señorita Esteves pierde su virtud con uno de los esclavos de su padre. —Jandiara alzó sus brazos. También estaba hablando más alto—. ¿Se imagina la cara del coronel? ¡Y su madre! ¿Qué dirá la estirada de la *sinhá* Isadora cuando alguien le cuente lo que pasó?

—¡No lo harías!

—¿Por qué no? ¡Sería la mejor manera de vengarme de su merced por haberse metido con mi hombre!

Maria Graça ahora comprendía la razón de tanto odio. ¡Jandiara también amaba a Dimas!

—Jandiara, escúchame. Mi intención no era lastimarte. Jamás sospeché lo que sentías por él.

—Si lo hubiese sabido, ¿se habría alejado de Dimas?

Maria Graça negó con la cabeza.

—Lo amo y él me ama a mí —respondió, sin medir las consecuencias de sus palabras—. Nuestro amor es puro y no conoce de clases ni de razas. Solo somos un hombre y una mujer que se enamoraron.

—Dimas no la ama, no podría. Está encandilado por su belleza, nada más.

—No es cierto. Lo que Dimas siente por mí es real.

—¿Qué tan real será cuando el coronel lo sepa?

Maria Graça hurgó en el interior de su bolso, pero apenas llevaba un par de monedas.

—Te daré lo que quieras a cambio de tu silencio. —Puso el dinero en sus manos—. Puedo conseguir más, y si eso no es suficiente, te daré algunas de mis joyas.

Jandiara soltó una carcajada. ¡Dinero! ¡Joyas! ¿De qué le servían a alguien como ella, que jamás saldría de la barraca? Ni siquiera una pieza de esas que brillaban en el cuello de las damas de alta sociedad

podría aplacar todo el odio que sentía por ella y lo que le había hecho. La traición de Dimas era como una serpiente venenosa enroscándose en sus entrañas. Necesitaba vengarse antes de que terminara asfixiándola.

—Guárdese las monedas, Maria Graça. —Le hablaba de igual a igual porque el dolor que laceraba su alma le daba el valor para hacerlo. Sabía que, a pesar de sus amenazas, la joven ama jamás se atrevería a ponerla en el tronco—. Si no quiere que su secreto salga a la luz, aléjese de Dimas de inmediato. Hablaré con su padre para acabar con toda esta locura de una vez por todas.

—¿No te importa el destino de Dimas? ¡Y luego proclamas que estás enamorada de él! —Maria Graça debía convencerla de quedarse callada—. ¿Qué clase de amor es ese? Las consecuencias serán terribles, y lo sabes.

Jandiara tragó saliva. Saberlo no haría que olvidara la humillación por la que Dimas la hacía pasar con sus continuos rechazos. ¡Y todo porque estaba obsesionado con la hija del coronel!

—Prefiero verlo muerto antes de que vuelva a caer en los brazos de una blanca —le susurró muy cerca del oído—. El futuro de Dimas está en sus manos. —Le acomodó el canesú de su delicado vestido mientras torcía la boca en un ademán de burla—. Apártese de él o cargará con su muerte para siempre en la conciencia.

Cuando Jandiara se marchó, Maria Graça fue incapaz de dar un solo paso. Estaba temblando tanto que la sombrilla se deslizó por su brazo y terminó estrellándose contra el suelo. Como pudo, se levantó la falda del vestido y se dirigió hacia la casa. Un eco ensordecedor la acompañó durante todo el camino de regreso. La amenaza proferida por la esclava se repetía una y otra vez en su cabeza, aturdiéndola hasta hacerla enloquecer. ¿Qué hacer para evitar semejante tragedia? Estaba por subir las escaleras cuando decidió que necesitaba contarle a alguien lo que estaba pasando. Hablar con su madre no era una opción. Tampoco Edileusa sería de gran ayuda. Resolvió que lo mejor era ir a la ciudad y confesarse con el padre Reginaldo. Seguramente él tendría la palabra justa para traer sosiego a su alma inquieta. Se puso un abrigo y, antes de que alguien intentase detenerla, le pidió a

Fulgencio que preparase el carruaje para llevarla a la iglesia.

*

Don João Soares do Carvalho contemplaba fijamente a su hijo cuando ambos esperaban la hora del almuerzo en galería frontal de la casa. Intentaba descubrir en su semblante circunspecto qué pensaba de su futura esposa. Desde que habían vuelto de la hacienda de los Esteves, la noche anterior, no había emitido ninguna opinión sobre la muchacha. Soares do Carvalho creía que la hija menor del coronel era un excelente partido para Augusto. No solo poseía una belleza angelical, también se destacaba por su simpatía, y todos en la ciudad hablaban de su alma caritativa. ¿Qué más podía pedir su hijo a la hora de elegir a una mujer para convertirla en su esposa? Ese silencio inusual, el no saber qué pasaba por su mente, lo estaba sacando de quicio. Por esa razón, decidió zanjar ese asunto de una vez por todas allí mismo y con una copa de jerez en la mano.

—Hijo, no has dicho nada sobre la visita de anoche a los Esteves y me preocupa tu silencio.

Augusto, que tenía la mirada perdida en el horizonte, tardó en responder. La verdad era que, desde que había visto a Maria Graça Esteves, no podía apartarla de su mente.

—La muchacha es una preciosura, padre —reconoció—. Cualquier hombre en mi lugar estaría dichoso de desposarla. —Se removió inquieto en el sillón al evocar el bello rostro de Maria Graça. Había dormido mal por culpa de esa boca que ardía en deseos de besar. Dudaba que se pudiese aguantar hasta la noche de bodas—. Padre, sé que quizá es demasiado pronto, que apenas hemos pautado el compromiso, pero si es posible me gustaría que el matrimonio se celebrase lo antes posible. Si es necesario, yo mismo hablaré con el coronel.

A don João le sorprendió el entusiasmo que mostraba su hijo por la muchacha. Era la primera vez que lo veía así, y si de él dependía, esa boda se realizaría apenas después de que se anunciara oficialmente el compromiso. Sonrientes, alzaron sus copas y brindaron por el feliz acontecimiento en puerta. Después de cerrar los últimos detalles sobre

la partida de café que debían embarcar a los almacenes de Santos, Augusto se excusó con su padre y entró a la casa para encerrarse un rato en su habitación hasta la hora del almuerzo. Cuando estaba llegando al rellano de las escaleras, se encontró con Nelinha. La esclava, ladina como pocas, se las ingeniaba para no cruzarse en su camino, sin embargo, él sabía que tarde o temprano terminaría por toparse con ella.

La jovencita trató de volver por donde había venido. Acarreaba con un bulto de sábanas que acababa de cambiar en la habitación del amo. Encerrarse allí era, en ese momento, su única salida. Pero el miedo le nubló la vista y, al tratar de salir corriendo, sus torpes pies se tropezaron con el borde de la alfombra.

Augusto se le abalanzó encima y la sujetó del cuello para impedirle otro intento de fuga.

—¿Por qué huyes, negra? Soy tu amo y debes obedecerme. —Le apretó un poco más la garganta hasta que vio las lágrimas en sus ojos. Sintió la tensión en los pantalones. La maldita esclava lograba ponerlo duro con tan solo un lloriqueo. Logró llevarla hasta su habitación, la empujó sobre la cama y luego le echó llave a la puerta. Las sábanas yacían desparramadas por todo el suelo mientras Nelinha, temblando de miedo, se acurrucaba en un rincón junto a unos almohadones. Augusto la contempló un momento. Había una extraña mezcla de deseo y rabia en su mirada entornada. En sus ojos claros se conjugaban la poderosa necesidad de volver a poseerla y un sentimiento de ira contenida porque ese cuerpo tembloroso que estaba en su cama no era el de Maria Graça Esteves. Se despojó de la chaqueta, deslizó los tirantes de los pantalones hacia abajo y puso la mano en su abultada entrepierna.

—No tiene que ser como la última vez, Nelinha. Si te portas bien, sabré recompensarte —le dijo para convencerla de que luchar no le serviría de nada.

Nelinha no iba a dejarse someter nuevamente. Desde el mismo momento en que el hijo del amo le puso un dedo encima se había jurado que, antes de que lo volviese a intentar, lo mataría. Por eso, durante una distracción en la cocina, se había robado un cuchillo. Era

pequeñito y cabía perfectamente en el bolsillo de su mandil. Ahí estaba ahora, esperando la ocasión oportuna para ser usado. Cuando ese cerdo al que aborrecía se desnudó, cerró los ojos. Mientras lo oía acercarse a ella, su mano apretaba el mango del cuchillo con fuerza. No podía permitir que la tocara. Sentir su aliento caliente contra el rostro fue lo que la impulsó a actuar. Abrió los ojos y lo miró. Antes de que Augusto se diera cuenta, Nelinha sacó el cuchillo que llevaba oculto entre sus ropas y se lo clavó en la entrepierna. Lo soltó de inmediato y sonrió al ver tanta sangre. El grito de espanto que profirió Augusto Soares do Carvalho le provocó placer. El cerdo asqueroso estaba pagando por lo que le había hecho. Ya no se atrevería a buscarla. Se puso de pie y, tambaleándose, salió de la habitación. En el pasillo, se cruzó con las demás esclavas de la casa que corrían a ver qué había ocurrido con el joven amo. En la desesperación, nadie reparó en ella. Nelinha bajó las escaleras de prisa y se encerró en el cuarto de los cachivaches. Desde allí, le llegaron los gritos de Augusto Soares do Carvalho.

—¡Maldita negra! ¡Voy a matarte! ¡Maldita y mil veces maldita!

Nelinha se sentó en un rincón oscuro, se llevó las rodillas al pecho y comenzó a rezar. Se miró las manos. Estaban manchadas de sangre. Hacía tiempo que le había perdido el miedo a la muerte.

CINCO

La parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de Campinas de Mato Grosso de Jundiaí había sido inaugurada en el siglo XVIII después de que el primer vicario, enviado por la Archidiócesis de São Paulo, construyese una capilla de adobe con techo de paja frente a la plaza principal. Durante su ampliación, cinco años atrás, el principal arquitecto de la obra y responsable de las tallas del altar mayor, el balcón del coro y los púlpitos, había sido despedido. Pero todo volvió a su cauce cuando mandaron a buscar a un talentoso arquitecto de la Corte para concluir los trabajos. Maria Graça se arrodilló frente al altar de una de las esquinas, fabricado con la madera de los cedros que crecían alrededor de la ciudad, y juntó las manos para rezar una plegaria antes de buscar al padre Reginaldo. La mantilla blanca que llevaba sobre la cabeza le cubría buena parte del rostro. Se había cruzado con un par de feligresas al ingresar a la iglesia, pero apenas había gesticulado un saludo para no detenerse a hablar con ellas. El encuentro con Jandiara la había dejado inquieta, como si todo el mundo, de repente, tuviese los ojos puestos en ella.

Mientras esperaba que el padre Reginaldo le ofreciera el sacramento de la confesión a una fila de beatas que la observaban con insistencia, se acercó hasta el rincón donde reposaba la imagen de la Virgen, tomó una vela y la encendió. De vez en cuando, respiraba hondo y oteaba por encima de su hombro, como si al hacerlo pudiese lograr que el sacerdote abandonara antes el confesionario. Decidió que lo mejor era aguardar en la sacristía. Se sentía el centro de las miradas y eso la ponía más nerviosa todavía. Le pidió a Vento, el muchacho que colaboraba con el padre Reginaldo, que le avisara dónde podía encontrarla y salió de la iglesia con paso presuroso. Se quitó la mantilla y la dejó encima de la mesa junto con su bolso. Permaneció

sentada apenas unos segundos. Empezó a moverse de aquí para allá mientras se restregaba las manos. El olor a incienso y a rosas recién cortadas que inundaba el lugar le devolvió un poco de tranquilidad. Cerró los ojos y respiró hondo. Estaba yendo hacia la ventana cuando, por fin, el padre Reginaldo apareció.

Se dio media vuelta, inclinó la cabeza y le pidió la bendición.

—Dios te bendiga, hija. —El padre Reginaldo hizo la señal de la cruz con cierto desgano. Llevaba oyendo confesiones desde muy temprano y todavía debía preparar todo para la misa de diez—. Vento me dijo que habías llegado muy nerviosa. —Conocía a la muchacha demasiado bien, y si había decidido esperarlo en la sacristía, era porque algo la atormentaba.

Maria Graça agachó la mirada. Había recurrido al padre en busca de ayuda y ahora no se animaba a contarle la razón de su presencia allí.

—No te quedes callada, hija. Puedes hablar conmigo de lo que sea, para eso soy tu confesor —la instó el sacerdote mientras la invitaba a sentarse.

—Padre, necesito de sus sabios consejos para saber qué es lo que debo hacer. —Con el rostro compungido y la voz trémula, Maria Graça le relató lo que había sucedido esa mañana en la hacienda entre ella y Jandiara—. Mi felicidad y la del hombre que amo están en manos de esa mujer.

El padre Reginaldo se la quedó viendo durante unos cuantos segundos antes de responderle. Aunque jamás habría imaginado que la hija del coronel Esteves estuviese viviendo un romance a escondidas con uno de los esclavos de su padre, tampoco lo tomó por sorpresa. No sería la primera ni la última mujer blanca que se involucrara sentimentalmente con algún mulato. En sus casi cincuenta años de sacerdocio, había oído muchas historias similares. Muchas de ellas habían terminado en tragedia.

—¿Qué es lo que sientes realmente por ese joven, hija? —Rogó a Dios que solo se tratara de un enamoramiento pasajero. Cualquier otro sentimiento les causaría solo pesar.

—Yo lo quiero, padre Reginaldo. ¡Y Dimas me quiere tanto como yo a él!

El sacerdote agitó la cabeza y arrugó la frente.

—Siempre has sido una muchacha impulsiva, Maria Graça. Aún recuerdo aquella vez que te escapaste de tu madre e irrumpiste en la iglesia en plena ceremonia religiosa para avisarme que el cazador había llegado a la ciudad. Sabías que venía a ofrecerle sus servicios al coronel luego de que un grupo de esclavos huyera de la hacienda en medio de la noche. Querías impedir que los encontrara porque sabías el castigo que les esperaba.

A Maria Graça le causó tristeza evocar ese episodio de su infancia que había terminado con el trágico saldo de dos esclavos muertos y otros cuatro seriamente lastimados tras recibir los azotes del capataz.

—Mi padre nunca debió permitir que eso ocurriera —musitó, con un nudo en la garganta.

—Si el coronel Esteves no hizo nada para impedir que el atrapafurtivos ajusticiara a esos pobres negros por haber huido, no quiero ni pensar lo que sucederá cuando sepa lo que hay entre Dimas y tú. —Le dio unas palmaditas en la mano para que dejase de temblar —. Me temo que moverá cielo y tierra para alejarlo de ti. O quizá algo peor.

Los ojos claros de Maria Graça se llenaron de lágrimas.

—Si a Dimas le pasara algo, yo me moriría —dijo entre hipidos. Aceptó el pañuelo que le ofreció el padre Reginaldo y se enjugó las mejillas.

—Debes evitar que eso ocurra, hija. Jandiara puede abrir la boca en cualquier momento.

—No quiero ceder a su chantaje, padre —replicó la muchacha. Aunque la angustia y la zozobra dominaban su cuerpo, había firmeza en sus palabras.

—Entiende que, si Jandiara le cuenta a tu padre que te has estado viendo a escondidas con Dimas, será él quien pague las consecuencias.

—Lo sé, padre. No quiero causarle ningún mal. —Lo miró directamente a los ojos. No le había contado el resto de la historia por temor a que la juzgase, pero ella no estaba avergonzada de sus acciones. Tampoco consideraba que hubiese incurrido en un pecado al entregarse a Dimas. Lo sucedido entre ellos había sido un acto de

amor y, aunque la tildaran de inmoral, jamás se arrepentiría de ello—. Lo amo y lo voy a amar siempre.

El sacerdote percibió entonces un brillo distinto en su mirada y creyó intuir que Maria Graça todavía no le había dicho toda la verdad.

—¿Hay algo más que quieras contarme, Maria Graça?

Maria Graça se levantó de la silla y volvió a pararse junto a la ventana que daba al patio trasero de la iglesia. El padre Reginaldo había estado presente en su nacimiento y le había impartido el sacramento del bautizo. Conocía cada uno de sus secretos, sus debilidades y sus deseos. Si había alguna persona en el mundo en quien pudiese confiar, ese era sin dudas el viejo sacerdote. Sobre todo, cuando su hermano Alexandre se encontraba a tantos kilómetros de distancia.

—Jandiara no solo amenazó con decirle a mi padre que Dimas y yo estamos enamorados… —Se volteó muy despacio y lo miró. De repente, las palabras se negaban a salir de su garganta.

—Continúa, hija —la exhortó el padre Reginaldo. A esas alturas, se había puesto tan nervioso como ella.

—Jandiara también sabe lo que sucedió anoche entre Dimas y yo. —Hizo una pausa solo para ser testigo de cómo el rostro enjuto del sacerdote se empezaba a teñir de rojo. Lo vio abrir bien grande la boca en una mueca de asombro y llevarse la mano al rosario que colgaba de su cuello—. No me arrepiento de nada, padre. ¿Cómo arrepentirse de un acto tan bonito?

Después de semejante revelación, el padre Reginaldo se quedó estupefacto. Se persignó tres veces mientras recitaba presuroso una oración en voz baja y luego comenzó a mesarse los pocos mechones de pelo que le cubrían la cabeza. ¿Cómo era posible que hubiese caído en la tentación de la carne? ¡Precisamente ella, que era una jovencita juiciosa y con arraigados preceptos morales! ¡El orgullo del coronel Esteves y de doña Isadora! Ni siquiera sabía qué decirle. Asustarla con la ira de Dios por el terrible pecado que acababa de cometer no serviría de nada. Bastaba ver la expresión soñadora en sus ojos al hablar del tal Dimas para darse cuenta de que ella no sentía vergüenza alguna de lo que había hecho.

—Es inútil regañarte, Maria Graça —dijo en tono condescendiente. Sentía un gran afecto por la muchacha y no podía enojarse con ella—. Tienes que entender que lo que pasó acarreará graves consecuencias. Que Jandiara esté al tanto de… de la intimidad que tú y ese esclavo compartieron es razón suficiente para que lo pienses dos veces antes de volver a acercarte a él.

—¡Pero padre, yo no quiero alejarme de Dimas!

—¿Vas a dejar entonces que Jandiara cumpla con su amenaza? —Se aproximó a ella y la sujetó de los hombros con firmeza—. Como siervo de nuestro Señor en la tierra puedo llegar a comprender que te has enamorado de Dimas y que él siente lo mismo por ti. Sin embargo, la sociedad en la cual vivimos jamás lo aceptará. Ya no se trata solo de conseguir la anuencia de tus padres; todo el mundo te dará la espalda. ¿Estás dispuesta a tolerarlo? ¿Y Dimas? ¿Te has puesto a pensar lo que sucederá con él? Lo acusarán de haber mancillado tu honra y terminará en la cárcel o muerto. El coronel podrá hacer justicia con sus propias manos y nadie se lo va a reclamar.

—¡Dimas no mancilló mi honra! ¡Yo me entregué a él porque lo deseaba!

—¿Y quién va a creer eso? —Sonrió de manera compasiva—. Lo siento, Maria Graça. No quiero ser cruel, pero debes saber a lo que te enfrentas para tomar la decisión correcta.

Ella negó con la cabeza.

—Si de verdad amas a ese muchacho como dices, separarte de él es la única opción. Hazlo antes de que sea demasiado tarde.

Maria Graça, vencida por la tristeza, se arrojó a los brazos del sacerdote y lloró desconsolada sobre su pecho.

Aunque se le partiera el corazón de tanto dolor, tenía que alejarse de su amado Dimas para salvarle la vida.

Aunque se muriera de pena y jamás lograse arrancarse ese sentimiento del alma, les diría a sus padres que aceptaba casarse con Augusto Soares do Carvalho.

*

El doctor Montalbán arribó a la hacienda de los Soares do Carvalho

bajo un halo de misterio que se evidenció todavía más cuando una de las esclavas, obedeciendo la orden de su amo, lo hizo entrar a la casa por una de las puertas laterales. Fue escoltado hasta la planta alta a toda prisa sin que se le comunicara la razón de tanta urgencia, y al final del pasillo se encontró con don João. El hacendado, con el semblante marcado por la desesperación, lo sujetó con fuerza del brazo, y tras decirle a la esclava que ya podía retirarse, lo hizo pasar a la habitación de su único hijo.

Augusto yacía en el suelo. Su cuerpo estaba en posición fetal y una gran mancha de sangre había teñido de rojo la alfombra ubicada al lado de la cama. Gemía de dolor mientras que con ambas manos se apretaba la entrepierna.

—¿Qué sucedió? —preguntó el doctor al enfrentarse a una escena tan dantesca.

Augusto, percatándose de su presencia, movió la cabeza y lo miró con los ojos inyectados de rabia.

—¡Fue esa negra maldita! ¡Ella me cortó!

Repuesto de la primera impresión, Montalbán se acercó y vio un pequeño cuchillo en el suelo. Sin dudas, era el arma que habían utilizado para atacarlo.

—¡Por favor, doctor, haga lo que sea necesario para evitar que mi hijo muera desangrado!

—No se preocupe, don João —le dio una palmada en el hombro para tranquilizarlo y luego se arrodilló junto al muchacho para examinar la herida. Cuando quiso apartarle las manos, Augusto se resistió. Tras un segundo intento, logró que las moviera. Abrió su maletín y tomó una tijera para rasgar la tela del pantalón. Con la ropa interior no fue tan sencillo ya que se le había pegado a la piel, formando una costra sanguinolenta. Con sumo cuidado fue tironeando hasta quitarla por completo. En sus casi veinte años ejerciendo la medicina, nunca había visto una herida semejante. Al joven Soares do Carvalho le habían cercenado uno de los testículos. En su lugar, solo quedaba un colgajo deforme a punto de desprenderse. Sacó un frasco que contenía yodo y se dispuso a desinfectar la zona.

Augusto tuvo que morderse la lengua para no gritar de dolor. Su

padre, quien hasta ese momento había estado siguiendo atentamente los procedimientos del doctor Montalbán, dio vuelta la cara para no ver.

—Parece que el otro testículo no sufrió ningún daño severo —comentó el facultativo a medida que la herida iba apareciendo debajo de los restos de la sangre. Le ofreció un poco de láudano para aliviar su sufrimiento y Augusto se lo bebió de un solo trago—. Voy a cortar lo que queda del testículo. Es un procedimiento sencillo, no se preocupe.

—¿Cortar?

—Es necesario, don João.

Augusto miró a su padre por encima del hombro del doctor.

—¡No se lo permita, padre! —suplicó, al borde del llanto—. ¡No deje que me convierta en un eunuco!

—¡Cálmese, por favor! —El doctor Montalbán hurgó en el interior de su maletín y sacó un frasco más pequeño. Cuando lo abrió, el olor fuerte del cloroformo inundó la habitación. Antes de que Augusto reaccionara, mojó un paño limpio con el anestésico y se lo colocó en la nariz. Miró a su padre—. Créame que es por su propio bien.

Don João, con el rostro desencajado, asintió resignado.

Tras varios minutos de ardua labor, el doctor logró suturar la herida y detener así la hemorragia. Con la ayuda de uno de los esclavos que mandaron a llamar, colocaron el cuerpo inerte de Augusto sobre la cama. Aunque Montalbán no sabía a ciencia cierta cuáles serían las consecuencias de un ataque de esa envergadura, era probable que la falta de un testículo afectara la fertilidad del muchacho.

“Lo ocurrido no le impedirá tener intimidad con una mujer, pero veo muy difícil que consiga engendrar un hijo”.

Las palabras lapidarias del doctor Montalbán habían dejado a don João muy abrumado. Le pidió que lo acompañase a su despacho. Allí, entre esas cuatro paredes, se selló un acuerdo entre el hacendado y el médico: Augusto jamás sabría la verdad.

*

—Nelinha, el amo te está buscando —le anunció Nicolasa, una de las

esclavas de la hacienda de los Soares do Carvalho apenas logró encontrar a la muchacha. Se había escondido en el cuarto de los trastos y parecía que no planeaba moverse de allí en mucho tiempo—. No sé qué es lo que pasó, pero está que se lo lleva el demonio.

Las nefastas palabras de la negra solo provocaron que Nelinha se rehusara a obedecer. Su cuerpo no dejaba de temblar. En sus manos y en su ropa, llevaba la sangre del hombre que la había desgraciado. Sabía lo que le esperaba; sin embargo, ningún castigo al que pudiera ser sometida se comparaba al hecho de haber sido violada por el hijo del amo.

—Vamos, muchacha —insistió Nicolasa, tendiéndole la mano—. No puedes darte el lujo de no acatar una orden del amo. No empeores las cosas.

Nelinha rechazó su ayuda y se puso de pie por sus propios medios. Sintió cómo se le aflojaban las piernas apenas atinó a dar el primer paso. Tuvo que apoyarse un instante contra la pared para no perder estabilidad. Temerosa y con el corazón atravesado en la garganta, siguió a Nicolasa hasta el despacho del amo. Una vez allí, cuando se quedó sola en la inmensidad del pasillo, se dio cuenta de la falta que siempre le había hecho su madre. Levantó el brazo para llamar a la puerta y lo dejó tendido en el aire durante unos cuantos segundos antes de que sus nudillos, manchados de sangre, se estrellaran contra la madera.

—Pase —tronó la voz de don João desde el interior del despacho.

Nelinha entró muy despacio, como si estuviese midiendo cada paso que daba. Oteó a su alrededor y de sus labios se escapó un resuello de alivio al comprobar que el amo Augusto no se encontraba esperándola. A esas horas, quizá ya estuviese muerto. Imploró en silencio que así fuera. Aunque le costase su propia vida, no se arrepentía de lo que había hecho.

João Soares do Carvalho miró con desprecio a la muchacha que tenía enfrente. Supuso que no debía de tener más de quince años. Era esbelta y de caderas anchas. Unos pechos pequeños se adivinaban debajo de la blusa, teñida con la sangre de su hijo. No podía culpar a Augusto. La mulata tenía su encanto. ¿Cómo reprocharle que se

hubiese atrevido a tocarla cuando él mismo, en sus tiempos de juventud, buscaba cualquier pretexto para ir a revolcarse con alguna de las negras que servían a su padre?

—Lo que ha ocurrido es intolerable. —Trató de recordar su nombre, pero no lo consiguió—. Mi hijo podría haber muerto desangrado si el doctor Montalbán no llegaba a tiempo. —Se llevó ambas manos a la espalda y comenzó a caminar de un lado a otro por el despacho, mientras alzaba la cabeza de vez en cuando para amedrentarla—. ¡Debería imponerte un castigo ejemplar y enviarte al tronco hasta que se te caiga la piel a jirones!

Nelinha ni siquiera se inmutó. El más terrible de los castigos era mejor que seguir permitiendo que el joven amo siguiera atropellándola de esa manera.

—Sin embargo, lo único que me importa en este momento es que nadie se entere jamás de lo que ha sucedido hoy en la habitación de Augusto. —Detuvo su andar y se plantó delante de ella—. Deberás quedarte callada y llevarte el secreto a la tumba. No puedo permitir que el buen nombre de mi hijo, quien está a punto de desposar a una de las jóvenes más distinguidas de la sociedad paulista, sea el blanco de habladurías. Si no guardas silencio, te juro que enviaré a que te corten la lengua.

Nelinha asintió con un breve movimiento de cabeza. Intuyó que, aunque el joven amo seguía con vida luego de su ataque, la puñalada que le atestase en sus zonas pudendas había dejado alguna secuela.

—Ya no servirás aquí dentro. Lo más lógico sería deshacerme de ti y venderte a otro hacendado, sin embargo, corro el riesgo de que termines contando lo que has hecho. Y eso no nos conviene. —Se alejó de ella, rodeó el escritorio y volvió a ocupar su butaca—. A partir de hoy, vivirás en las barracas con los demás esclavos y comenzarás a trabajar en los cafetales. Se te asignarán las tareas más pesadas hasta que yo lo considere suficiente. No podrás poner un pie en la casa a menos que te mande a llamar. Recoge tus porquerías y vete al patio trasero. Uno de los caporales vendrá a buscarte en un momento.

Sin decir una palabra, Nelinha se dio media vuelta y abrió la puerta.

—Si alguien te pregunta por qué llevas la ropa manchada de sangre,

le respondes que has tenido un accidente en la cocina.

La esclava asintió.

—Estaré atento a todo lo que hagas, negrita. Cualquier palabra de más y acabarás muriendo en el tronco.

Cuando Nelinha salió del despacho ya no temblaba. Se miró las manos y sonrió. Para ella, irse a vivir con su gente a las barracas y trabajar en los cafetales no era un escarmiento. Estaría lejos del amo Augusto y eso era más de lo que podía desear.

SEIS

Cerca del mediodía, con un sol radiante que iluminaba el valle, Maria Graça llegó por fin a la hacienda. Lo hizo en absoluto silencio y con un gesto sombrío que trató de disimular cuando se cruzó con su madre en el vestíbulo.

—El almuerzo estará listo en un momento, hija —le anunció doña Isadora mientras la ayudaba a deshacerse del abrigo y del sombrero.

No tenía apetito. La conversación con el padre Reginaldo la había dejado demasiado abrumada como para pensar en almorzar. Sin embargo, le pareció que sería la ocasión más propicia para comunicarles que aceptaría el cortejo de Augusto Soares do Carvalho sin chistar. Se excusó con su madre para ir a refrescarse un poco, prometiéndole que no tardaría en bajar. Subió las escaleras de prisa, entró como una tromba en su habitación y se arrojó sobre la cama. Se quedó contemplando el vacío un largo rato antes de echarse a llorar como una magdalena. Había tomado la decisión correcta, pero la sola idea de tener que separarse de Dimas le causaba una pena indescriptible. Era como un enorme agujero de fuego que lentamente le iba consumiendo las entrañas. Se acurrucó en posición fetal y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. No sabía de dónde sacaría el coraje necesario para afrontar lo que estaba por venir. Se apartaría de Dimas, su único amor, y se convertiría en la esposa de un hombre al que había visto apenas una vez en su vida. Respiró muy hondo hasta llenarse los pulmones de aire. ¡Qué falta le hacía su hermano! Estaba segura de que Alexandre le diría las palabras justas para que se sintiera mejor.

Se incorporó de un salto cuando Edileusa se asomó por la puerta y le preguntó si necesitaba alguna cosa. No pensaba pedirle nada. Iba a echarse un poco de agua fresca en el rostro para borrar cualquier

rastro de llanto y luego iría al comedor para almorzar con sus padres. O al menos haría el intento, ya que tenía el estómago cerrado. Sin embargo, antes de que la negra regresara a la cocina, como si fuese un hecho fortuito, le dijo que si veía a Jandiara por la casa la enviara para hablar con ella.

—¿Y usté qué quiere con esa mulata, mi niña? —insistió en saber Edileusa, sorprendida por su petición.

—Tengo unos vestidos viejos que ya no voy a volver a usar y me gustaría que Jandiara se fijase si les hace falta algún remiendo antes de mandárselos al padre Reginaldo para que los reparta entre sus feligresas más necesitadas. ¿Le dices que venga, nana?

—Está bien. Se la voy a mandar —respondió, con desconfianza.

Maria Graça se dirigió a la cómoda y tras verter un poco de agua en la jofaina se mojó las mejillas y el cuello mientras espiaba a su nana a través del espejo.

—¿Qué haces parada allí? ¡Ve a hacer lo que te mandé! —le reclamó, con el ceño fruncido, fingiendo seriedad.

Edileusa emitió un sonoro *hum* y se fue dando un leve portazo antes de recibir otro regaño.

Maria Graça se cepilló el cabello y luego se lo recogió en una pesada trenza que caía por su espalda y le llegaba hasta la cintura. Unas cuantas hebras rebeldes se empeñaban en salirse de su sitio. Las acomodó detrás de la oreja como pudo y se dio media vuelta cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. *Debe ser Jandiara*, pensó. Se paró bien erguida y elevó el mentón un par de centímetros al tiempo que daba permiso para que entrara.

Así, en esa actitud de altivez, la encontró la esclava apenas puso un pie dentro de la habitación.

—¿Me mandó a llamar, amita?

Maria Graça respiró bien hondo antes de responder. Tenía frente a ella a la culpable de su desdicha y le costaba horrores mantenerse calmada cuando por dentro lo único que deseaba era zamarrearla hasta quedarse sin fuerzas o hasta que la esclava le suplicara que se detuviera.

—He tomado una decisión con respecto a mi futuro y, dadas las

circunstancias, quería que fueras la primera en saberlo. —Se había pasado los últimos minutos ensayando lo que iba a decirle y ahora las ideas en su cabeza se habían desordenado—. El padre Reginaldo… él… él está al tanto de lo que sucede y me ha aconsejado que haga lo necesario para evitar que cumplas con tus amenazas.

El rostro de Jandiara se iluminó.

—Ya no buscaré a Dimas —le dijo con todo el dolor del alma—. Te guardarás lo que sabes porque yo no volveré a interponerme en tu camino. He resuelto aceptar la propuesta de mis padres y muy pronto me convertiré en la esposa del señor Soares do Carvalho.

—Es una decisión muy sabia, señorita —repuso la esclava con cautela. A pesar de que llevaba las de ganar, si la hija del coronel se alejaba de Dimas nada impedía que él fuese quien saliera corriendo para encontrarse con ella. Conociéndolo, intuía que sería lo primero que haría al saber que su *sinhazinha*, como solía llamarla, se iba a desposar con otro.

—¿Qué pasa? ¿No confías en mi palabra? —le espetó Maria Graça indignada por su actitud.

—Confío —le aseguró—. Sería una tontería de su parte engañarme. No se atrevería a jugar con la vida de Dimas de esa manera.

—¿Entonces? —la interrumpió la joven, cruzándose de brazos. Estaba perdiendo la paciencia. Quería acabar con esa situación de una vez por todas y Jandiara no hacía más que prolongar el martirio.

—Dimas es tozudo como una mula, y cuando se trata de su adorada señorita no acepta razones. Si no lo escucha de sus propios labios, jamás aceptará alejarse de su merced. Tendrá que hablar con él y convencerlo de que ya no quiere verlo.

Maria Graça la miró, perpleja. ¡No podía pedirle eso! ¿Cómo haría para decirle en la cara que no se acercara más a ella porque pronto sería una mujer comprometida?

—¡No! ¡Me niego a hacerlo!

—Si soy yo la que le da la noticia, no me va a creer. Sobre todo, porque Dimas sospecha lo que siento por él. Me acusará de intrigar en su contra.

—Podría escribirle una carta. Ya conoce muchas letras y, aunque lee

con cierta dificultad, va a comprender su contenido —sugirió Maria Graça poco convencida de que esa fuera la mejor opción. ¿Enterarse por una carta que se casaría con otro? No, Dimas no se lo merecía.

—¿De qué tiene miedo? Lo que está a punto de hacer es por su bien.

Maria Graça ignoró su comentario y le ordenó que se retirara. Cuando volvió a quedarse a solas, barruntando sobre cómo debía proceder, reconoció que Jandiara tenía razón. Debía reunir el valor para enfrentarse a Dimas y tratar de convencerlo de que nunca podrían vivir su amor a pleno; que debían pensar qué clase de futuro les esperaba amándose a escondidas. Necesitaba un argumento contundente para que se decepcionara definitivamente de ella. Y Augusto Soares do Carvalho se lo daría.

*

Los dos primeros días, la débil estrategia de Maria Graça consistió en no salir de la casa para evitar encontrarse con Dimas. Después de anunciarles a sus padres que aceptaba gustosa el cortejo del señor Soares do Carvalho, se encargó de que la noticia se propagara por toda la hacienda. A esas alturas, era muy probable que hasta el último negro de la barraca estuviese al tanto de sus futuros planes de bodas. Por la noche, temiendo que Dimas saltara por su ventana, dormía acompañada de su nana. Si hubiese intentado colarse en su habitación, se habría llevado una gran sorpresa al ver a Edileusa recostada en la mecedora mientras velaba su sueño.

Al tercer día, cuando su madre le preguntó por qué ya no salía a dar sus acostumbrados paseos por la hacienda, respondió que no quería encontrarse con Dimas. Claro que doña Isadora no sospechaba la verdadera razón de su extraño comportamiento. Le contó que habían discutido durante una de sus clases y su madre creyó su historia, hasta la última palabra.

—Siempre he considerado que le dabas demasiada confianza a ese muchacho. No olvides que es tan solo un esclavo y, como tal, no necesita instruirse —manifestó mientras se echaba aire con un abanico —. Lo único que se espera de él es que tenga manos fuertes para recolectar el café y obedezca cada vez que reciba una orden.

Maria Graça, acalorada por la mentira que acababa de contar más que por el inusual aire caliente que bajaba de las sierras esa mañana de fines de mayo, asintió sin decir nada. Bastó que oyera mencionar las manos fuertes de Dimas para añorar sus caricias. Dejó escapar un suspiro y retomó su bordado. Había aceptado la invitación de su madre de salir a la veranda, pero cuando empezó a notar el movimiento de los esclavos que partían hacia los cafetales, se arrepintió enseguida. Fingía concentrarse en sus labores, aunque llevaba un buen rato con la aguja en el mismo sitio.

—Creo que deberíamos invitar a cenar a don Augusto y a su padre —comentó doña Isadora, entusiasmada con la idea.

—¿Le parece, madre? Ellos nos esperan este domingo en su hacienda para pasar el día —le recordó.

—¡Pero qué cabeza la mía! Estoy tan ansiosa de pactar tu compromiso con ese muchacho que lo había olvidado.

Maria Graça sonrió.

—El domingo, su merced y mi padre tendrán la ocasión de arreglar todo lo necesario con los Soares do Carvalho para que esa dichosa boda se lleve a cabo lo antes posible.

—A veces tengo la sensación de que no estás tan contenta con este compromiso como nos quieres hacer creer. —Doña Isadora dejó de abanicarse para observar concienzudamente a su hija. Notó que se ponía nerviosa—. Augusto Soares do Carvalho es un partido excelente. Cualquier jovencita, en tu lugar, estaría complacida de que alguien como él la corteje.

—Comparto su opinión, querida madre —respondió. No le costaba nada endulzarle los oídos con lo que deseaba escuchar—. Don Augusto no solo posee una de las fortunas más cuantiosas de la ciudad, también es atractivo y demostró interés en mí desde el primer momento. ¿Qué más puedo pedir?

—Aun así, es evidente que tienes cierto recelo con respecto a él.

—Apenas lo conozco. Supongo que eso cambiará cuando empiece a tratarlo, ¿no cree?

Su madre asintió. Esperaba que eso ocurriese en verdad. Con el carácter díscolo de su hija, cualquier precaución era poca. Pensó en su

propia historia, cuando su padre, durante la celebración de su cumpleaños número dieciséis, le había anunciado que un muchacho de la región había pedido su mano en matrimonio. Se había casado con el joven coronel Esteves sin estar enamorada de él; sin embargo, con el tiempo, aprendió a quererlo. Le había dado dos hijos y, aunque ya llevaban juntos casi veinticinco años, todavía cumplía con sus deberes de esposa en el lecho conyugal. Esteves la respetaba y la colmaba de atenciones. Se perdió en sus pensamientos hasta que un movimiento cerca de la cocina la distrajo.

—¿Qué quiere esa muchacha?

Cuando Maria Graça vio a Jandiara, tuvo la fuerte impresión de que andaba buscándola a ella; por eso dejó el bastidor a un lado y salió a su encuentro.

—¿A dónde vas, Maria Graça?

—Debo hablar con Jandiara, madre. —Se detuvo a mitad de camino. Debía esgrimir una excusa creíble—. Está trabajando en uno de mis vestidos y seguramente quiere hacerme alguna pregunta. Regreso enseguida para que sigamos conversando.

Doña Isadora siguió cada uno de sus movimientos, y lo primero que notó apenas su hija le dirigió la palabra a la esclava fue la altivez con la cual la tal Jandiara le hablaba. Mientras simulaba estar ocupada con su bordado, las observaba a la distancia.

—No sé qué es lo que está esperando, señorita.

—Necesito unos días.

Jandiara negó con la cabeza.

—Debe hablar con Dimas cuánto antes —le respondió, sin dejar de lado ese tono amenazador de quien se cree dueña de la situación.

Maria Graça se sentía acorralada. Sabía que Jandiara no iba a esperar. Aun así, tenía que ganar un poco más de tiempo.

—Este domingo estamos invitados a pasar el día en la hacienda de los Soares do Carvalho. Hablaré con él a mi regreso. —Al ver el recelo en los ojos de la negra, agregó—: Te prometo que buscaré a Dimas y le diré que ya no lo quiero. Solo te pido que no hagas nada hasta entonces.

Jandiara terminó por creer en sus palabras. Después de todo, si la

señorita no cumplía con lo que había prometido, solo debía hablar con el coronel y contarle todo lo que sabía. Seguramente se ganaría el desprecio de Dimas, pero al menos lograría separarlo de su adorada *sinhazinha*. Volvió al interior de la casa con una sonrisa triunfal en los labios. Al otro lado de la puerta que acababa de cerrar, Maria Graça tenía los ojos llenos de lágrimas.

*

Esa noche, en la barraca, Dimas no podía conciliar el sueño. Maria Graça lo estaba evitando y él no sabía por qué. Gracias a Fulgencio, había conseguido escabullirse de los cafetales para ir a buscarla, pero la negra Gerarda no le permitió entrar a la casa. Tuvo que marcharse después de que le dijera que la señorita se encontraba indispuesta y que, por esa razón, permanecía encerrada en sus aposentos. Sin embargo, los rumores que corrían en la hacienda y que llegaban hasta las barracas aseguraban que la hija del coronel estaba a punto de comprometerse con uno de los hombres más ricos de la región y que no salía para evitar las malas lenguas. A nadie le parecía apropiado que se la pasara todo el día de arriba abajo con uno de los esclavos como si fuese lo más natural del mundo. A él, los rumores lo tenían sin cuidado. Tampoco le preocupaba lo que pensara la gente de sus encuentros a solas. Lo único que lo inquietaba realmente era no saber lo que sucedía con su amada *sinhazinha*. La incertidumbre se le había instalado en el cuerpo y no le permitía pensar con claridad. Se acercó a uno de los ventanucos y miró a través de las rejas. Las dos antorchas que iluminaban el patio dibujaban sombras fantasmagóricas alrededor del tronco; como si los espíritus de aquellos esclavos que habían muerto amarrados a él se resistieran a marcharse. Su abuelo, quien había llegado desde África siendo apenas un niño, había perecido en manos de uno de los capataces más crueles de la hacienda, quien lo azotó hasta dejarlo sin aliento. Sacudió la cabeza, como si al hacerlo, pudiese apartar esa terrible imagen que llevaba a fuego grabada en su memoria. Su querido *Baba Agba*, como pedía que siempre lo llamasen, ya no estaba a su lado. Sin embargo, su espíritu guerrero lo acompañaba a todas partes.

Desde allí, encerrado en la barraca, la distancia que había hasta la casa principal le parecía más grande que nunca. El murmullo de un grupo de hombres que se había amontonado en uno de los rincones captó su atención. Le sorprendió ver a Fulgencio entre ellos. Parecía ser el que llevaba la voz cantante. Hablaban en voz muy baja, oteando por encima de sus hombros por el temor a ser oídos. Conociendo a la mayoría de ellos, Dimas sospechaba que estaban urdiendo un nuevo plan de fuga. El anterior, perpetrado durante las celebraciones de Navidad, había sido frustrado cuando, sin razón aparente, el coronel había mandado a redoblar la vigilancia. Aunque todo indicaba que había un soplón entre los esclavos, ninguno se animaba a levantar el dedo acusador en contra de sus hermanos de barraca por temor a equivocarse. Por eso ahora tomaban las precauciones necesarias para evitar que alguien los delatara. Tanto era así que ni siquiera lo habían invitado. Todos sabían que él jamás se marcharía de la hacienda, por eso preferían mantenerlo al margen. Se aproximó al grupo que estaba formado por media docena de hombres y se quedaron callados al verlo.

—Pueden confiar en mí —les dijo, molesto por el recelo con el cual lo miraban—. Aunque no vaya con ustedes, los ayudaré en lo que haga falta.

—Dimas jamás nos traicionaría —intervino Fulgencio, dándole una palmada en el hombro a su amigo.

Uno de los esclavos se rascó la cabeza y masculló algo entre dientes. El que estaba a su lado le dio un codazo para que no dijera algo imprudente.

—Yo no estaría tan seguro de su lealtad —manifestó uno de los más viejos—. No olvidemos que acá el muchacho tiene debilidad por la joven ama, y un hombre es capaz de traicionar a los suyos por andar detrás de unas faldas.

El comentario malintencionado del esclavo llamado Caburé generó un silencio incómodo. Dimas atinó a defenderse, pero Fulgencio, conociendo su terquedad, se lo impidió.

—No debemos llamar la atención —dijo, calmando los ánimos—. Cualquier paso en falso nos puede causar problemas.

Todos asintieron, incluso Dimas, quien esa noche no tenía deseos de enfrascarse en una pelea sin sentido. Si querían huir, él les prestaría ayuda. El plan original contemplaba la posibilidad de huir durante el día, mientras se encontraban en la labranza. Si lograban perderse entre los cafetales y distraer a los capataces, solo debían seguir el sendero que llevaba al río y, desde allí, continuar por el valle hasta encontrar el quilombo. Era una travesía arriesgada, pero si conseguían pasar al otro lado de la montaña, tendrían media libertad ganada.

—¿Cuándo será? —preguntó Dimas para estar prevenido.

Tardaron unos segundos en responderle. Fue Caburé, el primero en haber desconfiado de él, quien sació su curiosidad.

—Será este domingo. Los amos pasarán el día en la hacienda de los Soares do Carvalho. Es nuestra oportunidad para intentarlo.

El grupo asintió. Aunque llevaban años soñando con ser libres, por el momento era solo eso, un intento de fuga, que si salía mal los condenaría a la muerte. Todos intercambiaron una última mirada cómplice y se dispersaron por la barraca. Dimas regresó junto a la ventana seguido por Fulgencio.

—¿Qué pasa?

Dimas no podía dejar de pensar en lo que había dicho Caburé. Los Esteves visitarían a los Soares do Carvalho. Probablemente, el mentado compromiso entre su *sinhazinha* y ese joven era la razón de la dichosa reunión entre dos de las familias más poderosas del valle. ¿Y si esa era la razón por la cual Maria Graça lo estaba evitando? Se le revolvía el estómago de tan solo imaginársela cerca de ese hombre.

—Olvídala, Dimas —le aconsejó Fulgencio, adivinando la causa de su tormento.

—No puedo, amigo —contestó, con un nudo en la garganta—. No importa lo que suceda, jamás podré arrancar de mi pecho el amor que siento por mi adorada *sinhazinha*.

*

—¡No lo ajustes tanto, nana! —se quejó Maria Graça haciendo un gran esfuerzo para respirar mientras Edileusa tironeaba de los hilos del corsé con verdadero ahínco.

—Una señorita debe saber insinuar sus encantos, pero también es preciso que sepa cómo esconderlos debajo de la ropa —respondió dándole el último apretón al lazo para que le afinara la cintura y resaltara la curva de sus pechos.

Maria Graça puso los ojos en blanco y movió la cabeza en señal de desacuerdo.

—No hace falta esmerarme tanto, querida nana. Según el coronel y su señora esposa, o sea, mis respetados padres, el señor Augusto Soares do Carvalho cayó rendido a mis pies cuando me conoció. Por lo tanto, lo de hoy no es más que una mera formalidad.

—Eso no significa que deba dejar de agradarle, niña —repuso la negra, molesta por su repentino cambio de humor. Había momentos en los que Maria Graça parecía estar conforme con la decisión de sus padres; a veces, como en ese preciso instante, tenía la sensación de que saldría corriendo ante la primera oportunidad.

—Tienes razón —concedió con una sonrisa de oreja a oreja—. Desistiré de usar uno de mis vestidos más solemnes y llevaré el rojo de terciopelo que mandó a confeccionar mi madre con una de las modistas más habilidosas de la Corte. ¿Te parece mejor así?

Edileusa ignoró su tono burlón y se dirigió hacia el armario para buscarlo. ¡Era una belleza! El joven Soares do Carvalho se quedaría embelesado al verla llegar. Lo dejó sobre la cama con sumo cuidado para que no se arrugase y volvió al lado de su niña.

—Tendré que llevar un tocado que combine con el vestido —manifestó Maria Graça, pensativa. Buscó entre sus pertenencias, pero no halló lo que quería—. ¿No has visto el sombrero de plumas que me regaló mi hermano? Sería el más indicado.

Tras ayudarla en la búsqueda, se dieron cuenta de que el sombrero no estaba en la habitación.

—Iré abajo y echaré un vistazo en el cuarto de planchado. Si mal no recuerdo, tenía una mancha y una de las esclavas lo estaba limpiando.

—Ve, nana. Yo mientras tanto terminaré de cepillarme el cabello. Creo que lo llevaré recogido en una trenza. ¿Qué opinas?

Edileusa estuvo de acuerdo con su elección y salió de prisa para volver cuánto antes con el dichoso sombrero. Iba tan distraída que no

se dio cuenta de que había alguien escondido a muy pocos metros de distancia.

Dimas había logrado escapar de los cafetales con la ayuda de su amigo Fulgencio. Sabiendo de antemano que nadie en la casa grande le permitiría entrar, mucho menos para ver a la hija del coronel, se había subido a uno de los árboles más altos para llegar a la segunda planta de la casa sin mayor dificultad. Valiéndose de su destreza con los pies, gracias a las lecciones de capoeira que había aprendido de niño entre sus hermanos de barraca, consiguió saltar hasta una de las ventanas y entrar sin ser visto. Cuando entró, la habitación estaba penumbras. Olía a encierro y a cuero gastado. Supuso que pertenecía al joven Alexandre, quien prestaba servicio en la Guardia Imperial. La atravesó en sigilo mientras rogaba que nadie le hubiese echado llave a la puerta. Soltó un resuello de alivio al descubrir que no. La abrió lentamente y se asomó para asegurarse de que el pasillo estuviera vacío. Esperó un momento y salió. Se fue deslizando con el cuerpo pegado a la pared para hacerse invisible, y al oír la voz de Edileusa se quedó petrificado. Alcanzó a escabullirse detrás de una vitrina en el preciso momento en que la nana de Maria Graça abandonaba su habitación.

Era ahora o nunca. Debía acercarse a ella antes de que Edileusa volviera. Necesitaba tenerla frente a frente para asegurarse de que todos esos rumores que había oído no fueran ciertos. Sorteó los escasos centímetros que lo separaban de Maria Graça y se introdujo en su recámara con la misma agilidad con la que había trepado hasta una de las ventanas de la casa.

Ella estaba frente al espejo, cepillándose el cabello con movimientos envolventes. Se dio vuelta de un salto al verlo allí, junto a la puerta, agitado y con ese brillo en la mirada que conocía tan bien.

—Dimas… —El fino cepillo con mango de carey terminó en el suelo. Aún llevaba la ropa interior, pero no se preocupó en cubrirse. Después de todo, él ya había contemplado su cuerpo desnudo. Sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso al evocar la noche en la cual se habían amado.

Dimas, incapaz de permanecer en la misma habitación que ella sin

poder tocarla, se aproximó en dos zancadas y la estrechó entre sus brazos. No mencionó ni una sola palabra. Tan solo la retuvo allí, en el calor de su pecho mientras aspiraba con fuerza para embriagarse con el perfume de su piel recién acicalada.

Maria Graça no podía moverse. Aunque se moría de ganas de corresponder a su abrazo, la amenaza que pendía sobre sus cabezas le impidió demostrarle cuánto lo había extrañado. Apretó los puños para no ceder a sus propios deseos y cerró los ojos para evitar que el llanto la venciera.

—Dimas, por favor, suéltame —le suplicó con todo el dolor de su alma. Había planeado hablar con él cuando regresara de la hacienda de los Soares do Carvalho, con el compromiso ya zanjado, pero ahora que estaba allí no tenía caso esperar.

—No me pidas eso, mi dulce *sinhazinha* —murmuró él mientras le acariciaba la espalda por encima de la tela del corsé.

Haciendo acopio de una gran fuerza de voluntad, Maria Graça colocó una mano entre ambos y logró que sus cuerpos se apartaran. La sensación de vacío que experimentó en ese momento la obligó a girarse antes de que Dimas descubriera que le temblaban los labios. El calor de su piel morena aún seguía quemándola ahí donde la había tocado. No podía flaquear. De ella dependía que Dimas no terminara sus días en el tronco.

—Pensaba ir a buscarte cuando volviera de la hacienda de mi prometido —se esmeró en poner énfasis en la última palabra, como si eso bastara para que Dimas se convenciera de que entre ellos ya no había nada. Respiró profundo y se volteó lentamente. Se resistía a mirarlo a los ojos—. Me has ahorrado el mal trago de tener que ir hasta las barracas o enviarte un recado para que pudiésemos encontrarnos.

Dimas, corroído por los celos y la rabia de oír que ella se refería a ese hombre como su “prometido”, movió la cabeza en un gesto de negación.

—No puedes estar hablando en serio, Maria Graça. Ese hombre jamás será tu prometido, no después de haber sido mía.

Maria Graça alzó apenas la mirada. Se le formó un nudo en la

garganta al comprobar que Dimas tenía los ojos húmedos. Nunca antes lo había visto tan vulnerable. Ni siquiera cuando solía hablarle de las atrocidades que había presenciado en las barracas o del nefasto día en que tuvo que curar las heridas de su propia madre después de que el amo mandase a azotarla por robarse un trozo de pan para alimentar a su pequeño. El Dimas que ahora estaba frente a ella, el hombre fuerte y valiente, parecía un animalito herido. Tuvo que reprimir el impulso de acercarse nuevamente y acurrucarlo entre sus brazos. Ella, que lo amaba tanto, estaba a punto de causarle el dolor más grande de su vida. El mismo que sentía en su pecho y le estrujaba el corazón.

—Ese hombre ha pedido mi mano a mi padre y él ha aceptado. —Quería sonar fría y distante, pero le temblaba la voz—. Ellos aseguran que don Augusto es un partido excelente, que si me caso con él seré la envidia de todas las muchachas de la ciudad. —¡Dios! ¿Qué demonios estaba diciendo? ¿Cómo si alguna vez le hubiese importado una frivolidad semejante? La expresión de desconcierto que percibió en el semblante de Dimas le indicó que iba por el camino correcto—. Por su parte, mi madre está encantada con la idea de que me convierta en la esposa de uno de los mayores productores de café de la provincia de São Paulo. Yo he tenido la oportunidad de tratar a don Augusto durante su visita del otro día y he disfrutado mucho de su compañía.

—No, no es cierto —susurró Dimas, sonriendo incrédulo—. ¿Cómo es posible que me estés diciendo todo esto si ese mismo día huiste de la casa grande para buscarme en las barracas? ¡Esa noche fuiste mía, Maria Graça! ¡Te entregaste a mí con tanta pasión! ¡Es mentira que vas a casarte! —Se acercó y la sujetó con fuerza de los hombros—. ¡No es verdad! ¡Dime que no vas a respetar los deseos de tu padre! ¡Necesito oír de tus propios labios que no te casarás con ese maldito blanco!

Maria Graça permaneció callada. Esperaba que su silencio fuese más lapidario que toda la sarta de mentiras que acababa de pronunciar.

Dimas, ante su falta de respuesta, intentó una táctica diferente. Le rozó la mejilla y con el dedo pulgar le abrió la boca. Estaba húmeda y percibió un ligero temblor en el labio inferior. Ardía en deseos de besarla, conseguir con un beso lo que no había obtenido con sus

lágrimas. Pero cuando se inclinó hacia ella para cumplir su deseo, Maria Graça le dio vuelta la cara. Ese gesto lo hirió de muerte. Comprendió en ese momento que lo que tanto habían presagiado Edileusa, Gerarda, Fulgencio y hasta la mismísima Jandiara se tornaba realidad. Su amada *sinhazinha* nunca sería para él. Maria Graça prefería someterse a la voluntad de sus padres antes de luchar por lo que sentía. La estaba perdiendo y no sabía qué hacer para evitarlo. ¿Cómo intentarlo cuando ella lo rechazaba de esa manera tan contundente?

—¿Ya no me amas? ¿O nunca lo hiciste? —le preguntó con temor de oír su respuesta.

—El amor no tiene nada que ver con la decisión que tomé —contestó ella, agachándose para recoger el cepillo que se le había caído al ver entrar a Dimas en su habitación. Observó con cierta apatía uno de sus enseres de belleza más lujosos y regresó al taburete para continuar con lo que estaba haciendo. Necesitaba concentrarse en cualquier cosa para no terminar confesándole a Dimas la verdad. Mientras cepillaba su larga cabellera dorada, él la escudriñaba a través del espejo. No se había movido. Parecía petrificado—. Con el señor Soares do Carvalho no me faltará nada. Él me brindará todos los lujos a los cuales estoy acostumbrada. Es un hombre culto y refinado. Seguramente iremos a Europa de viaje de luna de miel y como su madre está muerta, a nuestro regreso, pasaré a ser la señora de La Aurora. —Se escuchaba y sentía asco de sí misma—. Mis padres solo quieren lo mejor para mí. No tengo por qué oponerme a sus deseos… después de todo, es el porvenir que una señorita de mi clase se merece.

El incómodo y doloroso silencio que reinaba en la habitación solo era perturbado por el trinar de los pájaros que anidaban en el viejo roble que estaba junto a la casa, por la respiración agitada de Dimas y el roce del cepillo en la dorada caballera de Maria Graça. Era como si de repente ya no tuviesen nada más que decirse, como si las palabras apenas pronunciadas hubiesen sentenciado a muerte el gran amor que se habían jurado.

Maria Graça se debatía entre exigirle que se marchase antes de que

lo descubrieran o arrojarse a sus brazos para implorar su perdón. No hizo ni una cosa ni la otra. No hizo falta. Por el rabillo del ojo vio que Dimas se giraba sobre sus talones y se alejaba hacia la puerta. Sintió el impulso de correr hacia él, pero le bastó recordar la amenaza de Jandiara para quedarse quieta en su sitio.

—En verdad deseo que sea muy feliz, señorita Esteves —dijo Dimas sin siquiera mirarla—. Ojalá nunca se arrepienta de haberse entregado a un esclavo bruto como yo. —Se detuvo un instante antes de abrir la puerta—. No se preocupe, no volverá a saber de mí.

Apenas Dimas salió de la habitación, Maria Graça se estremeció en un llanto desgarrador. Quería ir tras él y decirle que jamás lo olvidaría; que, aunque se casara con otro, lo amaría hasta el día de su muerte, y si existía el amor más allá de la vida, lo amaría hasta la eternidad. Incapaz de un acto de valentía que solo ocasionaría desgracia, se tiró en la cama y se cubrió el rostro con las manos. Le dolía el pecho de tanta tristeza. Cuando Edileusa volvió con el sombrero limpio, se encontró con una escena devastadora. Su querida niña, desmadejada sobre los almohadones, lloraba desesperada mientras musitaba el nombre de Dimas, pidiéndole que no la dejara. Se acercó y, sentándose a su lado, la arrebujó con sus cálidos brazos para brindarle consuelo. Entre los hipidos de la joven, Edileusa supo la verdad.

Mejor así, pensó.

Aunque su niña ahora estuviera sufriendo y sintiera deseos de morirse, el tiempo le demostraría que había hecho lo correcto.

SIETE

El domingo, después de asistir a misa de diez en la ciudad, el coronel Esteves y su familia finalmente se presentaron en La Aurora. Don João Soares do Carvalho, acostumbrado a ser el anfitrión de la hacienda desde la muerte de su esposa, salió a recibirlos personalmente mientras ordenaba a un séquito de esclavos que sirviera el almuerzo en la galería. Aunque estaban a fines de mayo, la humedad y el calor obligaban a pasar más tiempo al aire libre. Convidó al coronel con un jerez y ofreció a las damas una copita de anís para mojarse la garganta. Doña Isadora aceptó gustosa la bebida y conminó a su hija a hacer lo mismo. Maria Graça no tenía ánimos de nada; sin embargo, para no desairar al padre de su prometido y, sobre todo, para no contrariar a su madre, se bebió el licor con una sonrisa en los labios. Le resultó extraño que Augusto no hubiese aparecido todavía. Sin embargo, lo que llamó poderosamente su atención fue ver cómo cojeaba mientras se dirigía a su encuentro. Aunque se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo por disimularlo, era evidente que algo le ocurría. Sus padres también se dieron cuenta, pero parecía no importarles, ya que no mencionaron nada al respecto. Cuando Augusto le preguntó si deseaba dar un paseo por la hacienda antes del almuerzo, no tuvo motivos para negarse.

Don João, el coronel y su esposa los observaban atentamente mientras se alejaban. Nadie dudaba que hacían una pareja perfecta, tampoco que esa misma tarde fijarían la fecha de la boda.

—Estoy feliz de que haya venido —le dijo Augusto apenas lograron perder de vista a sus padres.

—Yo también lo estoy —respondió Maria Graça impostando una sonrisa. Era la enésima del día; esperaba que a esas alturas le saliera natural.

—Confieso que sentí temor de que terminara rechazando la invitación de mi padre —le dijo Augusto, al tiempo que se ofrecía para llevarla del brazo—. Quizá fui demasiado impetuoso la primera vez que nos vimos, pero era menester que supiera la dicha que sentí al conocerla por fin. Después de las maravillas que había oído sobre su merced, yo también quedé hechizado por sus encantos, señorita Maria Graça. Su belleza me deslumbró de tal manera que no he sido capaz de apartarla de mis pensamientos.

Si pretendía ruborizarla con sus comentarios, lo había logrado.

—Lo siento, no fue mi intención —se disculpó él, fascinado con la reacción de la joven. Aunque solía disfrutar a manos llenas de las atenciones que le brindaban las féminas de vasta experiencia que frecuentaba durante sus estadías en la Corte, no había elixir más embriagador que la candidez de una doncella bonita que se sonrojaba al escuchar sus lisonjas—. Soy un hombre respetuoso, pero también muy apasionado.

Maria Graça se ahogó con su propia saliva. Augusto la estaba incomodando con sus palabras. No sabía cómo actuar frente a él. A pesar de amar a otro hombre, había aceptado convertirse en su esposa. Aun así, su manera de abordarla le provocaba gran inquietud. Tenía la sensación de que, ante el primer descuido, pasaría por encima de las normas del decoro que se esperaba en su situación y le robaría un beso. Y no quería. ¡No después de haber sido besada por Dimas! Era una tontería; sin embargo, deseaba postergar cualquier intimidad que pudiera surgir entre ellos hasta el día de la boda. Incluso cuando ese fatídico momento llegase y Augusto le exigiera cumplir con sus deberes maritales, intentaría persuadirlo de que no estaba todavía preparada para entregarse a él. De repente, escuchó un quejido sordo que brotó de la garganta de su prometido.

—¿Qué le ocurre, señor Soares do Carvalho? —Él se sobaba la parte superior de la pierna mientras torcía la boca en una mueca de dolor—. Me he dado cuenta de que camina con cierta dificultad.

Augusto se enderezó y tomó aire.

—No se preocupe, Maria Graça. No es nada serio. Tuve un pequeño pero incómodo percance con uno de los caballos. No nos entendimos y

terminó tirándome al suelo —le explicó, creyéndose por un segundo su propia mentira. Era la historia que había acordado contar con su padre para impedir que alguien supiera la verdad. Los esclavos habían sido advertidos y en La Aurora todos darían fe de que una aparatosa caída del caballo era la razón por la cual el joven Augusto cojeaba de su pierna izquierda—. Por favor, vuelva a llamarme por mi nombre —le pidió, cambiando el gesto de sufrimiento por una sonrisa seductora.

Maria Graça asintió. Era una nimiedad, aun así, se resistía a cruzar otra vez ese muro que ella se empeñaba en levantar entre ambos y que él pretendía derribar de un solo soplo valiéndose de sus galanteos. En ese momento, mientras el silencio ganaba terreno y los dejaba sin nada que decirse, Dimas se apoderó de sus pensamientos. Era imposible no comparar la dulzura de sus ojos renegridos con ese brillo intenso que percibió en la mirada de su prometido y que le provocaba escalofríos. No pudo hacer nada cuando Augusto ejerció un poco más de presión alrededor de su brazo para acercarla más a él y así evitar que un arbusto le rozara la falda ampona del vestido.

—¿Quiere que regresemos a la casa? —Se abrió un poco la chaqueta para mirar la hora en su reloj de leontina—. El almuerzo no debe tardar y seguramente nuestros padres nos estarán echando en falta.

—Será mejor que volvamos —concordó Maria Graça, ansiosa de liberarse de su presencia.

—Me habría gustado que el paseo no fuese tan breve, pero me consuelo pensando que muy pronto será mi esposa y podré tenerla a mi lado todo el tiempo que desee. —Se giró despacio hacia ella y tomó su mano. Mientras la sujetaba con firmeza entre las suyas, la miró directamente a los ojos—. Es preciso establecer hoy mismo la fecha de nuestra boda… la espera se hace insoportable. —Se inclinó un poco hacia delante con el claro propósito de darle un beso. Maria Graça alcanzó a agachar la cabeza antes de que su intento se concretara y Augusto tuvo que conformarse con posar sus labios en la frente de la muchacha.

Cuando regresaron a la casa, la mesa ya estaba servida. Una variedad de manjares, entre los que se destacaban un suculento jamón asado y puré de mandioca, se lucían encima del mantel de lino que las

esclavas habían bañado en leche, dejándolo blanquísimo para la ocasión. Augusto apartó una silla para su prometida y luego se sentó a su lado. Durante el almuerzo, conversaron sobre las últimas noticias que llegaban de la Corte y evitaron hablar sobre la boda. Era un asunto demasiado importante como para discutirlo delante de las damas y de los esclavos que rodeaban la mesa a la espera de alguna indicación de su amo. Más tarde, y con una copa de licor de por medio, el coronel Esteves, don João y su hijo se reunirían en el despacho para pactar la fecha del enlace y ponerse de acuerdo sobre la dote que el padre de la novia estaba dispuesto a ofrecer.

Maria Graça hacía lo posible para no desentonar con el ambiente festivo que se respiraba alrededor de la mesa. Sonreía de vez en cuando y contestaba con amabilidad cada vez que alguien le hacía una pregunta. Por fuera representaba a la perfección la imagen de una muchacha feliz que estaba pronta a casarse; sin embargo, por dentro se sentía la novia más desdichada del mundo.

A la hora del postre, Maria Graça terminó cediendo a las exigencias de su madre. Doña Isadora, conociendo su debilidad por las cocadas, prácticamente la obligó a probarlas. Quizá por causa de los nervios o la falta de apetito, le sentaron mal. Cansada de esperar, se dispuso a dar otro paseo, esta vez en solitario.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió doña Isadora al ver que su hija abandonaba la mesa.

—Estoy aburrida, madre. Llevan encerrados en ese despacho un buen rato y necesito distraerme. ¿Le gustaría acompañarme?

La esposa del coronel arrugó el ceño.

—No deberías andar por ahí sola —repuso, molesta por su actitud beligerante—. ¿Por qué no le pides a tu prometido que vaya contigo más tarde? Yo tengo un leve dolor de jaqueca y no quiero terminar la jornada agotada.

—No se preocupe —respondió Maria Graça con una sonrisa—. Nada va a sucederme. Esta hacienda pronto será mi hogar, y cuanto antes me acostumbre a ella, mucho mejor, ¿no cree? —Sin esperar su permiso y antes de que le diese otra razón para quedarse a su lado, atravesó la galería en dirección al patio principal. Respiró hondo,

dejándose envolver por la suave brisa que le traía el perfume de los cafetales. Cerró los ojos un instante. Ese olor penetrante, el de los granos maduros listos para la zafra, era el mismo que les había embriagado los sentidos a Dimas y a ella la noche en la cual hicieron el amor sobre los sacos de café. Comenzó a vagar sin rumbo con la única intención de alejarse de la casa grande, donde tres hombres estaban decidiendo su futuro. De repente, tuvo la sensación de que ya no se encontraba sola. Oteó a su alrededor. No vio a nadie. Continuó con el paseo, pero en constante alerta. Algunos metros más adelante, cerca del sendero que supuso llevaba a las barracas, volvió a experimentar la misma inquietud. Miró por encima de su hombro y entonces la vio. Una mulata, oculta detrás de una pared, la estaba espiando. Le hizo señas de que se acercara, pero su gesto solo provocó que retrocediera. Presa de la curiosidad, se dirigió hacia ella con sigilo. Si intentaba huir, era capaz de salir corriendo detrás de la muchacha. Pero no fue necesario. Cuando la tuvo enfrente, se asomó desde su escondite y le habló.

—¿Su merced es la prometida del amo Augusto?

Maria Graça asintió. Ahora que la podía ver de cerca y había escuchado el timbre de su voz, se dio cuenta de que no era más que una niña con curvas de mujer.

—Ese hombre es el mismísimo Satanás, señorita. Aléjese de él ahora, que todavía está a tiempo.

Maria Graça quiso preguntarle a qué se refería, pero la esclava se esfumó delante de sus narices con tanta prisa que fue imposible alcanzarla. La buscó por los alrededores, sin éxito. Preguntó a los demás esclavos si la habían visto, pero nadie le contestó. No se animó a llegar hasta las barracas y no tuvo más remedio que regresar junto a su madre. Cuando le comentó lo que le había dicho la mulata, doña Isadora le aconsejó que hiciera oídos sordos a las palabras malintencionadas de una esclava que seguramente aborrecía a sus amos.

Aunque lo intentó, Maria Graça no consiguió olvidarse de lo sucedido.

*

La comitiva de media docena de hombres, comandada por Fausto Ribeiro, uno de los capataces de la hacienda de los Esteves, aguardaba la llegada del coronel y su familia para ponerlos al tanto de las novedades. Se encontraban a un lado del sendero principal, montados en sus caballos, nerviosos por lo que acababa de suceder. La noche caía lánguidamente en el valle y una molesta llovizna empezaba a mojar la tierra.

El cochero detuvo el carruaje ante la señal que le hizo Ribeiro. El coronel se asomó por la ventana para averiguar qué sucedía y al ver a sus hombres, cansados y con los rostros perlados por el sudor, supo que algo grave había ocurrido durante su ausencia.

—Buenas noches, coronel —lo saludó Ribeiro—. Precisamente en este momento salíamos para ir a buscarlo y darle la noticia.

—¿De qué se trata, Fausto? —Aunque tenía una fuerte sospecha de lo que iba escuchar, el coronel Esteves esperaba estar equivocado.

—Hubo una fuga —dijo el caporal, al tiempo que se quitaba el sombrero y se peinaba el cabello hacia atrás—. Un grupo de cinco esclavos huyó hace una hora. Redujeron a Raimundo —señaló al hombre que cabalgaba a su lado y que tenía una fea herida en el rostro— y lograron evadirse entre los cafetales. Recorrimos la hacienda de arriba abajo y no los hemos encontrado.

El coronel tuvo que reclinarse en el asiento por causa de la impresión.

—¡Cinco esclavos! ¡Y en plena temporada de zafra! —exclamó, desolado.

Su mujer y su hija, que habían oído todo, trataron de animarlo. Pero fue inútil. Acababan de perder diez brazos fuertes y productivos para la labranza. Cinco desgraciados que le habían costado al coronel casi doce mil reales.

—Hay que llamar al atrapafurtivos de inmediato —ordenó, apenas su semblante recobró el color—. Manda a uno de tus hombres a buscarlo, dile que recompensaré su trabajo muy bien si logra traerme a esos negros sanos y salvos.

Fausto Ribeiro se ofreció a ir él mismo a la ciudad para traer al capitán Acuña y partió raudamente bajo la lluvia, que ahora había

ganado en intensidad. El mal tiempo jugaba en favor de los esclavos fugitivos, borrando sus huellas, y no sería tarea sencilla hallarlos una vez que alcanzaran el monte.

—No te preocupes, querido. —Doña Isadora se había prendido al brazo de su esposo. Estaba tan contrariada como él. Sabía el perjuicio que ocasionaría la fuga de los esclavos. ¡Justo ahora que su hija iba a casarse venía a ocurrir semejante desgracia! Le habían ofrecido una generosa dote a los Soares do Carvalho, pero con los gastos que ocasionaría la búsqueda y captura de los negros no iba a ser sencillo cumplir con la suma acordada. Si era necesario, ella vendería sus mejores joyas para cubrir la totalidad de la dote prometida. Observó de reojo a Maria Graça. Estaba serena, como si lo que acababa de ocurrir no le afectara en lo más mínimo. Incluso podía jurar que le alegraba que cinco de sus esclavos hubieran conseguido escaparse. Tenía deseos de reclamarle su falta de solidaridad, pero no quería discutir con ella delante del coronel.

El carruaje se puso en marcha nuevamente y se detuvo unos cuantos metros más adelante, frente a la casa grande. Maria Graça fue la primera en bajarse. Subió a toda prisa las escalinatas, saludó con un abrazo a Edileusa, quien la esperaba junto a la veranda, y de inmediato percibió su angustia. Cuando le entregó un pequeño paquete sin que nadie más se diera cuenta, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Corrió a encerrarse en su habitación y al contemplar ese pedazo de papel que sostenía entre sus manos temblorosas, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentó en la cama y lo abrió muy despacio. El amuleto que siempre colgaba del cuello de Dimas estaba envuelto en una nota, escrita de su puño y letra.

A su lado, durante esas tardes en las que se juntaban con la excusa de enseñarle a leer, Dimas había aprendido de memoria el alfabeto. Incluso sabía deletrear su nombre y algunas palabras sueltas que fue incorporando a su escaso vocabulario. Deslizó el dedo por esa caligrafía algo torpe, de rasgos grandes y torcidos. No eran más que cuatro palabras, las últimas que Dimas le había dedicado antes de marcharse.

Siempre te amaré, sinhasinha.

El error de ortografía le provocó un profundo sentimiento de ternura. Tomó el amuleto y se lo llevó a los labios. Respiró hondo para sentir su olor. A Dimas se lo había entregado su abuelo poco antes de morir, y ahora le pertenecía a ella. Se paró frente al espejo y lo colocó alrededor de su cuello. Lo llevaría sobre su piel el resto de su vida. Aunque ya no volviera a ver a Dimas nunca más, esa pequeña piedra blanca en forma de triángulo sería un lazo que los mantendría unidos para siempre.

Regresó a la cama y se dejó caer sobre el mullido colchón. Apretó el amuleto contra su pecho, y escuchando la lluvia caer se quedó dormida.

*

La boda entre Maria Graça Esteves y Augusto Soares do Carvalho fue pactada para el mes de agosto. El mismo día que la joven hija del coronel se enteraba de la fecha que habían elegido entre su padre y el de su futuro esposo, perdía al amor de su vida. Doña Isadora, entusiasmada con la idea de organizarlo todo con tiempo, ya había hablado con el padre Reginaldo, había mandado a traer unas telas de la Corte y le había pedido al jardinero que se esmerara en el cuidado de las flores para adornar la iglesia el día de la boda. Maria Graça, sin ánimos de nada, mucho menos de contrariar a su madre, aprobaba cada una de sus decisiones, acompañándola con una sonrisa que no hacía más que evidenciar la tristeza que ahogaba su alma. Habían transcurrido varios días desde la fuga de los esclavos, y aunque eso significaba estar alejada de Dimas, le agradecía a Santa Rita que el capitán Acuña no hubiese podido capturarlos. Había regresado a Campinas con las manos vacías; sin embargo, su padre, empecinado en recuperar las “piezas perdidas”, le había entregado otro saco de monedas para que contratase más hombres si hacía falta antes de emprender de nuevo la cacería.

Así, entre los preparativos de la boda y la angustiosa espera de alguna noticia sobre los esclavos fugitivos, Maria Graça pasaba sus

días en la hacienda. Por las tardes recibía las visitas de su prometido y fingía delante de él que todo estaba bien. Paseaban por los alrededores, y en varios de esos encuentros a solas había él intentado robarle un beso. Ella, escudándose en su falso recato, logró esquivar sus arremetidas. A veces Augusto era invitado a cenar, y en otras ocasiones pasaba a buscarla para llevarla a La Aurora porque su padre quería verla. En el poco tiempo que llevaba tratándola, don João Soares do Carvalho había aprendido a quererla. A Maria Graça también le agradaba su suegro, y solo por eso aceptaba las invitaciones que le hacía. Departían sobre libros, pintura, y ella deleitaba sus oídos ejecutando alguna melodía en el viejo piano que había pertenecido a su difunta esposa y que ya nadie volvió a tocar después de su muerte.

Esa tarde, Maria Graça se encontraba en el salón bordando parte de su ajuar cuando Edileusa llegó agitando un sobre en la mano.

—¡Carta del señorito Alexandre! —anunció a los gritos.

Maria Graça dejó lo que estaba haciendo y corrió a su lado.

—¿Es correcto que la abra o debería esperar a mi madre? —se cuestionó mientras leía el remitente. ¡La ansiedad la estaba matando! ¡Por fin llegaban noticias de su hermano después de más de tres meses de ausencia!

Doña Isadora, quien había oído el alboroto armado por Edileusa, apareció en el salón para descubrir qué estaba pasando.

—¡Ha escrito Alexandre! —exclamó Maria Graça, mostrándole la carta.

Su madre, presa de la misma emoción, le quitó el sobre de las manos y rasgó el sello con torpeza. Luego, como si la calma se hubiese apoderado de ambas, se sentaron una al lado de la otra para conocer lo que su amado Alexandre les escribía desde la Corte.

La misiva era breve, demasiado para su gusto. Sin embargo, madre e hija estallaron en una sonrisa de felicidad al leer que el primogénito de los Esteves planeaba volver a Campinas a mediados del mes de julio para pasar una temporada con su familia.

—¡Si viene el mes próximo, puede quedarse hasta la boda! —la idea de que su hermano la acompañase en un momento tan aciago para

ella hacía que la tristeza pesara menos en su corazón.

—Estoy segura de que nuestro Alexandre no querrá perderse un acontecimiento tan importante por nada en el mundo. Esperemos que sus compromisos con el ejército imperial le permitan estar presente ese día, hija.

Maria Graça suspiró profundo mientras releía la carta de su querido hermano. Saber que pronto lo volvería a ver le alegró el día.

OCHO

Una tarde, a casi un mes de la huida de los esclavos, el capitán Acuña y sus hombres volvieron a Campinas. Sucedió durante uno de los paseos que Maria Graça y su prometido daban por la hacienda. Ella estaba perdida en sus propios pensamientos cuando Augusto le hizo señas de que se voltease. Al principio, entre el polvo que levantaba la estampida de caballos y el reflejo del sol, no alcanzó a distinguir muy bien quién estaba llegando.

—Es el capitán Acuña —indicó Augusto. Una sonrisa de satisfacción surcaba su rostro—. Parece que ha capturado a los esclavos de tu padre, o al menos a algunos de ellos.

Maria Graça contuvo el aliento. Cuando enfocó la mirada, descubrió que detrás de los jinetes, venían cuatro negros encadenados de pies y manos. A esa distancia, no podía saber si Dimas estaba entre ellos. Huyeron cinco, pero el cazador volvía solo con cuatro.

—¿Quieres regresar a la casa? —le preguntó Augusto al ver su estado. Estaba pálida y no se movía.

Maria Graça ni siquiera lo había escuchado.

—Querida, ¿te encuentras bien? —la tomó de la mano, instándola a avanzar por el sendero.

El frío contacto de su piel la hizo reaccionar. Lo miró durante unos segundos y luego aceptó el brazo que le ofrecía para caminar a su lado. A medida que se iban acercando a la casa grande, la distancia entre ellos y el grupo de atrapafurtivos también se hacía cada vez más corta. No quería mirar, no quería ver a Dimas entre esos pobres desgraciados cuyo único pecado era desear la libertad. Sin embargo, no fue necesario levantar la vista para comprobar que él estaba allí. Sintió la fuerza de su mirada atrayéndola como un imán. Cuando sus ojos finalmente se encontraron, el corazón de Maria Graça se disparó

dentro de su pecho. Estaba mucho más delgado y un hilo de sangre manaba de su cabeza. Un par de pantalones raídos y sucios era la única vestimenta que cubría su cuerpo. Iba detrás de los otros tres esclavos, arrastrado por las pesadas cadenas, cuando era evidente que ya no podía sostenerse en pie. Quiso pedirle al capitán que se detuviera, que ya no los hiciera sufrir más, pero las palabras se negaron a salir de su garganta. Había rencor en esos ojos que siempre la habían contemplado con tanta ternura. Ella iba del brazo de su prometido mientras él era tratado como un animal. Estaba segura de que si Augusto la soltaba en ese momento terminaría de bruces en el suelo. Las piernas apenas le respondían. No sabía si sería capaz de llegar hasta la casa. Además, un extraño zumbido en la cabeza que había empezado a molestarla hacía unos días aturdía sus sentidos. Se aferró con fuerza al brazo de su prometido y se llevó la mano al cuello para acariciar el amuleto que Dimas le había dejado. Como un eco lejano, escuchó los gritos de algarabía de su padre, las risotadas del capitán y la voz preocupada de Augusto. Un instante después, se desvanecía delante de todos.

*

La primera medida que tomó el coronel Esteves fue enviar a los cuatro fugitivos al tronco. Debían recibir un castigo ejemplar para que los demás esclavos vieran con sus propios ojos lo que les ocurriría si alguna vez pensaban siquiera en la posibilidad de huir de la hacienda. Dimas y sus tres compañeros fueron expuestos en el patio que rodeaba las barracas para que todos fueran testigo de su escarmiento. Cuando Fausto Ribeiro, conocido por ser uno de los capataces más crueles, hizo estallar la punta del chicote en el suelo, los negros se pusieron a temblar. El patrón le había encomendado la difícil tarea de sonsacarles información. No solo se trataba de recuperar al esclavo fugitivo, querían descubrir dónde se hallaba el quilombo que les daba refugio luego de escaparse de sus amos. Ninguno de los esclavos abrió la boca. Poco antes de ser capturados, al verse acorralados, habían hecho un pacto de silencio. Un pacto que habían sellado con su propia sangre y que respetarían aunque les costara la muerte. Después de todo, era

preferible morir que seguir bajo el yugo del amo.

El severo castigo impuesto por el coronel fue el de azotarlos con cincuenta latigazos a cada uno. Si no iban a hablar, entonces llorarían lágrimas de sangre. El coronel dejó todo en manos de los capataces. Fausto y Mauricio eran sus dos hombres de mayor confianza dentro de la cuadrilla que trabajaba en la hacienda. Fausto, un hombre robusto, de espesa barba morena y un carácter de los mil demonios, disfrutaba maltratando a los esclavos. Mauricio, en cambio, siempre intentaba mantenerse al margen de los castigos. Él prefería vigilar a los negros durante la labranza o encargarse del conteo nocturno antes de encerrarlos en las barracas. Tareas sencillas por las cuales se ganaba el sustento sin lastimar a nadie. Desembolsó un par de vintenes y logró convencer a uno de los empleados más codiciosos para que tomase su lugar.

Uno de los esclavos, que había llegado con la espalda machucada por los golpes, pedía clemencia a los gritos. Todos sabían que probablemente no soportaría los azotes, y aun así, por una decisión perversa de Fausto, fue el primero en recibir la fuerza del látigo.

—¡Azóteme a mí, maldito! —profirió Dimas, mirando por encima de su hombro al pobre de Caburé.

La temeraria propuesta de Dimas provocó la ira de Fausto. Soltó una carcajada mientras se acercaba al tronco en donde había sido encadenado. No le agradaban los negros, pero a ese mulato en particular le tenía un odio irracional. Sobre todo después de verlo al lado de la señorita Maria Graça. Le repugnaba la idea de que ese demonio pudiera hacerle daño.

Fausto hizo caso omiso a la exigencia de Dimas. No había diversión alguna en empezar con uno de los esclavos más jóvenes y fuertes. Por eso, cuando la punta de su látigo se estrelló contra la espalda de Caburé y un alarido de espanto brotó de su garganta, tanto Dimas como Fulgencio se mordieron los labios para no gritar también. Aunque eran conscientes de que les esperaba lo mismo, sufrían más por él que por ellos.

Fausto iba contando los latigazos en voz alta. Propinaba los azotes con fuerza, tomándose unos cuantos segundos entre uno y otro para

deleitarse con los quejidos de Caburé, que fueron menguando en intensidad porque ya apenas podía mantenerse en pie. De nada sirvieron las maldiciones proferidas por Dimas; tampoco el desesperado pedido de clemencia que hizo Fulgencio en un último intento de detener aquella masacre. Cuando el latigazo número cuarenta y cinco dio de lleno en uno de los surcos de sangre y carne al rojo vivo que marcaban la espalda de Caburé, su cuerpo cayó flácido sobre el tronco. Después de oír sus gritos de dolor durante unos minutos que parecían no terminar nunca, esa calma sepulcral que se extendió por todo el patio de la hacienda fue como una respuesta a sus plegarias. Caburé estaba muerto, Caburé ya no volvería a sufrir más. Ahora era un negro libre, por fin.

*

Maria Graça abrió los ojos apenas escuchó los gritos desaforados de Caburé. Trató de incorporarse, pero doña Isadora se lo impidió.

—Madre… —imploró con la voz apagada.

—¡Ni se te ocurra, Maria Graça! —Le acomodó un par de almohadas para que estuviese más cómoda y se sentó a su lado. Cuando le apretó las manos, notó que aún estaban frías.

—Por favor, tengo que impedirlo. —Miró hacia la ventana. Imaginarse lo que sucedía en ese momento en el patio de la barraca le destrozaba el corazón—. Necesito hablar con mi padre para que detenga los castigos. Fausto es un hombre cruel y se aprovechará de ese odio malsano que siente hacia los esclavos para lastimarlos, puede que incluso termine matándolos. ¡Debo hacer algo, madre! ¡Déjeme!

Ni las súplicas de su hija ni la piedad que se suponía debía tener hacia el prójimo como buena cristiana hicieron que doña Isadora cediera.

—Esos negros deben recibir un castigo ejemplar para evitar que vuelvan a huir —repuso mientras revolvía pacientemente el té de manzanilla y flor de berenjenas que había preparado Gerarda para calmar los nervios de la joven—. No vas a entrometerte, Maria Graça. Deja a tu padre, él sabe muy bien lo que hace.

Maria Graça se rehusó a tomar el té. Tenía la garganta cerrada de

tanta angustia. ¿Cómo era posible que su madre no entendiera por lo que ella estaba pasando? Quizá si le hablaba de sus sentimientos hacia Dimas podría ponerse de su lado. No perdía nada con intentarlo.

—Madre, si no tiene un poco de piedad por esos pobres negros, al menos téngala por su propia hija.

Doña Isadora dejó la taza de porcelana encima de la mesita de noche y volvió a sentarse junto a ella. Estaba dispuesta a escucharla. Cualquier cosa era mejor que dejarla cometer una locura.

—Siempre ha habido castigos en esta hacienda, hija. No es la primera vez que un grupo de esclavos se fuga y luego son traídos de vuelta por el capitán Acuña.

—¡Ese hombre me provoca escalofríos! —la interrumpió Maria Graça, poniendo cara de disgusto.

—Es cierto —concordó su madre—. Es un hombre que genera mucha desconfianza; sobre todo porque se dice que en sus venas corre sangre de negro y disfruta martirizando a los de su raza. Sin embargo, tu padre no tiene problemas con eso y ha recurrido a él cada vez que hizo falta. Gracias a su buen olfato y a su apego por el dinero, hemos conseguido recuperar a nuestros esclavos.

—Pero esta vez es distinto, madre. —Se inclinó hacia delante y colocó sus manos heladas encima de las suyas—. Dimas está entre esos esclavos, y si se ha fugado es por mi culpa.

—Calla, tú no tienes nada que ver con esa fuga.

—Se equivoca. Dimas jamás se habría ido de la hacienda si yo no lo hubiese obligado a hacerlo.

Doña Isadora enarcó las cejas. Ahora necesitaba seguir escuchando lo que su hija quería contarle, por eso dejó que continuara hablando.

—Tuve que decirle cosas muy feas, palabras que lo hirieron mucho. —Cerró los ojos un instante para detener las lágrimas que pugnaban por salir—. A pesar de que lo amo con todas las fuerzas de mi corazón, le hice creer que no lo quería, que estaba feliz de casarme con el hombre que vuestras mercedes habían escogido para mí.

Su madre la miró, perpleja. Aunque siempre había sospechado que existía alguna especie de sentimiento entre Maria Graça y el esclavo, vivía convencida de que no era más que una relación inapropiada que

no pasaba de una simple amistad. Jamás se hubiese imaginado que se trataba de amor. ¡Qué ciega había estado todo ese tiempo!

—Sé que no es lo que esperaban de mí, madre, pero me enamoré de Dimas y él se enamoró de mí. No pudimos evitar lo que pasó.

Doña Isadora se puse de pie y le dio la espalda. Ya no deseaba seguir escuchando esa sarta de barbaridades.

—Vas a casarte con don Augusto Soares do Carvalho. Es lo único que importa —manifestó, firme en sus palabras.

—Cumpliré con vuestra voluntad dejando mis sentimientos de lado. Puede quedarse tranquila, madre —le aseguró Maria Graça. En ese momento, estaba dispuesta a cualquier concesión con tal de salvar a Dimas de los azotes—. Solo le pido un favor. Si existe un poco de misericordia en su alma, déjeme hablar con mi padre para que detenga los castigos. Ya recuperó a sus esclavos, no necesita ensañarse con ellos.

Doña Isadora, todavía abrumada por la verdad que acababa de confesarle Maria Graça, guardó silencio. Ella era una mujer misericordiosa y temerosa de Dios; sin embargo, se le revolvía el estómago de tan solo imaginarse que ese negro hubiese puesto sus asquerosas manos sobre la delicada piel de su hija. Ni siquiera se atrevía a preguntarle hasta dónde habían llegado con semejante locura.

—Haz lo que quieras —dijo por fin—. No puedo impedirte que hables con tu padre porque sé que lo harás de todos modos.

Maria Graça saltó fuera de la cama y permaneció un instante sentada con la cabeza hacia abajo para esperar que el vértigo pasara. Sintió las piernas temblorosas cuando se puso de pie, pero no le importó. Debía buscar a su padre antes de que fuese demasiado tarde.

La joven ignoraba que los castigos impuestos por el coronel ya se habían cobrado su primera víctima.

*

El despacho se encontraba en penumbras. Una estela de luz que entraba por una de las ventanas apenas iluminaba el lugar. El coronel Esteves yacía en su butaca, desmadejado y con la ropa desarreglada.

Fingía descansar, pero lo que ocurría a pocos metros de allí no se lo permitía. Se masajeó las sienes y respiró hondo. No le agradaba mandar a azotar a los esclavos. Muchos de ellos quedaban demasiado lastimados para volver a los cafetales y terminaba perdiendo tiempo y dinero. Sin embargo, Fausto Ribeiro tenía razón. No podía dejarlos sin castigo. Debían pagar por lo que habían hecho para que los demás negros escarmentaran y lo pensaran dos veces antes de intentar lo mismo. Siempre había sido así y continuaría de ese modo. Si el esclavo se subordinaba, el amo castigaba. Cuando la puerta se abrió de repente, la luz del pasillo le dio de lleno en el rostro, enceguecíéndolo tras pasar las últimas dos horas en la oscuridad. Se vio forzado a cerrar los ojos para que esa maldita migraña que solía atacarlo por las noches dejara de atormentarlo. Se incorporó al distinguir la silueta de su hija recortada contra la puerta.

—Maria Graça, ¿qué haces levantada? —Después de haberse desmayado, él mismo la había cargado en brazos hasta su habitación. Las sales que la negra Edileusa colocó debajo de su nariz rápidamente habían logrado que despertara. Tras negarse varias veces a que la viese el doctor, había accedido a tomarse uno de los tés de hierbas que preparaba Gerarda y que obraba milagros—. ¿Cómo te sientes? —le preguntó, experimentando cierto grado de culpa por su estado. No dudaba que su adorada hija, dueña de un alma sensible, se hubiese visto afectada por lo que estaba sucediendo en la hacienda.

Maria Graça se acercó al escritorio y lo miró directamente a los ojos. Llevaba un rebozo encima de los hombros y respiraba con dificultad.

—Deberías regresar a la cama —le dijo el coronel al ver su frágil aspecto. Era impensable para él que su querida hija terminase enfermándose por causa de ese sentimiento de protección que siempre había demostrado hacia los esclavos.

—No puedo volver a mi habitación mientras ahí fuera se está cometiendo una barbarie, padre. Los gritos de esos pobres negros fueron los que me sacaron de la cama. —Tuvo que sentarse cuando el suelo comenzó a moverse debajo de sus pies. Respiró hondo antes de retomar su discurso—. ¡Usted no puede consentir que se cometa

semejante injusticia! Olvide el castigo. Ya tiene a sus preciadas “piezas” de nuevo en la barraca, no es necesario infligir tanto sufrimiento.

—Lo que no voy a consentir es que cuestiones mis decisiones, Maria Graça —respondió molesto por su discurso. No estaba dispuesto a iniciar otro enfrentamiento con ella sobre la manera de tratar a sus esclavos.

—Padre, se lo imploro. Levante el castigo antes de que alguno de ellos termine muerto.

—Lamentablemente eso ya no se puede evitar porque uno de los negros no resistió los azotes y murió en el tronco.

Maria Graça sintió que le faltaba el aire. Con la voz estrangulada preguntó de quién se trataba. El nombre del esclavo muerto retumbó en su cabeza, y aunque le provocaba una gran tristeza su final, le aliviaba saber que no había sido Dimas quien pereciera bajo la fuerza de látigo.

—¿Está dispuesto a perder a más esclavos? —Si no se apiadaba de su dolor y sus súplicas, se valdría de su interés monetario para hacerlo entrar en razón.

—Caburé siempre fue un flojo —comentó, restándole importancia a su muerte—. Hace tiempo que ya no rendía como los demás. Entre su edad, sus constantes achaques, los cuales seguramente ni siquiera eran reales, no me extraña que no hubiese resistido los cincuenta azotes que mandé a darle a cada uno de ellos.

¡Cielo santo! ¡Cincuenta azotes! ¿Cómo era posible que un hombre pudiera soportar tanta crueldad? Si no podía abogar por los otros, al menos intentaría tocar el corazón de su padre pidiéndole que no castigara a Dimas.

—No puedo creer lo que estoy escuchando, padre. —Aunque ya habían tenido esa discusión una y otra vez, se negaba a aceptar que el hombre que le había dado la vida, el que siempre la había tratado con tanto cariño y devoción, fuese el mismo que ahora se regodeaba en el dolor de los esclavos—. ¡Por favor, atienda mis ruegos y evite que alguien más muera en ese maldito tronco!

—Has venido a pedirme por ese mulato, ¿verdad?

Maria Graça asintió.

—Estoy convencido de que Dimas y ese tal Fulgencio fueron los cabecillas de la fuga. Son quienes más merecen recibir su castigo.

—¡Déjelo en el tronco toda la noche si quiere, sin agua y sin comida, pero no mande a azotarlo! ¡A él no!

El coronel Esteves jamás había visto a su hija tan afligida. Ni siquiera en las contadas ocasiones en las que lo había desafiado, al salir en defensa de algún esclavo, se había angustiado tanto.

—Dimas y Fulgencio serán azotados y esa es mi última palabra, Maria Graça. —Se puso de pie, caminó hasta la mesa donde estaba la botella de licor y se sirvió una copa. Los encontronazos con su hija siempre le secaban la garganta—. Ahora regresa a tu habitación. Estás muy pálida y ojerosa. Si no mejoras para mañana, enviaré a buscar al doctor.

Maria Graça comprendió que de nada valían sus súplicas frente a la intransigencia del coronel. Como pudo, se levantó y se dirigió hacia la puerta con paso cansino. En un último intento, se dio media vuelta y lo miró… pero su padre la ignoró. Abandonó el despacho con un vacío en el pecho. Le costó llegar hasta su habitación. No era el cuerpo lo que le dolía, era el alma. Agradeció que su madre no estuviese esperándola. Se arrojó sobre la cama y se cubrió los oídos. Era imposible, debido a la distancia que había entre la casa y la barraca, sin embargo, tenía el chasquido del látigo golpeando la carne de los esclavos metido en la cabeza. Con el nombre de Dimas en los labios, volvió a quedarse dormida.

*

La noche se cernió sobre el valle y una luna brillante pendía en el firmamento, asomándose detrás de las nubes. Tres cuerpos inertes colgaban de los troncos. Parecía que apenas respiraban. Llevaban encadenados casi doce horas, con la espalda en carne viva y sin poder beber agua.

Dimas masculló unas palabras y se retorció para cambiar de posición. Tenía los músculos entumecidos y le ardían las heridas que el chicote había marcado en su piel. Mientras el capataz Fausto lo

azotaba, él cerraba los ojos y pensaba en su *sinhazinha*. Había recibido los cincuenta latigazos que había mandado el coronel sin proferir ningún grito. Con los labios apretados y la mente muy lejos de allí, había soportado estoicamente cada golpe. Y eso, sin dudas, había enfurecido aún más al capataz. Volteó despacio la cabeza para asegurarse de que Fulgencio seguía con vida. Estaba muy quieto. Por un momento, temió lo peor. Pronunció su nombre, y al hacerlo, se dio cuenta de su propia debilidad. Apenas podía hablar, pero logró esbozar una sonrisa cuando su amigo lo miró. Ni siquiera intentaron hablar. Les bastó verse a los ojos para darse ánimos. El castigo pronto llegaría a su fin y ellos iban a sobrevivir, no correrían con la suerte del pobre Caburé, cuyo cadáver todavía permanecía en el patio, como una muestra macabra de lo que les sucedería si volvían a fugarse.

Dimas creyó escuchar que alguien se aproximaba, pero el dolor le impedía mirar por encima de su hombro. Haciendo un gran esfuerzo, distinguió dos siluetas femeninas que atravesaban el sendero que llevaba a la casa grande. Las vio detenerse junto al capataz antes de retomar la marcha. El corazón le dio un vuelco en el pecho al descubrir que se trataba de Maria Graça. Venía acompañada por su nana. Ahora que estaban más cerca, notó que Edileusa sostenía un cuenco de madera mientras que su adorada *sinhazinha* tenía una cantimplora en las manos. Le dio de beber sin decir absolutamente nada. Luego hizo lo mismo con Fulgencio. El agua fresca pareció revivirlos.

—No deberían, no deberían estar aquí —balbuceó Dimas, pensando que en cualquier momento Fausto pudiera aparecer.

—No hables —le pidió Edileusa—. Sabemos de buena fuente que el maldito capataz no se encuentra en la hacienda. En su lugar, ha dejado al bueno de Mauricio. Él se asegurará de que nadie nos vea.

Dimas asintió, pero no la miraba a ella. Sus ojos estaban clavados en el rostro de Maria Graça. Era como una visión divina verla allí. Su blanco camisón se asomaba por debajo del abrigo y tenía la melena alborotada por el viento. Ahogó un suspiro cuando se dio cuenta de que estaba descalza. Sus pies desnudos, los mismos que él había llenado de besos la noche en la cual se amaron, ahora pisaban el suelo

frío del patio. Quería decirle algo, darle las gracias por haberse arriesgado a salir de la casa para ayudarlos, sin embargo, se quedó callado.

Edileusa le mostró el cuenco de madera. Había preparado un empaste con árnica para cubrir sus heridas y así evitar que se infectaran. Dimas sonrió cuando Maria Graça hundió sus manos en la mezcla y comenzó a pasársela en la espalda. Mientras tanto, Edileusa hacía lo mismo con Fulgencio.

Maria Graça tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas. El látigo había dejado surcos profundos en el cuerpo de Dimas. Con sumo cuidado, sus dedos temblorosos fueron extendiendo el empaste en cada una de esas marcas que él había recibido por su culpa. Porque, a esas alturas, estaba convencida de que Dimas jamás se habría escapado si ella no le hubiese hablado con tanta crueldad.

—Gracias —musitó él, rompiendo ese silencio incómodo que se había instalado entre ellos—. La joven ama no debió correr tantos riesgos para venir a atender a dos pobres esclavos.

Las palabras de Dimas fueron como un latigazo estallando en su corazón. La trataba con frialdad y sabía que se lo merecía.

—Fausto no está y podemos confiar en Mauricio. Él mantendrá nuestro secreto a salvo —le dijo, agobiada por tener que hablar con él como si solo fueran un esclavo y su ama—. Es de buena cristiana sentir piedad por aquel que sufre, todos somos iguales ante los ojos del Señor. —Se escuchaba hablar poniéndose en el lugar de otra persona y le daban ganas de llorar.

—No era necesario, ama —repuso Dimas, entrando en su juego sin saber exactamente por qué. Cualquier excusa era buena para tenerla a su lado, aunque solo fuese para curar sus heridas y recordarle lo mucho que la había echado de menos durante los días que había vivido recluido en el quilombo.

Maria Graça ejerció un poco más de presión en una de sus heridas, provocando que Dimas se quejara de dolor. De inmediato se arrepintió de su reacción infantil. No podía reclamarle que la tratase de esa manera después de hacerle creer que jamás lo había amado.

—Perdóname —se disculpó, tocando suavemente con la yema del

dedo el punto exacto en donde hacía apenas unos segundos había apretado con fuerza. Su piel estaba ardiendo y temía que el empaste de árnica no fuese suficiente para impedir que las heridas se infectaran. Sin pedir su permiso, colocó la mano en la frente de Dimas para asegurarse de que no tuviese fiebre. Ese simple contacto, que trajo recuerdos de las caricias que habían compartido, les provocó una corriente eléctrica que no hizo más que avivar el deseo que sentían el uno por el otro. No importaba que jugasen a tratarse como dos extraños, bastaba una mirada, un roce casual para que el fuego que los consumía volviera a arder con la misma intensidad de siempre.

Fue Dimas el primero en bajar la guardia. Cuando ella deslizó la mano hasta su mejilla para seguir constatando que no tuviese calentura, él se aprovechó para besársela.

Maria Graça permaneció inmóvil, dejando que sus labios afiebrados le acariciaran la piel.

—No imaginas cuánto te extrañé, mi adorada *sinhazinha* —confesó, mirándola a los ojos—. Creo que, en el fondo de mi corazón, deseaba ser atrapado y ser arrastrado de regreso con el único propósito de volver a verte.

—No digas eso, Dimas. ¿Cómo ibas a querer verme después de todo lo que te dije?

—Porque sé que tus palabras no eran ciertas. Ignoro la razón que has tenido para herirme de ese modo; sin embargo, los ojos no mienten. —Le sonrió con ternura—. Y mientras me decías que nunca habías estado enamorada de mí, el brillo en tu mirada me gritaba lo mucho que me amabas. En ese momento, el dolor y la rabia se apoderaron de mí. Moría de celos de tan solo imaginarte en los brazos de otro. Pero luego, cuando pude detenerme a pensar en todo lo que habías dicho, comprendí que tenías razón. Ese señorito es blanco, tiene una fortuna para ofrecerte y, lo más importante, es un hombre libre.

—Shhhhhhh, no sigas hablando —le pidió, delineando su boca carnosa con la punta de los dedos—. Mi boda con el señor Soares do Carvalho fue pactada para dentro de un mes. Acepté someterme a la voluntad de mis padres porque no tenía otra salida. —Hubiese querido

contarle sobre el chantaje del cual había sido víctima por parte de Jandiara, pero prefirió ocultárselo—. Aunque me convierta en la esposa de ese señor, mi alma y mi corazón siempre te pertenecerán, Dimas. Soy una muchacha nacida en cuna de oro, con la piel blanca y el cabello perfumado, pero tampoco soy libre para tomar mis propias decisiones.

—¡Huyamos lejos, Maria Graça! —le propuso Dimas ahora que confirmaba que ella lo amaba con la misma intensidad—. Podemos quedarnos una temporada en el quilombo y luego huir hacia la Corte. Allí, en un lugar tan grande, en donde nadie nos conoce, podremos empezar una vida juntos.

Maria Graça quería creer que era posible ser feliz con él en otro lugar, pero el mundo no aceptaba que una mujer blanca y un mulato estuviesen juntos. El sueño de vivir su amor en libertad jamás se concretaría.

—Eso es imposible y lo sabes, Dimas —le dijo, echando por tierra sus ilusiones—. Nos convertiríamos en un par de fugitivos, viviendo siempre con el miedo de que alguien nos reconozca y nos delate. No voy a dejar que esto vuelva a pasar —señaló el tronco al cual todavía continuaba encadenado.

—¿Qué quieres entonces? Yo no puedo vivir sin ti.

—Deberemos acostumbrarnos.

—¡No! ¡Cómo va a ser posible acostumbrarme a la ausencia de tus besos, al perfume de tu piel o a ese par de hoyuelos que aparecen en tus mejillas cada vez que sonríes! Pídeme lo que quieras, pero no me pidas que aprenda a vivir sin ti.

Maria Graça se apartó el abrigo y el amuleto que le había dado se asomó por debajo del camisón.

—Lo llevaré siempre conmigo, como una prueba latente de todo el amor que siento por ti. Aunque te parezca una decisión ilógica, lo hago por tu bien, Dimas. Terminarás agradeciéndomelo. —Miró por encima de su hombro, buscando a Edileusa. La negra había terminado de cubrir las heridas de Fulgencio con el árnica y estaba dándole de beber—. Ahora debo irme para no comprometer al bueno de Mauricio. Las heridas sanarán pronto, y apenas salga el sol mi padre mandará a

sacarlos del tronco.

—¿Y qué se hace con un corazón herido de muerte, *sinhazinha*?

Maria Graça no le respondió. Se agarró del brazo de su nana y se alejó hacia la casa grande sin mirar atrás.

NUEVE

La llegada del joven Alexandre armó un gran revuelo en la hacienda de los Esteves. Tras pasar una larga temporada en la Corte, su presencia siempre era como una bocanada de aire fresco que alegraba el corazón de su familia y alentaba el ánimo de las señoritas casaderas de la región. Cualidades no le faltaban. El hijo mayor del coronel gozaba de una reputación intachable, era de muy buen ver y derrochaba simpatía por todos lados. Se había marchado de Campinas siendo poco más que un adolescente para seguir los pasos de su padre, abrazando la vida militar. Había heredado la belleza sureña de doña Isadora y la valentía del coronel. Sentía una especial predilección por su hermana menor, a quien llamaba *Pajarito* porque, siendo muy pequeña, Maria Graça solía acurrucarse entre sus brazos cada vez que buscaba consuelo o escapaba de alguna de las reprimendas de su madre. Por eso, lo primero que descubrió apenas volvió de Río de Janeiro fue que Maria Graça no estaba feliz con la boda que se celebraría en un par de semanas. Esa noche, para homenajear al recién llegado, doña Isadora organizó un sarao en la hacienda. Una reunión con sus amistades más selectas era la excusa perfecta para que Alexandre conociera a su futuro cuñado. Además, cabía la posibilidad de que entre las jóvenes que habían sido invitadas se encontrara aquella que lo hiciera desistir de la idea de marcharse nuevamente. El mayor anhelo de doña Isadora no se parecía en nada al suyo. Alexandre, poco entusiasta de los acontecimientos sociales, no tuvo más remedio que quedarse callado y hacer la santa voluntad de su madre, cuando lo que en verdad deseaba era encerrarse en su habitación con un buen libro y dormir hasta el día siguiente.

Estaba dirigiéndose hacia la biblioteca para elegir su próxima lectura cuando escuchó ruidos extraños que provenían del salón. Se

desvió de su camino, olvidándose por un momento del libro, y se encontró a Maria Graça tirada en el suelo. Estaba blanca como un papel y respiraba ligero.

—*Pajarito*, ¿qué tienes?

Maria Graça lo miró. Todo a su alrededor se movía. Solo recordaba que se había levantado del sofá para ir a la cocina a ayudar con los preparativos de la fiesta y, al ponerse de pie, un fuerte mareo la hizo trastabillar con la alfombra. Incluso estaba segura de que había perdido el conocimiento durante unos segundos.

—No es nada —balbuceó mientras su hermano mayor la ayudaba a incorporarse.

—¿Quieres que llame a nuestra madre?

Maria Graça negó con la cabeza.

—No hace falta preocuparla por un simple vahído. He estado alimentándome mal, y con los nervios de la boda es normal que tenga estos sobresaltos. —Venía padeciendo algunos malestares que intentaba disimular para que nadie se diera cuenta, pero era el segundo desmayo que sufría y estaba realmente asustada.

—Ven, sentémonos aquí. —La sujetó de la cintura y la levantó con cuidado para luego dejarla en el sillón. Se acomodó a su lado y le apretó las manos para infundirle calor—. Siempre has confiado en mí, *Pajarito*. Intuyo que desde mi última estadía en la Corte han ocurrido muchas cosas por aquí, y no hablo solo de tu enlace con el señor Soares do Carvalho, ¿me equivoco?

Maria Graça extrañaba sobremanera esas largas charlas que acompañaban sus paseos a caballo. Durante esas travesías por la hacienda, su hermano mayor se había convertido en su mejor confidente. A falta de una buena amiga, su amado Alexandre la escuchaba, la aconsejaba y también la regañaba si era necesario. Pero ahora todo era diferente. ¿Cómo explicarle que se casaba con un hombre amando a otro? ¿Cómo confesarle que se había entregado a un esclavo y que no tenía ningún remordimiento de haberlo hecho? Alexandre siempre había comprendido y perdonado sus locuras, pero esta vez tenía miedo de que terminase condenándola.

—Estoy nerviosa por la boda. No conozco muy bien a mi futuro

esposo y eso me tiene angustiada —respondió, desviando la mirada para que no descubriera que mentía.

—No te agrada el tal Augusto, ¿es eso?

Maria Graça se encogió de hombros.

—Es joven y galante. Nuestra madre dice que no voy a encontrar un partido mejor.

—Me tiene sin cuidado lo que piense nuestra madre, *Pajarito* —repuso Alexandre. La asió de la barbilla para poder verla a los ojos—. Es evidente que no estás enamorada de él. Sin embargo, a mí no me engañas, hermanita. Ese brillo en tu mirada es señal de que tu corazón ya tiene dueño.

Maria Graça, huyendo de una verdad que no estaba preparada para revelar aún, intentó levantarse, pero Alexandre no se lo permitió. ¿Cómo era posible que Alexandre hubiese descubierto su secreto cuando llevaba apenas unas cuantas horas en la hacienda? Sin dudas, nadie la conocía mejor que él.

—Eso ya no tiene importancia —dijo al tiempo que se acariciaba el amuleto de Dimas. Fue un gesto que a su hermano no le pasó desapercibido—. Mi deber es acatar la voluntad de mi padre y convertirme en la esposa de Augusto Soares do Carvalho.

—¿Quién es el afortunado? Porque, aunque su historia de amor parece estar condenada a no realizarse, cualquier hombre debería sentirse dichoso de que una jovencita encantadora como Maria Graça Esteves haya puesto sus ojos en él. —Sin su permiso, tomó el amuleto entre sus dedos y lo escudriñó con sumo interés—. Tiene una inscripción en la parte de atrás, alguna especie de símbolo pagano. —La miró directamente a los ojos con el ceño fruncido—. ¿Es lo que me estoy imaginando?

Las mejillas de su hermana menor se tiñeron de un rojo intenso, resaltando la palidez de su rostro.

—Ignoro lo que pasa por tu mente, Alexandre —contestó, en un intento absurdo por hacerse la desentendida. De repente le faltaba el aire. Quería escapar del interrogatorio al cual la estaba sometiendo su hermano, pero la debilidad en sus piernas no la dejó.

Alexandre oteó en dirección a la puerta para asegurarse de que

podían hablar sin que nadie los escuchara. Se acercó un poco más a ella y, observando de nuevo el amuleto, preguntó:

—Es un esclavo, ¿no es así? —Al ver la reacción de su hermana, exclamó—: ¡Te has enamorado de un esclavo!

Maria Graça le suplicó que no hablase tan alto y Alexandre se disculpó por su exabrupto.

—¿Recuerdas a Dimas? —Ya no tenía caso ocultarle la verdad.

—Claro, el mulato al que defendías tanto cada vez que el coronel le imponía algún castigo.

—Ese mismo.

Alexandre se quedó pensativo. Ahora comprendía ese afán de su hermana menor en querer instruir al esclavo en el mundo de las letras. Lo que seguramente había comenzado como una relación de maestra y alumno había terminado en romance.

—Sé que no debí enamorarme de él, Alexandre, sin embargo, sucedió. Ni Dimas ni yo lo buscamos, simplemente, un día, descubrimos que ya no podíamos estar el uno sin el otro.

—Pero ¿qué hizo Dimas cuando nuestro padre arregló tu boda con Soares do Carvalho?

Pasando por alto lo sucedido entre Dimas y ella la noche del batuque, le contó sobre el chantaje de Jandiara, las mentiras que se había visto obligada a decir y la fuga de los esclavos.

—La noche en la cual Dimas y los demás fueron puestos en el tronco, mi nana y yo nos escapamos para llevarles un poco de agua. —Le dio un escalofrío al recordar ese momento—. Esa fue la última vez que hablé con Dimas.

—¿Lo echas de menos?

Maria Graça asintió. No tenía caso negar algo que era tan evidente. Desesperada buscaba cualquier excusa para verlo, aunque sea de lejos. Después de la fuga, su padre había mandado a redoblar la vigilancia, y a ella, por temor a una represalia tras la muerte de Caburé, le habían prohibido terminantemente alejarse de la casa grande. Dimas partía muy temprano a los cafetales y no regresaba hasta bien entrada la noche, por eso trataba de despertarse al oír el canto de los gallos y espiarlo desde la ventana de su habitación.

—Quizá la solución esté en mis manos —dijo de repente Alexandre, meditabundo.

—¿A qué te refieres?

—Voy a necesitar a alguien para que se ocupe de atenderme durante el tiempo que permanezca en la hacienda. Ya sabes, un esclavo que se ocupe de lustrar mis botas, de cuidar mi vestuario o que conduzca el carruaje si me apetece ir a dar un paseo a la ciudad.

Las mejillas de Maria Graça recobraron su color habitual.

—¿Estás pensando en Dimas? —Le brillaban los ojos—. No sé si nuestro padre lo permitirá. Antes no lo dejaba acercarse a la casa, y tras la fuga, mucho menos. —Volvió a invadirla la tristeza al evaluar las pocas posibilidades que existían de que Dimas se convirtiera en el esclavo personal de su hermano.

—Déjame intentarlo. Con Dimas deambulando por aquí, será sencillo que te tropieces con él en cualquier rincón sin que nadie se asombre o se escandalice. —Le guiñó el ojo, y después de asegurarse que se encontraba bien, fue al despacho para hablar con su padre.

Maria Graça, ilusionada con la idea de estar cerca de Dimas, aunque solo fuese hasta el día de su boda, se sintió más animada. Se encomendó a Santa Rita y le pidió que iluminara el discurso de su hermano y ablandase el corazón de su padre.

*

Extenuado, con el cuerpo todo dolorido y el ánimo por los suelos, Dimas se refugiaba en el trabajo para no pensar. Apenas llegaba a la plantación, empezaba a recolectar el café hasta llenar su saco. Luego lo dejaba en la carreta, tomaba otro y volvía a llenarlo. Bebía solo un poco de agua para sostenerse en pie y rechazaba cualquier alimento que le ofrecían. La negrada hablaba por lo bajo y algunos aseguraban que el pobre mulato se estaba dejando morir. Dimas creía que ese era el único camino posible para no ser testigo de cómo su amada *sinhazinha* se casaba con otro hombre. Ni siquiera le quedaba el consuelo de vivir su libertad en el quilombo, como tantas veces había soñado. Una lágrima rodó por sus mejillas al recordar a Caburé. Se había convertido en el nuevo mártir de la barraca, al igual que otros

tantos negros que murieron en manos de los capataces antes que él. Fulgencio, acobardado por lo sucedido, había renunciado a cualquier intento de fuga. Le bastó ver el cuerpo destrozado del pobre Caburé para olvidarse de sus sueños de libertad. Y él, amarrado a esa maldita hacienda por el amor a una mujer, ya no sentía deseos de escapar, solo de morir.

Un jinete se acercaba a toda velocidad por uno de los senderos del cafetal que conducía a la casa grande. Dimas apoyó el saco a medio llenar en el suelo y se llevó la mano a la frente porque el sol no le permitía distinguir de quién se trataba. Se asombró al reconocer al señorito Alexandre. Se detuvo justo frente a él y lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—¡Dimas, a ti precisamente te estaba buscando!

Dimas se mostró algo desconfiado.

—¿Qué es lo que quiere, amo?

Alexandre bajó del caballo, se quitó el sombrero y se mesó el cabello. Miró a su alrededor. La imagen era desoladora. Una veintena de esclavos, entre los que se contaban mujeres y niños, recolectaban los granos de café, cargando con las bolsas en sus espaldas. Aquellos que no resistían el peso las llevaban arrastrando. Parecía que su presencia allí los había puesto nerviosos.

—Debe ser duro el trabajo en los cultivos —señaló, para entablar una conversación con él.

—Ya estamos acostumbrados —contestó Dimas, cortante.

A pesar del trato distante del esclavo, Alexandre no se dejó avasallar. Comprendía el recelo con el cual lo miraba. En toda su vida apenas habían intercambiado alguna que otra palabra y ahora estaba allí, intentando congraciarse con él cuando su único propósito era anunciarle las buenas nuevas.

—Eso podría cambiar, al menos para ti —le dijo, acompañando sus enigmáticas palabras con una sonrisa.

Dimas arrugó la frente. El joven amo había conseguido despertar su curiosidad.

—¿Qué es lo que quiere, señorito?

—He venido a pasar una temporada en la hacienda, y aunque no

planeaba permanecer en Campinas mucho tiempo, estaré al menos un par de semanas para poder asistir a la boda de mi hermana. —Notó cómo el semblante de Dimas se endurecía—. Voy a necesitar a alguien que me atienda personalmente y había pensado en ti. Creo que sería una muy buena ocasión para que descanses de la labranza y puedas entrar en la casa grande sin levantar sospechas.

A Dimas le pareció oír cierta complicidad en su propuesta. Por un instante, se permitió creer que Maria Graça estaba detrás de todo aquello, sin embargo, tampoco quería ponerse a pensar demasiado y terminar con una nueva desilusión.

—¿Qué dices? Mi padre, el coronel, no será ningún obstáculo. Acabo de hablar con él y me dio libertad absoluta para escoger al esclavo que quisiera. Le mencioné tu nombre, y aunque se mostró algo reticente al principio, accedió a satisfacer mi capricho con tal de que mi estadía en la hacienda sea lo más cómoda posible.

—Yo solo sé de café, amo. Quizá debería buscar a alguien más…

Alexandre negó con la cabeza.

—No te preocupes, que lo que no entiendas yo te lo explico. —Se dio media vuelta y se dispuso a montar en su caballo—. ¿Sabes conducir un carruaje?

—Sí, señorito. Muchas veces he tenido que transportar los sacos de café desde los cultivos al patio de secado en ese viejo carretón. Imagino que será casi lo mismo. —Se rascó la barbilla, contrariado.

—¡Claro que sí, no hay diferencia alguna! —exclamó con el propósito de animarlo a aceptar su ofrecimiento—. Entonces, ¿cuento contigo?

Dimas asintió. Entrar en la casa grande sin que nadie se lo prohíba era una invitación que no podía darse el lujo de rechazar, mucho menos porque significaba estar cerca de Maria Graça.

—¡Cuente conmigo, amo! ¡Le serviré en todo lo que le haga falta! —Embargado por el entusiasmo, tropezó con el saco a medio llenar que había dejado junto a sus pies. Los granos de café recién recolectados se desparramaron en la tierra.

—Deja que alguien más se ocupe de eso, Dimas. Ahora quiero que te des un buen baño y luego vayas a la casa para ponerte a mi

disposición. —Le dio un golpecito al caballo con la punta de sus botas para azuzarlo y lo saludó con la mano en alto—. ¡Mi hermana y yo te esperamos!

Mientras el joven Alexandre se alejaba de la plantación, Dimas apenas podía contener la emoción. Ahora estaba completamente seguro de que su amada *sinhazinha* deseaba verlo tanto como él a ella. A toda prisa y bajo la curiosa mirada de los demás esclavos que habían oído la conversación con el joven amo, terminó de llenar el saco de café y lo arrastró hasta el carretón. Por primera vez en muchos días, el rostro de Dimas se iluminó con una sonrisa. Con el corazón exultante, se dirigió al arroyo que se encontraba en los límites de la hacienda para tomar un baño antes de presentarse en la casa grande.

*

Esa noche, los invitados al sarao que había organizado doña Isadora para homenajear a su hijo rápidamente fueron llenando el salón. Tras las presentaciones de rigor, Alexandre tuvo la sensación de que el tal Augusto Soares do Carvalho, el hombre que en poco más de una semana se convertiría en su cuñado, no era lo que había imaginado. Aunque se destacaba por su buena presencia y su labia, había algo en él que le generaba cierta desconfianza. No quiso prestar mucha atención a sus pensamientos, influenciados quizá por el gran cariño que le profesaba a su hermana. No era sencillo aceptar que la pequeña Maria Graça se hubiera convertido en toda una mujer y que estuviera a punto de casarse. Se dedicó a observarla mientras ella se encontraba al lado de su prometido. Augusto conversaba animadamente con unos caballeros entrados en años que parecían bailar al son que él tocaba, y su hermana se limitaba a sonreír de vez en cuando como una muestra de cortesía. Era evidente que estaba incómoda y decidió ir a su rescate. Se aproximó el grupo y, tras pedir permiso para llevársela con él, se sentaron en un canapé al fondo del salón para estar más tranquilos. Alexandre también notó que Maria Graça había vuelto a ponerse pálida.

—No me siento muy bien —le confesó, con una sonrisa nerviosa.

Alexandre le hizo señas a uno de los esclavos para que se acercara y

le ofreció una copa de champagne.

—No creo que el champagne me haga sentir mejor —repuso ella, negándose a beberlo. Tenía el estómago revuelto porque llevaba sin probar bocado desde la hora del almuerzo, y pensar en esas burbujas haciéndole cosquillas en la garganta la ponía más enferma.

—¿Quieres probar algún dulce? He visto una buena cantidad de cocadas en la mesa principal del banquete. Recuerdo que cuando eras niña te escondías en la cocina para ver cómo Gerarda las preparaba. Siempre fueron tu debilidad.

—Mejor no. —Se vio obligada a aflojarse el justillo que le ceñía la cintura para poder respirar con normalidad. Luego, cuando su hermano se distrajo con el revuelo de faldas amponas de un par de jovencitas que ingresaron al salón acompañadas de un hombre vestido de militar, aprovechó para espiar hacia la puerta que daba la cocina. Sabía que Dimas ya se encontraba en la casa, convertido en el esclavo personal de Alexandre, pero todavía no se había cruzado con él. Tal vez esa noche, con tantos invitados, tendría la ocasión de verlo. Esperaba no sentirse tan indispuesta si ese momento llegaba. Se llevó un gran susto cuando su madre se le acercó y le preguntó qué le pasaba.

—No es nada —mintió—. No me he estado alimentando bien, eso es todo, madre.

—Estás muy pálida, Maria Graça. —Le puso una mano en la frente para asegurarse de que no tuviese calentura y le ofreció su fino abanico de nácar para que se echase un poco de aire.

Ella se abanicó el rostro con la esperanza de que ese malestar que la aquejaba desde hacía unos días desapareciera por fin.

—¿Cree que mi prometido se sentirá ofendido si me retiro a descansar un instante? —preguntó, arriesgándose a recibir un sermón de su madre sobre el deber de toda señorita de sociedad a la hora de guardar las apariencias.

Doña Isadora, después de observar a su hija durante buena parte de la fiesta, había llegado a la conclusión de que, si no se recostaba aunque fuese solo un momento, terminaría desvaneciéndose delante de los invitados. Asintió de mala gana y le ordenó a una de las

esclavas que la acompañasen hasta su habitación.

Desde un rincón del salón, mientras fingía estar interesado en la conversación que se desarrollaba su alrededor, Augusto fue testigo de cómo su futura esposa abandonaba el recinto a toda prisa, sin siquiera despedirse de él. La explicación que le dio su suegra no lo satisfizo del todo. Tenía la fuerte sospecha de que Maria Graça lo estaba evitando. Bebió un poco de champagne para humedecerse la garganta y sacarse el mal sabor que le había dejado en la boca el esquivo comportamiento de su prometida. Lo único que lo tranquilizaba era la proximidad de la boda. Cuando ese día por fin llegase, Maria Graça Esteves no se atrevería a tratarlo de esa manera. Con esos pensamientos alentadores rondando en su cabeza, se permitió incluso sonreír y pedir un brindis por su futura esposa.

Mientras tanto, escaleras arriba, Maria Graça apenas se mantenía en pie. Un fuerte mareo la hizo detenerse en seco en medio del pasillo y tuvo que agarrarse del brazo de la esclava para llegar hasta su habitación. Antes de que la negra se retirara, le pidió por favor que no mencionara nada sobre su repentina debilidad para no preocupar a su familia y aguar la fiesta que habían organizado con motivo del regreso de su hermano. En el fondo de su corazón, tenía miedo de que las sospechas que venían atormentándola desde que comenzaran los mareos, el cansancio y las náuseas se convirtieran en realidad. Ni siquiera su nana estaba al tanto de sus temores. Hacía ya dos lunas que no sangraba, y eso solo podía significar una cosa: estaba encinta. No sabía si reír o llorar. Estaba a punto de casarse con un hombre y llevaba el hijo de otro. Por lo pronto, tomó la decisión de ocultar la verdad a todos. No lo contaría ni siquiera a Edileusa. Cuando la sensación de vértigo abandonó su cuerpo, se levantó de la cama y caminó con cautela hacia el tocador. Ahora que se había aflojado más el justillo, notó que su talle estaba mostrando evidencias de su estado. Al ponerse de lado, incluso pudo percibir una leve hinchazón. Se acarició el vientre y cerró los ojos. Aunque para todo el mundo sería una maldición que cargase con el hijo de un esclavo en sus entrañas, ella sonrió feliz. Esa criatura que venía en camino era el fruto de un amor puro y apasionado: el único amor de su vida.

Dio un respingo cuando alguien llamó a su puerta. Se apartó del tocador y se sentó en la cama. Seguramente su madre venía a buscarla para que regresara al salón, junto a su prometido.

—Adelante.

Pero quien se asomó detrás de la puerta no era doña Isadora. El corazón le saltó en el pecho al ver a Dimas.

Él acabó con la distancia que los separaba en un santiamén y, sin mediar palabra, la estrechó entre sus brazos. Se comieron a besos mientras sus manos, ávidas de caricias, se deslizaban sin pudor por sus anatomías. Era una escena tan diferente de aquella que habían vivido semanas atrás, en esa misma habitación, cuando Maria Graça le rompió el corazón a Dimas al decirle que nunca lo había amado. Ahora, en medio de los gemidos y las lágrimas, sobraban las palabras.

Ella lo apartó solo un momento para poder observarlo. Había cambiado la precaria vestimenta de "esclavo de barraca" por una elegante librea que le quedaba como pintada al cuerpo. La gruesa tela del saco se ajustaba a sus fuertes músculos y la camisa blanca resaltaba su piel morena.

—Lo sé, me siento ridículo —comentó él, sonriéndole mientras apoyaba su frente en la de ella.

—No, estás adorable —respondió Maria Graça, acariciándole las mejillas.

Dimas respiró hondo y cerró los ojos. No quería soltarla. Después de haber estado espiándola durante toda la noche, ahora necesitaba tenerla solo para él.

—Tu hermano ha sido muy bueno conmigo… con nosotros.

—Alexandre me adora y le bastó intercambiar unas pocas palabras con su hermana pequeña para descubrir lo que pasaba en su corazón. Fue suya la idea de traerte a servir a la casa, y lo hizo solo para que pudiésemos estar más cerca.

Dimas tomó sus manos y comenzó a besárselas. Sus labios gruesos se deslizaban por sus dedos con la suavidad de una pluma. Maria Graça ahogó un gemido. Deseaba ser amada nuevamente por él, sin embargo, se estaban arriesgando demasiado. Temía que, en cualquier momento, su madre apareciera. Cuando Dimas se incorporó y la miró

directamente a los ojos, percibió el mismo deseo.

—No me conformo con esto, *sinhazinha* —musitó—. Vernos a escondidas en tu habitación mientras ese hombre se siente con el derecho de pavonearse de tu brazo delante de todos.

—En una semana, ese hombre se convertirá en mi esposo y no hay nada que podamos hacer para impedirlo, Dimas —dijo ella con pesar.

—¿Y si le pedimos ayuda al señorito Alexandre para huir juntos? Él está de nuestro lado.

Maria Graça negó con la cabeza.

—Mi hermano jamás pondría en riesgo nuestras vidas de esa manera y yo tampoco. —Pensó en la criatura que crecía en su vientre y, por un instante, tuvo el impulso de decirle a Dimas que estaba esperando un hijo suyo. Comprendió de inmediato que hacerlo en ese momento, con la propuesta de una huida juntos, solo complicaría la situación—. Después de lo que pasó cuando ese maldito cazador de esclavos te encontró, no quiero que vuelvas a sufrir por mi culpa.

—¡No me resigno, mi amada *sinhazinha*! ¡Se me desgarra el alma imaginándote en brazos de ese hombre!

Ella compartía su angustia y su desesperación, pero debía pensar en su hijo, antes que nada. Por esa razón, y por su propio bien, no le confesó que sentía pavor de casarse con don Augusto Soares do Carvalho. Prefería que Dimas creyera que se había resignado a acatar la voluntad de sus padres.

Él no dijo nada, simplemente la sujetó de la cintura y la pegó contra su cuerpo. Hundió el rostro en su pecho mientras sus manos recorrían las curvas de su trasero por encima de la ropa. Maria Graça enredó los dedos en su cabello ensortijado y lo empujó más hacia ella cuando la lengua de Dimas comenzó a deslizarse por la blanca piel que se asomaba por el escote del vestido. Habrían llegado hasta su cama si unos inoportunos golpes en la puerta no los hubiesen interrumpido.

Entre jadeos y un par de maldiciones, Dimas la soltó.

—¡Tienes que esconderte! —Maria Graça presentía que no se trataba de su madre. Doña Isadora no se habría quedado esperando su consentimiento para entrar a la habitación.

—Maria Graça, ¿puedo pasar?

¡Era Augusto Soares do Carvalho! Dimas se negó a moverse al oír su voz.

—No voy a dejarte a solas con ese canalla —le dijo, plantándose a su lado y mirando hacia la puerta.

—¡Dimas, por favor, él no puede verte aquí! —Lo tironeó de la manga de la librea sin lograr su cometido. El mulato parecía decidido a enfrentarse a su futuro esposo—. ¡Te lo ruego, Dimas, hazlo por mí! ¿Cómo vamos a justificar tu presencia en mi habitación?

Fue el miedo que percibió en la mirada de su *sinhazinha* lo que finalmente hizo que Dimas accediera a sus súplicas. No opuso ninguna resistencia cuando ella le indicó que se ocultara debajo de la cama. Alzó las cejas en un gesto de incredulidad. ¿Cómo pretendía que con su tamaño pudiese caber allí? No tuvo más remedio que obedecer y, haciendo un gran esfuerzo, consiguió acomodarse lo mejor que pudo. Una vez que se aseguró de que Dimas se había vuelto invisible, Maria Graça se arregló el cabello y fue hasta la puerta. Por pura precaución, volvió a mirar por encima de su hombro, pero no había ninguna señal que delatara la presencia de Dimas en el lugar.

—Perdone que me haya atrevido a venir a buscarla a su habitación. —Fue lo primero que dijo Augusto apenas ella le abrió—. Pero me quedé muy preocupado por su merced.

Maria Graça se debatía entre dos aguas. ¿Debía permitirle entrar o era mejor dejarlo en el pasillo? Era evidente que él pretendía meterse en su habitación, pues su mano estaba apoyada en la jamba y tenía ya medio cuerpo adentro.

—No debería —reconoció él, clavándole la mirada—, sin embargo, le vuelvo a preguntar si puedo pasar. Por supuesto, dejaríamos la puerta abierta para evitar cualquier malentendido.

Maria Graça no supo cómo negarse. Ni siquiera la presencia de Dimas le brindó una buena excusa para evitar que su prometido se saliera con la suya. Le dio el espacio suficiente para pasar junto a ella y se quedó cerca de la puerta. Necesitaba que la cama estuviese dentro de su rango de visión ante cualquier eventualidad. Además, de esa manera, se aseguraba que Augusto siempre le diera la espalda a Dimas.

—Hablé con su madre y ella me dijo que había subido porque no se encontraba bien. —La verdad era que quería comprobar con sus propios ojos si el supuesto malestar existía realmente o solo había estado fingiendo para rehuir de su compañía. Ahora que podía contemplarla de cerca, toda agitada y con las mejillas encendidas, se arrepintió de sus malos pensamientos. Parecía incluso que tenía calentura.

—Me sentí un poco indispuesta, pero ya estoy mucho mejor —respondió ella, con la voz queda.

—¿Está segura? —Sin previo aviso le rozó la mano. Su piel ardía—. Creo que sería conveniente que mandáramos a llamar al doctor. Es posible que tenga fiebre.

—No es necesario, Augusto —le aseguró ella sin hacer el menor esfuerzo en soltarse. Estaba tan nerviosa que su cuerpo parecía haberse paralizado de repente. Esperaba que, desde su ubicación, Dimas no estuviese viendo lo que sucedía entre ellos.

—Es normal que me preocupe por su merced, Maria Graça. En tan solo una semana será mi esposa. Espero que sienta la misma emoción que yo ante semejante acontecimiento que cambiará nuestras vidas para siempre.

¿Tenía que hablarle precisamente de la boda delante de Dimas? Claro que su prometido jamás se hubiese llegado a imaginar que había un hombre escondido debajo de la cama. Conociendo el temperamento impulsivo de Dimas, temía que en cualquier momento asomara su cabeza y le reclamara a Augusto por estar tocándole la mano a su *sinhazinha*.

Como Maria Graça seguía sin responder, y aprovechando un instante de distracción en el cual ella apartó la mirada, Augusto pasó de una suave caricia en el dorso de la mano a un roce atrevido en la delgada muñeca femenina por debajo del puño del vestido. Con una rapidez que dejó perpleja a la muchacha, se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

—No veo la hora de que sea mi esposa, Maria Graça. Cuando ese día llegue por fin, podré besarla y acariciarla sin ningún reparo.

A Maria Graça, la promesa que acababa de hacerle Augusto Soares

do Carvalho le sonó a una sutil amenaza. Dimas, quien tenía que morderse la lengua para no escupirle en la cara a ese señorito engreído lo que se merecía, sentía que estaba a punto de perder a su amada *sinhazinha* para siempre.

DIEZ

Jandiara estaba furiosa. Aunque por un lado era agradable ver a Dimas en casi todo momento, oliendo a limpio y con esas ropas que le habían asignado al convertirse en el esclavo personal del joven Alexandre, le carcomía las entrañas saber que él pudiera moverse de arriba abajo por la casa grande sin que nadie se lo cuestionara. Cuando lo veía subir de prisa las escaleras, con una sonrisa en los labios, sospechaba hacia dónde se dirigía y no estaba dispuesta a que se burlaran de ella en sus propias narices. ¿Qué demonios pasaba por la cabeza de la señorita Maria Graça después de lo que habían hablado? ¿Acaso la amenaza de revelar ese secreto que tanto se empeñaba en esconder ya no tenía ninguna importancia para ella? Parecía que con el regreso de Dimas, tras su corta aventura lejos de la hacienda, la joven ama pensaba que el romance prohibido con el esclavo ya no corría peligro. ¡Pero qué equivocada estaba! Ella no se iba a quedar de brazos cruzados mientras la bruja blanca disfrutaba del amor y de las caricias del hombre que quería para ella. Debía actuar rápido. Faltaba apenas un día para la boda; todo estaba listo para celebrar el enlace matrimonial entre la hija del coronel Esteves y don Augusto Soares do Carvalho.

Distraída como estaba en sus pensamientos, no escuchó que Gerarda le decía que había un fardo de ropa para almidonar.

—Ya deja de pensar en bobadas y ponte a trabajar, muchacha —la amonestó la cocinera, apartando por un instante su voluminosa silueta de la estufa. Había comenzado temprano con la elaboración de los manjares que se servirían en el banquete de boda. Esa mañana, su cocina era una mezcla de olores y sabores, donde predominaban las especias y los dulces.

Jandiara hizo un gesto de fastidio apenas Gerarda le dio la espalda.

Era cierto. La esperaba un montón de ropa que poner a punto para que los amos se lucieran delante de los invitados. En ese momento, mientras iba separando las camisas de los hombres de las blusas de las damas, deseó poder tener acceso al vestido de novias de la señorita Maria Graça para hacerle alguna maldad. De inmediato comprendió que eso solo conseguiría darle una excusa para retrasar la ceremonia, y lo que a ella le convenía era que se casara y se marchase de la hacienda lo antes posible. Esas horas que todavía faltaban para la boda la tenían muy inquieta; sobre todo ahora que Dimas estaba metido dentro de la casa. Vio que Gerarda estaba preparando una bandeja y le preguntó para quién era. Cuando supo que el coronel había pedido que le llevaran una taza de café a su despacho, se ofreció a cumplir con la orden del amo. Le dijo que necesitaba estirar un poco las piernas, y la inocente de la cocinera aceptó su oferta de inmediato. Todas las esclavas disponibles en la casa grande se encontraban ocupadas; algunas estaban aseando las habitaciones mientras otras acondicionaban el jardín donde se llevaría a cabo la fiesta de bodas. Por esa razón, le entregó la bandeja a Jandiara no sin antes recomendarle que volviera enseguida para terminar lo que todavía no había empezado. La joven esclava le sonrió y prometió no tardar.

Todavía no sabía muy bien lo que estaba a punto de hacer; sin embargo, cuando supo que ese café que Gerarda preparaba con tanto esmero era para el coronel, una lucecita de esperanza se encendió dentro de su cabeza. Se detuvo frente al despacho, golpeó la puerta con los nudillos y esperó el permiso del amo para poder pasar.

El coronel Esteves observó a la esclava por encima de las gafas. Le extrañó verla allí, ya que no solía ocuparse de atenderlos en persona. Seguramente las demás negras estaban demasiado atareadas con los preparativos de la boda y por eso Gerarda la había enviado. Intentó recordar su nombre, pero no pudo. La mulata le sonrió y a él le pareció un gesto demasiado insolente de su parte. Aunque era bonita, a él hacía tiempo que le habían dejado de atraer las mulatas de su barraca. Algunos hacendados de su edad todavía tenían la costumbre de revolcarse con ellas en los cobertizos mientras sus esposas miraban hacia otro lado. Él ya estaba cansado de correr detrás de las faldas y

los muslos carnosos de las esclavas.

—Tú te encargas de la lavandería, ¿verdad? —Ni siquiera supo por qué estaba entablando una conversación con ella.

—Así es, amo. Mi nombre es Jandiara y estoy ayudando en la cocina porque la pobre de Gerarda no da abasto con todo lo que hay que hacer pa' la boda de su hija.

El coronel asintió. Tenía la sensación de que la esclava deseaba decirle alguna cosa. Estaba parada allí, con las manos entrelazadas y meciendo su cuerpo como si no pudiera mantenerse quieta. Se bebió el café con tranquilidad, dejó la taza en su sitio y la miró. Cuando ella no recogió la bandeja para retirarse, se dio cuenta de que sus sospechas no eran infundadas.

—¿Y bien, mulata? ¿Vas a hablar o piensas quedarte callada?

Jandiara tragó saliva. La mentira que venía tejiendo en su cabeza debía ser bien contada para que el amo le creyera. Por eso, y corriendo el riesgo de que volviese a increparla por su silencio, lo pensó mucho antes de abrir la boca.

—Es que lo que tengo que contarle es muy grave, amo —dijo finalmente, entornando los párpados. Su temor más grande era que el coronel la mirase a los ojos y descubriera que le estaba mintiendo—. Una pobre esclava como yo no puede guardarse un secreto tan grande en el pecho.

—¡Habla, muchacha! —la exhortó.

El grito del coronel le provocó un temblor en todo el cuerpo. Respiró hondo y se mordió el labio inferior, dando la apariencia de que sentía culpa por lo que estaba a punto de hacer.

—Anoche, cuando todos dormían, escuché una conversación entre su hija y uno de los esclavos —empezó a decir. Necesitaba contarlo todo de corrido para no equivocarse—. Le juro que fue sin querer. Yo iba pasando y al llegar a la habitación de la joven ama, me detuve al oír voces al otro lado de la puerta.

—¿Dices que mi hija estaba en su habitación encerrada con un hombre? ¿Con un esclavo? —Entre la sorpresa y la indignación, el coronel la instó a continuar con su relato.

Jandiara asintió. Se resistía a levantar la vista, prefería escudarse en

su falso sentido de culpa para no caer en un posible error.

—Su merced jamás debió permitir que Dimas entrara en la casa grande para servir al señorito Alexandre. Sin saberlo, le abrió las puertas al mismísimo demonio. Él siempre estuvo medio encantado con su hija y ella, perdone que se lo diga, ha correspondido a cada una de sus… atenciones sin importarle nada ni nadie. No piense que soy una negra entrometida porque no lo soy. —Recién en ese momento se animó a levantar la vista. El coronel estaba furioso, pero no había nada en sus gestos que le indicara que no creyera su historia —. Si he venido a verlo con la excusa de traerle su café fue para abrirle los ojos, amo. Según lo que alcancé a escuchar, Dimas planea raptar a la señorita Maria Graça mañana por la mañana, antes de la ceremonia. Cuentan con el apoyo y el dinero de su hijo Alexandre.

¡Alexandre! ¿Cómo era posible que su hijo secundara la locura de esos dos? ¡Ahora comprendía la insistencia en que fuese Dimas el esclavo elegido para servirlo durante su estadía en la hacienda y no cualquier otro! Era indudable que venían planeando todo aquello con tiempo y paciencia. Sabía que, tarde o temprano, esa amistad inadecuada entre Maria Graça y el esclavo terminaría por darle un quebradero de cabeza. Debía adelantarse a sus movimientos y evitar una tragedia que enlodara el buen nombre de su familia y pusiera en jaque la boda con Soares do Carvalho. Le dio las gracias a Jandiara por la información con unas monedas que colocó en su mano sudorosa, y cuando ella le pidió que nadie supiera que había hablado con él, le prometió que jamás mencionaría su nombre.

Jandiara regresó a la cocina con dos reales en el bolsillo y una sonrisa de oreja a oreja cruzándole el rostro.

*

Augusto no podía conciliar el sueño. El viento arreciaba con fuerza y golpeaba contra los postigos de la ventana, provocando un siniestro y constante ulular que no hacía más que encresparle los nervios. Pensó en bajar al salón y beber hasta que el alcohol adormeciera sus sentidos, sin embargo, claudicó rápidamente de semejante resolución porque se casaba al día siguiente y debía mantenerse sobrio.

Abandonó la cama, se colocó la bata encima y se peinó el cabello hacia atrás. La ansiedad de lo que estaba por venir no le permitía siquiera pensar con claridad. Salió al pasillo y al pasar por delante de la habitación de su padre aminoró el paso. No deseaba despertarlo y que terminase obligándolo a oír uno de sus tantos sermones sobre cómo debía comportarse un hombre de bien en las vísperas de su casamiento. Con sumo sigilo, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina. La lumbre de la estufa permanecía encendida y el gato que habían adoptado las esclavas de la casa dormía en el cajón de la leña. A través del cristal de la puerta contempló el patio mientras su mente se plagaba de pensamientos extraños, que parecían estar en perfecta sintonía con las sombras que se recortaban contra las paredes de la galería a merced del viento. Nadie más que él deseaba que llegase el día de la boda. Casi desde el mismo momento en que la hija del coronel Esteves apareció delante de sus ojos supo que la quería para él. Sin embargo, a pocas horas de convertirse en su esposo, volvía a asaltarlo ese miedo atroz que se había enquistado en lo más profundo de su alma y le retorcía las entrañas hasta cortarle la respiración. Bajó la mirada y se llevó una mano a la entrepierna. Tras el incidente con la esclava, no había vuelto a estar con ninguna otra mujer. Huyendo de una realidad que no estaba dispuesto a tolerar, ni siquiera se había atrevido a buscar placer en la soledad de su cama por miedo a que su miembro no respondiera a los estímulos. Aunque el doctor Montalbán lo había tranquilizado, afirmando que no tendría ningún impedimento físico en su vida marital, ahora que se acercaba la noche de bodas sentía pavor de no satisfacer las expectativas de su joven esposa. Necesitaba asegurarse de que podría cumplir con ella como era de esperarse. Por eso, se ató el nudo de la bata y salió de la cocina, cerrando la puerta tras de sí. Divisó a uno de los capataces cerca del establo y se acercó a él. El pobre hombre, que había abandonado un momento la guardia para beber un poco de aguardiente, se quedó de piedra al verlo allí.

—¡Amo, perdone, no lo había visto! —arrojó la bebida al suelo y se limpió la barba con la manga de su abrigo.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. La verdad es que te andaba

buscando. Necesito que vayas a la barraca y me traigas a una de las negritas.

El capataz sonrió con malicia. Era de suponer que el señorito Augusto querría retozar con alguna de las esclavas la noche previa a su matrimonio.

—¿Tiene preferencia por alguna? —le preguntó, relamiéndose los labios. Sin que nadie se diera cuenta, se quedaría espiando para luego forzar a la muchachita a satisfacer sus deseos cuando el amo la dejase tirada.

Augusto no tuvo que pensar demasiado.

—Quiero a Nelinha.

El capataz se lo quedó viendo durante un rato porque creía haber oído mal. Aunque no conocía los detalles de lo que había sucedido, en la hacienda circulaba el rumor de que la esclava le había hecho algo muy malo y que, por esa razón, ya no podía entrar en la casa grande. Cuando el amo repitió su nombre, comprendió que había escuchado perfectamente la primera vez.

—Voy a estar en el establo. Me la traes y te aseguras de cerrar bien la puerta para evitar que salga huyendo —le ordenó.

—Deje todo en mis manos, señor Augusto. —Le hizo una venia con el ala de su sombrero y enfiló hacia la barraca para cumplir con su encargo.

Augusto entró al establo, se sentó sobre uno de los fardos de heno y esperó. Era allí donde solía aprovecharse de las esclavas más jovencitas cuando su cuerpo comenzó a experimentar los primeros cambios de la pubertad. Debajo de las faldas de las negras había perdido la inocencia. Algunas de ellas se habían resistido con todas sus fuerzas; otras, las más osadas y aprovechadas, se entregaban a él con sumo placer. Había recibido patadas y arañazos de muchas de ellas, pero también había disfrutado de sus carnes apretadas y sus besos ardientes.

Cuando la puerta del establo se abrió y el capataz le mostró a la esclava como si se tratara de un objeto, Augusto supo que la espera había valido la pena. No la veía desde esa fatídica noche en la cual lo atacase en su habitación, y aunque la vida en la barraca y en los

cultivos era mucho más dura que en la casa grande, a Nelinha parecía no haberle afectado el cambio. Estaba más bella que nunca. Incluso, le pareció notar que había ganado peso. ¿Cómo era eso posible, ahora que se deslomaba de sol a sol en los cafetales? El deseo que siempre había despertado en él continuaba intacto. Le hizo señas al capataz de que los dejase solos y se aproximó a ella con cierta cautela. Debía cerciorarse de que esta vez no llevase una daga escondida entre sus ropas. Recorrió su cuerpo de arriba abajo. Los trapos que la cubrían desde los hombros hasta las rodillas habían visto tiempos mejores. No había posibilidad alguna de que trajera un arma consigo. Aun así, le ordenó que se diera media vuelta y la esculcó con las manos abiertas, deteniéndose durante unos cuantos segundos en las redondeadas caderas. Su respiración se aceleró. Le levantó la falda muy despacio y la despojó de los calzones, dejando al descubierto su trasero de piel tersa y firme. Desvió la mirada hacia su propio cuerpo y comprobó, aliviado, la tensión en su entrepierna.

—Debería odiarte por lo que me hiciste, negrita —le susurró al oído mientras se abría la bragueta de sus pantalones de dormir. Se reclinó sobre ella con su miembro erecto y la obligó a separar las piernas.

Al principio, Nelinha se resistió. Pero cuando el amo la sujetó del cuello con fuerza, terminó accediendo a sus exigencias. Mientras la mano de ese demonio que le había desgraciado la vida apretaba su garganta, cortándole la respiración, sintió cómo iba enterrándose en sus carnes una y otra vez, prolongando el martirio con cada nueva embestida. Tenía el rostro apretado contra la puerta del establo y el cuerpo del maldito violentando el suyo le impedía moverse.

—De nada te valió lo que hiciste, negrita. Mi hombría continúa intacta —se burló, jadeando sobre su hombro como un animal—. ¡Me siento más vigoroso que nunca! —Le mordió el lóbulo de la oreja antes de emitir un último gruñido de satisfacción. Cuando se dio cuenta de que la esclava sangraba, se apartó de ella con un movimiento brusco. Empezó a acomodarse la ropa sin quitarle los ojos de encima. Aunque se había asegurado de que estaba desarmada, tampoco podía confiarse de una negra ladina como esa.

Nelinha permanecía en el mismo lugar, intentando cubrir parte de

su desnudez con las manos. Lo miraba fijo, con los ojos llenos de rabia. Se había hecho la promesa de que nunca más le permitiría ponerle un dedo encima; sin embargo, el miedo que le provocaba ese demonio anulaba su voluntad. Su mundo, el de una pobre esclava de hacienda asediada por un amo libertino y despiadado, se había derrumbado. La mayor desgracia, esa de la que le hablaban las otras negras, se había hecho carne y crecía en sus entrañas como una mala hierba que había que cortar de raíz. Pensó en decírselo; gritarle en la cara que esperaba un bastardo suyo. No supo por qué razón se quedó callada. Si por miedo o porque, muy en el fondo de su alma, creía que esa pobre criatura no tenía la culpa de lo que pasaba.

—Mañana es la boda del amo. —Se encontró diciendo de repente. Ya no le temblaba la voz.

Augusto sonrió.

—Así es. Mañana, la apetecible Maria Graça Esteves, heredera de una cuantiosa fortuna, se convertirá por fin en mi mujer.

—Siento mucha pena por esa señorita, le espera una vida muy desdichada a su lado.

—¡Cómo te atreves, negra alzada! —Zanjó el par de metros que los separaba y le dio vuelta la cara de una bofetada.

—Intenté advertírselo, pero ella no me escuchó. —En ese instante, comprendió que no debió decir aquello. Cuando el demonio se le vino encima y la aprisionó con sus fuertes garras, Nelinha comprendió, demasiado tarde, que a veces era mejor quedarse callada.

*

Maria Graça se incorporó de un salto y abrió bien los ojos. Todavía no amanecía y reinaba el silencio en la casa. Estaba sudando frío y le costaba respirar. Era la primera vez en mucho tiempo que despertaba perturbada por una pesadilla. Se llevó la mano al pecho, en donde su corazón latía más rápido de lo normal. En nombre de Dimas resonaba en su cabeza una y otra vez. Había soñado con él, estaba completamente segura. Deslizó las piernas fuera de las sábanas y se sentó en la cama. Apoyó los pies en la alfombra un momento antes de levantarse. Fue hasta la cómoda y se mojó el rostro con un poco de

agua fresca. Al voltearse hacia el tocador, vio su imagen reflejada en el espejo. Las ojeras oscuras, la extrema palidez de su rostro y unos cuantos mechones de cabello que se escapaban por debajo de la cofia no hacían más que acentuar lo mal que se sentía por dentro. Faltaban pocas horas para su boda y solo deseaba morir. Los últimos días habían sido un verdadero infierno para ella. Ni siquiera los momentos a escondidas que conseguía compartir con Dimas le brindaban la paz suficiente para enfrentarse a la horrible realidad que la esperaba al convertirse en la esposa de Augusto Soares do Carvalho.

Unas fuertes náuseas le impidieron dar un paso más. Permaneció quieta, con los ojos cerrados y respirando por la nariz hasta que el malestar desapareció. Se llevó la mano al vientre y, a pesar del dolor que nublaba su alma, logró sonreír. Dentro suyo crecía el hijo de Dimas. No importaba si ya no volvía a verlo o que estuviese a punto de convertirse en la mujer más desdichada al casarse con un hombre al que no amaba. Esa criatura, que ahora le provocaba ascos por la mañana y noches de insomnio, sería una luz de esperanza en su vida. Era carne de su carne y nadie jamás se la arrancaría de sus brazos. Por supuesto, no todo era ilusión. Desde que había descubierto su estado de gravidez, solo podía pensar en el momento del alumbramiento. Aunque tenía el tiempo a su favor y podría hacerle creer a su esposo que la criatura era suya… ¿qué sucedería si su hijo o su hija nacía con la piel oscura? Ella había escuchado algunas de las historias que contaban las esclavas en la barraca sobre la mezcla de razas y la posibilidad de que un recién nacido pudiera tener la piel clara aun cuando su padre fuese un mulato. Si eso finalmente ocurriera, y con tal de proteger a su bebé, Maria Graça estaba dispuesta a mentir. Se acarició el vientre con movimientos circulares. La ropa ceñida empezaba a estorbarle, por esa razón daba gracias a Santa Rita de que su vestido de novias, confeccionado por una modista de la Corte, le quedara suelto en el talle. No quería despertar sospechas ni provocar habladurías. Nadie lo sabía, y por el momento era la única manera de salvar la vida de su hijo y la de Dimas. Porque no dudaba de que el coronel no se tocaría el corazón para mandarlo a azotar nuevamente si descubría la verdad.

Como era demasiado temprano y el cansancio no había abandonado su cuerpo todavía, resolvió volver a acostarse hasta que Edileusa viniera a despertarla. Apenas había apoyado la cabeza en la almohada cuando llamaron a su puerta. Pensando que era Dimas, se levantó de prisa y fue a su encuentro. Se quedó estupefacta al ver a su padre.

El coronel entró a la habitación y la hizo a un lado, sujetándola del brazo con firmeza. El portazo que dio retumbó por toda la casa.

—Padre…

El coronel Esteves tuvo que hacer un gran esfuerzo para no cruzarle la cara a su hija de una bofetada. La miró en silencio, tratando de descubrir qué la había llevado a poner sus ojos en un maldito esclavo. Ella, que era la más dulce y pura de las criaturas, se había dejado embaucar por las zalamerías de un negro ignorante. Aunque muriese y volviera a nacer, jamás entendería la razón de semejante desatino.

—¿Cómo has podido, Maria Graça? ¡Tú, que te educaste en los mejores colegios de la Corte y te codeaste con los miembros de la familia imperial, terminas involucrándote con uno de mis esclavos! —La rabia y la decepción dictaban cada una de sus palabras—. ¡Has pisoteado nuestro apellido, burlándote de todos los preceptos morales que te hemos inculcado tu madre y yo desde pequeña! ¿Y todo para qué? ¡Para dejar que ese infeliz te pusiera la mano encima!

—No hable de esa manera, por favor. No ensucie con tanta liviandad un amor tan bonito como el que Dimas y yo sentimos el uno por el otro. —Estaba al borde del colapso, pero consiguió permanecer de pie, soportando con estoicismo los embates de furia de su padre—. ¿Cómo lo supo?

El coronel no se lo dijo. Mantendría la promesa dada a la esclava.

—En esta hacienda hay muchos ojos y oídos. Pero, sobre todo, hay quienes todavía me guardan cierta lealtad.

Maria Graça pensó en Jandiara. Era la única capaz de revelar su secreto con el único y oscuro propósito de hacerles daño.

—Gracias a Dios, lo supe todo a tiempo y he podido evitar que ese desgraciado se saliera con la suya.

Maria Graça, asustada por las enigmáticas palabras que acababa de pronunciar su padre, se dejó caer en la cama.

—¿Qué… qué quiere decir con eso?

—¡Por favor, hija, no quieras tomarme por idiota! —replicó, ofendido—. Estoy al tanto de los planes que tenía el mulato de raptarte durante el trayecto hacia la iglesia para impedir que te cases con don Augusto. Incluso sé que el botarate de tu hermano pensaba apoyar semejante locura con una suma de dinero que pondría en las manos de ese canalla. He tomado las providencias necesarias y anoche lo mandé a encerrar en la celda de los castigos. Permanecerá allí hasta asegurarme de que des el sí en el altar.

—¿Y luego? ¿Qué harás después con él? —Le horrorizaba conocer la respuesta.

—Si lo que te preocupa es que vuelva al tronco, puedes quedarte tranquila —le aseguró, sin abandonar jamás esa postura severa que había adoptado desde el mismo instante en el cual puso un pie en la habitación—. Dimas es una pieza muy valiosa y ya me hizo perder mucho dinero cuando envié al atrapafurtivos detrás de él y de los otros negros. Voy a recuperar parte de lo que gasté en su captura subastándolo en el mercado clandestino de esclavos. Mañana mismo, ese maldito desgraciado estará fuera de nuestras vidas para siempre.

Maria Graça ni siquiera tuvo oportunidad de suplicarle, tampoco de aclararle que ella no sabía nada de la fuga y que dudaba seriamente que Alexandre estuviera enterado. Quien fraguara esa mentira se había asegurado de que resultase lo bastante creíble como para conseguir que su padre tomara cartas en el asunto. Lo que realmente le consternaba era el hecho de que Jandiara se hubiese atrevido a mentar el nombre de su hermano, cuando sería tan sencillo confrontarla con la verdad. Se había arriesgado demasiado, y todo con tal de separarla de Dimas. Aunque en ese momento la odiase, debía reconocer que la esclava era una muchacha valiente. Si el coronel descubría que todo lo que le había contado no era cierto, o que al menos parte de su historia fue inventada, terminaría azotada en el tronco o amarrada con grilletes al cepo.

—No quiero que se vuelva a mencionar el nombre de ese esclavo en mi presencia —exigió, apuntando el dedo índice hacia ella—. Te olvidarás de él y de cualquier suceso entre ambos. Podría haber sido

muy duro con el mulato, Maria Graça, confinándolo en ese calabozo sin agua ni alimento hasta que pereciera de inanición. De ti depende su destino. Te casas con don Augusto y el tal Dimas no terminará muriendo a mano de mis capataces. Tú decides.

Maria Graça se quedó pensativa. ¿De qué le serviría ahora que supiera que ella no planeaba fugarse porque había priorizado la vida del hijo que llevaba en su vientre? Su padre ya estaba al tanto de sus amores con uno de sus esclavos y, aunque no le había mencionado nada, presentía que también sospechaba que habían tenido algún tipo de intimidad. Seguramente Jandiara se había asegurado de que lo creyera; sobre todo desde que Dimas tenía acceso a la casa grande por obra de su hermano mayor y les resultaba más sencillo verse a escondidas.

—Padre… ¿puedo pedirle solo una cosa? —Tenía que hacer un último intento para que no se ensañase con el pobre de Dimas. Si se trataba de castigarlo por enamorarse de quien no debía, entonces ella también se merecía un castigo.

—Después de tu comportamiento indigno al involucrarte con ese esclavo, no debería ni siquiera escucharte, Maria Graça.

—¡Por favor, padre, solo prométame que Dimas ya no volverá a sufrir ningún castigo más en esta hacienda! Si su deseo es que sea vendido mañana, procure que esta noche se alimente bien y que beba mucha agua antes de que se lo lleven. —Le besó las manos y lo miró directamente a los ojos—. ¡Es lo último que le pediré! ¡Se lo juro!

—Está bien —dijo por fin, sintiendo un poco de conmiseración por su hija, a quien creía víctima de las malas mañas del mulato—. Acataré tus ruegos siempre y cuando tú obedezcas mis órdenes.

Maria Graça asintió. Por más que su padre la obligara a casarse y le prohibiera volver a hablar de Dimas, la criatura que esperaba siempre se lo recordaría.

ONCE

La pregunta del padre Reginaldo quedó flotando en el aire unos instantes mientras un pesado silencio se extendía por todos los rincones de la iglesia. Augusto acababa de dar el sí y lo había hecho sin titubear, con una sonrisa en los labios y mirando a su futura mujer a los ojos. Maria Graça tragó saliva. Había llegado el momento de la verdad. Bastaba una simple palabra para sellar su destino para siempre.

Los rayos de sol le irritaban los ojos. Después de pasar tantas horas confinado en la celda de los castigos, sumido en la oscuridad y la humedad de sus paredes, Dimas apenas podía mantenerlos abiertos. Había sido uno de los primeros en llegar, y de inmediato fue puesto encima de la tarima de madera para ser expuesto ante la vista de los compradores que provenían de varias ciudades de la región y aguardaban ansiosos aquellas subastas clandestinas para conseguir las mejores piezas. La ley que prohibía el tráfico de esclavos, sancionada en 1850, había provocado una baja considerable en el movimiento de compra y venta. Sin embargo, el tráfico interno seguía proliferando desde las granjas en el noroeste, dedicadas al cultivo de azúcar, hasta los florecientes cafetales de Río de Janeiro y São Paulo. Por eso, los hacendados o sus representantes ahora debían trasladarse por el interior de las provincias para adquirir nueva mano de obra. El mercader le indicó que diera un paso adelante y Dimas obedeció. Tenía grilletes en las manos, en los pies y en el cuello. La ropa sudada y maloliente empezaba a molestarle. Lo primero que había ordenado el coronel al enviarlo a la celda de castigo fue despojarlo de la librea y los zapatos. Desnudo, había sido arrojado al interior de ese inmundo cubículo cubierto de heno sucio sin ninguna explicación. Le habían

proporcionado esos harapos que ahora llevaba puestos antes de salir para la subasta. Había perdido la noción del tiempo. Seguramente a esa hora su amada *sinhazinha* se encontraba frente al altar, uniendo su vida a la de otro hombre.

El discreto pero firme roce en su mano la hizo reaccionar. Lo miró y descubrió que Augusto ya no sonreía. Unas gotas de sudor se deslizaban por su frente mientras tensaba la mandíbula. Estaba esperando una respuesta; él, el padre Reginaldo y todos los asistentes a la ceremonia ansiaban oírla. Se dio cuenta de que lloraba cuando se le nubló la vista. ¿Qué le pasaba? Aunque había llegado hasta allí arrastrada por la ambición de sus padres, estaba convencida de que su sacrificio pondría la vida de Dimas a salvo. Lejos de ella, tenía la posibilidad de empezar de nuevo en otro lugar. Rogaba que el destino fuese benévolo con él; Dimas ya había sufrido demasiado… por su condición de esclavo y por haberse atrevido a amarla.

—Hija, debes dar tu respuesta —insistió el padre Reginaldo con una sonrisa nerviosa.

Maria Graça lo miró. Creyó percibir un gesto de comprensión en el sacerdote. Con lágrimas en los ojos y el corazón partido de dolor, susurró un “sí” apenas audible. Tuvo que volver a pronunciarlo un poco más alto para que todos la oyeran.

Dimas permanecía impasible mientras uno de los compradores lo examinaba con sumo cuidado. Apretaba sus brazos para asegurarse de que tuviera músculos firmes, le abría la boca para constatar que conservara todos los dientes y observaba el blanco de sus ojos con el propósito de descubrir si lo aquejaba alguna enfermedad. Esos poderosos señores de haciendas sabían “estudiar” muy bien las piezas en las cuales estaban interesados antes de invertir una gran suma de dinero. El mercader, tras alabar su fuerza y su juventud, había pedido por él dos mil quinientos reales. Cuando además mencionó que conocía de números y letras, el sujeto interesado en él se mostró satisfecho. En apenas unos pocos minutos, los que se tardó en cerrar la transacción comercial, Dimas fue apartado del grupo para ser llevado

a una carreta en la que esperaban una mujer joven y un par de muchachitos con ojos de asustados que no dejaban de temblar. Los saludó con un movimiento de cabeza, pero ninguno le prestó atención. Se acomodó en un rincón para no molestarlos y oteó a su alrededor. En ese momento, vio que el mercader contaba unas monedas y las guardaba en un saco de cuero que colgaba de su cintura. Ese era el precio que valía, unos cuantos reales bastaban para que el hombre blanco dispusiera de la vida de un esclavo a su antojo y lo tratase como escoria. Ese maldito dinero que ahora lo apartaba del único mundo que conocía sería el mismo que en el futuro compraría su libertad. Mientras la carreta se distanciaba y la ciudad de Campinas comenzaba a perderse en el horizonte, Dimas hizo una promesa: algún día sería un hombre libre, y entonces, volvería para llevarse a su sinhazinha con él.

Ya no había manera de escapar de su destino. Ahora, mientras la gente se arremolinaba alrededor de ellos para felicitarlos, Maria Graça deseaba salir corriendo. Pero su esposo la sujetaba de la mano, impidiendo que cometiera la locura de dejarlo solo en la puerta de la iglesia. Recibió besos, abrazos y palabras de buen augurio. Correspondió a cada uno de ellos con una sonrisa forzada, un tímido “muchas gracias” o un tibio apretón de manos.

Ya no había manera de escapar de su destino. Ahora era una Soares do Carvalho. Su condición de mujer casada le estaba arrebatando demasiadas cosas en muy poco tiempo: debía abandonar la casa en la cual había crecido, acostumbrarse a vivir lejos de su familia y aceptar que ya nunca más volvería a ver a Dimas.

El apellido Soares do Carvalho, ese mismo que su madre se empeñaba en ponderar por todo lo alto, era su mayor desdicha.

Mientras la carroza adornada con guirnaldas que llevaría a los recién casados hasta La Aurora atravesaba la calle principal de Campinas, una vieja carreta cargando un grupo de esclavos se cruzó en su camino.

Dimas, cabizbajo, no prestó atención a lo que ocurría a su alrededor. Maria Graça, agobiada con sus funestos pensamientos,

tampoco lo hizo.

DOCE

Alexandre, sabedor de la angustia que atormentaba a su hermana por haberse casado con un hombre al que no amaba, no era capaz de disfrutar de la fiesta. El murmullo de la gente y la música que alguien ejecutaba en el piano no hacían más que incordiarlo. De vez en cuando, su mirada se perdía en un punto imaginario, mientras la copa que sostenía en su mano se iba vaciando casi sin darse cuenta. Maria Graça representaba el papel de la esposa feliz solo para complacer a los demás. La vio sonreír y conversar como si el mundo no se estuviese derrumbando a sus pies. Él ya estaba al tanto de que Dimas había sido subastado esa misma mañana, mientras se celebraba la boda. Creyó conveniente no comentarle nada a su hermana, al menos hasta que ella no empezara a indagar sobre cuál había sido el destino del mulato. Seguramente le tocaría a él responder a sus preguntas y consolarla por la pérdida. Lo único que había podido sacarle a Fausto, quien había sido el encargado de llevar a Dimas al mercado de esclavos, era que un hacendado del sur de Río de Janeiro lo había adquirido a un muy buen precio.

Se distrajo un momento de sus pensamientos al oír una fuerte carcajada que provenía del otro lado del salón. Un hombre mayor, vestido de riguroso traje negro estaba levantando su copa en alto mientras las personas a su alrededor lo miraban asombrados. Alcanzó a escuchar que brindaba por la felicidad de los recién casados y por su propia boda, que se celebraría pronto. No lo conocía. Intuyó que sería uno de los tantos nuevos vecinos que habían llegado a Campinas durante la última temporada. Una muchacha se aproximó a él y, tras hablarle al oído, el caballero recuperó la compostura. ¿Sería su hija? No se le parecía en nada, pero por la manera en la que lo trataba era alguien muy cercano a él. Cuando la joven volvió a dejar al hombre en

compañía de los demás invitados, Alexandre no pudo evitar seguirla con la mirada. Se detuvo un momento junto al piano para disfrutar de la melodía con verdadera devoción y luego se dirigió hacia una de las puertas que conducía al jardín. Atento a cada uno de sus movimientos, celebró la decisión que acababa de tomar la joven de abandonar el salón. Sin perder más tiempo, como si una fuerza inexplicable lo atrajera hacia ella, Alexandre también salió al jardín. No hubo necesidad de buscarla, porque apenas puso un pie fuera de la casa se la cruzó en la galería. Permanecieron observándose un momento sin decir nada. Parecía que la hubiese atrapado en algo indebido, porque se sonrojó enseguida.

—Disculpe, salí a tomar un poco de aire.

—No tiene por qué disculparse, señorita. Me parece que ambos necesitábamos lo mismo —alegó, con una sonrisa en los labios.

Ella consiguió sonreír a pesar de los nervios.

—No suelo sentirme a gusto entre tanta gente —le confesó.

Quería decirle que él se sentía exactamente igual, pero temía que pensara que solo intentaba congraciarse con ella.

—La vi un poco abochornada debido al comportamiento de ese hombre que no paraba de carcajearse. Creo que estaba un poco bebido. —Se arrepintió de lo que había dicho al ver el rubor en sus mejillas—. Lo siento, no debí mencionarlo.

—No se preocupe, a estas alturas ya estoy acostumbrada.

—¿Hace mucho tiempo que su merced vive en Campinas? —La instó a caminar a su lado. Allí, parados en medio de la galería, empezarían pronto a llamar la atención.

—En realidad nací muy cerca de aquí, y cuando mis padres murieron, siendo yo muy pequeña, fui enviada a Lisboa a vivir con una tía lejana que se encargó de mi educación.

No tenía padre. ¿Sería el tío, entonces, el hombre que la había avergonzado en el salón?

—Yo llevo un tiempo viviendo en la Corte y es la primera vez que la veo por aquí.

—Ya nos habíamos visto antes —manifestó ella, con otra tímida sonrisa.

—¿De verdad?

La muchacha asintió.

—Su merced no lo recuerda, pero estuve en su hacienda hace unas semanas, en el sarao que organizó su madre en honor a su regreso.

Alexandre no lo podía creer. ¿Cómo era posible que no la hubiese visto?

—Lamento no haber prestado más atención esa noche —se excusó—. De haberlo hecho, no la habría dejado escapar tan fácilmente. ¿Estuvo acompañada por el mismo caballero?

Ella ahora negó con un movimiento de cabeza.

—Asistí con una amiga. El senador Pereira no se encontraba en la ciudad en ese momento.

Senador. Así que se trataba de un político. Que se refiriese a él por su cargo descartaba que el caballero fuese su tío o algún pariente cercano. Ya no soportaba la duda, por eso decidió preguntarle qué clase de relación la unía a semejante sujeto.

—No se trata de su padre entonces —adujo, estudiando su reacción. Notó que su comentario le había incomodado. El prolongado silencio que se suscitó entre los dos después de su atrevida insinuación le confirmó que había dado en el clavo.

—El senador Pereira es mi prometido —le aclaró, poniendo fin a ese momento de extraña confusión—. La boda está pactada para el mes próximo.

Ahora fue Alexandre quien se quedó sin palabras. Quiso pedirle disculpas, pero sentía que nada de lo que dijese borraría la mala impresión que seguramente tendría de él después de semejante malentendido. ¿Cómo iba a imaginarse que ese hombre que le doblaba la edad era su prometido y no su padre o su tío, como había deducido?

—No se moleste en disculparse —manifestó ella, una vez pasada la incomodidad—. No será ni el primero ni el último que se sorprenda al enterarse qué clase de relación me une con el ilustre senador Pereira.

Alexandre le sonrió, y cuando ella le devolvió la sonrisa experimentó una oleada de calor en la nuca. En ese preciso instante cayó en la cuenta de que todavía no sabía su nombre. Le había

mencionado el de su futuro esposo, pero el suyo se lo había guardado. Preso de la curiosidad y de su encanto sin igual, se lo preguntó.

La joven batió sus espesas pestañas y deslizó la esclavina hacia abajo, dejando al descubierto sus hombros. Parecía que, de repente, a ella también le afectaba su cercanía.

—Mi nombre no importa, señor Esteves. Es posible que después de esta noche nuestros caminos jamás vuelvan a cruzarse.

—¡No me parece justo! ¡Su merced sabe quién soy yo! —protestó.

Esa joven hermosa que lo había encandilado, la que se rehusaba a revelarle su nombre, se acercó muy despacio y, poniéndose en puntas de pie, le rozó la mejilla cubierta de barba con sus suaves labios.

—Adiós, señor Esteves. Fue un placer conocerlo.

Alexandre la vio partir mientras se tocaba el rostro, ahí donde ella había depositado su beso. Le llevó un par de minutos reaccionar. Cuando consiguió volver a la realidad, porque estaba convencido de que acababa de vivir un sueño, regresó al interior de la casa. La buscó en el salón, pero no la encontró. Estaba a punto de creer que efectivamente había caído preso de un extraño hechizo, cuando alguien le dijo que el senador Pereira acababa de irse porque su prometida no se sentía bien. Esa misma persona fue la que puso fin al misterio de su identidad. La joven que había provocado que su corazón latiera en su pecho como un potro desbocado se llamaba Cândida Almeida.

*

El joven Alexandre no era el único que andaba buscando a alguien esa noche. Edileusa, preocupada por la tardanza de su niña, decidió descubrir qué era lo que estaba ocurriendo. Se había excusado con los invitados diciendo que necesitaba pasar por la cocina para pedirle a una de las esclavas que le preparase un té de manzanillas porque se sentía indispuesta. El tiempo pasaba, Maria Graça no volvía a la fiesta y el señor Augusto comenzaba a perder la paciencia. No era de su agrado tener que permanecer al lado de sus suegros mientras su flamante esposa desaparecía delante de todos. Para evitar que él mismo fuese en su búsqueda, Edileusa se dirigió a la cocina. Cuando

entró y no la vio allí, supo que no había sido más que un ardid de la muchacha para escaparse de la fiesta. ¿Estaría en su habitación? Subió de prisa las escaleras y, tras empujar la puerta y encontrar el lugar a oscuras, se llevó una nueva decepción. Desesperada, y con el temor de que su niña hubiese cometido alguna locura, revisó todas las habitaciones de la casa sin éxito. Volvió a pasar por la cocina para no tener que hacerlo por el salón, y entonces Gerarda le avisó que una de las esclavas la había visto caminado en dirección a la capilla. Se cubrió con un rebozo y salió de la casa para ir a su encuentro. La pesada puerta de madera estaba entornada. Divisó su silueta junto a la imagen de la Virgen María. Tenía las manos entrelazadas, en posición de rezo, y recitaba una oración con los ojos cerrados. Se aproximó sigilosamente para no interrumpirla y se sentó en uno de los bancos de la primera fila.

Cuando Maria Graça reparó en su presencia, se volteó hacia ella. Edileusa se acercó al ver que tenía los ojos llorosos y la reconfortó entre sus brazos.

—No llore, mi niña. Me parte el alma que sufra así —le dijo mientras la mecía suavemente contra su pecho—. Tiene que olvidar el pasado para poder encontrar un poco de felicidad. Hágale caso a esta negra vieja que tan bien la quiere. Ese sentimiento que se enraizó en su corazón hay que cortarlo de cuajo para que ya no la atormente.

—¿Me dices cómo, nana? Porque yo no lo sé —le habló Maria Graça entre hipidos.

—La partida de ese muchacho es un buen comienzo para que trate de olvidarlo.

Maria Graça apartó la cabeza de su caluroso pecho y la miró.

—¿Dimas ya no está en la hacienda?

—No, niña. Mauricio me dijo que fue llevado al mercado de esclavos después de que nosotros partiéramos hacia la ciudad.

—Ni siquiera he podido despedirme de él…

—Es lo mejor, Maria Graça. Sé que le duele no volver a verlo, pero con el tiempo comprenderá que el amo tomó la decisión correcta. Ahora es una mujer casada y le debe fidelidad a tu esposo.

La joven asintió, aunque se rehusaba a mirarla. Edileusa la sujetó

del mentón y supo que había algo que no le estaba contando.

—¿Qué pasa, niña? —La instó a alzar la vista. Percibió miedo en sus ojos—. No hay nada que temer, Maria Graça. Cuando llegue el momento, sabrá lo que hay que hacer.

Maria Graça logró zafarse y le dio la espalda nuevamente. Edileusa comenzó a preocuparse de verdad. En otras circunstancias, con el temor lógico de cualquier jovencita al enfrentarse a su noche de bodas la habría acribillado a preguntas. Sin embargo, su niña se quedaba callada. Ahora intuía que ese secreto que guardaba era tan grave que ni siquiera a ella se lo había contado.

—Si hay algo que quiera decirme o preguntarme, ahora es el momento.

Maria Graça entonces se volteó, la contempló durante unos cuantos segundos sin decir absolutamente nada y, acto seguido, se sentó en el banco. Había dejado de llorar, pero la angustia se reflejaba en su rostro. Juntó las manos sobre su regazo y respiró hondo.

Edileusa se sentó junto a ella y respetó su silencio.

—Nana… ¿hay… hay alguna manera de evitar que un hombre sepa, que se dé cuenta?

La negra trató de descifrar lo que intentaba decirle. Jamás la había visto tan nerviosa. Cuando repitió en su mente las palabras sueltas que había balbuceado Maria Graça, comprendió lo que ocurría.

—¡Por Dios, mi niña! ¡No puede ser verdad! —exclamó, quedándose con la boca abierta.

Maria Graça asintió.

—Ocurrió una sola vez —respondió, como si eso aminorara la falta que los demás creían que había cometido. Ella jamás se arrepentiría de haberse entregado al amor de su vida.

—¿Cómo ha podido, niña? —Al severo rictus de estupor que le había transformado el rostro, le siguió un nervioso movimiento de cabeza y un par de maldiciones susurradas por lo bajo con un único destinatario.

—No culpes a Dimas, nana. Lo que sucedió entre nosotros fue maravilloso. Él no me obligó a nada, fui suya porque yo lo quise.

—¡Calle, calle, por favor! —le suplicó. No podía pensar en ello sin

que se le subieran los colores a la cara. A sus casi cincuenta años, creía que ya no se escandalizaría por nada. Era una mujer hecha y derecha que había vivido muchas cosas, sin embargo, esa pasión que percibió en los ojos vidriosos de su niña jamás la había experimentado por ningún hombre. Aunque tuviese todo el derecho del mundo en hacerlo, por el cariño que sentía por ella, no podía culparla. Maria Graça era joven e inexperta, y se había dejado avasallar por los fuertes sentimientos de un mulato que la idolatraba. Habían llegado demasiado lejos y ahora ella pagaría las consecuencias. Si esa noche don Augusto descubría que su esposa no era doncella, se desataría la tragedia.

—¿Qué es lo que haremos, Maria Graça? El señor Soares do Carvalho no puede darse cuenta de que no es su primer hombre.

La muchacha se encogió de hombros. Ignoraba qué se hacía en un caso como el suyo.

—¿En verdad él puede… notarlo?

—¡Sí, claro que sí! Los hombres lo perciben de inmediato, niña. Además, durante la primera vez, algo se rompe ahí abajo —señaló su propia entrepierna para que ella entendiera— y entonces aparece un pequeño sangrado. Cuando el señor Augusto no vea la sangre, lo sabrá de inmediato.

Atribuladas por el gran problema que tenían ente manos, se pusieron a cavilar en busca de una solución. Después de un par de minutos durante los que ninguna de las dos pronunció palabra alguna, Edileusa la miró. La expresión de alivio en sus ojos negros alejó la preocupación del rostro de Maria Graça.

—Creo que sé cómo engañar a su esposo, niña —dijo, muy seriamente—. Eso sí: tendrá que seguir mis indicaciones al pie de la letra para que nuestro plan resulte —le advirtió.

—¡Haré lo que tú digas, nana! —Si podía evitar que Augusto descubriera que ya había sido de otro, estaba dispuesta a lo que fuera.

Cuando Edileusa le pidió que por ninguna razón del mundo se moviera de allí hasta que ella regresara, Maria Graça se quedó rezando en la capilla, esperándola con el corazón en la boca.

No supo cuánto tiempo pasó arrodillada frente a la imagen de la

Virgen del Carmen, orando para que todo saliera bien. De vez en cuando interrumpía la retahíla de oraciones para mirar por encima de su hombro. Al oír que por fin la puerta se volvía a abrir, hizo rápidamente la señal de la cruz y se puso de pie. Alcanzó a su nana en el pasillo y vio que traía una pequeña bolsa de cuero entre las manos.

—Fui a ver a Adelaide. —Le faltaba el aliento y estaba toda sudorosa—. Le pedí algunas hierbas para que el señor Augusto no pueda cumplir con sus deberes maritales esta noche. —Le mostró unas hojas y luego sacó un frasco—. Es sangre de gallina. No necesito explicarle lo que tiene que hacer con ella, ¿verdad?

Maria Graça negó con un firme movimiento de cabeza.

—¿Para qué son esas hierbas exactamente, nana? —quiso saber.

—Son hojas de valeriana y dormidera. Voy a preparar un brebaje para que se lo dé al señor. Con esta cantidad, no despertará hasta mañana. Le quita la ropa, se desnuda también, y él creerá que tuvo intimidad con su merced. Cuando vea la mancha de sangre en las sábanas, no tendrá ninguna duda. ¡Menos mal que el coronel los invitó a quedarse esta noche en la hacienda, si no, no habría podido ayudarla!

Maria Graça le hubiese dado un abrazo en señal de gratitud, pero se abstuvo al ver que su nana aún no le había perdonado lo que había hecho. Por un instante había sentido la necesidad de contarle el resto de la verdad, pero decidió que era mejor seguir ocultando su embarazo. No quería seguir dándole quebraderos de cabeza a su querida negra. Con su ayuda, escondió el frasco con la sangre en el escote de su vestido mientras Edileusa se llevaba las hierbas a la cocina con la intención de elaborar un bebedizo y que estuviese listo para esa noche.

*

Augusto estaba algo aturdido. Entre la incertidumbre de desconocer el paradero de su esposa y las charlas en las cuales se veía obligado a participar, la cabeza ya empezaba a darle vueltas. Había bebido lo justo y necesario porque quería permanecer bien lúcido en su noche de bodas. Sus suegros habían dispuesto que ocupasen la habitación de

huéspedes, y a él la propuesta le vino como anillo al dedo. No deseaba regresar todavía a su hacienda, no después de lo ocurrido. Se miró las manos. Le pareció que comenzaban a temblar. Apartó esa idea de su mente y buscó a Maria Graça entre los invitados. ¿Dónde diablos se había metido? Estaba haciendo el ridículo, allí solo, mientras ella andaba quién sabe dónde y con quién. Doña Isadora aseguraba que no se sentía bien y se encontraba descansando en su habitación. Pero el tiempo pasaba y ella seguía sin aparecer. Decidió ir en su búsqueda, porque ya no podía esperarla mientras los demás también se preguntaban, con discreción, cuál había sido el destino de la flamante novia.

Su semblante se iluminó cuando la vio entrar al salón en compañía de su nana. Salió a su encuentro y, tras darle un beso en la mano, pidió que le concediera la siguiente pieza. Solo habían bailado el vals al inicio de la fiesta y deseaba volver a tenerla entre sus brazos sin que nadie se lo reprochara. Mientras llegaba la hora de hacerla suya por fin, se deleitaría con el calor de su cuerpo y su rostro angelical.

—Había empezado a preocuparme —le dijo al oído, prolongando el acercamiento para embriagarse con el perfume de su cabello. Lo llevaba recogido en un elaborado peinado de trenzas y bucles, adornado con pequeñas florcitas en la coronilla. Su cuello, despojado de cualquier pieza de joyería, era una invitación al pecado.

—Estaba en la capilla —respondió Maria Graça, haciendo un gran esfuerzo en fingir que se sentía halagada por su manera de mirarla.

—No veo la hora de estar a solas contigo, Maria Graça. —La miró directamente a los ojos. Sin darle oportunidad a esquivarle la mirada, le rozó la mejilla con el dorso de la mano. Con un movimiento más atrevido, y a la vista de cualquiera que les estuviese prestando atención, la fue deslizando hacia abajo hasta apoyarla en su costado derecho. No satisfecho con esa maniobra, empezó a acariciarle el pecho con los dedos—. Déjame —le suplicó cuando ella intentó empujarlo—. No hagas una escena delante de los invitados. Soy tu esposo y tengo derecho a hacer lo que estoy haciendo.

—No en medio del salón —le espetó, oteando a su alrededor, avergonzada de que alguien se hubiese dado cuenta de su osadía. Era

evidente que había bebido.

—Entonces vayamos a nuestra habitación para poder estar a solas.

—No deberíamos…

La protesta de Maria Graça no surtió efecto. Augusto tomó su mano y la sacó de allí tan de prisa que apenas consiguió reaccionar. Oyó el murmullo generalizado de los invitados al pasar junto a ellos. Se sonrojó al ver que algunos incluso sonreían. Buscó a sus padres mientras era arrastrada hacia las escaleras, pero ni el coronel ni doña Isadora tuvieron la intención de intervenir. Se dejó llevar para no empeorar la situación. Entraron en la habitación de huéspedes y Augusto cerró la puerta, dándole una patada. Por un segundo Maria Graça pensó que se le abalanzaría encima. Se alejó de él antes de que lo hiciera. Se tocó la parte superior del vestido en donde escondía el brebaje que había preparado Adelaide y el frasco con la sangre de gallina. Por el rabillo del ojo, vio que en una mesa de arrime alguien había dejado una botella de champagne abierta y dos copas.

—Ven aquí, esposa mía. —Augusto extendió los brazos hacia ella. Una sonrisa atrevida le curvaba los labios.

Maria Graça le sonrió. Necesitaba ganar tiempo. Se acercó a la mesa y sirvió un poco de champagne en las copas.

—Antes quisiera brindar por nuestra felicidad —dijo, asegurándose de que él no estuviese mirando. Lo espió por encima del hombro. Augusto estaba demasiado ocupado quitándose la ropa como para prestarle atención a ella. Con un sutil pero rápido movimiento, sacó el brebaje preparado por la negra Adelaide y echó unas cuantas gotas en la bebida de su esposo. Ocultó el pequeño envase en el interior de un florero y revolvió la copa para evitar que el líquido se asentara en el fondo. Cuando se dio media vuelta, Augusto ya estaba junto a ella. ¿La habría visto? Sin dejar de sonreír en ningún momento, le ofreció el champagne y propuso un brindis por ambos.

—Debemos beberlo de un solo trago para que todos nuestros deseos se cumplan —le dijo, echando la cabeza hacia atrás mientras la bebida espumosa se deslizaba por su garganta, haciéndole cosquillas.

—En este instante, lo único que deseo es verte desnuda —manifestó Augusto jugando con la copa—. Y voy a cumplirlo sin necesidad de

ningún brindis.

—Por favor… —le pidió ella mordiéndose el labio y mostrándole su copa ya vacía.

—Si me lo pides así, no puedo negarme. —Se bebió el champagne de un solo sorbo y hasta la última gota.

Maria Graça esperaba que no hubiese notado el sabor amargo de las hierbas. Como no mencionó nada al respecto, se quedó tranquila. Pero el sosiego le duró muy poco. Augusto le quitó la copa de la mano y la contempló de arriba abajo. Sus ojos verdes brillaban de lujuria. Sentía que la estaba desnudando sin ponerle un dedo encima.

—Quítate el vestido, Maria Graça —le ordenó mientras se sentaba en la cama—. Quiero ver cómo te desnudas para mí.

Maria Graça tragó saliva. Estaba aterrada, con la boca seca y las manos sudorosas. Debía dejar a un lado sus temores y seguirle el juego. No sabía cuánto tardaría el brebaje en surtir efecto, dependía de ella manejar el tiempo y evitar que la hiciera suya. Aunque se muriese de vergüenza, comenzó a deshacerse del vestido. Lo hizo muy despacio, con movimientos algo torpes que solo conseguían excitar más a su esposo. Por precaución, se había quitado el amuleto de Dimas antes de la ceremonia.

—Eres tan hermosa —musitó mientras ella deslizaba los delicados encajes por su cuerpo.

Cuando se quedó en ropa interior, se tomó primero un par de minutos para soltarse el cabello antes de desnudarse. Esperaba que su esposo quedara inconsciente antes de tener que llegar a semejante extremo. Gracias al sofisticado peinado que le habían hecho, los minutos pasaban más lentamente. Trataba de sonreír en todo momento, aunque por dentro estuviese gritando de rabia. Ese hombre que ahora la miraba con lascivia no tenía derecho a tocarla, sentía náuseas de tan solo imaginarse en la intimidad con él.

—¿Por qué estás tan callada? —le preguntó de repente, moviéndose inquieto en la cama.

Maria Graça guardó silencio. Seguía sonriendo al tiempo que las guedejas doradas iban cayendo encima de sus hombros desnudos. Peinó el cabello con sus dedos, alborotándolo un poco para lucir más

seductora. Eran argucias femeninas que jamás hubiese pensado usar en su noche de bodas con Augusto. Sabía el efecto que provocaba en un hombre mostrarse sin ningún tipo de inhibiciones. En su caso era un arma de doble filo, sin embargo, necesitaba despojarse de sus pudores y llevar adelante el plan si quería salirse con la suya. Era el turno de la ropa interior. Jugueteó un instante con los lazos de la enagua y se detuvo de repente cuando su esposo se levantó y se le acercó. Notó que le costaba mantener el equilibrio. También vio que su pantalón estaba rígido.

—Creo que bebí más de la cuenta. —Se agarró la cabeza mientras intentaba abrazarla.

Maria Graça sintió su dura excitación chocando contra su vientre. Sintió tanto asco que no fue capaz de contenerse y terminó vomitando encima de su costoso chaleco de seda.

Augusto se apartó de ella como si hubiese sido impulsado hacia atrás por un resorte. Al hacerlo, tuvo que apoyarse en la cómoda para no caer al suelo.

—¿Qué es lo que me pasa? —Tenía la mirada perdida y todo le daba vueltas a su alrededor.

—Lo siento, querido. —Maria Graça corrió hacia el otro extremo de la habitación, mojó un paño con agua y regresó a su lado para limpiar el desastre que había provocado—. Le pediré a una de las esclavas que se encargue de lavar tu chaleco y mañana lo tendrás listo.

Augusto se quejaba. Parecía que no podía hablar. Se le cerraban los ojos y apenas conseguía mantenerse en pie. Antes de que terminase desplomado en el piso, lo ayudó a llegar hasta la cama. Se dejó caer mientras continuaba gimiendo. Maria Graça comprobó que su hombría ya no le ajustaba el pantalón. El santo remedio que había preparado la negra Adelaida estaba empezando a funcionar. Esperó un tiempo prudencial mientras se ocupaba de limpiar su chaleco con el paño húmedo.

—Maria Graça… bésame —balbució, tendiéndole el brazo como si estuviese lejos e intentara alcanzarla.

Ella tomó su mano para acariciarla. Notó su piel fría. No quería darle un beso; mucho menos en la boca. Se inclinó sobre su esposo y

lo besó en la frente.

—Quiero verte desnuda —insistió, con un hilo de voz.

—Voy a complacer cada uno de tus deseos, querido —le susurró al oído. Se arrodilló a su lado y, en un santiamén, la enagua que la cubría cayó hasta su cintura. Sus pechos enhiestos quedaron expuestos. Se sintió sucia y con ganas de llorar.

Augusto tuvo el privilegio de contemplar su desnudez tan solo unos pocos segundos antes de caer preso del sopor.

Maria Graça volvió a subirse la enagua y se apartó de él rápidamente. No podía perder la calma. Lo más difícil ya había pasado. Con algún que otro empujón, logró mover el cuerpo inerte de Augusto hasta el costado derecho de la cama. Se tomó un minuto para recuperar el aliento antes de comenzar con la otra parte del plan. Cómo hubiese deseado que su nana estuviese allí, dándole una mano en una tarea tan engorrosa. Fue desnudando a su esposo despacio, por temor a que se despertara. Tomó la decisión de quitarle los calzones a último momento, al recordar las recomendaciones de Edileusa. Augusto tenía que creer que habían hecho el amor. Deslizó la última prenda por todo el largo de sus piernas y cubrió su cuerpo con las sábanas mientras miraba hacia otro lado. Luego sacó el frasco con la sangre de gallina que había escondido en el cajón de la mesita de noche y respiró hondo. Augusto dormía plácidamente, ajeno a las artimañas de su joven esposa para evitar que descubriese la verdad. Faltaba un detalle para completar la escena: el más importante. Tomó el frasco y volcó unas cuantas gotitas de sangre en la cama. Luego lo regresó a su lugar y se metió debajo de las sábanas, junto al cuerpo desnudo de su esposo. Sabía que la farsa no duraría para siempre, que no podría negarse cada vez que él la buscara en la intimidad. Pero al menos esa noche, la de su luna de miel, su secreto quedaría a salvo. Apagó las velas y apoyó la cabeza en la almohada para tratar de dormir. La pesada respiración de Augusto y los nervios que le atenazaban el estómago no le ayudaron a conciliar el sueño. No supo en qué momento se quedó dormida, pero se despertó asustada en la madrugada al sentir un peso encima de ella. Su esposo continuaba bajo los efectos del brebaje, pero se había movido y ahora la tenía

aprisionada entre sus brazos. Permaneció quieta, con su aliento caliente y hediendo de alcohol pegado a su cuello. Encomendándose a la santa, finalmente se quedó dormida.

TRECE

La claridad que se colaba a través del pesado cortinado fue lo que despertó a Augusto esa mañana. Se sentía terriblemente mareado y le costaba mantener los ojos abiertos. Cuando el aturdimiento le permitió darse cuenta de dónde estaba y con quién, sonrió complacido. A pesar de la resaca y de recordar muy poco lo que había sucedido la noche anterior, ver a su bella esposa a su lado lo resarcía de cualquier malestar. Contempló su espalda desnuda y descubrió un precioso lunar en forma de media luna a la altura de su cintura. La sábana de seda le cubría las caderas, pegándose a sus formas sinuosas. La levantó apenas un poco para deleitarse la vista con esa parte de su anatomía que las faldas amponas escondían tan bien. Trató de hacer memoria, revivir en su mente la pasión compartida hacía tan solo unas horas. Fue inútil. Por más que se esforzaba, no conseguía recordar. Supuso que, una vez pasada la resaca, los recuerdos se tornarían más claros. Se inclinó hacia ella, le apartó el cabello a un lado y la besó en el cuello. Olía a agua de rosas y sudor. Maria Graça se removió inquieta mientras murmuraba entre sueños. Acarició su hombro y su mano llegó hasta la parte baja de su espalda.

Quería despertarla y volver a hacerla suya, pero esa modorra que se había apoderado de todo su cuerpo era una clara señal de que no estaba preparado todavía. Le sopló muy cerca del oído y aprovechó que sus pechos estaban descubiertos para devorarlos con la mirada. Eran más grandes de lo que había imaginado. Tomó uno entre sus manos para sentir su peso, y cuando apretó el pezón con los dedos Maria Graça le dio un empellón que lo dejó más aturdido de lo que ya estaba.

Ella se cubrió hasta el cuello y lo miró, asustada. Recién cuando comprendió que no estaba actuando acorde a lo que su esposo creía

que había ocurrido entre ellos la noche anterior, trató de remediar la situación sin levantar sospechas.

—Lo siento, Augusto. No fue mi intención ser tan brusca —le dijo, cambiando la expresión de espanto por una sonrisa cómplice—. Acabo de tener una pesadilla y, al verte tan cerca, me asusté.

Augusto tardó unos segundos en reaccionar. Su mente todavía estaba algo embotada.

—Perdóname tú a mí, querida. No resistí la tentación de tocarte. —Se acercó nuevamente y le rozó el cabello—. Es un placer verte dormir, pareces un ángel. A propósito, ¿cómo has pasado la noche?

Maria Graça se sonrojó. Debía mantenerse en su papel, la farsa aún no había terminado.

—Por tus mejillas encendidas asumo que muy bien.

Ella asintió mientras le acariciaba la mano.

—Si esta maldita resaca no estuviese martillándome la cabeza, te haría el amor ahora mismo —le dijo, jugando con su labio inferior antes de besarla.

Maria Graça respondió al beso lo mejor que pudo. Al menos ya no olía a alcohol. Apenas Augusto se movió para acomodarse mejor, consiguió salir de la cama. Fingió que no sentía pudor alguno en mostrarse desnuda frente a él y caminó con pasos seguros hasta el armario para ponerse algo encima. Había dejado las sábanas desordenadas a propósito, con la única intención de poner delante de sus narices la evidencia tangible que confirmaba la pérdida de su virginidad. Con disimulo, lo espió por el rabillo del ojo mientras cubría su cuerpo desnudo con una bata de seda. Su esposo había reparado de inmediato en esa pequeña mancha de sangre, que era además la prueba absoluta de su masculinidad. Lo vio sonreír satisfecho, con un aire de petulancia que le provocó cierta gracia.

—¡Tengo un hambre feroz! —exclamó, sentándose en la cama. Cuando quiso ponerse de pie, un fuerte mareo lo tumbó.

Maria Graça entonces se preocupó. Si los efectos del brebaje que le había echado en el champagne no pasaban pronto, Augusto podía sospechar que no se trataba solamente de una resaca mañanera.

—Has bebido demasiado y eso no es bueno con el estómago vacío

—dijo, a modo de explicación.

Augusto esperó un momento y por fin logró levantarse sin mayor dificultad. Desnudo, se aproximó a ella y la abrazó por detrás, apoyando su miembro en las caderas femeninas.

—Cierta parte de mi cuerpo te reclama —le dijo, besando el hueco que se formaba entre el hombro y su cuello esbelto.

Maria Graça quería apartarlo de ella, evitar que se acercara de esa manera tan íntima; sin embargo, no era prudente rechazarlo apenas unas cuantas horas después de su supuesta noche de amor. Colocó sus manos sobre las suyas y dejó que continuara besándola.

—Yo también estoy famélica, querido —repuso, sonriéndole a través del espejo—. ¿Por qué no terminamos de arreglarnos y bajamos a desayunar? Mis padres y mi hermano deben de estar esperándonos.

Protestando, Augusto la soltó. No le quitó los ojos de encima mientras ella se paseaba por la habitación, preparándose para bajar. Se vistió con la muda de ropa que había traído desde su casa y estuvo listo en un parpadeo. Le sobró tiempo para verla escoger uno de sus vestidos más primorosos y cepillarse el cabello. Antes de salir, volvió a robarle un beso que dejó a Maria Graça perturbada.

—Porque no podré dártelo delante de tu familia —argumentó, sujetándola del brazo con firmeza.

Bajaron juntos las escaleras. Augusto, con el rostro irradiando de felicidad a pesar de que aún le dolía la cabeza. Maria Graça, en cambio, supo disfrazar muy bien sus verdaderas emociones detrás de una sonrisa inescrutable.

Como habían imaginado, los Esteves ya se encontraban desayunando. Maria Graça les dio los buenos días a sus padres con un beso en la frente y saludó a su hermano Alexandre abrazándolo por detrás y estampando un beso en su mejilla. Ocupó su lugar, al otro lado de la mesa, y de inmediato supo que algo no andaba bien. El semblante sombrío de su madre y el rigor en la mirada de su padre le bastaron para darse cuenta de que el culpable de esa tensión agobiante que reinaba en el comedor era su querido hermano mayor.

—¿Qué sucede? —preguntó, mirando especialmente a Alexandre.

—¡Tu hermano se ha vuelto loco! —la que levantó la voz,

olvidándose de las buenas costumbres, fue doña Isadora—. ¡Acaba de anunciarnos que ha decidido regresar a la Corte porque quiere partir con el ejército imperial para pelear en esa absurda guerra que nuestro país está librando en contra del pueblo paraguayo!

Maria Graça se llevó la mano al pecho.

—¿Es eso verdad, Alexandre?

Su hermano asintió en silencio.

Maria Graça compartía la angustia de su madre y el enojo del coronel. ¿Cómo podía irse y dejarlos con esa zozobra? Una cosa era resignarse a tenerlo lejos debido a su compromiso con la Guardia Nacional, pero otra muy distinta era saberlo en el frente de batalla.

—Usted, padre, debería comprender y aceptar mi decisión mejor que nadie —replicó el joven, buscando apoyo no en su progenitor sino en el militar retirado que había servido al imperio igual que él.

—Debería —le concedió el coronel—. Sin embargo, cuando se trata de la vida de mi hijo, no es fácil hacerlo. —Miró a su esposa y tomó su mano por encima de la mesa—. Tu madre y tu hermana no soportarían tanta tristeza, tampoco yo.

Alexandre no dijo nada. Terminó de beber su café y respiró hondo. Se tomó un instante para contemplarlos uno a uno. Era la reacción que había imaginado; por eso había esperado a que pasara la boda de su hermana para comunicarles la decisión que ya venía madurando desde hacía tiempo.

—Mi obligación con la Guardia Imperial y con don Pedro II está por encima de cualquier sentimiento de índole personal. —De pronto, se le vino a la mente la dulce belleza de Cândida Almeida. La joven lo había realmente impresionado, pero estaba a punto de casarse con otro hombre y se olvidaría pronto de ella—. Desde el día en que elegí llevar este uniforme, asumí la responsabilidad de lo que soy: un soldado al servicio de Imperio de Brasil.

El coronel Esteves no dijo nada. Doña Isadora hundió la barbilla en el pecho para esconder las lágrimas que había estado intentando retener sin éxito. Maria Graça, extendió el brazo por encima de la mesa y apretó la mano de su hermano. Le dolía su decisión porque no quería volver a perderlo; sin embargo, jamás se enojaría con él por

ello. Augusto ni siquiera había intervenido en la conversación. Conocía muy poco a su cuñado como para alentar su idea o sumarse a la disconformidad de los demás.

Resignados a la pronta partida de Alexandre, se dispusieron a cambiar de tema mientras acababan de desayunar. Edileusa, en su afán de consentir a su niña en su último día en la hacienda, se acercó a Maria Graça y le ofreció unos higos en compota para pasar el mal trago. Cuando ella los rechazó, alegando que no le apetecían porque tenía el estómago revuelto, saltó la primera señal de alarma. Su niña jamás hubiera despreciado aquel manjar que Gerarda preparaba especialmente para ella, porque los dulces eran su perdición. Estaba a punto de llenar su taza con café, pero Maria Graça la detuvo.

—¿No me traerías un té de naranjas? Me sentaría mucho mejor que un café esta mañana.

Edileusa asintió y se dirigió a la cocina. Antes de desaparecer por la puerta del comedor, observó atentamente a su niña. ¿Cómo no lo había notado antes? Aunque su figura todavía no mostraba signos evidentes de su estado, ella debería haberlo sabido. El cansancio, los mareos y ahora ese inexplicable rechazo por uno de sus dulces favoritos. ¡Y el café! Recordó que doña Isadora ni siquiera podía sentir su aroma sin experimentar ascos matutinos. Apenas entró en la cocina, tuvo que sentarse. ¡Dios Santo! ¡Su niña estaba esperando un hijo de Dimas! ¿Por qué se lo habría ocultado? ¿O acaso, en su inocencia, tampoco se había dado cuenta de lo que le sucedía?

—Edileusa, ¿estás bien? —Gerarda le rozó el hombro para atraer su atención—. ¡Has entrado por esa puerta con una expresión de espanto que creí que habías visto un fantasma!

—Un fantasma no me hubiese asustado tanto —respondió, bebiéndose de un solo sorbo el vaso con agua que le dio la cocinera.

—No voy a insistir porque sé que es inútil, pero sospecho que la que te tiene así de preocupada es la niña Maria Graça, ¿verdad?

Edileusa asintió. No podía revelar lo que sabía. El escándalo sería de proporciones catastróficas. La señorita Maria Graça Esteves, recién casada con el señor Augusto Soares do Carvalho, cargaba en su vientre el hijo de un mulato. El agua no la calmaría. Se puso de pie y buscó en

una de las alacenas. Sacó una botella de aguardiente, llenó un vaso y se lo bebió sin respirar.

Debe ser un asunto muy serio, pensó la cocinera mientras observaba con perplejidad a su amiga.

*

Dimas se despertó sobresaltado cuando la carreta se detuvo de repente. Una rueda había quedado atascada en un surco profundo del camino y era imposible continuar avanzando. Uno de los niños que viajaban a su lado lo miró con sus ojos bien abiertos. Los grilletes que tenía en las manos lo habían lastimado, y al rascarse con sus uñas llenas de tierra no hacía más que empeorar los cardenales, que estaban en carne viva. Dimas no podía comprender qué necesidad tenían de esposarlo de esa manera cuando no era más que un niño flacucho y temeroso que no causaría ningún problema.

—¿Cómo te llamas?

El pequeño buscó refugio en el regazo de la mujer que estaba sentada detrás de él. Intuyó que se trataba de su madre.

—Se llama Benito —respondió la mulata mientras acariciaba la cabeza moteada del asustadizo muchachito. Luego señaló al otro niño —. Y él es Donato, su hermano gemelo.

Dimas les sonrió.

—Mi nombre es Dimas. Un placer conocerlos. —Extendió el brazo hasta donde las cadenas se lo permitieron, pero ninguno de los dos niños aceptó su saludo amistoso.

—Soy Catina —dijo la mujer, devolviéndole la sonrisa.

Todos guardaron silencio cuando uno de los hombres se acercó y le hizo señas a Dimas de que se bajara de la carreta.

—Eres un hombre fuerte. —Le dio unos cuantos golpecitos en la espalda con la punta de su chicote—. Necesitamos que repares la rueda para poder retomar nuestra travesía. ¡Bájate! —le gritó, al ver que Dimas no se había movido ni un ápice.

De mala gana, más por el maltrato que por el hecho de tener que ayudarlos, Dimas agachó la cabeza y obedeció. El sujeto que lo había ido a buscar se reunió con el conductor de la carreta, dejándolo solo.

No era mucha la distancia que había entre él y los dos hombres. Oteó por encima de su hombro, estudiando concienzudamente el lugar. El sendero estaba rodeado por un espeso monte y no había señales de ningún caserío cerca. No hacía mucho que habían salido de Campinas. ¿Y si Maria Graça todavía no se hubiera casado? Quizá todavía estaba a tiempo de rescatarla de una boda indeseada. Evaluó qué posibilidades tenía de huir mientras se afanaba en reparar los ejes de la carreta. Cuando comprobó que sus carceleros estaban armados, comprendió que sería una acción temeraria. Miró a la mulata y a sus dos hijos. ¿Tenía derecho a poner en riesgo sus vidas por causa de un amor que ya había dado por perdido? ¿Por qué no se resignaba a lo que le había tocado vivir? La dolorosa respuesta a esa incógnita impidió que se fugara. Terminó de arreglar la rueda y volvió a ocupar su sitio en la parte trasera de la carreta. De un manotazo, se enjugó un par de lágrimas rebeldes que se deslizaron por sus mejillas y, aprovechando que los niños habían bajado la guardia, se congració rápidamente con ellos, contándoles una de las tantas leyendas que había oído de labios de su abuelo.

*

La hora de la despedida se acercaba y Maria Graça no podía hacer nada para contener las lágrimas. Aunque la hacienda de los Soares do Carvalho estaba a tan solo unos pocos kilómetros de distancia, la idea de empezar una nueva vida lejos de su familia le provocaba una gran congoja. Como si fuera poco, debía decirle adiós a su hermano con la inquietante certeza de que partiría muy pronto al frente de batalla.

Su padre intercambiaba opiniones con su Augusto, y Alexandre los escuchaba. Doña Isadora fingía hacerlo, pero estaba tan contrariada como ella. Maria Graça terminó de beberse el té de naranja, y cuando Augusto anunció que estaba todo pronto para marcharse se acordó de que se había olvidado su rebozo en la habitación de huéspedes. La prenda de abrigo fue la excusa perfecta que encontró para estar un momento a solas y llorar a sus anchas sin que nadie la viera. Subió los peldaños despacio, asiéndose con firmeza del pasamanos, por temor a que uno de los tantos vahídos que la asaltaban durante las horas de la

mañana la tomara por sorpresa. Un paso en falso y terminaría rodando escaleras abajo. Se detuvo un momento en el rellano al oír la voz de su padre. No alcanzó a entender lo que decía, pero a juzgar por el tono enérgico con el que hablaba debía de estar tratando de animar a su madre. El coronel podía ser un hombre severo a veces, sin embargo, sentía debilidad por su esposa. Nunca los había visto discutir, al menos en público, y alguna que otra vez había sido testigo de una caricia cariñosa o una mirada cargada de ternura. Esperaba que su matrimonio con Augusto fuese la mitad de feliz que el de ellos. Entró a su habitación y se dejó caer en la cama con desgano. Deseaba poder quedarse allí y que nadie la obligase a abandonar la casa en la cual había sido tan feliz. Permaneció recostada con los ojos cerrados mientras apretujaba la almohada contra su pecho. Respiró hondo para embriagarse los sentidos con el olor a jazmines que desprendía la funda de algodón. Su nana procuraba con gran esmero que la esclava encargada del lavado de las sábanas las perfumase siempre con pétalos de flores. Así, un día su cama olía a jazmines, al siguiente a lavanda o a rosas. Era un detalle que sin duda extrañaría en su nueva vida de casada. Dio un respingo cuando de repente la puerta se abrió y Jandiara irrumpió en la habitación hecha una furia.

—¡A usted la estaba buscando!

Maria Graça alcanzó a ponerse de pie antes de que la esclava se le echase encima.

—¿Qué quieres, Jandiara? ¿No te bastó con todo el mal que causaste? —la increpó, escudándose detrás de la cama. Vio desesperada que la morena se aproximaba a ella con la clara intención de lastimarla.

—¡Por su culpa, el amo vendió a Dimas en el mercado de esclavos y ya nunca volveré a verlo! —Los ojos de Jandiara lanzaban chispas. Tenía un brazo levantado en un gesto amenazante y las piernas bien abiertas, dispuesta a atacarla en cualquier momento.

Maria Graça no podía creer tanta desfachatez.

—¿Mi culpa? ¡No es posible que me eches en cara lo que pasó después de que fuiste tú la que habló con mi padre, contándole la verdad! —Había levantado la voz, pero no le importó. Quería que

comprendiera de una buena vez quién había perdido más por causa de sus celos enfermizos—. ¡Si Dimas hoy no está aquí, entre nosotras, es porque no has sido capaz de mantener la boca cerrada, Jandiara! ¡Querías apartarlo de mí, pero te salió el tiro por la culata! ¡Dimas no volverá a ser mío y ahora nunca será tuyo!

—¡Maldita zorra blanca!

Jandiara se abalanzó sobre Maria Graça y, de un fuerte empujón, logró tirarla al suelo. Se montó a horcajadas encima de ella y comenzó a abofetearla. Maria Graça intentó quitársela de encima, pero la negra, de muslos firmes, la tenía aprisionada bajo su cuerpo. Cuando las manos mojadas de sudor de Jandiara se posaron alrededor de su cuello, Maria Graça se retorció desesperada para evitar que terminase estrangulándola. Le arañó los brazos para liberarse, pero la esclava parecía estar dotada de una fuerza maligna y la sometía salvajemente sin darle siquiera la oportunidad de luchar. Quiso pedir ayuda, pero el grito se quedó enterrado en su garganta. En un instante de distracción, mientras Jandiara se incorporaba un poco para acomodarse mejor sobre ella, Maria Graça pudo atestarle un rodillazo en la cintura que la hizo tambalearse hacia un lado. Fue apenas una breve pausa que le permitió apartar a la esclava de un manotazo. Jandiara se secó el sudor de la frente y se tomó unos segundos para recuperar el aliento. Alzó su cabeza y la miró.

—Mereces pagar por lo que has hecho. —Su voz había perdido fuerza, sin embargo, sus ojos destellaban de odio.

Maria Graça, con la espalda apoyada en la mesita de noche, levantó las piernas y se las llevó al pecho en su afán de proteger a la criatura que crecía en su interior.

—Lo único que hice fue amar a Dimas —musitó con el rostro bañado en llanto.

—No vas a conmoverme con tus lágrimas —le advirtió Jandiara, poniéndose de pie—. ¡El dolor que yo siento en mi corazón no se va a aliviar con tus estúpidas lágrimas!

Maria Graça le sostuvo la mirada, desafiante.

—¿Qué quieres que haga para calmar tu aflicción?

—Quiero que te mueras.

—No puedes matarme, Jandiara —aseveró, acariciándose el vientre—. En mis entrañas llevo el fruto de mi amor. Te mancharías las manos con nuestra sangre, la sangre de un ser inocente que no es culpable de nada.

La revelación de Maria Graça dejó a Jandiara sin reacción. Se quedó mirándola, como si no fuese capaz de comprender lo que acababa de oír.

—No es cierto.

—Es la verdad. Estoy esperando un hijo de Dimas —respondió Maria Graça sin dejar de cubrirse el vientre con las manos.

Jandiara retrocedió unos pasos. El odio y el deseo que tenía de lastimarla no habían desaparecido. Apretó los puños. Contempló su propio vientre, seco y estéril. Adelaide le había vaticinado que ella nunca sería tierra fértil para fecundar una semilla. Sintió un deseo enorme de llorar por su desdicha, que ahora, frente a la preñez de la joven ama, se hacía más evidente y dolorosa. Tragó saliva y alzó la barbilla en un gesto beligerante.

—Esa criatura que Dimas sembró en sus entrañas será vuestra desgracia —afirmó corroída por la envidia—. No necesito manchar mis manos con su sangre, señorita. El día que ese bastardo nazca, su merced recibirá por fin lo que merece. El daño que me causó será bien pagado cuando el hombre que la desposó vea la piel de la criatura y descubra su traición. —Se dio media vuelta y se alejó.

Maria Graça la observó dirigirse hacia la puerta sin inmutarse. La sentencia que acababa de pronunciar Jandiara le heló la sangre. Después que la puerta de la habitación se cerró, permaneció unos minutos en el suelo recuperándose de la impresión, mientras las palabras de la esclava retumbaban en sus oídos. Nunca había sido supersticiosa. Aunque sabía que muchos de los esclavos de la hacienda practicaban ceremonias paganas y hacían ofrendas a sus dioses africanos lejos de la vigilancia de los caporales, ella no temía a sus costumbres. El destino que le aguardaba junto a su hijo sería revelado el día de su nacimiento. Tomó el amuleto que colgaba de su cuello y lo miró con esperanza.

Dimas, desde donde sea que estuviera, velaría por ellos.

Estaba absolutamente segura.

CATORCE

Augusto observaba a su esposa con insistencia. Había percibido que algo la inquietaba. Se había sumido en un hermético silencio desde el preciso momento en que abandonaron la hacienda de su familia. Quería creer que esa apatía repentina era a causa de tener que alejarse de sus padres y de su hermano.

—Todo estará bien, querida —le dijo, pasándole el brazo por encima del hombro para atraerla hacia él—. Podrás visitarlos cuando te plazca. Mis suegros y mi cuñado serán siempre bienvenidos en La Aurora.

Maria Graça asintió. Por más que él intentase darle ánimos, ella sabía que ya nada volvería a ser lo mismo. Estaba sola. Ni siquiera contaba con la compañía de su querida Edileusa, porque Augusto se había opuesto a que su nana se mudara con ellos, alegando que en su hacienda había esclavas suficientes para ocuparse de su esposa. Por supuesto, ante semejante planteo, ni el coronel ni doña Isadora tuvieron el valor de confrontar a su yerno por un asunto de índole doméstico. Cuando ella trató de dar su opinión, fue la propia Edileusa la que dijo que acataba la voluntad del señor Soares do Carvalho. Con la promesa de que iría a visitarla siempre que sus padres le dieran permiso, Maria Graça también aceptó la decisión de su esposo.

—Voy a dedicar cada minuto de mi vida a hacerte feliz, Maria Graça —musitó Augusto hundiendo la nariz en su cabello.

Ella quería aferrarse a esa promesa para recordársela el día que la verdad, que ahora callaba, saliera finalmente a la luz. Apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos. Por su bien y el de su matrimonio, trataría de hacer un hueco en su corazón para ese amor que Augusto le ofrecía. Después de haber amado a Dimas con tanta pasión, dudaba que alguien pudiese ocupar su lugar. Al menos lo intentaría.

—Ya estamos llegando —le dijo mientras apartaba la cortina para contemplar el paisaje—. Mi padre envió a sacrificar un borrego para agasajarnos en nuestro primer almuerzo en la hacienda.

Maria Graça se sentía abrumada por tantas atenciones que no creía merecer. Dejó que un profundo resuello escapara de su garganta y prestó atención al camino bordeado de árboles que conducía a la casa principal. Le llegó un murmullo lejano, como el de un cántico de lamentos, y de inmediato notó el cambio de actitud de su esposo.

—¿Qué sucede? —le preguntó, estirando el cuello para descubrir a qué se debía tanto alboroto.

—No quería contártelo para no opacar tu llegada a la hacienda, querida —respondió Augusto, haciendo un gran esfuerzo para evitar que presenciara la escena que se desarrollaba a varios metros de allí —. Ayer han encontrado muerta a una de nuestras esclavas.

El rostro de Maria Graça se puso blanco.

—¿Muerta? —Su esposo asintió—. ¿Cómo murió? —quiso saber.

Augusto se aclaró la garganta.

—La pobre desgraciada decidió acabar con su vida y apareció ahorcada en uno de los graneros —dijo, sin mostrar ninguna emoción —. Mi padre, en un acto de caridad, permitió que los negros celebraran una ceremonia para despedir sus restos. La esclava será sepultada en una parcela de la hacienda, lo más alejada de la casa, por supuesto.

—¿Era joven?

—¿Por qué tanto interés en una esclava que ni siquiera llegaste a conocer? —inquirió Augusto, asediado por las preguntas de su esposa. Preguntas que comenzaban a incordiarlo.

—Es que me causa mucha impresión que alguien haya tomado una determinación tan drástica. —Mientras hablaba, espiaba a través de la cortina entreabierta hacia el sitio en donde la esclava estaba siendo despedida por su gente.

—Era una de las esclavas más jóvenes —contestó finalmente Augusto, esperando saciar la curiosidad de su esposa.

Maria Graça no dijo nada. La tragedia de esa pobre muchacha la había dejado sin palabras. Recordó entonces a la esclava que se le

había acercado durante una de sus visitas a La Aurora. La misma que le había advertido sobre el hombre con el cual estaba a punto de casarse. Apenas tuviese la ocasión, la buscaría para que le aclarase qué le había querido decir exactamente. Cuando la volanta se detuvo frente a la imponente mansión de dos plantas, Augusto la ayudó a descender y en seguida se encontró entre los brazos de su suegro. Don João Soares do Carvalho, fiel a su constante amabilidad, le dio formalmente la bienvenida y le otorgó el título de "señora de La Aurora".

Apenas puso un pie en el vestíbulo, una esclava regordeta y de sonrisa fácil le hizo una reverencia exagerada al tiempo que agachaba la cabeza.

—Bienvenida, *sinhá* Maria Graça.

—Nuera querida, ella es Amaranta y a partir de hoy estará exclusivamente bajo tu servicio. Es una de nuestras mejores esclavas y no tendrás queja alguna de ella —le garantizó don João—. Te asistirá en todo lo que necesites.

—Su merced no tendrá ninguna queja de esta negra —manifestó Amaranta, retorciendo el delantal entre sus manos con nerviosismo.

—No lo dudo, Amaranta. —Maria Graça le sonrió. Era reconfortante tener a alguien tan servicial a su lado mientras se acostumbraba a su nueva vida. La muchacha le había caído simpática y eso era un muy buen comienzo. Le pidió que le mostrara dónde quedaba su habitación y lo primero que hizo fue expresarle su deseo de darse un baño de tina antes del almuerzo. La verdad era que necesitaba un momento a solas, lejos de las miradas ardientes de su esposo y de la labia zalamera de su suegro.

—Ve tranquila, querida. —Augusto le dedicó una sonrisa indulgente y se dirigió junto a su padre hacia el despacho para beberse una copa.

La habitación matrimonial era una de las más luminosas de la casa gracias al enorme ventanal que daba al balcón. Aunque era evidente que no había sido utilizada en mucho tiempo, se habían esmerado en dejarla en las mejores condiciones para hacer de la estancia un rincón de lujo dentro de la antigua mansión.

—¡Es hermosa! —exclamó Maria Graça acariciando los cortinados

de brocado color azul que combinaban con la colcha y los cojines de la cama.

—Era la antigua habitaciones de huéspedes —le informó Amaranta, entrando en confianza—. La difunta *sinhá*… decía que parecía el *posento* de una reina.

—Aposento —la corrigió María Gracia, aguantando la risa.

—Eso mismo. —Amaranta se avergonzó de su error—. Cuando venían visitas, la *sinhá* no quería que nadie durmiera aquí. Discutía con el amo y él terminaba cediendo a sus caprichos. Se llamó habitación de huéspedes, pero permanecía siempre vacía. Su esposo mandó a abrir las ventanas y exigió que estuviese en perfectas condiciones para instalarse con vuestra merced, asegurando que ese sería el deseo de su madre si ella viviera.

—Es difícil no sentirse una reina en una habitación así —comentó Maria Graça recorriendo cada rincón con interés. No había ni una sola mota de polvo y el piso de madera parecía recién lustrado.

—¿Va a tomar su baño ahora, *sinhá* Maria Graça?

—Sí, por favor.

Amaranta pasó junto a ella y se paró al lado de un biombo. Detrás, había una tina de madera y en un estante, frascos con sales perfumadas y paños de diversos tamaños para secarse.

—Iré a buscar el agua caliente. —Se detuvo a mitad de camino—. ¿O prefiere que la ayude primero a quitarse la ropa?

—No hace falta, Amaranta. Ve por el agua.

Antes de que la esclava abandonara la habitación, la llamó por su nombre.

—Cuando llegamos a la hacienda, vimos que un grupo de esclavos entonaba un cántico muy triste.

Amaranta no la dejó terminar la oración. Cerró la puerta y la miró.

—Una amiga muy querida murió anoche —le dijo, apenada mientras se mordía el labio—. Después de tanto sufrimiento, por fin encontró la paz.

—Augusto me dijo que se quitó la vida.

Amaranta guardó silencio.

—Eso es lo que dicen.

—¿No fue así?

Otra vez el silencio.

—Ya no siga haciendo preguntas, *sinhá* Maria Graça. A veces, es mejor que la verdad quede enterrada en el pasado, junto con los muertos.

En ese preciso instante, la puerta se abrió de repente y apareció Augusto. Ambas se quedaron calladas, pero en el rostro de Amaranta se vislumbraba el miedo.

—Iré por el agua.

Maria Graça fue testigo de cómo Amaranta desaparecía de su vista en un solo parpadeo. Parecía que huía del mismísimo demonio. Le vino a la mente la advertencia que le había hecho una de las esclavas al referirse a su esposo. Sacudió la cabeza para quitarse esos pensamientos que no hacían más que aumentar su angustia.

—El baño puede esperar, querida —manifestó Augusto cerrando la puerta. Luego se dio media vuelta y la contempló con deseo—. Al menos que quieras compartir la tina conmigo.

La sugerencia la hizo sonrojarse. Intentó decir algo, pero solo consiguió tartamudear. No supo qué hacer cuando Augusto se le acercó y la tomó entre sus brazos.

—Quiero hacerte el amor ahora mismo —le confesó mientras le deslizaba el vestido por los hombros—. Todavía falta un poco para la hora del almuerzo y planeo aprovechar el tiempo de la mejor manera.

Se suponía que ya habían compartido intimidad, aun así, se quedó petrificada, observando con los ojos bien abiertos cómo las hábiles manos de su esposo la despojaban de tantas telas.

—Augusto, ¿qué va a pensar tu padre? Además, Amaranta puede regresar en cualquier momento —argumentó, rogando para que la esclava apareciera por la puerta y la salvara de aquella imprevista situación.

Él hizo caso omiso a su comentario para dedicarse a desatar los lazos del corsé. La rígida tela fue cediendo bajo sus dedos hasta que el torso femenino quedó completamente desnudo. Primero la disfrutó con la vista, absorbiendo en sus retinas la blanca redondez de sus pechos y las aureolas rosadas. Aunque ya la había hecho suya la noche

anterior, el alcohol que había bebido en la fiesta había nublado sus recuerdos. Era como si la contemplase por primera vez, y esa sensación lo excitaba sobremanera. Suspiró hondo y apartó la mirada apenas un segundo para mirarla a los ojos. El rubor en sus mejillas y esa actitud inocente no hacía más que enardecer sus sentidos. Ignoraba si estaba enamorado de ella, sin embargo, de una cosa estaba seguro: la deseaba con locura. La tomó por sorpresa de la cintura y la obligó a girarse sobre sus talones para pegarla a su cuerpo. Su entrepierna se tensó al entrar en contacto con las caderas de la joven. Mientras que con una mano la empujaba hacia su acuciante erección, con la otra se puso a juguetear con sus pezones. Los apretaba y estiraba para sentir cómo se iban endureciendo entre sus dedos.

Maria Graça cerró los ojos. El miedo y el pudor eran una barrera infranqueable que no le permitían dejarse llevar por el deseo. Ella había conocido la pasión en los brazos de Dimas. Ahora, otro hombre la tocaba donde él lo había hecho y no quería sentir ni traicionar el amor del único hombre al que amaba y siempre amaría. Por eso, para poner fin a su tormento, permaneció en silencio sin abrir los ojos. Porque cuando lo hiciera vería que esas manos que provocaban que ciertas partes de su cuerpo cedieran ante el placer no eran de piel oscura. Esa boca que minaba de besos ardientes su cuello no era la de su adorado Dimas. Necesitaba aferrarse a esos momentos que habían compartido la única noche en la que se amaron para poder soportar las caricias de su esposo. No opuso ninguna resistencia cuando él la recostó sobre la cama, le levantó la falda del vestido y con un rápido movimiento se deshizo de los calzones. Continuaba con los ojos cerrados para evitar enfrentarse a esa realidad que nunca había deseado, pero a la que debía someterse sin derecho alguno a protestar. Augusto buscó su boca y la besó con frenesí. Interrumpió el beso para apoderarse de sus pechos, mientras que Maria Graça intentaba recobrar el aliento. Imaginándose que era Dimas, enredó los dedos en el cabello de su esposo, atrayéndolo más hacia ella. Su apasionada reacción fue muy bien recibida por Augusto, quien ya estaba ocupándose de bajarse los pantalones para liberar su masculinidad. Enceguecido por una pasión que lo devoraba, los ahogados gemidos

de su esposa fueron música para sus oídos. No le importó que ella no abriera los ojos, no cuando respondía a sus caricias con tanta entrega. La sujetó de las caderas con fuerza durante la primera embestida. Luego, cuando sus cuerpos comenzaron a seguir un balanceo rítmico, le levantó las piernas para que las apoyara en sus hombros. De esa manera, los embates ganaron muy pronto en intensidad. Augusto se detuvo al ver las lágrimas en sus mejillas.

La tomó del mentón para hacerla reaccionar. Necesitaba que lo mirara a los ojos. ¿Por qué demonios estaba llorando?

—¿Qué te sucede? —La increpó, agitado—. ¡Mírame cuando te hablo!

Maria Graça se resistía a obedecer. Sabía que en el preciso instante en el cual abriera los ojos y viera el rostro del hombre que aún yacía en su interior la pesadilla se convertiría en realidad. La imagen de Augusto borraría de un plumazo la de su amado Dimas.

—Lo… lo siento —balbuceó, tratando de que la soltara. Quiso voltear la cabeza para no tener que verlo, pero él no se lo permitió. En un acto instintivo, se aferró al amuleto.

—¿Qué significa esa piedra que llevas en el cuello? —la interrogó, desconfiado.

—Me la obsequió mi nana cuando era pequeña —mintió.

Augusto, poseído por la pasión, le creyó. Presionó la parte baja de su rostro para obligarla a mirarlo mientras arremetía de nuevo contra su cuerpo tembloroso.

Furioso porque ella seguía lloriqueando, la besó. Lo hizo con tanta vehemencia que su labio inferior empezó a sangrar. Las violentas embestidas, cargadas de rabia, la estaban lastimando. Augusto, eufórico, alcanzó el tan ansiado clímax mientras Maria Graça gemía de dolor. Se apartó con brusquedad y recogió parte de su ropa del suelo. Ella permaneció inmóvil, con la boca sangrando y la mirada perdida en un punto imaginario. Se cubrió los pechos con los brazos cuando se dio cuenta de su propia desnudez y encogió las piernas, buscando desaparecer.

Augusto se acomodó el cabello y observó la imagen de su esposa reflejada en el espejo.

—Espero que no se vuelva a repetir —le advirtió—. No me gusta que mi mujer no me obedezca en la intimidad.

Maria Graça asintió.

—Así me gusta, querida. Nos vemos en el almuerzo. —Le dedicó una última mirada y salió de la habitación dando un portazo.

*

Resende, provincia de Río de Janeiro

Por más que lo intentase, Dimas no alcanzaba a abarcar en su totalidad, la enorme parcela de tierra que se extendía delante de sus ojos. Según había oído mencionar en la subasta, su nuevo amo, un acaudalado latifundista que se dedicaba a la agricultura, poseía una de las haciendas más grandes de toda la provincia. Bastaba echar un vistazo al paisaje que los rodeaba para comprobar que el autor de esa afirmación no se había equivocado. Benito y Donato, embelesados por el lugar, estaban boquiabiertos. A su lado, Catina se mostraba cautelosa. Después de haber vivido durante tantos años en la misma hacienda, no sentía más que miedo a lo desconocido. No solo por ella, sino por sus dos hijos. Tras la muerte de su padre, había jurado defenderlos con uñas y dientes de cualquiera que quisiera hacerles daño. Los pequeños gemelos eran la razón de su existir y nadie jamás la separaría de ellos.

La carreta se detuvo frente a una casona de dos plantas, emplazada en una loma poco empinada cubierta de hierba recién cortada. Un frondoso jardín, con flores de vivos colores, la engalanaba de punta a punta.

—¡Bajen! —Estaban tan absortos en contemplar cada detalle del lugar que no oyeron al capataz acercarse.

Dimas, Catina y los niños saltaron de la carreta y se pusieron en fila.

—El patrón saldrá enseguida para conocerlos —le anunció, levantando el brazo en dirección a la casa—. El señor Gonçalves es un hombre muy ocupado, pero le gusta examinar a las nuevas piezas con sus propios ojos.

Los cuatro asintieron. Ese hombre, de barriga prominente y espesa

barba blanca, les infundía un gran temor; sobre todo a Catina. Había notado la manera en que la miraba, y eso le provocaba escalofríos.

Estuvieron esperando al rayo de sol casi una hora. Los grilletes que aprisionaban sus tobillos se habían calentado y le escocían la piel. Cuando por fin el amo se dignó a aparecer, estaban sudorosos, con los labios secos y los cuerpos encorvados.

El tal señor Gonçalves era un hombre de altura pronunciada y de extrema delgadez. Incluso Dimas, que también era alto, tuvo que erguir la cabeza para poder mirarlo. Llevaba un ridículo monóculo sobre el puente de la nariz que utilizaba para examinarlos con cuidado.

—Le traje las piezas más valiosas, patrón.

El señor Gonçalves lo mandó a callar mientras se inclinaba un poco hacia adelante para observar a los niños.

—Son como dos gotas de agua —comentó sorprendido.

—Somos gemelos, señor. —Quien se atrevió a abrir la boca fue Donato. El hecho de haber abandonado primero el vientre de su madre le otorgaba el título de “hermano mayor”.

—¿Cuál es tu nombre, jovencito?

—Me llamo Donato, señor. —Le puso la mano en el hombro a su hermano—. Y él es Benito.

—Son mis hijos —intervino Catina, temerosa de que los niños recibieran un castigo por hablar cuando nadie les había permitido hacerlo.

—¿Y él es tu esposo? —quiso saber, señalando a Dimas con la punta de su bastón.

—No, señor. Soy viuda —respondió, mirando a Dimas de reojo. Notó que a él también la confusión lo había incomodado.

—Se ven fuertes y sanos —manifestó, satisfecho.

—El mulato sabe leer y escribir, patrón —le informó el capataz, sabiendo que ganaría quizá alguna moneda extra por haber conseguido una pieza tan valiosa.

—¿Es eso verdad? —Henrique Gonçalves lo miró expectante, aguardando su respuesta.

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Dimas.

—¿Quién tuvo la osadía de enseñarte? Eres el primer esclavo que conozco que fue instruido.

A Dimas se le hizo un nudo en la garganta al recordar las tardes de paseo con Maria Graça entre libros y arrumacos.

—La hija de mi antiguo amo.

—¿A quién le pertenecías antes de que mi capataz te comprase en la subasta de esclavos?

—Al coronel Esteves. Un hacendado cafetalero de la ciudad de Campinas.

—He oído hablar de él, aunque no lo conozco en persona. —Se llevó la mano al mentón y arrugó la frente—. Me pregunto por qué razón se habrá deshecho de un esclavo con tus características. No solo eres un muchacho fuerte y bien plantado, también sabes de letras.

Dimas no le respondió. Aunque lo mandase a azotar, no le debía ninguna explicación.

—No importa —dijo, restándole importancia al asunto. Luego se dirigió al capataz—. Everaldo, la mulata y los niños servirán en la casa grande. Llévalos a la cocina para que se pongan a la orden de Má Licha.

—A sus órdenes, patrón.

—Pero primero quítales las cadenas.

El capataz liberó a Catina y a sus hijos de ese flagelo de hierro que les había quemado la piel y después hizo lo mismo con Dimas.

Cuando se quedaron a solas, Henrique Gonçalves miró al esclavo. Se mostró dubitativo.

—Eres fuerte para trabajar en la plantación de frutales, sin embargo, necesito alguien que me ayude a llevar las cuentas de la hacienda. Supongo que sabes sumar y restar.

Dimas asintió.

—Mi vista se deteriora cada día más y mi hijo ni siquiera me escucha cuando le insisto en que abandone la Corte para venirse a vivir aquí. —Negó con la cabeza en un gesto de resignación—. Estarás un mes a prueba, muchacho. Si en ese período me demuestras que

puedo confiar en ti, conservarás tu lugar en la casa grande.

Dimas, incrédulo, tardó en reaccionar. Era más de lo que hubiese soñado. Después de trabajar toda su vida en la labranza, ahora se dedicaría a las cuentas. Cambiaría la azada por la pluma. Y eso se lo debía a su adorada *sinhazinha*.

—Hay una habitación disponible en el área de los criados. —Llamó a uno de los esclavos para que le enseñara el camino—. Lávate un poco para quitarte el polvo del camino; te espero en media hora en mi despacho.

Dimas asintió. Entró a la casa grande y, al pasar por la cocina, oyó la risa estridente de los gemelos. Y él, por primera vez desde que había sido arrancado de sus raíces, también se permitió sonreír.

*

Maria Graça apartó la vista un momento del libro que estaba leyendo para observar el sendero. Un carruaje se acercaba a la casa grande. Tuvo que cubrirse la frente porque el reflejo del sol no le permitía distinguir de quién se trataba. El corazón le dio un vuelco en el pecho al reconocer al cochero de su familia. Abandonó la lectura de inmediato y se acercó al borde de la escalera. Aunque había intentado concentrarse en la lectura, llevaba casi toda la tarde sentada en la galería mientras Augusto y su suegro recorrían la plantación.

Cuando la volanta se detuvo, su hermano Alexandre descendió con la gallardía de un jinete. Luego lo vio darse media vuelta y la cabeza de su nana se asomó a través de la puerta del carruaje. Bajó corriendo la escalera para darles la bienvenida. Se perdió en los fuertes brazos de su hermano y se emocionó en el hombro de Edileusa mientras se recuperaba de la grata sorpresa.

—¿Cómo se encuentra, mi niña? —quiso saber la negra, escudriñándola con sumo cuidado. Con disimulo, para que el joven Alexandre no se diera cuenta cuál había sido su verdadera intención al pedirle que la llevara con él, bajó la mirada hasta la cintura de Maria Graça y le bastó apenas unos segundos para saber que ese vestido que llevaba solía quedarle más holgado.

—Ahora que los veo, mucho mejor —contestó con una sonrisa—. No

los esperaba tan pronto.

—El niño Alexandre ha venido a despedirse —soltó Edileusa.

Alexandre le dirigió una mirada acusadora.

—Quería decírselo yo, nana.

—¿Te vas? —Maria Graça no concebía la idea de que su hermano volviera a dejarla. Precisamente ahora, cuando más lo necesitaba.

—Parto mañana temprano hacia la Corte. No deberías sorprenderte, *Pajarito*. Después del anuncio del otro día, sabías que me marcharía de Campinas de un momento a otro. Ya no tiene caso posponer mi partida; querías que estuviera en tu boda y cumplí tu deseo, pero ya debo irme.

Maria Graça suspiró. Lucía tan atractivo con su atuendo militar. Ella, que había aprendido a detestar ese uniforme azul con vivos rojos, ahora tenía que reconocer que su hermano sabía llevarlo con mucha elegancia.

—¡Te voy a extrañar tanto! —Se arrojó de nuevo a sus brazos y las palabras de consuelo no evitaron que se pusiera a llorar.

—¿Por qué no entramos así saludo a mi cuñado? —sugirió Alexandre, mostrándose entero, aunque sintiera la misma tristeza por tener que separarse de su hermana pequeña.

—Augusto y don João no se encuentran en la casa. Después del almuerzo salieron a recorrer los cafetales. Yo he estado sola todo este tiempo entreteniéndome con la lectura e intentando retomar mis bordados sin éxito.

—Está algo acalorada, niña —comentó Edileusa.

—Estoy bien, nana. No te preocupes por mí. —Se prendió del brazo de su hermano y juntos entraron a la casa, seguidos muy de cerca por la negra.

Maria Graça mandó a servir un refrigerio en el salón y comenzó con un implacable interrogatorio que ni Alexandre ni Edileusa consiguieron evadir. Era verdad que quería saber cómo se encontraban sus padres ahora que “la niña de sus ojos” ya no estaba a su lado; sin embargo, terminó preguntando por Dimas. Se dejó abatir por la angustia cuando no supieron qué decirle. Lo único cierto era que había sido vendido a un hacendado que vivía al sur de la

provincia de Río de Janeiro. Información demasiado vaga como para conocer su paradero.

—Olvídate de Dimas, Maria Graça —le aconsejó Alexandre por su propio bien—. Procura ser feliz en tu matrimonio y ya no pienses en él; no tiene sentido. Dimas pertenece al pasado y seguramente ya no volverás a verlo.

Maria Graça asintió solo para complacerlo. Ya nunca podría olvidarse de él.

—¿Me lleva a conocer su alcoba, niña?

El pedido de Edileusa no desconcertó a Alexandre. Maria Graça, en cambio, tuvo la sensación de que buscaba una excusa para estar a solas con ella.

—Claro, nana. Ven conmigo.

—Yo mientras voy a recorrer la hacienda —anunció Alexandre, saliendo del salón junto a ellas—. Quizá me encuentre con tu esposo y don João por el camino.

Maria Graça condujo a Edileusa a la planta alta y le abrió la puerta de su habitación.

—Es bonita —dijo, observando cada detalle.

Los ojos de Maria Graça se posaron en la cama en donde Augusto la había hecho suya esa misma mañana y se estremeció.

La negra percibió su reacción.

—Mi niña, sé que hay algo que la atormenta y no pienso irme de aquí hasta que me lo cuente. —Le tomó la mano y se la frotó entre las suyas hasta calentársela. Lo hacía cuando de niña necesitaba de consuelo.

Maria Graça no se animaba a mirarla a los ojos, pero le agradeció el gesto.

—Tengo ciertas sospechas sobre eso que provoca que no pueda enfrentar la mirada de su nana —repuso, curvando los labios en una sonrisa comprensiva—. Siempre me ha contado todo, niña. ¿Qué se lo impide ahora? ¿Acaso ya no confía en esta negra?

—No, nana, no es eso. Eres la persona en la que más confío, es solo que… no te va a gustar oír lo que tengo para decirte.

Maria Graça atinó a darle la espalda, pero con un rápido

movimiento Edileusa la detuvo. Colocó su mano en el vientre de la muchacha y respiró hondo antes de hablar con ella.

—Está esperando un hijo de Dimas.

Maria Graça asintió.

Por un instante ninguna de las dos dijo nada. Era como si el peso de la verdad que se acababa de revelar entre ambas les impidiera poner en palabras aquello que sentían. Bajo otras circunstancias, la noticia habría sido causa de una gran felicidad y habrían llorado de emoción; sin embargo, una sombra densa y tenebrosa se cernía sobre ese ser indefenso que crecía en el vientre de la joven.

Edileusa la abrazó porque sabía que era lo que su niña necesitaba. Los reproches y los sermones estaban de más. Ya era bastante sufrimiento para ella vivir con la angustia de lo que sucedería el día que diera a luz.

—Debe esperar un poco para darle la noticia a su esposo —aseveró la negra, tratando de pensar en una posible solución; si es que realmente la había—. ¿Cuántas lunas hace que no sangra?

—Dos —respondió Maria Graça con seguridad.

—Hasta que le dé la noticia a don Augusto, procure usar ropa holgada, su cintura ya empieza a ensancharse.

—¿Por eso te diste cuenta, nana?

—Por eso y porque nunca antes habías rechazado un dulce preparado por Gerarda. También te daba asco el café; doña Isadora sufría del mismo malestar casi todas las mañanas cuando la estaba esperando a usted.

—¿Crees que ella…?

Edileusa sacudió la cabeza.

—¡Gracias a Dios, ni se lo imagina! —exclamó la negra, resoplando de alivio.

—¡Ay, nana! ¡Cómo me gustaría que estuvieras a mi lado! —Recostó la cabeza en su regazo—. ¡Me haces tanta falta!

—Puedo hablar con el coronel para que me dé permiso de venir a quedarme con su merced, pero podría sospechar. Mejor esperemos a que se conozca la noticia de su preñez para intentar convencerlo de que me deje estar a su lado.

Maria Graça le dio la razón. No podían precipitarse. Era muy pronto todavía para que la verdad se supiera. Antes de que Alexandre volviera de su paseo o que su esposo y su suegro abandonaran los cafetales, Edileusa se ofreció a retocar su vestuario para que la redondez de su vientre pasara desapercibida. Maria Graça llamó a Amaranta y le pidió un costurero. Las dos negras se observaron con curiosidad. A Edileusa le pareció demasiado joven para ocuparse de su niña; Amaranta ignoró la mirada desdeñosa de la antigua nana de la señora y bajó corriendo las escaleras para traer lo que le habían solicitado.

Edileusa, con sus manos de hada y unas cuantas puntadas, consiguió reformar los vestidos y las blusas de Maria Graça sin mayor inconveniente. Nadie se daría cuenta de nada. Estaban regresando todo a su sitio cuando Amaranta ingresó de nuevo en la habitación para avisarle que su hermano la esperaba en el salón.

—Vaya, niña, que yo termino de ordenar.

—Amaranta, ¿podrías ayudarla? —Maria Graça había percibido las miradas cargadas de recelo entre ambas y quería propiciar un acercamiento; si Edileusa se venía a vivir una temporada a La Aurora, debían llevarse bien.

La mulata, sin mucho énfasis, respondió que sí. Maria Graça salió de la habitación y dejó la puerta entreabierta.

En el salón la aguardaba su hermano.

—¿No te has encontrado con mi esposo y mi suegro? —le preguntó mientras lo invitaba a sentarse.

Alexandre se mesó el cabello y desprendió el primer botón de su chaqueta militar. El paseo lo había dejado exhausto.

—No, al parecer estaban haciendo su ronda en el extremo más alejado de la hacienda. Yo decidí volver porque el sol estaba pegando fuerte.

Maria Graça se levantó un momento para servirle un vaso de jugo de guayaba fresco y se acomodó nuevamente a su lado.

—Me he cruzado con unos niños que estaban jugando cerca de la laguna. Se asustaron mucho al verme, porque se suponía que debían estar en el cafetal, ayudando con la labranza. Me contaron que una

esclava murió en la hacienda. Al parecer se ahorcó en uno de los establos la noche antes de tu boda. Uno de ellos, el que descubrió el cadáver de la joven, estaba muy impresionado. Dijo que jamás se olvidaría de su rostro. Es una experiencia demasiado escabrosa para alguien tan pequeño.

Maria Graça volvió a experimentar la misma angustia que había sentido al llegar a La Aurora y ver el cortejo de esclavos despidiendo a la difunta.

—¿Te han dicho su nombre?

—Sí, se llamaba Nelinha. —Alexandre dejó el vaso encima de la mesa y miró a su hermana—. ¿Llegaste a conocerla?

Maria Graça se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé. Unas semanas antes de la boda, mientras me encontraba dando un paseo por la hacienda en solitario, una esclava me salió al paso y me dijo algo que me dejó muy inquieta. No he vuelto a verla desde entonces.

—¿Crees que se trata de la misma esclava que se quitó la vida?

—Sospecho que sí.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—Me lanzó una advertencia, quiso prevenirme sobre el hombre con quien estaba a punto de casarme. —Por instinto, apretó entre sus manos el amuleto que le había obsequiado Dimas—. Aseguró que Augusto era el mismísimo demonio.

Alexandre permaneció en silencio. Tenía el ceño fruncido y una expresión insondable en su rostro bien afeitado.

—¿Ha habido algún indicio en el comportamiento de tu esposo que corrobore lo que dijo la esclava? —La sujetó por los hombros y la miró directo a los ojos—. Dime la verdad, *Pajarito*.

Maria Graça tragó saliva. Si le mentía, Alexandre se daría cuenta.

—No exactamente —respondió, vacilante.

—¿Qué significa eso?

—Augusto es un hombre muy apasionado. —Sintió cómo sus mejillas se acaloraban. Avergonzada, bajó la vista—. Llevamos casados apenas dos días, pero si lo que quieres saber es si me ha maltratado, puedes quedarte tranquilo de que no lo ha hecho.

Alexandre no se quedó conforme con su explicación.

—Si la esclava es la misma, ¿por qué crees que te ha dicho todo eso?

—No lo sé.

—Quizá estaba resentida con tu esposo y quería vengarse de él hablando contigo. Es un secreto a voces que muchos hacendados gustan de acostarse con sus esclavas. —No era un asunto agradable de tratar con su hermana recién casada, pero lo hizo de todos modos—. Dudo que Augusto no haya hecho lo mismo que han hecho otros durante años.

Maria Graça, quien había oído tantas historias de señores de hacienda involucrados con sus esclavas, le restó importancia a la posibilidad de que su esposo fuera uno de ellos. Lo que realmente la tenía muy inquieta era que esa jovencita que se le había acercado con la intención de ponerla sobre aviso poco antes de la boda fuese la misma que acababa de quitarse la vida. No era más que una niña. La idea de que Augusto la hubiese hecho suya le provocaba repulsión.

No pudieron seguir conversando ni haciendo conjeturas porque su esposo y su suegro llegaron. Después de que Augusto la saludó con un beso en la mejilla, Maria Graça se retiró con el argumento de que Edileusa la estaba esperando. La verdad era que no soportaba permanecer un minuto más en la misma habitación que su esposo… y tanto Alexandre como Augusto se dieron cuenta de ello.

QUINCE

Había transcurrido exactamente un mes desde su llegada a la hacienda del comendador Gonçalves, y Dimas poco a poco fue acostumbrándose a su nuevo estilo de vida. Ya no necesitaba levantarse al rayar el alba ni deslomarse todo el día en la labranza bajo los impiadosos rayos de sol. No había sido sencillo adaptarse al cambio. Su cuerpo fue el primero en resentir la falta de actividad física. Por eso, el nuevo amo le recomendó que diera un paseo por la hacienda todas las tardes, durante sus horas libres, para recuperar el vigor. Dimas aprovechaba entonces para desentumecer los músculos de sus piernas practicando capoeira, esa danza ancestral que había aprendido de niño entre los suyos. Mientras lanzaba patadas al aire y se retorcía con movimientos gráciles y controlados, su corazón volvía a estallar dentro de su pecho. Era lo más cercano a la libertad que conocía. Le bastaba entregarse a la capoeira apenas unos cuantos minutos diarios para olvidarse de que seguía siendo un esclavo y de que había perdido al único amor de su vida.

Solía practicar en la parte trasera de la casa grande, muy cerca del sendero que llevaba al pomar, amparado bajo la sombra de un frondoso roble. Esa tarde, en particular, tuvo la certeza de que no estaba solo. Podía sentir que alguien lo espiaba. Una pisada en la hierba seca y un par de murmullos lo pusieron en alerta. Mientras se agachaba para dar una patada, vio por el rabillo del ojo una sombra recortada en un árbol.

—Sé que hay alguien ahí.

Nadie apareció. Sospechando de quién se trataba, se valió de una estrategia más tentadora.

—Si salen ahora, les podría enseñar algunos movimientos.

No alcanzó a terminar la frase. Los gemelos se asomaron con cautela

y abandonaron su escondite para acercarse a él. Benito le dio un leve empujón a Donato y se quedó detrás, mirando a Dimas por encima del hombro de su hermano.

—¿Su madre sabe lo que hacen?

Los niños sacudieron las cabezas.

—Probablemente ahora mismo los esté buscando —dijo, secándose el sudor de la frente con la mano.

—Nos mandó al gallinero a buscar huevos —respondió Donato, haciendo un gracioso puchero—. Uno de los gallos es bastante bravo y ya nos ha dado varios picotazos.

Dimas intuyó que no era más que una mentira para justificar que se hubiesen desviado de su camino.

—Les propongo un trato.

Los gemelos se quedaron viéndolo, aguardando con ansiedad lo que iba a decirles.

—Voy a ir con ustedes a recoger esos huevos para su madre y luego, si ella les da permiso, volveremos aquí para que pueda enseñarles los primeros pasos de la *capoeira*. ¿Qué les parece?

Donato y Benito dieron saltos de alegría. Después de haber estado espiándolo durante varios minutos, era lo que más deseaban.

Se dirigieron al gallinero y llenaron una canasta con huevos. Como había sospechado, no había ningún gallo bravo que pudiera atacarlos a picotazos. En la casa grande, Catina los aguardaba con impaciencia. Se arregló el cabello al ver que sus hijos llegaban acompañados de Dimas. Le dedicó una sonrisa mientras recibía de sus manos la canasta y dio su consentimiento para que los gemelos se marcharan nuevamente con él. Prefería que estuviesen con Dimas y no vagando por la hacienda, expuestos a cualquier peligro. El mulato le brindaba esa seguridad que había perdido tras la muerte de su esposo. Solían conversar por las noches, cuando todos en la casa ya se habían ido a dormir. Fue durante esas charlas nocturnas que Catina se dio cuenta de lo que sentía por él. Aunque Dimas jamás le dio a entender que le ocurría lo mismo, ella no perdía las esperanzas de conquistar su corazón. Adoraba a los niños, y en el poco tiempo que llevaban conviviendo los trataba con el cariño de un padre. Donato y Benito lo

admiraban; mientras tanto, ella suspiraba de amor por él.

*

Cuando las náuseas matutinas y los recurrentes vahídos se hicieron notorios, Maria Graça supo que había llegado el momento de decirle a su esposo lo que ocurría. Llevaban poco más de un mes casados, a nadie le sorprendería que estuviese esperando un hijo. Pensó muchas maneras de contárselo, sentada frente al espejo de la cómoda, mirándose con atención para tratar de descubrir si había algún gesto que evidenciara su traición. Había planeado hacer el anuncio oficial durante la cena, delante de su suegro, para no tener que contar lo mismo dos veces. Rápidamente se arrepentía de esa posibilidad; creía que lo más conveniente era hablar con Augusto primero. Pero esa tarde, cuando fue víctima de otro desmayo, no hubo necesidad alguna de abrir la boca. Don João, preocupado por la salud de su nuera, había mandado a llamar al doctor Montalbán. Al despertarse, lo vio junto a ella, sentado en la cama.

—¿Cómo se siente?

—Algo aturdida —respondió, tratando de incorporarse.

—No es necesario que se levante —le indicó el doctor—. Será mejor que guarde reposo y, sobre todo, que se alimente usted muy bien.

Maria Graça asintió. La habitación todavía le daba vueltas cuando la puerta se abrió de repente y apareció Augusto, todo preocupado.

—¿Cómo se encuentra mi esposa, doctor Montalbán?

El médico se puso de pie y le sonrió.

—Puede quedarse tranquilo, don Augusto. Más allá de los malestares típicos de su estado, su esposa está en perfectas condiciones físicas. —Le dio una palmada en el hombro para que reaccionara—. ¡Lo felicito, señor Soares do Carvalho! ¡Va a usted a convertirse en padre!

Augusto miró a su esposa como si no entendiera lo que el doctor acababa de decirle. Le tomó unos cuantos segundos asimilar la noticia.

—¿Es verdad?

Maria Graça, con el rostro tan pálido y las ojeras marcadas, esbozó una tenue sonrisa y asintió.

—No pensé que fuese a suceder tan pronto. —Tuvo que sentarse en la cama porque le temblaban las piernas.

—Su esposa es una mujer joven y ahora sabemos que también muy fértil —comentó el doctor Montalbán mientras cerraba su maletín de cuero—. Aun así, quiero que siga al pie de la letra cada una de mis indicaciones. Debe descansar y comer de manera adecuada para evitar una anemia.

—Augusto, quisiera pedirte un favor.

Él le acarició la mano con devoción.

—A partir de hoy, tus deseos son órdenes para mí, querida.

—Me gustaría que Edileusa viniera a quedarse una temporada en la hacienda; al menos hasta que nazca el niño. Me sentiría más segura con ella a mi lado.

—Mañana mandaré a buscarla y le enviaré una nota a tus padres, comunicándoles las buenas nuevas. —Sonreía embobado, rebozando de felicidad—. ¡Ya mismo iré a contarle al mío! ¡Se pondrá como loco! ¡Su mayor sueño es convertirse en abuelo y poner en manos de su primer heredero parte de su patrimonio!

—Podría ser una niña —repuso Maria Graça, sintiéndose culpable por esa felicidad que brillaba en sus ojos y que estaba cimentada en el engaño.

—¡No, sé que mi primogénito será varón! —replicó convencido de lo que decía.

Maria Graça solo pudo asentir y compartir ese momento de dicha con su esposo. Ya no le guardaba rencor por la brusquedad con la que la había tratado la primera vez que la hiciera suya. Augusto la había buscado esa misma noche para pedirle perdón y nunca más ejerció ningún tipo de violencia en su contra. Maria Graça seguía manteniendo los ojos cerrados cuando hacían el amor, pero Augusto no se lo había vuelto a recriminar. Convivían en armonía y, aunque nunca llegase a amarlo, sentía afecto y respeto por él.

El doctor Montalbán le recetó un tónico para que tomase todas las mañanas agua con limón para calmar las náuseas. Ese día, Maria Graça tuvo prohibido levantarse de la cama. Augusto la dejó bajo el cuidado de Amaranta y responsabilizó a la esclava si algo sucedía con

su esposa. Poco antes de la cena, recibió la visita de su suegro. Don João estaba eufórico. Él también afirmaba que cargaba un hombrecito en su vientre, y hasta propuso algunos nombres. Maria Graça no quiso quitarle la ilusión y le prometió que pensaría en todas las opciones.

—Sabes, no creí que me fueran a hacer abuelo tan pronto.

—Su hijo me dijo algo similar.

Don João asintió. Estaba tan emocionado que tenía los ojos vidriosos.

—Era nuestro sueño, el de mi difunta esposa y el mío. Lamentablemente, ella murió y no disfrutará de su primer nieto. —Se puso de pie y le dio la espalda. No quería lagrimear delante de su nuera. Con voz temblorosa, agregó—: Tuve miedo de que este día nunca llegase.

—¿Por qué dice eso, don João? —Ya no era solo emoción. Percibió angustia en sus palabras.

Su suegro se dio media vuelta y trató de esconder la tristeza debajo de una sonrisa.

—No me hagas caso, muchacha. Me estoy poniendo viejo y demasiado sensible. —Se acercó a la cama y le dio un beso paternal en la frente—. Ahora tienes que cuidarte mucho. Mi hijo me contó que mañana vendrá tu nana para que te acompañe hasta el momento del parto.

—Sí. Se lo pedí y Augusto accedió de inmediato.

—Mi hijo te adora y es capaz de hacer cualquier cosa por ti, Maria Graça.

—Lo sé.

—En un rato, mandaré a que te traigan la cena. Un plato suculento de caldo de gallina es lo que necesitas para contrarrestar esos molestos achaques. Mi esposa los padecía, y la sopa, ¡santo remedio!

—Gracias, don João. La verdad es que me estoy muriendo de hambre —le confesó.

—Te veré mañana, hija. Que descanses. —Le dio unos suaves golpecitos en la mano y sus ojos se posaron un instante en el vientre de su nuera. Allí, se gestaba su primer nieto. El heredero de toda su fortuna. Se había obrado el milagro por el que tanto había rezado.

*

Una mañana de fines de febrero, muy temprano, los gritos de dolor de Maria Graça despertaron a todo el mundo en la casa grande. Augusto fue a llamar a Edileusa y se encerró en el despacho con su padre. Ni siquiera se había vestido. Estaba asustado. Según sus cálculos, el niño no debía nacer todavía. Por precaución, y no porque no confiara en las dotes de la negra como comadrona, mandó a buscar al doctor Montalbán.

Don João parecía más afligido que el padre de la criatura. Hacía un par de meses que una duda venía carcomiéndole el cerebro, y ahora, con ese parto prematuro, sus sospechas se hacían evidentes. No solo era el vientre de su nuera demasiado grande para los meses que llevaba de gestación, también había algo en su actitud y en la de la nana que habían sembrado en él la semilla de la incertidumbre. No quería pensar mal de Maria Graça; sin embargo, las palabras que había pronunciado el doctor Montalbán la noche en la cual la infeliz de Nelinha había herido a su hijo no dejaban de perseguirlo. *Lo ocurrido no le impedirá tener intimidad con una mujer, pero veo muy difícil que consiga engendrar un hijo.* A pesar de que era temprano y no habían desayunado todavía, le sirvió una copa de coñac a su hijo y sirvió otra para él. Ambos la necesitaban. Vieron a Edileusa que pasaba corriendo por el pasillo, seguida por Amaranta. Llevaban paños limpios y una cacerola con agua caliente.

—Tengo miedo, padre. Es demasiado pronto —balbuceó Augusto sosteniendo la copa vacía en la mano. Estaba sentado en el sillón, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la cabeza hundida en el pecho.

—No te preocupes, Augusto. Hay niños que nacen antes de tiempo y logran sobrevivir —le dijo, para tranquilizarlo.

Augusto, poco convencido, asintió. Dio un respingo cuando oyó que Maria Graça comenzaba de nuevo a gritar. Se puso de pie, caminó hacia la ventana y contempló el horizonte. Unas nubes grises surcaban el cielo anunciando la tormenta. Él debía batallar con sus propios miedos y no lograba calmarse. Se puso a dar vueltas por el salón mientras su padre le hablaba para darle ánimos. Su esposa estaba sufriendo y él quería ir a su lado.

—Todo va a salir bien, hijo. Ya lo verás —vaticinó don João sujetándolo del brazo con firmeza para que dejara de deambular como una fiera enjaulada.

—Tal vez debería rezar, padre —musitó, mirando el suelo. Nunca había sido un hombre religioso. Cargaba con muchos pecados en su conciencia como para acercarse a Dios para pedirle algún favor. Además, lo culpaba por haberse llevado a su madre tan pronto. A veces creía que, si ella aún estuviese con vida, no habría cometido tantas tonterías—. La verdad es que no recuerdo cómo hacerlo —terminó reconociendo, apenado.

—Solo tienes que pedirle al Señor, con humildad, que se apiade de Maria Graça y de tu hijo —le sugirió su padre, consternado. Le parecía increíble que Augusto ya no recordase cómo hablar con Dios. Él, que siendo un niño siempre acompañaba a su madre a la iglesia, ahora no sabía cómo rezar. ¡Cuánto daño le había hecho la muerte de su querida esposa! Pensó en lo sucedido con la esclava que lo había atacado y sintió un escalofrío. Su aparente suicidio había causado una gran conmoción entre los demás esclavos. Incluso él se había sentido algo descompuesto al conocer la noticia.

La oportuna llegada del doctor Montalbán impidió que continuara especulando sobre las extrañas circunstancias que rodeaban a la muerte de Nelinha y el imprevisto parto de su nuera.

Escaleras arriba, despatarrada en la cama, Maria Graça apenas conseguía soportar el dolor. Sentía que se desgarraba por dentro con cada contracción y ya no tenía fuerzas para seguir empujando. Edileusa le masajeaba el vientre de arriba abajo para facilitar el trabajo de parto. A su lado, asustada porque nunca antes había asistido a un nacimiento, Amaranta rezaba para que todo saliera bien. Mojó un paño con agua fría y lo puso en la frente de Maria Graça. Estaba ardiendo, y hasta una bruta como ella sabía que eso no era una buena señal. Llevaban casi dos horas encerradas en la habitación con la joven ama y la criatura se negaba a salir.

—¡Debe seguir pujando, mi niña! —la alentaba Edileusa mientras la parturienta se retorcía entre las sábanas.

—¡No puedo, nana! —gritó Maria Graça, quedándose sin aire en los

pulmones. Estaba extenuada y sentía que, en cualquier momento, perdería el conocimiento. Luchó para mantenerse despierta porque sabía que, si no, pondría la vida de su hijo en riesgo. Se aferró a la mano que Amaranta le ofrecía y, mordiéndose los labios, empujó con fuerza. Lo hizo una, dos, tres veces, hasta que la cabeza de la criatura se asomó entre sus piernas.

—¡Ya viene, niña! ¡Lo estoy viendo! —exclamó Edileusa con el rostro sudoroso y los ojos llenos de lágrimas. Aun desconocía el sexo del bebé, pero debajo de toda esa sangre distinguió el color de su piel. Era de color canela, como la de tantos mulatos que habían sido engendrados entre razas que habían aprendido a odiarse. Esa criatura, en cambio, era el fruto de un amor intenso, el de su niña y el esclavo Dimas.

Maria Graça hundió los pies en el colchón y elevó un poco las piernas para pujar una última vez. La expulsión del recién nacido demandó de todo su esfuerzo. La gran pérdida de sangre la dejó debilitada. Los párpados le pesaban demasiado y la respiración se hacía cada vez más pausada. Estaba a punto de dejarse vencer por el cansancio cuando oyó los primeros berridos de su bebé.

—Nana… dámelo, por favor —suplicó, extendiendo el brazo hacia la negra.

Cuando terminó de limpiar a la criatura, la envolvió en una manta de lana y la acunó un momento contra su pecho.

—¿Qué fue? —quiso saber Amaranta, quien no había tenido el privilegio de ver al recién nacido todavía por estar apoyando a la parturienta.

—Es una niña —respondió emocionada Edileusa.

Amaranta no dijo nada. Seguramente el señor Augusto se llevaría una gran decepción. Deseaba un varón para perpetuar su apellido y acababa de convertirse en padre de una mujercita.

Edileusa rodeó la cama y se acercó a Maria Graça.

—Es una niña preciosa. —Se agachó y apartó un poco la manta para mostrársela.

Maria Graça no vio el color de su piel. Delante de sus ojos, tenía un pedacito de su ser. En esa criatura que había cargado en su vientre

durante nueve largos meses se resumía el inmenso amor que aún sentía por Dimas. Cuando la nana se la entregó, la acomodó entre sus brazos y acarició esa carita suave y arrugada mientras se desarmaba en llanto por la felicidad.

—Es… es mulata —balbuceó Amaranta, boquiabierta. ¡El amo se llevaría más de una sorpresa!

Edileusa, molesta por la reacción de la muchacha, la amonestó con la mirada. Se deshizo de ella pidiéndole que sacara los paños sucios de la habitación.

En la puerta, Amaranta se cruzó con el doctor Montalbán. La saludó, pero la esclava todavía estaba demasiado impresionada por lo que acababa de ver.

—Don Augusto me mandó a llamar —dijo, observando la escena complacido. Al parecer, la nana de Maria Graça había hecho un buen trabajo. Ella le relató cómo había sucedido todo, y tras constatar que la madre ya había expulsado la placenta y no había riesgo alguno de una infección, se dispuso a revisar a la recién nacida.

—Doctor, hay algo que debe saber antes de ver a la niña —le advirtió Edileusa, refregándose las manos en el delantal.

—¿Hay algún problema? Ha nacido antes de lo esperado; habrá que redoblar los esfuerzos para que salga adelante.

—No es eso —se apresuró a aclarar la negra—. La niña Maria Graça cumplió los nueve meses de embarazo.

El doctor Montalbán asintió. Él había visto a la joven en tan solo tres ocasiones durante la gestación y siempre había creído que la criatura tendría un tamaño más grande de lo normal. Se había cerciorado de que estuviera todo bien y no había vuelto a preocuparse. Ahora, con esta nueva información, resultaba evidente que la niña había sido engendrada antes de la boda. Poco le importaba la vida personal de sus pacientes, sin embargo, cuando vio por fin a la pequeña, se quedó mudo. No se lo esperaba, y por esa razón no hizo ningún comentario. Tras revisar a la niña, constató que se encontraba en perfectas condiciones. Tenía pulmones fuertes y su corazón latía con normalidad. Se la quedó viendo un momento. No por el tono acaramelado de su piel, sino porque era una criatura realmente

preciosa.

—Don Augusto y su padre deben estar ansiosos de conocer a la niña. —Se arrepintió enseguida de lo que acababa de decir. Ni siquiera podía llegar a imaginar lo que dirían cuando la viesen por primera vez.

—Candelaria… ese es su nombre —dijo Maria Graça, acurrucándola contra su pecho.

El doctor Montalbán pidió permiso para retirarse y les dijo que si surgía cualquier contratiempo lo mandaran a buscar.

—Deja que ella misma encuentre el pezón, niña —sugirió Edileusa, encantada con la escena que tenía frente a los ojos. Ya habría tiempo para que don Augusto y su padre conocieran a la pequeña Candelaria. Ahora, nada ni nadie debía perturbarlas. Era querer tapar el sol con un dedo, pero cuanto más tiempo tardara en desatarse la tormenta sobre sus cabezas, mucho mejor.

DIECISÉIS

Augusto y don João interceptaron al doctor Montalbán en el vestíbulo.

—¿Qué ha ocurrido, doctor? —preguntó Augusto.

—¿Planeaba marcharse sin hablar antes con nosotros? —cuestionó don João, molesto.

—Lo lamento, es que debo ir a ver a otros pacientes —dijo a modo de disculpa mientras descolgaba su sombrero del perchero—. Cuando llegué, la criatura ya había nacido. Esa mujer, Edileusa, se ocupó de todo sin mi ayuda. Revisé a la madre y a la niña y ambas se encuentran bien.

—¿Fue una niña? —preguntaron los Soares do Carvalho al unísono. La noticia les había caído como un balde de agua helada.

—Así es. La señora Maria Graça le ha dado el nombre de Candelaria. —Estrechó sus manos y los felicitó por el grato acontecimiento. Antes de que surgiera alguna pregunta incómoda, salió la casa con la excusa de que tenía prisa.

Padre e hijo intercambiaron miradas. Una niña… El sueño de que el primogénito fuese un varón acababa de truncarse.

—Necesito ver a mi esposa. —Augusto abandonó a su padre en el vestíbulo y subió corriendo las escaleras.

La puerta de la habitación permanecía cerrada. Pegó la oreja unos segundos para ver si escuchaba alguna cosa. Creyó percibir el gorjeo de la niña mientras Maria Graça le hablaba en voz baja. No entendía por qué no se había animado a entrar todavía. Había nacido una niña y no el hombrecito que deseaban él y su padre. No era el fin de mundo. Ya vendrían más hijos. Con esa idea esperanzadora en la cabeza, finalmente se decidió a entrar.

La habitación se encontraba aún en penumbras. Maria Graça yacía

en el centro de la cama. Un pequeño bulto envuelto en una manta de lana se movía suavemente contra su pecho. La estaba amamantando. Se acercó en silencio, por temor a perturbar a la niña. Edileusa estaba sentada a su lado, acariciándole la melena rubia que se había desparramado sobre la almohada.

Maria Graça lo miró y, como si quisiera protegerla de algún mal, apretujó a su hija entre los brazos. Augusto no entendió la reacción.

—Maria Graça, querida. No hay nada que temer —le dijo, con la intención de calmarla—. Sé que me volví demasiado obsesivo con la idea de que tendríamos un hijo varón, pero eso ya no importa. Te aseguro que querré a Candelaria tanto o más de lo que hubiese querido a un niño. ¿Me dejas verla? —Se aproximó más para poder conocer a su hija—. Soy su padre, también tengo el derecho de estrecharla aquí en mi pecho.

—Señor Augusto, quizá es mejor esperar un poco. La niña Maria Graça todavía sigue adolorida y el doctor recomendó que la dejáramos descansar —terció Edileusa, tratando de impedir lo que a esas alturas ya era inevitable.

Augusto apartó los ojos apenas un instante del rostro teñido de espanto de su esposa para dedicarle una mirada rubicunda a la negra.

—Edileusa, no olvide cuál es su situación. He cumplido con el deseo de Maria Graça y ha vivido en mi casa durante los últimos meses —le recordó—. Aunque no sea mi esclava, me debe obediencia y respeto.

—Jamás se me cruzaría por la cabeza faltarle el respeto, mi señor —respondió, con la voz temblorosa—. Estoy muy agradecida con su merced por haberme permitido acompañar a mi niña todo este tiempo, pero…

—Pero nada. Déjeme a solas con mi esposa. —Le señaló la puerta—. Es una orden.

A Edileusa se le partió el alma cuando contempló a Maria Graça, tan frágil y asustada, con la pequeña Candelaria en brazos. No podía abandonarla a su suerte justo cuando más la necesitaba. ¿Qué hacer? Tampoco podía desobedecer el mandato de don Augusto. Al fin de cuentas, ella no era más que una vieja esclava, que encima estaba de arrimada en la hacienda de los Soares de Carvalho. Sintiéndose más

miserable que nunca, salió de la habitación con la cabeza gacha y las manos entrelazadas en una plegaria.

Maria Graça no se animó a mirar a su esposo. Todo su esfuerzo estaba en procurar que él no descubriera la verdad sobre su hija. La envolvió más entre sus brazos, para impedir que la viese.

—Querida, por favor, no seas injusta conmigo. —Intentó apartar la manta que cubría la cabeza de la criatura, pero Maria Graça fue más rápida. Le dio la espalda y escondió a la pequeña entre su cuerpo y una de las almohadas—. No seas infantil. Déjame verla.

Maria Graça se negó, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

—¡Maria Graça! ¡Basta! —gritó Augusto, exaltado. Hacía rato que había perdido la paciencia. Se levantó, rodeó la cama en pocas zancadas que retumbaron en la habitación y se plantó frente a ella con la firme intención de poner fin a esa situación tan extraña que lo estaba sacando de quicio.

Ni siquiera le dio a su esposa la oportunidad de otra nueva treta para que él no conociera a su hija. La sujetó del codo para empujarla hacia atrás y se apoderó de la criatura, dejando a su madre completamente indefensa, sin capacidad alguna para impedir que lograse su propósito.

Augusto acomodó a la pequeña Candelaria entre sus brazos y enseguida sintió la tibieza de su cuerpecito debajo de la manta que aún la cubría. Respiró hondo y se preparó para darle la bienvenida al mundo a su hija. Ya no le importaba mucho el hecho de no haber engendrado al varón que tanto anhelaba. Amaría a su hija por encima de todas las cosas. Candelaria Soares do Carvalho. Sonaba muy bien. Esa criatura que ahora dormitaba contra su pecho era sangre de su sangre.

Levantó la manta muy despacio; lo primero que vio fueron sus manos. Parpadeó varias veces y tuvo que acercarse a la ventana. Culpó a la poca claridad que reinaba en la habitación de haber traicionado su visión. Sin embargo, pronto descubrió que no era un juego de luces y sombras. La piel de la pequeña era más oscura de lo normal. Destapó su rostro y el suyo se tornó blanco como el papel.

—No… no —musitó, espantado. Mientras más la miraba, más

morena le parecía. Sintió repulsión cuando los dedos de la niña se enroscaron alrededor de su pulgar. ¡Esa criatura no podía ser hija suya! Se dio media vuelta y miró a su esposa con los ojos desencajados —. ¿Qué demonios significa esto?

Maria Graça, aún muy débil por el parto, abandonó la cama y se acercó a él con los brazos extendidos hacia adelante.

—Dame a mi hija, Augusto —le suplicó—. ¡Por favor, devuélvemela!

—¿Qué has hecho, Maria Graça? —le recriminó, casi a los gritos.

El vozarrón de Augusto despertó a la niña. Cuando empezó a berrear, aturdiendo sus oídos, él retrocedió unos pasos. No quería dársela a su madre; no hasta que le explicase lo que ocurría.

A Maria Graça el llanto de la pequeña Candelaria le daba la fuerza necesaria para no desfallecer. Le temblaban las piernas y una punzada de dolor le aguijoneaba el vientre con cada paso que daba. Aun así, no iba a permitir que Augusto, en un ataque de rabia o de locura, la lastimase.

—Por favor, dámela —volvió a insistir, avanzando hacia adelante mientras él continuaba alejándose.

—¿Por qué, Maria Graça? ¿Por qué me engañaste? —Tenía a la criatura casi aplastada contra su pecho para hacerla callar.

—Nunca fue mi intención, Augusto —le dijo, sin apartar la mirada de la niña. Temía que en cualquier momento dejara de moverse—. Descubrí que estaba embarazada poco antes de convertirme en tu esposa. Nunca te he sido infiel. Mi pecado fue casarme contigo sabiendo que esperaba el hijo de otro hombre.

—Todo este tiempo me has hecho creer que esa criatura que crecía en tu vientre y que empecé a amar apenas supe de su llegada era el fruto de nuestra unión. Alimentaste ese amor sin siquiera pensar en el sufrimiento que me causarías cuando naciera. —Apartó a la niña solo para mirarla con repulsión—. ¡Es una maldita bastarda! ¡Una mulata que vino a este mundo a manchar el ilustre apellido de mi familia con su piel oscura!

—¡Ella no tiene la culpa de mis errores! —le gritó Maria Graça, quebrándose en lágrimas—. ¡Es un ser inocente! ¡Por favor, dámela, le

estás haciendo daño!

—¿Quién es el hijo de puta que te preñó? —exigió saber. No le entregaría a la niña hasta que le confesara toda la verdad.

Maria Graça enseguida comprendió cuál era su propósito. Le contaría todo lo que deseaba saber si con ello lograba poner a la pequeña a salvo. Su mayor temor era que terminase asfixiando a la niña. Candelaria apenas se movía y emitía gorjeos sordos mientras su esposo la sostenía en sus brazos, apretada contra su cuerpo.

—Fue un esclavo de la hacienda.

—¡Su nombre!

—¿Qué sentido tiene que lo sepas?

—¡Dímelo!

Había tanta rabia en la mirada de Augusto, en cada uno de los ademanes que hacía con el rostro y el cuerpo, que Maria Graça pensó que de un momento a otro se desharía de la niña delante de sus ojos.

—Dimas… se llama Dimas. Mi padre lo vendió en una subasta el mismo día de nuestra boda cuando supo lo que había sucedido entre él y yo. No he vuelto a verlo desde entonces.

—¿Debería creerte? —le espetó, con sarcasmo—. ¡Supiste mentirme muy bien durante todo este tiempo! ¡Hasta a mi padre has conseguido manipular, jugando con su deseo de ser abuelo! ¡Pero la farsa llegó a su fin, querida!

—¿Qué vas a hacer? —le aterraba conocer la respuesta a esa pregunta. La niña ya no lloraba y le costaba percibir si seguía moviéndose, porque los brazos de Augusto la cubrían casi por completo.

—Debería deshacerme de la bastarda para que comprendas que nadie engaña a un Soares de Carvalho sin recibir su castigo.

—¡No, por favor! ¡Te juro que hago lo que quieras, peor no lastimes a mi hija! —le suplicó Maria Graça, cayendo al suelo de rodillas.

—Dejarla vivir sería un riesgo demasiado grande —manifestó, mirándola desde arriba, regodeándose con su dolor. Lo había traicionado de la peor manera y pagaría su afrenta con lágrimas de sangre—. Quizá deberíamos darle el lugar que se merece, el de una esclava.

Maria Graça se enjugó las lágrimas de un manotazo. ¿Qué habría querido decir?

—No podemos criarla como a nuestra hija porque no lleva ni una gota de mi sangre. —Volvió a mirar a la pequeña Candelaria. Se había dormido. Al menos ya no le irritaba los oídos con su llanto—. El único testigo de su nacimiento es el doctor Montalbán. Si hablo con él, puedo impedir que abra la boca. Quizá con unos cuantos reales en el bolsillo se olvide de lo que sucedió hoy en esta casa.

—¿Qué es lo que pretendes? —Estaba un poco más calmada ahora que él ya no hablaba de lastimar a la niña.

—Mi padre tiene que saberlo. Hablaré con él y estoy seguro de que me ayudará a encontrar una solución para salir de esto —dijo en un tono despectivo mientras observaba a la mulatita dormir. En un acto de soberbia más que de compasión, decidió entregársela a su madre.

—¡Levántate! —le ordenó.

Maria Graça se levantó y estrechó a la pequeña Candelaria contra su pecho apenas él se la devolvió. Gracias a Dios, se encontraba bien. Dormitaba pacíficamente mientras se chupaba uno de los dedos. Augusto había irrumpido en la habitación cuando la estaba alimentando y era evidente que se había quedado con hambre. Se abrió el camisón y acercó el rostro de Candelaria hacia uno de sus pechos. Por instinto, la niña abrió la boca y la cerró alrededor del pezón para comenzar a succionar con fruición.

Cuando Augusto abrió la puerta, no le sorprendió ver a Edileusa plantada en el medio del pasillo. La esclava, como fiel alcahueta de su ama, había permanecido cerca para ofrecerse ante cualquier eventualidad que perjudicara a su adoraba niña y la pequeña bastarda. Le prodigó una mirada despectiva y pasó junto a ella rumiando su rabia.

Edileusa corrió al encuentro de Maria Graça y la reconfortó con un abrazo mientras lloraba a su lado. No había necesidad de que le contase nada. Ella había escuchado cada una de las palabras que el señor Soares do Carvalho había pronunciado entre las cuatro paredes de esa habitación.

La peor de las tormentas se había desatado sobre sus cabezas y

ahora debían juntar valor para enfrentarse al odio de un hombre cuyo honor había sido pisoteado.

Edileusa elevó una plegaria al cielo.

—¡Que Dios y todos los Santos nos amparen!

*

Augusto desahogó toda la furia e indignación que bullía en sus venas estrellando la copa de ron que acababa de servirse contra una de las paredes del salón. Agitado, se quedó observando los cristales rotos durante unos cuantos segundos. Aunque había tenido entre sus brazos la prueba de la traición de su esposa, se resistía a creer que lo hubiese engañado con un maldito negro. Pensó entonces en Nelinha, la esclavita que se había atrevido a desafiarlo. ¿Acaso era una especie de castigo por lo que había hecho? Apartó semejante idea de su cabeza porque en ese momento no necesitaba más preocupaciones. La llegada de su padre, atraído por el estruendo que acababa de provocar su hijo, logró darle un poco de sosiego.

Cuando don João le preguntó qué estaba sucediendo, Augusto le contó la verdad. Descubrió enseguida que su padre no parecía realmente sorprendido por el hecho de que Maria Graça hubiese parido a la hija de otro hombre. Después de oír de sus sospechas sobre el embarazo de su nuera y el diagnóstico esgrimido por el doctor Montalbán acerca de su fertilidad, debilitada por la falta de un testículo, comprendió lo ciego que él había estado durante todos esos meses.

—No sirve de nada lamentarse, hijo —fue lo primero que aconsejó João Soares do Carvalho tras vencer la impresión de haber constatado todas sus dudas de la peor manera—. Debemos tomar cartas en el asunto cuanto antes. Creo que la presencia de esa mujer, la tal Edileusa, es providencial para echar a rodar un plan que nos permita librarnos de semejante vergüenza.

Augusto arrugó la frente.

—¿En qué piensa, padre?

—Esa criatura debe marcharse de aquí esta misma noche. Se la entregaremos a la esclava para que la lleve de regreso a la hacienda

del coronel y que allí hagan con ella lo que mejor les plazca. Le pediré a Bernardo que las traslade en su carreta.

—Quisiera estar presente para ver la cara que va a poner la engreída de doña Isadora cuando conozca a su nieta —comentó Augusto en tono burlón. Estaba seguro que ni ella ni su esposo sabían que el desliz amoroso de su adorada hija con uno de sus esclavos había tenido consecuencias tan nefastas.

—Tanto ella como el coronel Esteves deben asumir los errores de su hija.

—¿Cree que será fácil arrancar a la criatura de los brazos de su madre? Maria Graça la defiende con uñas y dientes.

—Tu esposa tendrá que aceptar nuestras condiciones. La niña no podrá crecer como una Soares do Carvalho. ¿Te imaginas lo que eso significaría? Toda la sociedad campista nos daría la espalda y tú… te llevarías la peor parte, hijo.

Augusto asintió. No estaba dispuesto a tolerar que lo tachasen de cornudo.

—Para tenerla contenta, pondremos a otra niña en su regazo. Una recién nacida que ocupe el lugar de esa bastarda. —Don João se rascó el mentón. En su mente, ya tenía todo solucionado—. Las generosas contribuciones que realizo cada mes al hospicio de Indaiatuba nos darán la coartada perfecta. Esta misma noche irás hasta allá y volverás con tu hija en brazos.

—¿Por qué no elegir un varón? —repuso Augusto, desconcertado.

—No podemos arriesgarnos a que alguien de la casa o el propio doctor Montalbán ya hayan mencionado que Maria Graça dio a luz a una niña. Si queremos sostener esta farsa, no debemos cometer ningún error.

—¿Está seguro de que quiere darle nuestro apellido a una recogida?

Su padre le puso una mano en el hombro y lo miró muy seriamente.

—Cualquier cosa es mejor que aceptar como hija a esa mulata bastarda, ¿no crees?

Augusto tenía que concordar con él. El sueño de ese primogénito que perpetuaría el legado de los Soares do Carvalho se había evaporado en un abrir y cerrar de ojos. Ahora, las prioridades eran

otras bien distintas: evitar el escándalo y seguir fingiendo delante de todos que eran una familia feliz. Aunque se le fuese la vida en ello, Augusto se juró a sí mismo que haría hasta lo imposible por lograrlo.

Don João decidió que sería él quien se encargara de hablar con Maria Graça. Estaba menos nervioso y tenía la frialdad suficiente para tratar un asunto tan delicado. Antes bebió una copa de ron con su hijo y le aseguró que todo saldría bien.

*

Cuando la salud del señor Gonçalves se resintió tanto que ya no podía abandonar la cama sin que su cuerpo se retorciera de dolor, su hijo Caetano, el abogado, se instaló en la hacienda para ocuparse de todo.

Dimas continuaba desempeñándose como su ayudante, y en los últimos meses sus responsabilidades se habían duplicado. Frente a los achaques del amo, que muchas veces lo ponían de pésimo humor, él había pasado a convertirse en su mano derecha. Ya no se trataba solo de hacer cuentas; Dimas estipulaba cuándo era el mejor momento para la recolección de las manzanas y supervisaba personalmente el traslado al puerto de Guanabara para distribuir buena parte de la cosecha a lo largo y ancho del país. El pomar de los Gonçalves, famoso en toda la provincia de Río de Janeiro, había dado ese año sus mejores frutos. También se encargaba todos los meses de pagarles su jornal a los capataces de la hacienda; hecho que sin duda los molestaba mucho, ya que no era agradable recibir su dinero de manos de un esclavo, según ellos, con *ínfulas de señor*.

Dimas pensaba que, ahora que el hijo del amo había regresado para ocupar el lugar que siempre le había correspondido, él sería relegado a realizar otras tareas más acordes a las de su condición de esclavo. Dudaba de que pudiese continuar ocupando su propio escritorio en el despacho; mucho menos le sería permitido quedarse en la habitación que el señor Gonçalves le había designado en el ala de los criados de la casa grande.

Desde su llegada a la hacienda, el joven Caetano y él apenas habían cruzado un par de palabras durante la presentación oficial en el vestíbulo. Ahora estaba encerrado en la habitación de su padre,

seguramente poniéndose al día de todos los asuntos de la hacienda. Quizá el amo mandase a llamarlo. Por esa razón no se había movido del despacho, resignando su paseo diario por los jardines y la reunión con los gemelos, que se había convertido en una costumbre. Donato y Benito ya conocían todos los secretos para ser un buen *capoerista*; aun así seguían buscándolo durante sus ratos libres porque, aunque ya sabían defenderse usando con inteligencia su cuerpo, ahora era necesario alimentar también su mente. Para ello, Dimas les había hecho la promesa de enseñarles a leer y escribir; favor que tanto los niños como Catina, la madre, recibieron con agrado.

Cansado de estar solo en el despacho sin nada productivo que hacer más que esperar a que el hijo del amo se dignara a hablar con él, decidió ir a la cocina para disfrutar de la compañía de los demás esclavos que se desempeñaban en la casa grande. Había hecho buenas migas con Má Licha y su hijo Vicentinho, pero, sin dudas, con quien mejor se llevaba era con Catina. La mulata, que vivía agradeciéndole todo lo que hacía por complacer a los gemelos, se había convertido en una gran amiga para él. Por eso sonrió cuando entró en la cocina y la vio, agachada junto al horno de barro, acomodando unos troncos. Su melena rizada, esa que siempre llevaba alborotada, estaba aprisionada entre los nudos de un pañuelo en lo alto de su cabeza. Era una morena bonita, capaz de hechizar a cualquiera con sus caderas pulposas o con el escote siempre generoso de su blusa. Sabía que Vicentinho andaba loco por ella, pero Catina ni caso le hacía. A él también le gustaba, y en más de una ocasión había tenido que refrenar el deseo de hacerle alguna propuesta indecente para no estropear esa amistad que habían forjado gracias a los gemelos. Él era un hombre joven, con los bríos de un semental y sangre caliente en las venas. La ausencia de Maria Graça aún le dolía demasiado, por eso estaba seguro de que ni el tiempo ni el cuerpo de otra mujer lograrían que la olvidase.

Catina, sintiendo su presencia, volteó la cabeza y lo miró por encima del hombro. Dejó escapar un suspiro al verlo. Ya estaba cansada de fingir que se conformaba con ser solo su amiga. Llevaba amándolo en silencio mucho tiempo como para seguir ocultándole sus sentimientos. Quizá ahora que Dimas ya no tendría tanto trabajo, con

la llegada del hijo del amo, podría encontrar el valor de confesarle que se había enamorado de él. A Dimas no le era indiferente, y ese era un buen argumento para intentar conquistarlo. Benito y Donato serías sus mejores aliados.

—¿Te apetece un café?

Dimas se paró al lado de la mesa y asintió. El pastel de banana recién horneado tenía muy buen aspecto.

—Má Licha lo preparó para el joven Caetano. Según ella, es uno de sus favoritos. No creo que se enoje si le robamos un poco. —Acto seguido, tomó un cuchillo y le cortó una rebanada. La puso en su mano y pellizcó un pedacito que se llevó a la boca. Con toda la intención de provocarlo, se lamió los labios gruesos para eliminar el resto de las migas—. ¿Te gusta?

Dimas se la quedó viendo. No le estaba preguntando por el pastel. La boca húmeda de Catina era un manjar difícil de resistir. Otro hombre, en su lugar, habría aprovechado el momento para tomarla entre sus brazos y besarla con ardor. Sin embargo, y aunque la deseara, ese amor que todavía latía en su pecho por su adorada *sinhazinha* era una barrera difícil de derribar.

Catina se dio cuenta de que Dimas continuaba batallando con los fantasmas de su pasado. Una mujer lo había lastimado mucho; era lo único que sabía. Parco a la hora de hablar sobre su vida, una noche había logrado que le contase el porqué de su tristeza. Dimas le habló entonces de un amor prohibido que le había roto el corazón. Apenas trató de indagar más, él se rehusó a seguir escarbando en una herida que aún no había cicatrizado.

La irrupción en la cocina del hijo de Má Licha echó por tierra un nuevo intento de seducción de Catina.

—A ti te estaba buscando. —Vicentinho miró a Dimas con mala cara. Consideraba que estaba demasiado cerca de Catina y eso no le gustaba nada—. El amo te espera en su habitación. Quiere hablar contigo.

Dimas se apartó rápidamente de la mulata y salió sin decir ni una palabra.

—¿Por qué en vez de seguir insistiendo con alguien que no te quiere

no miras lo que tienes a tu alrededor? —dijo Vicentinho, robándose una naranja de la mesa.

Catina hizo caso omiso a su comentario. No iba a discutir con él sobre sus sentimientos. Sabía que, si no los hubiese interrumpido, Dimas habría cedido a la tentación. Sonrió victoriosa mientras echaba otro leño al fuego. *Debo esmerarme más la próxima vez*, pensó, mientras los halagos que le dedicaba Vicentinho en su afán de agradarla le entraban por una oreja y le salían por la otra.

Escaleras arriba, en la habitación del señor Gonçalves, Dimas escuchaba atentamente lo que el amo quería decirle. Su hijo también se encontraba allí, sentado junto a la ventana, con las piernas cruzadas y una expresión circunspecta en su rostro lampiño que lo hacía lucir más joven de lo que en realidad era. Nadie diría que ya era todo un letrado, graduado con honores en la Facultad de Derecho de Recife.

—Dimas, muchacho… —A don Henrique le costaba mantener el hilo de la conversación porque debía detenerse a cada rato para recobrar el aliento—. Sé que me queda poco tiempo de vida y, antes de partir, deseo dejar todos mis asuntos legales en orden. Mi hijo —lo señaló con su mano huesuda— es uno de los mejores abogados que conozco.

—Padre, no debería fatigarse tanto —le aconsejó Caetano, sin moverse un ápice de su sitio.

—¡Calla, calla, que todavía no me he muerto!

—Lo escucho, amo.

—He decidido incluir tu nombre en mi testamento.

Dimas abrió bien grande los ojos.

—No es lo que piensas, muchacho —le aclaró—. Mi fortuna pasara a manos de mi único hijo, como debe ser.

El mulato asintió, perplejo.

—Mandaré a incluir una cláusula que se cumplirá apenas estos huesos viejos descansen en su tumba. —Hizo una pausa para tomar aire—. Vas a recibir tu carta de libertad, Dimas. Sé que es tu mayor anhelo y quiero dártela en retribución a tu buen desempeño y tu fidelidad durante este tiempo a mi lado.

Dimas no supo qué decir. Su sueño más grande estaba en manos de

ese hombre que le había devuelto la confianza en la humanidad. El poco tiempo que había compartido con él, sin castigos severos ni maltratos, le había enseñado que todavía quedaba gente buena en el mundo.

—Veo que la noticia te dejó sin palabras —comentó el anciano, esbozando una sonrisa.

—Es demasiado bueno para ser real —respondió, conmocionado. Sentía deseos de llorar y reír al mismo tiempo.

—Quiero que sepas que, aunque seas un hombre libre, podrás quedarte en la hacienda. Por supuesto, recibirás un salario por tu trabajo, que, no dudo, será excelente como hasta ahora.

Dimas asintió. Ni siquiera sabía lo que haría después de tener entre sus manos la carta de libertad. Nunca lo había pensado realmente, seguro de que se moriría esclavo como su abuelo.

—Solo debes esperar a que yo me vaya para cumplir tu sueño —bromeó don Henrique.

—No diga eso, amo. Es un usted un hombre fuerte y no va a rendirse tan fácilmente —lo animó. Sentía aprecio por él y no quería que su tan ansiada libertad dependiera de la muerte de un buen hombre. Miró de reojo a su hijo, quien no había pronunciado ni una palabra desde su llegada. Quizá desaprobaba la decisión que había tomado su padre y eso lo inquietaba. ¿Qué sucedería el día que don Gonçalves ya no estuviese? ¿Cumpliría con su promesa o la olvidaría? No lo conocía lo suficiente como para saberlo.

Las dudas que atormentaban a Dimas fueron saciadas esa misma tarde cuando el hijo de don Henrique habló con él en el despecho. Podía quedarse tranquilo, Caetano Gonçalves mantendría la palabra dada por su padre y recibiría su carta de libertad el día que él falleciera. Dimas descubrió que el joven letrado no solo estaba en contra de la esclavitud y era fiel al partido republicano; también supo que formaba parte de una de las tantas sociedades abolicionistas que se iban propagando por todo el país, bregando por la libertad de los esclavos y la igualdad entre los hombres.

Dimas se pasó buena parte de la tarde escuchándolo. Hizo muchas preguntas, y con cada respuesta que recibía iba comprendiendo que

allá afuera existía un mundo muy diferente al que estaba acostumbrado. Había mucho por hacer, y su carta de libertad era tan solo el primer paso para lograr ese cambio del que hablaba el hijo de don Henrique. Dimas no permanecería impasible mientras sus hermanos continuasen presos en las barracas, sometidos a los castigos más crueles. Él quería tener un rol fundamental en la lucha contra la esclavitud y pertenecer a una sociedad abolicionista. Cuando Caetano Gonçalves le dijo que sería muy bienvenido a formar parte en la suya, Dimas sonrió. Volvía a tener un motivo para ser feliz.

DIECISIETE

Maria Graça no pudo hacer nada cuando don João, con voz enérgica y sin mostrar siquiera un ápice de misericordia, le ordenó a Edileusa que le quitase a la niña de los brazos. Por un instante, la esclava se negó a obedecer. Pero no tuvo otra salida cuando fue el propio señor Soares do Carvalho el que intentó apoderarse de la criatura ante su falta de respuesta.

—Mi hijo ha sido claro contigo, Maria Graça —le advirtió, haciendo un esfuerzo sobrehumano por esconder el profundo desprecio que sentía por su nuera y por el engaño vil al cual Augusto y él habían sido sometidos—. La niña no crecerá entre nosotros. —Miró a la negra —. Se la entregaremos a tu esclava para que se la lleve a la hacienda de tu familia. El coronel Esteves y su esposa decidirán lo que harán con ella. Piensa que podría correr con una suerte mucho peor y terminar en un orfanato, como lo que es: una bastarda. A pesar de que no lo mereces, tendré un pequeño acto de piedad con la mujer de mi único hijo.

—No me haga esto, don João. —Maria Graça sintió el frío helado que le atravesó el pecho cuando Edileusa apartó a la pequeña Candelaria de su cuerpo. Vio cómo la envolvía entre sus brazos rollizos y la cubría con la manta de lana que ella misma le había tejido. No podía permitir que se la llevaran. No podía. Saltó fuera de la cama y se abalanzó sobre su suegro. Él ni se inmutó. Le dio vuelta la cara y no le dirigió ni una sola mirada mientras Maria Graça, de rodillas en el suelo, le suplicaba entre lágrimas que no le quitase a la niña.

—Edileusa, váyase. —Se deshizo de su nuera dándole un empujón y le indicó a la negra que buscase a Bernardo para que la llevase a la hacienda de sus amos.

—¡Nana, no te vayas! —Desmadejada sobre la alfombra, Maria Graça extendió los brazos hacia ella en una última súplica que no consiguió ablandar el corazón de don João Soares do Carvalho. Se quedó allí tirada, con el cuerpo sacudiéndose en violentos estertores mientras su alma se desangraba de tanto dolor.

Edileusa, con el rostro bañado en lágrimas, atravesó el pasillo a toda prisa, con los gritos desesperados de Maria Graça retumbando en sus oídos.

Aunque no sabía con qué panorama se encontraría cuando apareciera con la criatura en la hacienda de los Esteves, cuidaría de la pequeña Candelaria tal y como lo había hecho siempre con su querida niña.

Lo primero que hizo al entrar en la cocina fue pedirle a Amaranta que subiese de inmediato a la habitación de su ama, porque iba a necesitarla mucho. La joven esclava así lo hizo y permaneció junto a Maria Graça hasta que consiguió quedarse dormida. Veló su sueño durante horas, sosteniendo su mano cada vez que despertaba asustada, gritando el nombre de la hija que acababan de arrebatarle de los brazos.

Augusto también había oído los gritos de Maria Graça. Estaba en el salón, a puertas cerradas, mientras dejaba que su padre, una vez más, se encargase de todo. Sabía que la segunda parte del plan que había urdido don João corría por su cuenta; sin embargo, aún continuaba allí, regodeándose en el dolor de su esposa. Esa mujer a la que había elegido para compartir su vida y que se había burlado de él de la peor manera. Si hubiese tenido la oportunidad de estar frente al maldito esclavo, lo habría matado con sus propias manos. Bajó la vista. Esas manos que ahora se contraían en un puño cargado de impotencia eran las mismas que se habían cerrado alrededor del cuello de Nelinha. Sintió un intenso cosquilleo en los dedos al recordar lo ocurrido la noche previa a su boda. Había sabido disfrazar muy bien la verdad para que todos creyesen que la pobre esclava había decidido quitarse la vida. Enfocó toda su atención en la botella de licor que su padre había abierto para celebrar el nacimiento de su nieto. Tenía la garganta reseca y una necesidad imperiosa de ahogar los recuerdos en

alcohol. Pero no podía flaquear; mucho menos, defraudar la confianza que su padre había depositado en él para completar su plan. Debía darse prisa. Miró por la ventana. Estaba anocheciendo y lo esperaba un viaje de al menos dos horas. Sin perder tiempo, llamó a uno de los esclavos y ordenó que el cochero tuviese el carruaje para partir cuanto antes. Respiró hondo para resistir la tentación de beber un trago antes de salir y se escabulló entre las sombras que se recortaban contra la pared de la galería sin que nadie de la casa lo viera.

El cochero lo estaba aguardando cerca del camino principal. No preguntó ni quiso saber la razón de tanto misterio. Tras recibir las indicaciones necesarias, se subió al pescante de la volanta y azuzó con un grito a los caballos.

Augusto se asomó por la ventanilla cuando el carruaje se empezó a mover. Alcanzó a vislumbrar una silueta atravesando el jardín. Era Edileusa. La negra caminaba de prisa mientras miraba a cada rato por encima de su hombro.

En sus brazos, llevaba a la maldita bastarda.

*

El orfanato se encontraba en Indaiatuba, a unas cuantas millas de distancia, más al sur de la provincia de São Paulo. El moderno edificio de muros blancos albergaba a una numerosa congregación de las carmelitas descalzas. Algunas de ellas provenían del convento de Santa Teresa y habían sido discípulas de la fundadora de la orden en territorio brasileño. No solían recibir visitas nocturnas; sin embargo, bastó que el caballero que acababa de golpear a la puerta mencionase su apellido para que le concedieran el permiso de ingresar al lugar.

Augusto fue escoltado por una monja que caminaba encorvada hasta el despacho de la Madre Superiora. La religiosa, curiosa por saber el motivo de su visita, no lo hizo esperar. Siempre trataba con su padre, don João, por eso le resultó llamativo que su hijo se hubiese presentado en el hospicio, a esas horas, y con la urgencia de hablar con ella.

—Le agradezco que haya aceptado recibirme, madre —dijo Augusto, ocupando la butaca frente a ella—. Sé que ya es tarde y la

estoy incomodando. Créame que no hubiese venido si no se tratara de un asunto importante.

La madre superiora esbozó sus finos labios en una sonrisa benevolente.

—No se preocupe, señor Soares do Carvalho. Somos siervas del Señor y él no conoce de horarios. ¿Qué puedo hacer por su merced?

Augusto se aclaró la garganta antes de responder. Lamentó no haberse dejado vencer por la tentación y beber un poco de alcohol cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. ¡Qué falta le hacía! No era fácil presentarse allí para decirle que necesitaba llevarse a una niña que reemplazara a la que acababa de nacer. Pensó muy bien en su discurso antes de volver a abrir la boca.

—Quizá le resulte extraño el motivo de mi inoportuna visita, madre. Si me tomé el atrevimiento de venir a estas horas es porque no podía esperar hasta mañana. —Se inclinó hacia atrás y, aprovechando el amplio espacio que había entre la butaca y el escritorio, se cruzó de piernas. Estaba nervioso y no podía disimularlo—. Se trata de mi esposa.

—¿Se casó?

—Sí, contraje matrimonio con Maria Graça, la hija menor del coronel Esteves. ¿La conoce?

—Solo de nombre —respondió la religiosa—, pero tengo entendido que pertenece a una buena familia. Sin dudas, hizo una buena elección al casarse con la joven.

Augusto optó por no hacer ningún comentario. Temía que el resentimiento que sentía hacia su esposa se le notase en la voz. Por más que lo intentase, no podía dejar de imaginársela en brazos de ese malnacido que le había robado la inocencia. Aunque parte de él creía que Maria Graça era tan culpable como el esclavo, todavía guardaba la esperanza de que hubiese sido engañada. Era lo único que evitaba que perdiera definitivamente la cabeza.

—¿Qué ocurre con ella?

La pregunta de la madre superiora lo trajo de regreso al presente.

—Maria Graça acaba de dar a luz. —Se removió en su asiento—. Las cosas no salieron bien. El parto se adelantó y la niña… la niña nació

muerta.

—¡Qué terrible noticia! —exclamó la monja, apretando con fuerza la medallita del Cristo Redentor que colgaba sobre su pecho.

—Mi querida esposa no tiene consuelo, y nuestro mayor temor es que termine enloqueciendo de dolor —manifestó, fingiendo el mismo pesar que mostraría un padre entristecido por la muerte de su hija recién nacida—. Por eso estoy aquí, madre. Sé que su congregación se ocupa de criar a los huérfanos que la gente de pocos recursos no puede.

—Así es. —La madre superiora suspiró profundo—. Lamentablemente, a nuestra puerta llegan muchas criaturas con hambre, pero también con carencias afectivas. La mayoría de ellos están enfermos, desnutridos y piojosos. Nosotras, gracias a los donativos que personas tan benévolas como su señor padre ofrecen todos los meses, logramos que esos pobres niños salgan adelante. Muy pocos tienen la fortuna de regresar con sus familias o de encontrar un nuevo hogar. —Hizo una pausa y lo observó con suma atención durante unos segundos—. Esa es la razón de su visita, ¿no es así?

Augusto asintió. Era un gran alivio que hubiese adivinado lo que quería.

—Sé que nada reemplazará a la niña que perdimos; pero sería un gran consuelo para Maria Graça poder darle todo ese amor a otra criatura.

La madre superiora notó, por su manera de expresarse, que él no sufría tanto por la pérdida de su hija. No podía culparlo. Quizá llevase la procesión por dentro. Conocía a don João Soares do Carvalho, y si había heredado la mitad de su carácter bondadoso, no había nada de lo que preocuparse. Pensó en la pequeña que había llegado al hospicio el mes pasado. Su madre había muerto al dar a luz y nadie sabía dónde estaba el padre. La pobre criatura había sido dejada en la iglesia, envuelta en una manta sucia y completamente desnuda. Gracias a la leche de una nodriza que colaboraba con el hospicio, la niña había ganado peso y no le costó nada conquistar a las monjas con sus gorjeos y su hermosa sonrisa, convirtiéndose rápidamente en una de las huérfanas más consentidas del cunero.

—Hay una pequeña que está bajo nuestro cuidado desde hace unas pocas semanas. ¿Le gustaría conocerla?

La pregunta de la religiosa lo tomó por sorpresa. No esperaba que todo sucediera tan rápido. Quizá las influencias de ser un Soares do Carvalho terminarían facilitando las cosas. Su padre lo quería ver regresar con una niña en los brazos y, al parecer, no lo defraudaría.

Accedió a su propuesta y acompañó a la Madre Superiora hasta el cunero. La habitación se encontraba al otro lado de la extensa galería en forma de U que rodeaba el edificio. Había un banco de madera junto a la entrada y un rosario de cuentas blancas colgaba de la puerta.

La madre superiora entró y él la siguió. Un niño de enormes ojos negros se sujetó de los barrotes de su cuna y le clavó la mirada. No debía tener más de dos años, pero contaba con la fuerza necesaria para alcanzar la parte más alta y tratar de escapar. Augusto no supo cómo reaccionar. Gracias a Dios, una monja a la que no había visto porque estaba acomodando unos enseres en el rincón se ocupó de él, alzándolo en brazos y susurrándole una canción al oído.

—Es por aquí —le indicó la madre superiora, percibiendo su inquietud—. Lo que estos niños más ansían es encontrar una familia. Quieren irse con cualquiera que se acerque a ellos, y sin dudas vuestra merced captó la atención del pequeño.

Augusto se limitó a asentir. Su manera de mirarlo, como si le suplicase en silencio que se lo llevase de allí, lo había descolocado.

La cuna de la niña que había mencionado la madre superiora era una de las últimas de la fila. Se aproximó con cautela, observando todo lo que sucedía a su alrededor. Ningún otro huérfano volvió a perturbarlo.

—Está dormida. La nodriza viene por las tardes para alimentarla. —Se inclinó sobre la cuna y apartó la cobija de lana que tapaba a la niña—. Venga, acérquese para que pueda verla mejor.

Augusto vaciló un instante. Desde donde se encontraba, alcanzó a ver una cabecita cubierta de pelusa dorada. Continuó observándola con atención. Tenía las mejillas rosadas, y por la boca un poco abierta se asomaba la punta de su lengua. Dormía plácidamente, con un brazo

flexionado y el otro apoyado encima de la almohada.

—No conocí a su madre, pero me contaron que era una mujer muy hermosa.

Augusto guardó silencio. No podía apartar la mirada de la niña. Más la contemplaba y más se convencía del parecido que había entre ella y Maria Graça. Nadie dudaría de que era suya al verla. Ignoraba el color de sus ojos, pero tenía el cabello rubio.

—La quiero —manifestó, sin titubear—. ¿Qué es lo que tengo que hacer para llevármela esta misma noche?

La madre superiora, sorprendida por su repentino interés, volvió a cubrir a la niña con la manta y se tomó unos segundos para contestarle.

—¿Está seguro de lo que va a hacer, señor Soares do Carvalho?

—Sí, madre. Me bastó ver a la niña para sentir que es la indicada. Maria Graça la recibirá con los brazos abiertos. Puede quedarse tranquila; será criada dentro del seno de una de las mejores familias de Campinas. Nunca le faltará nada.

—Cariño y protección es lo que más necesitan estos niños —le recordó la religiosa.

—Los tendrá, madre, se lo juro.

Ante la promesa apasionada que acababa de pronunciar el hijo de uno de sus mayores benefactores, la madre superiora no encontró ningún impedimento para entregarle a la niña en adopción. Regresaron al despacho para legalizar la entrega con la firma de unos documentos mientras una de las hermanas alistaba a la pequeña para dejar el hospicio en brazos de su flamante padre.

*

A Eva Guimarães casi le da un síncope cuando su hijo Marquinhos entró corriendo a la casa en medio de la noche y dejó la puerta abierta de par en par. Estaba agitado y apenas lograba entender lo que trataba de decirle. Se acercó, se arrodilló para estar a su altura y, sujetándolo de la barbilla, hizo que la mirara.

—¿Qué ocurre, cielo?

El pequeño de unos cinco años clavó sus ojos color café más allá de

la puerta, donde solo se veía oscuridad. Eva pensó en Bernardo. ¿Y si le había ocurrido algo a su esposo? Era el capataz de confianza de don João y muchas veces se quedaba hasta tarde en la casa grande por si el patrón lo necesitaba. Sin embargo, nunca la había dejado con la cena lista en la mesa.

—¡Habla, hijo! —Lo zamarreó un poco para hacerlo reaccionar, pero solo consiguió que se echase a llorar.

Eva lo estrechó entre sus brazos para calmarlo y, sin saber a ciencia cierta a qué o a quién se estaban enfrentando, le aseguró que no había nada que temer. Cuando Marquinhos dejó de lloriquear, se apartó de él y se puso una capa sobre los hombros. Bernardo no llegaba y ya no podía seguir esperando con esa incertidumbre clavada en el cuerpo. Se disponía a salir cuando vislumbró una sombra deslizándose a toda prisa por el patio. No supo qué hacer. Lo primero era poner a su hijo a salvo. Le ordenó a Marquinhos que corriera a su habitación y se escondiese debajo de la cama. Cuando el niño preguntó cuánto tiempo debía quedarse allí, Eva respondió que ella lo llamaría. Le dio un beso en la frente y se aseguró de que hubiese cerrado bien la puerta de su cuarto. Tomó un candil y, apenas puso un pie fuera de la casa, esa misteriosa figura vestida de negro que se mezclaba con la oscuridad se plantó delante de ella. Tardó en reconocerla. Era Edileusa, la esclava de los Esteves, quien se había instalado en La Aurora para acompañar a la esposa del señor Augusto.

—¿Edileusa? —Acercó el candil para verla mejor. Fue entonces que vio que cargaba una criatura en los brazos.

La negra asintió en silencio.

—¿Qué hace aquí a esta hora? —Pensó en la señora Maria Graça—. ¿Se trata de su niña? ¿Le ha ocurrido alguna cosa?

Las preguntas a boca de jarro que formuló la esposa del capataz se quedaron sin respuesta.

—¿Podemos pasar?

Eva, perpleja, tardó en decir que sí. Entraron a la casa y cerró la puerta. El supuesto peligro que había atemorizado a su hijo ya no existía; sin embargo, le inquietaba la ausencia de su esposo.

—¿Quiere tomar algo caliente? Tengo café en la estufa. —Dejó el

candil encima de una mesita de arrime y sacó dos tazas de la alacena.

—No se preocupe por mí, Eva —le dijo Edileusa mientras mecía a la niña en un acompasado vaivén para evitar que despertase. Se habían cruzado en muchas ocasiones en la casa grande, donde Eva se desempeñaba como cocinera—. He venido hasta aquí buscando a su esposo. Don João quiere que me lleve de regreso a la hacienda de los Esteves.

—Bernardo no ha llegado todavía. ¿No se cruzó con él en la casa grande?

—Salí sin que nadie me viera.

Eva asintió. La respuesta de la esclava era esperanzadora. Quizá Bernardo no había aparecido todavía porque algo o alguien lo había entretenido por el camino. Era usual que se le pasara el tiempo conversando con los peones o bebiendo un poco de aguardiente con los otros capataces.

Cuando Edileusa cambió de posición para acomodar a la criatura, la manta se movió y Eva pudo conocerla por fin.

—Se llama Candelaria —dijo la esclava, al borde de las lágrimas—. Acaba de nacer y ya ha sido expulsada de su hogar.

—Es mulata.

Edileusa asintió.

—Don Augusto y su señor padre me obligaron a quitársela a la niña Maria Graça. No quieren que Candelaria crezca a su lado. Me la entregaron para que el coronel y su esposa decidan qué hacer con ella. —Le acarició el rostro con uno de sus dedos—. Esta pobre criatura inocente ya está purgando el pecado de sus padres.

Eva se sentó a su lado y escuchó con atención la historia de ese amor prohibido entre la hija del coronel Esteves y el esclavo Dimas que había signado para siempre la vida de su pequeña hija.

Ninguna de las dos se percató de que Marquinhos, quien había salido de su escondite para averiguar con quién hablaba su madre, también las estaba escuchando.

El niño alcanzó a meterse de nuevo en su habitación cuando su padre llegó. Tanto Bernardo como Eva le ofrecieron a Edileusa quedarse esa noche en su casa. Se había hecho tarde y era mejor

esperar hasta el día siguiente para ir hasta la hacienda de los Esteves.

Edileusa, angustiada por la suerte que correría la pequeña Candelaria una vez que sus amos supieran la verdad, aceptó la oferta del matrimonio Guimarães de pasar la noche allí.

*

Cuando Augusto llegó a La Aurora era casi medianoche. Le indicó al cochero que rodeara la casa para entrar por la parte de atrás y evitar que alguien lo viera. Se bajó del carruaje con la pequeña dormida en brazos y le recordó al esclavo que si abría la boca sobre lo que había ocurrido esa noche terminaría amarrado al tronco, con la espalda hecha jirones a latigazos. Esa amenaza bastó para que el pobre cochero prometiera guardar el secreto; llevó la volanta hasta el cobertizo y se fue a dormir con la panza vacía. No quería pasar por la cocina y que alguien le preguntase dónde se había metido.

Augusto cruzó la galería con sigilo mientras rezaba para que la niña no se pusiera a berrear y despertase a todo el mundo. Entró por la puerta que daba al salón con la esperanza de encontrarse con su padre. Le habría gustado hablar con él antes de entregarle la niña a Maria Graça, pero don João no estaba allí. Sin perder tiempo, subió de prisa las escaleras y se plantó frente a su habitación. Escuchó los sollozos de su esposa y los intentos de Amaranta de calmarla con palabras de consuelo. Cualquiera en su lugar sentiría pena por ella después de que le arrebataran a su hija de los brazos. Sin embargo, la rabia de ver su orgullo pisoteado no le permitía ser piadoso con una mujer que se había atrevido a engañarlo con un esclavo. Maria Graça debía pagar por su traición y debía hacerlo de la peor manera.

Entró en la habitación y cerró la puerta. Amaranta enseguida se puso de pie y permaneció junto a la cama, esperando quizá que el amo le ordenase salir. Por el rabillo del ojo, vio que cargaba un bulto entre los brazos. Maria Graça también lo vio y una sonrisa le iluminó el rostro.

—¡Mi niña! ¡Me has traído a mi niña de regreso! —exclamó, abalanzándose sobre él para recuperar lo que creía que había perdido para siempre.

Augusto se la puso en los brazos sin pronunciar ni una sola palabra.

Maria Graça abrió la manta y su semblante se transformó.

—No… no es Candelaria —musitó mientras el llanto volvía a inundar sus ojos. Miró a Augusto buscando una explicación—. ¿Dónde está mi hija? ¡Quiero a mi hija!

—Esta niña será nuestra hija a partir de hoy. Todo el mundo creerá que es la criatura que acabas de parir —sentenció, sin ninguna contemplación. Observó a la esclava con dureza, dándole a entender que debía mantener esa verdad a cualquier costo—. La bastarda que cargaste en tu vientre durante nueve meses mientras jugabas a la familia feliz no crecerá bajo este techo. En vez de lamentarte por lo que perdiste, tendrías que darme las gracias por lo que hice. Te estoy dando la oportunidad de convertirte en esa madre que tanto deseabas ser. Mírala, es una niña hermosa. ¡Si hasta se parece a ti!

Maria Graça no quería mirarla. Esa criatura no era carne de su carne; no era el fruto de ese gran amor que aún latía en su pecho por el esclavo Dimas. Se la dio a Amaranta para que se encargase de ella y regresó a la cama. Se hizo un ovillo para no tener que seguir escuchando las barbaridades que escupía Augusto con rabia. El respeto y el afecto que alguna vez llegó a sentir por él se habían transformado en desprecio. Jamás le perdonaría que le hubiese quitado al ser que más amaba en su vida.

—He obrado de buena fe, querida. No puedes condenarme por ello —le dijo, sonriendo con ironía—. Esta chiquilla lo ha perdido todo y estaba condenada a crecer en un hospicio. Ahora pasó de ser una pobre desahuciada a convertirse en la hija de don Augusto Soares do Carvalho y doña Maria Graça Esteves. ¡No lleva nuestra sangre, pero al menos no tendré que sentir repugnancia cada vez que la mire y el color de su piel me recuerde al hombre con el cual te revolcaste antes de casarte conmigo!

Como si la niña tuviese la capacidad de escucharlo, Amaranta se dio media vuelta y se alejó hacia la ventana. No se encontraba cómoda siendo testigo involuntario de lo que ocurría entre sus amos. Comenzó a hamacar a la pequeña cuando se dio cuenta de que había abierto los ojos. Entonces descubrió que eran de una tonalidad azulada, muy

similares a los de su señora. Don Augusto tenía razón. Por alguna coincidencia extraordinaria del destino, la niña se parecía mucho a su esposa. El suave balanceo de su cuerpo y la canción de cuna que le susurraba bajito lograron que volviera a quedarse dormida.

—Compórtate como lo que eres, Maria Graça. —Augusto rodeó la cama para poder verla a los ojos mientras le hablaba—. Esa niña ahora depende de ti. Ni siquiera un nombre tiene. En el hospicio la llamaban Sol por el color de su cabello. Busca uno que sea de tu agrado y mañana mismo la registraremos con el notario. —Se giró sobre sus talones y le lanzó una última advertencia—: La verdad de lo que ocurrió aquí hoy no puede salir a la luz. Se quedará enterrada para siempre como el más oscuro de nuestros secretos. Espero que no lo olvides nunca, querida.

Maria Graça apretó el amuleto con fuerza cuando su esposo se marchó dando un violento portazo que hizo temblar las paredes de la habitación. Se llevó las manos al vientre vacío y el llanto la venció de nuevo. ¿Cómo haría para olvidar a su hija? Le había bastado tenerla unos minutos pegada contra su pecho para comprender que se moriría de tristeza al no tenerla.

Escuchó que Amaranta se acercaba a la cama.

—*Sinhá* Maria Graça, ¿no quiere ver a la niña? El portazo que dio don Augusto la despertó.

Maria Graça negó con la cabeza. Antes de que Amaranta tuviese la oportunidad de mostrársela, se volteó y se tapó la cabeza.

—Es muy bonita —dijo, tratando de convencerla—. A pesar de ser tan pequeñita, tiene mucha fuerza en las manos. ¡Mire cómo me aprieta el dedo! —Se arrodilló sobre la cama y colocó a la niña a su lado—. ¡Ahora se está riendo! ¿No siente aunque sea un poco de curiosidad en conocerla y comprobar si es verdad que se le parece?

Maria Graça seguía inmóvil, escudándose debajo de las sábanas. Ni siquiera cuando la niña comenzó a lloriquear, seguramente de hambre, se dignó a mirarla.

—¡Pobrecita, vaya a saber desde cuándo no come! —comentó Amaranta en tono lastimero. Si su propósito era despertar la compasión de Maria Graça, no lo consiguió. Tras varios intentos

fallidos, acostó a la niña en la cuna y bajó a la cocina para prepararle un biberón de leche.

Apenas se quedó sola, y empujada por el instinto maternal, Maria Graça abandonó por fin la cama. Muy despacio, se aproximó a la cuna de madera labrada que ella misma había vestido para su hija con tanta dedicación y contempló a la niña que yacía en su interior. Su mano temblorosa se deslizó por uno de los barrotes de madera mientras la escudriñaba con una extraña mezcla de curiosidad y fascinación. Ya no lloraba, pero se movía inquieta, como si intentase comunicarse con ella. Amaranta había dicho que tenía hambre. Se le estrujó el corazón al pensar en Candelaria. ¿Estaría también pasando alguna penuria? Su único consuelo era que Edileusa la estaba cuidando. Esa niña que Augusto le había traído para reemplazar a aquella que tanto aborrecía era una criatura indefensa, no podía abandonarla como habían hecho con su propia hija. La llamaría Juliana, en honor a su abuela. La levantó con cuidado, la acomodó entre sus brazos y se sentó lentamente sobre la silla mecedora sin dejar de mirarla. Notó entonces que tenía el camisón mojado. Sus pechos, cargados de leche, habían empezado a gotear. Se desprendió los primeros botones y acercó el rostro de la niña hasta que su boca se cerró alrededor del pezón hinchado. Los primeros chupones le provocaron un agudo dolor en el pecho, pero a medida que la pequeña succionaba se fue apaciguando. Apoyó la cabeza en el mullido respaldo de la silla y empezó a balancearse hacia atrás y hacia adelante mientras entonaba una canción de cuna.

En el pasillo, Amaranta se detuvo frente a la puerta al escucharla cantar. No le hizo falta entrar en la habitación para saber que se acababa de obrar un milagro. Regresó a la cocina con el corazón aliviado y una amplia sonrisa en los labios.

*

La madre de Maria Graça no resistió la impresión y terminó con un soponcio que la dejó desmadejada sobre el sofá del salón. El coronel Esteves, tras poner el grito en el cielo, se sirvió un trago de su mejor aguardiente y se lo bebió de un solo sorbo. Allí, frente a sus ojos,

tenían la prueba irrefutable de la aberrante locura que había cometido su hija al permitir que uno de sus esclavos la despojase de su honra.

Edileusa tenía que hacer un gran esfuerzo para no llorar. Se había jurado mostrarse fuerte delante de los amos y proteger a la pequeña Candelaria de cualquier maldad.

—¿Qué haremos? —se cuestionaba el coronel, paseándose por el salón como un león enjaulado. De vez en cuando observaba a su esposa, quien, tirada en el sillón, se abanicaba con vehemencia.

—No… no es verdad, querido. ¡Dime que todo esto no es más que una horrible pesadilla! —vociferó, moviendo la cabeza de un lado a otro, negándose a aceptar lo que era tan evidente.

—Yo puedo hacerme cargo de la niña.

La voz trémula de Edileusa provocó que los Esteves se quedaran pasmados. Durante unos cuantos segundos nadie dijo nada. Parecía que el silencio se había convertido en el mejor aliado. Doña Isadora y el coronel intercambiaron un par de miradas suspicaces antes de clavar sus ojos en la esclava.

—¿Qué es lo que quieres decir, Edileusa? —inquirió la madre de Maria Graça, con la frente arrugada.

—Si vuestras mercedes están de acuerdo, diré que Candelaria es la nieta de una prima mía que fue vendida hace muchos años a otra hacienda y que cuando su hija murió, poco después de dar a luz, decidió entregármela a mí para que la cuide porque ella está muy enferma. Es una gran mentira —reconoció—, pero bastaría con que se corriera el rumor para que todo el mundo la creyese.

El coronel Esteves se sirvió otro trago y se sentó. Debía evaluar seriamente la oferta de la negra antes de emitir una respuesta. Miró a su esposa; sin embargo, no dejaría que interviniese en su decisión, fuera cual fuese. No la culpaba por lo sucedido. En parte, el mayor responsable de que su hija terminase en brazos de un maldito esclavo era él. Si se hubiese negado cuando Maria Graça le pidió que le permitiera enseñarle a leer y a escribir al tal Dimas, ahora no se encontrarían en semejante encrucijada.

—Quizá no es una mala idea —manifestó, tamborileando los dedos en el respaldo del sofá.

Doña Isadora abrió bien grande los ojos.

—¿Vas a permitir que esa mocosa crezca en la hacienda? —lo cuestionó, indignada.

—Lo queramos o no, es nuestra nieta —aseveró, pensativo—, aunque nadie tiene por qué saberlo.

—La verdad siempre sale a la luz —vaticinó su esposa, reacia a acatar su voluntad.

El coronel hizo caso omiso a su comentario y observó a la esclava con la criatura en brazos. Ni él ni Isadora se habían interesado en ver a la niña. Les bastó oír de sus labios que Maria Graça había dado a luz a una mulata para negarse a conocerla.

—Te podrás quedar con ella, si es lo que deseas.

—¡Sí, amo! ¡Es lo que más deseo en el mundo! —respondió Edileusa, con una luz de esperanza brillando en sus ojos oscuros.

—La historia que inventaste es bastante creíble y asumo que nadie sospechará de quién es hija la mulatita cuando la cuentes.

Edileusa asintió. Estaba a punto de echarse a llorar, pero tenía miedo de despertar a Candelaria y logró contenerse.

—Vivirá contigo en tu cuarto y tendrá terminantemente prohibido acercarse a nosotros. —Esperó a que la negra dijera que sí y continuó enumerando un sinfín de condiciones que debía respetar para criar a la niña como si fuese sangre de su sangre.

Impávida, sin posibilidad de emitir su opinión al respecto, doña Isadora lo escuchaba con atención. Su mayor preocupación ahora era el matrimonio de Maria Graça. Sabía que un hombre como Augusto Soares do Carvalho jamás perdonaría una traición semejante. La libertina de su hija se había labrado su propia desdicha al entregarse a uno de sus esclavos. Le angustiaba su destino, pero en el fondo sentía que lo tenía bien merecido. Cuando por fin pudo intervenir en la conversación, le ordenó a Edileusa que se retirara para hablar a solas con su esposo. La pequeña Candelaria, quizá asustada por el vozarrón de su abuela, empezó a lloriquear. La pobre negra recibió una nueva advertencia antes de marcharse.

—¡Ay de ti si la escucho llorar! —le dijo doña Isadora haciendo un ademán amenazador con la mano.

Edileusa se encerró en su habitación y colocó a Candelaria sobre la cama. ¿Dónde dormiría? Recordó que en el desván habían guardado la cuna que había pertenecido al señorito Alexandre y luego a su hermana. Le pediría permiso al coronel y a la señora Isadora para bajarla. Rogó que no se negasen a prestársela. Apartó la manta y descubrió la razón del llanto de la niña. Se había mojado el pañal y seguramente tendría la piel irritada. Hacía mucho tiempo que no se ocupaba de una criatura tan pequeña. Sonrió mientras le acariciaba la panza. Necesitaba cambiarla, buscarle ropa apropiada y, sobre todo, prepararle un biberón de leche tibia para saciar su apetito. Puso dos almohadas a su alrededor a modo de barricada y la volvió a cubrir con la manta. Se levantó y antes de cerrar la puerta, le dedicó una última mirada.

Mientras se dirigía a la cocina, ensayó una y mil veces la gran mentira que estaba a punto de contar.

DIECIOCHO

Unos meses después

Esa mañana gris de septiembre, una berlina se detuvo frente a la casa grande de la hacienda de los Esteves. El cochero, apurado en regresar a la ciudad antes de que lo pescase la tormenta, miró por encima de su hombro con impaciencia. Como el pasajero no salía, decidió ir a ver qué pasaba. No alcanzó a sujetar el pomo de la puerta, que esta se abrió de golpe y un joven asomó la cabeza.

El cochero se había dado cuenta de inmediato de su condición; por eso, le tendió la mano para brindarle su ayuda. El joven se rehusó a aceptarla y, con cierta dificultad, logró bajarse. Le indicó que dejara el equipaje junto a las escalinatas, y tras darle unas monedas por su servicio le dijo que ya podía marcharse.

Alexandre permaneció allí, en medio del sendero pedregoso, escuchando el traqueteo del carruaje alejándose del lugar. Nadie lo esperaba porque había preferido no avisar. La suave brisa que provenía del valle le rozaba la cara, trayéndole el dulce aroma de la flor del café. Después de estar un año ausente, se daba cuenta de lo mucho que echaba en falta su tierra. Agudizó los oídos porque creyó percibir que alguien se acercaba.

—¿Quién está ahí? —preguntó, oteando a su alrededor.

Edileusa, embargada por la emoción, no pudo mencionar palabra alguna. Había visto al señorito Alexandre bajarse del carruaje a través de una de las ventanas del salón y temía que hubiese sido un espejismo. Pero no lo era. El joven había vuelto. Estaba allí, de pie junto a su equipaje, como esperando que alguien viniese a buscarlo.

—¡Niño Alexandre! —exclamó, avanzando con rapidez hacia él. Casi tropezó con una de las valijas, pero no le importó. Lo único que

deseaba era abrazar a ese hombre enfundado en su uniforme militar al que había criado desde pequeño.

Alexandre, poco afecto a los sentimentalismos, derramó un par de lágrimas mientras Edileusa lo abrazaba con fervor. Cuando la esclava se apartó de él para verlo mejor, percibió algo diferente.

—¿Qué ocurre, niño? —Posó su mano sobre la mejilla masculina, cubierta por una tupida barba, y entonces descubrió que sus ojos no la estaban mirando. Impresionada, se llevó la mano a la boca para ahogar un grito de espanto—. ¡Ha perdido la vista! ¡Mi niño!

Alexandre, siguiendo su voz, la sujetó de los hombros con fuerza.

—No te alarmes, nana —le dijo, para tranquilizarla—. Necesito que me ayudes a llegar a la casa. ¿Podrás hacerlo?

Edileusa quería contener el llanto, pero no lo consiguió. Los ojos de su muchacho estaban vacíos. Deseaba darle otro abrazo, preguntarle qué había sucedido con él. Sin embargo, no podía desatender su pedido. Alexandre la necesitaba y ella, como siempre, estaba allí para ser su apoyo. De un manotazo se enjugó las lágrimas y respiró hondo. Lo sujetó del brazo con la intención de guiarlo hasta la casa, pero él se lo impidió.

—No quiero entrar por la puerta principal —pidió, esbozando apenas una sonrisa.

—Iremos por la cocina.

Alexandre asintió y le apretó la mano que se ceñía alrededor de su antebrazo.

—Gracias, nana.

Edileusa respondió con una caricia en la mejilla del muchacho y se echaron a andar hacia la casa por la parte lateral. En el camino se cruzaron con un par de esclavos que le dieron la bienvenida a la hacienda con un enfático movimiento de cabeza. Gesto que, por supuesto, Alexandre no vio.

—¿Estás listo, niño? —preguntó Edileusa frente a la puerta de la cocina.

Aunque jamás lo estuviese, él asintió de todas maneras. No quería angustiar más a la pobre negra.

Fue la propia Edileusa quien impidió que alguien abriese la boca

para comentar algo inapropiado. Intercambió un par de miradas con Gerarda y le hizo señas a una de las esclavas más jóvenes de que abandonara la cocina.

—Ven, mi niño. Siéntate un rato con nosotras.

Gerarda, tan impresionada como Edileusa por la ceguera del joven Alexandre, seguía muda.

—Gerarda, ¿estás aquí? —quiso saber él, al percibir el olor a pastel de plátanos recién horneado.

La cocinera se acercó y miró de reojo a Edileusa antes de responderle.

—¿Dónde más podría estar, señorito? Ya sabe usté que este es mi lugar en el mundo. —Le rozó la mano en una muestra de cariño. Ella también lo había visto crecer, y muchas veces, a escondidas de su madre, le procuraba los dulces que le eran negados—. ¿Le gustaría una rebanada de pastel? ¡Parece que hubiese adivinado que volvería hoy a la hacienda! Si mal no recuerdo, el de plátanos siempre ha sido su favorito.

Alexandre, aliviado por no tener que responder preguntas incómodas, se sintió reconfortado por el caluroso recibimiento de esas dos mujeres que lo habían colmado de tantos mimos durante su infancia.

—Nada me gustaría más que probar ese pastel, Gerarda. —Esbozó una sonrisa y le devolvió el gesto con un suave apretón de manos que casi le arranca unas lágrimas a la negra—. Si sabe tan bien como huele, sería un sacrilegio de mi parte rechazar tu tentadora oferta.

Gerarda cortó una rebanada generosa y le sirvió un chocolate bien caliente. Colocó todo justo delante de sus narices. El humo de la espesa infusión le bastó a Alexandre para dar con la taza de porcelana en cuestión de segundos. Aunque no era capaz de ver nada, podía adivinar lo que estaba sucediendo a su alrededor. Imaginó a Edileusa y a Gerarda de pie, rodeando la mesa, atentas a cada uno de sus movimientos y con el temor constante de que a él se le cayera algo o que terminase quemándose con el chocolate.

—Delicioso —expresó, tras probar un poco del pastel de plátanos.

—Gracias, señorito —respondió Gerarda, haciendo un gran esfuerzo

para no dejarse vencer por las lágrimas. No era fácil ver a un hombre tan joven y tan bueno en ese estado. La maldita guerra se los había devuelto ciego.

Alexandre estaba a punto de beber un sorbo de chocolate cuando sintió un revuelo de faldas muy cerca suyo. Regresó la taza a su sitio, haciendo un ligero tintineo, y entonces escuchó el llanto de un bebé.

—¡Ya, mi niña, no llores!

—¿Edileusa? —preguntó Alexandre, sorprendido. No recordaba que alguna de las esclavas estuviese encinta cuando partiera hacia el frente. Claro que desde ese momento ya había transcurrido poco más de un año. Sintió curiosidad, por eso insistió en saber de quién era la criatura que chillaba con tanto ímpetu.

Edileusa, escapando de una respuesta que no estaba preparada para dar, sacó a la pequeña Candelaria de la cuna y la meció entre sus brazos.

—¿Quién es, Gerarda?

La cocinera, desentendiéndose de la situación, se dirigió a la estufa y se puso a atizar el fuego. No le gustaba entrometerse donde no la llamaban. Aunque Edileusa nunca se lo había confesado, ella sospechaba que la niña no era la nieta de su prima como todos creían. Estaba segura de que había inventado esa historia junto con el coronel y su esposa para esconder la verdad. La consideraba su amiga, y por tal razón respetaba su derecho a mantener ese secreto que cargaba en el alma desde el mismo día en el que apareció en la hacienda con la mulatita en brazos. Nadie le quitaba de la cabeza que la pequeña Candelaria era fruto de ese desafortunado amor entre la niña Maria Graça y el pobre de Dimas. Bastaba ver las miradas cargadas de desprecio que le dedicaban los amos para darse cuenta de cuál era su origen.

Edileusa, incapaz de revelar la verdadera identidad de la niña por temor a alguna represalia de parte del coronel Esteves o de su esposa, continuó con la farsa, relatándole la misma mentira que venía contando desde hacía casi siete meses.

Y el joven Alexandre, ajeno a lo que había ocurrido durante su ausencia, creyó en sus palabras.

*

Maria Graça no se cansaba de contemplar a la pequeña Juliana. Dormía como un angelito después de haberse saciado con su leche. Crecía hermosa y fuerte. Nadie diría jamás que había pasado una temporada en un hospicio, a la espera de que algún corazón generoso se apiadara de su situación y le ofreciera el calor de un hogar bien constituido. Aunque había odiado a su esposo por haberla traído con la oscura intención de reemplazar a su verdadera hija, ahora estaba absolutamente enamorada de esa criatura de rizos dorados y enormes ojos azules. Todos aseguraban que era su vivo retrato. Incluso sus padres, sabiendo que Juliana no llevaba ni una gota de su sangre, habían deslizado algún que otro comentario al respecto durante sus asiduas visitas a La Aurora. Ella, siempre que podía, con la complicidad de Amaranta y de su querida nana, se escapaba para ver a su hija. Los encuentros se daban en la humilde vivienda de Bernardo, el capataz de los Soares do Carvalho. Allí, su esposa Eva y el pequeño Marquinhos eran testigos de cómo Maria Graça, apretaba entre sus brazos a la pequeña mulata mientras unas cuantas lágrimas resbalaban por sus mejillas. No había espacio para las preguntas. La imagen era tan conmovedora que ni Eva ni Bernardo dudaban de quién era la madre de la criatura.

Edileusa se las ingeniaba para llevarla aunque sea una vez por semana a La Aurora, y así Maria Graça podía pasar un rato con Candelaria sin que nadie se lo reprochase o prohibiera. Augusto ignoraba lo que ocurría casi bajo sus propias narices. Aprovechaban sus recorridos vespertinos por el cafetal y la siesta sagrada que tomaba don João para salir de la casa sin que se dieran cuenta.

Los esporádicos momentos que pasaba con su hija en brazos, adorándola con miradas cargadas de devoción y caricias amorosas, eran los que la mantenían con deseos de seguir viviendo. La llegada de Juliana también había contribuido a no morirse de tristeza cuando su esposo y su suegro la despojaron de lo que más amaba. Adoraba a las dos niñas y soñaba con criarlas juntas, como hermanas. Se inclinó sobre la cuna para apartar un pequeño mechón de cabello que caía sobre la nariz de Juliana y amenazaba con interrumpir su sueño

cuando oyó que golpeaban a la puerta.

—Adelante —dijo en voz baja.

—*Sinhá* Maria Graça, su esposo quiere verla en el despacho —le anunció Amaranta, acercándose a la cuna para ver a la niña.

—¿Qué ha sucedido? —No era habitual que Augusto la mandase a llamar para hablar con ella en su *refugio*. Cada vez que discutían o él se empeñaba en evitarla, se aislaba entre esas cuatro paredes durante horas.

—Solo sé que un mensajero trajo un recado de la hacienda del coronel.

Maria Graça le pidió que se quedara velando el sueño de Juliana y abandonó la habitación para ir al encuentro de su esposo.

Cuando ingresó al despacho, y sin mediar palabra alguna, Augusto le señaló un sobre que había encima del escritorio. Maria Graça tampoco dijo nada. Era evidente no solo que se encontraba de pésimo humor, también había estado bebiendo. Rasgó el sobre con cierta ansiedad y apenas terminó de leer lo que su madre había garabateado en unas pocas líneas mencionando la inesperada llegada de Alexandre, supo que algo no andaba bien.

—Necesito ir de inmediato a casa de mis padres —manifestó, volviendo a leer la nota para ver si lograba descifrar qué se escondía detrás del pedido urgente que había hecho doña Isadora.

—¿Qué ocurre? —Augusto se aproximó a ella con la intención de enterarse de qué decía el dichoso recado, pero Maria Graça le dio la espalda y dobló la nota en dos.

—Mi hermano ha regresado a Campinas.

—¿Y tanto alboroto por eso? —replicó su esposo en tono burlón.

—Alexandre se puso a las órdenes de la Guardia Imperial y arriesgó su vida en esa maldita guerra que todavía se libra lejos del territorio brasileño —alegó sin siquiera voltearse para verlo a la cara—. Ahora que ha regresado, después de casi un año, merece ser recibido con todos los honores. No es solo un soldado quien volvió a casa, es mi hermano.

La contundente respuesta de Maria Graça lo dejó sin palabras. No tenía nada en contra de su cuñado. No lo conocía lo suficiente como

para albergar algún sentimiento de afecto hacia él, pero debía reconocer que envidiaba su valentía. Quizá con su retorno a casa podía establecer un vínculo más cercano con el hermano de su esposa. Tenían casi la misma edad y no le vendría nada mal ganarse su confianza.

—Voy contigo —le comunicó.

—No hace falta.

Augusto entonces se colocó detrás de ella y le puso una mano en cintura.

—Quiero acompañarte, querida. —Respiró hondo y cerró los ojos. Olía a agua de rosas y a leche tibia. Supuso que acababa de amamantar a la pequeña Juliana. Por encima del hombro, sus senos se asomaban por el escote del vestido. Los pocos momentos de intimidad que compartían siempre terminaban con una sarta de reproches porque la obligaba a cumplir con sus deberes maritales en contra de su voluntad. La deseaba y la odiaba con la misma intensidad. Inclinó la cabeza hacia abajo para apoderarse del lóbulo de su oreja. Cuando Maria Graça intentó poner distancia entre ambos, se lo impidió, aprisionándola del talle con el brazo izquierdo mientras el derecho se deslizaba por su vientre plano hasta detenerse en la cima de sus pechos.

—Augusto, por favor… ahora no —le suplicó, volteando el rostro hacia un lado para no sentir su aliento caliente que apestaba a licor.

Él ignoró su súplica. Estaba demasiado excitado como para detenerse. Le acarició un pecho por encima de las telas que lo cubrían y dejó escapar un gemido de placer al alcanzar el pezón.

—Aunque te niegues a aceptarlo, tú también me deseas —le susurró al oído.

Maria Graça no podía permitir que su propio cuerpo la traicionara. Cada vez que Augusto la hacía suya, era una verdadera tortura. A pesar de que hubo una época en la cual creyó que podría llegar a sentir algo por él, el dolor que le había causado acabó de cuajo con esa posibilidad. ¿Cómo amar a un hombre que no se tocó el corazón antes de arrancarle a su hija de los brazos? ¿Cómo sentir deseo por alguien que la había lastimado tanto? Se rehusaba a experimentar

cualquier sensación de placer a su lado. Por eso, cada vez que la hacía suya, se mantenía fría y distante. Él no podía poseer ni su alma ni sus pensamientos; esos estaban reservados para Dimas, su único amor.

Cerró los ojos y trató de poner la mente en blanco. Era inútil resistirse. Podía sentir la virilidad latente de su esposo frotándose contra sus caderas. No lograría salir del despacho sin antes ser ultrajada una vez más. Cuando Augusto la sujetó del cuello con la intención de empujarla hacia adelante, se inclinó sin protestar y apoyó la mejilla en la fría madera del escritorio. Le levantó la falda del vestido; hizo lo mismo con las enaguas y de un violento manotazo le deslizó los calzones por los muslos. Maria Graça escuchó que bufaba mientras se abría la bragueta del pantalón. Se apoyó encima de ella y la penetró fuerte. Cada embestida la sumía en la más terrible de las humillaciones. El nudo que se había formado en su garganta le impedía respirar con normalidad, aun así, se había jurado que ya no volvería a llorar.

Augusto, totalmente sumido en la lujuria y ajeno al sufrimiento de su esposa, entraba y salía de ella mientras la sujetaba con firmeza de las nalgas. Era un acto brutal, en donde no había espacio para los sentimientos. Él disponía de su cuerpo y Maria Graça, como una marioneta sin vida, se sometía a su voluntad. Augusto la asió del rostro y la obligó a voltear la cabeza. Quería que viera su expresión de goce absoluto al derramarse en su interior. Con una última estocada y un grito animal que brotó desde lo más profundo de su pecho, Augusto alcanzó por fin el clímax. Cayó encima de ella con el cuerpo tembloroso y empapado en sudor.

—Fue mejor de lo que esperaba, querida —manifestó con una sonrisa cargada de ironía mientras clavaba la mirada en los pechos de su esposa—. La maternidad te ha vuelto irresistible.

Maria Graça se incorporó muy despacio y se acomodó la ropa. Optó por no responder a sus provocaciones. No conforme con ultrajar su cuerpo, Augusto buscaba herirla con frases que no hacían más que afirmar quién tenía el control de la situación. Sabía que no solo la poseía con el oscuro propósito de castigarla por su traición y saciar su lujuria. Lo que más anhelaba Augusto Soares do Carvalho era dejarla

encinta. Cada vez que la hacía suya, se acercaba al sueño de engendrar un hijo. Un vástago de su sangre; el futuro heredero de todo su imperio cafetalero.

—Subiré a refrescarme —le anunció Augusto, abriendo la puerta del despacho. —Deberías hacer lo mismo, Maria Graça. Luces un poco… abochornada.

Ella le lanzó una mirada irascible y salió detrás suyo.

—Iremos juntos a la hacienda del coronel —le recordó.

Maria Graça asintió. ¿Qué otra opción tenía?

*

Doña Isadora tenía que hacer un gran esfuerzo para que su hijo no se diera cuenta de que había estado a punto de llorar en varias ocasiones desde que lo había vuelto a ver. Todavía no podía asimilar el hecho de que esa maldita guerra se lo hubiese devuelto ciego. Tras los abrazos y las palabras de aliento que sonaron más vacías que nunca, se habían instalado en el salón para degustar un aperitivo antes de la cena y esperar el arribo de Maria Graça. Sin lugar a dudas, el más incómodo con toda aquella situación era el propio Alexandre. No era sencillo para él rememorar lo que había ocurrido, cuando fueron emboscados por las tropas guaraníes. Todo había sucedido demasiado rápido. El enemigo había permanecido oculto en el bosque, esperando el mejor momento para atacarlos. Se apoderaron de sus pertrechos y dispararon a mansalva. Ni siquiera habían podido distinguir de dónde provenían los tiros, y el factor sorpresa les jugó en contra. Él y otros miembros del ejército brasileño terminaron retrocediendo y abandonando a sus compañeros argentinos. Fue durante la huida cuando la esquirla de un mosquete alcanzó su rostro, destruyendo su nervio óptico. En medio de las detonaciones y los gritos, él se había visto devorado por la oscuridad antes de perder el conocimiento. Al despertar en una de las tiendas de campaña que las fuerzas comandadas por el general Mitre habían levantado en Tuyú Cué, descubrió, aterrado, que todo a su alrededor se había tornado negro como la noche más oscura. Y ahora, un mes más tarde, se encontraba allí, en la casa donde había crecido, rodeado por dos padres consternados por su inesperada minusvalía y

una vida militar truncada en solo cuestión de segundos. Estaba convencido de que Dios le había enviado un castigo por haber dejado el campo de batalla, huyendo como un cobarde.

—¿Necesitas alguna cosa, querido? —le preguntó su madre, dirigiéndose a él en un tono por demás condescendiente.

—Estoy bien, madre. No se preocupe por mí.

Doña Isadora asintió con la cabeza, olvidándose por un instante de su condición. Miró al coronel y recibió una sonrisa comprensiva de parte de su esposo. Ninguno de los dos estaba preparado para enfrentarse a una situación tan difícil. Aunque Alexandre les había explicado a grandes rasgos lo que había sucedido, continuaban sin entender por qué esa desgracia tenía que ocurrirles a ellos. ¡Cómo si ya no hubiesen tenido bastante con lo de Maria Graça! Doña Isadora ni siquiera quería ponerse a pensar en qué clase de futuro le esperaba a Alexandre. ¿Qué sería de su hijo a partir de ahora, ciego y apartado de la milicia? El coronel, angustiado tanto como ella, al menos se alegraba de que el muchacho hubiese regresado sano y salvo del frente, después de oír historias aterradoras de soldados que habían vuelto mucho peor. Deseaba creer que la ceguera fuese algo temporal. Estaba dispuesto a consultar a los mejores especialistas de la Corte para devolverle la visión a su hijo. Sentía que se lo debía. Después de todo, Alexandre había decidido abrazar la carrera militar más para complacerlo a él que por deseo propio.

La llegada de Maria Graça y de Augusto puso fin al incómodo silencio que se había instalado entre ellos tras intercambiar algunas palabras. Aunque tuviesen muchas cosas que decirse, los tres se habían quedado absortos en sus pensamientos.

Maria Graça saludó fríamente a sus padres y corrió al encuentro de su hermano.

—¡Alexandre! —La efusividad del abrazo la dejó sin sombrero y con el vestido todo desaliñado. Permanecieron en esa posición durante varios segundos mientras el coronel y su esposa los contemplaban con lágrimas en los ojos.

—¡Maria Graça! ¡Qué felicidad volver a escuchar tu voz! —Con las manos temblorosas por causa de la emoción, Alexandre le acariciaba

la cabeza mientras las copiosas lágrimas de su querida hermana le mojaban la camisa.

Maria Graça se apartó apenas unos centímetros para mirarlo a los ojos. ¡Le parecía increíble tenerlo allí, sentado en el sofá del salón, cuando pensaba que en cualquier momento recibirían la terrible noticia de que lo habían perdido para siempre!

—¡Mi amado Alexandre! —le rozó la mejilla con el dorso de la mano. Estaba distinto; lucía más mayor con esa espesa barba que le cubría casi la mitad del rostro—. ¡Dime que ya no volverás a marcharte!

Él, con un nudo en la garganta, asintió.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, *Pajarito*.

Fue en ese preciso instante, cuando él la llamó por su sobrenombre mientras clavaba los ojos en un punto fijo un poco más arriba de su cabeza, que Maria Graça descubrió que no podía verla.

—Alexandre, estás…

—Sí, *Pajarito*. Estoy ciego —le confirmó él, al tiempo que esbozaba una sonrisa para darle a entender que no estaba dispuesto a provocar la lástima en nadie.

Doña Isadora salió presurosa del salón con la excusa de pasarse por la cocina para supervisar la cena y el coronel no se movió de su lugar. Augusto no supo qué decir. Lo único que se le ocurrió fue darle la bienvenida a su cuñado.

—Gracias, Augusto. Es bueno estar de regreso en casa.

Maria Graça seguía sin reaccionar. Contemplaba a su hermano, incrédula, tratando de asimilar lo que él acababa de confirmarle. Ciego. Alexandre estaba ciego ¿Cómo era posible?

Consciente de la cantidad de preguntas que rondaban por su cabeza, Alexandre le contó lo que había pasado.

—¡Malditos paraguayos! —despotricó Maria Graça, movida por la rabia y el dolor—. ¡Malditos sean todos!

—Ya no vale la pena hacerse mala sangre, *Pajarito*. Debes resignarte, porque yo ya lo hice. —Mintió con descaro, solo para dejarla conforme. Él aún no lograba hacerse a la idea de que en su

vida ya nada volvería a ser lo mismo. Se mostraba entero delante de los demás cuando lo único que deseaba era encerrarse en su habitación y ya no salir nunca más.

—Maria Graça planeaba celebrar tu regreso por todo lo alto.

El desafortunado comentario de Augusto provocó la mirada rubicunda de su esposa y un sonoro carraspeo por parte del coronel.

—No quiero ningún festejo —se apresuró a responder Alexandre, conociendo el carácter voluntarioso de su hermana—. Prefiero que mi retorno a Campinas no llame demasiado la atención. No tengo ánimos de recibir la visita de nadie; mucho menos de celebrar. *No cuando hui en plena batalla*, pensó para sus adentros.

—Acataré tus deseos, Alexandre. —Maria Graça no supo si la impertinente intervención de Augusto en la charla había sido fruto de un descuido o estaba aprovechándose de la tragedia de su hermano para incordiarla una vez más—. ¿Te gustaría dar un paseo por el jardín? —Necesitaba tomar aire y alejarse de su esposo, aunque solo fuera un momento.

—Maria Graça, no creo que sea prudente —repuso doña Isadora, quien regresaba al salón tras su paso por la cocina.

—Madre, he perdido la visión. No estoy tullido —replicó Alexandre buscando a tientas la mano de su hermana pequeña para que lo ayudase a ponerse de pie—. Me encantaría dar un paseo contigo, *Pajarito*.

Maria Graça hizo caso omiso a la advertencia de su madre y, aferrada del brazo de Alexandre, lo condujo despacio hacia la salida. La tormenta empezaba a desatarse sobre el valle y la brisa mecía con fuerza las palmeras que bordeaban el sendero principal. Avanzaron por la veranda en silencio. Alexandre le apretaba suavemente la mano mientras Maria Graça descansaba la cabeza un poco por debajo de su hombro. A ella le costaba mucho contener las lágrimas. No lloraba para no hacerlo sentir mal.

—Dime, *Pajarito*. ¿Eres feliz en tu matrimonio?

Maria Graça soltó un resuello. Sin quererlo, su hermano había tocado un asunto demasiado sensible para ella y se tomó un momento antes de darle una respuesta.

Aunque no pudiese verla, la conocía demasiado como para darse cuenta de que algo andaba mal. Guardaba la esperanza de que, a esas alturas, ya se hubiese olvidado del esclavo. A juzgar por la tensión que percibió en todo su cuerpo, la vida de casada no era un lecho de rosas.

—Me siento atrapada en una pesadilla, Alexandre —se atrevió a confesarle—. Cada día que pasa me convenzo del terrible error que cometí al aceptar casarme con un hombre como Augusto Soares do Carvalho.

Alexandre detuvo su andar de repente, se dio media vuelta y la enfrentó.

—¿Qué es lo quieres decir? ¿Acaso tu esposo te ha maltratado? Reconozco que nunca fue de mi agrado, pero apenas lo vi un par de veces como para dejarme llevar por mis prejuicios.

—Siempre has sido muy acertado en tus presunciones, querido hermano. —Quizá no era sensato hablarle de todos sus pesares cuando él cargaba con una desgracia tan grande sobre sus espaldas; sin embargo, la imperiosa necesidad de desahogarse con quien siempre había sido su gran confidente la impulsó a revelarle la verdad sobre su matrimonio con Augusto Soares do Carvalho.

Se sentaron en el banco de madera más cercano y, mientras la lluvia golpeaba sobre el techo de tejas, Alexandre escuchó la terrible historia que su hermana tenía para contarle.

—La pequeña que lloraba en la cocina…

—Sí, ella es tu sobrina —respondió Maria Graça, enjugándose las lágrimas—. Vive en esta casa, bajo el cuidado de nuestra amada nana. Mi suegro y Augusto así lo dispusieron.

—Pero ¿cómo es posible que papá y mamá se hayan prestado a secundar semejante barbaridad? —exclamó, indignado por el proceder del coronel y su esposa—. ¡Esa niña lleva su sangre!

—Pero en sus venas también corre sangre africana y eso jamás me lo van a perdonar.

—¡Ay, *Pajarito*! ¿Qué te han hecho? —Le abrió los brazos para que se acurrucara contra su pecho, como lo hacía de niña, y la estrechó con toda la fuerza de la que fue capaz. Se lamentó de no haber estado a su lado cuando más lo necesitaba.

—Al menos me dieron la posibilidad de estar cerca de Candelaria. —No era un consuelo para el corazón de una madre, sin embargo, debía aprender a conformarse. Algún día, cuando ella encontrase el valor suficiente para gritar su verdad, nada ni nadie la volverían a separar de su hija.

—Esa niña, mi sobrina —manifestó con la voz quebrada por la emoción—, tiene derecho a conocer su historia. No es justo que crezca como la nieta de una esclava cuando sus abuelos son los amos y señores de estas tierras.

Maria Graça asintió. Saber que Alexandre ya estaba al tanto de todo lo que había sucedido durante su ausencia la hacía sentir mucho más ligera.

—Ahora que he vuelto a casa, procuraré que a la pequeña Candelaria no le falta nada —le aseguró.

—Mamá y papá se niegan a tener cualquier trato con ella. Le han exigido a Edileusa que mantenga a mi niña alejada de ellos.

—Eso va a cambiar a partir de hoy.

Los ojos de Maria Graça se iluminaron.

—¿A qué te refieres?

—Candelaria es mi sobrina, y aunque sé que no puedo decirlo en voz alta me acercaré a ella y le daré todo el cariño que sus abuelos no le brindan.

—¿Harías eso de verdad?

—¡Claro que sí, *Pajarito*! —Le acarició las manos—. Esta maldita ceguera me quitó mi dignidad. Necesitaba un estímulo para seguir viviendo sin sentirme un despojo humano y acabo de encontrarlo.

Maria Graça se arrojó de nuevo en sus brazos y, con lágrimas de alegría, le dijo lo dichosa que estaba de tenerlo de nuevo en casa.

DIECINUEVE

Catina aprovechó que los gemelos estaban en la cocina disfrutando de su merienda para ir hasta el arroyo y darse un baño. La primavera los estaba premiando con jornadas soleadas y cálidas que invitaban a refrescarse. Hubiese querido persuadir a Dimas de que la acompañase para darse juntos un chapuzón, sin embargo, se arrepintió antes de proponérselo. Sabía que él encontraría cualquier excusa para no aceptar y temía que el metido de Vicentinho tomase su lugar sin siquiera pedirle permiso. No se cansaba de perseguirla, reclamando un cariño que ella solo podía ofrecerle a Dimas. El arroyo que atravesaba las tierras de los Gonçalves se encontraba en una profunda hondonada, cubierta por un tupido follaje, lo que lo convertía en uno de los sitios más discretos y seguros para darse un baño sin ser visto desde la casa grande. Má Licha le había contado que cuando el amo Henrique era muy joven solía ordenar a los capataces que llevaran a las esclavas a higienizarse en sus aguas para luego yacer con ellas en los establos. Catina agradecía que los achaques de don Henrique le impidieran correr detrás de las negras como solía hacerlo durante sus años de juventud. Con el señorito Caetano no había de qué preocuparse. Era un hombre bueno y justo, que los trataba con respeto y se oponía a cualquier tipo de castigo. Por eso, una de las primeras medidas que había tomado al instalarse en la hacienda fue la de eliminar el tronco y el cepo para que nadie volviera a sufrir en ellos.

Se agachó y metió una mano en el arroyo para comprobar su temperatura. Sonrió complacida. A esa hora, cuando el sol ya se iba alejando hacia el horizonte, el agua estaba lo suficientemente cálida como para zambullirse en ella, nadar unos minutos y salir a secarse sobre la hierba. Se quitó el turbante que le cubría la cabeza, sacudió su melena rizada y luego se despojó de toda la ropa hasta quedarse

desnuda. Dobló todo con cuidado y lo dejó junto a la orilla. Se metió en el agua despacio, sintiendo cómo sus pies se hundían en el barro. La corriente no era peligrosa y nadó hasta la parte más profunda, sumergiéndose por completo para volver a salir a la superficie con nuevos bríos. Se sobresaltó cuando una bandada de pájaros pasó volando por encima de la copa de los árboles. Oteó a su alrededor y sintió un repelús extenderse por todo el cuerpo. Ya no estaba sola, lo sabía. Nadó hasta la orilla y abandonó el agua sin dejar de mirar por encima del hombro. No tenía tiempo de retozar en el sol para secarse; no cuando ese instinto de supervivencia que había aprendido a oír a fuerza de maltratos le gritaba que debía marcharse de allí lo antes posible. Tomó la ropa y empezó a vestirse. Apenas alcanzó a cubrirse los pechos cuando unos pasos en la hierba confirmaron sus peores sospechas. Intentó salir corriendo, pero una mano fuerte y sudorosa la sujetó del brazo, impidiéndole huir.

—Por fin, negra.

La voz del capataz, esa que le inspiraba tanto miedo, retumbó en sus oídos, aturdiéndola. No pudo hacer nada cuando la volteó hacia él y de un manotazo le desgarró la blusa.

Everaldo se pasó la lengua por la boca al contemplar su cuerpo desnudo y mojado.

—¡Déjeme ir! —Su intención era no mostrarse asustada, pero lo que pretendía ser una orden pronunciada con firmeza sonó a una súplica llorosa.

El capataz negó con la cabeza mientras sonreía.

—No, Catina. He esperado una oportunidad como esta durante mucho tiempo. —Con la mano que tenía libre se frotó la entrepierna —. Ya no me conformo solo con mirarte.

Ella intentó zafarse. Ya no le importaba su desnudez. Solo quería escapar de las garras de ese hombre.

—Al zonzo de Vicentinho lo dejas siempre con las ganas. El pobre se muere por un beso tuyo, mulata. —Le pasó el brazo por la cintura y la apretó contra su cuerpo para que sintiera todo el poder de su erección —. A mí un beso no me alcanza.

—¡Suélteme, desgraciado! —Catina lo escupió en la cara. Si no

podía huir, al menos lucharía con todas sus armas hasta el final. El miedo se convirtió en repulsión cuando Everaldo se secó el rostro con el dorso de la mano para luego chuparse los dedos.

—Apuesto mi salario de todo un mes a que no estarías tan arisca si hubiese sido Dimas quien te abordara después de estar espiándote mientras te bañabas desnuda en el arroyo. —Inclinó la cabeza y le mordisqueó un pezón—. ¡No sabes lo bien que me lo estaba pasando, escondido detrás de los matorrales! ¡Pero ahora la voy a pasar mucho mejor! —La tironeó de los pelos hasta obligarla a caer al suelo de rodillas. La zarandeó con violencia y Catina terminó tumbada boca arriba, expuesta a la bestialidad de su agresor. Para retenerla, Everaldo apoyó un pie en el estómago de la mulata, ejerciendo suficiente presión con el tacón de sus botas y así inmovilizarla. Se abrió la bragueta del pantalón y, con orgullo, sacó su miembro erecto.

Catina dio vuelta la cara.

—¿Qué pasa, mulata? ¿Te asusta lo que ves? —se jactó, sujetando su virilidad con ambas manos.

La esclava cerró los ojos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que yaciera con un hombre y ahora estaba a punto de ser violada por ese animal. La suela de sus pesadas botas la estaban lastimando. ¿Qué oportunidad tendría de huir si apenas conseguía moverse? Abrió la boca y de su garganta brotó un grito ensordecedor, clamando por ayuda. Everaldo se abalanzó encima de ella y le cruzó la cara de una bofetada.

—¡Si vuelves a abrir esa puta boca, tus hijos pagarán las consecuencias! ¿Has entendido? —profirió, furioso por su osadía.

Catina asintió. La vida de Donato y Benito estaba por encima de todo, incluso de su propia integridad física; por eso, ya no volvió a gritar, ni siquiera intentó resistirse cuando el capataz le separó los muslos y se acomodó sobre ella, aplastándola con su voluminosa anatomía.

El capataz, sudando como un cerdo, la penetraba con breves y violentas embestidas mientras la abundante saliva que caía de su boca se deslizaba como lava tibia y viscosa entre sus pechos. Catina apretaba la mandíbula con fuerza, rezando para que aquel tormento

acabase cuanto antes. De repente, cuando los intensos jadeos y gruñidos de Everaldo se lo permitieron, creyó oír que alguien gritaba su nombre a lo lejos. Pensó que la mente le estaba jugando una mala pasada, sin embargo, el capataz se incorporó y miró en dirección al sendero que conducía a la hacienda, y entonces Catina supo que no había sido fruto de su imaginación. ¡Era Dimas! ¡Podía sentirlo! Esa certeza le dio el valor suficiente para ponerle fin a la pesadilla y, de un fuerte empujón, logró desestabilizar a su agresor. Everaldo cayó hacia un lado con el miembro todavía erecto y el cuerpo bañado en sudor. Catina se arrastró de espaldas hasta alcanzar la orilla del arroyo. Estaba dispuesta a arrojarse al agua con tal de que no le volviera a poner un dedo encima.

—¡Ven aquí, perra! —vociferó el capataz, mirando constantemente por encima de su hombro para asegurarse de que nadie venía a socorrer a la esclava. Esperó un momento, en alerta. Quien sea que la estuviese buscando se había desviado del camino.

Catina logró ponerse de pie. Dudaba de que tuviese la fuerza suficiente para correr, pero al menos lo intentaría. Le dio la espalda y, como Dios la trajo al mundo, comenzó a alejarse de él, con el cuerpo encorvado de tanto dolor. Su huida no tuvo éxito. Con unas pocas zancadas, Everaldo la alcanzó y la sujetó de los pelos. Durante el forcejeo, Catina consiguió soltarse. Cuando creyó que al fin lo lograría, él la tiró al suelo, dispuesto a continuar con lo que había empezado. Entonces, su cabeza chocó contra una piedra y la hierba a su alrededor se tiñó de rojo.

Everaldo no supo qué hacer. La esclava no reaccionaba y perdía mucha sangre. Se acomodó la ropa con movimientos torpes y salió huyendo del lugar antes de que alguien lo descubriera.

Un par de minutos más tarde, Dimas llegó al arroyo. Se encontró con una escena terrible: Catina estaba desnuda y sangraba profusamente. Corrió a su lado, se quitó la chaqueta y cubrió su cuerpo. Tras varios intentos inútiles por despertarla, la levantó en brazos y la llevó a la casa grande. Entró por la cocina, asustando a Má Licha y sin perder más tiempo, la llevó hasta su cuarto. Vicentinho se ocupó de ir a buscar al doctor más cercano mientras Dimas le pedía a

la cocinera que procurase que los gemelos no se enteraran todavía de lo que había sucedido con su madre.

La acostó en su cama con mucho cuidado y la cubrió con una manta. Al hacerlo, notó que tenía una extraña marca en el abdomen. Parecía que alguien le había apoyado una bota encima. Una rabia incontrolable se apoderó de él cuando una sospecha se instaló en su cabeza. Catina estaba desnuda y con signos evidentes de que había sido agredida. De inmediato pensó en el capataz. Hacía rato que no lo veía por ningún lado y siempre encontraba la manera de acercarse a ella con cualquier excusa. Se juró a sí mismo que si Catina no despertaba lo mataría con sus propias manos.

La esclava emitió un quejido y abrió apenas los ojos. Intentó decirle algo, pero Dimas se sentó a su lado y le puso un dedo en la boca para que guardase silencio.

—El doctor no tarda en llegar. —Le apretó las manos y descubrió que estaban heladas. Miró la almohada, al menos ya no sangraba. Era una buena señal. Permaneció a su lado hasta que llegó el doctor y le pidió que saliera de la habitación. Desesperado e incapaz de alejarse de ella, se quedó aguardando en el pasillo, atento a todo lo que sucedía.

Cuando el facultativo se asomó por la puerta y le dijo que ya podía pasar, Dimas vio que Catina había vuelto a perder el conocimiento. Miró al doctor, buscando una explicación.

—Ha recibido un golpe muy fuerte detrás de la cabeza —le explicó—. Eso ha ocasionado que se le forme un coágulo en el cerebro.

—¿Y es que significa?

El doctor debía ser sincero con él.

—No sobrevivirá, muchacho. —Le dio una palmada en el hombro—. Lo lamento mucho.

El cuerpo de Dimas cayó pesadamente contra la pared. Se cubrió el rostro con las manos, conmocionado por la noticia que acababa de recibir.

—No sé cuánto tiempo le quede, pero le aconsejo que aproveche para estar a su lado —dijo el doctor, intuyendo la estrecha relación que mantenía con la esclava—. ¿Sabe qué fue lo que ocurrió?

Dimas negó con la cabeza. La vida del maldito de Everaldo estaba en sus manos. No iba a permitir que nadie más le hiciera pagar por lo que había hecho. No se lo debía solo a Catina, sino también a sus hijos. Le dio las gracias al doctor y volvió a la habitación. Má Licha apareció para ofrecerse a cuidarla, pero Dimas le dijo que no hacía falta, que él se quedaría con ella hasta el final.

El doctor había dejado un bebedizo para dárselo en caso de que despertara y sintiese dolor. Abría los ojos de vez en cuando y volvía a caer en un profundo sopor. Él no le soltaba las manos para que sintiera que no estaba sola. Vicentinho vino a verla, y cuando preguntó qué había pasado, Dimas le contó parte de la verdad. Conociéndolo, sabía que el joven saldría a buscar al capataz para pedirle explicaciones y terminaría desgraciando su vida por culpa de ese malnacido. El esclavo le dijo que los gemelos preguntaban por su madre, y Dimas no tuvo el valor de negarles que la vieran. Benito y Donato entraron en la habitación con sigilo y se sentaron en la cama, al lado de Catina. La presencia de los niños, como si de un milagro se tratara, provocó que volviera a despertarse. Contempló el rostro de sus hijos con los ojos bañados en lágrimas. Presentía su final y se estaba despidiendo de ellos. Dimas quiso alejarse para darles un poco de intimidad, pero Catina lo detuvo.

—Quiero… quiero pedirte un favor.

—Catina, tienes que descansar.

Ella movió la cabeza y, al hacerlo, su boca se torció en una mueca de dolor.

—Dimas, prométeme que nunca dejarás desamparados a mis niños.

Benito y Donato se abrazaron. Lloraban desconsoladamente.

—No necesitas pedírmelo —le dijo, con un nudo en la garganta—. Sabes que los quiero como si fuesen míos.

—Pero no lo son —repuso ella, respirando con dificultad.

Catina tenía razón. Ante la ley, una vez que ella ya no estuviese, los gemelos se quedarían huérfanos. Debía evitar que eso sucediera a toda costa. Se inclinó hacia adelante y le habló al oído. La pregunta que acababa de formularle desde el fondo del corazón obtuvo un sí como respuesta.

*

El párroco de Resende acababa de irse. Tal como Dimas había prometido, Catina se iría de este mundo siendo la esposa del hombre que amaba. Era lo menos que podía hacer por ella y por los gemelos. Al anochecer, cuando Catina volvió a caer presa de la inconciencia, Dimas aprovechó para salir de la casa, dejándola al cuidado de Má Licha. En la cintura llevaba una pistola. Se la había robado a Caetano del despacho. Esperaba que lo perdonase por lo que estaba a punto de hacer. Cruzó el patio trasero para dirigirse a la caseta que ocupaba el capataz sin que nadie lo viese. Acabaría con su vida en cuestión de segundos. Ni siquiera le daría la oportunidad de abrir la boca para que le suplicase que no lo matara. La vivienda se encontraba al final de una hilera de casitas distribuidas en el fondo de la propiedad. Allí moraban los caporales y sus peones. Everaldo vivía solo, con la única compañía de un perro lanudo que respondía al nombre de Huesos. Lo distinguió acurrucado delante de la puerta, hecho un ovillo. Cuando levantó la cabeza para olfatearlo, Dimas se agachó y le acarició el lomo. El animal, acostumbrado a los gritos y a las patadas del capataz, recibió de buen agrado sus mimos. Se incorporó y al querer abrir la puerta comprobó que estaba entreabierta. La empujó despacio y entró en la caseta, apretando la pistola con la mano derecha.

Había un candil encima de la mesa junto a un plato de comida y una jarra de vino volcada. Dimas se puso en alerta. Abrió por completo la puerta y divisó un bulto junto a la chimenea apagada. Se acercó y descubrió que Everaldo tenía un cuchillo clavado en el pecho. Un hilo de sangre brotaba de su boca.

—Ese maldito tenía que morir.

Dimas se volteó rápidamente al oír la voz de Vicentinho. El joven permanecía escondido en un rincón oscuro. Apenas logró distinguir el blanco de sus ojos. Tomó el candil y lo acercó para poder verlo mejor. Su camisa estaba manchada de sangre, la sangre del capataz.

—¿Qué has hecho, Vicentinho?

El mulato alzó la cabeza y lo miró. Antes de responder a su pregunta, señaló la pistola que Dimas llevaba metida en la cintura del pantalón.

—Lo mismo que ibas a hacer tú. —Se levantó y pasó junto a él para plantarse delante del cadáver—. Ese maldito se merecía morir. Cuando me dijeron lo de Catina, supe que había sido él. Siempre le tuvo ganas, aunque ella se empeñaba en rechazarlo. —Una sonrisa irónica le cruzó la cara—. ¡Pensar que yo también andaba detrás de Catina como un loco!

—Sí, pero la diferencia es que tú jamás la hubieses lastimado —adujo Dimas, comprendiendo su dolor. ¿Cómo podía juzgarlo si él había salido de la casa grande dispuesto a matar al capataz?

Vicentinho asintió.

—La amo demasiado como para hacerle daño. Por eso vine hasta aquí a enfrentar a ese hijo de perra con la verdad. ¿Sabes que intentó negarlo? —Dimas lo miró, incrédulo—. Cuando lo acusé de haber violado a Catina y de provocar que ahora esté muriéndose, se rio en mi cara, dándome a entender que ella se lo había buscado. No pude contenerme. Tomé un cuchillo que había en la mesa y me arrojé encima de él, enterrándolo en su cuerpo. Se desplomó en el suelo y tardó apenas unos segundos en morir. Me quedé aquí parado, observando cómo su cuerpo se retorcía. Después, cuando comprendí lo que había hecho, me escondí en ese rincón, esperando a que alguien viniese a buscarme. Sé lo que me espera ahora, Dimas; sin embargo, no me arrepiento de nada. Si Catina muere, yo ya no tengo deseos de seguir viviendo.

Dimas le puso la mano en el hombro. Sentía pena por ese muchacho cuyo único pecado había sido lavar el honor de la mujer que amaba.

—No digas eso, Vicentinho.

—Ella te prefirió a ti. —No había rencor en sus palabras, solo resignación.

—Me casé con ella —le dijo, antes de que lo supiera por alguien más—. Lo hice para no dejar desamparados a sus hijos.

—Eres un buen hombre, Dimas. Al menos morirá feliz.

Vicentinho se desarmó en un llanto desgarrador buscando el abrazo de Dimas. No era más que un niño, y ahora le esperaba el castigo de los blancos. Debía impedirlo. Salieron de ese lugar que olía a muerte y volvieron a la casa grande. Lo acompañó hasta el cuartito que

ocupaba en el ala de los criados para que descansara un rato y fue en busca de Caetano. Le contó todo lo que había sucedido mientras le devolvía su pistola. Urdieron un plan para sacar a Vicentinho de la hacienda esa misma noche. Alguien de la sociedad abolicionista lo estaría esperando en las afueras de la ciudad para llevarlo al quilombo que habían levantado en las tierras de la hacienda de Marambaia. Era el único lugar en donde Vicentinho podría evadirse de una muerte segura.

Cuando Dimas volvió al lado de Catina, Má Licha le dio la triste noticia. Había muerto tras abrir los ojos para ver a sus hijos una última vez.

*

Jandiara, moviéndose con la gracia de una gacela africana, logró llegar hasta la recámara de Edileusa sin que nadie se percatara. La nana se encontraba en la cocina, consternada todavía por la tragedia del joven Alexandre, y ella aprovecharía la oportunidad de acercarse a la pequeña Candelaria. Desde que Edileusa había aparecido con la niña, alegando que se la habían traído de una hacienda vecina y que era nieta de una prima suya, un halo de misterio se había instalado alrededor de la criatura. Solo ella podía ocuparse de atenderla, y procuraba siempre que no llamase demasiado la atención. Sin embargo, lo más extraño de todo eran esas inesperadas salidas de Edileusa una vez por semana, siempre durante la hora de la siesta, llevando a la niña en brazos. Ella había tenido la intención de seguirla en más de una ocasión, pero por temor a ser descubierta y recibir algún castigo si la negra la delataba optaba por quedarse en la hacienda. Entró y cerró la puerta tras de sí sin hacer el menor ruido. Si Candelaria se despertaba y comenzaba a llorar, su abuela no tardaría en aparecer. Se aproximó a la sencilla cuna de madera que Edileusa había encontrado abandonada en el desván y observó a la pequeña. Cuando acercó su mano para comparar la tonalidad de su piel con la suya, notó la diferencia. La nieta de Edileusa era mulata. Tenía puesto un sencillo vestidito de algodón blanco y unos escarpines rosados, demasiado grandes para sus pies. Sintió el impulso de tocarla.

Había algo en esa criatura que le llamaba poderosamente la atención. Estaba a punto de hacerlo cuando oyó voces en el pasillo. Asustada, miró a su alrededor buscando un lugar donde ocultarse. La cama era su mejor opción. Se arrodilló y se deslizó con rapidez hasta meterse debajo. La puerta se abrió y dos mujeres entraron en la habitación. Una era Edileusa; a la otra la reconoció con solo mirar sus elegantes botines y la bastilla del vestido festoneada con hilos dorados. Las vio dirigirse hasta la cuna y, apenas unos segundos después, escuchó que la niña sonreía.

—¡Hola, cariño! —Maria Graça estrechó el cuerpecito tibio de su hija contra el pecho. La visita a la hacienda de sus padres por la llegada de Alexandre le había dado una excusa para ver a la niña, y no esperar hasta su próximo encuentro en casa de los Guimaraes.

Edileusa no tenía el valor para decirle que no podía quedarse mucho tiempo, que era peligroso que alguien la viese allí; sobre todo, con el señor Augusto en la casa. Maria Graça había dejado el salón con la excusa de pedirle una receta a Gerarda y se había escabullido de la cocina con su ayuda.

—¡Es increíble cómo se le ilumina la cara cuando usté llega, niña! —exclamó la esclava, enternecida por la escena maternal que se repetía siempre que Maria Graça se reencontraba con su hija.

Maria Graça sembró de besos la mejilla de la pequeña Candelaria mientras le acariciaba los diminutos rizos que se le formaban detrás de las orejas. Había heredado el color de sus ojos, de un celeste cielo, pero el cabello era igual al de su padre. Una exótica combinación que la convertían en una criatura adorable.

—La nodriza ahora la alimenta dos veces al día porque ya comenzó con la papilla —le contó Edileusa. Aunque nunca fue necesario, porque ella misma se había encargado de buscar entre las esclavas alguna que estuviese amamantando, Maria Graça se empeñaba en alimentarla cada vez que escapaba de su casa para ver a la niña.

—El domingo cumple siete meses.

—Lo sé, niña.

—Otro festejo más que pasaremos separadas —manifestó, con un mohín de tristeza.

Edileusa la sujetó del mentón y la miró directamente a los ojos.

—Podríamos celebrarlo aquí —sugirió, con una sonrisa cómplice—. La señora Eva y su esposo se han encariñado mucho con Candelaria. ¡Ni hablar de Marquinhos! ¡Ese mocoso no se despega de ella!

La propuesta de su nana era maravillosa. Durante los últimos seis meses, se había tenido que conformar con esperar hasta el día de sus encuentros para desearle felicidades o mimarla con algún regalo. Por su cabeza desfiló un sinfín de ideas, entre las que se incluía la presencia de su hermano. Sabía que Alexandre estaría encantado de celebrar el natalicio de su sobrina. Dejó a la niña en la cuna y la arropó mientras le cantaba una de sus nanas favoritas. Tras constatar que se había quedado dormida, Maria Graça y Edileusa salieron de la habitación con sigilo.

Apenas la puerta se cerró, Jandiara abandonó su escondite. Estaba perpleja por lo que acababa de suceder. Ni en sus peores pesadillas se hubiese imaginado que esa niña que Edileusa hacía pasar como pariente suya era en realidad la nieta del coronel Esteves. Volvió a acercarse a la cuna para contemplarla una vez más. Ahora comprendía la razón de esa extraña sensación que le provocaba siempre la pequeña. Era la hija de Dimas. Apretó los dientes para contener la furia que crecía en sus entrañas y apoyó las manos en el borde de la cuna. Sus delgados dedos se cerraron con tanta fuerza alrededor de la madera que parecían a punto de quebrarse. Esa criatura le recordaría en todo momento el continuo rechazo de Dimas. Cuando la tuviese enfrente, pensaría en las veces en las que él la apartó de su lado para irse corriendo a los brazos de la amita blanca.

Candelaria era una criatura inocente, sin embargo, acababa de ganarse el odio inmenso de una esclava despechada.

*

Resende, cinco años más tarde

Dimas percibió la inquietud de Caetano y de inmediato se le cruzó por la cabeza que la salud de su padre había empeorado nuevamente. Durante los últimos meses, don Henrique había tenido períodos

buenos en los que abandonaba la cama y volvía a sentirse amo y señor de su hacienda; sin embargo, después de esos “momentos de gloria”, como él los llamaba, regresaban los días aciagos de achaques y un constante cansancio en todo el cuerpo que no hacía más que recordarle que tenía un pie en la tumba. La medicina, que avanzaba aunque no al paso que él quería, ya no ayudaba a paliar sus dolores. Eran las compresas y los brebajes de hierbas que le preparaba Má Licha los únicos que lograban aminorar el sufrimiento.

Cuando vio que tenía el periódico abierto de par en par sobre el escritorio y llevaba puestas las gafas de leer, intuyó que el motivo de su preocupación estaba en las páginas del *Jornal do Commercio*.

—¿Qué ocurre? —Estiró un poco el cuello para tratar de averiguar por su cuenta qué era lo que lo había dejado de tan mal talante, pero desde su posición, al otro lado del enorme escritorio de cerezo, no alcanzó a leer nada—. ¿Problemas con la sociedad abolicionista? ¿Los fondos que prometieron enviar para liberar a los esclavos de Barra Mansa no llegaron?

Caetano Gonçalves negó con la cabeza.

—El dinero llegó y será utilizado para costear las cartas de libertad que prometimos —le dijo para tranquilizarlo. Aunque Dimas llevaba poco tiempo colaborando con la causa, se había convertido en uno de los mejores hombres dentro del vasto grupo que, al igual que ellos, bregaba por un Brasil republicano y abolicionista. Lo acompañaba a las reuniones siempre que sus actividades en la hacienda se lo permitían y colaboraba en cualquier misión que se le encomendaba. Dimas tenía la capacidad y el temperamento suficientes como para reclutar nuevos miembros o convencer a las distinguidas damas de la Corte para que donasen alguna de sus valiosas joyas para contribuir a la causa. Aún no poseía su propia carta de libertad, pero luchaba sin tregua para adquirir las de sus hermanos de barraca.

—¿Qué es lo que te tiene tan preocupado entonces? —La amistad y el respeto que sentía por él habían derribado hacía mucho tiempo la barrera de la formalidad entre ellos. Tenían casi la misma edad y compartían ideales. Eso bastó para que un día Caetano le exigiera que comenzara a tutearlo.

El hijo de don Henrique, consciente de que era inútil ocultarle lo que acababa de descubrir, extendió el ejemplar del *Jornal do Commercio* para que lo viera con sus propios ojos. Dimas, intrigado, se apoderó del periódico y paseó la vista por sus páginas hasta toparse con un nombre: Augusto Soares do Carvalho. Un poco más abajo había una fotografía. Sintió una punzada en el corazón al ver a Maria Graça prendida del brazo del maldito que se la había arrebatado. Preso de la rabia, leyó el artículo.

> *Don Augusto Soares do Carvalho, uno de los productores de café más influyentes de la provincia de São Paulo, ha recibido de manos del Emperador, don Pedro II, el título de Barón, en compensación por su invaluable aporte a la construcción de la Compañía Paulista de Estradas de Ferro. La ceremonia de entrega se llevó a cabo el pasado viernes, en las instalaciones del Palacio Imperial de Petrópolis, tras la inauguración de la línea ferroviaria que une a la ciudad de Campinas con Jundiai. Lo acompañaban su esposa, doña Maria Graça Esteves, y su padre, el señor João Soares do Carvalho.*

Dimas reprimió el deseo de romperlo en pedazos y clavó sus ojos negros en la imagen que acompañaba la noticia. No era la mirada petulante de ese hombre lo que más le molestaba. Ver a su añorada *sinhazinha* sonriendo a su lado, como si fuese la mujer más feliz del mundo, fue lo que le provocó más rabia. Masculló un par de maldiciones y arrojó el ejemplar del periódico sobre el escritorio.

—Sabía que te pondrías así —repuso Caetano, abandonando la comodidad de su butaca para servirle una copa de licor. Se la ofreció y Dimas prácticamente se la arrebató de la mano.

El alcohol le quemó la garganta, pero lo necesitaba más que nunca y se lo agradeció.

—No hay un solo día que no piense en ese malnacido. —Se secó los labios y, con un movimiento brusco, dejó caer la copa vacía sobre el escritorio—. Se llevó lo más valioso que tenía.

Caetano, quien había oído hablar tantas veces de esa famosa señorita de hacienda de la cual todavía seguía enamorado, le dio una

palmada en el hombro.

—Deberías olvidarla de una vez por todas —le aconsejó—. Salta a la vista que ella ya lo ha hecho.

Dimas sacudió la cabeza. Se negaba a borrar de sus pensamientos lo vivido con Maria Graça. Tampoco podía entender que para ella el amor que habían sentido hubiese quedado enterrado en el pasado.

—¡Quiero ir a Campinas! —manifestó Dimas, en un arrebato de ira —. ¡Necesito mirar a Maria Graça a los ojos y que me diga que ya no piensa en mí!

—¡No puedes estar hablando en serio! —Caetano se sentía en la obligación de hacerlo cambiar de opinión. No podía enfrentar a un hombre como Soares do Carvalho en su propio territorio. Dimas a veces olvidaba que no era más que un esclavo y terminaría pagando las consecuencias por su insensatez.

—Iré, Caetano —aseveró, decidido—. ¡Con tu ayuda o no, iré a verla!

Caetano Gonçalves se arrepintió en ese momento de haberle mostrado el diario. Podría haberlo arrojado al cesto de la basura y ahora no estaría preguntándose cómo demonios haría para impedir que Dimas cometiera semejante locura. Se valió de un golpe bajo, pero no le importó.

—Piensa en los gemelos, Dimas. Le prometiste a Catina en su lecho de muerte que velarías por ellos. Ante la ley, Benito y Donato son tus hijos. No puedes largarte y dejarlos. —Percibió que sus palabras causaban el efecto deseado—. Si te presentas allí, buscando a su esposa, ese hombre estará en todo su derecho de pegarte un tiro y ni siquiera será castigado por ello. Lo sabes bien.

—Necesito verla, Caetano —insistió, aunque con menos convicción que antes.

—Olvídala, Dimas, es lo mejor. No desgracies tu vida y la de tus hijos por culpa de un amor que nunca podrá ser. —Rodeó el escritorio y le palmeó la espalda—. Si continúas con esa idea disparatada, me veré en la obligación de ejercer como amo y prohibirte que abandones la ciudad.

Dimas arrugó el ceño y lo miró.

—¿Lo harías?

—Lo haría —afirmó, seriamente.

Dimas sabía que Caetano no bromeaba, solo intentaba protegerlo; aun así, le pesaba más que nunca su condición de esclavo. La promesa que le había hecho a Catina antes de su muerte fue la que lo mantuvo anclado a ese lugar. Resignó su anhelado regreso a Campinas para, en cambio, ocuparse de los gemelos y continuar trabajando para la causa abolicionista.

Maria Graça viviría siempre en su memoria y en su corazón, al menos hasta el momento en que el destino los volviera a juntar.

SEGUNDA PARTE

1877-1888

VEINTE

Ciudad de Campinas, São Paulo, verano de 1877

Candelaria ahogó un resuello. Entre sus manos, sostenía la medallita de Santa Rita de Casia que hasta hacía unos pocos segundos colgaba de su cuello. Con inquietud, contempló el sinuoso sendero que se perdía en el monte para terminar su largo recorrido a la orilla del río Jaguarí. El sol del mediodía, implacable durante los meses del verano en esa región del valle, le impedía ver mucho más allá de la espesa vegetación. Se secó el sudor de la frente con el puño de la blusa y se sentó sobre un tocón de madera. Guardó la medalla en el bolsillo de su mandil y con una ramita seca que arrancó de la superficie del tronco comenzó a escarbar el suelo en busca de algún gusano. De vez en cuando, alzaba la cabeza y enfocaba la mirada en el camino con la esperanza de verlo. Solían encontrarse todos los días, y cuando llovía o algún acontecimiento ajeno a su voluntad les impedía acercarse al monte, se valían de la buena disposición de los esclavos de La Aurora para enviarse un recado. Ninguno de ellos la había buscado para entregarle una nota de Marquinhos, por lo que dedujo que no tardaría en llegar. Aquel rincón de la hacienda, alejado de la vista de todos, era el sitio elegido para encontrarse con su amigo del alma. Aunque no hacían nada malo, Candelaria y Marquinhos sabían que los demás no verían con buenos ojos que una esclavita del barón tuviese un trato tan cercano con el hijo del caporal. En cambio, a los ojos de los niños, esas diferencias no hacían más que acentuar el cariño que se profesaban. Apenas encontraba la ocasión, Candelaria huía de la casa grande aprovechando alguna distracción de su abuela Edileusa. La niña corría hacia el monte como un vendaval de rizos oscuros y faldones alborotados. Marquinhos, quien vivía con su padre en una

cabaña alejada de la hacienda, hacía lo mismo. A pesar de la diferencia de edad entre ambos, él nunca la había tratado como si ella fuera una niñita. Marquinhos le contaba historias y Candelaria solía quedarse con la boca abierta, escuchándolo. Se reían mucho juntos y en poco tiempo se habían vuelto inseparables. Si alguno de los demás esclavos intentaba interceptarla durante sus escapadas, tan solo bastaba que les hiciera un pucherito o les prometiera un dulce para comprarse su silencio y su complicidad. Un anambé castaño, que acababa de abandonar la seguridad de su nido, batió las alas con ímpetu anunciando la presencia de otra persona en el lugar. Candelaria se apresuró en sacar la medallita de Santa Rita de Casia del bolsillo delantero de su mandil y se la colgó en el cuello. Marquinhos se la había regalado en su cumpleaños número nueve y, desde entonces, la llevaba siempre consigo. Se la quitaba solamente en dos ocasiones: cuando tomaba sus baños en el río o, como había hecho hacía apenas un rato, para contemplarla con recogimiento. No solo era el hecho de que fuese un obsequio de Marquinhos. Ella se había vuelto devota de la santa desde el preciso momento en el que él puso la medallita en sus manos. El corazón le saltó en el pecho cuando escuchó que la hierba crujía detrás de ella. Se puso de pie y, al voltearse, se topó de frente con su entrañable amigo. Como era costumbre, Marquinhos llevaba su cabello castaño todo revuelto y algunos mechones rebeldes le tapaban un ojo. Candelaria le había dicho cientos de veces que debería cortárselo; sin embargo, él se resistía a hacerle una visita al barbero. La niña se dio cuenta de que él se había puesto sus mejores trapos: vestía una camisa de lienzo blanca y unos ajustados pantalones azules, cortados a la rodilla.

—Perdona, Candé, estaba ayudando a mi padre y se me hizo tarde —dijo él a modo de disculpa mientras se llevaba ambas manos a la cintura. Había hecho buena parte del camino corriendo y estaba agitado.

Candelaria agachó la mirada.

—Pensé que no vendrías. —Se había sonrojado. No era la primera vez que le ocurría. Marquinhos le llevaba exactamente cuatro años y medio. Hacía tiempo que había dejado atrás al niño travieso para

convertirse en un apuesto muchacho. Temía que la diferencia de edad entre ambos terminara por alejarlos.

Marquinhos respiró hondo. La conocía demasiado bien: aunque intentase disimularlo, estaba molesta por su demora. Sabía que Candelaria era capaz de no dirigirle la palabra durante días cuando se enojaba con él.

—No quiero pelear contigo —le dijo en un tono conciliatorio al tiempo que se sentaba en el tronco que ella acababa de desocupar. Hizo un gesto con la mano para atraer su atención y le dedicó una media sonrisa—. A la santa no le va a gustar nada que estés con esa trompa fruncida todo el día.

Candelaria, después de contemplarlo durante apenas unos pocos segundos, se cruzó de brazos y desvió nuevamente la mirada hacia el suelo. Sus pies desnudos estaban sucios. Movió los dedos haciendo un hoyo entre la maleza.

—Santa Rita no se va a enojar conmigo por eso —se defendió—. Quizá sí lo haga con los niños impuntuales. —Se arrepintió enseguida de sus palabras. Ella sabía mejor que nadie que Marquinhos se levantaba bien temprano para labrar los pocos metros de tierra que poseía su familia mientras su padre, el caporal de la hacienda, se pasaba todo el día en los cafetales vigilando a los esclavos.

—Ven. —Marquinhos se levantó y la tomó de la mano.

Candelaria no protestó cuando la condujo a través del sendero que llegaba hasta la orilla del Jaguarí. Sus siluetas, separadas por tan solo unos cuantos centímetros, se reflejaban en la superficie calma del río. Se miraron a los ojos en silencio. A su alrededor solo se oían el canto de los pájaros y el murmullo de la cascada. Marquinhos, con sus quince años, comprendió en ese preciso instante que un hilo invisible lo ataría a Candelaria por el resto de su vida. Se aclaró la garganta antes de hablarle. Lo haría con el corazón en la mano, aun a riesgo de que ella se asustara por lo que estaba a punto de decirle.

—En este lugar, donde nos conocimos y que se ha convertido en nuestro refugio, quiero hacerte una promesa, Candé. —Hizo una pausa antes de continuar—. Cuando sea grande voy a conseguir el dinero que haga falta para comprar tu carta de libertad. Serás libre y ya nadie

podrá humillarte. No importa lo que pase hoy o mañana. Siempre estarás aquí —le dijo, tocándose el pecho.

Candelaria sintió un burbujeo en el estómago; ella también lo llevaba en su corazón y sabía que nunca lo desterraría de allí.

—Siempre juntos, Marquinhos, para toda la eternidad.

Sonrieron y permanecieron en la orilla del río con las manos entrelazadas. Fueron incapaces de soltarse el uno del otro. Solo cuando unos cuantos nubarrones comenzaron a tapar el sol, decidieron que era hora de volver para que no los alcanzara la tormenta.

—Me gustaría acompañarte —dijo Marquinhos de repente.

—Mejor no —respondió ella, dudando—. Ya sabes cómo es Desidéria de chismosa. Si nos ve llegar juntos, irá corriendo a contárselo a todo el mundo.

Marquinhos no tuvo más remedio que darle la razón. Aunque Desidéria era la mejor amiga de Candelaria, tenía la molesta costumbre de esparcir cualquier rumor. No era raro que las noticias llegasen primero a la hacienda debido a que ella hubiera estado atenta a alguna conversación o alguien le hubiera hecho una confidencia. Sus chismes podían volar de las barracas a la casa grande en cuestión de pocos segundos.

Recorrieron el camino de regreso uno muy cerca del otro mientras apresuraban el paso. Cuando cayeron las primeras gotas, se refugiaron debajo del alero del cobertizo. A partir de allí, sus caminos se separaban. Candelaria debía ingeniárselas para pasar por la cocina sin ser vista y evitar así un regaño de su abuela. Marquinhos, por su parte, tenía que atravesar el monte para volver a su casa. Se miraron una última vez antes de separarse, y cuando él se inclinó hacia delante Candelaria cerró los ojos. El grito de uno de los caporales arreando a una docena de esclavos que volvían del cafetal impidió que, con apenas diez años, Candelaria recibiese su primer beso de amor.

*

Maria Graça contempló el rostro afiebrado de su hija y no fue capaz de contener las lágrimas. Otra vez volvía a caer presa de esa extraña

enfermedad en la sangre que la convertía en una niña frágil y triste. El doctor Montalbán acababa de irse. Le había recetado un nuevo tónico traído especialmente de Europa para ella y esperaban que hiciera efecto lo antes posible. Un placebo que le permitiera a Juliana vivir la vida de una niña de su edad. A la hora de ocuparse de la salud de la pequeña, el barón no escatimaba en gastos. Aunque fuese un padre distante y reacio a las muestras de cariño, procuraba que nada le faltase. Y si el doctor Montalbán le decía que en Francia estaban experimentando con una nueva medicina, él pagaba el precio que fuera para que llegase a Brasil en el primer barco. Maria Graça lamentaba que Augusto creyera que bastaba con eso para ser considerado un buen padre. El hecho de que en todo ese tiempo no hubiese podido engendrar un hijo de su sangre lo había convertido en un hombre amargado. La muerte de su padre, apenas unos meses después de que el emperador don Pedro II le otorgase el título honorífico de barón de Campinas, no hizo más que empeorar su temperamento. Solía ausentarse de la hacienda durante buena parte del día, y a ella no le importaba dónde decidía pasar el tiempo que no le dedicaba a su familia, porque eso le permitía seguir aprovechando cada una de sus salidas para ir a ver a Candelaria. Edileusa le contaba que cuando su hija sabía que iría a visitarla le brillaban los ojitos. Maria Graça le llevaba regalos, pedía que le preparasen sus dulces favoritos y hasta le daba permiso para que tocara el piano. Con solo diez años, y gracias a la paciencia de Alexandre, la pequeña sabía ejecutar algunas piezas. El coronel Esteves, con tal de ver feliz a su hijo mayor, hacía la vista gorda. Aunque le había prohibido a Edileusa que la niña se paseara por la hacienda a sus anchas, no había podido negarse cuando Alexandre le pidió estar cerca de ella. Doña Isadora era harina de otro costal. Trataba a Candelaria con indiferencia, y cuando la sorprendía en algún rincón de la casa, la regañaba, recordándole que a pesar de los privilegios que gozaba por disposición de su propio hijo, no era más que una esclava. En esos diez años no había podido perdonarle a Maria Graça la afrenta de parir a una mulata, y se lo reclamaba cada vez que tenía la ocasión. Su madre era un manojo de contradicciones. Rechazaba a Candelaria y, en cambio,

sentía adoración por Juliana. Cumplía todos sus caprichos y sufría tanto o más que ella cuando caía enferma. Todavía no le había mandado a avisar que tenía fiebre otra vez porque sabía que se iba a presentar en La Aurora para ocupar su lugar. Doña Isadora estaba convencida de que Maria Graça no era capaz de cuidar a la niña con el mismo esmero.

Escurrió un paño de agua fría dentro de la palangana, lo colocó sobre la frente de su hija y le acomodó un mechón de pelo que se le había pegado en la mejilla. Juliana entonces abrió los ojos y la miró.

—Madre…

—Descansa, cariño. La fiebre ya está cediendo.

—¿No ha venido la abuela a verme?

—Ha estado aquí hace un momento, pero tuvo que regresar al lado del abuelo. Te dejó muchos besos y prometió que volverá mañana. —No estaba acostumbrada a mentirle; sin embargo, a veces era necesario. Sentía celos de esa estrecha relación que Juliana compartía con su madre. Parecía que doña Isadora no se conformaba con haberle quitado a Candelaria, también tenía la intención de interponerse entre Juliana y ella.

—Ya no me duele la cabeza —musitó la niña con un hilo de voz.

—Eso es por el tónico nuevo que trajo el doctor Montalbán.

Los ojos celestes de Juliana se iluminaron.

—¿Voy a curarme?

Maria Graça retiró el paño húmedo de su frente y notó que continuaba caliente. La fiebre se resistía a abandonar el cuerpo debilitado de su pequeña.

—Lo harás, cariño. Solo debes tener un poco de paciencia y seguir al pie de la letra todas las indicaciones del doctor.

La niña asintió con una sonrisa y volvió a quedarse dormida.

Maria Graça abrió las ventanas para que corriera un poco de aire y se asomó por la ventana. El movimiento en la hacienda, a esas horas de la tarde, era más intenso de lo habitual porque estaban preparando los sacos de café para enviarlos al puerto. Desde que Augusto se había convertido en el barón de Campinas, la producción anual se había duplicado. Había adquirido un nuevo lote de esclavos de un

hacendado caído en desgracia y contaba el dinero a manos llenas. Una docena de hombres se encontraba en el patio trasero, seleccionando los mejores granos de café antes de embolsarlos. Era una tarea que no requería demasiado esfuerzo, pero los pobres negros terminaban con la espalda y los brazos doloridos después de estar todo el día casi en la misma posición. Bernardo estaba allí, apostado contra una columna, fumando un cigarrillo. Inclinó levemente la cabeza al verla asomada en la ventana, y ella le devolvió el saludo. Sentía un gran afecto por él y por su hijo. Eva ya no estaba en este mundo, pero también la recordaba con mucho cariño. Ellos le habían abierto la puerta de su humilde casa para encontrarse en secreto con su niña y nunca terminaría de agradecérselos. Vio que Marquinhos se acercaba a su padre con una vasija y le convidaba agua. ¡Había crecido tan rápido! Era un muchacho dulce y valiente. Se había convertido en el ángel guardián de Candelaria. Sentía verdadera devoción por su hija desde muy pequeña, y sabía que siempre que podía, al igual que ella, se escapaba para ir a verla. A pesar de las condiciones injustas que rodeaban su crianza, la pequeña contaba con la amistad de Marquinhos y la protección de aquellos que la amaban. Era entonces cuando el rechazo de sus abuelos o el desprecio de Augusto perdían fuerza. Mientras ella pudiera evitarlo, nadie lastimaría a Candelaria. Regresó al lado de su hija para constatar que dormía y salió de la habitación en silencio. Pasó por el despacho. Por la falta de luz debajo de la puerta, supo que Augusto aún no había vuelto de la ciudad. Mejor así. Se dirigió a la cocina para supervisar la cena y se encontró a Amaranta, sentada en una silla, con el rostro compungido. Preocupada, se acercó y le tocó el hombro.

—¿Por qué estás así? Juliana se va a poner bien —le dijo.

—No se trata de la niña, *sinhá* Maria Graça.

—¿Qué es entonces? —Ahora estaba asustada de verdad.

—Ha venido uno de los esclavos de su padre a darnos una terrible noticia.

Maria Graça tuvo que sentarse cuando el corazón se le subió a la garganta.

—¿Le ha ocurrido algo al coronel? —Hacía dos años había sufrido

un síncope y desde entonces su salud había desmejorado.

—No, él está bien. Es… Edileusa.

—¿La nana? ¿Qué tiene mi nana?

—Al parecer, rodó por las escaleras y no hay esperanza de que se salve.

Maria Graça se levantó como impulsada por un resorte y la silla fue a parar al suelo. Corrió hacia la puerta, se detuvo de repente y, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Quédate con Juliana y dile al cochero que tenga el listo el carruaje. Salgo para la hacienda de mis padres ahora mismo.

*

Augusto espió por el rabillo del ojo mientras su amante, con torpes movimientos producidos por el alcohol, intentaba cubrir su cuerpo desnudo con una bata de seda. No la detuvo cuando abandonó la tibieza de las sábanas para sentarse frente a la cómoda.

—Es tarde, Augusto. Deberías regresar a la hacienda. Seguro tu esposa te está esperando con los brazos abiertos —le dijo, mirándolo a través del espejo. Se llevó todo el cabello hacia un costado y comenzó a cepillarlo lentamente. Era una actividad que siempre la relajaba después de un buen revolcón.

Augusto no le respondió. Gloria Meneses, la distinguida esposa del delegado de policía de Campinas, podía llegar a ser la más incisiva de las mujeres con solo proponérselo. No le gustaba cuando le lanzaba aquellos comentarios fuera de lugar que no hacían más que aburrirlo y poner en riesgo su relación. Llevaban acostándose poco más de un año. Ella había llegado a la ciudad acompañando a Eriberto Pinto, el flamante delegado propuesto por el Partido Conservador. Sus ínfulas de dama de la Corte y el poco recato que poseía para lanzarle miradas atrevidas lo habían seducido. Su esposo, un hombre demasiado apasionado por el trabajo, le prestaba poca atención. Y Gloria Meneses no era una mujer a la que se pudiera descuidar. Él lo sabía muy bien. Sus encuentros amorosos tenían lugar en una habitación que Gloria poseía en la parte trasera de la casa de té, un regalo de su esposo que satisfacía su capricho de convertirse en una mujer de negocios. Allí

daban rienda suelta a la lujuria. Augusto, para olvidarse que la mujer que dormía en su cama nunca lo había amado. Gloria, para sentirse poderosa y deseada. Con un hijo en la flor de la pubertad, comenzaba a preocuparse por el paso de los años, y el sexo, a su entender, era la mejor manera de preservar su juventud.

—¿Cuándo vuelve Pinto de su viaje a Río de Janeiro?

—Mañana —respondió Gloria. Si su intención era amargarle el resto de la noche, lo había conseguido.

—Asumo que entonces no nos veremos hasta nuevo aviso. —Augusto arqueó la ceja en un gesto de interrogación mientras se sentaba en la cama.

Gloria se giró sobre la banqueta y le clavó la mirada.

—La presencia de Eriberto en la ciudad nunca antes te había detenido —retrucó, molesta—. Es más, recuerdo que en alguna que otra ocasión has tenido que salir huyendo con el rabo entre las piernas para que no nos sorprendiera.

Augusto sonrió. Él también se acordaba, y aunque en ese momento le había resultado excitante correr el riesgo de ser atrapado por el esposo de su amante, ahora ya no le apetecía en lo más mínimo exponerse de esa manera tan temeraria. Tenía una reputación que cuidar. Sobre todo, desde que el mismísimo emperador don Pedro II lo honrase con el título de barón de Campinas.

—Vendrás a buscarme —vaticinó Gloria, conocedora de cada una de sus debilidades.

Augusto, completamente desnudo, avanzó hacia ella y le arrebató el cepillo. Gloria se levantó para intentar quitárselo, pero terminó cayendo entre sus fuertes brazos. Él deslizó la bata por sus hombros y contempló su voluptuosa desnudez.

—Quizá tengas razón —le susurró al oído mientras le acariciaba el vientre.

La mano abierta de Augusto se apoyó sobre su sexo palpitante, provocando que ella diera un respingo. Cuando los hábiles dedos masculinos la penetraron, Gloria echó la cabeza hacia atrás y gritó de placer.

Para su buena fortuna, el barón del café también conocía cuál era su

punto débil.

*

Maria Graça llegó a la hacienda de los Esteves de noche. Se apeó del carruaje con la ayuda del cochero y le indicó que podía esperarla en la cocina. Subió rauda las escalinatas con el corazón en un puño, temiendo encontrarse con lo peor. Dejó el abrigo en el vestíbulo y se encaminó hacia el salón. Estaba vacío. Recorrió los pocos metros que había hasta el comedor y tampoco había nadie allí. ¿Dónde se habían metido todos? Iba a preguntar a Gerarda, pero se detuvo en el pasillo al escuchar la voz de su madre en la planta alta.

—La pobre no pasa de esta noche.

Maria Graça se detuvo de repente. Le temblaban tanto las piernas que no podía moverse. Cuando alzó la cabeza, vio a doña Isadora parada en lo alto de la escalera; altiva e imperturbable como siempre. La observaba en silencio. No percibió ni un atisbo de compasión en ese rostro apergaminado por el paso de los años y los disgustos.

—¿Dónde está? —le preguntó, obviando el saludo.

—Tu hermano insistió en llevarla a tu habitación —respondió de mal talante.

La necesidad de ver a su querida nana le dio el impulso suficiente para sortear las escaleras y llegar hasta ella.

—Aunque me parece que no es lo adecuado debido a su condición, tu padre ha mandado a llamar al sacerdote para darle la extremaunción.

Maria Graça asintió. Era increíble que, en un momento de tanta tristeza, pesara más el hecho de que Edileusa fuese una esclava que la proximidad de su muerte. Por actitudes tan intransigentes como esa, ella nunca se había llevado bien con su madre. El nacimiento de su hija solo había profundizado la brecha que las había separado por pensar diferente.

Cuando entró en su antigua habitación, Candelaria corrió a refugiarse en su regazo. Maria Graça la abrazó con fuerza mientras por encima de su cabeza contemplaba a su nana, tendida en la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡*Sinhá* Maria Graça, mi abuela se muere! ¡Por favor, no deje que Diosito se la lleve! —suplicó la pequeña entre hipidos.

Maria Graça la tomó del rostro y la miró. Deseaba tener el poder de evitarle tanto dolor, pero ella misma estaba devastada por la terrible noticia. Incapaz de encontrar una palabra de consuelo para su hija, la rodeó con los brazos y lloró con ella.

Alexandre, guiándose con un bastón, se acercó y le ofreció un pañuelo a su hermana. Con la promesa de que regresaban enseguida, logró convencer a Candelaria de salir un momento de la habitación para que ella pudiese estar a solas con Edileusa.

Maria Graça la contempló en silencio. Su respiración era apenas perceptible y tuvo que tocarla para asegurarse de que continuase con vida. Se acurrucó junto a ella y comenzó a rezar para que ocurriese un milagro. Estaba adormilada cuando sintió que una mano le acariciaba la mejilla. Abrió los ojos y vio que su adorada nana había despertado.

—¡Nana! —Lloraba de la emoción. Quería abrazarla, decirle lo mucho que la amaba y llenarla de mimos hasta que se levantase de esa cama, todo al mismo tiempo.

Edileusa intentaba hablar, pero no podía. La desesperación se reflejaba en sus ojos negros. Le apretó la mano con fuerza mientras de su garganta brotaba un leve quejido.

—No hagas ningún esfuerzo, nana —le suplicó, viendo cómo comenzaba a agitarse. ¿Por qué el doctor Montalbán no estaba en la casa? Clamó por él a viva voz, pero el único que entró a la habitación al oír los gritos fue su hermano—. ¡Qué alguien traiga al doctor, por favor! ¡Mi nana se muere!

Limitado por su ceguera, Alexandre logró llegar hasta ella y la apartó de Edileusa.

—Cálmate, por favor, *Pajarito*. Montalbán vino a verla apenas ocurrió el incidente. Lamentablemente, ya no hay nada que hacer. —La sujetó cuando intentó soltarse—. La caída le provocó diversas lesiones internas, y a su edad, es una situación irreversible.

—¡No, no es verdad! —Desbordada por el dolor, golpeó el pecho de su hermano con los puños cerrados hasta que ya no pudo más—. ¡Dime que la nana no se va a morir!

Alexandre creía que la guerra y la pérdida de la visión le habían endurecido la piel, volviéndose impermeable al sufrimiento; sin embargo, nada lo había preparado para aceptar la muerte de Edileusa. Esa mulata dulce y solícita, pero severa cuando era necesario, había ocupado mejor que nadie el lugar que le correspondía a doña Isadora en su corazón.

Maria Graça lloró sin consuelo acunada en la tibieza de sus brazos, deshaciéndose entre ruegos y palabras amorosas hacia su adorada nana.

Edileusa no volvió a despertarse. Cuando llegó el padre Reginaldo, la ungió con el sacramento de la extremaunción y elevó una plegaria pidiendo por el descanso eterno de su alma. Maria Graça, Alexandre y la pequeña Candelaria estaban a su lado. Edileusa murió rodeada de sus queridos niños, los únicos que le habían dado amor en su larga vida de esclava.

*

—¡No voy a tolerar semejante despropósito! —Doña Isadora miró a su esposo y volvió a fijar sus ojos abiertos como platos en el rostro lloroso de su hija—. ¡Jamás permitiré que una esclava sea sepultada en el panteón familiar!

Maria Graça hizo caso omiso a las palabras de su madre. Estaba dispuesta a pasar por encima de ella y de sus tontos prejuicios.

—Padre, se lo pido en nombre de todos esos años en los que Edileusa cuidó de Alexandre y de mí con tanto cariño y dedicación. Usted sabe muy bien que, para nosotros, ella fue como una madre.

—¡Lo que me faltaba! —saltó Isadora, ofendida por su comentario.

El coronel Esteves se sentía entre la espada y la pared. Comprendía el dolor de sus hijos al perder a su nana; sin embargo, las razones que esgrimía su esposa para negarse también eran válidas. Sin dudas, era un sacrilegio que los esclavos compartieran la morada eterna en donde descansaban los restos mortales de los ancestros de sus amos. Como mucho, se les permitía ser enterrados en una tumba cercana.

—No puedo complacerte, hija. Debes comprender que Edileusa…

—¡Edileusa me quiso más que mi propia madre! —le gritó, sin

importarle el efecto que sus palabras provocarían en doña Isadora—. ¡No solo cuidó de mí, también se ocupó de criar a mi hija cuando ustedes me la quitaron!

—¡Nosotros no te la quitamos!

—¡Da lo mismo, padre! ¡Por más de diez años, Candelaria vivió en esta casa como una esclava! —Se levantó y enterró las uñas en el mullido respaldo de cuero de la silla—. ¡Esa niña a la que han humillado con su rechazo y sus malos tratos es sangre de su sangre! ¡La única nieta legítima de los Esteves!

El coronel y su esposa se quedaron mudos. Era la primera vez en mucho tiempo que Maria Graça los enfrentaba de esa manera tan directa.

—¡Cállate, Maria Graça! —Doña Isadora tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abofetearla.

—He callado durante muchos años, madre —respondió, más calmada—. No se imagina lo tortuoso que es para mí tener que conformarme con estar cerca de Candelaria sin poder decirle la verdad.

—¡No te atreverías!

Maria Graça la miró. Aunque se moría de ganas de hacerlo, el temor a que su hija la culpara de no luchar por mantenerla a su lado era más fuerte que su deseo de revelarle el lazo que las unía.

—Puede quedarse tranquila, madre. No pondré su honorable reputación por el suelo ni mancharé su linaje —le dijo con ironía—. Candelaria está muy triste por la muerte de su abuela y no podría causarle más sufrimiento.

—¿Qué es lo que pretendes entonces? —inquirió el coronel, sumamente molesto por la actitud beligerante de su hija. Maria Graça ya no era esa muchacha afectuosa y sonriente que recordaba y que extrañaba tanto—. ¿Chantajearnos para que accedamos a tus demandas?

—Chantaje es una palabra muy fea, padre —replicó—. Digamos mejor que le estoy proponiendo un trato. Usted da su permiso para que los restos mortales de mi nana descansen en el panteón familiar y yo seguiré manteniendo su ilustre apellido en un pedestal.

—No podemos caer en su juego, querido —terció Isadora, abanicándose el rostro.

—Hay algo más —manifestó Maria Graça, mirándolos con una seguridad que daba escalofríos.

El coronel, resignado a acatar su voluntad en pos de salvar el honor de los Esteves, estaba dispuesto a escucharla.

—Después del entierro de Edileusa, hablaré con mi esposo para que me permita llevarme a Candelaria conmigo. Ahora que la nana ya no está, no puede quedarse en esta casa en donde no es querida. Alexandre es el único que la trata con cariño, pero vendremos a visitarlo con frecuencia. Sé que él comprenderá que es lo mejor para ella y para mí.

—¡El barón jamás te dejará cometer una locura semejante! —le advirtió su madre—. ¿Olvidas acaso que él y su padre fueron los que te quitaron a la niña?

—Yo me entiendo con el barón, madre. —Cuando miró al coronel para exigirle una respuesta, creyó percibir algo de compasión en su semblante—. Es usted quien tiene la última palabra, padre.

—Puedes quedarte tranquila, hija. Daré la orden de que Edileusa sea sepultada en nuestro panteón.

Maria Graça se lo agradeció en silencio, con una lacónica sonrisa. Fue un gesto que logró que la mirada melancólica del coronel Esteves volviera a brillar después de mucho tiempo.

Con una importante victoria entre manos, salió del despacho y cerró la puerta para no escuchar las quejas de su madre.

VEINTIUNO

Esa tarde, la casa de té de doña Gloria estaba más concurrida de lo habitual. Desde el mostrador en donde se exhibían los mejores dulces y pasteles de la región, su dueña observaba complacida el movimiento que se iba suscitando en el gran salón a medida que la gente se iba acomodando alrededor de las mesas. Tenía dos empleadas eficientes que valían cada real que les pagaba. Sin embargo a veces, cuando se aburría, ella misma se ponía un delantal y se acercaba a los clientes, con una sonrisa a flor de labios que hacía las delicias de los caballeros. Su esposo, enfrascado en su labor como delegado, la dejaba manejar el negocio a su antojo. Mientras ganara dinero, nada más le importaba. Raras veces se pasaba por allí, y cuando lo hacía, se marchaba conforme con lo que veía. Eriberto Pinto no tenía ninguna queja de su emprendedora y hábil esposa. Había logrado sacar adelante la casa de té prácticamente sin su ayuda, e incluso había convencido al hijo de ambos para que le diera una mano con la contabilidad. Claro que el muchacho, un adolescente enamoradizo que prefería matar el tiempo corriendo detrás de alguna señorita, poco hacía para ganarse el dinero que su padre le daba religiosamente todos los meses.

Gloria miró hacia la puerta. Su hijo le había jurado que esa tarde iría a trabajar, aunque era evidente que, una vez más, le había mentido. Estaba cortando unas rebanadas de pastel de chocolate cuando se hizo un silencio generalizado en el lugar. Volvió a mirar en dirección a la puerta y descubrió la causa de tan inusitada reacción.

Un negro, que vestía con elegancia y calzaba unas lustradas botas de cuero, estaba parado en la entrada. Llevaba una pequeña maleta en una mano y un sombrero en la otra. Todos se le quedaron viendo. Los más conservadores, escandalizados por su presencia, cuchicheaban entre ellos mientras lo miraban con curiosidad. Un hombre de color

con ese aspecto de citadino no era moneda corriente en Campinas.

Una vez pasada la sorpresa, Gloria decidió acercarse y preguntarle qué se le ofrecía.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

Dimas apartó la mirada de la gente y le dedicó una sonrisa.

—Buenas tardes, *madame*. Creo que llegué en mal momento. —Señaló las mesas—. No hay espacio para un viajero cansado y hambriento.

—¿De dónde viene?

—De la Corte —mintió. Prefería dar información falsa para no alertar a nadie de su llegada. Estaba en Campinas solo de paso y pensaba aprovechar el tiempo que le quedaba en la ciudad para buscar a Maria Graça. Le había prometido a Caetano que volvería a Resende en el primer tren; pero estando a tan pocas millas de distancia, no podía perder la oportunidad de verla.

Gloria no estaba en contra de atenderlo en su local. Aunque no era abolicionista, y mucho menos republicana, si el hombre tenía dinero para pagarse una taza de té o un pedazo de pastel, era muy bienvenido.

—Si no le incomoda, puedo servirle en el mostrador. Como verá, no hay ninguna mesa disponible.

Bastó que el extraño aceptase su invitación para que varios de los clientes dejaran sus refrigerios a medias y se marcharan del lugar como si estuviesen huyendo del mismísimo demonio.

—¡Vaya, parece que ahora sí podrá ocupar una de las mesas! —comentó Gloria, encogiéndose de hombros—. Venga por aquí, por favor.

Dimas la siguió hasta el fondo del local y saludó con la cabeza a las personas que habían decidido quedarse. Ninguno le devolvió el saludo, pero a él no le importó. Pidió una taza de té con una rodajita de limón y una porción generosa de magdalenas apenas adobadas con dulce de coco quemado.

Gloria se encargó de espantar a sus empleadas para atenderlo en persona. Sentía una curiosidad malsana en averiguar qué hacía un hombre como ese, seguramente un esclavo liberto, en Campinas. Se

dedicó a observarlo mientras él degustaba su merienda. Era atractivo como muchos de su raza; sin embargo, había algo en su mirada que le provocaba cierta inquietud. Después de su llegada, nadie más entró al local. Los pocos clientes que se habían quedado se fueron marchando a medida que la tarde iba cayendo. Se acercó para tratar de entablar una conversación con él.

—Disculpe si me entrometo. —Ocupó la silla vacía al otro lado de la mesa antes de que se diera cuenta—. Si no le gusta mi compañía, me lo puede decir sin problemas.

—Su merced es una mujer agradable a la vista y me trató con amabilidad cuando tranquilamente podría haberme echado de su local por el color de mi piel.

—¿Es usted un esclavo liberto? —preguntó sin andarse con rodeos.

Dimas sonrió. Si estaba tan interesada en saber cosas de él, quizá consiguiera obtener a cambio la información que necesitaba para acercarse a Maria Graça.

—Así es. Mi amo murió hace un par de meses, y junto con su testamento dejó mi carta de libertad. Me lo había prometido al poco tiempo que llegue a su hacienda y cumplió con su palabra.

A Gloria le sorprendió su manera de expresarse. No era un negro ignorante como los que estaba acostumbrada a tratar. En su casa tenía esclavos, pero todos eran analfabetos y cortos de sesera.

—¿Y qué ha venido a hacer a un lugar como Campinas? —Se puso a jugar con un mechón de pelo que le caía a un costado de la cara.

—En realidad estoy de pasada. Salí de la Corte por un viaje de negocios.

—¿Negocios? —Gloria no daba crédito a lo que estaba oyendo.

Dimas asintió.

—¿Acaso le parece inadecuado que un esclavo liberto pueda ser dueño de su propio negocio? —retrucó, alzando las cejas.

—No, por favor. No me malinterprete, señor. —Lo miró con un gesto interrogante. No me ha dicho su nombre, ¿verdad?

—No, no se lo he dicho.

Gloria comprendió que tampoco se lo iba a revelar. ¿Qué era lo que escondía ese hombre?

—¿Puedo hacerle yo una pregunta ahora?

—Por supuesto.

—¿Conoce al coronel Esteves?

—¡Todos en la ciudad lo conocen! —Trató de no mostrarse demasiado sorprendida, pero era muy extraño que buscara información, precisamente, de la familia política de su amante.

—Tiene una hija.

—Sí, Maria Graça. Es la esposa de don Augusto Soares do Carvalho, el barón de Campinas. Su hermano mayor volvió ciego de la guerra. ¡Pobre muchacho! ¡Tan joven y quedarse así por el resto de su vida!

Dimas no se esperaba aquella noticia. Guardaba un buen recuerdo del señorito Alexandre.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? A la señora Maria Graça, me refiero. —Odiaba ser tan directo, pero esa misma noche volvía a Resende y no quería perder más tiempo. Caetano ni siquiera sospechaba que se había desviado de su recorrido para hacer lo que cinco años antes le había impedido.

—Los Soares do Carvalho tienen una hacienda a los pies del valle. Se llama La Aurora. Puede ir en un coche de alquiler, aquí todo el mundo sabe llegar.

Dimas pagó por el té y las magdalenas y dejó unos vintenes de propina en recompensa por la información que le había brindado. Logró librarse de la mujer antes de que volviera a preguntarle su nombre. Cruzó la calle y lo primero que hizo fue alquilar un carruaje para ir en busca de su adorada *sinhazinha*.

*

Apenas le dijeron que la abuela de Candelaria había muerto, Marquinhos abandonó sus labores en el campo para ir a verla. Como siempre, y para evitar que alguno de los capataces lo descubrieran, llegó a la hacienda atravesando uno de los senderos que rodeaba el cafetal. Había un carruaje frente a la casa grande con la insignia de los Soares do Carvalho estampada en ambas portezuelas. Seguramente la esposa del barón se encontraba allí, velando el sueño eterno de la pobre Edileusa. Tenía vagos recuerdos de su infancia, cuando la

abuela de Candelaria se aparecía en su casa con ella en brazos. A él siempre lo enviaban a su cuarto, pero escuchaba que alguien más llegaba después de la esclava. Era una mujer. En una ocasión, sin que sus padres se dieran cuenta, se había asomado por la puerta para averiguar de quién se trataba. Aunque no le había visto nunca el rostro, podía jurar que era la hija del coronel Esteves. Luego, con el paso de los años, cuando fue testigo de las muestras de cariño que la señora Maria Graça le prodigaba a Candelaria, terminó confirmando sus sospechas. La mujer que los visitaba cada vez que la niña estaba en su casa era ella, la esposa del barón de Campinas. Ignoraba por qué nadie nunca más mencionó aquel asunto. Incluso su padre se negaba a hablar de ello cada vez que se lo preguntaba.

Pegándose de espaldas a la pared, se dirigió a la parte trasera de la casa para poder entrar por la cocina. Contar con la complicidad de Gerarda le había dado, muchas veces, la oportunidad de colarse hasta el área de los criados para ver a Candelaria cuando ella no podía ir hasta el arroyo.

Gerarda no estaba en la cocina. Había una olla en la estufa y una gran variedad de verduras esparcidas por la mesa. Se dispuso a salir, pero un par de manos le cubrieron los ojos. Supo enseguida quién era la autora de la broma.

—Desidéria, no tengo tiempo para tus juegos —le advirtió, tratando de zafarse.

La niña, que tenía la edad de Candelaria, era casi tan alta como él.

—¿Por qué siempre adivinas quién soy? —se quejó, haciendo un puchero mientras lo soltaba.

Marquinhos se dio media vuelta y la miró.

—Porque siempre se te ocurren las mismas travesuras. —Era imposible enojarse con ella. Cuando lo miraba de esa manera, era la fiel imagen de la inocencia. Su cabello delicadamente trenzado por las manos expertas de alguna de las esclavas de la barraca y esas paletas separadas que se asomaban por su boca cada vez que se reía la convertían en una niña muy carismática. A pesar de su facilidad para soltar la lengua en los momentos menos oportunos, Candelaria la adoraba. ¿Y él? Él también sentía afecto por ella. Por esa razón, no

podía regañarla.

—¿Has visto a Candé?

—Está en su cuarto, llorando a moco tendido por la muerte de su abuela. —Se mordió el labio inferior—. ¡Me da tanta pena!

—Voy a ir verla.

—Vamos juntos.

Marquinhos la detuvo.

—No, prefiero que te quedes en el pasillo en caso de que alguien aparezca. Se supone que yo no debo estar aquí. ¿Comprendes?

Desidéria asintió.

—Está bien, yo vigilo, no te preocupes.

Salieron de la cocina rumbo al área destinada a los criados, y tras dar unos suaves golpes en la puerta, Marquinhos esperó la invitación de Candelaria para pasar. Como ella no respondió, decidió entrar igual. Le recordó a Desidéria que no debía moverse de allí y cerró la puerta.

Candelaria no estaba en su cama. La vio en un rincón, con las rodillas levantadas a la altura de la barbilla y la espalda apoyada contra la mesita de noche. No había reparado todavía en su presencia. Se acercó, se sentó a su lado y no dijo nada. Cuando ella buscó el calor de su pecho, la apretó con fuerza entre sus brazos.

—¡Soy tan desdichada, Marquinhos! —se lamentó llorando a mares.

—Lo sé, Candé. Es un dolor muy grande, solo el paso del tiempo lo va haciendo cada vez más pequeño, te lo aseguro. —No sabía si eran las mejores palabras de consuelo. A él poco le habían servido cuando perdió a su madre, pero no podía quedarse callado mientras ella sufría tanto—. Tu abuela ahora está en el cielo, y desde allí velará por ti.

Candelaria se sorbió los mocos y alzó la cabeza.

—Ella no se cayó sola de las escaleras, Marquinhos.

El joven Guimarães la miró a los ojos.

—¿Qué estás diciendo, Candé?

—La verdad. Alguien la empujó.

—¿Tú viste quién fue?

Candelaria asintió con la cabeza, pero no le respondió.

—¡Candé, dímelo!

Ella no se animaba siquiera a pronunciar su nombre. El miedo le impedía hablar. Se recostó de nuevo sobre su pecho y respiró hondo. Entonces pensó que entre los brazos de Marquinhos nada malo podía sucederle.

—Fue Jandiara. Ella empujó a mi abuela de las escaleras.

Marquinhos sintió que temblaba.

—¿Te hizo algo?

—Cuando se dio cuenta de que la había visto, me tironeó de los pelos y me dijo que si se lo contaba a alguien me mataría. —Cerró los ojos, intentando borrar esa espantosa escena de su mente.

Marquinhos maldijo el nombre de la esclava mientras le acariciaba la espalda a su amiga. Era un secreto demasiado terrible de esconder para una niña de apenas diez años. Ahora él también conocía la verdad y jamás permitiría que Jandiara cumpliera sus amenazas. Le dijo que no se preocupara, que todo iba a estar bien, y permaneció a su lado hasta que Candelaria se durmió acurrucada en sus brazos.

*

El coche de alquiler se detuvo en la entrada de la hacienda de los Soares do Carvalho y Dimas se tomó unos segundos para contemplar el paisaje antes de bajarse.

—Hemos llegado, señor —le anunció el cochero, mirándolo con extrañeza. No estaba acostumbrado a que alguien de su raza vistiera ropas tan finas y tuviese dinero suficiente para contratar sus servicios.

Dimas se apeó del carruaje y, antes de pagarle el precio acordado, le dijo que debía esperarlo para llevarlo de regreso a la ciudad. Al ver que el muchacho hacía un mohín de fastidio, depositó en su mano una moneda para que la espera valiese la pena. El cochero sonrió agradecido y buscó un lugar bajo la sombra donde pasar el rato hasta que él volviera.

Un camino angosto de tierra, rodeado por altísimas palmeras, se extendía delante de sus ojos. Al fondo, distinguió la silueta de una casa. Después de tanto tiempo imaginando cómo sería ese lugar, por fin estaba allí para conocerlo. La Aurora, una de las haciendas cafetaleras más fértiles de São Paulo, era el hogar de su amada

sinhazinha. Respiró hondo y se echó a andar. No sabía a ciencia cierta qué haría exactamente cuando llegase hasta la casa grande. Preguntar por ella sería demasiado arriesgado. No había trazado ningún plan, pero sabía que algo se le ocurriría para poder verla sin despertar sospechas. Por lo pronto, se desvió del sendero principal para hablar con un esclavo que estaba trabajando en el jardín. Lo abordaría con una historia creíble y trataría de conseguir información sobre cuál era la mejor manera de acercarse a Maria Graça.

—Disculpe, ¿podría hacerle una pregunta?

El esclavo, un hombre entrado en años y que padecía una leve sordera, se dio vuelta de un sopetón al escuchar su voz. Al verlo, Dimas intuyó que ya debía haber sobrepasado la barrera de los sesenta hacía tiempo. Era indignante que continuara bajo el yugo de un amo cuando la ley Saraiva-Cotegipe, proyecto nacido de un diputado bahiano, decretaba la libertad para los esclavos ancianos. Dos años después de ser sancionada, tenía demasiadas fisuras y no era cumplida a rajatabla. Se habían hecho promesas de apoyar financieramente a los propietarios más pobres para ayudar a los esclavos de más de sesenta años, pero los propietarios nunca fueron indemnizados por haber perdido mano de obra en los cafetales. Esas irregularidades provocaban que los esclavos mayores siguieran presos en las barracas.

—¿A quién busca, muchacho? —El anciano lo miró de arriba abajo con desconfianza.

—He venido desde la Corte para hablar con el señor Soares do Carvalho —le explicó mientras se echaba un poco de aire con el sombrero. La ropa empezaba a molestarle y le picaba la piel por el sudor. Había olvidado lo caluroso que era el valle.

—¿Con el padre o con el hijo? Le pregunto porque don João ya no está en este mundo.

—Con don Augusto.

El anciano asintió.

—El amo joven tampoco está. —Se rascó la cabeza al darse cuenta de que sus palabras se prestaban a la confusión—. Quiero decir que no se encuentra en la hacienda, pero ese sí que sigue vivito y coleando.

Dimas pensó entonces que la muerte del tal Augusto habría sido la

solución a todos sus problemas.

—¿Sabe a qué hora volverá? Me urge hablar con él antes de volver a Río de Janeiro —le dijo, esperando sonar convincente.

—No sabría decirle, muchacho. El amo fue con su esposa a la ciudad porque una de las esclavas del coronel Esteves murió ayer. La *sinhá* Maria Graça pidió que la enterrasen entre sus muertos. —Puso cara de circunstancia y prosiguió—. La pobre negra descansará en una tumba con losa de mármol y angelitos de bronce. De qué le sirve ahora tanta pompa, ¿verdad?

Dimas coincidió con él. Si la esclava había sido sepultada en el panteón de los Esteves, solo podría tratarse de alguien muy cercano a la familia. La única capaz de ganarse ese honor era Edileusa, quien había criado a los hijos del coronel como si hubiesen salido de su propio vientre. Al pensar en el dolor que Maria Graça debía de estar atravesando por la pérdida de su nana, resolvió ir a la ciudad y acompañarla en un momento tan triste para ella. Antes de despedirse del anciano, quiso saber cuántos más en su misma condición seguían trabajando en la hacienda. Supo que al menos una docena de esclavos mayores de sesenta años desempeñaba sus labores en el cafetal. Le dio un fuerte apretón de manos y le dijo que muy pronto tendría noticias de él. Expondría su caso y el de los demás en la Sociedad Abolicionista de Resende y volvería con sus cartas de libertad. Si no conseguía reencontrarse con su amada *sinhazinha*, al menos su breve paso por Campinas no habría sido en vano.

El viaje de regreso a la ciudad le resultó interminable. Tenía tantas ganas de ver a Maria Graça y consolarla por la muerte de Edileusa que no veía la hora de llegar. Le había indicado al cochero que lo llevase directamente al cementerio. Quizá ya no encontrara a nadie allí, pero debía arriesgarse. Para cuando el carruaje entró en Campinas, Dimas estaba hecho un manojo de nervios. Se asomó por la ventana y divisó la cúpula de la iglesia al final de la calle principal. El cementerio se encontraba detrás. Esperó un momento antes de bajarse y, armándose de valor, abandonó la seguridad del carruaje para enfrentarse a su pasado. El cochero recibió el resto de su paga sin cruzar ni una palabra con él; luego se alejó en dirección a la estación de trenes en

busca de nuevos pasajeros.

Dimas pasó por delante de la iglesia muy despacio. La puerta estaba abierta de par en par y no había nadie en su interior. Continuó su recorrido por la parte lateral del edificio hasta llegar al cementerio. Una bandada de palomas blancas en vuelo rasante perturbó el silencio abrumador que reinaba en el lugar y rápidamente se perdieron en el horizonte. Unos cuantos metros más adelante, sobre una elevación del terreno, distinguió a un grupo de personas alrededor de un viejo sacerdote. Era el padre Reginaldo. Se caló el sombrero y avanzó entre las tumbas hasta detenerse a una distancia prudencial. Alcanzó a oír el final de la homilía, que era acompañada por el llanto de algunas mujeres. Al primero que reconoció fue al señorito Alexandre. Estaba parado detrás del sacerdote, con la cabeza gacha y un bastón en la mano. Se movió hacia la izquierda para ampliar el rango de su visión.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando la vio.

Allí estaba su añorada *sinhazinha*, vestida de negro y con el rostro cubierto por un grueso velo. Su cuerpo se sacudía en leves estertores mientras lloraba en los brazos de una joven mulata. Un sujeto alto se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Aunque lo había visto pocas veces en su vida, lo reconoció se inmediato. Augusto Soares do Carvalho le dio una indicación a la esclava que acompañaba a su esposa y, apenas unos segundos más tarde, ocupó su lugar.

Dimas experimentó una sensación desagradable al ver cómo la tocaba. Cuando ella recostó la cabeza en su pecho, dejándose consolar por ese hombre que él tanto odiaba, tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse en su sitio y no cometer la locura de llevársela a la rastra del cementerio. Una figura diminuta se abrió paso entre los dolientes y se aferró a la falda de Maria Graça. Ella se apartó del barón y se arrodilló frente a una niña de cabellos dorados que reclamaba su atención. Le habló mientras le acariciaba la cabeza y luego se abrazaron largamente. Los presentes desfilaron frente a la tumba de Edileusa antes de comenzar a retirarse. Aunque la mayoría eran esclavos, además de Soares do Carvalho, Maria Graça y la niña rubia, había un hombre vestido de manera sencilla y un muchacho delgado que parecía estar custodiando a una pequeña mulata de

trenzas largas.

Se vio obligado a esconderse cuando la procesión pasó muy cerca de él. Fue entonces que escuchó la voz de la niña que caminaba prendida de la mano de Maria Graça.

—Mamá, me duele la cabeza.

—No molestes a tu madre, Juliana —la amonestó el barón.

—Déjala, Augusto. La niña no se ha sentido bien y necesita volver a la casa cuanto antes para descansar. —Miró a su hija—. No deberías haber venido, cariño.

—Quería decirle adiós a Edileusa, mamá.

Maria Graça respiró hondo y trató de sonreír. A pesar de que Juliana no había compartido mucho tiempo con su nana por causa de su enfermedad y sus constantes recaídas, la niña siempre había sentido curiosidad por esa negra de mirada dulce y penetrante que se desvivía por su madre. Miró en dirección hacia donde se encontraba Bernardo y su hijo Marquinhos. Al lado del muchacho, cabizbaja y abatida, Candelaria caminaba como si cargara el peso del mundo sobre sus hombros. Hubiese querido darle un abrazo, decirle que ella la protegería a partir de ahora; pero no pudo. Augusto no le permitía ninguna muestra de cariño en público. Vivía con el temor irracional de que todos se dieran cuenta del lazo que la unía con la pequeña mulata. Sobre todo, por el extraordinario hecho de que ambas tenían el mismo color de ojos. Para no contrariarlo, porque necesitaba convencerlo de llevarse a su hija a vivir a La Aurora, se concentró en Juliana. Sabía que nada malo le sucedería a Candelaria si Marquinhos Guimarães estaba cerca de ella. Le echó una última mirada antes de volverse hacia Juliana y le apretó la mano. Creyó distinguir una sombra que se movía entre los pinos. Le pareció que era un hombre; pero cuando se apartó el velo del rostro para ver mejor, descubrió que no había nadie. Quizá había sido una ilusión óptica. ¿Qué sentido tenía que hubiese alguien escondiéndose en el cementerio durante el funeral de su nana?

Dimas alcanzó a agacharse detrás de una tumba en el preciso instante en el que Maria Graça dirigió la mirada hacia él. Con la rapidez que se movió era imposible que lo hubiese visto. Su pulso se

había acelerado. Se quedó allí, inmóvil, hasta que el cementerio se vació. Esperó un tiempo prudencial antes de abandonar su improvisado escondite y también se marchó. Haberla visto solo de lejos no le bastaba. Necesitaba hablar con ella antes de dejar Campinas. Decidió volver a la casa de té y preguntarle a la mujer que lo había atendido muy amablemente dónde podía encontrar un lugar decente para hospedarse. Sabía que Caetano iba a poner el grito en el cielo cuando le explicara la razón de su retraso. Pero al final, como siempre, terminaría entendiéndolo. Estaba por cruzar la calle cuando descubrió a un hombre en las escalinatas de la iglesia que lo miraba con insistencia. Era el mismo que hacía unos pocos minutos estaba en el funeral de Edileusa. No supo cómo reaccionar. ¿Y si era uno de los capataces del barón que lo había mandado a buscar? No pensaba correr el riesgo. Se dio media vuelta con la intención de marcharse antes de que fuese demasiado tarde, pero cuando el sujeto lo llamó por su nombre se quedó parado en medio de la calle.

—¡Dimas! —le gritó con más ímpetu mientras se aproximaba a él con premura.

Dimas no tuvo más remedio que detenerse y esperar que no se tratara de una emboscada.

—Eres Dimas, ¿verdad?

Con cautela, él asintió.

—Me lo imaginé cuando te vi en el cementerio. —Le tendió la mano, pero el mulato lo miró con recelo—. Mi nombre es Bernardo, soy capataz en la hacienda de los Soares do Carvalho.

Dimas, por instinto, retrocedió. Estaba dispuesto a salir de allí en cualquier momento.

—No te asustes —lo tranquilizó—. Mi intención no es perjudicarte, sino todo lo contrario.

—¿Por qué debería confiar en un hombre que trabaja para el barón?

—Porque no todos somos como él —respondió—. Si has regresado a Campinas después de tanto tiempo, supongo que es por un motivo muy importante.

—¿De dónde me conoce?

—Nunca antes te había visto hasta esta tarde, pero sé quién eres y

adivino por qué estás aquí.

Dimas se permitió bajar la guardia. El tal Bernardo no parecía ser peligroso.

—La razón de mi regreso no es de su incumbencia.

—Si has venido para recuperar a la mujer que perdiste, déjame darte un consejo. No te enfrentes a un hombre como el barón, terminarás pagándolo muy caro.

¿Cómo era posible que ese desconocido estuviese al tanto de su historia? Pasó por alto el hecho de que se atreviera a decirle lo que debía hacer y decidió que aprovecharía para preguntarle todo lo que necesitaba saber.

—No le tengo miedo a ese hombre. Ya he esperado demasiado para pararme frente a él y decirle que jamás lo voy a perdonar por haberme quitado a la mujer que amo.

—Provocarías una desgracia y lo sabes —retrucó Bernardo—. La señora Maria Graça no se merece más sufrimiento.

Escuchar el nombre de su querida *sinhazinha* lo dejó sin argumento. Las razones que él tenía para haber vuelto a Campinas ya no importaban si ella sufría por su causa.

—Nunca haría nada para lastimarla. Hoy he visto lo triste que estaba por la muerte de su nana, por eso tuve que conformarme con mirarla de lejos.

—Fue una decisión acertada. Habría sido un gran error.

—La niña que iba con ella ¿es su hija?

Bernardo asintió y acabó con la incertidumbre.

—Es la pequeña Juliana. —Sabía que hablarle con la verdad solo empeoraría la situación—. Una niña enfermiza que necesita de cuidados constantes.

—¿Tiene hermanos? —Le dolía en el alma descubrir que su *sinhazinha* le había dado una hija a ese maldito.

—No, el barón y su esposa no han vuelto a ser padres.

Dimas asintió. Ya había oído suficiente. Maria Graça había construido una familia y vivía la vida que había soñado. Una hacienda próspera, un esposo con título nobiliario y los lujos de los que siempre había estado rodeada. Él formaba parte de un pasado que seguramente

ya no le importaba. Se sentía un imbécil por haberse ilusionado con la posibilidad de un reencuentro. Le dio las gracias al capataz por sus sabios consejos y le pidió un favor.

—No le cuente a su patrona que he vuelto.

—Quédate tranquilo. Nunca lo sabrá. —Antes de perderlo de vista, le hizo una pregunta—: ¿Te vas hoy de Campinas o planeas quedarte más tiempo?

—El tren a Río de Janeiro parte mañana temprano. A propósito, ¿me podría recomendar un lugar en donde pasar la noche?

Le habló de una hostería que se encontraba a dos calles de la iglesia y hacia allí se dirigió Dimas. Sus últimas horas en Campinas las pasaría encerrado en aquel lugar mientras su amada *sinhazinha* seguía viviendo una vida de princesa.

VEINTIDÓS

El barón, harto de escuchar a su esposa llorar por la muerte de la esclava, mandó a preparar el carruaje. Debía aprovechar que el delegado todavía no había vuelto a la ciudad para hacerle una visita imprevista a Gloria. A ella no le agradaban las sorpresas; prefería que siempre le avisara cuándo iba a verla, pero esa noche tenía ganas de quebrantar las reglas. Se dio un baño de tina, eligió uno de sus mejores trajes y perfumó su cuerpo con una buena cantidad de Gentleman's Only, la colonia de origen inglés que la propia Gloria le había regalado. Estaba atusándose el cabello frente al espejo cuando Maria Graça entró en la habitación. Aun toda vestida de negro, era una mujer bellísima. Seguía deseándola, ya no con el mismo arrebato de los primeros años, pero disfrutaba de hacerla suya cuando ella se lo permitía.

—No me avisaste que ibas a salir —le dijo, guardando el velo en uno de los cajones de la cómoda.

—Lo decidí a último momento. —La miró por encima del hombro. Se dio cuenta enseguida de que estaba allí no porque tuviese la intención de hacerle algún reclamo. Si lo buscaba era porque seguramente quería pedirle alguna cosa—. ¿Qué necesitas?

Maria Graça estaba nerviosa. Quizá no era el mejor momento para hablar con él sobre Candelaria.

—Tengo algunos minutos para escucharte —le dijo en un tono despectivo, como si prestarle atención a su esposa fuese una especie de favor.

—Se trata de Candelaria. —Aclaró su garganta antes de continuar—. Ahora que la nana ya no está para cuidar de ella, he pensado que podría vivir aquí conmigo… —No alcanzó a terminar la oración que Augusto se dio media vuelta y sorteó el par de metros que los

separaban para sujetarla del brazo.

—¿Te has vuelto loca?

Maria Graça no se amilanó. Lo miró, desafiándolo con la mirada.

—No es locura querer recuperar a la hija que tú y tu padre me quitaron. —Intentó soltarse, pero no lo consiguió.

—¡Jamás lo voy a permitir! ¡En este momento mi padre debe de estar revolcándose en su tumba al oír semejante desatino!

—Nadie tiene por qué sospechar que ella es mi hija. —No era precisamente lo que deseaba, pero estaba dispuesta a callar la verdad con tal de tenerla cerca—. Podríamos decir que tomamos la decisión de adoptarla para que le haga compañía a Juliana.

Augusto sacudió la cabeza. Cuanto más la escuchaba, más seguro estaba de que Maria Graça había perdido la razón. ¿Cómo podía pedirle que diera su consentimiento para que la bastarda que había engendrado con el esclavo viviera bajo su mismo techo?

—Juliana no necesita de la compañía de una mulata ignorante.

—¡Candelaria es mulata, sí, pero es una niña muy inteligente! —replicó, saliendo en defensa de su hija—. No solo sabe leer y escribir, también toca el piano. Piensa en el bienestar de Juliana y no en tus estúpidos prejuicios.

—¿Prejuicios? —Augusto se carcajeó—. ¡Lo que siento por esa esclava es odio! ¡Cada vez que la tengo enfrente de mí se me aparece una sola imagen! ¡La de ese maldito negro haciéndote suya!

—¡Cállate, por el amor de Dios! —Maria Graça no era de perder los estribos con facilidad, pero ya no soportaba las recriminaciones de su esposo. No cuando él hacía tiempo que había trasgredido las leyes del matrimonio, engañándola con otra mujer. No podía probarlo; pero estaba segura de que su amante era Gloria Meneses, la esposa del delegado de policía.

El barón se sorprendió con su apasionada reacción. Acababa de descubrir una faceta poco conocida de su esposa y eso le fascinaba. Hubiese resignado su visita a Gloria sin ningún problema solo para quedarse con ella.

—Te estoy pidiendo lo que creo que es justo —le dijo, un poco más calmada—. Estoy dispuesta a hacer lo que sea para que Candelaria

deje de ser una esclava y viva en esta casa como *nuestra* hija adoptiva.

—¿Me estás amenazando?

—No es necesario. —Le dio la espalda y comenzó a desabrocharse los botones del vestido—. Eres un hombre sensato y sabrás actuar según tu propia conveniencia.

Augusto tenía la sensación de que Maria Graça guardaba un as bajo la manga, y que por eso le importaba poco que él se rehusara a acatar sus deseos, ya que tarde o temprano terminaría saliéndose con la suya. Prefería que fuese más clara para saber a qué atenerse, pero ella no expondría su juego hasta no estar segura de que ganaría la partida.

La miró embobado cuando, tras librarse de las prendas rigurosas de luto, se quedó en ropa interior. Maria Graça se dirigió al tocador para deshacerse el peinado. Los ojos de Augusto se posaron en la firme redondez de sus caderas al sentarse en la banqueta. Estaba a punto de arrepentirse de volver a la ciudad para ver a su amante. ¿Para qué salir de la hacienda cuando tenía a una mujer tan hermosa al alcance de la mano?

—¿Qué serías capaz de hacer con tal de que esa *niña* sea criada en esta casa? —le preguntó al tiempo que apoyaba la mano en su hombro y buscaba su mirada a través del espejo. De repente, había perdido el interés de marcharse para retozar con la esposa de Eriberto Pinto.

—Lo que tú quieras —respondió Maria Graça, dejando de lado el pudor y el desprecio que sentía por él. Cualquier concesión valdría la pena si con ella podía recuperar a su hija.

Augusto desconfiaba. Maria Graça era una mujer voluntariosa y astuta. El hecho de que estuviese dispuesta a rebajarse con tal de conseguir de él lo que quisiera le indicaba que debía actuar con cautela. Hacerle creer que tenía el control, pero al mismo tiempo sacar provecho de la situación. Esa sería su mejor estrategia de ataque.

—Se me ocurren muchas cosas que podría hacer para convencerme, señora baronesa. —Le quitó el cepillo de la mano y le acarició el cabello. Se inclinó hacia adelante para hundir su rostro en esa mata de bucles dorados que olía a agua de rosas.

Maria Graça respiró hondo. Antes de ceder a la lujuria de su esposo, debía hacer un pacto con él.

—Augusto, te prometo que seré la más apasionada de las amantes si aceptas mi propuesta. —Se dio media vuelta, y sin levantarse de la banqueta, puso sus manos en la entrepierna masculina—. Iremos a buscar a Candelaria para que viva con nosotros. Diremos que el respetado barón de Campinas y su esposa, la baronesa, en un gesto caritativo, decidieron acoger en su hogar a una niña esclava que ha quedado huérfana. —Ejerció un poco de presión sobre su miembro para excitarlo—. Le darás tu apellido.

—No… no puedes pedirme tanto —balbuceó, llevando la cabeza hacia atrás.

Maria Graça metió una mano en la bragueta del pantalón para que se callase la boca.

—Aunque no lleve tu sangre, Juliana es tu hija legítima. Nunca has sido un padre cariñoso con ella; tampoco voy a pedirte que lo seas con Candelaria. Solo tienes que ignorarla, como has hecho todos estos años con la pobre Juliana.

Augusto sentía su miembro endurecerse bajo el influjo de sus caricias. Maria Graça sabía exactamente qué hacer para doblegar su voluntad. Se maldecía por ser tan débil. Después de que su matrimonio se convirtiera en una relación fría y distante en la que él la tomaba siempre que quisiera y ella se dejaba hacer sin mostrar ni un ápice de deseo, la recompensa por ceder a sus caprichos era demasiado tentadora.

Maria Graça, sin dejar de estimularlo, se puso de pie y lo fue llevando suavemente hacia atrás. De un empujón, lo tiró en la cama para terminar de desnudarse. Luego le bajó los pantalones, hizo lo mismo con su ropa interior y se montó a horcajadas encima de él. Se acomodó sobre su erección deslizándose un poco hacia abajo hasta que él la penetró. Augusto la sujetó de las caderas para intensificar la fricción, pero ella marcaría el ritmo. Empezó a subir y a bajar, cimbreando su cuerpo como la más osada de las amantes. Él se apoderó de sus pechos, amasándolos con verdadero fervor mientras ella lo cabalgaba.

De repente Maria Graça se detuvo y lo miró.

—Estoy esperando una respuesta —le dijo, con la respiración

entrecortada.

Con un rápido movimiento que la tomó por sorpresa, Augusto la tumbó en la cama y se arrojó sobre ella. Había sido fascinante dejarla tener el control, sin embargo, ahora le tocaba a él.

—Si acepto que te salgas con la tuya, ¿habrá más noches como esta? —Le rozó los labios con el dedo—. ¿Te convertirás en la esposa que siempre deseé tener?

Maria Graça abrió la boca y asintió. Podía entregarse a él todas las veces que quisiera y comportarse como la más apasionada de las mujeres. Eso jamás haría que ella lo amase. Su corazón aún latía por Dimas. Pensando en las caricias y los besos del mulato, alcanzó el éxtasis en brazos de su esposo.

*

Marquinhos permaneció un largo rato esperando en el río; sin embargo, Candelaria nunca apareció. Estaba muy triste por la muerte de su abuela y él ya no sabía qué hacer para animarla. Comprendía la intensidad de su dolor porque él había pasado por lo mismo cuando perdió a su madre siendo un niño de nueve años, uno menos de lo que tenía ahora Candelaria. Le había mandado un recado con Desidéria, diciéndole que quería verla en el lugar de siempre, pero sabía que ella no vendría. Se mesó el cabello hacia atrás y soltó un resuello. ¿Y si Jandiara le había hecho algo? No quería ni siquiera pensar en esa horrible posibilidad. Le había pedido que no dijera nada; al menos hasta que él supiera cómo hacer para contar la verdad sin correr el riesgo de que la mulata la lastimase. No ganaba nada quedándose allí. Estaba a punto de largarse a llover y su padre lo esperaba en casa con un plato caliente de frijoles. Esa tarde habían abandonado la labranza temprano, él para encontrarse con Candelaria y Bernardo para ir a la ciudad a hacer un encargo. El sueño de ambos era comprar las tierras en donde vivían. Para ello, ahorraban cada vintén que ganaban. El barón les había dicho que cuando reuniesen el dinero suficiente les vendería ese pedazo de suelo que les pertenecía por el simple hecho de haberlo hecho producir durante los últimos años. Y Marquinhos y su padre confiaban ciegamente en la palabra de Augusto Soares do

Carvalho.

Miró al cielo. Las nubes empezaban a abrirse y la tormenta ya no era una amenaza. Se despojó de los precarios zapatos de cuero y corrió de prisa, sintiendo la humedad en sus pies descalzos. Tardó apenas un cuarto de hora en alcanzar el camino de tierra que conducía hasta su casa. Se detuvo de repente cuando vio dos caballos a un lado del corral de las gallinas. No los reconoció, y estaba convencido de que su padre aún no había regresado de Campinas. Se acercó por detrás, y cuando una de las bestias se movió inquieta le acarició el testuz para calmarla. Entonces, la puerta de la casa se abrió de un golpe. Lo primero que vio Marquinhos fue una pistola en la cabeza de su padre. Alcanzó a ocultarse detrás de uno de los caballos y desde allí observó, aterrado, cómo dos hombres con los rostros cubiertos por una especie de pañuelo oscuro empujaban a Bernardo al centro del patio.

—¡Híncate, desgraciado! —vociferó uno de los enmascarados.

Bernardo Guimarães se arrodilló en el suelo polvoriento y, al levantar la vista, sus ojos se cruzaron con los de su hijo.

Cuando Marquinhos atinó a salir de su escondite, la mirada suplicante que le lanzó su padre se lo impidió. Pero tenía que hacer algo para salvarlo. No podía simplemente quedarse allí y ver cómo era maltratado por aquellos dos forajidos. Sin embargo, el terror y la advertencia que divisó en sus gestos lo detuvieron. Apretó los dientes con fuerza cuando el sujeto que empuñaba el arma le dio un violento empellón y Bernardo terminó con el rostro pegado al suelo. El otro sujeto colocó un pie sobre su espalda, provocando que su padre se retorciera del dolor.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Quién los envía? —inquirió el capataz alzando la cabeza para mirar a su agresor a los ojos.

—Somos tu verdugo —se burló el hombre que sostenía el revólver y que parecía llevar la voz cantante. Tras hacer un instante de silencio, le disparó un tiro en medio de la sien.

El estruendo ensordeció a Marquinhos. Se tambaleó cuando los caballos, asustados con el disparo, comenzaron a moverse. Uno de ellos logró soltarse de su rienda y echó a correr. De improviso, Marquinhos se vio al descubierto, y cuando quiso ocultarse

comprendió que ya era demasiado tarde.

El hombre que mató a su padre se acercó hacia él con el revólver en alto.

—¿Quién eres?

Marquinhos se levantó. Le temblaban las piernas. Bernardo no dejaba de sangrar. No se movía. Estaba muerto.

—¡Te hice una pregunta, muchacho! —El sujeto se acercó, tomó a Marquinhos del brazo y lo arrojó junto al cuerpo inerte de su padre.

—¡Soy Marcos Octavio Guimarães! —gritó el joven mientras levantaba la cabeza de su padre y la colocaba encima de su regazo.

El hombre lo miró fijo. Sus ojos se asomaban por debajo de una gruesa máscara de cuero que le cubría gran parte del rostro. No esperaban encontrarse con aquel imprevisto. La orden había sido matar a Bernardo Guimarães; nadie les había advertido que su hijo estaría allí. Miró de soslayo a su compañero, tan desconcertado como él. No hubo necesidad de palabras, ambos sabían qué era lo que debían hacer. No podían dejar testigos.

Entre los dos lograron reducir a Marquinhos, y junto al cadáver de su padre, lo metieron en la casa. Una vez en el interior de la modesta vivienda, los acomodaron en un rincón. El más callado de ellos ató al muchacho a la pata de la mesa.

Marquinhos observaba todo con atención; cuando vio que el asesino de su padre tomaba unas velas y las encendía, intentó soltarse.

—Ni siquiera lo intentes, muchacho —le advirtió—. Deberías agradecernos; morirás al lado de tu padre.

—Al menos díganme quién los ha enviado —exigió Octavio consciente de que moriría esa noche.

Los dos forajidos se miraron de reojo. Después, el que había matado a su padre inspiró hondo y lanzó un escupitajo al suelo.

—Nunca lo sabrás. Se suponía que tú no entrabas en sus planes, pero debes morir. Lo comprendes, ¿verdad? —Acercó la vela a una de las cortinas y, de inmediato, la tela empezó a arder. Luego la arrojó encima de la mesa. Su cómplice hizo lo mismo y, en pocos segundos, el interior de la casa estaba envuelto en llamas.

Marquinhos siguió con la ardua tarea de intentar deshacerse de las

cuerdas que aprisionaban sus manos. No iba a dejar de luchar; si moría, al menos lo haría peleando.

—Adiós, muchacho. ¡Nos vemos en el infierno! —El sujeto que había empuñado la pistola en contra de su padre se burló de él haciendo una reverencia. Un segundo después, los dos desaparecieron.

Marquinhos apoyó la espalda en la pata de la mesa a la cual había sido atado. Empujó hacia atrás y logró arrastrarse un par de metros con el mueble a cuestas para ponerse a salvo. Se acurrucó en un rincón, junto a la chimenea, y movió los brazos desesperado en su afán de liberarse.

El tiempo pasaba y la muerte estaba cada vez más cerca; el humo apenas le permitía mantenerse consciente. Tenía el rostro perlado por el sudor, y el calor era insoportable.

Miró a su padre, tirado en el suelo. Ya no había nada que hacer por él; había perdido su vida en manos de los dos maleantes y ni siquiera sabía por qué.

Un brillo triunfal iluminó sus ojos cuando por fin la cuerda cedió. Abrió y cerró las manos para aflojar el nudo. Con las pocas fuerzas que le restaban, se levantó del suelo. Las lenguas de fuego estaban demasiado cerca. Se quitó la camisa y la ató en la nuca para cubrirse la parte baja del rostro. Sabía que el humo podía llegar a ser más traicionero que el fuego.

Avanzó hacia la puerta que daba al patio; sin embargo, cuando estaba a punto de abrirla, una viga que se desprendió del techo cayó sobre su espalda. Marquinhos quedó aplastado debajo del madero y las punzadas eran tan intensas que ni siquiera podía moverse. Se había quemado, podía sentir el olor a carne chamuscada. Haciendo un gran esfuerzo, extendió el brazo derecho e intentó alcanzar la salida. No fue suficiente, necesitaba estirarse un poco más. Con gran desesperación, alcanzó el pomo de la puerta. La abrió, y al hacerlo, el fuego se avivó por efecto del aire que entró a la casa. La quemadura en su espalda lo había debilitado aún más, aunque no iba a claudicar.

Ya faltaba poco. Se impulsó hasta que sus piernas, la última parte de su anatomía que continuaba presa del madero, por fin se liberaron.

Salió de la casa y, con los ojos llorosos, observó cómo las paredes

del que había sido su hogar se caían a pedazos.

Con el poco aliento que le restaba, logró arrastrarse hasta el patio. Se volteó lentamente y observó, impotente, cómo las precarias paredes del rancho, abrasadas por las llamas del infierno, se caían a pedazos como naipes en una mesa.

Ya no había nada qué hacer. Se habían ensañado con él de la peor manera, sin siquiera darle la oportunidad de pelear. Se mordió los labios para no llorar de rabia y dolor. Intentó ponerse de pie, pero el ardor en la espalda le impidió moverse. Quedarse allí era arriesgarse a una muerte segura. Debía alejarse antes de que alguien descubriera que había conseguido librarse del incendio. Estiró el brazo hasta alcanzar la pared del aljibe. Se dio cuenta en ese momento de lo mucho que temblaba. Se impulsó hacia arriba y logró incorporarse. Tomó el barreño de madera y se echó el agua encima para refrescarse. La quemadura en su espalda escoció como el mismísimo demonio. Ahogó un grito mientras se deshacía de los jirones de tela de su camisa que se le habían pegado a la herida. Uno de los caballos, nervioso por la cercanía del fuego, empezó a rasguñar el suelo con sus herraduras mientras abría y cerraba los ollares para intentar respirar. Volvió a caer al suelo. La densidad del humo se hacía cada vez más espesa y le provocaba un picor en la garganta. Le hizo señas de que se aproximara. Sería más sencillo montarse encima del animal que ir a su encuentro. El potro se resistía a obedecer, estaba tan asustado como él. Puso el cubo en el suelo, y aunque ya no había ni una gota de agua en su interior, fue todo lo que necesitó para atraer nuevamente su atención. Cuando lo tuvo cerca, se sujetó con ambas manos del estribo y consiguió erguirse. Hizo un esfuerzo sobrehumano para llegar hasta la silla de montar, pero comprendió de inmediato que encaramarse encima del caballo, en su calamitosa condición, sería toda una odisea. Debía intentarlo. No tenía otra opción si quería salir de allí. Puso el pie derecho en el estribo y, tomando aire, saltó sobre el animal, quedando con medio cuerpo colgando. Cuando buscó acomodarse mejor, vio por el rabillo del ojo que un jinete se aproximaba. Era una silueta fantasmagórica que se dibujaba más allá del humo que se alzaba por encima de los muros del rancho y se perdía en la espesura

del valle. Su primera reacción fue pedir ayuda; sin embargo, a medida que el desconocido se iba acercando, descubrió que se trataba de uno de los hombres que lo habían atacado. El miedo y el instinto de supervivencia le dieron la fuerza suficiente para tomar las riendas del animal y echarse a andar. No llegó muy lejos. Un vozarrón lo intimidó a detenerse. Ni siquiera miró hacia atrás. Azuzó al caballo, golpeándolo en la parte trasera con vehemencia, pero cuando la bala que le estaba destinada entró por su espalda, cayó pesadamente hacia delante y terminó en el suelo, con un agujero en el cuerpo. Aturdido y débil, escuchó a su agresor apearse de su caballo y avanzar hacia él. Debía huir. Si permanecía un segundo más allí, todo lo que había luchado por sobrevivir habría sido en vano. Y él no estaba listo para morir todavía.

Se arrodilló con las manos abiertas apoyadas en la hierba. La sangre que manaba de la herida chorreaba por su pecho y caía en gruesas gotas sobre la tela sucia de sus pantalones. La bala había atravesado su cuerpo, dejándole un agujero a escasos centímetros del corazón. Llegar hasta el río era su única escapatoria. Y lo sabía. Unos cuantos metros lo separaban del cauce que corría por esas tierras. Aunque la distancia no era mucha, el desconocido venía pisándole los talones. Se arrastró por el suelo hasta que consiguió incorporarse. Se cubrió la herida para detener el sangrado. Con la visión borrosa y el cuerpo maltrecho por causa del disparo y la quemadura, tardó una eternidad en alcanzar la orilla del Jaguarí. Cuando miró por encima de su hombro, vislumbró esa silueta oscura y amenazadora acercándose a pasos agigantados. Contempló el río. En su largo recorrido que terminaba desembocando en el Uruguay, esas aguas tumultuosas que se estrellaban contra las rocas infundían un gran temor. Sin embargo, en ese momento, arrojarse en ellas era su única oportunidad para salvarse. Cuando faltaban pocos metros para que su atacante llegara hasta él, se entregó a esas aguas y encomendó su alma al Señor. Su cuerpo, gravemente herido, fue devorado sin piedad por el Jaguarí mientras una gran mancha de sangre iba tiñendo su cauce.

VEINTITRÉS

Once años después

Candelaria escondió el ejemplar de *El primo Basilio* debajo de la almohada cuando alguien llamó a su puerta. Lo había comprado durante su último viaje a São Paulo y lo estaba disfrutando de a poco porque no quería que nadie la descubriera. La obra, del portugués José María Eça de Queirós, era considerada "de lectura escandalosa para la época", y estaba segura que su madrina la amonestaría por su desacertada elección.

—Adelante.

Maria Graça entró y de inmediato se dio cuenta de que Candelaria estaba en medio de alguna de sus travesuras. A pesar de que ya era una señorita de veintiuna primaveras, en muchos aspectos continuaba siendo una niña. Se sentó a su lado y le alisó la falda del vestido, que se le había subido hasta las rodillas.

—He venido a buscarte porque quiero que demos un paseo por la ciudad. —Era una de sus actividades favoritas además de la lectura y sabía que no se iba a negar.

Candelaria resopló y los rizos que le caían en la frente se movieron con gracia. Tenía una abundante caballera color café que le llegaba hasta la cintura. Le gustaba llevar el pelo suelto, aunque a veces terminaba cediendo a los caprichos de su madrina cuando insistía en que luciera peinados más elaborados.

—Me gustaría mucho pasear contigo, madrina, pero voy con una condición.

—Te escucho.

—¿Podríamos pasar por el cementerio? Quiero dejar unas flores en la tumba de Marquinhos.

Maria Graça le dio un beso en la mano. La muerte del muchacho y la de su padre en un incendio que destruyó su casa era una herida abierta en el alma de su hija. Candelaria, con apenas diez años, había perdido a su abuela y a su mejor amigo en un cruel lapso de dos días.

—Por supuesto que iremos, cielo. Visitaremos también a nuestra querida Edileusa. El jardinero me ha dicho esta mañana que las rosas rojas que plantamos juntas ya dieron los primeros pimpollos.

—Eran las favoritas de la abuela —dijo Candelaria, abatida por los recuerdos.

Maria Graça asintió. No había un solo día que no pensara en su amada nana y en todo lo que había luchado por ella. Candelaria, de buenos principios y alma bondadosa, era su fiel reflejo. Sus primeros días en La Aurora no habían sido nada fáciles debido a la indiferencia de Augusto y los celos de Juliana; sin embargo, Candelaria consiguió adaptarse a su nueva vida gracias a sus mimos y atenciones. Su esposo, después de tanto insistirle y complacerlo en la intimidad siempre que se lo pedía, había cumplido lo pactado, y su hija llevaba el apellido de los Soares do Carvalho. Aunque deseaba con todas las fuerzas de su corazón que Candelaria la llamase “mamá”, debía contentarse con su cariñoso “madrina”. Maria Graça estaba convencida de que lo hacía para no molestar a su hermana. A medida que las niñas iban creciendo, la relación entre ellas variaba según el humor de Juliana. Un día podía ser la más afectuosa de las criaturas, y al siguiente, disfrutaba recordándole a Candelaria sus orígenes. Por esa razón, Maria Graça procuraba dedicarles a ambas la misma atención para evitar un mal mayor. Gracias a Dios, la enfermedad de Juliana era parte del pasado, sin embargo, ella se aprovechaba de cualquier malestar que la aquejaba para convertirse en el centro de todas las miradas. La falta de interés que demostraba Augusto por las muchachas no hacía más que fomentar la animosidad entre ellas. Había hablado muchas veces con él para que cambiara de actitud; sin embargo, el barón le recordaba todas las concesiones que había hecho para complacerla, y entonces Maria Graça desistía en su intento de convertirlo en un padre amoroso.

—¿Dónde está Juliana? —le preguntó Candelaria, como si hubiese

adivinado sus pensamientos.

—En el salón, haciendo otro esfuerzo por aprender a tocar el piano.

Candelaria hizo un mohín de resignación. Desde que Juliana supo que ella, una mulata que había nacido esclava, sabía tocar el piano, se había encaprichado en que alguien le enseñara. La desafortunada maestra que debía soportar sus berrinches era Cândida Almeida, una joven viuda que había regresado hacía poco a vivir a Campinas y daba clases particulares para ganarse el sustento. Iban por la tercera clase y Juliana seguía confundiendo las notas musicales.

—Extraño al tío Alexandre —dijo de repente Candelaria al pensar en su hermana sentada al piano—. ¿Por qué se rehúsa a venir a vernos, madrina?

Maria Graça quería tener una respuesta para esa pregunta; pero era demasiado dolorosa. Con el paso de los años, su hermano se había vuelto un hombre triste y melancólico. Se pasaba casi todo el día a oscuras en su habitación y solo bajaba al salón cuando lo visitaban. En parte, ella se sentía culpable por su apatía. Al llevarse a Candelaria, lo había condenado a una vida solitaria. Por eso procuraban verlo dos o tres veces por semana. Él parecía revivir con cada visita, y Candelaria podía sentir lo que era el cariño de un padre. Porque eso era Alexandre para ella, el padre que la barbarie de la esclavitud le había arrebatado.

—La guerra no solo lo dejó ciego, cariño. La oscuridad no solo se mueve a su alrededor; estoy convencida de que las sombras han alcanzado también su corazón. —Respiró hondo para no llorar—. Alexandre necesita un poco de luz para recuperar el deseo de vivir.

—Quizá si yo no me hubiese ido. A veces quisiera seguir siendo una esclava para poder estar junto a él.

Maria Graça la asió de la barbilla y la miró con el ceño fruncido.

—¿No eres feliz aquí? ¿Te arrepientes de ser una Soares do Carvalho?

Candelaria negó con la cabeza.

—A pesar de las riñas con Juliana y el poco caso que me hace el barón, ser su hija es lo mejor que me pasó en la vida, madrina.

Las palabras de Candelaria le devolvieron la tranquilidad. Su

desdichada existencia al lado de un hombre que no amaba quedaba relegada a un segundo plano cuando su mayor propósito era hacerla feliz. Ella había tenido la suerte de enamorarse una sola vez en la vida y ser correspondida. Muchos ni siquiera sabían lo que era el amor.

—¿Bajas conmigo o prefieres quedarte leyendo?

Candelaria se sonrojó.

—No tiene caso que lo niegues. —Maria Graça se levantó, hurgó debajo de la almohada y encontró la novela de Queirós—. Ya no eres una niña, Candelaria. Tienes el criterio y la madurez suficiente para elegir tus lecturas.

Ella sonrió.

—Me falta poco para terminarlo —le dijo, arrodillándose en la cama —. Puedo prestárselo si lo desea.

Ahora fue Maria Graça la que se ruborizó. Sentía gran curiosidad por leer *El primo Basilio*; sobre todo después de que una tarde, mientras estaba paseando por la ciudad, lo vio en el escaparate de la librería. Había estado a punto de entrar y comprarlo, pero desistió de hacerlo cuando escuchó a un par de beatas asegurar que la novela, que trataba un tema tan delicado como el adulterio, no era más que un compendio de obscenidades.

—Procura que el barón no te vea leyéndolo —le sugirió, devolviéndole el libro rápidamente, como si le quemara en las manos.

Candelaria lo puso otra vez debajo de la almohada, asegurándole que nadie descubriría su secreto. Maria Graça la dejó por si quería algo de privacidad para retomar la lectura y le anunció que después de merendar irían de paseo a la ciudad.

Pensaba aprovechar la hora de la siesta para concluir la novela, pero tuvo que interrumpir nuevamente sus planes cuando apareció Juliana.

*

Buenos Aires, Argentina

Rosaura Montalbán no cabía en sí misma de tanta alegría. Sobre la mesa de la cocina, se extendía una gran variedad de bandejas con

canapés y dulces que había mandado a traer especialmente de Las Violetas para celebrar el cumpleaños de Octavio. Él no quería ni oír hablar de festejos, pero ella, con la complicidad de su padre, había logrado preparar todo en secreto. Como sabía que Octavio detestaba las sorpresas, había invitado a un reducido grupo de amistades para que no se sintiera demasiado incómodo. Tres compañeros que trabajaban con él en el Hospital de Clínicas; el señor Romero, su antiguo profesor de la cátedra de Anatomía, y Eleonora, su mejor amiga, quien jamás le hubiese perdonado que no la incluyera en la selecta lista de invitados. Tenía un interés sentimental en Octavio, aunque él no se había dado cuenta todavía.

—¡Hija! ¿Dónde estás?

—¡En la cocina, papá!

Fermín Montalbán, tenaz aficionado a los dulces, apenas hizo caso del abanico de platos que cubrían la mesa. En la mano, sostenía un telegrama que acababa de recibir de Brasil.

—Es mi hermano. Le han detectado un tumor en el hígado y los médicos lo han desahuciado.

Rosaura corrió al lado de su padre y lo abrazó.

—¿Qué pensás hacer? ¿Vas a viajar a Campinas?

Fermín se encogió de hombros. La inminente muerte de su único hermano lo había dejado sin poder de reacción. Partir a Brasil lo antes posible era lo más sensato; al menos lo que se esperaba que hiciera. Humberto se había marchado de Buenos Aires siendo muy joven, al terminar sus estudios de Medicina. Él no había estado de acuerdo con su decisión de irse; sin embargo, jamás se lo había reprochado. Y ahora, después de casi treinta años sin verse, tenía la oportunidad de reencontrarse con él para despedirse.

—Debería —respondió, poco convencido.

—¿No estás seguro?

—No, hija, no lo estoy. —De pronto, lo asaltó el temor de enfrentarse a un hermano moribundo y comprendió que no se sentía preparado para hacer ese viaje—. Hablaré con Octavio, quizá él tenga más coraje que yo para ir.

—¿Para ir adónde hay que ser corajudo?

Octavio irrumpió en la cocina sin previo aviso y se encontró con un verdadero banquete sobre la mesa.

—¿Y esto? —Le lanzó a Rosaura una mirada acusatoria.

—¡Era una sorpresa! ¡No tenías derecho a aparecerte de repente y arruinarlo todo! —se quejó, torciendo la boca en un gracioso puchero mientras se dejaba caer en una silla.

Octavio se le acercó y le dio un beso en la frente.

—Lo lamento, trataré de avisarte la próxima vez para no desbaratar alguna de tus sorpresas —le dijo en un tono entre burlón y conciliador.

Rosaura soltó un bufido. Había asuntos mucho más graves que una tonta fiesta de cumpleaños que el festejado ni siquiera deseaba. Pensó en su tío, al que nunca había conocido en persona, tan solo en alguna fotografía familiar que colgaba de la pared del salón.

—Octavio, hay algo que debés saber —dijo don Fermín interrumpiendo su intercambio de reproches. Le entregó el telegrama para que lo leyera y esperó.

Octavio tuvo que sentarse. Apartó una bandeja de bombones que tenía delante de las narices y clavó la mirada en el papel. Lo había leído dos veces para asegurarse de que no se tratara de un error. Pero no. Era un telegrama dirigido a don Humberto y procedía de Campinas; la ciudad en la que había nacido y de la que tuvo que escapar para salvar su vida. Llevaba casi once años buscando la excusa perfecta para volver. Y el doctor Montalbán, ese hombre que lo había rescatado de una muerte segura, ahora reclamaba su presencia.

—Yo iré.

Rosaura y don Fermín se miraron de reojo. Ellos no tenían la certeza de que volver a Brasil fuese lo más acertado. No cuando todos en Campinas creían que él, Marcos Octavio Guimarães, había muerto junto a su padre en un incendio.

—No quiero que vayas solo, hijo. Campinas no es un lugar seguro para vos. —Fermín Montalbán temía que el muchacho terminase pagando las consecuencias de su falta de valor.

—Si papá está de acuerdo, yo te acompaño —dijo Rosaura, entusiasmada con la idea de conocer Brasil a pesar de las aciagas

circunstancias que rodeaban al viaje.

—¿Vos? —Octavio la miró, perplejo.

—Sí, yo —replicó, poniendo los brazos en jarra—. ¿Acaso te parece una locura?

—No, es solo que no me lo esperaba —se sinceró. Rosaura no era una muchacha que se precipitara a la hora de resolver cualquier cuestión. Sin embargo, llevarla con él a Campinas era un riesgo que no estaba seguro de querer correr.

—Si mi padre da su consentimiento, viajaré con vos. No conocí a mi tío Humberto en vida; quizá ahora tenga la oportunidad al menos de decirle adiós.

Frente a un argumento tan irrefutable, ni Octavio ni don Fermín fueron capaces de decirle que no.

*

Apenas una de las esclavas anunció la llegada de la *sinhá* Maria Graça y Candelaria a la hacienda de los Esteves, Alexandre abandonó la butaca en la estuvo confinado las dos últimas horas para salir a su encuentro. Las visitas de su hermana y de su adorable sobrina eran lo único que evitaba que se hundiera en el pozo de la soledad. Ya nada era lo mismo desde que Candelaria se había ido a vivir a La Aurora; pero sabía que era lo correcto y que Maria Graça, después de tanto sufrimiento, se merecía la dicha de tenerla con ella, aunque no pudiera gritar a los cuatro vientos que era su hija. Sin duda, los más aliviados con su partida habían sido sus padres. Ni Doña Isadora ni el coronel aceptarían jamás que una mulata que hasta hacía algunos años había sido una esclava llevase su misma sangre. Ese rechazo sin sentido había sido en parte la razón por la cual él prefería quedarse encerrado en su habitación. Se había cansado de escuchar cómo su madre seguía maltratando a Candelaria a pesar de que ya no estaba en la hacienda o de soportar los silencios de su padre que todo se lo permitía.

Apenas puso un pie en el salón, fue abordado por la joven. Le dio un abrazo tan efusivo que a Alexandre le costó no lagrimear.

—¡Tío, qué felicidad volver a verte! —Se rehusaba a soltarlo. En sus

brazos era el sitio en donde más segura se sentía. Después de la muerte de su abuela y de Marquinhos, se había quedado como un barco a la deriva, sola y perdida en un mundo de blancos en el que ella no encajaba del todo bien. Aunque era esclava y por sus venas corría sangre africana, el color de su piel, más claro que el de muchos de su raza, le había traído más tristezas que alegrías. Por eso cuando siendo una niña de diez años su madrina le dijo que iba a darle su libertad para poder adoptarla, pensaba que vivía un sueño. Estaba muy agradecida con ella y con el barón. Se desenvolvía con soltura en ese mundo de blancos que alguna vez la había menospreciado; sin embargo, jamás olvidaría de dónde venía.

—¡No tan feliz como yo, cariño!

—¿No hay un abrazo para mí? —preguntó Maria Graça, contemplando la escena con cierta envidia.

—Ven aquí, *Pajarito*. —Alexandre abrió los brazos para que cupiera entre ellos y se estrecharon con fuerza los tres.

Candelaria sonreía mientras los hermanos Esteves se dejaban embargar por la emoción; sobre todo Maria Graça, quien aprovechaba cualquier ocasión para abrazar a su hija.

Los dueños de casa no aparecieron. Doña Isadora alegaba una de sus migrañas, mientras que el coronel mandó a avisar que estaba recorriendo el cafetal y que no volvería hasta la hora de la cena. Excusas que se desgastaban con el paso del tiempo y que no hacían más que demostrar su falta de empatía. Alexandre estaba tan feliz con Maria Graça y Candelaria que no le importó la ausencia deliberada de sus padres.

—¿Por qué no ha venido Juliana? —quiso saber una vez que ocuparon sus lugares en el salón para degustar una taza de chocolate con polvorones de almendra, los favoritos de Candelaria.

Maria Graça suspiró. Alexandre también adoraba a su otra sobrina y lamentaba que no viniese a verlo con más frecuencia.

—Ya conoces a Juliana, Alexandre. Está acostumbrada a hacer siempre lo que quiere, y ahora se le ha dado por tomar clases el piano.

—Solo porque descubrió que yo sé tocarlo desde niña —terció Candelaria después de darle un buen mordisco a su segundo polvorón

de almendra.

Alexandre asintió. Esa absurda rivalidad provocada por los celos de Juliana lo tenía muy preocupado. Le hubiese gustado que las acompañara para tratar de hablar con ella y hacerla entrar en razón.

—La profesora es muy paciente con ella, pero me temo que está perdiendo el tiempo —repuso Candelaria sin ninguna doble intención. Aunque el sentimiento no era mutuo, ella amaba a Juliana por el solo hecho de ser hija de su querida madrina.

—La señora Almeida tiene debilidad por los niños y creo que no le importa aguantar los berrinches de tu sobrina —manifestó Maria Graça, dirigiéndose a su hermano.

Alexandre no hizo ningún comentario al respecto. Se había quedado mudo al oír el apellido de la profesora de piano. Podía ser solo una coincidencia. Había muchos Almeida en Brasil, también en la provincia de São Paulo, como para que se tratara de aquella mujer que había visto solo una vez en la vida pero en la que todavía continuaba pensando.

—¿Has dicho Almeida?

—Sí. ¿La conoces?

—No creo.

—Se llama Cândida y es oriunda de aquí. Se marchó a São Paulo cuando enviudó y, de acuerdo a lo que he escuchado por ahí, el poco dinero que heredó de su esposo se le acabó y se vio obligada a regresar a Campinas. Está viviendo en la casa que era de sus padres y da clases de piano para subsistir.

Era ella. Ya no tenía dudas.

—¿Hace mucho que murió su esposo?

Maria Graça miró de reojo a su hija. Las circunstancias de la muerte del senador Pereira habían sido un poco bochornosas; pero si Candelaria podía leer una novela como *El primo Basilio* sin escandalizarse, también podía oír la respuesta a la pregunta que acababa de formularle su hermano.

—Pereira murió el mismo día que contrajo matrimonio, en su lecho nupcial. —No hacía falta agregar nada más.

—¿El corazón? —inquirió Candelaria, imaginándose la escena en su

mente.

Maria Graça se sonrojó mientras asentía.

—Era un hombre mayor. —Fue lo único que comentó Alexandre ante tan sorprendente revelación.

—¿Entonces los conocías?

No tenía caso negarlo.

—Los vi solo una vez. Fue en la fiesta que organizó nuestra madre para celebrar mi regreso a la ciudad. Coincidí con ella en el patio y estuvimos conversando un rato. —Evocó esa noche con gran nostalgia. ¡Lo que hubiese dado en ese momento por volver a encontrarse con ella! Ahora ya no tenía sentido. Estaba ciego y ninguna mujer se acercaría a él, a no ser por lástima.

—La llaman “la viuda virgen”.

—¡Candelaria! —la amonestó Maria Graça sin salir de su asombro. Había evitado mencionar ese detalle por razones obvias y ella lo soltaba como si nada.

—Es la verdad, madrina —se atajó—. Fue la comidilla de toda la ciudad cuando regresó. Desidéria me lo contó después de oírlo en el mercado. No es mi culpa que su lengua se afloje con tanta facilidad y que la gente no tenga mejor cosa que hacer que hablar mal de los demás y ponerles apodos desagradables. —Nunca se los había contado, pero sabía que a ella la llamaban “la baronesita” y que incluso algunos, los más desgraciados, se atrevían a insinuar que era hija natural de Augusto Soares do Carvalho con alguna de sus esclavas.

Alexandre las escuchaba con atención. Aunque él había renunciado a la posibilidad de enamorarse y formar una familia debido a su condición, sentía mucha curiosidad por saber más detalles de la vida de esa mujer que, en tan solo una noche, había logrado seducirlo con su halo de misterio.

*

Octavio se introdujo en la bañera y sumergió la cabeza durante unos cuantos segundos hasta sentir que se quedaba sin aire. Salió a la superficie y respiró a grandes bocanadas mientras el oxígeno entraba

por su boca y por las fosas nasales y terminaba en sus pulmones. Después de casi morir ahogado en el río Jaguarí, vivía atormentado por las pesadillas. Su casa ardiendo en el fuego, su padre agonizando delante de sus ojos y la voz inquietante de su asesino volvían cada noche para martirizarlo. Según el doctor Montalbán, su corazón había dejado de latir durante una ínfima fracción de segundos mientras su cuerpo era arrastrado por el cauce del río. El impacto de bala que había recibido a la altura del pecho y la pérdida de sangre lo habían dejado inconsciente. Se apartó el cabello del rostro y echó la cabeza hacia atrás. El miedo a morir ahogado lo había superado gracias a Rosaura. Sonrió al recordar el traumático episodio cuando lo empujó al agua con la ropa puesta. Él llevaba apenas unos meses viviendo en Buenos Aires y un fin de semana, cuando abandonaban el calor de la ciudad, Rosaura insistió en invitarlo a nadar en la laguna que bordeaba el campo de los Montalbán, ubicado en los pagos de Lobos. Lo había engañado vilmente con la excusa de dar un paseo a caballo y se las había apañado para convencerlo de caminar a la orilla de la laguna. Le había bastado solo una distracción de su parte para que Rosaura lograra su propósito. Octavio había caído al agua de espaldas, y apenas salió, terriblemente ofuscado, la amenazó con no volver a dirigirle la palabra. Sin embargo, el enojo se esfumó cuando descubrió que, en el lapso que había permanecido debajo del agua, quizá por un instinto básico de supervivencia, había perdido ese temor irracional de perecer ahogado que lo paralizaba.

Lo de dejar de hablarle lo había aprendido de su amiga de la infancia. Candelaria siempre estaba presente en sus pensamientos. Aunque hubiese puesto tierra de por medio, la vida que había dejado atrás se empeñaba una y otra vez en golpearlo con fuerza y sin pedirle permiso. Cerró los ojos y trajo a su mente su último encuentro con Candelaria, el día en el cual su abuela había muerto en las espantosas circunstancias que ambos sabían y debieron callar. Dejó escapar un suspiro. Era una niña en esa época, y él, un adolescente con la cabeza plagada de ideales, que soñaba con convertirse en hombre y luchar por el fin de la esclavitud. Su sueño se había truncado en el mismo instante en que su cuerpo casi inerte había sido devorado por las

aguas del Jaguarí. Cerró los ojos. Lo que había sucedido a partir de entonces, se presentó ante él como una sucesión de imágenes y palabras que lo transportaron de regreso al pasado.

Alguien tironeaba de su ropa con fuerza. Quería abrir los ojos, pero no podía. Su cuerpo temblaba y tenía mucho frío. Intentó hablar, tampoco lo consiguió. Dejó de luchar cuando sintió que ya no estaba en el agua. Escuchó un fuerte jadeo y, a lo lejos, la voz de un hombre.

—¡Beltrán! ¿Dónde te has metido, travieso?

Marquinhos sintió que lo soltaban y que su brazo quedaba tendido sobre la hierba. No supo cuánto tiempo pasó hasta que por fin pudo abrir los ojos. Al hacerlo, se topó con un enorme hocico negro pegado a su rostro.

—¡Beltrán, apártate! —ordenó el mismo hombre que había oído gritar con anterioridad—. ¿Cómo te sientes? ¿Estás herido?

Marquinhos sabía que las preguntas iban dirigidas a él, pero todavía no era capaz de articular ni media palabra. Consiguió asentir con la cabeza y señalar con la mano el tiro que había recibido en el pecho.

—La bala entró y salió. —Le apartó la camisa mojada y comprobó que ya no sangraba. Seguramente el disparo había roto solo algún músculo, porque no había señales de que hubiese perdido mucha sangre. Cuando le revisó la espalda, descubrió que la herida de bala no era su único problema. Tenía la piel quemada y corría el riesgo de una infección—. ¿Te conozco? —Ahora que lo miraba bien, le pareció familiar.

—Soy Marquinhos… Guimarães —balbuceó, haciendo un gran esfuerzo para hablar.

—¡Claro, eres hijo de uno de los capataces del barón!

El muchacho asintió.

—¿Quieres que mande a buscar a tu padre? —Le ordenó a Beltrán que se sentara. Estaba excitado por su interesante hallazgo y no dejaba de moverse.

—Mi padre está muerto. Lo han asesinado de un balazo en el rostro.

El doctor Montalbán se quedó de una piedra.

—¿La misma persona que intentó matarse a ti?

—Sí. Conseguí huir lanzándome al río.

—Fue un acto temerario, muchacho.

—Tuve que hacerlo, era el Jaguarí o la muerte.

—Tienes razón. —Montalbán lo ayudó a incorporarse mientras el cachorro de boyero de Berna saltaba a su alrededor—. Te llevaré a mi casa y curaré tus heridas. Allí estarás seguro. Por cierto, soy el doctor Humberto Montalbán.

—Lo sé, lo he visto en la ciudad en más de una ocasión.

—¿Podrás levantarte y caminar? Son un par de millas hasta La Porteña.

—Lo intentaré. —Apoyándose en él, dio el primer paso. Con el segundo y el tercero, supo que lo lograría.

La Porteña, la casa de campo del doctor Montalbán, se encontraba al pie de las colinas, rodeada de una abundante vegetación que la convertía en un sitio aislado en medio del valle. Con la ayuda del doctor y los saltitos de aliento que daba Beltrán a su lado, Marquinhos pudo llegar a su destino. Necesitaba guardarse durante un tiempo, y aquel lugar parecía ser perfecto para sus propósitos.

—Tenoria y Pascual trabajan para mí desde hace muchos años y son de mi más entera confianza —le dijo, adivinando sus pensamientos—. Puedes quedarte tranquilo de que ellos no hablarán. Debemos evitar a toda costa que alguien se entere de dónde estás. El asesino de tu padre seguramente cree que has muerto, y lo mejor es que lo siga creyendo.

—No quiero causarle problemas, doctor.

—No los causarás —lo tranquilizó—. Lo primero es atender esas heridas para que te recuperes cuanto antes. Después decidiremos lo que vamos a hacer. ¿Te parece, muchacho?

Marquinhos le sonrió.

—Gracias, doctor. —El cachorro se paró en dos patas reclamando su atención—. ¡Y gracias también a ti, Beltrán!

Mientras se recuperaba de las heridas de su cuerpo y del dolor de no haber podido salvar a su padre, la ciudad de Campinas lamentaba la muerte trágica de dos de sus habitantes. Como habían previsto, todos lo creían muerto. La primera persona en la que pensó Marquinhos fue en Candelaria. No quería engañarla de esa manera; sin embargo, el doctor Montalbán terminó disuadiéndolo de que era lo mejor. Aparecerse cuando los hechos estaban tan recientes era un riesgo innecesario.

Una tarde, mientras él tomaba un descanso en el porche acompañado por Beltrán, el doctor llegó de la ciudad con una idea en la cabeza.

—No puedes quedarte en Campinas, Marquinhos. Tampoco es seguro que continúes viviendo en Brasil.

—¿Qué es lo que sugiere entonces? —le preguntó Marquinhos intrigado.

—Tengo un hermano en Buenos Aires. Hace muchos años que no nos vemos, pero estoy seguro de que te recibirá con los brazos abiertos si yo se lo pido.

Marquinhos guardó silencio. ¿Irse a otro país? No entraba en sus planes abandonar el territorio brasileño, no hasta que diese con la persona que había ordenado asesinar a su padre.

—No sé si huir sea la mejor opción —respondió después de barruntar sobre su propuesta.

—No se me ocurre otra salida, muchacho. Sabes que puedes permanecer en la hacienda el tiempo que desees; pero tarde o temprano alguien terminará por descubrirte. Hazme caso, acepta lo que te ofrezco. El delegado Pinto me debe algunos favores. Puedo conseguirte una identificación falsa para que puedas irte al puerto de Santos mañana mismo y tomes el primer barco que zarpe para Argentina.

Marquinhos no quería pensar qué clase de favores le debía el delegado de policía si era capaz de falsificar documentos. Prefería mantenerse al margen de cualquier movimiento ilegal. Para descubrir al asesino de su padre, él se valdría de la justicia. Y si la justicia no actuaba, entonces sí planearía su venganza. Las razones que esgrimía el doctor Montalbán para que accediera a seguir su plan eran incuestionables. Se iría a vivir a otro país con un nombre falso. Allí, lejos de Brasil, esperaría el momento indicado para regresar.

Y el momento indicado por fin había llegado. Otra vez por obra del doctor Montalbán. Salió de la bañera y se paró delante del espejo. Con la mano eliminó el vapor para poder contemplar su imagen. Se tocó la marca que tenía encima de la tetilla izquierda, la que había dejado la bala al atravesar su cuerpo. Era la prueba tangible de que había estado a punto de morir. Despacio, se dio media vuelta. Una enorme mancha

amarronada le cubría la parte baja de la espalda. La rápida intervención del doctor Montalbán había evitado que las secuelas de la quemadura fuesen más graves. Con el paso del tiempo y los cuidados necesarios, la piel ampollada fue sanando. Gracias a unos ungüentos a base de aloe vera que Rosaura le preparaba, el tejido había cicatrizado hasta convertirse en una sombra oscura atrapada en su cuerpo.

Pero las marcas físicas no eran su mayor tormento. Había aprendido a lidiar con ellas sin demasiado esfuerzo, conformándose con estar vivo. Lo que no lo dejaba en paz era la asfixiante sensación de impotencia que lo acompañaba desde ese fatídico día en el cual vio morir a su padre sin poder hacer nada por él.

Esa imagen se había convertido en su peor pesadilla. Y sabía que no despertaría del todo hasta descubrir la verdad.

VEINTICUATRO

Candelaria llegó a la iglesia mucho antes de que las campanadas llamasen a los feligreses para asistir a la misa de diez. Se dirigió directamente a la sacristía y buscó a Vento. El hombre, que ya rondaba los cincuenta, llevaba toda la vida trabajando al lado del padre Reginaldo. Candelaria recordaba que cuando era niña y visitaba al sacerdote con su abuela, luego con su madrina, Vento siempre le obsequiaba algún dulce. Se quitó el sombrero y dio un par de golpecitos en la mesa de madera. Esa era la señal que tenían para comunicarse sin que nadie sospechara. No tuvo que esperar demasiado. Vento apareció por el pasillo que conducía al campanario y sonrió al verla.

—¡Niña Candelaria! ¡Dichosos los ojos!

Ella se cruzó de brazos y arrugó la frente.

—Ya no soy una niña, Vento. ¡Tengo veintiún años!

—Lo sé, pero es que para mí siempre serás esa niñita de pelo alborotado y sonrisa picarona que se escondía detrás de la falda de su abuela, esperando que un servidor le diera su dulce.

Candelaria lo besó en la mejilla y Vento se ruborizó.

—¿Tienes noticias de los muchachos?

Los muchachos, como ella los llamaba, eran: Alfredo Nogueira, quien se desempeñaba como periodista en *La Voz de Campinas*; Gesio Camargo, doctor en leyes; y Tadeo Meneses, dueño de una de las principales tiendas de la ciudad y, además, cuñado del delegado de policía.

—Recibí un recado de Gesio esta mañana muy temprano. Habrá reunión, ya sabes dónde.

—¿Cuándo? —quiso saber.

—A las cinco. ¿Podrás venir?

Candelaria asintió. Inventaría cualquier excusa para salir de la hacienda sin levantar sospechas. La única que conocía su secreto era Amaranta, y ella, aunque propensa al chisme, jamás la delataría. Llevaba concurriendo a las reuniones casi desde el principio. Había insistido tanto en que le permitiesen estar presente que tuvieron que dejarla. Todo comenzó el día en que escuchó, sin querer, una charla entre Vento y Tadeo Meneses. Hablaban en voz baja, cuidando cada palabra que pronunciaban, y supo que estaban en medio de una conspiración. Curiosa por naturaleza, buscó a Vento, que sentía debilidad por ella, y consiguió sonsacarle la información suficiente como para hacerse una idea de qué se trataba. Ese mismo día había visto a Vento salir de la iglesia y dirigirse a las instalaciones del periódico. Allí, en el sótano, lo esperaban Gesio, Alfredo y Tadeo. Había descubierto el punto de encuentro en donde la Sociedad de la Camelia Blanca tenía sus tertulias secretas. Para mantener la boca cerrada, Candelaria exigió ser parte de la sociedad. Con un argumento tan contundente como el hecho de que ella misma había sido esclava y que además comulgaba con el partido republicano, ninguno tuvo valor para decirle que no. Desde entonces, trataba de estar presente en todas las reuniones e incluso colaboraba con una columna en el periódico, escudándose detrás de un seudónimo. Eran demasiados secretos para una muchacha tan joven, pero Candelaria tenía el temperamento y la fuerza de voluntad suficientes para acostumbrase a convivir con ellos sin que le pesaran.

La llegada del padre Reginaldo impidió que continuasen hablando sobre la reunión de esa tarde. Lo vieron tan abatido que Candelaria le preguntó qué sucedía.

—Es el doctor Montalbán. Acabo de darle la extremaunción. —Se quitó la estola morada del cuello y la besó con devoción antes de guardarla en un armario. Luego hizo lo mismo con la sobrepelliz que cubría su sotana y se dejó caer pesadamente en la silla—. No creo que pase de esta noche.

Sin dudas, la muerte del doctor Humberto Montalbán sería un acontecimiento que enlutaría a toda la ciudad. Era el único médico en muchas millas a la redonda y no resultaría sencillo encontrar pronto

un reemplazo. Pensó en su madrina, quien vivía dándole las gracias por tratar con éxito la enfermedad de Juliana. Durante los últimos años, cuando su hermana ya mostraba una gran mejoría, continuaba visitándola porque se había encariñado con ella. Era un hombre bueno el doctor Montalbán, y una de las pocas personas en el valle que no hacían ninguna distinción entre negros y blancos. En muchas ocasiones había colaborado con la causa, atendiendo a los esclavos que ellos ayudaban a escapar. Esperaba que quien llegase para ocupar su lugar tuviera sus mismos ideales abolicionistas y republicanos.

Candelaria le hizo una seña a Vento sin que el padre Reginaldo se diera cuenta y, tras pedirle su bendición, se marchó. Debía volver a la hacienda para terminar de escribir su próximo artículo para el periódico. Aprovecharía la reunión de esa tarde para entregárselo personalmente a Alfredo. Bajó las escalinatas de la iglesia con la elegancia que le había inculcado su madrina y una sonrisa en los labios. Muchos en Campinas la trataban con desdén; otros con indiferencia, y muy pocos la admiraban en secreto por su temperamento y belleza. Avanzó por la vereda, saludando con un amable “buenos días” a todo aquel que se cruzaba en su camino. Estaba a punto de subirse al carruaje cuando experimentó una sensación muy extraña. Volteó la cabeza y miró a su alrededor por encima del hombro. Nada que llamase su atención; sin embargo, su corazón se había agitado. Se levantó un poco la falda de su vestido ampón y le dijo al cochero que pasaría primero por la tienda porque necesitaba un cuaderno nuevo. Tras entrar al carruaje, cerró la puerta y movió la cortina con discreción para espiar hacia afuera. No podía explicar lo que acababa de suceder.

*

Octavio no daba crédito de lo que vieron sus ojos. Habían transcurrido once años y, aun debajo de esas finas prendas de señorita de sociedad, la reconoció de inmediato. Era ella, sin dudas. Candelaria; el único lazo afectivo que lo unía a aquel lugar en donde había vivido la mayor tragedia de su vida. Se había convertido en toda una mujer, con la exótica belleza de una mulata de piel acaramelada y mirada color de

cielo.

—Octavio, ¿estás bien?

La voz de Rosaura lo distrajo de sus pensamientos mientras veía cómo el carruaje de los Soares do Carvalho desaparecía tras doblar en una esquina. Ellos acababan de salir del edificio en donde funcionaba la consulta de don Humberto. Allí le habían indicado cómo llegar hasta La Porteña. Para evitar preguntas incómodas, se habían presentado como Octavio y Rosaura Montalbán, los sobrinos del doctor. Se harían pasar por hermanos y, así, nadie cuestionaría que vivieran bajo el mismo techo.

—De repente ya no estabas aquí —le dijo, estudiando su semblante.

—Acabo de verla.

No era necesario mencionar su nombre. Rosaura posó su mirada en la gente que circulaba en ese momento por la calle principal de Campinas. Si había alguien en aquella maldita ciudad a quien Octavio jamás había olvidado era a Candelaria, la amiga de su infancia de la que tanto le había hablado.

—¿Dónde está?

—Se ha ido. La vi saliendo de la iglesia y subirse al carruaje de los Soares do Carvalho.

—¿El hombre para el que trabajaba tu padre?

—El mismo.

—¿Qué es lo que te tiene tan inquieto, aparte del hecho de volver a verla? —quiso saber, preocupada. Acababan de poner el pie allí y presentía que las cosas se podían torcer de un momento a otro. Octavio era impredecible, y ella le había jurado a su padre que cuidaría de su “hermano” para que no cometiera ninguna tontería. Y acercarse a la mulata, corriendo el riesgo de que lo reconociera, era la mayor de las tonterías.

—No entiendo qué hacía Candelaria utilizando uno de sus coches. Además, la manera en la que iba vestida no lucía como la niña que dejé de ver hace once años —manifestó contrariado.

—Tú lo has dicho; ha pasado mucho tiempo y las personas cambian. Quizá ya no sea una esclava. Cualquier cosa pudo haber ocurrido con ella durante todo este tiempo —infirió—. No deberías dejar que lo que

alguna vez sentiste por ella nuble tu mente. Estamos aquí con un propósito: descubrir la verdad sobre la muerte de tu padre. No lo olvides.

Octavio asintió. Rosaura estaba en lo cierto. La única razón de su regreso a Campinas era llevar a la justicia al asesino de Bernardo Guimarães. Todo lo demás no debería importarle. Sin embargo, durante el trayecto hasta la hacienda del doctor Montalbán no pudo dejar de pensar en Candelaria.

*

Juliana erraba una y otra vez a las notas. A pesar de la paciencia de la profesora, no conseguía aprender. Pero Cândida Almeida no pensaba claudicar en su misión. Si la hija del barón insistía en tocar el piano, ella se esmeraría un poco más en cada clase para no fracasar en su intento de convertirla en una pianista. Mediocre, eso sí, pero pianista al fin. Necesitaba el dinero y no podía darse el lujo de abandonar a una de sus alumnas y que por la ciudad corriera el rumor de que ella no era lo suficientemente buena como para instruir a las jovencitas en el arte de la música. Ya era bastante denigrante tener que soportar que la llamasen “la viuda virgen” porque su esposo había estirado la pata durante la noche de bodas. Si bien era cierto que seguía estando intacta porque Pereira y ella no habían llegado a consumar el matrimonio, le parecía de muy mal gusto que usaran esa nefasta circunstancia de su pasado para condenarla con un apodo tan desagradable. Después de quedarse viuda, no había tenido deseos de volver a casarse. Y eso que candidatos nunca le faltaron. Sobre todo, mientras vivía en São Paulo. Pero tras la terrible experiencia por la que había atravesado, cuando su esposo cayó muerto entre sus brazos, en la última cosa en la que pensaba era en el matrimonio. Ni siquiera los apuros económicos la habían hecho claudicar. Ya no volvería a unir su vida a la de un hombre por pura conveniencia o para obedecer el mandato de una sociedad que se lo exigía por el simple hecho de haber nacido mujer. Si algún día decidía apostar por un nuevo matrimonio, se casaría completamente enamorada.

Contempló a Juliana mientras movía sus manos sobre las teclas del

piano con tan poca gracia. Suspiró hondo y volvió a explicarle, por enésima vez, la lección del día. La hija del barón sí era una de esas muchachas destinadas a conocer a un buen partido y casarse; sin embargo, prefería perder el tiempo con ella.

La llegada de Candelaria interrumpió la clase. Juliana la miró con fastidio mientras ella le dedicaba una sonrisa. Le hubiese gustado que la mulata fuese su alumna y pulir esa habilidad que poseía para interpretar cualquier melodía en el piano.

—Espero no ser inoportuna, profesora Almeida.

—No te preocupes, Candelaria, ya habíamos terminado.

Juliana resopló y se acomodó la falda del vestido. Faltaban quince minutos todavía, pero era evidente que ya no retomaría la lección.

—Pensé que te quedarías a misa —comentó, espiándola por el rabillo del ojo. Llevaba suelto el cabello y su sombrero en la mano. Parecía que, en vez de viajar en carruaje, hubiese venido caminando desde la ciudad. ¡La envidiaba tanto! Lucía cansada y un poco desaliñada, aun así, tenía el extraño poder de fascinar a las personas. Cuando era una niña, estaba convencida de que Candelaria se había valido de algún conjuro para que todo el mundo le rindiera pleitesía. Su propia madre siempre la había preferido a ella. Muchas veces deseó no haberse curado para tenerla a su lado, cuidándola como antes. La llegada de Candelaria lo había cambiado todo. No era más que una esclava liberta con ínfulas de señorita de sociedad. Al menos su padre no había caído preso de sus encantos. El rechazo que el barón de Campinas sentía por la mulata era lo único que alegraba sus días, sobre todo porque a ella, siendo su hija legítima, tampoco la trataba muy bien. Juliana perdonaba sus ausencias y se mordía la lengua antes de plantearle algún reclamo. El barón se aseguraba de que no le faltase nada; satisfacía cada uno de sus caprichos y organizaba las mejores fiestas de cumpleaños. Puso mala cara cuando Candelaria se sentó en el sillón, dispuesta a entablar una conversación con ella y su profesora.

—El otro día, el tío Alexandre preguntó por ti, Juliana. La madrina y yo no supimos qué contestarle —le dijo en tono recriminatorio—. ¿Cuánto hace que no vas a verlo?

Juliana se encogió de hombros.

—Me aburro mucho cuando voy a la hacienda de los abuelos —respondió, muy suelta de cuerpo—. Además, el tío Alexandre ni caso me hace. Me saluda con un beso y luego se encierra en su habitación.

Cândida Almeida quería saber más sobre el tío de las muchachas, pero no creyó que fuese conveniente ponerse en evidencia con alguna pregunta indiscreta. Indagar sobre su persona era lo primero que había hecho al volver a Campinas. Le provocó mucha tristeza enterarse de que se había quedado ciego durante un enfrentamiento en la Guerra del Paraguay. Durante todos esos años, de vez en cuando, volvía a su mente la noche en que se conocieron. También durante todos esos años se había imaginado lo distinta que habría podido ser su vida al lado de un hombre como Alexandre Esteves. Pero, lamentablemente, se habían perdido casi al mismo tiempo que se encontraron, y el pasado pocas veces otorgaba nuevas oportunidades. Apartó cualquier idea absurda, que no conduciría a nada, y juntó su material de estudio. Se despidió de Juliana hasta la próxima clase y le dejó saludos a Maria Graça antes de marcharse.

—Estaba rara, ¿no? —comentó Candelaria apenas se quedaron solas en el salón.

—La profesora *es* rara —repuso Juliana haciendo un ademán burlón con ambas manos. Se levantó y pasó junto a ella, agitando la falda de su vestido. Era nuevo y quería asegurarse de que lo viera muy bien.

Candelaria hizo oídos sordos al comentario malintencionado de Juliana y se dirigió a su habitación. En el bolso traía el cuaderno que se había comprado. No veía la hora de sentarse a escribir. Aunque todavía no tenía claro el tema que abordaría en su próxima columna, esperaba que la inspiración la sorprendiera. Estaba subiendo las escaleras cuando Juliana se apresuró para interceptarla.

—La semana que viene es Carnaval —le recordó.

—Así es —respondió ella con una sonrisa. ¿Qué esperaba que le dijera?

—Estoy segura de que mi padre —y se afanaba en remarcar el adjetivo posesivo— organizará una de las mejores fiestas del valle. ¿Tú sabes algo?

¡Conque esa era la razón de su repentino interés en hablar con ella!

—No sé nada, Juliana. —Subió unos cuantos peldaños más, esperando que no decidiera seguirla—. Seguramente será otra celebración inolvidable. Puedes quedarte tranquila. Si me entero de algo, *no* te lo diré. —Ni siquiera le dio la oportunidad a Juliana de replicarle con alguna frase poco amable. Se dio media vuelta, dejándola en la mitad de las escaleras con la mandíbula apretada y los brazos en jarra. Entró a la habitación, le echó llave y se arrojó sobre la cama. Abrió el cuaderno, tomó su lápiz favorito y empezó a garabatear las primeras palabras. A medida que las ideas se iban acomodando en su cabeza, la narración fue ganando en contundencia y claridad. Cuando escribía, dejaba de ser Candelaria para convertirse en La Flor de la Libertad, seudónimo que había elegido para firmar sus artículos. Soñaba con la posibilidad de que sus textos llegaran a un periódico importante, como el *Journal do Brasil* o el *Folha do São Paulo*. En un mundo en el cual ser blanco, libre y hombre se resumía en una tríada casi perfecta, ella tenía muy pocas oportunidades de brillar. Por eso hablaba a través de La Flor de la Libertad, para ser escuchada sin ningún tipo de prejuicio.

*

El viejo perro retozaba en la veranda, junto a la puerta principal, esperando que su amo viniera por él para ir a dar un paseo. Pero don Humberto, por causa de un tumor que se había extendido por su cuerpo, ya no volvería a dejar esa cama a la que había sido confinado a pasar sus últimos días. Alzó su voluminosa cabeza cuando el traqueteo de un carruaje acercándose por el sendero principal quebró el silencio de ese caluroso mediodía de febrero. Sus patas ya no le respondían como antes, pero consiguió erguirse y se quedó sentado, mirando hacia el frente.

Octavio saltó del carruaje y le tendió la mano a Rosaura para que bajara. Le ayudó al cochero a descargar sus bártulos y le pagó por sus servicios.

—¡Qué lugar más exótico! —exclamó Rosaura, quien estaba acostumbrada a pisar las calles empedradas de Buenos Aires, y su

contacto con la naturaleza se resumía en pasar algunos días en la estancia que su familia poseía en Lobos.

Octavio respiró hondo. Hasta el olor allí era diferente. Aunque había vivido en La Porteña solo unas semanas, era agradable volver después de tanto tiempo. Recogió las maletas y avanzaron hacia la casa.

—¿Qué llevas aquí adentro? —quiso saber, haciendo un gran esfuerzo para que las pertenencias de Rosaura no terminasen desparramadas por el suelo.

—Solo lo imprescindible —respondió ella, ahogando una risita—. Pensaba salir de compras y, de paso, conocer la ciudad.

Octavio no dijo nada. Se detuvo de repente al ver una mata de pelo negro y hocico alargado que lo observaba muy fijo desde la distancia.

—¡Beltrán, mi viejo amigo! —Soltó las maletas y se arrodilló sobre el suelo pedregoso—. ¡Ven aquí, bandido! —le gritó, dando unas palmadas en sus muslos, para instarlo a acercarse.

El boyero de Berna, con sus poco más de once años a cuestas, se puso en cuatro patas y, desconfiando ante la llegada de intrusos, fue bajando las escaleras muy despacio. Le bastó caminar unos pocos metros para reaccionar. Cuando reconoció al hombre que lo estaba llamando, se abalanzó sobre él y comenzó a lamerle el rostro.

Octavio lo abrazó. Pudo notar la forma de sus huesos debajo de todo ese pelaje negro.

—¡No pensé que aún continuaras vivo, muchacho! —Esa sí que era una grata sorpresa. Miró a Rosaura—. Te presento a Beltrán, un ángel de trufa húmeda y mirada bonachona que me salvó de morir ahogado.

Rosaura, con un poco de recelo debido al gran tamaño del perro, le acarició la cabeza.

—Gracias, Beltrán. Sos todo un héroe —le dijo, dejando el miedo a un lado.

En ese momento, aparecieron Tenoria y Pascual. A pesar de que estaba muy cambiado, reconocieron a Octavio de inmediato.

—¡Señor Marquinhos, qué sorpresa! —exclamó Tenoria mientras se secaba las manos en el mandil.

—Bienvenidos a La Porteña. —Pascual hizo una ligera reverencia y

se ocupó de cargar el equipaje.

—Es bueno volver a verlos. —Colocó su mano en el hombro de su "hermana"—. Ella es Rosaura Montalbán, la sobrina de don Humberto.

Tenoria y Pascual se deshicieron en palabras calurosas de bienvenida y los invitaron a pasar.

—Quería pedirles que ya no vuelvan a llamarme Marquinhos. Me fui de Campinas con ese nombre, pero hoy he regresado como Octavio Montalbán.

—Como su merced mande —respondieron al unísono los criados.

—¿Dónde está mi tío? —preguntó Rosaura, admirando el salón. Aunque no era de grandes dimensiones, no tenía nada que envidiarle a su casona en el barrio de Belgrano. Ignoraba cuánto tiempo se quedaría allí, pero estaba segura de que su estadía en esa vivienda emplazada en medio del valle y rodeada de bellos paisajes sería una grata experiencia.

El semblante de Tenoria se ensombreció.

—En su habitación. Lleva casi una semana en cama y esta mañana, muy temprano, el padre Reginaldo vino a darle la extremaunción.

—¿No hay nada que se pueda hacer? —Octavio no se resignaba a perder a ese hombre que había hecho tanto por él en el pasado.

—Vino un doctor de São Paulo a verlo; pero dijo que ya era demasiado tarde y que solo podíamos esperar lo peor.

Rosaura se aferró al brazo de Octavio y él la acarició la mano en un gesto de consuelo.

—¿Podemos verlo?

—Sí, señorita Rosaura. Está despierto. Subí a llevarle un caldo de verduras, pero se rehúsa a comer.

—Démelo a mí, yo intentaré convencerlo para que se lo tome.

—Venga a la cocina conmigo.

Octavio se quedó solo en el salón. Recorrió cada mueble y cada rincón con un nudo en la garganta. Fue hasta la biblioteca y tomó uno de los libros. Era un ejemplar de *El conde de Montecristo*. Se lo había devorado durante su convalecencia y todavía recordaba de memoria algunos de sus pasajes. Don Humberto se lo había regalado, pero él

prefirió que se quedase allí, quizá como una señal de que algún día volvería por él. Lo colocó en su sitio nuevamente y miró el paisaje a través de la ventana. Desde allí, se podía ver parte del Jaguarí y de la pequeña cascada que brotaba de las rocas.

—Ya estoy lista. —Se volteó al oír la voz de Rosaura. Tenía una bandeja de madera en las manos y el humo que despedía el caldo la envolvía en una espesa niebla.

Subieron las escaleras uno al lado del otro, angustiados por el panorama que los aguardaba. Octavio llamó a la puerta, y al no recibir respuesta alguna, entraron.

Humberto Montalbán yacía de costado, con el cuerpo cubierto por una manta de hilo. Junto a la cama, sobre la alfombra, había una bacina y unas viejas pantuflas de cuerpo.

—Tenoria, ya te he dicho que no tengo apetito —dijo al sentir el penetrante olor de la sopa de verduras inundando la habitación.

—No soy Tenoria, tío.

El doctor Montalbán giró la cabeza y se los quedó viendo. Octavio percibió cómo le temblaba el mentón mientras trataba de asimilar la sorpresa.

—No puede ser posible… debo estar soñando —musitó, incorporándose hasta quedarse sentado.

—No es un sueño, don Humberto —dijo Octavio aproximándose a la cama—. He vuelto y he traído conmigo a su sobrina porque quería conocerlo.

Los ojos vidriosos y pequeños del doctor Montalbán se posaron en la muchacha que tenía enfrente.

—Hola, tío. Soy Rosaura, la hija de su hermano Fermín. —Se sentó a su lado y colocó la bandeja sobre su regazo—. Tenoria me ha dicho que no quiere usted comer, pero no pienso salir de esta habitación hasta conseguir que pruebe este caldo de verduras que está para chuparse los dedos.

La manera de hablar de la joven le arrancó una sonrisa. Llevaba tantos años viviendo en Brasil que se le había olvidado el acento de los porteños. Incluso él había adoptado los modismos locales con el paso del tiempo.

—Bienvenida, Rosaura. —Extendió su huesuda mano hacia ella para acariciarle la mejilla—. Eres muy parecida a tu abuela, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Mi padre, siempre que lo asalta la nostalgia. —Puso su mano encima de la suya y le sonrió—. A pesar de que no han vuelto a verse, también me ha hablado mucho de usted, tío.

—Toda su vida fue un hombre práctico, apegado a las tradiciones —manifestó, perdiéndose un momento en sus propios recuerdos—. Cuando nuestro padre murió, tomó las riendas del negocio mientras yo terminaba mis estudios. La medicina no solo era mi sueño, también el de mi madre. No quise quedarme en Buenos Aires; sentí que ya no había lugar para mí allí. Fermín había hecho prosperar la tienda de ropa, estaba a punto de casarse, y yo necesitaba ampliar mis horizontes. Por eso tomé el primer barco y llegué a Brasil. No fue fácil al principio. Tuve que trabajar duro, ganar dinero. Primero en el puerto, luego en un restaurante de São Paulo como lavacopas. Fue allí en donde conocí al doctor Sampayo, mi antecesor. Él tenía su consulta aquí en Campinas y estaba a punto de jubilarse. Me ofreció hospedaje en su casa y ocupar su puesto cuando él lo dejara.

Octavio y Rosaura lo escuchaban con atención. Hablaba con tanta emoción que costaba creer que estuviera a punto de morirse.

—¿Nunca se casó?

Don Humberto negó con la cabeza.

—No encontré a la mujer adecuada; aquella que tuviera valor para compartir a su esposo con todos sus pacientes. La profesión de médico es muy sacrificada, querida.

—Doy fe de ello.

Montalbán miró a Octavio.

—¿Acaso…?

Octavio asintió.

—Me recibí en la Facultad de Medicina hace un año. Cuando llegué a Buenos Aires, su hermano me inscribió en uno de los mejores colegios de la ciudad para continuar con los estudios que tuve que abandonar al irme de Brasil. Acabé el bachillerato, y a la hora de decidir mi futuro, no lo dudé. Usted me salvó la vida, don Humberto.

Quería hacer lo mismo por otras personas y decidí seguir sus pasos.

—No sabes lo orgulloso que me siento de ti, muchacho. Has logrado salir adelante y forjarte un futuro después de una tragedia tan grande.

—¿Va a tomarse su sopa? —intervino Rosaura antes de que se le enfriara.

Don Humberto hizo una mueca de resignación. No podía negarse si su hermosa sobrina, a quien acababa de conocer, se lo pedía con esa sonrisa en los labios.

Mientras se tomaba la sopa a pequeños sorbos, Octavio le contó sobre su vida en Buenos Aires. El relato de todo lo que había hecho durante esos últimos once años le resultó tan interesante que, sin darse cuenta, había dejado el plato vacío. Incluso las molestias estomacales habían mermado. Como médico, sabía que esos momentos de súbita mejoría no eran más que la antesala de la muerte. Pero volver a ver Marquinhos y tener la dicha de conocer a su única sobrina le daban la fuerza suficiente para resistir un poco más.

—¿Planeas quedarte mucho tiempo en Campinas?

Octavio y Rosaura intercambiaron miradas. Habían hecho un pacto antes de salir de Buenos Aires. Permanecerían en Brasil el tiempo necesario hasta hallar la verdad sobre el asesinato de su padre. Él había abandonado su puesto en el Hospital de Clínicas, sin previo aviso, debido a la urgencia de llegar a Campinas antes de que fuese demasiado tarde para el doctor Montalbán. No sabía si al volver seguiría teniendo trabajo. Fue precisamente don Humberto quien le ofreció una alternativa.

—Mis pacientes se quedarán desamparados cuando yo ya no esté.

—¿No hay otro doctor en la ciudad?

—No, muchacho. Campinas es pequeña y he sido el único desde que Sampayo murió. Yo heredé todos sus pacientes. —Lo miró expectante —. Ahora tú podrías ser el siguiente. Piénsalo, sería la mejor manera de instalarte en el valle sin levantar sospechas. Mantendrás la misma farsa que inventaste para volver; que eres mi sobrino y que has venido desde Buenos Aires para hacerte cargo de mi consulta. Nadie te haría preguntas incómodas y te ganarás la confianza de la gente para descubrir quién mandó a matar a Bernardo.

La propuesta de Montalbán no era del todo descabellada. Él necesitaba una excusa para quedarse y acababa de encontrarla. Rosaura asintió con la cabeza en señal de acuerdo. Salieron de la habitación para dejarlo descansar, y al pasar por el comedor vieron la mesa servida. No fue hasta sentir el olor de la carne de puerco asada que se dieron cuenta de lo hambrientos que estaban. Octavio se emocionó al evocar los manjares que le preparaba su madre o los frijoles un poco salados que cocinaba su padre. Le habló a Rosaura las maravillas culinarias de su tierra y ella le juró que las probaría todas antes de regresar a Buenos Aires.

VEINTICINCO

Los gritos no la dejaban concentrar en la escritura. Provenían del despacho, y el vozarrón del barón retumbaba en las paredes de la casa. Escondió la libreta debajo de la almohada, junto a su ejemplar de *El primo Basilio*, y salió de la habitación para averiguar qué estaba sucediendo. Corrió escaleras abajo y vio que no había nadie en el salón. Enfiló por el pasillo y, al llegar al despacho, descubrió que la puerta estaba abierta. Su madrina se encontraba de pie, entre el barón y una de las esclavas nuevas que habían mandado a traer de las barracas para que sirviera en la casa grande. Era evidente que se estaba interponiendo entre ellos para proteger a la pobre muchacha, que temblaba como una hoja. Ninguno había reparado en su presencia.

—¡No vas a azotarla, Augusto! ¡Te lo prohíbo!

Candelaria nunca había visto a su madrina tan enfadada.

—¡Maria Graça, no te metas! —le espetó el barón, rojo de la ira—. ¡La sorprendí hurgando entre mis cosas, seguramente con la intención de robar!

Candelaria decidió quedarse en el pasillo a escuchar. No era extraño que los esclavos que habían pasado toda su vida en las barracas se deslumbraran con los lujos de la casa grande.

—¿Es eso verdad Virginia? ¿Entraste aquí para robar?

La esclava, aterrada, miró al barón. Con un gesto casi imperceptible, él la conminó a responder. Sabía muy bien lo que debía decir, aunque eso la llevase derechito al tronco. La baronesa, siempre tan buena con ella, no se merecía que le mintiera. Sin embargo, no podía contarle que su esposo la había mandado a llamar para que les quitara el polvo a los libros y que, apenas le dio la espalda, se le había tirado encima con la intención de saciar sus bajos instintos. Su rechazo y el

escupitajo que le lanzó en el rostro fueron lo que había desatado su rabia. Luego, cuando la baronesa oyó el escándalo y se presentó en el despacho, contó lo del supuesto intento de robo para cubrir su falta.

—¡Responde, muchacha! —la exhortó Maria Graça, contrariada por su silencio.

—Sí, *sinhá* baronesa. Es verdad —le respondió, con la cabeza gacha.

Augusto respiró aliviado. Después del modo en que la esclava lo había enfrentado, temía que no confirmara su versión de los hechos.

—Como comprenderás, es un delito muy grave. Debe ser castigada por lo que hizo.

Maria Graça lo miró. Ya había logrado muchas veces que Augusto desistiera de algún castigo; no podía permitir que mandara a azotar a Virginia.

—No se ha robado nada porque tú se lo impediste.

—Eso no cambia las cosas —adujo él, viendo a dónde quería llegar su esposa con esa manía que tenía de ponerse del lado de los esclavos.

—No la mandes al tronco por algo que no hizo.

—¿Y si los demás negros se enteran de que le hemos perdonado semejante ofensa? ¡Creerán que cualquiera nos puede robar sin recibir su castigo! —La apartó y sujetó a la esclava del brazo—. ¡No voy a permitir que me desautorices de esa manera, Maria Graça!

—¡Suéltala, por favor! —La baronesa volvió a interponerse en su camino. Ver a esa frágil jovencita en manos de Augusto le provocaba mucha angustia. No podía dejar de pensar en que su propia hija podría haber corrido con la misma suerte si todavía fuese una esclava. Su esposo no la engañaba. No existía ningún intento de robo. Le bastaba ver la actitud de Virginia para comprender que había sido víctima de los deseos malsanos del barón de Campinas.

Augusto terminó soltándola. Supo en ese instante que la mentira no había servido de nada. Furioso, le ordenó a la esclava que se marchara.

Virginia se topó con Candelaria en el pasillo. Se miraron a los ojos durante unos cuantos segundos antes de que la muchacha saliera corriendo rumbo a la cocina.

Aprovechando que aún no la habían visto, Candelaria se quedó

junto a la puerta para seguir escuchando.

—¡No vuelvas a entrometerte en mis asuntos, Maria Graça!

Maria Graça le sostuvo la mirada. La mano abierta de su esposo, a muy pocos centímetros de su cara, no la amilanó.

—¡Al menos ten el valor de confesar la verdad! ¡Esa pobre niña no vino aquí a robar!

—¿Además de acusarme de cobarde también me llamas mentiroso?

—Sé de tus… *gustos*, querido. Durante muchos años miré hacia otro lado. No he podido impedir que abusaras de esas pobres esclavas; pero no voy a permitir que envíes a Virginia al tronco con una acusación falsa, solo porque no conseguiste meterte debajo de sus faldas. Lamentablemente, en este país, en cada barraca, el amo ejerce su poder de la peor manera. No eres el primero ni serás el último. Mi padre lo hacía, y seguramente el tuyo también. Ojalá algún día todos esos atropellos ejecutados en nombre de la supremacía del blanco sobre el negro queden enterrados definitivamente en el pasado.

El discurso de Maria Graça y la vergüenza que sentía de que ella estuviera al tanto de sus correrías con las esclavas lo dejaron sin palabras. Intentó aplacar su enfado con una caricia, pero ella lo rechazó.

—No te atrevas a tocarme —le advirtió—. Tampoco vuelvas a acercarte a Virginia. Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por tu hija. Juliana no tiene que enterarse jamás de las tropelías que comete su padre. Si necesitas calmar tus ardores, busca a tu amante. Estoy segura de que ella sabrá cómo satisfacerte. —Le dio la espalda, con la intención de irse.

—¿Qué pasó con la promesa que me hiciste? —le reclamó antes de dejarla marchar.

—Soy tu esposa y, como tal, he cumplido con mis obligaciones dentro y fuera de la habitación. —Sabía que no podía desafiarlo abiertamente. Lo conocía demasiado bien y era capaz de lastimar a Candelaria si ella se negaba a acostarse con él—. Cuando me busques en el lecho, me encontrarás.

Salió del despacho asqueada por los abusos de los que eran víctimas las esclavas y por su propia realidad. Convivía a diario con el espanto

de que esa atracción enfermiza que sentía su esposo por las negras de las barracas pusiera en peligro a su propia hija. Candelaria se había convertido en una mulata bellísima y hacía tiempo que sus formas se habían redondeado, escondiendo a la niña en un cuerpo de mujer. Augusto siempre la había aborrecido. Candelaria le recordaba cada día su traición. Y esa era precisamente la causa de sus temores más profundos; que, para vengarse de ella, se atreviera a lastimarla. Apretó el amuleto que llevaba escondido debajo del vestido y le pidió a Dimas, donde quiera que estuviese, que protegiera a su hija de cualquier mal.

Candelaria había logrado escabullirse por el pasillo antes de que su madrina la descubriera. Volvió a subir corriendo las escaleras y lo primero que hizo al entrar en su habitación fue tirarse encima de la cama. Clavó sus ojos celestes en el techo. Estaba anonadada por la escena que acababa de presenciar a hurtadillas en el despacho. El barón no solo tenía una amante, también engañaba a su madrina con las esclavas de la barraca. Pensó en Virginia, tan jovencita e indefensa, a merced de Augusto Soares do Carvalho, un tirano que se aprovechaba de su poder para doblegar a los más débiles. Candelaria se dio media vuelta y sacó la libreta que había dejado bajo de la almohada. Ya tenía casi terminado el texto que esa tarde le entregaría a Alfredo. Decidida, sin que le temblase la mano, arrancó la hoja, la hizo un bollo pequeño y la arrojó al suelo. Acababa de ser testigo de una de las consecuencias más crudas de la esclavitud. Su álter ego debía ponerles voz a todas esas esclavas y mujeres que vivían sometidas al despotismo de los señores de hacienda.

El lápiz se movía sin pausa por el cuaderno, rellenando los renglones con todas esas ideas que explotaban en su cabeza y necesitaban saltar al papel.

Esa tarde, Candelaria Soares do Carvalho volvió a convertirse en La Flor de la Libertad.

*

Después del almuerzo, Octavio logró convencer a Rosaura de que subiera a su habitación a descansar. Cuando ella le dijo que debería

hacer lo mismo, respondió que necesitaba despejarse y resolvió salir a pasear por los alrededores. Beltrán, quizá con la esperanza de poder ir con él, lo acompañó hasta el establo. Dejó de mover la cola al ver que Octavio se ponía a ensillar uno de los caballos.

—Lo siento, amigo —le dijo montándose sobre el alazán con la destreza de un jinete experimentado—. Vuelvo en un rato, pero te prometo que más tarde saldremos a dar un paseo por orilla del río.

Beltrán se sentó. El corto trayecto de la casa hasta el establo lo había dejado exhausto. Tenía la lengua afuera y una baba espesa se deslizaba por su enorme hocico. Se quedó un momento allí hasta que el jinete despareció de su vista, y luego regresó para disfrutar de una siesta bajo la sombra del porche.

El paseo de Octavio se extendió más allá del valle. Impulsado por la curiosidad, cabalgó hasta la ciudad. Quería perderse en las calles de Campinas como solía hacerlo de niño. Aunque había crecido bastante desde la última vez que había estado allí, seguía conservando el espíritu de pueblo. Los vecinos lo saludaban al pasar, como si lo conocieran de toda la vida. Un movimiento de cabeza o una mano agitándose en el aire, acompañados de una sonrisa o una mirada curiosa, eran gestos que en una urbe del tamaño de Buenos Aires se echaban en falta. Se quitó el sombrero al pasar por delante de la iglesia. Las puertas estaban abiertas, pero no quería tentar a la suerte. El padre Reginaldo o el mismo Vento, quien seguramente continuaba ayudándolo en la sacristía, podrían reconocerlo. En esos once años, el cambio que se había operado en él era mucho más notable que el de la ciudad. Ya no quedaba nada de ese muchacho que soñaba con comprar las tierras en donde había vivido toda su vida y que huía de sus labores en el campo para verse a escondidas con una de las esclavas del coronel Esteves. Pensaba dar media vuelta y regresar a La Porteña; pero entonces vio el carruaje con la insignia de los Soares do Carvalho parado al costado de la iglesia, en el camino de tierra que llevaba a la parte trasera del cementerio. Esa mañana le había llamado poderosamente la atención ver a Candelaria subirse en el mismo coche. No había podido preguntarle a don Humberto por ella, pero lo haría apenas tuviese la oportunidad. Se acercó, saludó al cochero con

la mano y avanzó al trotecito hasta la entrada. Quizá ni siquiera se trataba de Candelaria, aun así, quería averiguarlo. Se apeó del caballo y amarró la rienda en el tronco de un nogal. Había algunas personas visitando a sus muertos; fingió buscar una tumba para no llamar demasiado la atención. Por las dudas, se puso de nuevo el sombrero. Sabía que era casi imposible que alguien lo reconociera, sin embargo, debía moverse con precaución. En aquella ciudad, su padre había perdido la vida y a él habían intentado matarlo.

Una voz femenina a lo lejos provocó que el corazón le saltara en el pecho. No se volteó, solo se atrevió a mirar por encima de su hombro. Allí estaba Candelaria, conversando con una anciana mientras la ayudaba a cambiar el agua de un jarrón. La mujer le agradeció el gesto con un apretón de manos y se marchó. Candelaria siguió por un estrecho pasillo cubierto de hierba hasta detenerse en una tumba de ladrillos blanqueados a la cal que estaba un poco apartada de las demás. Espió cada uno de sus movimientos, aprovechando que ella no notó su presencia. Llevaba un vestido color azul celeste con un justillo negro que realzaba la estrechez de su cintura y la voluptuosidad de sus pechos. De niña, se trenzaba siempre el cabello porque se le ensortijaba con demasiada facilidad, pero ahora esos pesados bucles castaños caían sobre su espalda perfectamente armados. Era impactante ver cómo la pequeña mulata que solía enfadarse con él por cualquier tontería se había transformado en esa mujer que tenía a solo unos cuantos metros de distancia. En el pasado, la diferencia de cinco años que existía entre ambos, había sido demasiado notoria. Ahora eran un hombre y una mujer. Dos desconocidos que habían compartido una etapa de sus vidas y que volvían a cruzar sus caminos. La vio arrodillarse delante de la tumba para dejar un ramo de flores. Luego, cuando tocó la medallita que colgaba de su cuello, los latidos de su corazón volvieron a dispararse. Aunque era imposible distinguir un objeto tan pequeño desde la distancia, supo que era la medalla de Santa Rita de Casia que él le había obsequiado cuando cumplió nueve años. Le costó aplacar el deseo de correr hasta ella para estrecharla entre sus brazos. Decirle que estaba vivo y que, aunque había vuelto para encontrar al asesino de su padre, necesitaba tenerla cerca. No

hizo nada. Se quedó allí, parado, con el pecho agitado y la urgencia de un reencuentro que no podía ser. Debía marcharse antes de que lo descubriera; sin embargo, no fue capaz de hacerlo. La contempló mientras se alejaba hacia la salida, moviéndose con la sutileza de un felino. Se preguntó quién le había enseñado a caminar de esa manera. Tras asegurarse de que ya se hubiese marchado, se acercó hasta la tumba que acababa de visitar.

Se quedó de piedra al ver su nombre tallado en una madera. A pesar de que siempre había sabido que en Campinas lo daban por muerto, le causó una fuerte impresión estar parado frente a su propia tumba. Se agachó y pasó el dedo por la áspera superficie hasta mancharse con los restos de cal. Intuyó que habían vuelto a pintarla hacía poco. Cuando giró la cabeza a la derecha, descubrió que en la sepultura de al lado estaba enterrado su padre. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Él no había podido decirle adiós. La última imagen que guardaba de Bernardo Guimarães era la de su cuerpo cayendo al suelo por el impacto de una bala. Su asesino le había quitado también la oportunidad de estar presente durante su funeral. Por precaución y consejo del doctor Montalbán, ni siquiera había podido visitar su tumba antes de abandonar Campinas. Su supuesta muerte era un hecho reciente y corría el riesgo de que los asesinos lo descubrieran. Robó una de las flores de su tumba y la dejó sobre la de su padre. Allí, en el sitio donde descansaban sus restos, le hizo un juramento.

Sin importar el precio que tuviese que pagar, hallaría al maldito que había dado la orden de ejecutarlo a sangre fría. Había regresado a Brasil con el firme propósito de conocer esa verdad que se le había negado durante once largos años. Nada ni nadie lo haría desviarse de su objetivo. Ni siquiera sus anhelos de lucha contra la esclavitud o esa pasión intensa que había despertado en él su entrañable amiga de la infancia.

*

Candelaria volvía a sentir esa extraña inquietud que la había asaltado tras salir de la iglesia esa mañana. Tuvo que mirar varias veces por encima de su hombro mientras se dirigía hacia las instalaciones del

periódico. En su bolso llevaba el incisivo artículo que había redactado después de arrojar el primero en el fogón de la cocina. Al verla, Desidéria la había acribillado a preguntas. Pero ella supo poner a salvo su secreto contándole una mentira. Sonrió al recordar los ojos de carnero degollado que había puesto su amiga cuando le dijo que lo que acababa de quemar era la carta que un muchacho de la ciudad le había enviado con Vento, el sacristán. Enamoradiza por naturaleza, Desidéria vivía los romances ajenos como propios.

Las puertas de *La Voz de Campinas* cerraban al mediodía y los miembros de la Sociedad de la Camelia Blanca aprovechaban las horas vespertinas para reunirse en el sótano del edificio. Candelaria llamó tres veces, esperó cinco segundos y volvió a llamar. Esa era la señal que les daba libre acceso a las instalaciones del periódico. Detrás de la puerta se asomó el rostro sonriente de Gesio Camargo. Le dio espacio para pasar y la ayudó a bajar las escaleras que conducían al sótano.

—Los muchachos nos están esperando.

—¿Ya llegaron?

Gesio asintió.

—Tú eres la última.

—Tuve que pasar antes por el cementerio, por eso se me hizo tarde.

Gesio no dijo nada. Todos allí sabían que no solo visitaba la tumba de su abuela, sino también la de Marquinhos Gimarães. La ciudad todavía recordaba con tristeza el trágico incendio en donde habían perecido el capataz del barón de Campinas y su hijo. Aunque los restos del muchacho nunca habían sido encontrados, un testigo que se presentó a declarar días después del suceso aseguró que lo había visto caer en las aguas de Jaguarí mientras su cuerpo estaba envuelto en llamas. El delegado Pinto, apresurado en quitarse de encima un caso que le *quemaba* las manos, decidió declarar la muerte del muchacho como accidental.

En el sótano, ultimando los detalles de la próxima edición, Alfredo, Tadeo y Vento estaban reunidos alrededor de una mesa llena de papeles. Candelaria los saludó y sacó del bolso su escrito. Quería que Alfredo, como jefe de redacción, le diera su opinión. Tadeo Meneses se quitó los anteojos al verla llegar. La mulata le gustaba; sin embargo,

nunca se había animado a decírselo. Quizá el hecho de que su hermana fuese la amante de su padre adoptivo le impedía hablar con ella abiertamente. Aunque no aprobaba el comportamiento inmoral de Gloria y muchas veces se lo había recriminado, se sentía en falta hacia Candelaria y su familia por su culpa. Se conformaba con tenerla cerca y compartir los mismos ideales. Además Candelaria no era como esas muchachitas que, al llegar a cierta edad, solo piensan en conseguir un buen partido. Ella estaba mucho más allá de esas pretensiones absurdas. Su sueño era parecido al suyo y al de sus camaradas.

Candelaria le sonrió cuando descubrió que la estaba observando con insistencia. Tadeo se puso nervioso y apartó la mirada.

—Es realmente muy bueno, Candelaria —manifestó Alfredo apenas terminó de leer su artículo—. Creo que es lo mejor que La Flor de la Libertad ha escrito hasta ahora. —Le pasó el cuaderno a Gesio para que también lo leyera.

—¿De verdad? —Candelaria no lo podía creer.

—Sabes que no te mentiría en algo así. Soy muy exigente con el contenido del periódico, y tu escrito es tan contundente que saldrá publicado en la primera página.

La emoción le impidió hablar. Por eso expresó todo lo que sentía en ese momento dándole un efusivo abrazo al jefe de redacción. Tadeo envidió la suerte de su amigo. Cuando le llegó su turno de leer el artículo, comprendió su decisión. Sin dudas, Candelaria había sabido plasmar en aquellas palabras el otro flagelo de la esclavitud, el que sufría la mayoría de las mujeres en manos de los señores de haciendas.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Los cuatro se volvieron hacia él.

—Por supuesto, Tadeo. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Percibo mucha más vehemencia en este artículo que en todos los que has escrito. Perdona si me entrometo donde no debo, pero… ¿lo que subyace en ese texto te ha tocado de cerca? —No podía siquiera imaginarse que ella hubiese sido víctima de un atropello similar.

Candelaria les contó de la dramática escena que había presenciado esa tarde en La Aurora y de su decisión de escribir sobre ello para contar lo que seguramente sucedía en muchas haciendas de Brasil.

—Es muy arriesgado mencionar el nombre de la esclava en el texto. Si el barón o alguien de su entorno lo lee, podemos tener problemas —comentó Gesio, preocupado. Él, como abogado, sabía que si un hombre tan poderoso como Augusto Soares do Carvalho decidía demandar a *La Voz de Campinas* no solo terminarían por descubrir quién se ocultaba detrás del seudónimo de La Flor de la Libertad, sino que también corrían el riesgo de que les cerraran el periódico.

—Gesio tiene razón. —Alfredo compartía su preocupación. No podían perder todo lo que habían conseguido. Miró a Candelaria esperando que entendiera lo grave de la situación—. Lo publicaremos, pero tendrás que omitir el nombre de la muchacha.

Candelaria no se sorprendió. El poderoso barón de Campinas, ese hombre que le había dado su apellido pero nunca su afecto, seguía siendo intocable. Si no lograban ponerles fin a sus arbitrariedades desde la página de un periódico, tendrían que hacerlo desde otro ángulo.

—Está bien —confirió, resignada—. Eliminaré el nombre de Virginia con una condición.

—Te escuchamos. —Tadeo habló por él y por todos.

—Quiero que la ayudemos a escapar. —Antes de que alguno de ellos le replicase, se apresuró a explicarles cuál era su intención—. Es una niña todavía y la he visto muy asustada. No quiero que el barón o algún capataz de la hacienda vuelvan a lastimarla. Mi madrina o yo misma no estaremos siempre ahí para defenderla.

Los cuatro hombres se miraron de reojo. La petición de Candelaria era bastante razonable. Desde que se había conformado la sociedad, su único objetivo siempre fue acabar con el sufrimiento de los esclavos. Ellos, al contrario de otros grupos abolicionistas que actuaban a lo largo y ancho del imperio brasileño, no contaban con los fondos necesarios para la adquisición de cartas de libertad. Por eso luchaban a través de la palabra. Nunca antes habían conspirado para darles fuga. Era una misión arriesgada la que proponía Candelaria; sin embargo, le dieron su aprobación. Tadeo, quien gracias a las influencias de su cuñado conocía a varios personajes de la política y el poder judicial, fue quien propuso ponerse en contacto con una

sociedad similar a la de ellos pero con mayor respaldo económico para que les tendiera una mano. Entusiasmados por pasar a la acción después de estar bregando por la abolición de los negros a través de las páginas de *La Voz de Campinas*, se pusieron a idear juntos el mejor plan para liberar a su primera esclava.

*

Cuando Octavio volvió a La Porteña, supo que el final de don Humberto era inminente. Rosaura se había encerrado en su habitación para llorar, mientras que Tenoria y Pascual hacían lo mismo pero en la cocina. Lo encontró con el cuerpo colgando de la cama, escupiendo sangre en la bacina. Corrió a su lado, lo ayudó a incorporarse y le limpió la boca con un paño mojado. Tenía un poco de calentura y su pulso se hacía cada vez más lento.

—Qué bueno que llegaste, muchacho. Quería hablar contigo antes de morir.

—No hable así, don Humberto. —Se sentó frente a él para acompañarlo en sus últimos momentos. Era lo menos que podía hacer por él después de que le salvara la vida.

—¿De dónde vienes? Te noto abatido.

—Estuve en el cementerio, frente a una tumba que lleva mi nombre. —Dejó escapar un suspiro—. Y eso no es lo peor.

—¿Acaso puede haber algo peor que encontrarte con tu propia tumba en el cementerio?

Octavio asintió.

—Lo hay, don Humberto, se lo puedo asegurar.

—Cuéntame qué pasó —le pidió.

—Candelaria estaba allí, sufriendo por alguien a quien cree muerto desde hace once años. Le juro que tuve el impulso de correr hacia ella y gritarle que Marquinhos no murió, que sigue vivo y que nunca la olvidó.

—Hubieses cometido el mayor error de tu vida, muchacho. —Comprendía su tormento. Esa mulata a la que había tenido que abandonar al irse de Brasil se había arraigado con fuerza en su corazón. Ahora que la volvía a ver, estaba seguro de que ese cariño

que sentía por ella en el pasado se había convertido en algo más intenso. Bastaba ver el brillo en su mirada al mencionar su nombre para darse cuenta—. Hay muchas cosas que no sabes sobre esa jovencita.

—Ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que estuvimos juntos. Ahora se viste y actúa como una señorita de sociedad.

—Porque lo es —repuso el doctor Montalbán, interrumpiéndolo.

Octavio frunció el ceño.

—¿Cómo es eso posible?

—Candelaria dejó de ser esclava poco tiempo después de tu supuesta muerte. Cuando perdió a su abuela, el barón y su esposa, doña Maria Graça, no solo decidieron darle su libertad, también su apellido. La adoptaron legalmente y hoy es una Soares do Carvalho.

La noticia, tan inesperada como insólita, lo dejó helado. Aunque muchas veces había sido testigo del gran cariño que la hija del coronel Esteves le profesaba a Candelaria, le parecía increíble que un hombre sin escrúpulos como Soares do Carvalho, quien se había echado encima la fama de ser cruel con sus negros, hubiese tenido un acto de solidaridad con una mulata que acababa de quedarse huérfana.

—Todos en el valle nos sorprendimos cuando el padre Reginaldo lo anunció en la iglesia, en medio de una misa. Hubieses visto con qué descaro el barón mostraba la carta de libertad de Candelaria. —Montalbán recordó la escena y sonrió con ironía—. Se notaba que lo hacía solamente por complacer a su esposa. Mientras estuvo allí, frente al altar, no se acercó a la niña en ningún momento. Se llenaba la boca hablando de ella y de lo desamparada que se había quedado, pero ni siquiera era capaz de mirarla a la cara.

—¿El barón no la quiere?

—Yo me atrevería a jurar que la detesta.

Octavio no comprendía entonces por qué le había dado su apellido. Se negaba a creer que hubiera sido solo para satisfacer el capricho de su esposa. Un hombre de su temperamento, habituado a hacer siempre su voluntad, no se dejaba avasallar con tanta facilidad. Debía existir una razón muy poderosa para que Candelaria fuera tratada en Campinas como la hija del barón. Cuando observó al doctor

Montalbán, se dio cuenta de que ese silencio repentino encubría una gran verdad.

—Usted sabe algo, ¿no es así?

Don Humberto respiró hondo. Quizás ahora que la muerte estaba pisándole los talones había llegado el momento de hablar. No podía irse de este mundo sin revelar ese secreto que venía callando desde hacía tiempo.

—Durante algún tiempo, ha corrido un rumor en la ciudad —comenzó a relatar—. Se decía que detrás de la adopción de Candelaria se escondía una terrible verdad que nadie se atrevía a pronunciar en voz alta.

—¿De qué se trata? —preguntó Octavio, preso de la ansiedad.

—Las malas lenguas aseguraban que esa pobre mulata que había quedado huérfana era en realidad el fruto de una noche de lujuria entre Augusto Soares do Carvalho y una de las esclavas de su hacienda.

—Eso es imposible. —Se negaba a creerlo.

—Los rumores eran infundados —le aseguró—. Ella no es hija del barón.

En ese instante, como si el pasado se hubiese presentado delante de sus ojos en pequeños retazos, recordó esas tardes en las que la hija del coronel Esteves se aparecía en su casa para estar un rato con Candelaria. Él no tendría más de cinco años, y en ese entonces no podía comprender qué sucedía a su alrededor.

—Es hija de Maria Graça Esteves —afirmó, convencido de que estaba en lo cierto.

—Sí, muchacho. La baronesa es la madre de la mulata. No conozco todos los detalles de la historia, pero yo estuve la noche en la que Maria Graça dio a luz a su hija y vi con mis ojos que era mulata. Pocos días después me llamaron de la hacienda para que atendiera a la recién nacida, y había otra criatura en su lugar. Cuando supe que Edileusa, la esclava del coronel Esteves, se había aparecido en la hacienda con una niña en brazos, alegando que era la nieta de una prima suya, supe qué destino había tenido su hija.

Octavio se puso de pie, fue hasta la ventana y apoyó las manos en el

alféizar. Estaba totalmente indignado. Habían despojado a Candelaria de todos sus derechos, condenándola a vivir una vida de esclava, cuando se merecía disfrutar de lo mejor.

—¿De dónde sacaron a la otra niña? —lo preguntó por pura curiosidad.

—No sabría decirte; supongo que de algún orfanato. Cuando la visité por primera vez, percibí que, a pesar de estar bien alimentada, tenía los brazos y las piernas muy delgadas, como si hubiese pasado alguna penuria.

—¿Cómo han podido hacer algo semejante? —se mesó el cabello con rabia—. ¡Candelaria era una niña indefensa!

—Estoy seguro de que la baronesa, de algún modo, consiguió que su esposo resarciera el daño que le habían hecho en el pasado. Tras la muerte de Edileusa, se la llevó a vivir con ella a La Aurora para recuperarla definitivamente. Porque no me cabe la menor duda de que Maria Graça nunca estuvo de acuerdo con deshacerse de la niña de esa manera. Te puedo asegurar que se desvive por ella y no hace ninguna diferencia entre ambas muchachas, a pesar de que Juliana no lleva su sangre y Candelaria sí.

—No dudo de que todo fue una vil maniobra de Soares do Carvalho; quizá con la complicidad de su padre. Cuando vivía en su hacienda, don João solía solapar todas sus maldades. Muchas veces lo justificaba, diciendo que desde que su madre había muerto ya no era el mismo.

—Ese hombre tiene al demonio adentro, hijo. Tienes que cuidarte de él —le advirtió.

—¿Hay algo más que deba saber?

Don Humberto negó con la cabeza. Las terribles sospechas que venía rumiando desde hacía tiempo se las llevaría a la tumba. Le hizo señas de que volviera a sentarse a su lado. Su hora se aproximaba. Lo presentía.

—Necesito un último favor antes del final.

Octavio intentó que no se agitara, pero fue inútil. Le midió el pulso; estaba perdiendo la batalla y le dolía despedirse de él. Se dispuso a escuchar lo que tenía para decirle.

—Existe en la ciudad un grupo secreto que lucha por la abolición de la esclavitud y la instauración de la república. —Vio que Octavio se mostraba interesado en saber más—. Se autoproclaman como la Sociedad de la Camelia Blanca y tienen su guarida en el sótano de *La Voz de Campinas*. En más de una ocasión me han solicitado ayuda para atender las heridas de algún esclavo que huye de las barracas y que ellos esconden en la sede del periódico. Como médico, no podía negarme. Además, siempre he comulgado con sus ideales. Lamento mucho dejar este mundo con un Brasil esclavista. A pesar de haber nacido en Buenos Aires, treinta años viviendo aquí me han dado el derecho de sentirme como en casa.

—¿Qué es lo que quiere exactamente, don Humberto?

—Que no los abandones. —Con las últimas fuerzas que le quedaban, le apretó la mano—. Si se ponen en contacto contigo para que colabores con su causa, no les niegues tu apoyo. Te conozco bien y sé que, aunque yo no te lo hubiese pedido en mi lecho de muerte, lo harás de todas formas.

—No se preocupe, me pondré a su disposición para lo que se les ofrezca.

—Hay otra razón mucho más poderosa para que te unas a ellos —agregó, con aire de intriga—. Tienes que conocer a La Flor de la Libertad.

—¿La Flor de la Libertad?

Montalbán asintió.

—Es la única mujer del grupo. Utiliza ese seudónimo para publicar sus artículos en el diario.

—¿Usted la conoce?

—¡Yo y todos en la ciudad! —respondió, curvando los labios en una sonrisa—. ¡Hasta tú la conoces!

Contrariado, Octavio fue juntando las piezas del rompecabezas hasta dar con la solución del enigma. ¡Estaba hablando de Candelaria! ¡Ella era quien escribía en el periódico bajo el nombre de La Flor de la Libertad! Cuando de niños soñaban con un mundo sin esclavos, ninguno de los dos pensaba que llegarían a formar parte del cambio. Ahora, después de tantos años, Candelaria pertenecía a una sociedad

abolicionista y él se uniría a ella para luchar en pos de sus sueños. Se dejó dominar por la euforia mientras las manos de don Humberto lo iban soltando. Cuando lo miró, descubrió que ya se había ido. Le cerró los ojos y salió de la habitación para buscar a Rosaura.

VEINTISÉIS

Augusto escupió varias maldiciones al aire y se sirvió una copa de licor de chabacano. Sobre el escritorio estaba la última edición de *La Voz de Campinas*. Acababa de leer el artículo que firmaba La Flor de la Libertad y no cabía en sí mismo de tanta rabia. Aunque no habían mencionado su nombre, era bastante evidente que el periodista que se escudaba tras ese ridículo alias hacía referencia a su persona. Tuvo que volver a leerlo para asegurarse de que no estaba equivocado. Algunas de las frases que conformaban la nota se las había dicho Maria Graça la tarde anterior allí mismo, cuando lo confrontó con la esclava. Se negaba a aceptar que su esposa hubiese sido capaz de exponerlo de esa manera. ¿Pero qué otra explicación podía haber? Tenía en su propia casa a un espía que, además, conspiraba en su contra y colaboraba con La Flor de la Libertad. Descartó a los esclavos. Ninguno de ellos sabía leer ni mucho menos habría tenido la lucidez suficiente para transmitir las palabras que había pronunciado Maria Graça. Bebió el último sorbo de licor y se sirvió un poco más. No dejaba de darle vueltas al asunto. Mientras más lo pensaba, más se convencía de que el enemigo estaba bajo su mismo techo. Barruntando sobre quién podría ser, no oyó que alguien entraba al despacho.

—Padre, ¿puedo hablar con usted?

Augusto se dio media vuelta. No tenía humor para lidiar con las tonterías de su hija. Pensaba mentirle y alegar que estaba demasiado ocupado; sin embargo, la invitó a sentarse.

—¿Qué puedo hacer por ti, Juliana?

La muchacha se mordió el labio y miró hacia un costado.

—La semana que viene es Carnaval y aún no ha hecho ningún anuncio. —Posó sus ojos claros en él, buscando algún indicio de lo que pasaba por su cabeza en ese momento—. ¿Acaso este año no habrá

celebración?

Augusto no estaba para perder el tiempo en fiestas. Si hubiese sido por él, el Carnaval pasaría sin pena ni gloria. Sin embargo, sabía que terminaría cediendo a los caprichos de Juliana solo para que luego no se lo echase en cara durante el resto del año.

—Claro que tendremos fiesta, querida. No he tenido tiempo suficiente para organizarla. Habla con tu madre que ella se encargará de todo. —Encendió un cigarrillo y sopló el humo hacia arriba—. Mañana mismo pasaré por el periódico para poner un anuncio bien vistoso.

Juliana miró el ejemplar de *La Voz de Campinas* que su padre había estado leyendo.

—Podría ahorrarse el viaje y pedirle a Candelaria que vaya en su lugar, padre.

—¿Te parece? —Augusto percibió el sutil movimiento que hizo Juliana con la nariz. Según le había dicho alguna vez Maria Graça, siempre que tramaba alguna travesura se reflejaba en aquel gesto.

—Ella visita el diario muy a menudo —respondió.

—¿Es eso cierto?

Juliana asintió.

—¿Por qué debería mentirle?

La muchacha tenía razón. ¿Qué ganaría ella en exponer a su hermana de esa manera? ¡Conque se trataba de la mulata bastarda! Sin querer, Juliana acababa de entregarle en bandeja de plata a la dichosa Flor de la Libertad.

—¿Candelaria se encuentra en la casa o ha salido?

—Está en su habitación, leyendo.

Augusto esperó a que Juliana abandonara el despacho para subir a buscarla. Maria Graça estaba trabajando en el jardín; aprovecharía su ausencia momentánea para confrontar a la mulata sin interrupciones. Llegó hasta su habitación y se detuvo para escuchar a través de la puerta. Iba a llamar, pero prefirió tomarla por sorpresa. Entró y la sorprendió en paños menores. Candelaria se dio vuelta de inmediato y se cubrió con un almohadón.

—¡Padrino! ¿Por qué no golpeó antes de entrar?

Era la primera vez que la veía con tan poca ropa encima desde que se había hecho mujer. Su piel acaramelada recibía los rayos de sol que se colaban por las cortinas, y su cabello rizado cayendo encima de sus hombros lo dejaron totalmente deslumbrado. Siempre la había despreciado por lo que significaba en su vida y en la de Maria Graça: la prueba irrefutable de su traición. Sin embargo, esa fascinación que despertaban en él las mujeres de piel morena era tan intensa como el más arraigado de los resentimientos.

—Lo lamento, Candelaria. No pretendía asustarte. —Se acercó y ella, por instinto, retrocedió.

—¿Podría darse la vuelta, por favor? —le pidió, abochornada por la situación.

Augusto, de mala gana, obedeció.

Candelaria se vistió de prisa con lo primero que encontró.

Sin esperar su permiso, Augusto volvió a girarse.

—Necesitaba hablar contigo de algo muy serio. —Se sentó en la cama y le indicó que hiciera lo mismo, pero ella le dijo que estaba mejor de pie.

Augusto percibió su inquietud y fue inevitable no pensar en Nelinha o en la inocente de Virginia. Esa candidez mezclada con temor le encendía la sangre. Sabía que la bastarda no lo hacía a propósito, que había algo mal en él. Era la única explicación que encontraba para justificar lo que pasaba por su mente en ese momento mientras contemplaba a la mulata que Maria Graça había concebido con el maldito esclavo. Era difícil concentrarse en lo que tenía que decirle cuando solo podía pensar en las armoniosas curvas de su cuerpo o en esos enormes ojos azules, tan parecidos a los de su esposa.

—¿De qué quería hablarme, padrino?

—¿Por qué no te sientas, aquí, a mi lado? —insistió, mientras pasaba su mano por el borde de la cama.

—Ya le he dicho que estoy bien así. —Candelaria miró hacia la puerta. Era absurdo, pero tenía el impulso de salir corriendo, como si presintiera que algo mal estaba a punto de suceder.

—¿Me tienes miedo, Candelaria?

Ella negó con la cabeza.

—¿Sientes resentimiento hacia mí?

—No —musitó, extrañada por su pregunta.

—Me parece que no me estás diciendo la verdad, hija.

Candelaria se lo quedó viendo. En todos esos diez años, jamás se había dirigido a ella en esos términos. Siempre la llamaba por su nombre; la palabra hija era exclusividad de Juliana. Estaba agradecida con él y su madrina por haberle dado una familia tras la muerte de su abuela, pero esa distancia que siempre se había empeñado en mantener entre ambos le había impedido encariñarse de verdad con él. Su tío Alexandre era lo más cercano a un padre que ella había tenido en toda su vida. El barón jamás supo ganarse ese lugar en su corazón.

—Mi madrina y su merced han sido muy generosos conmigo.

—No he venido a buscarte para escuchar tus lisonjas. —La expresión de su rostro había cambiado—. Estoy aquí porque quiero que me aclares una duda. Hoy salió un artículo en el periódico, firmado por La Flor de la Libertad. El título me llamó poderosamente la atención: *En este país, en cada barraca, el amo ejerce su poder de la peor manera.* Esas mismas palabras salieron de la boca de tu madrina ayer por la tarde mientras discutíamos en el despacho.

Candelaria tragó saliva. Necesitaba sentarse, pero no lo hizo a su lado, sino que se dejó caer sobre el confidente que estaba debajo de la ventana.

—Solo alguien que estuviera presente, o que al menos hubiese escuchado nuestra disputa, podría haber escrito ese artículo en contra de los hacendados que durante varias generaciones han abusado de las esclavas de su barraca. —Se puso de pie y volvió a acortar la distancia que los separaba—. Maria Graça no sería capaz de enfrentarme de esa manera, y Juliana no es lo suficientemente lista como para utilizar tan bien las palabras. Fue ella quien me mencionó que tú ibas con frecuencia al periódico. ¿Se pude saber con qué propósito?

La habían descubierto. Ya no tenía caso seguir ocultando la verdad.

—Juliana no se equivoca, padrino. Siempre que voy a la ciudad paso por allí. —No importaba que todo el mundo supiera que ella era La Flor de la Libertad; lo que debía mantener en el más estricto de los

secretos era a la sociedad y a sus miembros—. Hace un tiempo comencé a colaborar con ellos, escribiendo varios artículos con un seudónimo para preservar mi identidad y no involucrarlos a usted ni a mi madrina.

—¡Te prohíbo que vuelvas a acercarte a ese lugar! —le advirtió, alzando el brazo hacia ella.

—¡Usted no puede impedir que exprese lo que siento! —replicó, dejándose vencer por la rabia.

Augusto la sujetó de la muñeca y la obligó a levantarse.

—¡No voy a permitir que traiciones a tu familia de esa manera, escondiéndote detrás de ese nombre estúpido para seguir inventando tantas mentiras!

—¡La Flor de la Libertad habla a través de la verdad y de la cruel realidad que se vive en todas las barracas de Brasil! —le espetó, soltándose de su agarre.

Augusto le cruzó el rostro de una bofetada. Estaba furioso con ella; por atreverse a enfrentarlo de esa manera y por ese fuego que sentía en la sangre al tenerla tan cerca. Cuando Candelaria alzó la cabeza y él vio que tenía los ojos llenos de lágrimas, ese monstruo que habitaba en su interior volvió a despertarse. Solo veía a una mulata asustada, a una hermosa muchacha de piel morena que lloraba y deseaba alejarse de él. Pensó en Nelinha. En la noche en que había acabado con su vida después de poseerla por última vez. La esclava era como un fantasma que se le presentaba en sus peores pesadillas y lo rondaba por todas partes cuando estaba despierto.

—¡Váyase, por favor! —le pidió Candelaria cubriéndose la mejilla irritada por el golpe.

Augusto no deseaba irse todavía. Se aproximó más a ella y le tocó el cabello.

—¿Qué hace?

—No quise lastimarte, Candelaria. —Su mano se deslizó hacia abajo para acariciarle el cuello. Ahogó un gemido al sentir la suavidad de su piel—. Jamás te haría daño a pesar de quien eres.

Candelaria intentó apartarse de él, pero Augusto fue más rápido y la empujó contra la pared.

—¡Suélteme! —Sus ojos desencajados lo miraban con espanto.

—Yo no sé qué es lo que tienen las mujeres de tu raza que me vuelven tan loco. Debe de haber una explicación razonable para esta pasión que siento por las mulatas. —Curvó los labios en una sonrisa siniestra—. Quizá carezca de lógica, y se trate de un hechizo o de alguna poderosa maldición que me anula el pensamiento y me quema las entrañas. Me sucede desde muy joven, y con el paso de los años ese deseo incontrolable de poseer a una negrita no ha desaparecido.

Candelaria se tapó los oídos. No quería seguir escuchándolo. Cada palabra que salía de su boca le provocaba náuseas. Aunque no era su hija, había sido criada como tal. ¿Cómo podía hablarle y tocarla de esa manera tan inapropiada? Cuando él tomó su mano y la llevó hacia abajo, acercándola a su entrepierna, supo cuál era su oscura intención. Asqueada y horrorizada por lo que estaba a punto de hacerle, Candelaria consiguió soltarse. Salió huyendo de la habitación y corrió a ciegas hasta llegar al establo. No quería permanecer ni un segundo más en aquel lugar. Ensilló el primer caballo que encontró mientras las lágrimas se desbordaban por su rostro. Odiaba al barón. Lo odiaba con todas sus fuerzas. Se montó encima del animal y atravesó la hacienda a todo galope. Ni una sola vez se volvió para mirar hacia atrás. Necesitaba alejarse de La Aurora y de ese hombre al que ya nunca más podría mirar con respeto.

Sin darse cuenta, llegó hasta la hacienda de los Esteves. Pensó en su tío Alexandre. No podía causarle un disgusto contándole lo que había sucedido. Rodeó la casa grande y, al llegar al patio, Jandiara se le atravesó en el camino. Se miraron en silencio. Candelaria no le había perdido el miedo y la esclava lo sabía. El secreto que ambas compartían era demasiado grande. Aunque se había quedado callada durante todos esos años, sentía que ya era tiempo de decir la verdad. Quizá esa era la razón por la que estaba allí.

—Apártate, Jandiara —le ordenó.

La esclava no se movió.

—¿Me has escuchado? —Tironeó las riendas del caballo para darle a entender que pasaría por encima de ella si hacía falta.

—A mí una bastarda inmunda no me va a dar órdenes —la increpó,

altanera como siempre—. Podrás vestirte como una señorita, pero sigues siendo tan esclava como yo.

—¿Por qué me odias tanto, Jandiara? Nunca le conté a nadie lo que vi…

—Mi odio viene desde mucho antes, Candelaria. He deseado verte muerta desde el día que supe la verdad sobre tu origen.

—¿De qué hablas? —Pensó en todos esos rumores que aseguraban que el barón de Campinas era su verdadero padre. Ella se resistía a creerlo; sobre todo después de lo que había intentado hacerle.

—No seré yo quien te lo cuente. Me basta con que sepas que siempre has vivido rodeada de mentiras, que quienes se suponía que debían protegerte te abandonaron como a un perro sarnoso. —Se acercó y le acarició la testuz al caballo—. El día que conozcas tu historia, también desearás haber muerto al nacer.

Candelaria no podía fiarse de sus enigmáticas palabras. Jandiara era una negra ladina, capaz de inventar la más horrible de las mentiras para lastimarla. Vio que sacaba un objeto punzante de entre sus ropas. Temió lo peor. Ya la había amenazado de muerte una vez. Azuzó al caballo, pero algo provocó que comenzara a corcovear. Entonces se dio cuenta de que Jandiara lo había pinchado en el lomo. Asustado, salió desbocado en dirección al valle. Candelaria se sujetó con fuerza de las riendas, pero justo antes de llegar al río el caballo frenó de golpe y ella perdió la estabilidad. Terminó cayendo al suelo. Oyó un fuerte chasquido antes de desmayarse.

*

Resende, Río de Janeiro

Donato entró a hurtadillas en la cocina y sin que Má Licha se diera cuenta le robó un dulce. Bastó que Benito descubriera lo que acababa de hacer para ponerlo en evidencia. No importaba que ya no fueran unos niños; siempre encontraban la manera de incordiarse el uno con el otro. Nadie dudaba que los gemelos se adoraban; sin embargo, parecía que era más divertido pelearse por cualquier nimiedad. Acababan de cumplir veinticinco años y eran el orgullo de su padre.

Donato quería seguir los pasos de Caetano Gonçalves y dedicarse a las leyes; Benito, en cambio, prefería la vida en el campo y soñaba con ser domador de caballos. Habían obtenido sus cartas de libertad poco tiempo después de la muerte de su madre y contaban con el apoyo no solo de Dimas, sino también de todos en la hacienda. Má Licha los consentía en todos sus caprichos; quizá buscaba llenar ese vacío que le había dejado su hijo Vicentinho, cuyo paradero se desconocía después de haber huido hacia el quilombo de Marambaia. Era mejor que no volviera a Resende. Aunque las autoridades habían concluido que la muerte del capataz había sido producto de una reyerta entre borrachos, estaba más tranquila sabiéndolo lejos de allí. Les dio un beso en la frente a cada uno de los gemelos y los observó. Se habían convertido en dos muchachos muy guapos. La única marca que los distinguía era el lunar que Benito tenía debajo de la oreja. Si cualquiera se les acercaba sin notarlo, los podía confundir muy fácilmente. Pero no Má Licha, ella los conocía demasiado bien.

—¿A dónde anda su padre? —les preguntó mientras les servía una taza de chocolate caliente.

—Ha ido a la ciudad para cumplir un encargo de don Caetano. Nos prometió que volvería antes del anochecer —respondió Donato acaparando una buena cantidad de pastelitos azucarados para él.

Benito se atusó el pelo cuando vio por el rabillo del ojo que Antonia acababa de entrar en la cocina. Hacía poco tiempo que vivía en la casa grande, y aunque al igual que ellos ya tenía su carta de libertad en la mano, había decidido quedarse en la hacienda para ponerse al servicio del señor Gonçalves. Se dedicaba exclusivamente a la lavandería y siempre andaba perfumada, oliendo a agua y jabón. Donato casi se atragantó con el pastelito cuando la vio. La mulata era una de las razones por la cual los gemelos vivían peleándose. Los dos habían puesto el ojo en la misma muchacha, y ella no sabía por cuál decidirse. Le hacía caída de ojos tanto a Benito como a Donato; sonreía con uno y conversaba con el otro. Má Licha se preguntaba en qué iba a terminar toda esa historia. Quizá cuando uno de los gemelos partiera rumbo a Recife para estudiar leyes, la mulata se decidiera finalmente por uno de los dos.

—Un mensajero ha traído esto para don Caetano —dijo mostrándoles el telegrama que sostenía en su mano. Lo dejó encima de la mesa y, al hacerlo, sus espesos rizos rozaron el hombro de Benito.

Donato lo miró con rabia, como si su hermano hubiese tenido la culpa, y lanzó el primer ataque.

—¿Te gustaría dar un paseo, Antonia?

La muchacha lo miró, no sin antes mirar también a Benito, quien no decía nada.

—Me encantaría, Donato, pero tengo mucha ropa que almidonar todavía. Quizá mañana podamos pasear.

Su respuesta hundió a Donato en la desazón y levantó el ánimo de Benito. Ambos la siguieron con la mirada, mientras se dirigía toda oronda hacia el cuarto de planchado. Luego, cuando quedaron cara a cara, se midieron en silencio, como si fueran dos contrincantes disputándose el mismo premio. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder un ápice de terreno. Sin embargo, el día que Antonia eligiera con quién quería estar, el perdedor se retiraría de la contienda sin protestar. Era el pacto de hermanos y rivales de amor que habían hecho al conocerla.

Donato se apoderó del telegrama y descubrió que había sido enviado desde la ciudad de Campinas, en la provincia de São Paulo. Había escuchado muchas veces a su padre hablar de ese lugar, pero era la primera vez que alguien de allí se ponía en contacto con él.

—Deja eso, Donato —lo regañó Má Licha, quitándole el telegrama de las manos—. Yo misma se lo daré a vuestro padre cuando vuelva. —Miró las letras amontonadas en el papel y en ese momento se lamentó más que nunca de no saber leer. Si las noticias venían de Campinas, no debían de ser nada buenas. Ella no conocía toda la historia, pero Catina poco antes de morir le había contado que Dimas había dejado a su gran amor en ese lugar. Guardó el telegrama en el bolsillo del mandil y regresó a la estufa para revolver los frijoles. Al darse vuelta, Benito y Donato ya no se encontraban allí.

*

Candelaria abrió los ojos muy despacio y trató de enfocar la mirada

para descubrir dónde se encontraba. Cuando reconoció el papel tapiz que cubría las paredes, descubrió que estaba de nuevo en su habitación. Intentó escapar; sin embargo, fue incapaz de moverse. Le dolía todo el cuerpo. De a poco comenzó a recordar. Había llegado hasta la hacienda de los Esteves a caballo. Tras un desagradable encuentro con Jandiara, el animal se había descontrolado, y cerca del camino que llevaba a la cascada terminó arrojándola al suelo. ¿Cómo había conseguido regresar a La Aurora? Sentía un extraño sopor que apenas le permitía mantener los ojos abiertos. Con la visión nublada, distinguió una silueta acercándose a la cama. El temor se apoderó de ella al darse cuenta de que se trataba de un hombre. Pensó en el barón y en lo que había intentado hacerle antes de escapar. Quiso gritar, pero volvió a perder el conocimiento.

Cuando abrió los ojos otra vez, había un joven sentado frente a ella. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Se quedó mirándolo sin poder reaccionar. Extendió el brazo para tocarle el rostro.

—Marquinhos… Has vuelto —musitó, deslizando sus dedos por la mejilla masculina.

Octavio contuvo el aliento al sentir ese cálido contacto en su piel. Candelaria estaba aturdida; no podía haberlo reconocido después de tantos años.

—Señorita Soares do Carvalho, soy Octavio Montalbán —le dijo, haciendo énfasis en su nombre y apellido—. Su madrina mandó a llamar a mi tío para que la atendiera con urgencia, pero, lamentablemente, él falleció y tuve que venir en su lugar. No se preocupe, yo también soy médico.

Candelaria, avergonzada por haberlo confundido con su amigo muerto, apartó la mano de inmediato.

—¿El doctor murió?

Octavio asintió.

—Mi hermana y yo volvíamos del funeral cuando nos encontramos con un esclavo de la hacienda que se dirigía a La Porteña. —Ella lo miraba como si no entendiera nada—. ¿No recuerda lo que le pasó?

—Creo que me caí del caballo —respondió, acomodando la cabeza en la almohada. No quería mencionar el incidente con Jandiara.

—Ha sufrido una fuerte contusión en la espalda y tuve que vendarla para evitar que comprometiera una de sus costillas. No debe moverse demasiado, al menos durante las próximas horas.

Candelaria espió por debajo de las sábanas. Tenía una venda blanca justo encima del ombligo.

—¿Siente algún dolor? —le preguntó mientras le colocaba la mano en la frente para descartar la fiebre. Se sentía intimidado por la fuerza de sus ojos cristalinos. Fue inevitable pensar en todas esas veces en las que, de niños, se quedaba embelesado con ese pedacito de cielo en su mirada.

Candelaria no podía dejar de contemplarlo. Algo en ese joven la atraía de una manera inexplicable. Había estado soñando mucho con Marquinhos durante los últimos días. Quizá por esa razón lo había confundido con él al despertarse.

—¿Va a quedarse en Campinas? —quiso saber.

Octavio asintió. Retiró la mano cuando se dio cuenta de que hacía ya rato que había comprobado que no tenía calentura.

—Mi plan es instalarme en La Porteña y hacerme cargo de los pacientes de mi tío. Él me lo pidió antes de morir, y no puede faltar a mi promesa.

—Era un hombre muy bueno el doctor Montalbán. Todos en la ciudad lo van a extrañar.

—¿Usted también?

—Sí —respondió agachando la cabeza—. No será lo mismo sin él.

Octavio carraspeó.

—Espero que los demás no piensen igual que usted, señorita Soares do Carvalho.

—¿Podría llamarme Candelaria, por favor? —Después de lo ocurrido, ese apellido le pesaba más que nunca.

Él percibió su cambio de humor. Hubiese querido saber qué lo había provocado, pero la aparición de Maria Graça no se lo permitió.

—¿Cómo la encuentra, doctor Montalbán?

Candelaria lo volvió a mirar. Era raro que lo llamasen así, cuando el doctor Montalbán que ella conocía desde pequeña acababa de morir. ¿Por qué don Humberto nunca le había mencionado que tenía un

sobrino?

—Si hace reposo y me obedece en todo, se recuperará en apenas unos días —le aseguró. Trataba de esquivarle la mirada. La baronesa lo había visto crecer, y corría el riesgo de que ella sí lo reconociera.

—No tuve oportunidad de darle el pésame por la muerte de su tío. Lamento mucho su pérdida, doctor Montalbán.

—Gracias, señora baronesa. Mi hermana y yo llegamos hace apenas un par de días de Buenos Aires, y al menos nos queda el consuelo de haber estado con él en sus últimos momentos.

—¿No nos hemos visto antes?

Octavio se levantó de la cama y cerró el maletín. Era el de don Humberto, ahora le pertenecía a él.

—Eso es imposible, baronesa. Como ya le dije, llevo apenas dos días en Campinas.

—¿Nunca antes había estado en Brasil?

—No, es mi primera vez en suelo brasileño —le mintió. Tenía que salir de allí de inmediato. Mientras más tiempo pasara con ellas, más posibilidades había de que terminaran descubriendo quién era—. Ahora debo marcharme. Volveré mañana para ver cómo sigue su hija. Si surge alguna complicación, aunque no lo creo, no duden en mandar a buscarme.

—Gracias, doctor Montalbán. Lo acompaño.

Octavio le dedicó una última mirada a Candelaria antes de marcharse. Cuando la baronesa y él salieron al pasillo, no se dieron cuenta de que alguien los estaba espiando.

Juliana entró como una tromba en la habitación de su hermana y lo primero que hizo fue preguntarle por el nuevo doctor.

Candelaria no tenía deseos de conversar con ella ni con nadie. Le respondió con evasivas y alegó que estaba muy cansada como para hablar de un hombre al que acababa de conocer. Juliana no tuvo más remedio que marcharse, y apenas lo hizo Candelaria se levantó de la cama y, como pudo, porque le dolía todo el cuerpo, cerró la puerta con llave.

*

—Es la oportunidad que estaba esperando para volver a Campinas —manifestó Dimas, incapaz de ocultar su ansiedad.

Caetano no quería que sufriera una nueva decepción, pero era su amigo y el único en esa casa capaz de hacerlo entrar en razón.

—¿Volver para qué? Hace once años, cuando estuviste allí por última vez, pudiste comprobar con tus propios ojos que Maria Graça había formado una familia. Tienes que entender que ella ya se olvidó de ti. ¿Por qué no has conseguido olvidarla tú también?

Dimas sabía todo eso. No había un solo día que no pensara en ella y en esa tarde en el cementerio, cuando la había visto en compañía de su esposo y su pequeña hija. Pero ya había pasado demasiado tiempo, necesitaba saber de ella. No le alcanzaba con encontrar su nombre en los periódicos, mencionada siempre como la *baronesa de Campinas*.

—El tal Gesio Camargo se ha puesto en contacto con el diputado Moreira porque la sociedad abolicionista que fundaron en la sede del periódico local necesita de nuestro apoyo. —Era una excusa más que válida para regresar—. Tú no podrías viajar ahora porque tienes que presentarte todos los días en la magistratura. Yo soy un hombre libre, Caetano. Puedo moverme por donde desee sin que nadie me lo prohíba.

—¿Les has comunicado a los gemelos que te irás? —Ya lo daba por hecho. No tenía caso oponerse.

—Todavía no. Y si alguno de ellos desea acompañarme, estaré encantado de llevarlo conmigo —respondió con una sonrisa.

—No hay nada que yo pueda decir para que cambies de opinión, ¿verdad? Ni siquiera va a detenerte el hecho de que Soares do Carvalho estuvo a punto de acabar con tu vida.

Dimas le dio una palmada en el hombro dándole a entender que poco le importaba lo que el barón pudiera hacerle. Lo dejó solo en el despacho para hablar con Benito y Donato de su inminente partida. Planeaba salir al día siguiente, muy temprano, para llegar por la tarde a Campinas.

Esta vez, nada ni nadie se interpondría en su camino. Mucho menos las amenazas del barón.

VEINTISIETE

Augusto estaba nervioso. Cada vez que se cruzaba con Maria Graça, tenía la impresión de que tarde o temprano lo acusaría de haber querido abusar de su hija. Pero los días pasaban y todo continuaba en calma. Era evidente que Candelaria se había quedado callada, seguramente para ahorrarle un terrible disgusto a su “madrina”. A él no le importaba la razón de su silencio. Mientras lo sucedido no llegara a oídos de su esposa, podía seguir como si nada. Evitaba ver a la mulata y fingía interesarse en su salud, preguntándole a Maria Graça o a Juliana por su evolución. Ni siquiera había conocido todavía al dichoso doctor que había llegado a la ciudad para ocupar el puesto vacante del viejo Montalbán. Le alegraba que estuviera muerto y se hubiese llevado a la tumba uno de sus mayores secretos. Se peinó el bigote delante del espejo y se echó un poco más de colonia. No habían pactado una cita, pero tenía ganas de retozar con Gloria esa tarde. Decidió ir a la ciudad en caballo porque ignoraba a qué hora regresaría. Maria Graça nunca le recriminaba sus escapadas, y si volvía a altas horas de la noche, fingía estar dormida para no tener que hablarle. Además, desde esa vez que lo descubriera manoseando a la esclavita en el despacho se había negado a complacerlo en la cama como antes. De modo que ni siquiera tenía derecho a quejarse si él iba a la ciudad en busca de un poco de ese placer que ella le negaba. Si se le ocurría preguntarle dónde había estado, usaría como excusa la organización del baile de Carnaval. Juliana estaba detrás de cada detalle, y él se había ofrecido a cumplirle todos sus caprichos para que la fiesta estuviese a la altura de las anteriores. Incluso había secundado su idea de que, en esta ocasión, fuese un baile de máscaras. Manteniendo contenta a la muchacha, dejaba conforme también a la madre.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando Maria Graça ingresó a la habitación. Se miraron durante apenas unos pocos segundos y él, sin darle ninguna explicación, se dispuso a marcharse.

—Espera, Augusto. Necesito hablar contigo.

El barón, molesto, se dio media vuelta.

—Tengo prisa, Maria Graça. ¿No puedes esperar hasta mañana?

Ella no podía creer el tamaño de su descaro. Estaba yéndose para encontrarse con su amante y no podía perder siquiera unos minutos para escucharla. Nunca se lo habría reprochado; no iba a comenzar precisamente ahora.

—No te robaré mucho tiempo, puedes quedarte tranquilo —replicó con sorna—. Se trata de mi hija.

—¿Cuál de ellas?

—Candelaria.

Augusto se alarmó. ¿Acaso la bastarda lo habría delatado?

—Te escucho. —Se mostraba cauteloso. No sabía si adelantarse y relatarle su versión distorsionada de los hechos o aguardar a ver qué le decía su esposa.

—Todavía no puedo entender cómo una amazona experta como ella, que aprendió a montar desde pequeña, haya sufrido un accidente con el caballo. Además, cuando anduve haciendo preguntas por ahí, uno de los esclavos me contó que la vio salir muy asustada de la casa. —Se acercó y lo miró directamente a los ojos. La terrible sospecha que atormentaba su mente no le permitía pensar con claridad—. Hablé también con Juliana y ella asegura que no tuvo nada que ver, que no peleó con su hermana esa tarde.

Augusto se encogió de hombros y puso cara de sorprendido.

—¿Qué quieres que te diga? Yo tampoco sé lo que ocurrió con la muchacha.

—Podría preguntárselo a Candelaria, pero todavía está convaleciente y no quiero hacerle pasar un mal momento. —Respiró profundo antes de continuar. Necesitaba calmarse para no cometer una locura si descubría que tenía razón—. Dime la verdad, Augusto. ¿Tuviste algo que ver con el accidente de mi hija?

—¿Insinúas que yo la tiré de ese caballo? —El barón sonrió con

sarcasmo.

—No, por supuesto que no. Pero tengo la certeza de que tú y esa atracción enfermiza que sientes por las mujeres de color están detrás de todo esto. —Levantó un dedo acusatorio hacia él—. ¡Júrame que no la tocaste! ¡Júramelo!

Augusto se quedó sin reacción. Y esos segundos que tardó en darle una respuesta fueron suficiente prueba para ella de que tenía razón. Se le abalanzó encima y comenzó a golpearlo con los puños cerrados en el pecho. Él la sujetó de las muñecas, zamarreándola para inmovilizarla.

—¡Basta, Maria Graça!

—¡Maldito, mil veces maldito! —le gritó, presa de la desesperación. ¿Cómo se había atrevido siquiera a posar sus lascivos ojos en el cuerpo de su hija?

—¡No pasó nada! ¡Candelaria malinterpretó la situación, eso es todo! —dijo en su defensa. Contaba con la ventaja de que la mulata no había abierto la boca todavía—. Quise acercarme a ella porque la vi triste y reaccionó como una loca. Cuando salió corriendo no pude detenerla. Si lo hubiera hecho, no se habría subido a ese caballo tan alterada.

—No es cierto. ¡Me estás mintiendo!

—Tú decides si me crees o no, Maria Graça. Yo tengo la conciencia tranquila. —Se agachó un poco para mirarse al espejo y se acomodó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos—. Sabes mejor que nadie lo que siento por esa bastarda; pero estaba tan extraña cuando vino a hablar conmigo que quise saber qué le sucedía. Se confundió y terminó pasando lo que pasó.

—¿Y de qué quería hablar Candelaria contigo?

Augusto tuvo que pensar rápido.

—Sobre el baile de Carnaval. Me dijo que su hermana estaba muy entusiasmada con los preparativos y se ofreció a ayudarme en todo lo que hiciera falta; sin que Juliana se entere, por supuesto.

Mientras Maria Graça más lo escuchaba, más desconfiaba de que estuviese diciéndole la verdad. No conseguiría que le confesara lo que había hecho. Aunque le provocase un gran dolor, debía hablar con

Candelaria y salir de dudas de una vez por todas. Esperaría a que estuviese totalmente recuperada para pedirle que le contase qué era lo que se ocultaba detrás de su accidente.

Le dijo a su esposo que era libre de irse cuando quisiera y se echó un rato a descansar. Cuando Amaranta subió para avisarle que el joven doctor Montalbán acababa de llegar, se retocó un poco el peinado y salió para hablar con él.

*

Quien también se enteró que Octavio había venido a visitar a Candelaria fue Juliana. Se apresuró a cambiarse de vestido y liberó su cabellera rubia del lazo que lo sujetaba. Unas cuantas gotas de perfume y un poco de colorete en las mejillas fueron el toque final que necesitaba para impresionar al nuevo doctor de Campinas. Después de verlo durante apenas unos pocos segundos, supo que acababa de conocer al hombre de su vida. Era joven, atractivo y seguramente tenía un buen pasar económico. El difunto doctor Montalbán era dueño de una de las haciendas más lujosas de la ciudad. Aunque no ganaba dinero con la producción de café como los demás hacendados de la región, sino con la atención de sus pacientes, gozaba de un excelente prestigio entre sus vecinos. Debía averiguar todo sobre Octavio y elegir la mejor estrategia de seducción. Acababa de llegar al valle, por lo tanto, no conocería a nadie. El baile de Carnaval sería la excusa perfecta para acercarse a él y, de momento, ofrecerle su amistad.

Logró llegar a la habitación de Candelaria antes que él. Aprovechó que su hermana dormía para mirarse una vez más en el espejo y se sentó en el confidente a esperar.

Cuando la puerta se abrió, puso la mejor de sus sonrisas.

Maria Graça se sorprendió de encontrarla allí. Jamás se hubiera imaginado que se preocuparía tanto por su hermana. Le agradó su cambio de actitud.

—Doctor Montalbán, déjeme presentarle a mi otra hija, Juliana.

Octavio tomó la mano que la joven le ofrecía y le dio un suave apretón.

—Señorita Juliana, un placer conocerla. Octavio Montalbán, a sus órdenes.

Ella ahogó un suspiro. Ahora que lo tenía frente a ella, descubrió que era más atractivo de lo que pensaba.

—El placer es todo mío, doctor —respondió, clavándole la mirada.

Octavio se sintió incómodo y Maria Graça acababa de descubrir la razón que se escondía detrás del repentino interés de Juliana por su hermana.

—Candelaria duerme. ¡Pobrecita, me asusté tanto cuando supe que se había caído del caballo! —comentó, fingiendo preocupación—. Le he dicho cientos de veces que no es seguro para una señorita decente montar a una bestia de esas sin…

—Juliana, no entretengas al doctor Montalbán, por favor —la interrumpió Maria Graça amonestándola con la mirada.

Octavio, en medio de ambas mujeres, solo pudo esbozar una sonrisa.

—El calmante que le receté es muy fuerte. Dormirá un poco más de la cuenta, pero eso es bueno para su recuperación. —Se dio media vuelta para observarla. Candelaria estaba de costado. Tenía un brazo apoyado sobre la almohada y el otro debajo del rostro. Se hubiese quedado horas allí, velando su sueño.

—¿Cree que se pondrá bien en una semana? —quiso saber Juliana, esperando un rotundo no como respuesta—. Es que vamos a celebrar el Carnaval con un baile de máscaras y sería una pena que ella se lo perdiera.

—Si sigue guardando reposo, estará totalmente recuperada en muy pocos días.

En apariencia, Juliana celebró la noticia. Pero por dentro rezaba para que no lograra ponerse de pie sin sentir un gran dolor, de modo que no arruinase la fiesta con su presencia.

—Por supuesto, de más está decirle que sería un honor que viniera al baile. Creo que sería una muy buena manera de darse a conocer entre los vecinos de Campinas, ¿no le parece?

Octavio no supo qué decirle. Acaba de enterrar al hombre que todos creían que era su tío. Debía consultarlo con Rosaura antes de darle

una respuesta.

—Le agradezco la invitación, señorita Soares do Carvalho.

—Juliana, no seas impertinente. —Maria Graça no terminaba de sorprenderse por la desfachatez de su hija—. Hace apenas un par de días que murió don Humberto. Ni el doctor Montalbán ni su hermana deben estar de ánimos para fiestas.

Juliana la miró. ¿Qué derecho tenía de entrometerse donde no la llamaban?

—No se preocupe, señora baronesa. Hablaré con Rosaura y decidiremos qué hacer.

—Estaremos encantados de recibirlos —le dijo Maria Graça. Cuando vio que Candelaria se estaba despertando, se acercó a ella y la ayudó a incorporarse—. El doctor ha venido a verte, cariño.

Candelaria se acomodó el cabello. Hacía dos días que no se lo lavaba y seguramente lucía horrible. Comparado con la despampanante melena dorada de su hermana, el de ella parecía un nido de pájaros. Se preguntó qué estaría haciendo allí, de pie junto al doctor, fingiendo que le importaba su salud.

—¿Podrían dejarme a solas con mi paciente, por favor? —les pidió Octavio, ansioso de hablar con Candelaria en privado.

Maria Graça asió del hombro a Juliana y la conminó a salir de la habitación.

—Vamos, hija. Dejemos trabajar tranquilo al doctor.

Juliana no tuvo más remedio que obedecer a su madre. Echó una última mirada antes de que le cerrara la puerta. Aun en ese estado poco favorable, la mulata no había perdido ni un atisbo de su encanto. Esperaba que el doctor Octavio no se convirtiera en una víctima más de sus amaños.

No bien se quedaron a solas, Octavio dejó el maletín encima de la mesita de noche y se acercó.

—¿Cómo te sientes, Candelaria?

Ella se removió inquieta debajo de las sábanas. Le apretaba la venda, pero no se animaba a decírselo.

Octavio adivinó lo que sucedía y, sin pedir su permiso, se sentó a su lado.

—Podría aflojarte un poco el vendaje si te molesta. —Le costaba mantenerse serio cuando ella lo miraba como si acabase de decir la más absurda de las burradas. Le recordaba mucho a la Candelaria niña con la que había compartido tantas travesuras. Sujetó el borde de las sábanas con la intención de levantarla—. ¿Puedo?

Candelaria nunca había sido una muchacha retraída. Sin embargo, algo extraño le sucedía cada vez que el doctor Octavio Montalbán estaba cerca. Musitó un tibio sí al tiempo que agachaba la mirada.

—No me has dicho cómo te sientes —repuso él, apartando las sábanas.

—He tenido algunas molestias anoche, pero mi madrina me dio un poco de ese remedio que usted nos dejó ayer y me sentí mucho mejor.

—¿Te duele al respirar?

Candelaria sacudió la cabeza.

—Solo me duela la espalda cuando me muevo.

—Esa es una buena señal. —Cuando vio que llevaba puesto un camisón, comprendió que no podría manipular la venda con ella acostada—. ¿Podrías ponerte de pie? Yo te ayudaré.

Candelaria no podía negarse. Él era el doctor y sabía lo que estaba haciendo.

—Dame la mano.

—No es necesario —replicó—. Puedo pararme sola.

—Como quieras.

Con disimulo, se acomodó el camisón para evitar que se le deslizara por los muslos al intentar bajarse de la cama. Salió airosa, ya que solo sus pies y sus tobillos quedaron expuestos al pisar la alfombra.

—Date la vuelta —le pidió.

Candelaria obedeció. Permaneció muy quieta, con los brazos pegados a un costado del cuerpo, esperando una nueva indicación.

—Voy a tener que levantarte el camisón.

Ella se volteó y le lanzó una mirada asesina. Al hacerlo, tuvo un ligero mareo.

—¿Estás bien?

—Sí, es que… no pensé que tendría que quedarme desnuda delante de su merced. No sería apropiado.

—Soy doctor, Candelaria.

—Doctor o no, sigue siendo un hombre —retrucó, a la defensiva.

—No hace falta que te desnudes —la tranquilizó—. Puedes subirte el camisón hasta la cintura y así será más fácil aflojarte la venda. Estaré detrás de ti en todo momento.

Ella sabía que no era sensato ni justo dudar de sus intenciones. El doctor Montalbán muchas veces la había visto en paños menores y jamás se había sentido incómoda. Claro que a él lo conocía desde pequeña. ¿Por qué se resistía entonces a que su sobrino la examinara?

—Está bien —accedió por fin, dándole la espalda. Se tomó unos cuantos segundos antes de sujetar la falda del camisón y levantarla hasta que el vendaje quedara expuesto. Listo. Ya había pasado lo peor. Sin embargo, solo podía pensar en que le estaba mostrando los calzones al nuevo doctor del pueblo. En otras circunstancias seguramente se hubiese reído mucho de su comportamiento infantil; pero la verdad es que apenas conseguía mantener la calma.

Octavio también batallaba con sus propios demonios. Sus ojos siguieron el recorrido que hacía la línea de la espalda de Candelaria hasta perderse debajo del broderie que adornaba su ropa interior. Era la primera vez, en su rol de médico, que se distraía de esa manera. Solo tenía que desanudar la venda y volver a sujetarla sin apretar demasiado. Nada que no hubiese hecho con anterioridad. Descubrió que tenía una marca de nacimiento en la cintura. Era una especie de media luna invertida. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no acariciarla.

—¿Falta mucho? —preguntó ella, sin atreverse a mirarlo. Tenía la vista clavada en la ventana. Había contado los huecos del visillo una y otra vez hasta aburrirse.

La voz de Candelaria lo sacó de su ensimismamiento. ¿Qué le sucedía? En su rol de médico había visto a muchas mujeres en paños menores. El dilema estaba en que, delante de Candelaria, él no era solo el doctor Montalbán. El hombre, el niño que había sido, ocupaba su lugar. Si hubiese tenido el valor necesario, le habría gritado que era él, que su querido Marquinhos había vuelto. Respiró hondo y se ocupó de acomodarle la venda para que ya no le apretara.

—¿Te molesta?

Ella negó con la cabeza.

—No puedo aflojarla más.

—¿Hasta cuándo deberé usarla?

—Hasta que no sientas ninguna molestia. Ya puedes bajarte el camisón. —Apartó los ojos de su espalda desnuda, maldiciéndose a sí mismo por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Candelaria había sido su mejor amiga de la infancia; juntos habían atravesado momentos muy duros, y el juramento hecho a orillas del río Jaguarí antes de que sus vidas se desmoronaran los había mantenido unidos por un lazo invisible que ni el paso del tiempo ni la distancia habían logrado romper.

—¿Volverá mañana? —Candelaria se giró sobre sus talones y lo miró.

La pregunta lo descolocó. Tomó el maletín y se puso a revisar su interior. Fue la única treta que encontró para evitar perderse en su mirada. ¿Estaba coqueteando con él o solo era su imaginación?

—Si quieres que venga, vendré —fue la respuesta que le dio. ¿En qué momento habían dejado de ser el doctor y la paciente?

Cuando ella sonrió, curvando la mitad de la boca un poco hacia arriba, gesto que solía hacer de pequeña, Octavio sintió que le empezaban a temblar las piernas. Si permanecía un minuto más allí, terminaría por confesarle toda la verdad. Se despidió asegurándole que volvería al día siguiente y se alejó de La Aurora con el corazón en la garganta.

*

El tren llegó a la estación de Campinas con retraso. Apenas los pasajeros pusieron un pie en el andén, su mal humor se evaporó como por arte de magia. Entre un mar de gente que iba y venía, Dimas permanecía de pie, con una valija en la mano y la mirada perdida mucho más allá de la multitud. Reinaba un calor agobiante, pero no le molestaba. Conocía demasiado bien el clima de aquellos valles en donde el café era el rey indiscutido. El andén comenzó a quedarse vacío y él continuaba parado en el mismo lugar, como si el tiempo no

hubiese transcurrido. Una enorme placa de bronce, clavada a un lado de la puerta de acceso a la oficina principal, llamó su atención. Se acercó y la leyó.

> *En agradecimiento al barón de Campinas, don Augusto Soares do Carvalho, por el aporte económico para la construcción de nuestra primera estación ferroviaria.*

Miró por encima de su hombro. No había moros en la costa. Se inclinó hacia delante y la escupió. Era gracioso, e incluso reconfortante, ver cómo su saliva se iba deslizando entre las letras grabadas a fuerza de cincel. Soares do Carvalho no era más que un nombre en una piedra gastada, una marioneta de todos aquellos que vivían rindiéndole pleitesía. Él no le tenía miedo. Estaba allí para enfrentarlo y recuperar a la mujer que amaba, al precio que fuera.

Donato y Benito se habían quedado en Resende. Tras explicarles el motivo de su viaje, tomaron la decisión de no acompañarlo. Cuando Donato expresó su deseo de quedarse en la hacienda, Benito, quien parecía el más entusiasmado en conocer Campinas, se echó para atrás de inmediato. Había sido muy evidente lo que ocurría. Ninguno de los dos quería alejarse y darle ventaja a su hermano para conquistar el corazón de Antonia.

Habían hecho bien en no viajar. Involucrarlos en sus planes significaba ponerlos en peligro, y debía mantener la promesa de protegerlos de cualquier mal. Se lo debía a Catina, se lo debía a sus hijos. Salió de la estación y resolvió caminar hasta la hostería en la que se había hospedado la última vez. Necesitaba estirar las piernas. No había avisado de su llegada a Gesio Camargo, pero lo esperaban de un momento a otro. Descansaría esa noche del viaje en tren y al día siguiente, muy temprano, se presentaría en el periódico para ponerse a disposición de la Sociedad de la Camelia Blanca. Enfiló hacia la avenida principal y, en esta ocasión, no provocó tanto las miradas cargadas de desconfianza y curiosidad que había despertado durante su última visita, once años atrás. Los tiempos estaban cambiando. Ya no era inusual ver a los esclavos libertos deambular de arriba abajo

por las grandes urbes de Brasil. Los movimientos abolicionistas, apoyados por el partido republicano, se afianzaban cada vez más. Los más optimistas aseguraban que el régimen imperial estaba transitando sus últimos días de existencia.

Cuando pasó por delante de la casa de té, recordó la amabilidad con la que lo había atendido su dueña en el pasado. Pasaría a saludarla apenas tuviese la ocasión de hacerlo. Ya era tarde, y las empleadas comenzaban a cerrar las puertas del local. Un jinete avanzaba por la avenida en su dirección. No fue hasta tenerlo a unos cuantos metros de distancia que descubrió de quién se trataba. El maldito barón de Campinas. Estaba allí, a su alcance y completamente indefenso. Cuando le dio la espalda para amarrar al caballo en un poste, se llevó la mano a la cintura. Apretó con fuerza el revólver, apoyando el dedo en el gatillo.

Sería tan fácil, pensó. Pegarle un tiro en la nuca y acabar de una vez por todas con tantos años de dolor. Con Augusto Soares do Carvalho muerto, Maria Graça ya no tendría ningún impedimento para estar con él. Era un hombre libre, y aunque no poseía fortuna, le podía brindar una buena vida en Resende, lejos de aquel maldito lugar. Pero la posibilidad de terminar en la horca por un hombre que no valía más que esa ropa elegante que llevaba encima evitó que le disparara a sangre fría. Cuando lo enfrentase para hacerle pagar por todo lo que le había arrebatado, lo miraría directamente a los ojos.

Era evidente que estaba yendo a la casa de té.

No entró por la puerta principal porque ya estaba cerrada. Dobló en la esquina y Dimas lo siguió. Alguien lo esperaba en la parte de atrás del local. Se trataba de la dueña. Ella miró hacia los costados para asegurarse de que no había nadie en los alrededores y luego lo hizo entrar a toda prisa. ¿Qué hacía el barón de Campinas encontrándose con una mujer a escondidas? No había que ser demasiado avispado para explicar lo que acababa de ver. Una gran sonrisa de satisfacción iluminó su rostro moreno.

El malnacido acaba de darle un motivo más para llevarse a Maria Graça con él.

VEINTIOCHO

Candelaria amaneció mucho mejor esa mañana. Había recuperado las fuerzas y tenía un apetito voraz. Moría por unas cocadas y un suflé de frambuesas. Resolvió que era hora de abandonar la cama, aunque seguiría las indicaciones del doctor Montalbán y se tomaría las cosas con calma. Podía hacer reposo en el sofá del salón o sentarse en el fresco para disfrutar de la lectura. También debía pensar sobre qué escribiría para el próximo artículo de La Flor de la Libertad. Lo ocurrido con el barón no iba a detenerla. Hizo sonar la campanilla y Amaranta se alegró de verla de pie al entrar en la habitación.

—Voy a darme un baño antes de bajar a desayunar.

—No debería, niña Candelaria. Se va a mojar la venda.

Amaranta tenía razón. Había olvidado que la llevaba.

—Puedo ayudarla a lavarse el cabello si quiere.

Candelaria sonrió.

—Sí. Ve por el agua caliente mientras yo elijo qué vestido ponerme.

La esclava salió tan de prisa como había llegado y ella se dedicó a revolver el ropero. Una de las cosas a las que se había acostumbrado fácilmente al convertirse en una señorita de familia fue a la gran variedad de prendas de vestir que debía usar y que ni en sueños se había imaginado tener alguna vez. Ropa interior de telas bien suaves; vestidos ampones con puntillas y adornos dignos de una princesa; sombreros cargados de graciosas plumas; rebozos bordados a mano y botinetas forradas en seda que la hacían caminar con elegancia. A pesar de haber nacido en una barraca, no se avergonzaba de su lado frívolo. Le gustaba lucir bien y ser mimada por su madrina. Todo lo que había en el armario se lo había regalado ella. También le había tejido una esclavina de su color favorito, el verde, y hasta se había dado maña para hacerle unos calados preciosos en los vestidos.

Fue hacia la ventana y la abrió. Se apoyó en el alfeizar para llenarse los pulmones con el aire tibio de la mañana. No había ni una sola nube en el cielo. Lo único que empañaba ese paisaje bucólico de verano eran los esclavos que trabajaban desde muy temprano y no volvían a las barracas hasta la caída del sol. Cuando los veía dirigirse al cafetal, abatidos y resignados al destino que les había tocado vivir, Candelaria se sentía culpable por estar del otro lado, disfrutando de los lujos de la casa grande mientras su gente seguía amarrada a los grilletes de la esclavitud y la humillación. Pensó en Virginia. Ella sería la primera de muchos en el valle en gozar de su tan ansiada libertad. Todavía no le había dicho nada, pero el plan era que huyera durante el baile de Carnaval. En medio de tanta gente llevando máscaras, la muchacha podría pasar desapercibida con mayor facilidad. La ayuda que Gesio había solicitado no tardaría en llegar, y si todo salía bien era solo cuestión de tiempo para que pudieran liberar a más esclavos.

Seleccionó un vestido de tela de damasco en tonos azulados y lo dejó sobre la cama. Aunque no era el más cómodo de los tantos que tenía colgados en el ropero, resaltaba el color de sus ojos. La vanidad se apoderaba de ella cuando menos se lo esperaba. ¿Por qué ese interés en verse bonita precisamente el día en que esperaba la visita del doctor Montalbán? Era absurdo. Se rio de sí misma mientras se probaba el vestido por encima del camisón. Ahora que se había vuelto a adueñar de su mente, ya no pudo apartarlo de la cabeza. Se lavó el cabello, se vistió y desayunó pensando en él. Cuando salió a la veranda para leer un rato, no consiguió concentrarse en la lectura.

Octavio Montalbán ocupaba todos sus pensamientos.

Y pensando en él se quedó dormida en el sillón, con las piernas recogidas y el libro apoyado en su regazo. Un fuerte tironeo la despertó. Cuando abrió los ojos, se encontró con el rostro sonriente de Desidéria.

—No quise asustarte.

Candelaria pagó las consecuencias de su descuido al sentir un pinchazo en la espalda. Quizá se había precipitado al abandonar la cama tan pronto.

—No te preocupes, Desidéria. Ven, siéntate a mi lado y hazme un

poco de compañía. —Necesitaba desahogarse y ella era su única amiga.

La esclava no se movió de su sitio.

—No seas tonta. Nadie te va a decir nada.

Desidéria primero se aseguró de que ni el barón ni la baronesa anduvieran cerca para sentarse con ella. Aunque habían crecido juntas, ocupaban lugares muy distintos en la hacienda. Candelaria era la hija adoptiva de los amos, y ella solo una pobre esclava.

—Ese vestido que llevas te hace lucir como una reina. —Tocó la suave tela de la amplia falda y soltó un resuello—. ¡Es tan bonito!

—Algún día tú también podrás usar un vestido igual a este, o más bonito todavía —le aseguró. Si fuese por ella, le hubiese regalado cualquiera de los que guardaba en su ropero, pero había preferido ahorrarle el disgusto y las burlas de los demás negros de las barracas.

—No pensarás en ir a la ciudad, ¿no?

—Aunque quisiera, no podría.

—¿Entonces para que te has esmerado tanto en tu arreglo? —Se cruzó de brazos mientras esperaba una respuesta. Cuando ella guardó silencio y le esquivó la mirada, supo que se trataba de algo muy grande—. ¡Candé, anda, cuéntame! ¡Ya sabes cómo soy de curiosa!

—Eres curiosa y una lengua floja —le recordó.

Desidéria le juró y le perjuró que no abriría la boca a no ser para darle un consejo si ella se lo pedía. El silencio le parecía un sacrificio justo si conseguía que Candelaria le confiara su secreto. No tuvo que insistir demasiado. Fue suficiente que mencionara que esa tarde iría a verla el sobrino del viejo doctor Montalbán para adivinar la razón de su inesperado entusiasmo.

—Lo he visto cuando vino la primera vez —comentó interesada en oír más.

Candelaria se inclinó un poco hacia adelante y se mordió el labio. Miró hacia un lado, luego hacia el otro. Lo que estaba a punto de decirle no podía escucharlo nadie más.

—Cuando desperté, él estaba sentado junto a mí. —Se le erizó la piel cuando volvió a experimentar la misma sensación que la abrumó en ese momento—. No sé qué fue lo me pasó, pero… lo llamé por el

nombre de Marquinhos.

—¿Que tú qué? —Desidéria puso los ojos como platos.

—Eso que acabas de oír. Y baja la voz, por favor —le pidió.

—¿Estabas soñando con él?

—No recuerdo si soñé con Marquinhos justo antes de despertarme, aunque últimamente ha estado presente en casi todos mis sueños. —De repente un escalofrío le recorrió la espalda con la velocidad de un rayo—. Es extraño, pero desde que conocí al doctor Montalbán no he podido dejar de pensar en él; y siento que, de algún modo, estoy traicionando el recuerdo de Marquinhos. Quizá por eso se me aparece en sueños, para atormentarme.

—¿Te gusta el doctor? ¡Con razón lo del vestido bonito!

Pecando de ansiosa, Candelaria le dijo que sí.

—Entonces deja de preocuparte por el difunto y disfruta de los vivos —le dijo, guiñándole un ojo.

—Pero es que…

—¿Qué pasa, Candé? —Le iba a dar un consejo, aunque no se lo hubiese pedido—. Marquinhos ya no está entre nosotros. Seguramente se pondría muy contento de ver que ya no vives aferrada a su recuerdo, como si algún día fuese a volver. Sabes que eso es imposible. Deja que tu corazón te señale el camino. Si ese doctorcito te gusta de verdad, y por el brillo en tu mirada sé que así es, empieza a pensar en el futuro, que los muertos tienen que descansar en paz.

Candelaria le dio las gracias por sus palabras de aliento. Todo parecía más sencillo cuando alguien más se lo decía; sin embargo, esa angustia que sentía en el pecho al recordar a su querido Marquinhos no le permitía entregarse por completo a la posibilidad de ser feliz con alguien más. Aunque se había ido cuando ella era una niña de apenas diez años, no solo había perdido a su mejor amigo: la muerte también le había arrebatado a su primer amor.

La inesperada aparición de Octavio Montalbán en su vida la colmaba de sentimientos confusos. Esa poderosa atracción que se apoderaba de ella cuando lo tenía enfrente iba más allá de cualquier explicación lógica. Nunca antes se había sentido tan perdida. Cuando Desidéria regresó a la cocina, intentó concentrarse en la lectura. Unos

minutos después, frustrada, cerró el libro de un arrebato. Decidió subir a su habitación y ponerse a escribir.

*

Dimas observó el movimiento de la ciudad a través de la ventana. Llevaba casi una hora levantado y estaba famélico. Tomaría el desayuno en la hostería. Después de la escena que había presenciado entre el barón y la dueña de la casa de té, era mejor moverse con cautela. Se echó un poco de agua en los ojos. La noche anterior, barruntando sobre lo que había sucedido la última vez que había puesto los pies en Campinas, apenas había logrado dormir unas pocas horas. Alguien le había advertido a Soares do Carvalho sobre su llegada. Ahora, tenía la fuerte sospecha de que la dueña de la casa de té le había contado al barón que él andaba rondando por la ciudad. Ignoraba qué sabía ese hombre sobre su historia con Maria Graça, pero si había tenido la intención de acabar con su vida aquella vez debía de estar al tanto de todo. Esperaba que su adorada *sinhazinha* no hubiese sufrido algún tipo de maltrato en manos de ese malnacido porque, si se había atrevido a tocarla, se las tendría que ver con él.

Bajó al restaurante y ordenó un café bien cargado. También pidió huevos, tocino, dos bollos y un poco de mermelada de guayaba. De repente, se dio cuenta de que un joven bien vestido lo miraba con insistencia. Estaba habituado a que lo hicieran, sin embargo, parecía que se quería acercar a él y no se animaba. Entonces, decidió dar el primer paso.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlo en algo? —Le mostró una sonrisa afable, después de todo no lo había hecho sentir ni incómodo ni intimidado.

—Buenos días, le pido disculpas si lo importuné. —Se acercó y le tendió la mano—. Mi nombre es Alfredo Nogueira, y apenas lo vi llamó usted mi atención. No me malinterprete, por favor —se apresuró a aclarar—. Es que es nuevo en la ciudad y estamos esperando la llegada de un hombre que por estos días ya debería estar por aquí.

—¿Es usted amigo del señor Gesio Camargo?

Nogueira sonrió. No se había equivocado. Ese mulato de traje y

corbata era el hombre que habían enviado desde la provincia de Río de Janeiro.

—Me llamo Dimas y vengo de parte de la Sociedad Abolicionista de Resende. —Obvió mencionarle su nombre completo. Tras obtener su carta de libertad con la lectura del testamento del difunto don Henrique Gonçalves, se le había otorgado también un apellido. El mismo que él les había dado a los gemelos al adoptarlos legalmente—. Siéntese, por favor.

—¿Se hospeda en la hostería?

—Sí. No sé todavía cuánto tiempo me quedaré en la ciudad. Más allá de mi colaboración con vuestra sociedad, tengo algunos asuntos pendientes que resolver antes de marcharme.

Alfredo percibió un notable cambio en su voz al mencionar la posibilidad de prolongar su estadía en Campinas. Hablaba como si ya hubiese estado antes allí. Hubiera querido preguntárselo, sin embargo, no lo consideró oportuno.

—¿Por qué no me cuenta un poco más sobre lo que están haciendo mientras nos tomamos un café?

El periodista aceptó encantado. Le habló de *La Voz de Campinas*, de los encuentros secretos en el sótano del diario, y mencionó a cada uno de los miembros de la Sociedad de la Camelia Blanca con orgullo.

—¿Hay una mujer? —se sorprendió Dimas al oír sobre La Flor de la Libertad.

—Sí. Sus artículos son el plato fuerte de nuestra cofradía. Cada una de sus palabras expresa lo que muchos no se atreven a decir, a veces por miedo, a veces por comodidad. Los señores de hacienda se niegan a reemplazar a los esclavos por mano de obra remunerada. La llegada de inmigrantes italianos a Brasil es solo parte de la solución. En el norte de São Paulo, algunos productores cafetaleros han tenido que adecuarse al cambio porque sus barracas se fueron vaciando. Muchos esclavos huyeron para refugiarse en los quilombos mientras el café se pudría en los campos.

—¿Cuál es la situación en Campinas?

—Similar a aquellos lugares en los que predomina el poder de unos pocos.

Dimas sabía que se refería al barón.

—Somos una sociedad joven, pero con metas muy concretas. Hasta ahora, solo habíamos actuado a través de las páginas del periódico, para intentar abrirle los ojos a la gente más allá de cualquier ideología política. Por supuesto, todos somos republicanos y nuestra causa común es la lucha contra la esclavitud. Esa ha sido la misión principal de La Flor de la Libertad; ella ha denunciado cada una de las aberraciones que se cometen en las barracas. Incluso escribió sobre un intento de abuso ocurrido en su propia hacienda.

—Eso ha sido un acto muy valiente —comentó Dimas, fascinado con lo que estaba oyendo.

—Candelaria es una muchacha muy valiente.

—¿Candelaria? ¿Ella es quien se esconde detrás del nombre de La Flor de la Libertad?

Nogueira asintió.

—Le puedo asegurar que cuando la conozca ya nunca más podrá olvidarse de ella. Candelaria es de esas personas que logran calar hondo en la vida de los demás.

—¿Cómo llegó a formar parte de la sociedad? —de repente, tenía curiosidad en saber todo sobre ella.

Alfredo le contó entonces sobre la primera vez que Candelaria se había presentado en el periódico para decirle que se había enterado de que había una sociedad secreta operando en la ciudad y que exigía formar parte de ella.

—Ese mismo día, se sentó en una mesa de mi oficina y escribió un bellísimo relato sobre una esclava huérfana que, junto con su libertad, había recibido una vida nueva. Después de leerlo, me confesó que ella era la protagonista de esa historia.

—¿Candelaria es una esclava liberta? —Dimas no paraba de sorprenderse.

—Sí, y por eso decidimos aceptarla entre nosotros. —Hizo a un lado la taza de café vacía y bajó la voz—. La razón de que usted haya venido a Campinas es que ella desea ayudar a huir a una de sus esclavas antes de que termine en las garras del barón.

Soares do Carvalho. Ese maldito hombre siempre en el medio.

—Candelaria es su hija adoptiva.

¿Hija adoptiva? Le vino a la memoria esa tarde en el cementerio, cuando había espiado a Maria Graça de lejos durante el entierro de su nana. Además de la niña rubia, recordó que también había una pequeña mulata de trenzas largas que lloraba desconsolada en los brazos de un muchachito.

Nogueira le dijo que Candelaria no se aparecería por la ciudad durante algunos días porque se estaba recuperando de una caída de caballo, pero le aseguró que él mismo le mandaría a avisar cuando volviera al periódico para que pudiese conocerla.

Ya no le bastaba con querer saber todo sobre Candelaria. Ansiaba ver con sus propios ojos a esa jovencita que había tenido el coraje de enfrentarse a un hombre sin escrúpulos como el barón de Campinas.

*

Octavio se cruzó con Augusto Soares do Carvalho cuando iba llegando a La Aurora. Iba montado en su caballo y lo acompañaban un par de sujetos de mal aspecto. Se detuvieron frente a él, interponiéndose en su camino, y debió parar también.

—Buenos días, supongo que usted es el nuevo doctor —le dijo, mirándolo de arriba abajo con altivez.

Continuaba tal cual lo recordaba. Mantenía ese porte de señor feudal que dominaba y sabía todo lo que ocurría a su alrededor. A pesar de algunas hebras de cabello blanco en las sienes y unas pocas arrugas debajo de los ojos, parecía que los años no hubiesen pasado para él. Cuando era niño le tenía mucho miedo porque mandaba a azotar a los esclavos hasta dejarlos casi muertos. En algunas ocasiones lo había visto empuñar el látigo, cebándose en el sufrimiento de esos pobres negros que ignoraban que le estaban pidiendo piedad al mismísimo demonio. Ahora que lo volvía a ver después de tanto tiempo, descubrió que ya no le inspiraba temor alguno. Sentía odio por él y por todo lo que representaba.

—Buenos días, barón. Efectivamente, soy Octavio Montalbán, el nuevo médico de Campinas. He venido a ocupar el puesto que dejó vacante mi tío.

—Ignoraba que don Humberto tuviese un sobrino, nunca lo mencionó —le dijo, apoyando las manos en la montura de su caballo.

—Quizá porque no nos conocimos en persona —respondió, midiendo cada una de sus palabras—. Mi tío se marchó de Buenos Aires siendo muy joven y solo manteníamos el contacto a través de las cartas que intercambiaba con mi padre, su hermano. —Notó que no lo había dejado convencido con su explicación—. Supongo que era un hombre solitario, que no le gustaba hablar mucho de su vida personal.

—En eso le doy la razón. Aunque todo el mundo lo apreciaba, siempre estaba solo. Vivía acompañado de su perro y dos viejos criados, que supongo continuarán en La Porteña. Si le hace falta más gente, puedo ofrecerle algunas piezas a muy bien precio.

—No es necesario, barón. Mi hermana y yo estamos contentos con los criados que sirvieron a mi tío. Ya son mayores, no podemos prescindir de ellos ahora. En Buenos Aires ya no tenemos esclavos, es una pena que Brasil se siga aferrando a un pasado opresor en vez de adaptarse a los nuevos tiempos.

Augusto no dijo nada. ¡Lo único que faltaba! ¡Un doctor joven, inexperto y, para colmo de males, abolicionista!

—Parece que no tiene problemas en expresar su opinión.

—¿Debería? Cada uno es libre de pensar lo que quiera y también de luchar por lo que cree justo. —La conversación se estaba caldeando, los dos hombres que acompañaban al barón lo miraban con desprecio mientras acariciaban la culata de sus pistolas—. Solo un ciego no es capaz de ver que el mundo ya no es el mismo; que los puertos brasileños están abarrotados de inmigrantes que vienen a trabajar la tierra; que, en este país, a la esclavitud y al imperio les queda poco tiempo de vida.

—¡Vaya, además de abolicionista, el doctorcito resultó simpatizante del partido republicano! —Se carcajeó con fuerza y los otros lo imitaron. Luego, se acomodó el sombrero mientras lo miraba fijo—. En Campinas no hay sitio para gente como usted, muchacho. La maldita abolición nunca llegará al valle; tampoco permitiremos que nos llenen las haciendas con esos inmundos italianos que vienen a quitarnos nuestras tierras.

—¿Me está amenazando, barón?

—Solo le explico cómo están las cosas por aquí. Y cómo van a continuar estando durante mucho tiempo. Si es inteligente, acepte un consejo, doctor Montalbán. —Sujetó las riendas del caballo con fuerza—. Vuelva a su Buenos Aires sin esclavos y déjenos tranquilos. Nadie es imprescindible. Si se va, puedo mandar traer a cualquier médico de la Corte con un solo chasquido de mis dedos.

—No pienso marcharme todavía, barón —lo desafió—. Olvidé mencionarle que su hija Juliana nos invitó a mi hermana y a mí al baile de Carnaval. Al menos por unos días, tendremos que vernos las caras.

Augusto estaba furioso. Bastaba con una señal para que sus perros guardianes le saltaran encima. Pero no le daría el gusto de verlo perder los estribos.

—Espero tener el gusto de conocerla pronto —dijo, en cambio—. ¿Cómo se llama su hermana?

—Rosaura.

—Bonito nombre. Sería una pena que tuviese un desafortunado "accidente". Ya ve lo que le ocurrió a la pobre Candelaria.

Octavio tensó la mandíbula. Acababa de amenazar a Rosaura. Había puesto en peligro su vida por defender acaloradamente sus ideales. Si algo le ocurría, jamás se lo iba a perdonar. Hablaría con ella para convencerla de volver a Buenos Aires.

—Si me disculpa, debo ir a ver a su hija. —Aprovechó que había mencionado a Candelaria para alejarse de él antes de cometer una locura.

—Vaya tranquilo, doctor. Cuide de sus pacientes, eso es lo que hacía su tío… y es lo que debe hacer un buen doctor. —Se tocó el ala del sombrero a forma de saludo y azuzó a su caballo.

Octavio se quedó observando la nube de polvo que cubrió el camino hasta que los tres jinetes desaparecieron de su vista. El violento encuentro con el barón lo había dejado muy preocupado. Enfiló hacia la casa grande con el único aliciente de estar de nuevo cerca de Candelaria.

Le abrió la puerta una esclava joven que le resultó demasiado

familiar. Cuando la oyó hablar, descubrió que se trataba de Desidéria, esa niña flacucha y charlatana que perseguía a Candelaria por todas partes cuando eran pequeñas.

—Buenos días, he venido a ver a…

—Sí, sí, pase, doctor. Candé la está esperando. —Le quitó el sombrero de la mano para dejarlo en el perchero y le indicó que la acompañase.

Octavio enseguida se dio cuenta de que se desviaba hacia el salón. Pensó que quizá era demasiado pronto para que Candelaria hubiese abandonado la cama. Si recaía, al menos, tendría la dicha de poder seguir visitándola. Apartó semejante idea de su cabeza. ¿Qué clase de doctor era que anteponía sus deseos personales por encima del bienestar de sus pacientes?

Candelaria estaba sentada en el sillón de dos cuerpos, con un almohadón en la espalda y un libro que soltó apenas lo vio entrar. Ella tenía el poder de borrar todo lo malo con solo una mirada: el enfrentamiento con el barón, el miedo de que le hiciera algo a Rosaura… todo se evaporó de un plumazo cuando, tras saludarlo con un prudente *Buenas tardes, doctor Montalbán*, le dedicó una cálida sonrisa.

—Buenas tardes, Candelaria. ¿Cómo se siente el día de hoy? —Dejó el maletín encima de la mesita y se acomodó a su lado. Por el rabillo del ojo, leyó el título del libro que estaba leyendo: *El guaraní*, de Alencar.

A Candelaria se le pasaron por la cabeza varias respuestas a su pregunta. Pero la mayoría de ellas ni siquiera podía mencionarlas en voz alta. Se sentía inquieta por su presencia, ansiosa de volver a verlo y aturdida por esa agitación en el pecho cada vez que él la miraba.

—Estoy mucho mejor, doctor. Por eso me tomé el atrevimiento de bajar al salón para distraerme un poco. —No le comentó que había salido de la casa por temor a que la regañase por su imprudencia.

—¿Ha vuelto a tomar el medicamento que le receté o no fue necesario?

—Tomé una cucharada ayer por la noche y solo porque mi madrina insistió. Ya no me duele la espalda, y el entumecimiento de los brazos

desapareció.

—Tengo que revisarla para asegurarme de que todo esté bien —le anunció, aclarándose la garganta.

Candelaria asintió. Ya no sentía ese pudor de la primera vez. Contempló sus manos y solo podía pensar que, en apenas unos instantes, estarían tocándola. Suspiró tan profundo que Octavio giró la cabeza hacia ella.

—¿Siente alguna molestia?

—No, doctor, es solo un poco de cansancio —mintió.

Octavio se aproximó un poco más a ella para palpar su caja torácica. Quedaron enfrentados, con los rostros apenas separados por unos escasos centímetros. Le pidió que respirara y soltara el aire por la nariz. Candelaria obedeció y no pudo contener la risa cuando un mechón de su cabello que se asomaba detrás de la oreja empezó a moverse al compás de sus soplidos.

—¿Qué es tan gracioso? —quiso saber él mientras se tomaba todo el tiempo del mundo en recorrer con sus manos el cuerpo de la mulata.

Candelaria se mordió el labio inferior y miró hacia arriba, aun así, no consiguió dejar de reírse. Los nervios la estaban traicionando. Parecía que las manos de Octavio se deslizaban sobre ella como una sutil caricia, y no como lo que se suponía que era: una revisión médica.

—Lo siento, doctor —se disculpó.

Octavio se detuvo de repente y buscó su mirada. No era imaginación suya o el ferviente deseo de que estuviese sintiendo lo mismo que él: sus ojos cristalinos no mentían. Y ese temblor de su cuerpo era tan intenso como el que sacudía el suyo. Quería besarla y sabía que no era lo correcto; que más allá de lo que experimentaban estando tan cerca el uno del otro, él era doctor y ella su paciente. Ella era Candé, su amiga de la infancia, y él, Marquinhos, el muerto que yacía en la tumba frente a la que lloraba.

Candelaria, ajena al tormento que padecía Octavio, abrió un poco la boca y esperó por su primer beso, el más especial y el más deseado. El que nunca llegó. Se quedó perpleja cuando él la sujetó de los hombros y la apartó. ¡Dios mío, qué vergüenza! ¡Lo había malinterpretado

todo! Si hubiese podido, habría hecho un agujero en el suelo para enterrarse dentro y no volver a salir nunca más.

—No hay evidencia de que alguna costilla esté dañada. Espera dos días más para quitarte la venda.

Candelaria no se atrevía a mirarlo a los ojos después de lo que acababa de pasar. Asintió y le dio las gracias.

Octavio se volteó y recogió su maletín. ¿Por qué demonios le costaba tanto separarse de ella? Habían estado alejados durante once años y ahora no podía apartarse de su lado ni siquiera un momento. Vio que Candelaria también se levantaba y, al hacerlo, el libro que estaba en su regazo fue a parar al suelo. Se agachó para levantarlo sin imaginar que ella tenía la misma intención. El suave roce de los dedos de Octavio en la mano de Candelaria los sacudió con la intensidad de una ráfaga de viento. Los dos lo percibieron y ninguno hizo nada para detener esa explosión de sensaciones que minaba sus cuerpos.

Octavio se olvidó de su rol de médico y Candelaria dejó la vergüenza a un lado. Fueron poniéndose de pie muy despacio, sin dejar de tocarse las manos.

Octavio la atrajo hacia él, apretándola con fuerza, y sus labios se apoderaron de los de ella sin pedir permiso. Candelaria jamás había estado en un contacto tan íntimo con nadie. Se parecía bastante a algunas de las cosas que había leído, pensó, medio mareada. Pero ese era un beso de verdad y estaba fascinada.

Acariciándola, mimándola con los labios, Octavio sintió su asombro, su deseo, como si fueran propios. El cuerpo de ella se relajó contra el de él; sus manos subieron por sus brazos y le rodearon el cuello; sus labios se rindieron a todo. Exultante, Octavio la estrechó más y profundizó el beso; movió las manos por su espalda, y después las subió por la sutil curva de su cintura hasta ahuecarlas sobre sus pechos. Candelaria contuvo el aliento. Lo deseaba tanto o más que él a ella.

Octavio vagó con sus labios por el curvilíneo hueco de su hombro y fue dejando suaves besos por el escote, por encima del corpiño de su vestido, donde la piel era aún más sedosa. Después volvió a reclamar su boca carnosa, atormentándola con pequeños mordiscos mientras

Candelaria hundía los dedos en su cabello.

—¡Candé, oh, mi Candé! —le susurró él, embriagado por la miel de sus besos.

Candelaria entonces lo apartó con un movimiento brusco. Se quedó mirándolo, con el pecho agitado y los ojos bien abiertos.

—¿Cómo me has llamado?

Octavio tenía que pensar rápido, pero apenas podía controlar las palpitaciones de su cuerpo. El acercamiento que se había producido entre Candelaria y él era algo que no entraba en sus planes. Había cometido un gran error al dejarse llevar por lo que sentía.

—¿Por qué me has llamado así? —insistió ella, al borde de la desesperación.

No supo qué decirle. Parecía que hubiese visto un fantasma. Y ese fantasma era él.

—No pensé que te molestaría; la esclava que me abrió la puerta lo mencionó. Te pido perdón si te hice sentir incómoda. —Cuando oteó a su alrededor, recordó que se encontraban en el salón y que cualquiera los podría haber visto—. También me disculpo por el beso. No debí aprovecharme de la situación. Creo que lo mejor es que me marche. —Ella continuaba mirándolo sin decir una sola palabra. Tenía que salir de allí lo antes posible.

Candelaria se quedó contemplando la puerta del salón por donde Octavio acababa de irse. Sintió un escalofrío bajar por su espalda. Cerró los ojos. Seguía escuchando ese *¡Candé, oh, mi Candé!* que él le había susurrado en el fragor de la pasión.

Tenía que hablar con Desidéria y preguntarle si era cierto que la había llamado con el diminutivo de su nombre delante de Octavio. Sería la única explicación sensata que acallase esa inquietante duda que había comenzado a germinar en su mente.

VEINTINUEVE

El día que Dimas visitó la sede de *La Voz de Campinas*, con la ilusión de poder conocer por fin a Candelaria, se enteró de la muerte de Bernardo Guimarães. Cuando le contaron los pormenores de su trágico final, un incendio que también se había cobrado la vida de su hijo Marquinhos, sospechó lo peor. Según la fecha que le habían mencionado en el periódico, el hecho había ocurrido al día siguiente de que él abandonara Campinas, once años atrás. Había sido precisamente Bernardo quien le advirtiera sobre la intención de Soares do Carvalho de quitarlo del medio apenas supo que había vuelto.

No creía en las casualidades; por eso, sin revelar el motivo de su repentino interés en conocer toda la historia, hizo algunas preguntas que terminaron confirmando sus sospechas. Un incendio fortuito y una investigación que se había cerrado demasiado rápido eran dos circunstancias muy extrañas como para quedarse con la hipótesis de un accidente. Cuando le dijeron que el delegado Pinto no era más que uno de los tantos títeres del barón, no le quedó ninguna duda: Bernardo Guimarães había muerto asesinado. Quizás en represalia por frustrar el plan que había urdido Augusto Soares do Carvalho para vengarse del esclavo que se atrevió a enamorarse de su esposa.

—De alguna manera, tenemos que infiltrar a Dimas en el baile de Carnaval. —El que habló fue Tadeo Meneses.

Alfredo, Vento y Gesio concordaron con él.

Dimas también se valdría de la ocasión para acercarse a Maria Graça. Estaba a punto de marcharse cuando Alfredo le pidió que no lo hiciera. Candelaria había mandado a avisar que esa tarde volvería a pasar por el periódico y sabía de su gran interés en conocerla. Mientras esperaban su llegada, hablaron sobre los futuros planes de la Sociedad de la Camelia Blanca y de la posibilidad de sumar a un

nuevo miembro. Fue entonces que surgió el nombre de Octavio Montalbán, el nuevo doctor que vivía hacía poco en el valle y que venía de Buenos Aires. Aunque ninguno se había atrevido todavía a invitarlo formalmente a ser parte del grupo, esperaban contar con su colaboración. Por precaución, lo contactarían de manera anónima.

La conversación fue interrumpida por unos golpes en la puerta. Era Candelaria. Tadeo fue a buscarla y Dimas no pudo ocultar su ansiedad. Se levantó de la silla al verla bajar las escaleras del sótano con cuidado mientras Meneses la sujetaba de la mano.

—Candelaria, ¿cómo te encuentras? —Vento la saludó con un beso en la frente—. ¡Dime el nombre del caballo que se atrevió a lastimarte para ir a buscarlo y ponerlo en su sitio!

La ocurrencia del sacristán provocó una carcajada generalizada. Candelaria tuvo que llevarse una mano a la cintura cuando una punzada de dolor la sorprendió al reírse con tantas ganas.

—Estoy bien, chicos, no se preocupen. —Recién entonces, cuando los miró a todos uno por uno, descubrió que había alguien más en el recinto. Se acercó y extendió la mano hacia el hombre de piel oscura que la observaba en silencio—. Soy Candelaria Soares do Carvalho. Usted debe ser la persona que vino a colaborar con nuestra causa.

Dimas no consiguió articular ni media palabra. Ni siquiera había escuchado lo que acababa de decirle. La conmoción le impedía reaccionar. Esos ojos azules eran como estar mirando a Maria Graça.

—Dimas, ¿sucede algo? —Gesio Camargo le dio una palmada en el hombro.

A Candelaria no le incomodó su manera de mirarla. No supo si atribuirlo al hecho de que fuera mulato como ella, pero sintió una tibieza extraña en el pecho, como si hubiese estado esperando ese momento toda la vida. Cuando le apretó suavemente la mano, ya no pudo soltarlo.

—Mi nombre es Dimas Gonçalves —dijo él apenas recuperó la voz—. He oído hablar mucho de ti, Candelaria, y ansiaba conocerte.

—¿Viene usted de la Corte?

—No, provengo de Resende. Una ciudad al sur de Río de Janeiro. ¿La conoces?

Candelaria negó con la cabeza.

—No he tenido la oportunidad de viajar mucho todavía. Solo he estado en São Paulo en un par de ocasiones, acompañando a mi madrina.

—¿Tu madrina?

—Sí, la baronesa de Campinas.

—Maria Graça.

Dimas dijo su nombre por lo bajo mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa. Deseaba preguntar por ella, saber cómo estaba; sin embargo, no se animó.

—Me contaron que la baronesa y su esposo te adoptaron cuando murió tu abuela.

—Sí. Yo vivía con ella en la hacienda de los Esteves.

—¿Y tus padres? —quiso saber él de repente.

—Nunca los conocí. Mi abuela me contó que mi madre murió pocas horas después de mi nacimiento. Cuando crecí y empecé a preguntar por mi padre, ella se rehusaba a hablarme de él. —Estuvo a punto de mencionarle los rumores que circulaban en la ciudad sobre su origen, pero se quedó callada.

Dimas infirió que quizá el padre de la muchacha podía ser un hacendado o algún capataz. Esos bellos ojos del color del cielo los había heredado de un blanco.

Los demás los escuchaban hablar sin intervenir en la conversación. Parecía que se había creado un vínculo especial entre ellos y no se animaban a romperlo. Candelaria y Dimas también se dieron cuenta de esa inexplicable conexión que sentía el uno por el otro.

—¿Ya había estado antes en Campinas? —De repente, quería saber todo sobre él.

—Yo nací aquí. —Ni siquiera supo por qué se lo dijo. No entraba en sus planes revelar la verdad todavía—. Fui esclavo en una de las haciendas del valle hasta que me vendieron.

—Es usted nuestro paisano entonces —comentó Vento, mientras lo escudriñaba con disimulo, tratando de recordar si lo conocía de alguna parte.

—No lo sabíamos —terció Alfredo Nogueira, sorprendido.

—No creí necesario contarlo —se justificó Dimas. Esperaba que no perdieran la confianza que habían depositado en él por causa de su silencio.

—¿En qué hacienda nació?

La pregunta de Candelaria lo descolocó. Había hablado demasiado y ahora no sabía cómo hacer para salir de su propio enredo.

Tadeo Meneses, celoso por ese repentino interés de Candelaria en el mulato, decidió interrumpir la conversación.

—Tenemos que afinar los detalles para la fuga de Virginia. Para eso estamos aquí, ¿verdad?

Candelaria le lanzó una mirada furibunda. Dimas, en cambio, agradeció su oportuna intervención.

El plan era bastante sencillo, aunque debían estudiarlo muy bien para no cometer errores. Candelaria le prestaría uno de sus vestidos a Virginia y se mezclaría entre los invitados, llevando una máscara en el rostro. Luego, cuando Dimas llegara, y sin que nadie se diera cuenta, se harían pasar por una pareja para poder irse de la hacienda sin levantar sospechas. La esconderían un par de días en el periódico hasta que pasara el peligro. El barón seguramente enviaría al cazador de esclavos a capturarla, los miembros de la Sociedad de la Camelia Blanca no podían arriesgarse a que Virginia y Dimas fueran vistos por el camino. Si todo salía bien, uno de los muchachos, seguramente Gesio o Tadeo, viajaría con ella en tren hasta Río de Janeiro. Nadie le haría preguntas a un joven caballero que iba acompañado por su esclava. A partir de allí, hasta que obtuviese su carta de libertad, Virginia se quedaría en el quilombo de Leblon.

—No hemos definido aún qué haremos con Octavio Montalbán —repuso Alfredo Nogueira, convencido, igual que el resto, de que era un asunto que debían zanjar cuanto antes.

Candelaria no pudo evitar sonrojarse al oír su nombre.

—Le haremos llegar un mensaje. —Dimas propuso enviarle una camelia blanca con una nota. La flor se había convertido en el símbolo secreto de los abolicionistas, desde que un fabricante de maletas portugués, de apellido Magalhaes, las empezara a cultivar en su jardín del quilombo de Leblon con la ayuda de los esclavos fugitivos. Se

decía incluso que la flor había llegado hasta los jarrones del palacio imperial en Petrópolis y que la princesa regente Isabel se mostraba en público con una camelia blanca prendida en el vestido—. Hay que asegurarse primero de que profesa los mismos ideales que su tío. No podemos citarlo aquí, tiene que ser en otro lugar.

—La iglesia es un buen sitio —apuntó Vento, sin pensar en lo que diría el padre Reginaldo.

—Yo no me confiaría demasiado —alegó Tadeo—. Es extranjero y acaba de llegar a la ciudad. Dudo que conozca el significado de una camelia blanca.

—No subestimemos a Octavio Montalbán. —Candelaria no pensaba quedarse afuera—. Debido a mi accidente he entablado una relación cordial con él. No puedo afirmar que sea abolicionista o republicano, solo lo he visto un par de veces; pero la idea de Dimas es buena y no correríamos ningún riesgo. Es más, me ofrezco para reunirme con el doctor en la iglesia. Me conoce y no sospechará nada raro.

—Candelaria tiene razón —la apoyó Dimas. Sintió una agitación en el pecho cuando ella le sonrió—. Es nuestra mejor opción. Debemos actuar antes de la fiesta para que Montalbán también esté presente. En caso de algún contratiempo, siempre es bueno contar con la ayuda de un médico.

—¡Hagámoslo cuanto antes! —Gesio escribió la nota y Nogueira se encargó de colocar en el interior del sobre una de las camelias blancas que su madre cultivaba en el patio de su casa. Se la harían llegar con un recadero y aguardarían el momento del encuentro, pactado para el día siguiente, a las once de la mañana, en la sacristía de la iglesia.

Candelaria, aprovechando que estaba en el periódico, se acercó a Alfredo y le hizo un pedido inusual. Quería revisar los archivos de *La Voz de Campinas*. Cuando el periodista le preguntó qué buscaba, ella le dijo que cuando lo encontrase se lo diría. La llevó hasta la oficina donde guardaban las viejas ediciones del periódico; luego la dejó a solas para volver con los demás. Candelaria se acercó al enorme armario, abrió la puerta y descubrió que había varias cajas etiquetadas con una fecha en la tapa. Sacó la del año 1877, le sacudió un poco el polvo y la puso encima de una mesa. Descubrió que en esa época el

periódico se publicaba solo una vez a la semana, los domingos. Eso le facilitaría la búsqueda. Encontró los cuatro ejemplares del mes de mayo y los apartó. Hojeó los dos primeros sin ningún resultado. Cuando tomó el del tercer domingo entre sus manos, vio el titular en la tapa.

Tragedia enluta a la ciudad

Tuvo que sentarse. Nunca nadie le había contado los detalles de lo sucedido. Cuando insistía en preguntarle a Gerarda, ella alegaba que era muy pequeña para saberlo. Gracias a la indiscreción de algunos esclavos, se había enterado de que Marquinhos y su padre habían muerto por causa de un incendio. Así lo relataba *La Voz de Campinas* en esa época.

Don Bernardo Guimarães, capataz de La Aurora, y su hijo Marcos perdieron la vida esta semana luego de que un incendio destruyera su casa. Las autoridades locales afirman que se trató de un siniestro fortuito, y no de un acto deliberado. Según los dichos del delegado Pinto, la investigación estableció que no hay ningún indicio de la participación de terceros.

Candelaria pasó al siguiente ejemplar.

Misterio en torno a la tragedia que todavía conmociona a la ciudad
Aunque durante los últimos días se especuló con la posibilidad de que Marcos Guimarães, conocido por todos como Marquinhos, pudiese estar vivo, la aparición de un testigo echa por tierra esa esperanza.

El corazón le dio un vuelco en el pecho.

La persona, quien no ha sido identificada, asegura que, al pasar cerca del lugar de los hechos, vio al muchacho cuando se arrojaba al río, buscando apagar el fuego que consumía sus ropas. Después de estas

terribles declaraciones y de varios días de búsqueda infructuosa para tratar de hallar el cuerpo de Marcos Guimarães, el delegado Pinto decidió cerrar el caso.

Candelaria miró en las ediciones posteriores, pero ya nunca se volvió a mencionar el incendio ni los nombres de sus víctimas.

¿Quién sería el misterioso testigo que se presentó a declarar? Era evidente que su testimonio había bastado para concluir con las investigaciones. Si daba crédito a sus palabras, sabía que habría sido imposible que Marquinhos se salvara al caer en las aguas del Jaguarí tras escapar del incendio. Estaba quemado, y en esas condiciones, habría muerto ahogado. Sintió un escalofrío al pensar en esa terrible posibilidad. Sin embargo, su cuerpo nunca había sido encontrado. Quizá debía hablar con el delegado. Ahora que ya habían transcurrido tantos años del hecho, esperaba que no se negara a responder a sus preguntas.

Absorta en sus pensamientos, no oyó que alguien se acercaba. Ordenó los periódicos a toda prisa y los volvió a meter en su sitio.

—¿Has encontrado lo que tanto buscabas? —Dimas vio el armario abierto y una caja encima de la mesa.

Candelaria soltó un resuello.

—No.

—¿Puedo saber de qué se trata o es un secreto?

Ella vaciló en responder. Apenas lo conocía como para hablarle de sus sospechas; sin embargo, sus ojos le transmitían mucha paz. Sentía que podía confiar en él. Por eso hizo algo impensado. Le pidió si podía ir con ella a la delegación de policía, y Dimas aceptó gustoso acompañarla.

Se marcharon juntos de las instalaciones del periódico, ignorando la mirada iracunda de Tadeo Meneses.

*

Juliana entró en la habitación de su madre sin llamar mientras Maria Graça se preparaba para darse un baño. Alcanzó a ver la marca en su espalda antes de que ella se tapase con la bata.

—¿Qué quieres, cariño?

La muchacha se acercó. Había venido a hablarle sobre el baile y su intención de acercarse al doctor Montalbán, pero se había quedado perpleja al descubrir que su madre y la bastarda compartían la misma marca en su cuerpo. Se la había visto a Candelaria cientos de veces cuando eran niñas y nadaban juntas en el río.

—Madre, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto. ¿Qué es lo que quieres saber?

Juliana se acercó, se paró detrás de ella y le apartó le bata con la que Maria Graça acababa de cubrirse.

—¿Qué es esto en su espalda? —Le tocó la marca de media luna invertida con la punta del dedo.

—Es una marca de nacimiento —respondió Maria Graça, nerviosa ante su inesperada invasión.

—¿Sabía que Candelaria tiene una muy parecida, en el mismo lugar que usted?

Maria Graça se apartó de ella y se sentó frente al tocador.

—Lo sabía, aunque nunca le di mucha importancia —le dijo, esperando sonar convincente—. Tú tienes un lunar grande en el cuello y Augusto uno en el brazo. Son solo caprichos de la naturaleza, nada más.

—Pero Candelaria es adoptada —retrucó Juliana, desconfiando de sus palabras—. Es normal que mi padre y yo tengamos un lunar parecido, aunque en lugares diferentes. La marca en la espalda que usted y Candelaria comparten es idéntica.

Maria Graça no le respondió. Lo del lunar no era más que una simple coincidencia, pero no podía revelarle ninguna de las dos verdades: que Candelaria era su hija ni que ella había sido recogida de un orfanato. Debía cambiar de asunto antes de que terminase descubriéndolo todo.

—¿Ya tienes tu vestido para el baile?

Juliana comprendió cuál era su intención: distraerla para que ya no le hiciera preguntas incómodas. Por el momento, se conformaría, y solo porque necesitaba que le diera su apoyo con lo que estaba a punto de contarle.

—Sí. Estrenaré el que compramos en São Paulo durante el último viaje.

—Es el más adecuado para la ocasión; te quedará precioso —la aduló Maria Graça, sonriéndole a través del espejo. Hurgó en el interior de su joyero y sacó una gargantilla con incrustaciones de oro blanco que había heredado de su abuela paterna.

—Quiero que la uses esa noche. —Se puso de pie y la colocó alrededor de su cuello para ver cómo le quedaba—. Resalta tu piel de alabastro. Para lucirlo mejor, tendrás que llevar el cabello recogido.

Juliana asintió mientras contemplaba fascinada la delicada joya que su madre había decidido prestarle. No a Candelaria, sino a ella, su hija legítima. Y eso significaba mucho.

—Madre…

—Dime, cariño.

Juliana continuaba mirándose en el espejo, imaginando la noche del baile, con su vestido nuevo, y mostrándose del brazo del hombre más apuesto de todo Campinas.

—¿Usted cree que soy bonita?

—¿Qué pregunta es esa, hija? ¡Por supuesto que eres bonita?

—¿Más que Candelaria?

Otra vez esos celos irracionales y la absurda manía de compararse con su hermana en todo.

—Ambas son hermosas. Aunque son de estilos diferentes, cada una posee su propio encanto —respondió, para tranquilizarla, pero sin faltar a la verdad.

Juliana se sentó en la cama y comenzó a jugar con la gargantilla.

—Me gustaría tanto que Octavio Montalbán asistiera al baile —dijo, entre suspiros.

Maria Graça se dio media vuelta y la miró.

—¿Te gusta ese muchacho? —El rubor en las mejillas de su hija habló por ella.

—Quiero que sea mi pareja en el baile, pero si viene, no me animaré a pedírselo. —Puso cara de circunstancia—. Además, sé que no estaría bien que fuese yo la que tomara la iniciativa. Por eso me atrevo a pedirle que lo haga por mí. Soy la hija, una de las hijas del anfitrión

—se apresuró a corregir—. Es lógico que tenga un acompañante durante la velada.

A Maria Graça no le costaría nada complacer uno más de sus tantos caprichos. Si el joven doctor Montalbán decidía aceptar su invitación y se aparecía en el baile de Carnaval, le hablaría en nombre de su hija para pedirle que se convirtiera en su pareja. No había nada de malo en ello. Según le habían dado a entender las vecinas más chismosas de Campinas, Octavio Montalbán no tenía ningún compromiso. Vivía con su hermana en La Porteña y atendía a los pacientes que había dejado su tío en la consulta de la calle principal.

—Puedes quedarte tranquila, cariño. Haré lo que esté a mi alcance para que ese muchacho pase la velada junto a ti. Pero primero debemos asegurarnos de que venga. —Fue hasta el secreter y sacó sobre y papel para luego sentarse a su lado en la cama—. Le enviaremos una invitación formal, así no le quedará ninguna duda de que lo queremos en el baile de Carnaval.

En señal de agradecimiento, Juliana la abrazó. Sentía que nuevamente se convertía en el centro de su atención, desbancando a Candelaria. Juntas redactaron la nota. A la hora de firmarla, Maria Graça le dijo que pusiera su nombre. Llamaron a Amaranta para que se la entregase al cochero y siguieron haciendo planes para que, otro año más, el baile de Carnaval en la hacienda de los barones de Campinas fuese uno de los eventos más importantes del año.

Juliana rebozaba de dicha. Había conseguido convencer a su madre para que se pusiera de su lado en caso de que la entrometida de Candelaria se acercara al doctor durante la fiesta. Sin embargo, cuando volvió a su habitación, no podía dejar de pensar en lo que había descubierto. Esa pequeña mancha que ambas compartían se estaba haciendo cada vez más grande en su cabeza, minándola de ideas raras y poco agradables. ¿Con quién hablar de sus sospechas sin alertar a nadie? Entonces recordó los reproches de Candelaria por no visitar al tío Alexandre. Quizá él o su abuela podrían ponerle fin a esa terrible incertidumbre.

*

El delegado de policía se quedó perplejo cuando vio entrar a dos mulatos en su despacho. A la muchacha la conocía, era la hija adoptiva del barón. Al sujeto de traje elegante que la acompañaba no lo había visto en su vida. Se presentó como Dimas Gonçalves, pero ni el nombre ni el apellido le dijeron nada.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —Les ofreció sentarse, y cuando Candelaria mencionó la razón de su visita, supo que aquello iba a terminar mal. Al menos para él.

—Señorita Soares do Carvalho. No sé qué quiere que le diga. —Miró hacia la ventana. Estaba anocheciendo—. La investigación concluyó que se trató de un fatídico accidente.

—El cuerpo de Marquinhos nunca apareció. ¿Cómo pueden aseverar que murió ese día? —Se escuchaba diciendo aquello y le parecía una locura.

—Hubo un testigo ocular que asegura que se cayó al río. Lo vio rodar por la hierba envuelto en fuego. —Percibió la expresión de espanto en su rostro—. Lamento ser tan descriptivo, pero eso fue lo que sucedió. Rastreamos la zona después de su testimonio. Seguimos el curso del Jaguarí hasta los límites de la provincia sin obtener resultados. Perdóneme de nuevo, pero lo más probable es que haya perecido ahogado y algún animal acabó con lo poco que quedaba del pobre muchacho.

Candelaria se resistía a creerlo. Durante once años había llorado por la muerte de su adorado Marquinhos. Ahora algo le decía que él continuaba con vida. Y que estaba más cerca de ella de lo que pensaba.

—¿Están seguros de que no existe ningún indicio de que Guimarães y su hijo no fueron víctimas de una muerte violenta?

Pinto miró al foráneo. ¿De dónde demonios había salido?

—Murieron en un incendio —le aseguró, convencido de sus propias mentiras. El barón lo había compensado muy bien por ocultar evidencia. No podía ahora permitir que alguien viniera a meter las narices en sus asuntos—. No hallamos rastros de terceros en el lugar de los hechos.

—¿Cómo empezó el incendio? —quiso saber Dimas.

Candelaria lo miró. Estaba haciendo las preguntas que ella hubiera deseado hacer.

—Por una vela. Las llamas se extendieron con rapidez por la precaria vivienda de madera y no tuvieron tiempo de reaccionar. Quedaron solo cenizas.

—Un hombre joven y un muchacho de quince años podrían haber escapado del fuego; al menos, claro, que estuviesen imposibilitados de hacerlo.

Pinto se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos encima del escritorio.

—¿A dónde quiere llegar con todo esto, señor Gonçalves?

—A la verdad. —La que respondió fue Candelaria. Era evidente que allí no iban a encontrar nada. El delegado Pinto seguramente tendría mucho que perder si se sabía lo que realmente había ocurrido ese día en la propiedad de los Guimarães. Y no era el único.

—Será mejor que nos vayamos, Candelaria —sugirió Dimas, mientras miraba de reojo al policía.

Ella se puso de pie, se colocó el sombrero y salió del despacho sin siquiera despedirse de Pinto. Ya en la calle, se dirigió al carruaje.

—¿Quiere que lo acerque hasta la hostería?

—No hace falta, Candelaria. —Aunque le hubiese gustado quedarse un rato más con ella, se estaba haciendo tarde. Sin embargo, había una duda que le carcomía el cerebro—. ¿Por qué quisiste indagar sobre lo que pasó hace once años?

Ella tragó saliva y se tomó unos instantes antes de darle una respuesta.

—Porque es muy posible que Marquinhos no haya muerto, porque quiero creer que consiguió salvarse y que todo este tiempo estuvo viviendo en algún lugar, lejos de mí.

—¿Y por qué precisamente ahora? —insistió en saber.

Candelaria no fue capaz de contestar a esa pregunta. Necesitaba más pruebas para demostrar que sus sospechas no eran infundadas y que no estaba volviéndose loca. Cuando consiguiera descubrir la verdad que se escondía detrás de Octavio Montalbán, Dimas sería una de las primeras personas con las que hablaría.

TREINTA

Cândida Almeida sabía muy bien que no estaba haciendo lo correcto. Ya había caído la noche; era una mujer sola, y presentarse en la hacienda de los Esteves sin una excusa creíble que justificase su presencia allí no hacía más que corroborar la teoría de que estaba actuando solo por impulso. Sin embargo, había salido de su casa con la confianza necesaria para enfrentarse de una vez por todas a esa verdad que ya no podía callar. Esperar algún encuentro casual durante las clases de piano de Juliana había sido en vano. Alexandre vivía recluido en la hacienda de su familia y a ella se le escapaba el tiempo entre los dedos. Por eso se había armado de valor y ahora estaba bajando del carruaje de alquiler mientras uno de los esclavos de la casa grande le tendía la mano para ayudarla.

En el vestíbulo la recibió una mulata de mirada hierática que le preguntó, de muy mal talante, a quién deseaba ver. Iba a darle una respuesta cuando apareció doña Isadora.

—Buenas noches. —La escudriñó de arriba abajo para asegurarse de que no se había equivocado. Efectivamente, se trataba de la profesora de piano de su nieta Juliana—. Señorita Almeida, ¿qué se le ofrece?

—Buenas noches, doña Isadora. Le pido disculpas por la hora. —Le entregó el sombrero a la esclava y trató de sonreír a pesar del nerviosismo—. He venido a hablar con su hijo.

La dueña de casa se quedó muda. ¿Qué podría querer esa mujer con Alexandre? Después de enterarse del apodo que le habían puesto en la ciudad, le parecía un desatino su presencia en la hacienda.

—No sabía que mi hijo y su merced se conocieran —comentó con recelo.

—Es muy largo de explicar, doña Isadora. Pero sí, nos conocimos aquí mismo, hace muchos años.

Era extraño que Alexandre nunca se lo hubiese mencionado. Tampoco entendía cuál era el propósito de su inoportuna visita. Estaba a punto de decirle que era mejor que volviese en otro momento cuando escuchó la voz de su hijo en lo alto de las escaleras.

—¿Quién es a esta hora, madre? ¿Ha ocurrido algo con mi hermana o con Candelaria?

Cândida dio un paso al frente y entonces lo vio. A pesar de los años que habían pasado, seguía igual. Llevaba una bata oscura y en su mano derecha sostenía un bastón.

—Hola, Alexandre.

Fue lo único que dijo Cândida.

Fue lo único que bastó para que él se quedara paralizado.

—Señorita Almeida… —Doña Isadora le rozó el brazo.

Cândida la ignoró. Toda su atención estaba enfocada en ese hombre al que nunca había podido olvidar.

—Cândida, ¿eres tú? —Alexandre pensó que estaba soñando. Porque era en sus sueños donde ella vivía. No era posible tenerla allí, en su propia casa, después de tantos años.

Ella ignoró la sugerencia de doña Isadora de volver en un horario más adecuado y comenzó a subir los escalones. A medida que la distancia entre ambos se hacía menor, los latidos de su corazón ganaban en intensidad. No sabía lo que iba a suceder una vez que llegase a su lado; sin embargo, no se marcharía de la hacienda hasta hablar con Alexandre. Cuando puso el pie en el último escalón, alzó la cabeza y lo miró. Le dolía que él no pudiese verla. Por eso, sorteó los últimos centímetros que los separaban y parándose frente a él, tomó sus manos y las apretó con firmeza. Hizo que le tocase el rostro muy despacio, delineando la curva prominente de sus mejillas, su frente marcada con algunas arrugas, la forma recta de su nariz y el contorno de sus labios.

—Sigues tan hermosa como esa noche —le susurró él, viéndola a través de la piel de sus manos mientras en su mente se hacía presente la imagen que había guardado de ella durante todos esos años.

—No es verdad —respondió ella, cohibida por sus palabras.

—Aunque esté ciego, deberías creerme. —Lo dijo en tono de broma,

aunque por dentro se estuviese muriendo de dolor. ¿Por qué reaparecía ahora en su vida? Él no tenía nada para ofrecerle.

—Muchas veces el ciego es aquel que no quiere ver, no el que no puede hacerlo.

—¿Es un juego de palabras? —preguntó Alexandre, arqueando una ceja.

—No, es lo que pienso —le contestó, sin soltarle las manos—. ¿Hay un lugar en esta enorme casa en donde podamos hablar sin que tu madre esté al acecho? —Miró por encima del hombro. Doña Isadora continuaba al pie de las escaleras siguiendo con atención lo que sucedía entre ellos.

—Si no te importa el qué dirán, te invito a conocer mi habitación —le ofreció.

—Hace rato que los rumores dejaron de importarme —le aseguró, prendiéndose de su brazo.

Atravesaron el pasillo y él abrió la puerta de su guarida. Había pasado más tiempo allí que en cualquier otro lugar durante toda su vida.

Cândida observó cada detalle y le sorprendió ver el uniforme de la Guardia Imperial colgado en un perchero. Estaba impoluto, como si alguien se encargase de mantenerlo en esas condiciones.

—Supongo que te estarás preguntando por el uniforme.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Llámalo intuición. —Se acercó y tocó los botones dorados—. No me he animado a deshacerme de él todavía. Aunque mi vida militar quedó enterrada en el pasado, en esa maldita guerra que me dejó ciego, jamás renegué de mis elecciones. Incluso de aquellas que hice impulsado por el miedo o la necesidad de sobrevivir. —Le contó sobre lo que había sucedido en la batalla de Tuyú Cué, cuando huyó junto a su grupo para ponerse a salvo del ataque paraguayo.

—No puedes culparte por querer vivir, Alexandre. Una guerra es una situación extrema en la que se cometen muchas atrocidades, y cualquier error se termina pagando muy caro. Si te sentías en deuda con esos soldados por haberlos abandonado, lo pagaste con creces. Ya no pienses en ello; no tiene caso.

Alexandre sonrió. Era la primera vez que hablaba con alguien de lo sucedido. Ni siquiera a Maria Graça había podido contárselo por temor a que esa imagen de héroe que tenía de su hermano mayor se rompiera en mil pedazos.

—Conmigo no tienes necesidad de esconder la verdad, Alexandre. Aunque mi tragedia no se compara con la tuya, mi vida no ha sido fácil tampoco.

—Supe que el senador Pereira murió el mismo día de la boda —comentó.

—Sí… y eso ha generado que todo el mundo en Campinas me conozca como “la viuda virgen” —Ya no le provocaba ningún pudor hablar del asunto, ni siquiera con él—. No les digo nada porque tienen razón en llamarme así.

—Es muy injusto —repuso Alexandre, imaginando lo difícil que debía ser para Cândida salir a la calle sabiéndose el centro de todas las burlas. Él no lo habría soportado, por eso vivía recluido en la hacienda.

—Ya no hablemos de cosas tristes y que, además, no tienen remedio. Es imposible volver el tiempo atrás. La guerra ya terminó y mi esposo está muerto. —Lo tomó de sorpresa al guiarlo hacia la cama. Hizo que se sentara, luego se acomodó a su lado—. He venido a verte para planificar nuestro futuro, Alexandre Esteves.

Él, perplejo por su osadía, no fue capaz de decir nada.

—Como es evidente que te dejé sin palabras, será mejor que me escuches.

Alexandre asintió. Su corazón latía con fuerza y le sudaban las manos. Se suponía que le concernía a él, como hombre, dar el primer paso. Sin embargo, no pensaba detenerla ni llevarle la contraria.

—No sé si fue amor a primera vista o el arrebato de una pasión —empezó a decir—. Yo tenía una vida planificada, pero te cruzaste en mi camino. Ahora estoy absolutamente segura de que, si esa noche no me hubiese marchado, nuestros destinos habrían sido muy distintos.

—Yo debería haberme esforzado más para retenerte a mi lado —alegó él, aceptando parte de la culpa.

—Todavía estamos a tiempo de remediar la falta de coraje que nos

impidió hacer lo que realmente queríamos esa noche. —Le acarició el mentón. Le gustaba la barba y esas cejas espesas que le daban tanta profundidad a su mirada—. Estoy dispuesta a construir una vida contigo, Alexandre.

—Cândida… ya es tarde —murmuró él, apretando la mano femenina contra su rostro—. No tengo una vida para ofrecerte, tan solo un mundo lleno de sombras.

—Yo también he vivido en las sombras durante todos estos años, Alexandre. Añorándote y soñando con volver a verte. Cuando supe que habías vuelto ciego de la guerra no me importó. Solo deseaba estar a tu lado, y si me dejas, seré tus ojos en la oscuridad.

Alexandre no quería mostrarse débil, pero no pudo hacer nada cuando los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Me amas? —se atrevió a preguntar.

—No ha habido un solo día en todos estos años que no pensara en ti, Alexandre. Si es amor o pasión, solo el tiempo lo dirá. —Recostó la cabeza en su hombro—. Démonos la oportunidad de descubrirlo. ¿Qué podemos perder?

Alexandre ya no iba a luchar contra sus propios sentimientos. Cuando creía que ya no tenía posibilidades de ser feliz, Cândida Almeida reaparecía en su vida como un bálsamo de luz. La sujetó de la barbilla y respiró hondo.

—¿Ahora puedo besarte?

—¡Pensé que nunca me lo ibas a preguntar!

Se echaron a reír mientras sus bocas, torpes y ansiosas, se entregaban a la pasión de su primer beso.

*

Candelaria entró muy rápido en su habitación para evitar cruzarse con el barón. Acababa de llegar de la ciudad y no quería que la regañaran por su tardanza. Cerró la puerta tras de sí, y al darse vuelta, vio que su madrina la estaba esperando.

—Madrina, yo puedo explicárselo —dijo atajándose antes de recibir un regaño.

—¿Por qué vuelves recién a esta hora, hija? —Estaba preocupada

por su desaparición; sin embargo, lo que la tenía realmente angustiada era la razón de su presencia allí. Había tomado la decisión de hablar con ella sobre lo ocurrido en los momentos previos al accidente y sabía que no sería sencillo para ninguna de las dos enfrentar esa conversación.

—Me entretuve en la casa de té. —No se le ocurrió otra cosa mejor que decir.

Maria Graça sabía que le estaba mintiendo, pero no se lo reclamó. Sospechaba que sus asiduas visitas a la ciudad tenían otra razón de ser, pero ya se lo preguntaría más adelante.

—¿Vas a cenar?

—No tengo hambre. —Volvió a mentir para no tener que bajar al comedor y encontrarse con el barón—. Le pediré a Amaranta que me prepara una taza de té manzanilla.

—¿Estás huyendo de algo, Candelaria? ¿Por eso te pasas toda la tarde en la ciudad y te rehúsas a cenar en familia?

—No, madrina, no es eso. —Le esquivó la mirada.

Maria Graça se aproximó a ella y la obligó a enfrentarla.

—Puedes contarme lo que sea, hija. —Candelaria guardó silencio—. Ya no puedo postergar más esta conversación. Quiero que me digas qué pasó el día de tu accidente.

—Ya se lo conté, madrina…

—Me contaste solo una parte. Presiento que hay mucho más y es tan espantoso que no te has atrevido a decírmelo.

Candelaria, agobiada de cargar con ese secreto, resolvió que ya era hora de que su madrina supiera la verdad. No solo de lo que había ocurrido entre ella y el barón… Necesitaba desahogarse con ella; contarle sobre la amenaza de Jandiara y lo que se escondía detrás de la muerte de su abuela Edileusa.

—Venga, será mejor que se siente —le dijo, sujetándola del brazo para llevarla hasta el confidente.

El peor de los temores de Maria Graça se le hizo realidad cuando la escuchó relatar la escena que había protagonizado con Augusto poco antes de salir huyendo de la casa. Percibió la vergüenza en sus palabras; pero debía hacerle entender que ella no tenía nada de qué

avergonzarse.

—Lamento lo que sucedió, madrina. —Se le había formado un nudo en la garganta.

—Cariño, no fue tu culpa. Augusto es el único responsable de lo que pasó. No voy a permitir que te sientas en falta por causa de un hombre inescrupuloso que no hace más que lastimar y degradar a todos los que lo rodean. —Le acomodó el cabello detrás de la oreja—. Yo sospechaba que algo malo había ocurrido, y cuando se lo reclamé, el muy cretino lo negó todo.

—No comprendo por qué lo hizo, madrina. Se supone que es mi padre. Aunque no llevemos la misma sangre, no debió tratarme así. —Se recostó sobre su regazo, buscando su consuelo—. ¡Sentí tanto asco! Por eso salí huyendo, necesitaba alejarme de él.

—Gracias a Dios y a Santa Rita, la caída del caballo no tuvo consecuencias graves.

Candelaria sabía que había llegado el momento de revelarle la otra verdad. Quizá la más dolorosa para ambas.

—Mentí, madrina. —Se incorporó y la miró a los ojos—. No fue un accidente.

Maria Graça la conminó a hablar cuando ella se quedó callada de repente.

—Fue Jandiara.

—¿Jandiara? —Le vino a la memoria todo lo que le había hecho en el pasado. Creía que ese odio que sentía por ella había desaparecido con el paso de los años, pero ahora comprendía que no era así. Continuaba culpándola por lo de Dimas y ahora se había atrevido a lastimar a la hija de ambos. ¿Acaso sabría quién era Candelaria en verdad?—. Lo que ha hecho es imperdonable. Siempre me ha odiado, pero no tenía ningún derecho a meterse contigo.

Candelaria se sorprendió. No creía que fuese posible que alguien odiase a su madrina. Era la mujer más dulce y bondadosa del mundo. Quizá ese había sido el motivo que la había llevado a empujar a su abuela de las escaleras.

—No quería que contase lo que sabía, por eso pinchó al caballo y provocó el accidente.

Maria Graça no entendió lo que intentaba decirle.

—¿A qué te refieres, cariño?

—Madrina, mi abuela no tropezó en las escaleras. —Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas al recordar lo que había sucedido once años atrás—. Yo vi cuando Jandiara la zamarreaba del brazo, haciéndole perder el equilibrio. Me descubrió espiándola y me amenazó. Me dijo que si contaba lo que había ocurrido me mataría a mí también.

Maria Graça la abrazó. Ella no lloraba. No podía. La terrible verdad que acababa de escuchar la dejó totalmente conmocionada. Su querida nana, la mujer que la amó más que a su propia madre, había muerto por su culpa. El odio de Jandiara había llegado demasiado lejos y sabía que no se detendría. Era peligrosa. No podía permitir que volviera a acercarse a Candelaria.

—Hija, por favor, mantente alejada de ella —le suplicó—. Yo hablaré con mi padre para que haga algo al respecto. Jandiara tiene que afrontar las consecuencias de sus actos.

—¿Por qué siente tanto rencor hacia usted, madrina? —quiso saber. No había olvidado lo que le había dicho la esclava—. También a mí me desprecia. Me lo confesó antes de provocar al caballo.

—¿Qué fue lo que te dijo exactamente?

—Que deseaba verme muerta porque sabía la verdad sobre mi origen. Me contó que había crecido rodeada de mentiras y que quienes debían cuidarme me habían abandonado. —Hizo una breve pausa antes de proseguir—. Madrina, nunca se lo comenté porque me negaba a creerlo y porque quería evitarle un disgusto, pero desde que me convertí en una Soares do Carvalho, en la ciudad, todos murmuran que en realidad soy la hija bastarda del barón con alguna de las esclavas de su barraca. Muchas veces he oído que por lo bajo me llaman “la baronesita”. Cuando era pequeña me molestaba mucho. La abuela Edileusa me dijo que mi madre murió poco después de que me diera a luz. Cuando le preguntaba sobre mi padre, se mostraba reacia a hablar de él, por eso comencé a pensar que esos rumores que circulaban por ahí tenían algo de verdad. Después, con el paso del tiempo, dejé de pensar en ello. Pero necesito saber si realmente el

barón es mi padre.

—No, cariño. Él no es tu padre.

—¿Está segura?

Maria Graça tenía que morderse la lengua para no contarle toda la verdad.

—Olvida lo que te dijo Jandiara, solo sabe escupir veneno por la boca. Siempre ha sido así.

—Me hubiese gustado conocer a mi madre y saber quién era mi padre —manifestó de repente Candelaria—. Sé que en las barracas hay muchas mujeres destinadas solo a parir hijos para que los señores de hacienda obtengan nueva mano de obra sin pagar un real. Y sé también que mi padre pudo haber sido un reproductor, que no hubo amor en mi concepción.

—No digas eso, Candelaria. —Se le partía el alma de que creyera que no había sido una hija deseada.

—Si esa es la verdad, la acepto. Sin embargo, jamás voy a justificar ni perdonar el sufrimiento de *mi* gente en las barracas a manos de capataces crueles y amos déspotas. —Se secó las lágrimas de un manotazo—. Por eso he decidido luchar por aquellos que no pueden hacerlo. No pensaba decírselo, pero el barón ya lo descubrió, así que no tiene caso seguir guardando el secreto. Yo soy La Flor de la Libertad, madrina.

Maria Graça la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Tú eres quien escribe esos maravillosos artículos en favor de la abolición?

Candelaria asintió. Por ahora, era todo lo que podía contarle.

—Soy abolicionista y republicana —confesó alzando la vos. Poco le importaba que alguien más pudiese escucharla.

—Estoy tan orgullosa de ti, cariño. —Le dio un beso en la frente y le acarició las mejillas. Pensó en Dimas. Si pudiera ver a su hija en ese momento, también se sentiría orgulloso de ella—. ¿No quieres que le pida a Amaranta que te suba algo de cenar?

Candelaria asintió. La conversación con su madrina le había abierto el apetito. Liberarse de ese secreto que la atormentaba desde la infancia la hacía sentirse más ligera. Cuando la vio dirigirse hacia la

puerta, se arrepintió de no haberle hablado de Octavio, de sus sospechas y de Dimas, el mulato que había llegado a Campinas y con el cual se sentía tan a gusto en su compañía.

Maria Graça se volvió y la miró.

—¿Sabes una cosa, cariño?

—¿Qué, madrina?

—Yo también soy abolicionista… y republicana.

Candelaria sonrió. A pesar de tantos tragos amargos en su vida, le agradecía a Dios y a su adorada Santa Rita de Casia por tener a una mujer como Maria Graça a su lado.

*

Juliana le ordenó al cochero que la llevase a la ciudad. No podía volver a La Aurora. No después de lo que su abuela le había revelado. ¿Cómo era posible que hubiese vivido engañada durante todos esos años? Estaba segura de que, de no haber visto la marca en la espalda de su madre, jamás habría descubierto la verdad. La bastarda de Candelaria era su hermana. Llevaban la misma sangre y eso no lo podía tolerar. Aunque doña Isadora no había querido entrar en detalles, según sus propias palabras, por ser una historia demasiado escabrosa, le contó que su madre había tenido un amorío con un mulato poco antes de casarse con el barón. Y que de esa aberración había nacido una niña. Cuando le preguntó cómo Candelaria llegó a crecer en la hacienda como nieta de Edileusa, su abuela le explicó que había sido una decisión de su abuelo João y de su padre.

No necesitaba saber nada más. Ahora comprendía la razón que se ocultaba detrás de la adopción de la mulata. No la habían llevado a vivir a La Aurora para hacerle compañía a ella: Candelaria se había convertido en una Soares do Carvalho porque su madre quería tenerla cerca. ¿Por qué el barón se lo había permitido? ¿Acaso no tenía dignidad? La odiaba más que nunca y deseaba gritarle la verdad en la cara. Sin embargo, era mejor quedarse callada. Por eso le había pedido a su abuela que no comentara con nadie lo que habían hablado.

Cuando el carruaje se detuvo delante del edificio donde funcionaba

la consulta del doctor Montalbán, le ordenó al cochero que se detuviera. Se presentaría con la excusa de algún malestar. Después de haber estado enferma durante tanto tiempo, no sospecharía nada. Retocó su peinado y se bajó un poco el escote del vestido para remarcar la forma de sus senos. Debía utilizar todas las armas a su alcance para conquistar a Octavio Montalbán.

Había dos pacientes en la sala de espera y la secretaria no estaba en su sitio. Supuso que la vieja con cara de vinagre que trabajaba para don Humberto continuaba todavía allí. Apareció unos minutos después, la saludó con un movimiento de cabeza y le dijo que debía esperar su turno. A Juliana no le agradó su actitud. ¿Por qué tenía que esperar siendo quien era? La puerta del consultorio se abrió y le hizo señas a Octavio.

—¿Podría pasar a verlo, doctor?

Los demás pacientes se miraron entre sí, molestos.

—¿No puede esperar, señorita Soares do Carvalho?

Ella negó con la cabeza.

—Está bien, pase. —Se dirigió a las dos personas que estaban esperando—. En un momento estaré con ustedes.

Juliana, satisfecha por su pequeño logro, le sonrió a la horrible secretaria.

Octavio le pidió que se sentara y cerró la puerta.

Ella se dejó caer en la mullida butaca muy despacio, inclinándose hacia adelante para lucir el escote del vestido. Luego se sentó bien erguida y cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Soares do Carvalho?

—En principio, me conformaría con que dejase de llamarme así. Soy simplemente Juliana, doctor Montalbán.

Octavio percibió su tono seductor al hablarle y se sintió incómodo.

—¿Tiene alguna dolencia?

Juliana se mordió el labio y puso cara de quien ha cometido una travesura.

—La verdad es que pensaba mentirle —le confesó—. Cuando era niña estuve muy enferma y me hubiese bastado con mencionarle algunos de los síntomas para que me atendiera…

—¿Pero?

—Pero he venido porque tenía ganas de verlo y reiterarle mi deseo de contar con su presencia en el baile de Carnaval. Mi madre le envió una invitación formal para que sea mi pareja esa noche. ¿La recibió?

—La recibí, sí.

—¿Y piensa asistir? —quiso saber, ansiosa.

Octavio ya había hablado con Rosaura al respecto y habían acordado ir al dichoso baile. Ella, porque quería conocer gente; él, porque necesitaba tener una buena excusa para volver a ver a Candelaria.

—Iré, puede quedarse tranquila.

Juliana sonrió complacida.

—¿Aceptará ser mi pareja entonces?

—Supongo que debe ser un gran honor ir como el acompañante de la hija del barón de Campinas —manifestó, escondiendo el odio que sentía por ese hombre detrás de una sonrisa afable—. Agradezco la oportunidad, Juliana. Mi hermana y yo estaremos encantados de asistir al baile en La Aurora. A propósito, ¿cómo sigue Candelaria?

La sola mención de ese nombre arruinó el momento de dicha que acababa de tener.

—¡Oh, ella se ha recuperado muy bien! Ayer pasó toda la tarde fuera de casa y apareció recién a la noche, sin decir dónde había estado.

Octavio frunció el ceño.

—Le aconsejé que continuara con el reposo al menos durante un par de días más. —Le molestaba su imprudencia; sin embargo, lo que más lo desconcertaba era el hecho de que hubiese faltado tantas horas de su casa. Quizá se estaba dejando dominar por los celos. No podía olvidar que Candelaria escribía en secreto para *La Voz de Campinas* y además formaba parte de la sociedad abolicionista de la cual le había hablado don Humberto.

—Mi hermana es así, Octavio —acotó, llamándolo por su nombre de pila—. Lleva la rebeldía en la sangre. No debemos olvidar de dónde viene.

Su comentario le pareció fuera de lugar. El temperamento de

Candelaria no tenía que ver con su color de piel, mucho menos con su origen. ¿Cómo podía referirse a ella en esos términos tan poco amables? Era su hermana, se habían criado juntas.

—Pero ya no hablemos de ella, por favor. Me pone de mal humor pensar en el disgusto que les causó a mis padres anoche con su conducta un poco —hizo una pausa para encontrar el vocablo adecuado— disoluta. Por más que sea una mulata liberta, tiene que respetar las reglas del decoro y las buenas costumbres, ¿no le parece?

Octavio no iba a darle su opinión sobre lo que acababa de oír. Se arrepentía de haber aceptado su invitación a ser su pareja durante el baile de Carnaval; pero no tenía otra opción. Lo único que le importaba era estar cerca de Candelaria. Afortunadamente, su secretaria entró en ese momento para entregarle un sobre.

—Juliana, si no tiene nada más para decirme, le voy a pedir que se retire. Hay otros pacientes esperando. —Le sonrió y de inmediato comprendió que ella había malinterpretado su gesto. Se acercó a él para despedirse con un beso en la mejilla. Al hacerlo, se apoyó deliberadamente sobre su cuerpo, rozándolo con su apretado escote. Le estaba coqueteando con todo descaro. La apartó y, tomándola del brazo, la acompañó a la salida.

Cerró la puerta y se tomó un par de minutos antes de hacer pasar al próximo paciente. Posó sus ojos color café en el sobre que acababa de recibir. Tenía su nombre en el frente y el selló por detrás. Lo abrió, y al hacerlo, una flor blanca se deslizó hasta caer al suelo. La levantó y olió su perfume. Era una camelia. El símbolo que representaba a la causa abolicionista.

El texto de la nota que la acompañaba era breve.

Hoy, a las once, en la sacristía.

TREINTA Y UNO

Maria Graça llegó a la hacienda de su familia dispuesta a todo. Jandiara no podía continuar destilando su odio por causa de un hombre que ambas habían perdido. Cuando preguntó por su padre, le dijeron que andaba recorriendo los cafetales. Doña Isadora supervisaba el almuerzo en la cocina y Alexandre se encontraba en el salón. Le sorprendió saber que no estaba encerrado en su habitación. Pero la sorpresa fue mayor cuando vio que alguien lo acompañaba. Era la profesora de piano de Juliana.

—Buenos días. —Cuando Cândida Almeida se volteó hacia ella, descubrió que Alexandre la tenía tomada de la mano.

—Buenos días, *Pajarito*.

—¿Cómo está usted, señora baronesa?

—Solo Maria Graça, por favor. El título nobiliario me hace sentir bastante incómoda —le dijo mientras le daba un beso a su hermano en la frente.

—¿Han venido las muchachas contigo? Porque Juliana estuvo esta mañana muy temprano de visita.

—¿Juliana ha venido a verte? —Maria Graça no terminaba de sorprenderse.

—En realidad vino a hablar con nuestra madre. Se encerraron las dos en el despacho y luego se fue sin siquiera despedirse de mí.

—Quizá vino a invitarla al baile de Carnaval.

—¡Ah, el dichoso baile! Juliana no habla de otra cosa durante las clases —comentó Cândida. La llegada de Maria Graça la había hecho sentir un poco incómoda, aun así, su mano seguía apretando la de Alexandre.

Maria Graça se moría por preguntar, aunque la escena que tenía delante de ella era por demás elocuente. La felicidad que percibió en

el rostro de la profesora de piano se replicaba en el de su hermano. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan sonriente.

—¿Qué ocurre, *Pajarito*? No es usual en ti quedarte callada.

—Alexandre, creo que tu hermana se merece una explicación. —Cândida la miró comprensivamente—. Debe sentir curiosidad por saber qué fue lo que ha ocurrido.

—La verdad es que sí. Aunque Alexandre me comentó que se habían conocido hace algunos años, jamás imaginé… esto.

Alexandre se llevó la mano de Cândida a la boca y la besó.

—Esto, *Pajarito*, es un sueño hecho realidad.

Había tanta emoción en su voz que Maria Graça se conmovió hasta las lágrimas.

—¡Me alegro tanto, mi querido Alexandre! Te mereces toda la felicidad del mundo y sé que la vas a encontrar al lado de una mujer como Cândida.

—Era ella o nadie, Maria Graça. —Buscó su mano y ella apretó la suya con fuerza—. Tú entiendes lo que quiero decir porque has amado a un solo hombre en toda tu vida.

Maria Graça dejó escapar un resuello mientras miraba de reojo a su flamante cuñada.

—¿Qué han dicho nuestros padres de este repentino romance?

Fue Cândida la encargada de responder a su pregunta.

—El coronel me dio una cálida bienvenida a la familia…

—Y mi madre hizo todo lo contrario —adujo Maria Graça, imaginando la expresión de espanto de su rostro al enterarse de que su adorado hijo tenía un amorío con una mujer viuda, cuya fama en la ciudad no la favorecía en absoluto.

—Me trató con cierta indiferencia, pero Alexandre asegura que tarde o temprano terminará aceptándome.

—Y si no lo hace, me iré de la hacienda —acotó el joven, dispuesto a todo con tal de no volver a separarse de la mujer de su vida.

—¿Planean casarse pronto?

—Aunque hemos perdido muchos años, queremos darnos la oportunidad de conocernos y tratarnos primero. No tenemos prisa, ¿verdad, cielo?

Alexandre afirmó con la cabeza y Maria Graça lo vio ruborizarse. Le acarició la mejilla en un gesto de cariño.

—Estoy muy contenta por ambos. —Le dio una palmadita en la mano a Cândida—. Me encantaría quedarme un poco más y escucharlos hablar sobre sus planes para el futuro, pero he venido a hablar con Jandiara de un asunto muy serio.

—Seguramente la encontrarás en la cocina. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Te lo contaré en otra ocasión. —No quería estropear un momento bonito como ese con una historia tan macabra. Se despidió de ellos con un efusivo abrazo y salió a buscar a la esclava.

En la cocina no estaba. Gerarda le dijo que se había ido temprano a lavar ropa al arroyo. Decidió que era mejor esperarla. Pero cuando vio que su padre había regresado de los cafetales, lo siguió hasta el despacho. Le habló sin rodeos y le exigió que se deshiciera del Jandiara porque no quería volver a verla en la hacienda. El coronel, atónito, escuchaba en silencio lo que su hija le contaba sobre las maldades de la esclava. Desde la muerte de Edileusa, provocada por un empujón, hasta el incidente con el caballo del cual había sido víctima su nieta. Maria Graça solo se marchó después de que su padre le prometiera que enviaría a Jandiara a la hacienda de un primo lejano suyo, en Mina Gerais.

Cuando salió a la veranda, la vio pasar con un fardo de ropa en la cabeza. La esclava volteó la cabeza y la miró con desprecio. Maria Graça le sostuvo la mirada mientras sonreía. Le hubiese gustado escupirle en la cara que ya no podría volver a lastimarla, pero prefirió callarse. Hasta que Jandiara no estuviese a muchos kilómetros de distancia, ni ella ni sus seres queridos podían sentirse a salvo.

Regresó a La Aurora a media mañana. Juliana la esperaba para terminar con los preparativos del baile de Carnaval. No estaba con ánimos para fiestas; sin embargo, sus hijas jamás lo sabrían.

*

Octavio llegó a la cita diez minutos antes de lo pactado. Encontró la sacristía vacía, como si el padre Reginaldo y su colaborador, el tal Vento, hubiesen desaparecido a propósito. Impaciente por naturaleza,

comenzó a caminar de un lado a otro mientras miraba la hora a cada rato. Se preguntaba quién lo había citado en ese lugar. Aunque el mensaje era claro, no conocía la identidad de todos los miembros de la Sociedad de la Camelia Blanca. Don Humberto, antes de morir, solo le había mencionado el nombre de Candelaria para que aceptase colaborar con ellos en caso de que se lo pidieran. Escuchó el pesado crujido de la puerta de la sacristía al abrirse y se detuvo junto a la mesa. Vio la sombra de una amplia falda recortarse contra la pared y supo que se trataba de una mujer. Nervioso y excitado a la vez, sintió que empezaban a sudarle las manos. Cuando Candelaria se apareció delante de él, contuvo el aliento. No se esperaba que la hubiesen enviado precisamente a ella.

—Hola, Octavio.

No dijo nada. Su nombre, pronunciado con la dulzura de su voz, se quedó retumbando en sus oídos durante varios segundos.

—¿Te sorprende verme? —Candelaria dejó su bolso encima de la mesa, se deshizo de los guantes y, por último, se quitó también el sombrero.

—No imaginé que vendrías tú.

—Pero sabías que soy parte de la Sociedad de la Camelia Blanca.

Octavio asintió.

—Me lo contó mi tío en su lecho de muerte.

—Y al igual que él, ¿estás dispuesto a colaborar con la causa abolicionista? —Aunque confiaba ciegamente en él, debía asegurarse de su lealtad. Lo observaba fijamente, deteniéndose en cada rasgo para tratar de descubrir quién era en realidad.

—Lo estoy —afirmó, sintiéndose algo incómodo por esa repentina insistencia en mirarlo.

—Queremos que estés presente en el baile del Carnaval que el barón va a dar en La Aurora dentro de tres días.

—¿Queremos? —Si iba a colaborar con ellos, tenía derecho a saber quiénes eran los demás.

—Sí. No debería darte sus nombres; sin embargo, lo haré para que veas que confiamos en ti. —Se paró junto a la ventana y se puso a raspar el piso de madera con el taco de sus botinetas. Lo espió para

estudiar su reacción. Era algo que ella solía hacer cuando se juntaban a la orilla del río. En esa época, debido a su condición de esclava, no podía usar zapatos y siempre terminaba con los pies sucios. No notó nada extraño—. Somos pocos, pero tenemos el apoyo de otras sociedades abolicionistas. —Le reveló la identidad de sus compañeros y también mencionó a Dimas Gonçalves, un referente de la causa, que al igual que ella era un esclavo liberto.

Octavio los conocía de vista a todos menos al tal Dimas, y eso era porque acababa de llegar a Campinas, proveniente de la ciudad de Resende.

—¿Qué es lo que pretenden de mí exactamente? —Se giró sobre sus talones y pasó el dedo por el borde labrado del bargueño en donde el padre Reginaldo guardaba el vino de consagrar. Muchas veces, de niño, cuando se colaba por la ventana para robarse algunas hostias, lo había visto tomarse algún que otro traguito a escondidas del sacristán.

—Durante el baile, vamos a liberar a una de las esclavas de la hacienda. Por ahora, solo necesitamos que nos brinde su apoyo en caso de cualquier contratiempo. Algo puede salir mal y la mano de un doctor nos vendría bien.

—¿Temen que alguien salga herido? —Pensó en ella y en el riesgo que corría.

—No sabemos lo que puede llegar a pasar. Por eso debemos prepararnos. —Le explicó el resto del plan para que estuviese atento y le entregó un paquete que llevaba en el interior de su bolso—. Usará esta máscara para conocer en todo momento su posición.

—Con respecto a eso, hay algo que deberías saber. —Aunque ardía en deseos de acercarse a ella, su instinto le decía que no lo hiciera—. La baronesa me envió una invitación en la que me pide que sea la pareja de tu hermana en el baile. La propia Juliana estuvo esta mañana temprano en mi consulta para asegurarse de que iría.

—¿Juliana ha ido a verte? —No podía creer tanto descaro.

Octavio asintió.

—Insistió tanto que no pude negarme… Juliana puede llegar a ser muy persuasiva cuando se lo propone. —Se lo dijo con la clara intención de provocarle celos.

Candelaria casi se muerde la lengua. ¿Qué era lo que buscaba Juliana con alguien como Octavio? Era la primera vez que la veía interesada en un muchacho. ¡Y tenía que ser precisamente él! Le daba rabia que Juliana se metiera en el medio. Estaba convencida de que solo había puesto los ojos en Octavio porque sospechaba que a ella también le gustaba. Pero no iba a salirse con la suya… no si ella conseguía corroborar sus sospechas.

—Apuesto a que estás encantado de acompañarla —repuso, en tono burlón—. Juliana no se destaca por ser la más dulce de las doncellas, pero es bonita. Vistosa, diría mi abuela, que en paz descanse. ¡Ah, y no olvidemos el detalle más jugoso! ¡Es la hija del barón de Campinas, el hombre más influyente en varias millas a la redonda! —Se cruzó de brazos y le clavó la mirada—. Lo que se dice un excelente partido. Sobre todo para un médico recién llegado a la ciudad.

—No niego que tu hermana sea bonita y que cualquiera en mi lugar estaría feliz de cortejarla, pero no es el estilo de mujer que más me atrae. —Acortó la distancia que los separaba para plantarse delante de ella. Continuaba mirándolo de manera exhaustiva y eso le encrespaba los nervios. ¿Qué buscaba? Ni siquiera se atrevía a preguntárselo.

—¿Tendremos el honor de conocer a tu hermana en el baile de Carnaval? —Retrocedió hasta quedar apoyada en el alféizar de la ventana. No quería ninguna distracción, y su cercanía no le permitía concentrarse.

—Rosaura irá conmigo, sí. —Él no se movió. Ignoraba cuál era su juego, pero estaba dispuesto a seguirle la corriente.

Candelaria necesitaba saber más.

—¿Ella es mayor que tú?

—No, es más joven.

—¿Cuántos años tienes?

Octavio entonces se alarmó de verdad. No era usual que lo estuviese sometiendo a semejante interrogatorio cuando se suponía que hacía apenas un par de días que se conocían. Candelaria siempre había sido curiosa; sin embargo, ese interés desmedido en conocer detalles de su vida resultaba demasiado sospechoso. Aun así, respondió a su pregunta con la verdad.

—Veintiséis.

Candelaria ahogó un suspiro. ¡La misma edad que tendría Marquinhos si estuviera con vida!

—¿Y tú?

—Cumplí veintiuno hace unas semanas. —*Sabes bien cuántos años tengo*, se dijo a sí misma. Con cada nuevo indicio, más se convencía de que era él. De que Marquinhos estaba vivo y que había vuelto a Campinas como el doctor Octavio Montalbán. ¿Por qué le había mentido? ¿Por qué dejaba que siguiera creyendo que había muerto junto con su padre? Si Bernardo Guimarães efectivamente había sido asesinado, quizá Marquinhos había regresado con una identidad falsa porque no tenía otra salida si quería mantenerse a salvo. Deseaba gritarle que lo había descubierto, que jamás lo iba a perdonar por su engaño. Sin embargo, se lo guardó. Era mejor esperar el momento oportuno para enfrentarse a él con la verdad en la mano.

Si el interrogatorio de Candelaria lo había puesto nervioso, ese repentino silencio lo dejó más inquieto todavía. Tenía el fuerte presentimiento de que ella ya lo sabía. Ahora fue él quien la observó con detenimiento, tratando de descubrir en su mirada alguna señal de que su secreto ya no estaba a salvo. Necesitaba salir de allí antes de que le hiciera esa tan temida pregunta y no supiera qué contestarle.

—Debo irme… hay pacientes esperándome.

Candelaria lo vio darse media vuelta y dejar la sacristía con tanta prisa que no le quedó ninguna duda de que estaba huyendo de ella.

Se había olvidado la máscara para el baile encima de la mesa. Corrió detrás de él para alcanzársela y entonces se dio cuenta de que no volvería a su consulta. Octavio se montó en su caballo y salió de la ciudad a todo galope.

Candelaria se subió al carruaje y le ordenó al cochero que lo siguiera.

Cuando se desvió por el camino que llevaba al valle, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Sabía exactamente hacia dónde se dirigía. Apretó la medallita de Santa Rita de Casia contra su pecho y comenzó a orar.

El carruaje disminuyó la velocidad a medida que se iba acercando al

río. Se asomó por la ventanilla y le gritó al cochero que se detuviera.

—A partir de aquí, continuaré a pie.

—¿Está segura, amita?

—Sí, podría caminar por este valle con los ojos cerrados sin perderme.

El esclavo se encogió de hombros y espoleó a los caballos para emprender el regreso a la hacienda.

—¡Si te preguntan por mí, diles que he ido a visitar a mi tío Alexandre! —le pidió como último favor antes de que se fuera.

Se aflojó el lazo del justillo para poder respirar con más facilidad. Debía ser cerca del mediodía y el sol quemaba sin piedad. Octavio le llevaba bastante ventaja, pero no le importó. Aunque tuviese que atravesar todo el valle, lo encontraría. Las botinetas eran un incordio. Se detuvo y se las quitó. Una sensación de puro bienestar la embargó cuando sus pies desnudos entraron en contacto con la hierba. Sonrió. Hacía mucho tiempo que no caminaba descalza. Avanzó en dirección recta hasta toparse con el estrecho sendero cuyo recorrido concluía en la orilla del Jaguarí. El mismo sitio en donde Marquinhos y ella se juntaban para verse a escondidas. El suave murmullo del agua acompañaba el canto de los pájaros. En aquel lugar había vivido los momentos más felices de su infancia. Tras lo ocurrido con Marquinhos no había querido volver. Se aferró a unos arbustos para descender por esa parte del terreno que se empinaba en dirección a unos peñascos y, al levantar la cabeza, lo vio. Octavio estaba nadando junto a la cascada. Su ropa estaba tirada sobre la hierba mientras el caballo pastaba a unos cuantos metros de distancia. Se aproximó sin que se diera cuenta y, agachada detrás del mismo tronco en el que solían sentarse a hablar, se puso a espiarlo. El hecho de que estuviese desnudo no la incomodó. Recordó cuando tenía cuatro años y Marquinhos nueve. Él la había llevado hasta la parte menos profunda del río para enseñarle a nadar. En esa ocasión fue ella la que se había quedado desnuda, porque la corriente del Jaguarí se había llevado los pobres harapos que usaba. Para que no se sintiera triste, Marquinhos se había quitado la ropa también. Eran niños y eran inocentes.

Por un rato lo perdió de vista. Se había zambullido y no aparecía.

Aprovechó para cambiar de posición porque todavía sentía algunos dolores en el cuerpo debido a la caída del caballo. Cuando Octavio volvió a salir a la superficie, Candelaria alcanzó a distinguir una mancha oscura en su espalda. Ella, que había sido testigo de muchos de los castigos a los cuales eran sometidos los esclavos en las barracas, supo que se trataba de una vieja quemadura. Esa era la evidencia que necesitaba para salir de su escondite y obligarlo a confesarle la verdad.

Se incorporó, se alisó la falda del vestido y caminó hacia él a paso firme.

Octavio se dio vuelta de un sopetón al percibir su presencia.

—Candelaria, ¿qué estás haciendo aquí? —Se llevó el cabello mojado hacia atrás mientras intentaba sumergirse un poco más en el agua. Sabía que era inútil. A esas alturas, ya debía de haber visto la quemadura en su espalda.

Ella no le respondió, simplemente se quedó parada junto a la orilla del río con los brazos en jarra.

—Me seguiste —le recriminó.

—Creo que debemos continuar con la conversación que dejamos pendiente en la sacristía —dijo acalorada. El sol le daba de lleno y podía sentir las gotas de sudor deslizándose por su rostro.

—Candelaria, vete. Será mejor que vuelvas a la hacienda.

—¿Mejor para quién? ¿Para mí o para usted, *doctor Montalbán*? —replicó con sarcasmo.

—¿Vas a seguir jugando?

Ella no podía creer semejante insolencia.

—¿Soy yo la que juega? —Se acercó hasta que sus pies desnudos se hundieron en el fango que se había formado alrededor de las rocas—. ¿Soy yo la que miente?

Octavio trató de advertirle que la orilla estaba resbalosa, pero fue demasiado tarde. Candelaria hizo un mal movimiento y terminó cayendo al agua. Cuando desapareció delante de sus ojos, nadó en su dirección y se sumergió. Parecía que nunca lograría llegar hasta ella. Sujetándola de la cintura, la sacó para que pudiese tomar aire. Sabía nadar, él mismo le había enseñado de pequeña; sin embargo, el temor

de que pudiera ahogarse le provocó una sensación de vértigo en la boca del estómago.

—¡Candé, despierta, por favor! —le dio unos suaves golpecitos en el rostro, pero ella seguía sin reaccionar. No había pasado demasiado tiempo debajo del agua como para perder el conocimiento.

De repente, ella abrió los ojos y le sonrió.

—Siempre seré tu Candé, Marquinhos.

Octavio, con la boca abierta y la respiración acelerada, la miró.

—No te atrevas a negarlo —le advirtió mientras se pasaba la mano por el rostro para secárselo.

—¿Cómo lo descubriste? —quiso saber.

—Cuando te vi la primera vez, sentado junto a mi cama, y confundí al doctor Octavio con Marquinhos, de alguna manera intuí que eras tú. Sabía que no era posible, que habías muerto en el incendio junto con tu padre. Sin embargo, algo aquí dentro —se tocó el pecho— me decía que les hiciera caso a mis corazonadas. ¡Incluso llegué a pensar que estaba traicionando tu recuerdo porque empezaba a gustarme el nuevo doctor de la ciudad!

Él sonrió. ¿Se podía sentir celos de uno mismo?

—Después, cuando me llamaste Candé en un momento de… de debilidad, las sospechas se volvieron abrumadoras. Revisé los archivos del periódico para enterarme de todos los detalles de lo que había ocurrido ese día y descubrí que, aunque hay una tumba con tu nombre en el cementerio, tu cuerpo nunca fue encontrado. Esa revelación alimentó todavía más la esperanza de que estuvieras vivo. El delegado Pinto cerró la investigación porque un testigo se presentó y declaró que te había visto tirarte en este mismo río, completamente envuelto en llamas.

—Eso es mentira. Sufrí una quemadura en la espalda mientras intentaba escapar del fuego —le aclaró—. El incendio fue provocado, pero mi padre murió de un tiro en la cabeza.

Candelaria, impactada por la noticia, no supo qué decir. Por debajo del agua, le apretó suavemente el brazo.

—El hombre que asesinó a mi padre regresó. Estaba dispuesto a acabar también conmigo. Me disparó a la altura del corazón, y la

única salida que encontré para salvar mi vida fue lanzarme al río.

—Podrías haber muerto ahogado.

—El doctor Montalbán aseguraba que lo estuve al menos durante unos cuantos segundos.

—¿Fue él quien te rescató?

—En realidad fue Beltrán. —Vio la confusión en su mirada—. Era el cachorro del doctor. Él me tironeó hasta sacarme del agua. Cuando don Humberto me encontró, me llevó a La Porteña. Cuidó de mis heridas y me ofreció su amistad.

—Estabas vivo y a solo unas pocas millas de distancia —le reprochó.

—Quise buscarte y explicártelo, pero el doctor Montalbán me convenció de que no lo hiciera. Tampoco pude ir a visitar la tumba de mi padre. Todos en Campinas me creían muerto y era la mejor manera de mantenerme con vida.

—¿Y luego te fuiste a Buenos Aires?

Octavio asintió. Le contó a grandes rasgos cómo había sido su vida lejos de Brasil y la decisión de volver para descubrir quién estaba detrás del crimen de su padre.

—Entonces esa mujer que vive contigo en La Porteña no es tu hermana.

—Rosaura es más que eso. Es mi mejor amiga, mi compinche en toda esta aventura. Tienes que conocerla, estoy seguro que se llevarán muy bien.

Candelaria no pudo evitar sentir celos. ¿Dónde quedaba su amistad entonces?

—¿Qué pasa? —quiso saber él, adivinando el motivo de su enojo.

—Pensé que *yo* era tu mejor amiga.

Octavio la miró. Algunos mechones de pelo mojado se le habían pegado en el rostro y la medallita de Santa Rita de Casia que él le había regalado ahora colgaba sobre su espalda. La trajo hacia adelante mientras sus dedos le acariciaban el cuello.

—*Fuiste* mi mejor amiga, Candé. —Le acarició el labio inferior con la punta del pulgar—. Después de haber probado el sabor de tus besos, ya no podría conformarme solamente con tu amistad.

—No sé si podré perdonarte, Marquinhos… Octavio. ¡Ya ni siquiera

sé cómo debo llamarte! —protestó mientras extendía los brazos para mantenerse a flote. Se quedó quieta cuando sintió que él la tomaba por la espalda y la atraía un poco más a su cuerpo.

—Los dos son correctos. Octavio es mi segundo nombre.

Candelaria no lo sabía.

—Aunque, por el momento, prefiero seguir siendo el doctor Montalbán.

—¿Y yo seré una más de sus pacientes?

—La favorita —respondió, curvando los labios en una sonrisa pícara.

A Candelaria ese gesto cargado de complicidad le recordó más que nunca al Marquinhos adolescente que se escapaba para ir a verla a la hacienda de los Esteves.

De pronto la boca de Octavio se posó sobre la de ella, agitando un deseo instantáneo en su interior. Un instinto descarnado, dulce y terrenal aleteó dentro de su corazón. Candelaria respondió a sus caricias con ternura y avidez, devolviéndole los besos mientras enredaba los dedos en su pelo. El deseo se sobrepuso a la mentira y el ardor de su sangre los hizo olvidarse de todo lo demás. Octavio recorrió con sus manos el húmedo valle de sus senos y se detuvo un momento para contemplar cómo la tela del vestido mojado le marcaba los pezones. Ella se lo bajó por los hombros hasta que quedó sumergido en el agua. Octavio acarició sus pechos con la palma de la mano y pudo sentir cómo su miembro se tensaba. Adoraba la tersura de su piel acaramelada y el brillo intenso del cielo en su mirada. Tenían tiempo suficiente para saborear todas y cada una de las caricias.

Candelaria percibía la plenitud de su deseo. Era como un hierro candente que palpitaba contra sus muslos. En el instante en que le cubrió un seno con la boca y comenzó a atormentar el tenso pezón con la lengua, ella gimió de placer. Mientras la exquisita tortura proseguía lánguida, como un creciente asalto a sus sentidos, Octavio fue deslizando la mano por el interior de sus muslos. Estremecida por la intensidad de aquella dulce sensación, se arqueó hacia él y hundió la cabeza en su hombro. Con un rápido movimiento, Octavio la despojó

de los calzones. El ardor inundaba su cuerpo acribillándola con espléndidas sacudidas, y cuando la penetró, Candelaria dejó escapar un sollozo. Percibía el fuerte latido del corazón de Octavio, la energía contenida de sus músculos, la espléndida y caliente desnudez de la piel masculina al rozar la suya debajo del agua.

Candelaria se humedeció los labios, y cuando Octavio emitió un profundo gruñido, un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo, arrastrándola hasta el borde del abismo. Fuego líquido recorría su interior provocándole dolor, quemándola con cada nuevo embate. Formaba parte de ella de tal modo que era capaz de amoldar su cuerpo a su voluntad, de mover las cuerdas de sus miembros y su corazón como si fuera el dueño de una marioneta.

Octavio la condujo hasta la cumbre del placer desencadenando su delirio. Candelaria quedó tendida sobre su pecho con la sangre palpitando en sus venas y el corazón henchido de felicidad. Pegó un grito de sorpresa cuando él la cargó entre sus brazos para llevarla hasta la orilla. Se tendieron sobre la hierba. Él, completamente desnudo; ella, con la ropa empapada y los pechos al aire.

Octavio se recostó sobre el codo para deleitarse con cada curva de su cuerpo. Candelaria respiraba agitada mientras sonreía de pura felicidad. Se inclinó sobre ella y bebió las gotas de agua alrededor de su ombligo antes de despojarla del vestido. El calzón, víctima de su arrebato, flotaba en el río. Sin dejar de mirarla a los ojos, fue deslizándole las medias por sus muslos muy despacio. Ahora estaban en igualdad de condiciones: desnudos y mojados, tumbados al sol, en el mismo sitio en donde de niños habían sido tan felices.

—Te amo, Candé —le susurró al oído.

—Yo también te amo, Marquinhos.

Candelaria depositó un beso tierno en la cicatriz que la bala había dejado en su pecho y se adormeció entre sus brazos.

TREINTA Y DOS

Dimas se contempló al espejo por enésima vez mientras en su cabeza no dejaban de dar vuelta las palabras que le diría a Maria Graça cuando estuviese frente a ella. Aunque cabía la posibilidad de que en todo ese tiempo ya lo hubiese olvidado, se valdría de los argumentos más contundentes para convencerla de que abandonase al barón para irse con él.

Se hizo el nudo de la corbata y cuadró los hombros. Debajo del traje azul oscuro llevaba una camisa blanca, un chaleco de seda color gris y la pistola que le había dado Caetano. Estaba dispuesto a usarla, no solo para darle fuga a la esclava de La Aurora, sino también para acabar con la vida de Soares do Carvalho si hiciera falta.

Sobre la cómoda había dejado la máscara que usaría esa noche para ocultar su identidad. Sacó el reloj del bolsillo de la chaqueta y miró la hora. La impaciencia era su peor defecto. Pero ya había esperado demasiado tiempo para que ese momento llegase.

Habían acordado con los muchachos de la sociedad que irían a la hacienda del barón por separado para no levantar sospechas. Cerca de la medianoche, antes del brindis en donde los rostros quedarían al descubierto, Candelaria y Virginia se acercarían a él. Ambas llevarían una camelia blanca prendida en sus vestidos. Sería imposible no reconocerlas en medio de tantos invitados. Después, solo restaba concretar la última parte del plan. Sacar a la esclava de la hacienda haciéndose pasar delante del todo el mundo como una pareja que había decidido marcharse para no revelar sus rostros cuando llegase el momento de brindar.

Se puso la máscara ajustándola bien detrás de la cabeza y respiró hondo.

Había llegado la hora de la verdad.

Por fin esa noche, después de tantos años, volvería a estar cerca de su adorada *sinhazinha*.

*

—¿Estás listo? —le preguntó Rosaura asomándose por la puerta de su habitación.

Octavio estaba abrochándose los últimos botones de la camisa. Ella se acercó y comprobó que lo había hecho mal.

—Déjame a mí. —Le apartó las manos y volvió a empezar—. Nunca te había visto tan distraído.

Él sonrió. Distracción no era exactamente la palabra indicada para describir cómo se sentía. Lo que había pasado en el río entre Candelaria y él había cambiado por completo su vida. Ya no tenía claro qué haría ahora que ella conocía su verdadera identidad. No se lo había comentado todavía a Rosaura porque estaba seguro de que le saldría con un *te lo dije*. Ella le había vaticinado alguna vez que cuando volviese a ver a Candelaria todos sus planes se trastocarían. Y tenía que darle la razón. De repente parecía que hallar al culpable de la muerte de su padre había quedado relegado a un segundo plano. Solo podía pensar en su amada Candé. Ella le había jurado que guardaría su secreto; sin embargo, era consciente de que tarde o temprano todos en Campinas se enterarían de que no había muerto. Y cuando ese día llegase, él o los asesinos de su padre le pondrían un precio a su cabeza.

—Supongo que, aunque vayas como el acompañante de la hija del barón, te las apañarás para acercarte a su hermana —manifestó Rosaura acomodándole el cuello de la camisa.

Octavio asintió. Tampoco le había contado que esa noche planeaban darle fuga a una de las esclavas de la hacienda. Estaba convencido de que cuanto menos supiera mejor para ella. Después de la amenaza de Soares do Carvalho le había pedido que volviera a Buenos Aires, pero Rosaura se negó a dejarlo solo. Por eso, y aunque luego se enojase con él, prefería mantenerla apartada de cualquier situación que la pusiera en peligro.

—Me conoces demasiado bien, Rosaura.

—Y porque te conozco como a la palma de mi mano, intuyo que hay algo que no me dices. —Le dio unos golpecitos en el pecho—. ¡No te atrevas a ocultarme nada, Octavio Montalbán!

Él le dio un apretado abrazo y le aseguró que no había de qué preocuparse. No supo si le creyó. Terminó de vestirse, recogió la máscara y salieron juntos de la habitación, porque el carruaje que los llevaría a la hacienda de los Soares do Carvalho los estaba aguardando.

*

Candelaria no decidía aún qué vestido ponerse. Había reservado uno de los menos vistosos para Virginia, pero le costaba elegir el suyo. Ella tampoco quería llamar demasiado la atención para no opacar a su hermana, cuyo único propósito en el baile era el de brillar delante de los invitados. Esa noche seguramente se esmeraría más de la cuenta para tratar de conquistar al doctor Montalbán. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando recordó lo sucedido en el río. No se habían vuelto a ver desde entonces y pensaba en él en todo momento. La dicha de saberlo vivo y de saberse suya hacían que su corazón explotase de felicidad. Estaba completamente enamorada de Octavio Montalbán y Marquinhos Guimarães. Su madrina era la única que parecía sospechar que algo había cambiado en ella, pero cuando intentaba sonsacarla, lograba evadir airosa sus preguntas. No solo Juliana estaba en el medio, sino también ese gran secreto que escondía el doctor Montalbán y que lo había traído de vuelta a su vida.

Cuando llamaron a la puerta, corrió a abrir. Era Virginia. La hizo pasar y le enseñó el vestido que iba a usar.

—Es muy hermoso, amita.

—No me llames así, por favor. Solo soy Candelaria.

La mulata, tímida en demasía, asintió con la cabeza gacha.

Candelaria le dijo que se quitara la ropa y la ayudó a ponerse el vestido.

—¿Qué te parece? —le preguntó mientras la miraba a través del espejo.

Virginia no pudo responder. Estaba llorando.

—Vamos, no tienes que estar triste. ¡Hoy es un gran día! —la animó.

—Lloro de alegría, no de tristeza.

Candelaria lo sabía mejor que nadie. Más o menos así se había sentido ella cuando su madrina le entregó su carta de libertad. Claro que, con apenas diez años, su realidad había sido muy diferente de la de Virginia. Ella no había crecido en una barraca y no había sufrido el abuso de su señor o de algún capataz ladino.

—Esta noche tu vida cambiará para siempre. —Le había contado que un buen hombre que había venido desde lejos para ayudarlos la llevaría de la mano hacia su tan ansiada libertad. Notó el miedo en su mirada, pero también el brillo de la felicidad.

Enganchó una camelia blanca en el vestido de Virginia, cerca del hombro derecho, y luego le entregó la máscara. Para ocultar el color de su piel, le prestó una esclavina que ató alrededor de su cuello, y unos guantes de terciopelo hicieron el resto. Con el cabello recogido en lo alto de la cabeza y el rostro cubierto pasaría desapercibida.

—Deberás mantenerte cerca de mí durante toda la velada —le recordó—. Cuando Dimas me dé la señal, nos acercaremos y te irás con él.

Virginia se arrojó a sus brazos.

—¡Gracias, Candelaria! —le dijo entre hipidos—. ¡Diosito sabrá compensarla por toda su bondad!

—Ya lo hizo, Virginia, te lo puedo asegurar —musitó, conmovida por sus lágrimas.

*

—¿Crees que tu señora madre se molestará conmigo si le echo llave a la puerta y secuestro a su hijo?

Alexandre sonrió. Dudaba que esa noche doña Isadora y el coronel le prestasen atención. Estaban muy preocupados en llegar temprano al baile en la hacienda del barón como para ponerse a pensar en lo que hacía su hijo mayor encerrado en la habitación.

—¿Cuándo llegaste?

Cândida se acercó al sillón donde estaba sentado y se arrodilló

frente a él.

—Gerarda me dejó pasar por la cocina. No quería que tus padres se dieran cuenta de mi inoportuna visita. —Apoyó la cabeza en su regazo y cerró los ojos.

—Tus visitas nunca son inoportunas —respondió él, acariciándole el cabello.

—Toda la ciudad está revolucionada con el baile de máscaras.

—¿Te arrepientes de no ir?

—No. ¿Y tú?

Alexandre suspiró.

—Las fiestas dejaron de importarme hace mucho tiempo. Incluso antes de irme a la guerra, era reacio a participar en algún evento social.

—Recuerdo la noche en la que nos conocimos, cuando saliste a buscar un poco de soledad…

—Y terminé encontrando a la mujer de mi vida.

Cândida lo observó. Después de mucho tiempo, se había afeitado la barba y cortado el cabello. Sabía que ese cambio en su aspecto físico era por su causa. Ella se había enamorado de su nobleza y de ese brillo de ternura que irradiaban sus ojos. Los que no podían verla, pero que tanto le hablaban de amor. Se puso de pie, levantó la falda de su vestido y se sentó a horcajadas encima de él. Alexandre la sujetó por la cintura para acomodarla mejor entre sus piernas.

Ella, con dedos temblorosos le fue abriendo la camisa hasta dejar su pecho al desnudo. Se inclinó hacia adelante para sembrarlo de besos. Alexandre ahogó un gemido de placer. A tientas, encontró los botones de su vestido y comenzó a desprenderlos uno por uno mientras Cândida se ocupaba de la bragueta de su pantalón.

Para ella era un mundo de sensaciones nuevas; para él, la culminación de un sueño.

Se besaron con ardor y se exploraron con curiosidad. Las manos de Alexandre recorrieron su espalda, bajaron hasta su trasero y se deslizaron suavemente por su vientre. Cândida, urgida por el deseo, empujó su cabeza hacia abajo. Cuando Alexandre comenzó a chuparle los pezones, ella colocó los dedos alrededor de su virilidad, que no

tardó en endurecerse bajo el influjo de sus caricias. Sintió la humedad en su propio sexo y supo que estaba lista para recibirlo.

—Espera… —Se levantó para poder quitarse los calzones y volvió a ubicarse sobre su regazo.

Alexandre apenas podía contenerse. Sabía que era su primera vez y quería prolongar el placer hasta que ella se lo permitiera. Volvieron a besarse mientras Cândida se frotaba contra su erección y él le apretaba las nalgas.

—Hazlo —le suplicó enterrando el rostro en el cuello de Alexandre.

Él le separó un poco los muslos con ambas manos y la penetró. Cuando Cândida emitió un grito de dolor, se detuvo.

—Sigue, por favor.

—¿Estás segura?

—Sí —le susurró al oído.

La segunda estocada fue más suave. Su unión fue desesperada y tierna. Solo quedó la necesidad de alcanzar la cima y dejarse llevar. Embriagados de deseo, apenas escucharon los pasos de alguien acercándose por el pasillo.

—¡Alexandre, tu padre y yo ya nos vamos! —le anunció doña Isadora mientras intentaba entrar en la habitación.

Cândida ahogó un gemido.

—¡Que se diviertan, madre!

—¿Estás seguro de que no quieres ir con nosotros?

—¡No, madre! —Tenía que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada. Jamás se le habría cruzado por la cabeza encontrarse en una situación semejante.

Cuando el coronel Esteves y su esposa finalmente se marcharon, Cândida soltó un profundo suspiro de alivio.

—¡Menos mal que cerré la puerta con llave!

Alexandre ya no pudo contener la risa. Y ella tampoco. Abrazados y extasiados de pasión, se rieron hasta sentir calambres en el estómago.

*

—Luces radiante, querida.

Maria Graça hizo caso omiso a su comentario porque sabía que no

era más que otro intento de congraciarse con ella. Le había advertido que jamás volvería a permitir que le pusiera un dedo encima. Después de lo ocurrido con Candelaria, no podía siquiera mirarlo a los ojos sin sentir repulsión. Él le había pedido perdón de mil maneras, y ella de mil maneras le había dicho que su comportamiento era imperdonable. Le exigió que no se acercara a su hija porque entonces lo iba a lamentar.

—El doctor Montalbán será la pareja de Juliana esta noche —le anunció mientras se echaba unas gotas de perfume en el escote del vestido. Quizás era demasiado osado para una mujer de su edad, pero no le importaba. Estaba harta de seguir las reglas de una sociedad que miraba hacia otro lado mientras por debajo de la mesa hacía lo que quería.

—Ese tipejo no me agrada en lo más mínimo —replicó Augusto.

—Octavio Montalbán es un muchacho agradable, y parece que nuestra hija está muy interesada en él.

Augusto se quedó de piedra.

—¡Tendrá que olvidarlo! —bramó, furioso—. ¡No voy a dejar que un republicano abolicionista entre en nuestras vidas! Será mejor que se lo digas cuanto antes para que no se haga ilusiones en vano.

—Augusto, por favor. No seas tan tajante. Al menos esta noche no hagas nada. Juliana ha esperado el baile con mucho entusiasmo y no quiero que termine lamentándolo.

El barón accedió a no intervenir, pero le aclaró que no pensaba ni siquiera saludarlo cuando llegase a la hacienda.

—Gracias, Augusto.

—No quiero que me lo agradezcas. Habla con ella, porque ese medicucho no va a volver a poner los pies en La Aurora nunca más a no ser que se requieran sus servicios. ¿Has entendido?

Resignada a que se haría su voluntad, Maria Graça asintió. Tomó la máscara y la contempló durante unos instantes. Tenía la forma de una mariposa con sus alas desplegadas. Amaranta le había cosido unas piedritas azules para que intensificasen el color de sus ojos. Se la colocó y de inmediato su mirada cristalina resplandeció. El barón, en cambio, había elegido una máscara más lúgubre, que representaba la

figura de un cuervo. Pensó que era perfecta para alguien de su calaña.

Él le ofreció el brazo para bajar juntos al salón y Maria Graça cayó otra vez presa de los mandatos sociales. No sería muy bien visto que don Augusto Soares do Carvalho, el barón de Campinas, no apareciera en el baile acompañado de su señora esposa, la baronesa.

En el pasillo se cruzaron con Juliana que, para captar toda la atención de los invitados, se adelantó y bajó de prisa las escaleras. Sonrió complacida cuando, entre la multitud, distinguió a Octavio Montalbán y a su hermana Rosaura. Se acercó a darles la bienvenida y no tardó en acapararlo para ella sola.

*

Octavio fingía interesarse en la conversación mientras, por encima de su hombro, barría el salón con la mirada buscando a Candelaria. Aunque no habían pactado ningún encuentro secreto debido a las circunstancias por las que realmente estaban allí, moría de ganas de volver a verla. Observó cómo todos giraban sus cabezas y hacían una ligera reverencia al paso del barón y de su esposa. Él ni se inmutó. Aceptó una copa de champán que le ofreció una esclava y bebió un sorbo. Distinguió a un grupo de cuatro hombres al fondo del salón. Aunque llevaban distintas máscaras, vestían todos de negro. Supo que eran ellos: los miembros de la Sociedad de la Camelia Blanca. Deseaba abordarlos y presentarse formalmente, pero sería llamar demasiado la atención. Además, dudaba de que pudiese liberarse de Juliana. La joven ahora se había aferrado de su brazo. Continuaba hablándole sin parar, pero él ni siquiera la escuchaba. La orquesta empezó a ejecutar un vals y algunas parejas se fueron aproximando al centro del salón. Cuando Juliana le sonrió, supo que no tenía escapatoria.

—¿Me concedes una pieza, Juliana?

Ella, ni lerda ni perezosa, lo arrastró hacia la pista de baile. Acababa de ver entrar a la bastarda de Candelaria y no quería darle la oportunidad a Octavio ni siquiera de saludarla. Le puso una mano en el hombro y levantó la cabeza. Despertaría la envidia de todas las muchachas que, al igual que ella, asistían a los pocos eventos sociales que se organizaban en la ciudad con la clara intención de conseguir un

buen partido. Pero Juliana se conformaba con provocar los celos de la mulata. Sabía que también le gustaba el doctor. ¡Pobrecilla, hasta pena le daba! Solo una ilusa como Candelaria podía creer que un hombre como Octavio Montalbán se fijaría en ella.

*

Candelaria se esforzaba en no volver la mirada hacia la pista de baile; sin embargo, no lo conseguía. Octavio no la había visto todavía. Era evidente que su hermana se estaba encargando de distraerlo para que le prestase atención solo a ella. A su lado, una nerviosa Virginia intentaba comportarse con discreción. No llevaba zapatos. Debajo del vestido, sus pies estaban desnudos. Candelaria le había prestado un par de sus botinetas más cómodas, pero al no poder caminar bien con ellas optaron por la salida más rápida y sencilla. Con la falda ampona que rozaba el suelo, nadie se daría cuenta. Tadeo, Gesio, Alfredo y Vento ya habían llegado. Se mezclaban con la gente, yendo de aquí para allá, mientras estudiaban la posición de los capataces que vigilaban la hacienda. Había que estar preparado para todo. El plan inicial podía fallar, y si se veían obligados a improvisar, al menos tendrían la información necesaria para hallar la mejor manera de que Virginia pudiese escapar.

Tadeo se le acercó y la sorprendió invitándola a bailar.

—No puedo dejar a Virginia sola —le dijo en voz baja.

—Sé que no es lo que habíamos acordado, pero Dimas todavía no llega y pensé que no te importaría.

—No se preocupe por mí, Candelaria —intervino la esclava—. No pienso moverme de aquí en toda la noche.

Candelaria no estaba segura. Virginia era responsabilidad suya y debían permanecer juntas hasta el arribo de Dimas.

Como se resistía, Tadeo se fue y regresó acompañado de Alfredo.

—Nogueira puede bailar con Virginia —sugirió, esperando que cambiase de opinión.

—Meneses tiene razón, Candelaria —repuso el periodista, llamándolo también por su apellido—. Llamarían menos la atención en la pista de baile que paradas aquí, en este rincón, expuestas a

cualquiera que se acercara con la misma intención que él.

—Virginia no tiene zapatos.

Ambos bajaron la mirada.

—El vestido es lo suficientemente largo como para que nadie lo note. —Tadeo no pensaba rendirse.

—¿Tú quieres bailar, Virginia?

La esclava la miró y le dio a entender con una mueca que no sabía qué hacer. El baile de salón era algo extravagante para una muchacha acostumbrada a los pasos primitivos del *lundú*. Cuando Alfredo Nogueira extendió el brazo hacia ella, Virginia terminó aceptando su invitación. Y Candelaria no tuvo más remedio que hacer lo mismo con Tadeo Meneses.

Al menos ahora sí Octavio notaría su presencia. Trató de llevarlo cerca de donde él bailaba con Juliana. Tadeo, encantado de poder tenerla por fin en sus brazos, se dejaba hacer. Malinterpretó las intenciones de Candelaria y colocó la mano en su cintura un poco más abajo de lo permitido. Ella sintió el roce de sus dedos en el trasero y le dio un pisotón.

—¿Qué haces? —Reprimió un grito de dolor mientras volvía a poner la mano en el lugar correcto.

—¿Qué haces tú? —lo increpó.

Ese breve incidente había captado la atención de los demás bailarines. Algunos se reían de la situación, otros miraban con disimulo. Los intentos de Juliana cayeron en saco roto cuando Octavio la hizo girar para averiguar a qué se debía tanto revuelo. Su primer impulso al ver a Candelaria bailando con otro fue el de ir a buscarla. El brazo de Juliana apretándolo con fuerza se lo impidió.

—¡No puedes abandonarme en medio de la pista de baile! —le dijo entre dientes mientras sonreía—. Deja a esa maldita bastarda que se divierta con su amigo.

Las soeces palabras de Juliana al referirse a su hermana fueron la gota que rebalsó el vaso. Octavio la soltó, le lanzó una mirada furibunda y se marchó. Acababa de condenar a la reina del baile de Carnaval y a la hija del barón de Campinas al escarnio. Con el rostro encendido por la vergüenza, salió corriendo del salón para encerrarse

en su habitación.

TREINTA Y TRES

Maria Graça, casi por casualidad, fue testigo de lo que acababa de suceder en la pista de baile. Cuando el joven doctor Montalbán dejó plantada a Juliana delante de los invitados, inmediatamente después de que Candelaria y su acompañante tuviesen un altercado, comprendió la razón de su extraño comportamiento. La penosa escena que la mayoría de los invitados había presenciado también explicaba el cambio notorio que se había producido en su hija durante los últimos días. No solo Juliana tenía interés en Octavio Montalbán. Y a juzgar por la reacción del muchacho al verla bailar en brazos de otro, era obvio a cuál de las dos había elegido. Se alegraba mucho por Candelaria; sin embargo, conociendo el temperamento de su otra hija, sabía que estaba a punto de desatarse una hecatombe. Decidió subir a su habitación para intentar tranquilizarla, pero se detuvo a mitad de camino.

De repente tuvo la fuerte sensación de que estaba siendo observada. Augusto se encontraba conversando con un grupo de hombres cerca de una de las puertas que daba al porche. De tanto en tanto le lanzaba una mirada solo para cerciorarse de que continuaba allí. Turbada, buscó entre la marea de rostros enmascarados al causante de esa extraña inquietud que se había anidado en sus entrañas. Un hombre al otro lado del salón provocó su curiosidad. Acababa de llegar al baile y estaba solo. Atraída por su magnetismo, fue a su encuentro. La gente a su alrededor comenzó a diluirse como arena entre los dedos mientras la música de la orquesta no era más que un eco lejano. Él no se movió de su sitio, como si la estuviese esperando. A medida que la distancia entre ambos se iba estrechando, los latidos de su corazón se aceleraron. Solo existía en el mundo un hombre capaz de despertar en ella sensaciones tan intensas. Tuvo que cubrirse la boca con una mano

para no soltar un grito de felicidad.

Dimas, conmocionado porque Maria Graça lo había reconocido a pesar de la máscara en su rostro, acabó con los pocos centímetros que los separaban y, sujetándola del brazo, la sacó del salón antes de que alguien se diera cuenta. Terminaron metiéndose en el lugar menos pensado: el despacho del barón. Dimas se apresuró a cerrar la puerta y, al darse media vuelta, contuvo el aliento. Después de más de veinte años, estaba frente al amor de su vida. No podía hablar, y era evidente que ella tampoco. Se contemplaron en silencio sin quitarse las máscaras. Se le formó un nudo en la garganta cuando vio las lágrimas rodando por las mejillas de Maria Graça. Su propio cuerpo, de contextura sólida y fibrosa, no era más que un manojo de palpitaciones.

—*Sinhazinha*… mi amada y hermosa *sinhazinha* —musitó con la voz temblorosa.

Maria Graça se quebró en un llanto desgarrador y estuvo a punto de caer al suelo de rodillas. Dimas la tomó entre sus fuertes brazos para estrecharla contra su pecho. Todo el dolor de esos años tan lejos el uno del otro quedó enterrado en un mar de besos urgentes y miradas cargadas de devoción. Él le quitó la máscara y luego se deshizo de la suya. Maria Graça no había pronunciado palabra alguna todavía. Se dedicó a mirarlo, tocarlo y besarlo para convencerse de que no era un sueño… que Dimas estaba allí, a su lado.

Cuando le mostró que llevaba escondido en el canesú del vestido el amuleto que le había regalado antes de que su padre lo vendiera, Dimas soltó un resuello.

—Todavía lo conservas. —Lo tomó entre sus dedos y lo acarició.

—Lo he llevado junto a mi pecho desde ese día, Dimas. Sentía que, de alguna manera, estabas conmigo. —El llanto volvió a vencerla.

—Ya no llores más, Maria Graça. He regresado y, esta vez, nada ni nadie nos va a separar.

—¡Me has hecho tanta falta! —Se arrojó de nuevo a sus brazos porque necesitaba imperiosamente sentir su calor.

—¡Y tú a mí, *sinhazinha*! —Respiró hondo para embriagarse con su perfume. Era el mismo que llevaba guardado en la memoria—. El día

que me obligaron a irme de Campinas fue el más triste de mi vida. Sentí que me moriría lejos de ti y juré que, sin importar el tiempo que pasara, vendría a buscarte… y lo haría como un hombre libre.

Maria Graça lo miró.

—¿Has obtenido tu libertad? ¿Cuándo?

Le contó sobre su vida en Resende; sobre su incansable lucha contra la abolición de la esclavitud y la buena suerte que había tenido de conocer a los Gonçalves.

Maria Graça lo escuchaba completamente embelesada. Habían pasado muchos años, pero debajo de esa adorable apariencia de hombre de mundo seguía viendo a ese muchacho noble y valiente del cual se había enamorado. Le tocó el cabello. Estaba más corto de lo que recordaba, salpicado por unas cuantas hebras blancas en los costados. Sus dedos, que todavía temblaban, bajaron por su rostro y luego por el cuello hasta detenerse a la altura de su pecho. Cerró los ojos al sentir cómo su corazón bombeaba con fuerza.

—Tengo dos hijos —manifestó él, atrapando su mano entre las suyas.

Candelaria guardó silencio. No podía reprocharle nada, ni siquiera que hubiese rehecho su vida al lado de otra mujer.

—Donato y Benito no llevan mi sangre. Me casé con la madre en su lecho de muerte para cuidar de ellos. Eran apenas unos niños. Hoy ya tienen veinticinco años y no me arrepiento en ningún momento de convertirme en su padre. Cuando recibí mi carta de libertad de manos de Caetano Gonçalves, también gané el derecho de tener un apellido, dejé de ser Dimas, el esclavo, para convertirme en Dimas Gonçalves.

Percibió con qué orgullo hablaba de sus logros y de esos dos muchachos que había criado como suyos. Pensó en Candelaria; ella era su hija, carne de su carne, y era hora de que supiera de su existencia.

—Ven. —Lo condujo hacia el rincón del despacho donde estaba el sofá en el cual Augusto se echaba a descansar por las tardes, después de salir a recorrer los cafetales.

Se sentaron muy juntos uno del otro, como si ya no concibieran la idea de volver a separarse. Entrelazaron sus manos y él la miró.

¡Había tanto amor en esos ojos color chocolate que Maria Graça no necesitaba nada más para sentirse segura!

—Hay algo que debo decirte, Dimas…

—No quiero oír nada que tenga ver con ese malnacido —se adelantó—. Sé que le has dado una hija, pero eso no me importa.

—Dimas… —Intentó sacarlo de su error, pero él volvió a interrumpirla.

—Hace algunos años, durante uno de los tantos viajes que hacía para recolectar fondos para la sociedad abolicionista a la que pertenezco, volví a Campinas. Fue el día que enterraste a tu nana. Te vi en el cementerio, desgarrada de dolor, al lado de tu esposo y de una niña rubia que se acercó llamándote "mamá".

Candelaria evocó esa tarde en que había despedido los restos de Edileusa. Ella había creído ver a alguien que los espiaba.

—Estabas ahí.

Dimas asintió.

—Me sentí morir, *sinhazinha*. Pensé que te habías olvidado de mí, que ese hombre al que me juraste que jamás ibas a amar no solo te había apartado de mi lado, sino que también había logrado que me arrancaras de tu corazón.

Le cubrió la boca con la mano para obligarlo a callar.

—No digas eso, por favor —le suplicó—. Nunca te olvidé, Dimas. Aunque la vida al lado del barón se convirtió en un infierno, pensar en ti y en ese gran amor que nos teníamos me ayudaba a sobrellevar mi matrimonio sin caer en la desesperación. Si no hubiese sido porque tenía una razón muy importante para seguir viviendo, me habría dejado morir el mismo día en que el coronel te vendió para alejarte de mí.

—Lo hizo porque se enteró de lo nuestro, ¿verdad?

Maria Graça asintió. Le contó de las maldades de Jandiara con lujo de detalles.

—Si te hubieses ido conmigo cuando te propuse que huyéramos juntos…

—No podía hacerlo, Dimas. No fue por ti ni por mí, ni siquiera por todas esas mentiras que te dije para que ya no me buscaras, sino por la

criatura que crecía en mi vientre.

Dimas contuvo el aliento. Se repitió a sí mismo las palabras que Maria Graça acababa de pronunciar para asegurarse de que no había escuchado mal.

—¿Estabas esperando un hijo mío? —No sabía si su corazón iba a soportar tantas emociones.

—Sí. La niña que viste en el cementerio es Juliana. Augusto me la trajo la misma noche que me quitó a nuestra hija. Cuando descubrió que me había casado con él estando embarazada de otro hombre, enloqueció. La mandó a vivir a la hacienda de mis padres y Edileusa cuidó de ella hasta el día de su muerte.

—¡Maldito hijo de puta! —rugió Dimas, apretando los puños con fuerza. Deseaba ir a buscarlo y matarlo de un tiro entre los ojos. Cuando la ira le permitió concentrarse en sus pensamientos, empezó a atar cabos.

—¿Dónde está ella ahora? —Lo sabía, pero necesitaba que la propia Maria Graça se lo confirmase.

—Vive conmigo, aquí en La Aurora. Cuando mi nana, quien la crió como nieta suya, murió logré convencer al barón para darle su carta de libertad y adoptarla. Creció como una Soares do Carvalho. Aunque aborrecía ese apellido y todo lo que representaba, tenía que darle un lugar en mi vida para recompensarla por los años que estuvimos separadas.

—Candelaria… ¡ella es mi hija!

—¿La conoces?

Dimas asintió. Le relató su encuentro en la sede del periódico.

—Apenas la vi, algo en mi interior se removió. No solo quedé impactado por sus ojos azules, tan iguales a los tuyos, *sinhazinha*. Sentí una conexión inmediata con ella, un lazo invisible que nos unía más allá del color de la piel o de nuestros ideales abolicionistas.

—Es la voz de la sangre.

—¡Debemos contarle la verdad, Maria Graça! ¡Candelaria tiene que saber que somos sus padres!

Ella entendía y compartía su entusiasmo; sin embargo, el miedo al rechazo siempre le había impedido hablar con Candelaria. Quizás era

tiempo de dejar todos sus temores a un lado. Dimas había vuelto y se amaban como el primer día. Juntos lucharían por recuperar a su hija y alcanzar esa felicidad que les habían arrebatado en el pasado.

—Se lo diremos esta misma noche, cuando el baile acabe —resolvió. Ya no tenía caso seguir postergándolo.

—Será mejor que esperemos hasta mañana —repuso Dimas, pensando en el plan de fuga. Miró la hora en el reloj de péndulo. Faltaban pocos minutos todavía para la medianoche. La besó una vez más antes de apartarse de ella—. Debo volver a la fiesta, Maria Graça.

—Dimas, ¿qué pasa?

—Prometo que mañana lo sabrás todo. —Soltó su mano muy despacio y se dirigió a la salida. Antes de abrir la puerta, volvió a cubrirse el rostro con la máscara.

Maria Graça se quedó con el beso de Dimas en los labios y un sinfín de preguntas rondando en su cabeza.

*

El barón se sorprendió al ver a un hombre abandonar su despacho. Con la maldita máscara no podía distinguir de quién se trataba. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió entre un grupo de invitados. Pero su mayor sorpresa se la llevó apenas unos minutos después, cuando descubrió que María Graca salía del mismo lugar. Era evidente que habían estado juntos. Una terrible sospecha cruzó por su cabeza. Necesitaba saber quién era ese misterioso hombre antes de volverse loco. Lo buscó entre la multitud, sin suerte. Cuando se aseguró de que su esposa no podía haberse ido con él, se dirigió al patio. Había algunos invitados disfrutando del aire cálido de fines de febrero, pero ni rastros del extraño. ¿Dónde diablos se había metido?

Regresó a la casa, llamó a uno de los esclavos encargados de servir el refrigerio y, de un solo sorbo, se bebió la segunda copa de champán de la noche. Por el rabillo del ojo vio pasar a Candelaria. Iba acompañada por una muchacha a la que no le bastaba con esconder su rostro detrás de una máscara, ya que también llevaba un abanico con el que se echaba aire sin parar. Se detuvieron delante de un hombre. Aunque estaba de espaldas, supo que era el sujeto que andaba

buscando. Intercambiaron algunas palabras y luego Candelaria se marchó, dejándolo a solas con la joven del abanico. Pensó en acercarse y saludarlos para saciar su curiosidad. Miró su reloj de leontina. Cinco minutos para la medianoche. Debía esperar un poco más. El delegado Pinto le dio una fuerte palmada en la espalda. Estaba bastante alegre. Se preguntó dónde se habría metido su apasionada esposa.

—¡Qué bueno que lo veo, barón! —soltó un eructo. En la mano llevaba una copa vacía.

—¿Se está divirtiendo, delegado?

—Mucho, barón. ¡Usted sí que sabe organizar un baile de Carnaval!

No quería perder más tiempo con él; pero cuando Pinto le dijo que debía contarle algo importante, no tuvo más remedio que prestarle atención.

—Su hija ha estado en la delegación haciendo preguntas sobre la muerte de los Guimarães.

—¿Juliana?

—No, la morena.

Eso sí que no se lo esperaba.

—Y no estaba sola. La acompañaba un desconocido. Un esclavo liberto. ¡Hubiese visto la ropa elegante que llevaba!

Augusto se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Y ese mulato liberto le dijo su nombre?

—Sí. —Lo pensó un instante antes de responder—. Se llama Dimas Gonçalves.

Augusto ya no tenía ninguna duda sobre quién era el misterioso enmascarado que se había reunido con Maria Graça en su propio despacho. Miró en dirección hacia donde lo viese por última vez, pero ni él ni la muchacha que se había quedado haciéndole compañía estaban allí. Se habían ido mientras hablaba con el delegado. Podía sentir cómo la sangre se alborotaba en sus venas y una furia incontrolable se iba extendiendo por todo su cuerpo. ¡La zorra de Maria Graça lo estaba engañando de nuevo con el maldito esclavo! Sentía deseos de ir a buscarla y castigarla por su osadía. Los invitados que pasaban junto a él se quedaban mirándolo. El barón echaba fuego

por la nariz. Había apretado la copa con tanta fuerza que terminó haciéndose añicos en su mano. Sangraba, pero ni cuenta se dio. Tampoco escuchaba los murmullos de la gente ni la música de la orquesta. Solo era consciente del frenético bombeo de su corazón y de las palabras que retumbaban en su mente sin cesar.

Mátalos, mátalos, mátalos.

*

Maria Graça subió a buscar a Juliana después del encuentro con Dimas. Sabía que la necesitaba y que no volvería a bajar a la fiesta a menos que alguien se lo pidiera. Esperaba que el desplante del doctor Montalbán y esos celos absurdos hacia su hermana no provocasen un nuevo conflicto familiar.

Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Volvió a insistir, esta vez con más vehemencia.

—¡Juliana, hija, abre por favor! ¡Sé que estás ahí!

—¡Vete, madre! ¡No quiero ver a nadie, mucho menos a ti!

Maria Graça movió el picaporte. Le había echado llave.

—Hija, debes regresar al baile. Eres la anfitriona y ya van a dar las doce… —Se asustó cuando la puerta se abrió de repente. Juliana la miraba de una manera muy extraña—. Vamos, busquemos al doctor Montalbán. Estoy segura de que solo se trató de un malentendido. —Cuando quiso tomar su mano, ella la quitó—. ¿Qué pasa, cariño?

—¡No me llames así, *madre*!

¡Por Dios! ¿Qué había sucedido para que la tratase con tanta frialdad?

—¡Vete con la bastarda, con tu hijita más preciada! —Se dio media vuelta y le cerró la puerta en la cara.

Desesperada, Maria Graça entró en la habitación y la siguió. La obligó a que la mirase.

—¡Dime qué fue lo que te dijeron! —Recordó las preguntas que le había hecho tras descubrir que ella y Candelaria tenían la misma marca de nacimiento en la espalda.

—La abuela me lo contó todo.

¡Tenía que ser su madre! ¿Cuándo dejaría de hacerles daño?

—No sé qué te habrá dicho doña Isadora, pero creo que tengo derecho a que me escuches.

—No quiero oírte decir más mentiras. —Le temblaba la voz.

—Hija, por favor. Hablemos…

Juliana se cubrió los oídos y agachó la cabeza. Comenzó a tararear una canción hasta aturdirse por completo.

Apesadumbrada, Maria Graça abandonó la habitación con un nudo en la garganta. Juliana ya sabía la verdad y, gracias a la malevolencia de su propia madre, se había puesto en su contra. ¿Qué pasaría cuando tuviese que hablar con Candelaria? ¿La perdonaría o la culparía por no haberla dejado crecer a su lado?

*

Jandiara ya no podía continuar corriendo. Le sangraban los pies y los músculos de sus piernas apenas le respondían. Había logrado huir de la hacienda del coronel engañando a Fausto, el capataz. Cuando se enteró de casualidad que planeaban deshacerse de ella vendiéndola a un hacendado en Mina Gerais, ideó un plan para darse a la fuga. Sabiendo de la pasión que provocaba en los hombres, se había acercado al capataz con la intención de seducirlo. Esa noche era el encargado de vigilar la barraca. Si lograba distraerlo, podía huir a través de los cafetales y llegar hasta La Aurora. Una vez allí, se presentaría delante de Maria Graça o del mismísimo barón de Campinas para exigirles dinero a cambio de su silencio. Lo que ella había callado durante todos esos años valía una buena suma de reales. Si se negaban, le diría a todo el mundo que Candelaria era la hija bastarda que la baronesa había concebido con un esclavo. Ella no tenía nada que perder; en cambio, Soares do Carvalho y su esposa no podrían soportar el escándalo.

Lo del capataz había sido pan comido. Le bastó con dejarle tocar un poco de carne y unos cuantos tragos de vino tinto para que cayera completamente borracho. Apenas se quedó dormido, buscó el morral que había escondido más temprano en el hueco de un árbol y salió rumbo a la plantación, corriendo como si le fuera la vida en ello.

Ahora, exhausta y adolorida, apenas conseguía dar unos pasos sin

tambalearse. El cochero de los Esteves, otro imbécil que había caído preso de su hechizo, le había explicado cómo llegar a la hacienda del barón. Ignoraba cuánto tiempo llevaba andando, pero el hecho de tener que alejarse del sendero principal para evitar que alguien pudiese verla la había desviado varias veces de su camino. El traqueteo de un carruaje acercándose la obligó a ocultarse entre unos matorrales. El corazón le dio un vuelco en pecho cuando descubrió que se trataba del coronel y su esposa, quienes seguramente estaban volviendo del baile de Carnaval. Del susto pasó al alivio: iba en la dirección correcta. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, reanudó la marcha.

Unos cuantos metros más adelante se encontró con un desvío. Al fondo de la senda se alzaba una hilera de palmeras. Era tal como el cochero se lo había descrito. Si hubiese podido, habría hecho el último tramo corriendo. Pero llegó a la entrada de La Aurora casi arrastrándose. El lugar estaba atiborrado de galeras y volantas. Algunos de los esclavos dormían sobre el pescante, mientras otros aprovechaban para echarse a dormir en el interior de los carruajes. Pasó con sigilo, midiendo cada paso para no ser descubierta. Decidió que su mejor opción era rodear la casa grande y llegar hasta el patio trasero. Si alguno de los invitados al baile la veía, se haría pasar por una de las esclavas del barón de Campinas.

Notó un movimiento extraño cerca de una construcción antigua que se encontraba a su derecha. Por precaución, se agachó y estiró el cuello para averiguar qué sucedía. Una pareja se dirigía a una vieja casona a toda prisa. La forma de caminar del hombre le resultó familiar. Ambos llevaban máscaras en el rostro y, además, estaba demasiado oscuro como para distinguir algún otro rasgo que los identificara. Alguien se acercaba a ellos corriendo. Era una muchacha y no llevaba máscara.

Se trataba de la hija bastarda de la baronesa.

Por más que parase la oreja, no alcanzaba a oír lo que decían. Sin embargo, cuando el hombre habló, lo reconoció de inmediato. Ese vozarrón era inolvidable. Dimas… el mulato de quien había estado enamorada toda su vida, estaba de regreso en Campinas. Iba a ponerse

de pie para ir a su encuentro, pero no arriesgaría su libertad por alguien a quien jamás le había importado. Dimas y la mujer que estaba con él se perdieron en la oscuridad del monte mientras Candelaria los veía marcharse. La maldita se había quedado sola. Después del intento fallido de acabar con su vida, ese odio intenso que sentía por ella no había hecho más que potenciarse. No entraba en sus planes deshacerse de la maldita mulata; sin embargo, la imprevista aparición de Dimas la había dejado trastornada. Si había regresado no era por ella, sino por la zorra de Maria Graça. Él nunca sería suyo, pero ya nadie volvería a reírse en su cara. Esa noche les haría pagar por todo el daño que le habían hecho.

TREINTA Y CUATRO

Octavio no quería irse de la hacienda sin hablar con Candelaria. La había perdido de vista después de la escena con Juliana en la pista del baile, y aunque la buscó por todas partes, nadie supo darle razón de su paradero. Los muchachos de la sociedad le confirmaron que el plan para darle fuga a la esclava del barón no había sufrido ningún contratiempo. Dimas y Virginia ya no se encontraban en La Aurora. Él la había llevado a la sede del periódico para que se escondiera allí, y en un par de días, cuando las cosas se calmaran, Gesio la acompañaría en tren hasta la Corte. En el quilombo de Leblón aguardaban su llegada.

Candé, ¿dónde te has metido?, se preguntó una y otra vez mientras la gente a su alrededor comenzaba a dispersarse. Ya habían puesto fin al misterio cuando, a la medianoche, todos se quitaron las máscaras. Ahora volvían a sus casas, cansados y excitados, después de haber participado en uno de los eventos sociales más importantes de la provincia de São Paulo. El baile de Carnaval del barón de Campinas sería el tema de conversación durante los próximos días; también la patética escena que había protagonizado una de sus hijas al retirarse tan temprano.

Candé, no me hagas esto. ¿Acaso se estaba escondiendo de él para castigarlo por bailar con su hermana? Pensó en buscarla en su habitación, pero no se atrevió a tanto. Si el barón lo veía era capaz de correrlo de la hacienda a escopetazo limpio.

Cuando vio que Maria Graça bajaba las escaleras, se acercó.

—Señora baronesa, ¿sabe dónde está Candelaria?

Maria Graça negó con la cabeza.

—Parece que ambos la buscamos —comentó, preocupada. Necesitaba hablar con ella antes de que escuchase la verdad en los

labios maledicentes de Juliana.

—No está por ninguna parte, y temo que sea una más de sus rabietas.

Maria Graça lo miró asombrada. Hablaba como si la conociera de toda la vida.

—Juliana se molestó con ella por lo que ocurrió durante el baile. Aunque suelen tener sus altercados, acabo de estar con mi hija y tampoco la ha visto.

A esas alturas Octavio también comenzaba a preocuparse.

—Venga, doctor, vamos al despacho de mi esposo. Ya no queda casi nadie, pero hasta que no aparezca Candelaria no podré irme a dormir. ¿Le importaría quedarse a hacerme compañía?

—¿El barón no se encuentra en la casa?

—No, hace rato que no lo veo.

A Octavio la simultánea desaparición de ambos le daba muy mala espina. Cuando vio el semblante angustiado de la baronesa, supo que a ella compartía la misma sensación.

—No quiero entrar en pánico —dijo Maria Graça de repente mientras se dejaba caer en el sillón—, pero hay algo que creo que usted debe saber.

Octavio se sentó a su lado.

—¿De qué se trata?

—El día del accidente, Candelaria salió huyendo de aquí porque… porque el barón intentó abusar de ella.

Le costó mucho mantener la calma. Lo hizo solo para no preocupar más a la baronesa. Candelaria era su hija, y todos esos años había tenido al mismísimo demonio metido en su casa.

—Baronesa, no quiero entrometerme en su vida privada, pero sé del lazo afectivo que la une a Candé.

—¿Has dicho Candé?

Octavio asintió.

—Así la he llamado siempre, desde que éramos niños.

Maria Graça lo observó con atención. Era imposible, sin embargo, algo en él le había resultado familiar cuando lo conoció. Ahora entendía por qué.

—¡Marquinhos! ¡Eres el hijo de Eva y Bernardo! —exclamó, estupefacta—. ¿Cómo es posible?

—Es una historia muy larga, baronesa. Prometo que algún día se la contaré.

—¿Quién más sabe que estás vivo?

—Solo Candé, y ahora su merced.

—Supongo que si no dijiste nada y regresaste con una nueva identidad es porque debemos mantener el secreto.

—Nadie debe saberlo, al menos por ahora.

—Cuenta con mi discreción, Marquinhos.

En ese momento la puerta del despacho se abrió y Augusto se quedó viéndolos.

—Buenas noches, barón. —Octavio se puso de pie para estar a su altura.

—¿Qué hacías encerrada con este tipo? —le reprochó acercándose a ella con un gesto amenazante.

—Estábamos preocupados por Candelaria. No aparece por ningún lado —le dijo escrutando su reacción—. Si tienes algo que ver con su desaparición, será mejor que lo digas ahora.

Augusto se mofó de su acusación.

—¿Qué tengo que ver yo con eso? No me he acercado a la muchacha en toda la noche. Se habrá ido a la ciudad, a meterse en ese dichoso periódico para el que escribe.

—No, Candelaria no se hubiese ido sin avisarme.

—Tienes a la muchacha en muy alta estima, querida. —Fue hasta el escritorio y encendió un puro—. Espero que no les moleste el humo.

Octavio apretó la mandíbula. Maria Graça sufría por no saber dónde se encontraba su hija y al maldito ni siquiera le importaba. Esa falta de empatía disfrazada de indiferencia le causaba desconfianza. Después de lo que le había contado la baronesa, lo creía capaz de cualquier atrocidad.

—¿Dónde está Candelaria? —quiso saber. No se iría de allí hasta que se lo dijese.

Augusto se llevó el cigarro a la boca, lo saboreó y luego expelió el humo como si se tratara de un ritual.

—No me pregunte a mí, muchacho. Está apuntando sus dardos en la dirección errónea.

El intento de réplica de Octavio fue interrumpido por unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo Maria Graça, con la esperanza de que fuesen noticias sobre el paradero de su hija.

Amaranta entró en el despacho y se asustó al ver al barón.

—Disculpe, señora baronesa. Barón…

—¿Qué deseas? —Maria Graça vio que tenía un sobre en la mano.

—El coronel Esteves ha enviado un recado para su merced.

—¡Qué extraño! Estuvieron en el baile y fueron de los últimos en irse. —Maria Graça apenas había cruzado palabra con ellos. Su madre, intuyendo que ya había hablado con Juliana, la había evitado toda la noche. Leyó el contenido de la nota y se puso pálida—. Mi padre me manda a avisar que Jandiara huyó de la hacienda.

—¿Jandiara? —Octavio frunció el ceño.

—Es la esclava que provocó al caballo de Candelaria para que tuviese un accidente. Me odia porque el hombre del que siempre estuvo enamorada me prefirió a mí.

—¡Cállate, Maria Graça! —le advirtió Augusto.

—Ya estoy harta de tantos silencios, Augusto. Si esa mujer se llevó a Candelaria para lastimarme, voy a gritarle a todo el mundo que ella es mi hija. —Miró a Octavio. No parecía sorprendido—. No me importa tu maldita reputación ni el qué dirán. ¡Lo único que quiero es tener a mi niña sana y a salvo conmigo!

—Señora baronesa, ¿cree que esa tal Jandiara pudo venir a buscarla?

Maria Graça asintió. Sabía que la esclava era capaz de cualquier cosa y que no se tocaría el corazón para lastimarla donde más le dolía.

—Bueno, al menos ahora tienen a alguien más a quien echarle la culpa. —El comentario mordaz de Augusto no recibió respuesta.

—Hay que organizar una cuadrilla para buscarlas —propuso Octavio—. No deben estar muy lejos. Jandiara es una esclava fugitiva y no se arriesgaría a ser atrapada huyendo de la ciudad. Me inclino a pensar que se ha escondido en algún lugar hasta que pase el peligro.

Maria Graça concordó con él.

Sin perder más tiempo, Octavio regresó a la ciudad sin siquiera pasar por La Porteña. Rosaura se había retirado del baile temprano porque se encontraba indispuesta y él la había enviado de regreso antes de que se cruzara con el barón. Fue directamente al periódico porque tenía la esperanza de que Dimas y quizá también los muchachos de la Sociedad de la Camelia Blanca estuviesen allí tras la fuga de Virginia. Mientras el caballo que le habían prestado en la hacienda de los Soares do Carvalho galopaba a toda velocidad en medio de la noche, su corazón agitado le decía que su Candé estaba en peligro. Se maldijo una y mil veces por no haberse quedado con ella en el baile en vez de acatar los caprichos de la hija del barón.

Las calles de la ciudad estaban desiertas, pero sintió alivio al ver un carruaje frente a la sede de *La Voz de Campinas*. Saltó del caballo y corrió hacia el edificio. Llamó a la puerta principal, pero nadie respondió. Siguió golpeando porque sabía que había alguien en el lugar.

—¡Dimas, abra, soy yo, Octavio Montalbán! —gritó cuando los golpes no fueron suficiente.

Entonces la puerta por fin se abrió y Alfredo Nogueira asomó su cabeza.

—¿Qué ocurre, doctor?

—¡Es Candelaria, ha desaparecido!

Al oír el nombre de su hija, Dimas empujó al periodista y le exigió a Octavio que le contara todo lo que había sucedido.

—Hablemos adentro —sugirió Nogueira—. No quiero que llamemos demasiado la atención. No olviden que tenemos escondida a una esclava fugitiva. Si ya se percataron de su ausencia, deben de haber comenzado con la búsqueda.

Bajaron al sótano, donde aguardaban los demás. También estaba Virginia, que a pesar de que el plan de fuga había sido un éxito, continuaba asustada.

—¡Esto ha sido obra del barón! —adujo Dimas, inquieto por la suerte que podía correr su hija en manos de ese malnacido.

—La baronesa y yo pensábamos lo mismo, pero luego llegó un

recado de la hacienda de los Esteves con la noticia de que una de sus esclavas se había escapado.

—Eso es bueno para nosotros —terció Gesio Camargo, pensando en Virginia.

—Pero no es bueno para Candelaria —alegó Octavio, molesto—. La tal Jandiara siempre ha sentido odio hacia la baronesa y probablemente se haya llevado a su hija para vengarse de ella.

Se hizo un silencio generalizado después de la revelación que acababa de hacer Octavio. No hubo preguntas, aunque todos querían saber el resto de la historia.

Dimas se dejó caer abatido en una silla.

—Es mi culpa.

Todos se voltearon hacia él.

—Jandiara estaba obsesionado conmigo. Ambos vivíamos en la hacienda de los Esteves, pero yo nunca sentí nada por ella. Cuando descubrió que me había enamorado de la hija del coronel, hizo hasta lo imposible para separarnos. A mí me vendieron el mismo día en que a Maria Graça la obligaron a casarse con Soares do Carvalho. —Entrelazó las manos al darse cuenta de que estaba temblando—. Esta noche, en el baile de Carnaval, me enteré de que Candelaria es mi hija.

—¿Su hija? —Octavio no salía de su asombro; tampoco los demás.

Dimas asintió.

—Debemos encontrarla, Jandiara es una mujer muy peligrosa. Asesinó a Edileusa, la nana de Maria Graça, empujándola por las escaleras y trató de hacer lo mismo con mi hija.

—La caída del caballo no fue un accidente —manifestó Octavio, tan angustiado como él.

—¡Salgamos ya mismo a buscarla! —propuso Tadeo Meneses.

—¡Iré a conseguir unos caballos! —Vento salió del sótano a toda prisa. También pasaría por la iglesia para pedirle al padre Reginaldo que rezara por la niña Candelaria.

Nogueira miró a Virginia.

—Tú te quedas aquí y por ningún motivo abrirás la puerta. Vendremos a verte por la mañana. En el armario tienes un poco de

comida y una manta para pasar la noche.

Virginia le tomó la mano.

—¡Encuentre a la *sinhá* Candelaria, por favor! ¡Ella es tan buena, no puede pasarle nada!

Octavio miró a Dimas.

—La encontraremos, Virginia. Aunque tengamos que dar vuelta esta ciudad, la traeremos sana y salva.

Apenas el sacristán llegó con los caballos y la promesa del padre Reginaldo de que oraría por Candelaria, se organizaron en tres grupos: Alfredo Nogueira recorrería con Tadeo Meneses los alrededores de la hacienda de los Esteves; Gesio Camargo junto con Vento irían hacia el oeste, bordeando el río. Dimas y Octavio volverían a La Aurora, el último sitio en donde había sido vista la mulata.

Abandonaron las instalaciones del periódico de madrugada y acordaron reunirse allí al mediodía. Para entonces, todos esperaban que la desaparición de Candelaria no hubiese sido más que una horrible pesadilla.

*

Despertó y de inmediato supo que algo andaba mal. Una mordaza le cubría la boca y tenía las manos atadas. Miró a su alrededor. No reconoció el lugar. Había un olor rancio y podía sentir la humedad en sus ropas. Una vela encendida era la única señal de que alguien había estado allí con ella. Lo último que recordaba era haber salido al patio de La Aurora para despedirse de Dimas y de Virginia. Después de eso, no tenía noción de nada más. Estaba mareada, como si hubiese dormido durante un largo período de tiempo. Escuchó el canto de un gallo a lo lejos. Ya había amanecido. ¿Dónde estaba? ¿Quién la había arrastrado hasta allí? Pensó en Marquinhos y en su madrina. ¿Estarían buscándola? ¿Y el tío Alexandre? ¡Se angustiaría tanto cuando le dijeran que se la habían llevado! Intentó aflojar las cuerdas que tenía alrededor de las muñecas. Renunció cuando comprendió que sería inútil. Sintió deseos de llorar, pero se contuvo. No iba a darle el gusto de verla derrotada al desgraciado que la había confinado en ese horrible lugar. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Pensaría

en cosas bonitas para olvidarse de la angustiosa realidad que la rodeaba. Volvió a quedarse dormida. Abrió los ojos de repente al escuchar el chirrido de una puerta que se abría. Vio que alguien bajaba por unos escalones de piedra. Era un hombre. Cuando su silueta salió de las sombras y pudo ver su rostro, se le heló la sangre.

—Buenos días, querida. ¿Cómo has pasado la noche?

Augusto se aproximó a ella con una vela en la mano. La dejó encima de unos cajones y se arrodilló a su lado.

Candelaria retrocedió cuando le tocó una pierna por encima del vestido.

—Calma, no voy a lastimarte, al menos no por ahora. —Curvó los labios en una sonrisa malévola—. Todo el mundo anda buscándote. Nadie se imagina ni siquiera que estás en mi poder. Una esclava de los Esteves huyó anoche y creen que ella está detrás de tu desaparición.

Jandiara, pensó Candelaria.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

Ella no le respondió. Prefería morir de inanición antes que aceptar algo que viniera del barón.

—Deberías portarte mejor conmigo, muchachita. —Ejerció un poco más de presión alrededor de su tobillo—. Ahora dependes absolutamente de mí. Puedo dejarte vivir o matarte cuando lo desee.

Candelaria ladeó la cabeza, pero él la sujetó del rostro para obligarla a que lo viese.

—Eres igual de rebelde que tu madre. ¡Me gusta que me miren cuando hablo! —vociferó, con los ojos inyectados de rabia.

Asustada, Candelaria asintió.

—Así está mejor. —Le subió un poco la falda del vestido para que entendiera qué era lo que le esperaba si no lo obedecía—. Tu madre nunca me respetó, jugó conmigo desde el primer momento.

Entonces los rumores eran ciertos. ¡Ella era hija del barón con una de sus esclavas!

—Nos engañó a mi padre y a mí para poder casarse, y así, tapar su vergüenza.

¿De qué hablaba? ¿Qué tenía que ver su madrina en toda esa historia?

—Yo no descubrí la verdad hasta el día en que tú naciste.

Candelaria percibió que ya no la miraba con lujuria, pero el odio que se reflejaba en sus ojos le provocó escalofríos.

—Al verte, todo mi mundo se derrumbó. —Le rozó la pierna—. Pensé que estaba teniendo alguna especie de alucinación; pero no… tu piel era mucho más oscura que la mía. Te convertiste en la viva imagen de la traición de tu madre, por eso te alejé de ella, para castigarla. No podía soportar la idea de que crecieras a su lado cuando no eras más que una maldita bastarda.

Las lágrimas que se había jurado no derramar comenzaron a deslizarse por su rostro. No era cierto. Sus mentiras formaban parte de toda aquella pesadilla.

—Puse a otra niña en tu lugar para que nadie sospechara nada. ¡Esa fue idea de mi padre, qué Dios lo tenga en la gloria! —Señaló hacia arriba con la mano—. Y tú fuiste criada como esclava en la hacienda de tus propios abuelos.

Candelaria sacudió la cabeza. Se estaba ahogando con su propio llanto. Augusto se inclinó sobre ella y le bajó la mordaza.

—Si gritas, te mato —le advirtió.

Entre hipidos trató de tomar aire. Lo miró. Se regodeaba en su dolor.

—No es verdad… me está engañando.

—Los dos fuimos engañados por tu madre, querida. A mí me traicionó revolcándose con un esclavo antes de la boda; y a ti te hizo creer por más de diez años que eras una esclava, cuando la sangre de los Esteves corría en tus venas.

—¡Usted acaba de decir que me apartó de ella cuando descubrió el color de mi piel! ¡Mi madrina no tiene la culpa de nada!

La bofetada que le propinó el barón fue tan violenta que Candelaria perdió el conocimiento. Le volvió a tapar la boca, se incorporó y le echó un vistazo antes de irse. Debía reunirse con los demás para continuar la farsa. Nunca la encontrarían, y el día que lo hicieran ya sería demasiado tarde para la bastarda.

*

Desidéria entró al cuarto donde guardaban los trastos para llorar tranquila por la desaparición de su amiga. Llevaba dos días desaparecida, y aunque la búsqueda continuaba, no habían podido dar con ella todavía.

Se enjugó las lágrimas con su delantal y sacó un rosario de cuentas de madera para rezar por su regreso. El padre Reginaldo se encontraba en la hacienda, conteniendo a la baronesa con plegarias y palabras de aliento. Su familia también estaba junto a ella. El joven Alexandre había llegado acompañado por la profesora de piano de la niña Juliana. Horas después, el coronel y su esposa habían decidido dejar las diferencias de lado para apoyar a su hija en un momento tan aciago. La única que permanecía impávida tras la desaparición de Candelaria era la señorita Juliana. Se la pasaba todo el día encerrada en su habitación, como si no le importase el destino de su hermana.

Desidéria decidió que también oraría por ella, para que se le ablandara el corazón. Iba por el quinto padrenuestro cuando escuchó que alguien tosía. Esperanzada de que se tratase de su amiga Candé, se acercó. Se llevó un susto tremendo cuando vio que una mulata estaba escondida entre unos muebles viejos.

—¿Quién eres tú?

Cuando vio que la mujer tenía la intención de atacarla, tomó un cacharro del suelo y se lo mostró.

—¡No te muevas o te lo doy por la cabeza! —la amenazó frunciendo el ceño.

—¡No me delates, por favor! —le suplicó—. ¡Si me encuentran me enviarán al tronco!

Desidéria había oído en la casa grande la historia de la esclava fugitiva. Todos creían que era la responsable de la desaparición de Candelaria, pero evidentemente ella no tenía nada que ver.

—¿Sabes algo de mi amiga Candé?

Jandiara no dijo nada.

—No te quedes callada. ¡Habla!

—Si te digo lo que sé, ¿dejarás que me vaya?

Desidéria no podía prometerle nada. Aunque le daba pena, no se fiaba de ella.

—Tendrás que contarle lo que sabes a la baronesa o a alguien de la casa grande.

—¡No, no puedo hacer eso! ¡La maldita de Maria Graça me odia!

—La *sinhá* Maria Graça no te odia. Ella es una mujer muy bondadosa.

—¡Es una zorra! —escupió, furibunda.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida.

Jandiara la sujetó del brazo para impedir que se marchase.

—¿A dónde vas?

—Iré a traerte un poco de agua y algo para que comas. Luego podrás irte.

Llevaba dos días sin probar bocado. No podría seguir huyendo en su estado. Correría el riesgo de confiar en la muchacha. La soltó y le pidió que no tardara demasiado.

TREINTA Y CINCO

Juliana se apareció por el salón para enterarse de si había alguna novedad sobre la bastarda. Se sentó junto a su abuela Isadora y fingió preocupación. Pensó que se encontraría a Octavio, pero no estaba allí. Cuando le preguntó a su madre si sabía algo de él, le dijo que estaba con la cuadrilla de búsqueda.

El barón, con una copa de coñac en la mano, se reía de todos. Nadie sospechaba que acababa de volver de ver a Candelaria. Seguían convencidos de que la esclava fugitiva se la había llevado.

Maria Graça se acercó a su hija. Quizá no era el mejor momento; sin embargo, necesitaba hablar con ella antes de que su abuela intentara ponerla nuevamente en su contra.

—Juliana, ¿me acompañas al jardín? Necesito tomar un poco de aire.

La joven la miró con displicencia.

—Ve con Maria Graça, querida —la conminó doña Isadora, buscando la manera de congraciarse con su hija. Aunque jamás le perdonaría sus errores del pasado, no le deseaba ningún mal. Maria Graça sufría por la mulata y ella sabía mejor que nadie del padecimiento de una madre por sus hijos.

Maria Graça le agradeció el gesto con una sonrisa. Salió de la casa seguida por Juliana y se dirigieron al jardín para dar un paseo.

—Lamento que te hayas enterado por tu abuela y no por mí —le dijo, acariciándole la mejilla—. Candelaria no tiene la culpa de nada. Me la arrancaron de los brazos apenas nació y me obligaron a estar lejos de ella para que nadie sospechara quién era en realidad.

—¿Cómo pudo, madre? —le recriminó—. ¿En qué estaba pensando cuando se dejó tocar por ese negro?

—Juliana, comprendo que estés decepcionada de mí, pero eso no te

da derecho a juzgarme por lo que hice en el pasado.

—Todo el mundo comete errores, ¿es eso lo que va a decir para justificarse?

—No. Porque amar al padre de Candelaria nunca fue un error. Tenerla a ella tampoco. El único error irreparable que cometí en mi vida fue casarme con Augusto Soares do Carvalho.

—¡No hable mal de él delante de mí!

Maria Graça supo que había llegado el momento de contarle el resto de la verdad.

—¿Sabes lo que hizo tu padre el día que Candelaria nació?

Juliana negó con la cabeza.

—Ese día te puso a ti entre mis brazos.

La muchacha se la quedó mirando.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que te estás imaginando, hija.

—No…

Maria Graça la abrazó. Notó la tensión en su cuerpo.

—Te fue a buscar a un hospicio y le hizo creer a todo el mundo que eras la niña que acababa de parir. En un primer momento, dolida por la pérdida, no quise acercarme a ti. —La apartó, la sujetó del mentón y la miró a los ojos—. Me resistía a aceptar que alguien más ocupara el lugar de mi hija. Pero esa misma noche, empujada quizá por el dolor o el instinto maternal, te acuné contra mi pecho y empezaste a mamar. Desde entonces te amé como si hubieses salido de mi vientre. Nunca lo dudes, Juliana. Eres mi hija y siempre lo serás.

Juliana atinó a salir corriendo. Ya no deseaba seguir escuchándola. Vio cómo su madre la sujetaba del brazo con fuerza.

—No te vayas así —le suplicó—. Por favor, no permitas que la infamia que cometió tu padre nos aleje. Ya perdí a una hija y no soportaría perderte a ti también.

Juliana tenía los ojos llenos de lágrimas. Por más que quisiera odiarla, no podía. Ella la había acogido en su regazo después de que alguien la abandonara en un orfanato. No era a Maria Graça a quien tenía que repudiar, sino a la mujer que se había deshecho de ella como si fuera un perro sarnoso.

—Tu madre murió poco después de que tu nacieras —le contó, adivinando las dudas que asaltaban su mente—. Ella no te abandonó, cariño. Las monjas del hospicio se hicieron cargo de ti hasta que Augusto fue a buscarte.

—¿Por eso él nunca me quiso? ¿Porque no llevo su sangre?

—Tu padre te quiere, hija. Te eligió a ti entre los demás niños del orfanato, y aunque muy pocas veces te lo ha demostrado, le importas mucho. —No estaba segura de que fuese así en verdad, pero necesitaba que ella lo creyese—. Somos tu familia y siempre vamos a cuidar de ti.

—Candelaria es su verdadera hija… no yo —murmuró, agachando la cabeza.

—Ambas lo son, Juliana. Ella es hija de mi sangre y tú eres hija de mi corazón.

Juliana la contempló durante unos instantes con cierto recelo. Cuando el rencor y el miedo le permitieron percibir el amor que su madre sentía por ella, comprendió que los lazos sanguíneos no importaban; que una mala decisión tomada en el pasado no iba a borrar jamás tantos años de felicidad vividos a su lado. Regresó al calor de sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

—La quiero, madre.

—Yo también te quiero, cariño.

*

Ni Dimas ni Octavio estaban dispuestos a rendirse. Llevaban dos días sin dormir y no descansarían hasta encontrar a Candelaria. Habían peinado el valle de arriba abajo, no habían dejado un solo rincón de Campinas sin buscar. Y ella no aparecía. Además de los miembros de la Sociedad de la Camelia Blanca, el delegado Pinto, por exigencia de ambos, había enviado a algunos de sus hombres a rastrillar por toda la zona. Miraban dos, tres veces en cada sitio, pero parecía que a Candelaria se la había tragado la tierra.

—No te preocupes, muchacho, la encontraremos. —Dimas intentaba darle ánimos a Octavio cuando él apenas podía soportar la idea de que tal vez no volvería a ver a su hija.

—Tengo miedo de que a estas alturas…

—¡Ni siquiera lo digas! Candelaria va a regresar sana y salva a nuestro lado.

—Si algo le pasa, me muero, Dimas.

El mulato le palmeó la espalda.

—¿Tanto la quieres?

—Candé es el amor de mi vida. Estuvimos separados muchos años y acabamos de reencontrarnos. ¡No puedo perderla justo ahora!

Dimas pensó que su historia era muy similar a la suya, por eso lo comprendía mejor que nadie.

—Entonces la conocías desde antes —comentó, para distraerlo.

—Crecimos juntos en la hacienda de los Esteves, la misma en la que usted fue esclavo.

La revelación de Octavio lo sorprendió.

—Tuve que marcharme de Campinas cuando asesinaron a mi padre…

—¡Espera! ¡No es posible! —Las sospechas que Candelaria le había transmitido no eran infundadas. Su amigo se había salvado al caer al río—. ¿Eres el hijo de Bernardo Guimarães?

Octavio asintió.

—¿Conoció usted a mi padre?

—Gracias a él estoy vivo, muchacho. —Le contó sobre el encuentro que había tenido con Bernardo el día que pasara por Campinas para buscar a Maria Graça—. Él me advirtió que me fuera porque el barón se había enterado, gracias a la indiscreción de su amante, que yo andaba rondando por la ciudad. Estoy seguro de que planeaba matarme para que no me acercase a su esposa. Hace poco conocí los detalles de la muerte de tu padre: fue asesinado al día siguiente que me alertó sobre las intenciones del barón.

—¿Está insinuando que Soares do Carvalho mandó a matar a mi padre porque le contó a usted lo que pensaba hacer en su contra?

—No lo insinúo, Octavio. Estoy absolutamente convencido de que eso fue lo que ocurrió.

—¡Maldito desgraciado! —apretó las riendas del caballo. La ira que sentía por ese hombre no tenía fin.

—Lamento mucho lo que le pasó a Bernardo —le dijo Dimas. Desde que había descubierto la verdad, cargaba con la culpa de su muerte. De alguna manera tenía que resarcir el daño que el barón había provocado. Se tocó la pistola que cargaba en la cintura. Si era necesario, él mismo le haría pagar a Soares do Carvalho por sus atrocidades.

—Gracias, Dimas. Regresé a Brasil para encontrar al asesino de mi padre y llevarlo a la justicia. No importa que se trate del mismísimo barón de Campinas. Si logro demostrar que está detrás de su muerte, ni un título nobiliario obtenido gracias a su dinero ni todo el poder del mundo van a impedir que pague por lo que hizo —afirmó.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Estamos cerca de La Aurora. Volvamos a ver si hay alguna novedad. Luego continuaremos con la búsqueda. —Aunque el delegado de policía le decía que era inútil seguir rastrillando la zona de noche, pues no contaban con los hombres suficientes y el valle podía convertirse en una trampa mortal, él no lo escuchaba. Saldría todas las veces que hiciera falta hasta encontrar a su Candé.

—Seguramente nos cruzaremos con el barón —comentó Dimas. No podía culpar al muchacho por querer tenerlo cara a cara para que respondiera por sus actos. Él deseaba lo mismo y estaba más que preparado para cuando ese momento llegase.

Azuzaron a los caballos para apresurar el galope y llegaron a la hacienda mientras el sol comenzaba a retirarse por el horizonte. Dimas decidió adelantarse, y para no exponer a Maria Graça a una situación violenta con su esposo, entró por la cocina. Octavio estaba entretenido ajustando la montura cuando oyó que alguien le chistaba. Se dio vuelta y descubrió que se trataba de Desidéria.

—¿Qué sucede? —la conminó a acercarse, pero la mulata no se movió de su sitio. No le quedó más remedio que ir a su encuentro.

—Marquinhos, ¡qué bueno que regresaste!

Octavio arqueó las cejas.

—¿Marquinhos?

—No tiene caso que lo niegues. Escuché cuando hablabas con la *sinhá* baronesa en el despacho. —Se llevó las manos a la cintura—.

¿Por qué no me lo dijiste? ¡Candé lo descubrió enseguida y yo ni siquiera me di cuenta!

—No podía contárselo a todo el mundo, Desidéria —le explicó. ¿Lo había chistado para darle un sermón?

—¡Yo no soy todo el mundo! —protestó.

—No, pero tienes una extraordinaria capacidad para abrir la boca cuando no debes.

Desidéria no dijo nada. Él estaba en lo cierto. Con la alegría de saber que no había muerto como todos creían, hubiese tardado lo que un suspiro en divulgar la noticia.

—Pero esta boca tiene algo importante que decir. —Se aproximó un poco más y le indicó que se inclinara para poder hablarle bajito—. He encontrado a la esclava fugitiva.

—¿Jandiara?

Desidéria asintió.

—Se escondió en el cuarto de los trastos. Quería volver a escaparse, pero le prometí que le llevaría algo de comer. La pobre está en muy malas condiciones…

—¿No le preguntaste por Candé?

—Lo hice. Aunque me dio a entender que sabe algo de ella, no me lo quiso decir. Iba a avisarle a la baronesa, pero cuando vi que llegabas decidí que era mejor que hablara contigo. Me está esperando. ¿Vamos?

—¡Vamos, Desidéria, no hay tiempo que perder!

Entraron en la casa grande por la puerta principal y, sin que nadie los viera, cruzaron el vestíbulo a toda prisa.

—Es por aquí —susurró Desidéria indicándole que la siguiera a través de un extenso pasillo que llegaba hasta el área destinada a los esclavos. El cuarto de los trastos se encontraba debajo de las escaleras y, aunque era de fácil acceso, había que agacharse un poco para poder pasar.

Octavio entró primero. Desidéria lo siguió y le señaló el rincón donde había dejado a la esclava. Se dirigieron hacia allí, pero Jandiara no estaba.

—¡No puede ser! —exclamó la mulata llevándose la mano a la

cabeza.

Octavio dudaba que Jandiara se hubiese ido sin aguardar el refrigerio que le había prometido Desidéria. Debía de estar allí, en alguna parte.

—Jandiara, tú no me conoces, pero yo he oído hablar mucho de ti. Mi nombre es Octavio Montalbán; soy doctor y pertenezco a una sociedad abolicionista. Durante el baile de Carnaval, ayudamos a dar fuga a una de las esclavas de barón. Sé que escapaste de la hacienda de los Esteves. Si no quieres volver, te podemos ayudar, solo tienes que salir y hablar conmigo.

Esperaron un rato largo. Desidéria sugirió ir a buscarle un poco de comida para ver si la obligaban a salir; sin embargo, no fue necesario.

Jandiara se asomó por detrás de un mueble y lo miró.

—¿De verdad puede ayudarme?

—Te propongo un trato. Tú me dices lo que sabes de Candelaria y yo hablo con mis amigos abolicionistas para planear cuanto antes tu salida de la ciudad.

Jandiara aceptó. No tenía otra opción si quería evitar que la atraparan.

—La noche del baile la vi en el patio. Estaba hablando con un hombre y una mujer. —Obvió mencionar el nombre de Dimas—. Cuando se fueron, don Augusto Soares do Carvalho se acercó a ella. Comenzaron a forcejear y entonces él se la llevó.

Octavio la sacudió por los hombros.

—¿Viste a dónde se fueron?

—Entraron en esa vieja casa que está cerca de las barracas.

—La antigua propiedad de los bisabuelos del barón —repuso Desidéria.

—¡Pero ya hemos buscado allí y no la encontramos! —replicó Octavio, sospechando que le estaba mintiendo.

—Yo los vi, señor. Se lo juro —aseveró mientras hacía una cruz con los dedos y los apretaba contra su boca.

Desesperado, Octavio decidió volver a recorrer el lugar. Le dijo a Desidéria que se quedase con Jandiara y le pidió expresamente que no la dejase marchar. La esclava tenía cuentas pendientes que saldar y se

iría de allí derecho a la delegación de policía.

Corrió hasta la vieja edificación y abrió la puerta de par en par. Los muebles estaban cubiertos con sábanas, juntando polvo a través de los años. La propiedad constaba solo de tres ambientes en una sola planta. Volvió a recorrerla toda, pero fue inútil. Candelaria no estaba allí.

—¡Candé! ¿Me escuchas? ¡Soy Marquinhos! —la llamó con pocas esperanzas de que ella le respondiera—. ¡Candé! ¿Dónde estás? —Sus gritos reverberaban en las paredes desnudas de adornos y llenas de tela de arañas.

Candelaria se despertó al oír su nombre. ¡Era Marquinhos! ¡La había encontrado, por fin! Intentó gritarle, pero la mordaza en su boca no se lo permitió.

—*¡Candé! ¡Candé!*

Su voz se iba apagando. Y cuando ya no la escuchó más, supo que Marquinhos se había ido sin ella.

*

Marquinhos irrumpió en el salón donde estaban todos reunidos y, al no ver al barón, preguntó por él. Maria Graça le dijo que se había encerrado en el despacho y se dirigió hacia allí sin darle ninguna explicación.

Lo encontró recostado en el sofá con una copa en la mano y un cigarro en la boca. Se abalanzó encima de él y lo levantó, sujetándolo de la solapa de su traje. La copa se hizo añicos en el suelo y el cigarro voló por los aires.

—¡Pero qué demonios…!

—¡Dígame qué hizo con ella, maldito hijo de puta!

—¿De qué está hablando, Montalbán? ¡Deje de lanzar acusaciones sin sentido! —intentó soltarse, pero Octavio lo arrastró contra la pared y le puso el brazo en el cuello.

—¡Podría matarlo en apenas un instante! —le advirtió—. ¡Pero primero va a decirme dónde tiene a Candelaria! ¡Y no se atreva a negarlo porque alguien lo vio cuando se la llevaba del patio de la hacienda!

Augusto tragó saliva. Le costaba respirar. ¿Cómo era posible que si

alguien lo había visto no hubiese dicho nada antes? La mulata ya llevaba desaparecida dos días.

—¡Estás loco, muchacho! ¡Suéltame! —Logró ponerle las manos en el cuello y comenzó a apretar con fuerza.

Pero Octavio era más joven, más fuerte y tenía un motivo poderoso para lastimarlo: salvar a la mujer que amaba. Lo redujo hasta que Augusto terminó cayendo al suelo.

—¿Dónde está? —Le pisó la mano con el tacón de su bota.

Augusto dio un grito ensordecedor. Podía sentir cómo sus dedos se rompían.

—¡Marquinhos! —Maria Graça, asustada por el escándalo, entró en el despacho. Dimas venía con ella.

El barón les lanzó una mirada asesina.

—¡Mira qué bien! ¡No te bastó revolcarte con el esclavo en el pasado! ¡Tenías que meterlo en mi propia casa, maldita zorra!

Dimas quiso tirársele encima; sin embargo, Maria Graça se lo impidió.

—¿Qué ocurre, Marquinhos? —le preguntó Dimas, acariciando el gatillo de la pistola por encima del chaleco.

—¿Marquinhos? —Augusto parecía algo confuso.

—Sí, señor barón. Ese es mi nombre… Marcos Octavio Guimarães. Soy el hijo de Bernardo, su antiguo capataz. El mismo que usted mandó a asesinar hace once años.

—No puede ser. Mis hombres me aseguraron que estabas muerto, que caíste al río con un balazo en el pecho y parte del cuerpo quemado.

—No le mintieron, barón. Solo que conseguí sobrevivir gracias a la ayuda de un buen hombre.

—¿Para qué volviste? ¿Para vengar la muerte de tu padre? —A pesar de estar en inferioridad de condiciones, se atrevía desafiarlo.

—Regresé a Brasil para descubrir la verdad y llevar al culpable a la justicia. —Le apuntó con el dedo—. ¡Va a pagar por todo el daño que hizo! ¡Por ordenar el asesinato de mi padre y por secuestrar a Candelaria!

Mará Graça se interpuso entre los dos.

—¿Tú te llevaste a mi hija?

—¿Dónde la tienes, maldito desgraciado! —Dimas ya no se contuvo más. Apartó a Maria Graça, hizo lo mismo con Octavio y lo levantó del suelo para enfrentarlo cara a cara—. ¡Dímelo o te juro que te vas a arrepentir!

Augusto había perdido el miedo. Ese maldito esclavo liberto solo le provocaba asco. Miró a Maria Graça por encima de su hombro.

—¿De esta bestia te enamoraste, querida? —sonrió burlón—. Pensabas en él cada vez que te retorcías de placer en nuestra cama, ¿verdad? ¡Maldita puta desagradecida! —Estiró el brazo para alcanzarla, pero Dimas le atestó un puñetazo en la mandíbula.

Augusto retrocedió. Cuando se llevó la mano al rostro, descubrió que estaba sangrando.

—Si me matan, nunca sabrán dónde tengo escondida a la bastarda —les soltó para ganar tiempo. Si actuaba con astucia, podía salir librado de todo aquello. Mientras Candelaria continuase bajo su poder, él controlaba la situación. Rodeó el escritorio y se dejó caer en la butaca—. Por su bien, les sugiero que no vuelvan a tocarme.

Dimas y Octavio se miraron de reojo. El malnacido tenía razón. No podían perder la calma. Lo necesitaban con vida.

—Ahora quiero que me dejen a solas con el esclavo.

—Soy un hombre libre —le espetó Dimas, rehusándose a caer en su juego.

—Dimas, no lo provoques —le pidió Maria Graça, prendiéndose de su brazo.

—Tranquila, *sinhazinha*. Va a estar todo bien. —Le dio un ligero beso en la boca y le hizo señas a Octavio de que se la llevase.

Maria Graça se resistía a dejarlo solo allí, a merced del desmedido odio que Augusto sentía por él. Lo sabía capaz de cometer cualquier atrocidad y no estaba dispuesta a perder a Dimas ahora que acababa de encontrarlo. Pero Octavio la convenció de salir, asegurándole que se quedarían cerca, atentos a todo que pasaba del otro lado de la puerta.

—¿Y bien? Ahora somos tú y yo —dijo Dimas, en tono beligerante.

—No te di permiso para que me tutees, negro. —Le indicó que se

sentase, pero Dimas no se movió ni un ápice de su sitio.

—Un sujeto de su calaña no merece el respeto de nadie, ni siquiera de un esclavo liberto como yo.

—Cuando Gloria, la esposa del delegado de policía, me contó que un negro con ínfulas de caballero había llegado a la ciudad, de inmediato supe que eras tú. Viniste a buscarla a ella, ¿verdad?

Dimas asintió. Acababa de confirmarle lo que sospechaba: que su amante le había advertido de su presencia en Campinas.

—Maria Graça nunca deseó casarse con usted. La obligaron sus padres para separarla de mí.

—En eso te equivocas, ella sí quería convertirse en mi esposa —lo provocó—. Necesitaba a un imbécil para endosarle al bastardo que cargaba en su vientre. ¡No te imaginas todas las concesiones que hizo para salirse con la suya! ¿Te contó que a cambio de que adoptáramos a la mulata se comportaba como una puta en la cama? —Vio cómo la vena de su cuello se hinchaba—. Supongo que no es novedad para ti, ya que disfrutaste de su… fogosidad antes que yo.

Dimas apenas podía controlarse.

—No le importó acostarse con un asesino… lo único que quería era recuperar a la mulatita. —Miró el último cajón del escritorio en el que guardaba el revólver. Estaba abierto—. Alguien trató de advertirle sobre mí antes de la boda, una maldita esclava que me persigue aun estando muerta.

—Ya nada me sorprende de su merced, señor barón. Pero le queda poco tiempo. Octavio va a llevarlo a la justicia y pagará por todos sus crímenes.

—Eso está por verse, maldito esclavo. —Metió la mano en el cajón y buscó el revólver—. Debí acabar contigo hace mucho tiempo. Me robaste el privilegio de ser el primer hombre en la vida de mi esposa. Y eso se paga con la muerte. —Se puso de pie y le apuntó directamente a la cabeza. Le temblaba el brazo después del pisotón que había recibido.

Dimas, de reflejos más rápidos, sacó la pistola y, sin titubear, apretó el gatillo.

El barón de Campinas recibió un tiro en el cuello. Su arma cayó al

suelo mientras él se desplomaba sobre el escritorio. Intentó contener la sangre cubriéndose con ambas manos, pero de nada le sirvió. Boqueaba, con los ojos desencajados y el cuerpo sacudiéndose en violentos estertores.

Cuando Maria Graça y Octavio entraron al despacho después de oír el disparo, se encontraron con una escena dantesca.

Dimas sostenía una pistola humeante en la mano derecha mientras el barón se desangraba frente a él.

—¡Dimas! ¿Qué has hecho? —le recriminó Octavio, enloquecido—. ¡Ahora nunca sabremos dónde tenía secuestrada a Candelaria!

Maria Graça se acercó a él, le quitó el arma y lo abrazó.

—Era su vida o la mía, *sinhazinha* —dijo sin apartar la mirada del escritorio.

—Lo sé, Dimas. Octavio y yo lo oímos todo. —Le acarició el rostro—. Nadie podrá juzgarte jamás por lo que acabas de hacer. Augusto era un asesino. No solo ordenó la muerte de Bernardo, también estaba detrás del aparente suicidio de una esclava de esta hacienda, que trató de prevenirme para que no me casara con él.

Octavio, descorazonado y sin esperanza alguna de encontrar a Candelaria ahora que el barón estaba muerto, se dejó caer contra el alféizar de la ventana. ¿Qué iba a hacer ahora? La oscuridad se cernía sobre el valle. Otra noche más que pasaría lejos de su amada Candé.

Amaranta entró de prisa en el despacho y cerró la puerta.

—¡La niña Juliana viene hacia aquí! —Se persignó al ver el cuerpo de su amo cubierto de sangre—. Oyó el disparo y quiere saber si hay alguien herido.

—¡Por nada del mundo la dejes entrar, Amaranta! —Maria Graça no podía permitir que Juliana viera a su padre muerto—. Dile a doña Isadora y al coronel que se la lleven a su hacienda, que cuando encuentre a Candelaria iré por ella.

—Candé no volverá —dijo Octavio con lágrimas en los ojos—. El maldito se llevó el secreto a la tumba, nunca sabremos qué hizo con ella después de esconderla.

—¿La niña Candelaria no estaba en la antigua casa de los bisabuelos del barón?

—Es lo que aseguró Jandiara, la esclava fugitiva. Pero yo recorrí ese lugar de arriba abajo y no la encontré.

—Debió ser una más de sus intrigas —repuso Maria Graça, atormentada porque había anochecido y seguían sin saber dónde estaba su hija.

—En ese lugar hay una bodega secreta. Cuando era niña, uno de los esclavos más viejos me contaba que se escondía siempre allí cuando el amo, don João, lo buscaba para darle azotes.

—¿Una bodega secreta? ¿Sabés dónde está exactamente? —Una ráfaga de esperanza se instaló en el corazón de Octavio.

—Detrás de un armario, pero no sé cuál…

Era todo lo que necesitaban saber. Los tres salieron corriendo de la casa mientras Amaranta convencía a Juliana de que se fuera a la hacienda de sus abuelos. Pasaron por la cocina para llevar algo con que alumbrarse y se dirigieron a la antigua propiedad confiados de que por fin hallarían a Candelaria.

El primero en entrar fue Octavio. Detrás de él iba Maria Graça, escoltada por Dimas.

—Por aquí —les indicó, levantando el quinqué para echar luz sobre uno de los rincones de la casa donde estaba empotrado un enorme armario que llegaba casi hasta el techo. Cuando alumbró hacia abajo, descubrieron que había una marca de arrastre en el suelo.

—Debe haber una puerta detrás —dijo Maria Graça con el corazón en un hilo.

Octavio y Dimas movieron el pesado armario mientras ella sostenía el quinqué. Efectivamente, la puerta estaba allí y la habían dejado entreabierta.

—Hay unos escalones que conducen a la bodega. Bajemos. —Octavio volvió a ponerse al frente y comenzó a descender con cuidado. Maria Graça y Dimas lo seguían de cerca.

A medida que avanzaban, el quinqué iba echando luz a todos los rincones oscuros.

—Huele muy mal. —Maria Graça tuvo que cubrirse la nariz.

—Es olor a humedad y a madera podrida —acotó Dimas, aguantando el hedor.

—¿Escucharon eso? —Octavio se detuvo de repente.

Los tres hicieron silencio. Entonces un quejido apenas perceptible que provenía del fondo de la bodega encendió la esperanza. ¡Candelaria estaba viva! Octavio se tropezó con un cajón en el camino, pero logró llegar hasta ella.

Estaba acurrucada en un rincón, con la cabeza apoyada en la pared. Tenía un trapo sucio en la boca y una cuerda alrededor de las manos.

—¡Candé! ¿Me oyes? —Octavio le bajó la mordaza y la desató.

Ella abrió los ojos, pero estaba demasiado débil.

Maria Graça se arrodilló junto a su hija.

—¡Candelaria, cariño, estamos aquí!

Al oír su voz, ella sonrió. Quiso levantar el brazo para tocarla, pero no lo consiguió.

—Mamá… viniste —musitó antes de caer inconsciente sobre el pecho de Octavio.

—¿Qué le pasó? —preguntó, desesperada.

Octavio le midió el pulso.

—Tranquila, solo se desmayó. Llevémosla a la casa. —La alzó en sus brazos y la contempló en silencio. Unas cuantas lágrimas se derramaron por sus mejillas. Ya nadie volvería a lastimar a su Candé nunca más.

Maria Graça se aferró con fuerza a la mano de Dimas.

—¿La oíste?

Él asintió.

—Me llamó *mamá*… ¡Mi niña por fin me llamó *mamá*!

Dimas, tan conmocionado como ella, la apretó contra su pecho.

—Nuestra niña volvió a nosotros, *sinhazinha*. La pesadilla terminó. —Cerró los ojos y en medio de las lágrimas, rio de felicidad.

EPÍLOGO

14 de mayo de 1888, Campinas, São Paulo.
Un día después de la abolición de la esclavitud en Brasil

La Aurora, la hacienda que por varias generaciones había pertenecido a los Soares do Carvalho, volvía a vestirse de fiesta. Dos meses después de la muerte del barón, uno de los principales hacendados cafetaleros en sostener y defender la esclavitud, la princesa regente Isabel, conocida por todos como la Redentora, firmó la Ley Áurea que liberaba a todos los esclavos de Brasil después de siglos de sometimiento. Los periódicos de todos los rincones del imperio se hicieron eco de la gran noticia. *La Voz de Campinas*, que contaba con una fuente confiable dentro de la Corte, además publicó que la Redentora firmó con una pluma de oro que le había dado Magalhaes, el fabricante de maletas portugués que cultivaba camelias blancas en el quilombo de Leblon.

La felicidad se respiraba en el aire. Las puertas de las barracas de Campinas se habían quedado vacías. Los negros que elegían quedarse cobrarían un estipendio por su trabajo en las plantaciones de café. Aquellos que deseaban sentirse absolutamente libres, quizá los más valientes, recogieron sus pocas pertenencias y se marcharon a recorrer el mundo. Después de años de encierro, querían beberse la libertad de un solo sorbo.

Maria Graça, apostada contra la ventana de su habitación, disfrutaba de la alegría de los negros. La mayoría de los hombres se habían quitado la camisa, sus torsos sudorosos brillaban a la luz del sol. Algunas de las mujeres mostraban sus pechos desnudos, bailando con los ojos cerrados como si estuviesen sumidas en el más delicioso de los éxtasis. Sin darse cuenta, contagiada de su alegría, Maria Graça había empezado a mover sus caderas al ritmo de los tambores. Ella

también cerró los ojos, dejándose llevar por la magia del momento.

Cuando Dimas entró en la habitación y la vio bailando, quedó hechizado. Se acercó muy despacio, con el sigilo de un gato, y la sujetó de la cintura.

Maria Graça echó la cabeza hacia atrás para recibir un beso apasionado.

—¡Están tan felices! —exclamó, recostándose contra su pecho.

—Es la dicha de ser libres, *sinhazinha*.

—¿Siempre vas a llamarme así? —Lo escuchó murmurar un sí en su oreja—. Ya no soy tu señorita, en pocos días me convertiré en tu esposa. —Con la muerte del barón, Juliana se había convertido en la propietaria legítima de La Aurora. Ella no quería quedarse en un lugar en el cual había sido tan desdichada. Después de la boda, Dimas y ella se mudarían a la ciudad.

—No veo la hora de que casarme contigo, *sinhazinha*. Esto de vivir bajo el mismo techo sin estar casados ha desatado muchos rumores en el valle. —Le acarició los pechos por encima del vestido—. No me quejo. Ha sido maravilloso compartir tu cama todas estas noches… pero la próxima vez que hagamos el amor lo harás como la esposa de Dimas Gonçalves.

—¿Tendremos que esperar hasta entonces? —protestó.

—No, no esperaremos ni un solo día más.

Maria Graça se dio media vuelta y lo miró intrigada.

—Acabo de cruzarme con nuestra hija y con Marquinhos en el pasillo. Me han hecho una propuesta que no podemos rechazar.

—¿Qué clase de propuesta?

—Marquinhos le pidió a Candelaria que se case con él.

Maria Graça casi da un salto de tanta felicidad.

—Sé que no era lo que habíamos acordado, que ni siquiera ha llegado el vestido que mandaste a confeccionar en São Paulo, pero…

—Pero ¿qué? —Ya no podía más con la incertidumbre.

Dimas se arrodilló y tomó su mano.

—No es la primera vez que lo hago, pero espero que sea la última. —Se aclaró la garganta antes de mirarla directamente a los ojos—. Maria Graça Esteves, ¿te casarías hoy mismo con este esclavo de tus

besos que ya no puede vivir sin ti?

—¡¿Hoy?! —Maria Graça se quedó boquiabierta.

—Sí. Candelaria quiere que nos casemos los cuatro y aprovechar el festejo de nuestra gente y celebrar con ellos.

Parecía una locura, pero no lo era. No importaba las prisas ni que no tuviese un vestido adecuado para la ocasión. Su mayor sueño estaba a punto de concretarse. Hizo que Dimas se levantara y le dio un beso ligero en los labios.

—¿Sabías que me enamoré de ti al verte pasar delante de mi ventana?

Dimas asintió.

—Yo alzaba mi cabeza buscándote cada mañana, *sinhazinha*. Me llevaba ese pedacito de cielo atrapado en tu mirada al cafetal para que la labranza fuese menos agobiante. Verte todos los días era el bálsamo que curaba mis heridas. Lo que vino después ni siquiera en sueños lo podía imaginar.

Atrapados en los recuerdos, permanecieron abrazados junto a la ventana mientras los tambores seguían repicando.

*

El rumor de la cascada no alcanzaba a ahogar los gemidos de los jóvenes amantes.

Octavio y Candelaria, Marquinhos y Candé, se veían todas las tardes en el río. Aquel lugar se había convertido en su refugio. Disfrutaban de hacer el amor en el agua, como la primera vez, y de tumbarse en la hierba para secarse bajo los tibios rayos de sol.

Se entregaban a la pasión sin inhibiciones ni prejuicios. Pronto se convertirían en marido y mujer. Aunque estaban unidos por un lazo más fuerte que cualquier papel o mandato social, pasarían por el altar. La idea de una doble boda había sido suya. A Candelaria todavía le parecía increíble que su adorada madrina Maria Graça y Dimas, con quien había sentido una conexión especial desde el momento en que se conocieran, fuesen sus padres. Después del secuestro del barón, había estado inconsciente durante todo un día. Cuando despertó, Marquinhos le contó que ninguno de los dos se había separado de su

lado. La imagen de ellos, juntos, fue lo primero que vio al abrir los ojos. Oyó de labios de su padre la historia de ese gran amor que nació entre una señorita de hacienda y un esclavo de barraca, un amor que había sobrevivido al paso del tiempo y a la intolerancia de aquellos que no veían más allá del color de su piel. Cuando le contó que tenía dos hermanos mayores, que además eran gemelos, Candelaria le dijo que se moría de ganas de conocerlos.

Esa tarde de revelaciones, abrazos y besos quedaría atesorada por siempre en su corazón. Incluso la visita de Juliana, pidiéndole perdón por todas sus maldades, sería un recuerdo inolvidable.

—¿En qué piensas, Candé? —Marquinhos le hizo cosquillas en la nariz con una brizna de hierba seca.

Ella lo apartó con la mano y ladeó el rostro para verlo a los ojos.

—En las vueltas que da la vida. Hasta hace dos meses era una huérfana que, gracias a la bondad de una mujer a la que llamaba *madrina*, gozaba de todas las comodidades de una señorita bien. Ahora tengo unos padres amorosos, una hermana que aprendió a quererme, unos abuelos que empiezan a mirarme con cariño, un tío adorable que pronto me regalará una tía, y un hombre maravilloso que ni siquiera la muerte me pudo arrebatar.

—¡Y no olvides a Benito y a Donato!

—¡Cómo olvidarlos!

Los gemelos habían llegado al valle para estar presente en las bodas de su padre y de su flamante hermana. De inmediato se ganaron la simpatía de Desidéria. Era imposible saber cuál de los dos le gustaba más, porque la mulata aseguraba que eran tan igualitos que le costaba decidirse.

—¿Volvemos a la hacienda? —Marquinhos se levantó de un salto y la ayudó a ponerse de pie—. Hoy es el día de nuestra boda y todos deben de estar preguntándose dónde nos hemos metido.

A pesar de la prisa, se vistieron intercalando besos y caricias. Tomados de la mano, con la felicidad grabada en sus rostros, regresaron corriendo a La Aurora.

*

La doble ceremonia se realizó al aire libre. En el mismo lugar donde por tantos años había estado el tronco de los castigos, los novios dieron el sí. El padre Reginaldo los bendijo con lágrimas en los ojos. Era la primera vez en su vida que celebraba una boda con dos parejas tan peculiares. Después del intercambio de anillos y el tradicional beso que sellaría su unión para siempre, Dimas se aclaró la garganta y sacó el papel que llevaba guardado en el bolsillo de su chaqueta de gala.

—Debería decir que hoy es un gran día, y lo es. —Miró a su amada *sinhazinha* y a su querida hija—. Sin embargo, ayer esta nación que durante siglos pisoteó la dignidad de mi raza abrió por fin los ojos. —Respiró hondo y comenzó a leer:

A las tres horas de la tarde de hoy, trece de mayo de mil ochocientos ochenta y ocho, en la sala del trono, su Alteza Imperial, la princesa Isabel regente, sancionó la siguiente ley, votada y aprobada por la Cámara y el Senado.

"La princesa Regente Imperial, en nombre de Su Majestad el Emperador, Señor D. Pedro II, hace saber a todos los súbditos del Imperio que la Asamblea General decretó y sancionó la siguiente ley:

"Artículo 1: La esclavitud en Brasil ha sido declarada extinta desde la fecha de esta ley".

Las emotivas palabras de Dimas fueron el preludio de una celebración que se replicaba en cada hacienda del territorio brasileño.

Negros y blancos unieron sus voces para vitorear el nombre de la Redentora. Los niños que hasta hacía apenas unas horas lloraban en las barracas ahora sonreían, abrazándose a sus madres.

—¡Viva la libertad! —clamó Dimas, elevando sus brazos al cielo.

—¡Viva! —gritaron hombres y mujeres, felices bajo una lluvia de camelias blancas.

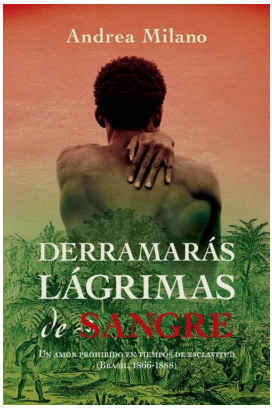
AGRADECIMIENTOS

A mis editoras, María Fernanda Mainelli y Florencia Cambariere, por darme la oportunidad de continuar cumpliendo sueños.

A Vero Barrueco y a todo el equipo de Producción de Penguin Random House por el gran trabajo que hacen antes, durante y después de la publicación de cada libro.

A los maravillosos grupos de lectura que realizan una gran labor difundiendo mis novelas. Gracias de corazón a: Argentinas para Leer, Carnaval de Lecturas, Lectoras Marplatenses, Fans de Autoras de Novelas Románticas, Recomiéndame Libros, Espacio para Autores y Lectores, Amigos Literarios sin Fronteras, Adictos a la Lectura Córdoba, Amigas Bonellistas, Lectoras de Córdoba, Mi Hobby es Leer, Grupo Patagónico de Lectura, Mundos de Papel, Nora Roberts Argentina, Las Abiblofobias Grupo de Lectura, Lectoras Casañistas, Rincón Literario, Bonellistas Unidas, Lectoras/es de Rosario y alrededores, Lectoras/es de Villa María, Córdoba, y Pasión por la Lectura.

A mis queridos lectores, por todo el apoyo y el cariño que me brindan. Gracias infinitas por leer mis historias y recomendarlas. Ustedes están al otro lado de la página, pero siempre cerca de mi corazón.



Brasil, 1866. El país está sumergido en la injusticia. Miles de esclavos son obligados al trabajo forzado y sometidos al castigo físico, y el tráfico de personas es moneda corriente. La abolición es el sueño de unos pocos.

La pasión entre Maria Graça Esteves y Dimas es incontenible. Ella, una mujer de una belleza inquietante, es la hija del coronel Esteves y pertenece a una de las familias más conservadoras de Brasil. Y él es un mulato esclavo del cafetal de los Esteves, joven, fuerte y con ideales libertarios. A escondidas unirán sus vidas para siempre. ¿Podrá un amor sobrevivir a la prohibición? ¿Serán capaces Maria Graça y Dimas de sortear las amenazas, el chantaje y las mentiras?

La lucha abolicionista, un casamiento obligado, una mujer despechada, asesinatos por venganza, dos hijas y una predicción que es también una condena —*derramarás lágrimas de sangre*— son parte de esta nueva novela de Andrea Milano, una historia de amor imposible en un país donde el abuso hacia las mujeres y el odio racial están a la orden del día.

ANDREA MILANO

Vive en Olavarría, provincia de Buenos Aires. Estudió idiomas y se desempeñó como traductora y docente de lenguas extranjeras. Voraz lectora y apasionada de las letras desde muy pequeña, empezó publicando relatos en algunos medios gráficos de su ciudad hasta que, en 2007, editó su primer libro. Incursionó en diversos géneros literarios, desde la novela histórico-romántica hasta el policial nórdico. Entre sus títulos se destacan: *Pasado imperfecto* (2007), *Corazón impostor* (2010), *Lazos de silencio* (2012), *Susurros desde el más allá* (2013), *La reina de la noche* (2014), *Mala semilla* (2014), *Embrujo gitano* (2016), *En brazos de mi enemigo* (2018) y *Alma gitana* (2019). Escribió y publicó obras bajo dos seudónimos: como Sienna Anderson, *Nomeolvides* (2008), *Escondido en tu mirada* (2011) y *La sombra oscura de la duda* (2013); y como Lena Svensson, la saga de Greta Lindberg, compuesta por La r*edención y la muerte* (2011), *El cazador y la presa* (2012), *El ángel y el infierno* (2013) y *La araña y la mariposa* (2015). También participó de las antologías de relatos *Ay, amor* (2015) y *Ay, pasión* (2019).

Foto: © Alejandra López

ANDREA MILANO
LA REINA DE LA NOCHE
VERGARA

ANDREA MILANO
EMBRUJO GITANO
Un amor prohibido en tiempos de Rosas

ANDREA MILANO
EN BRAZOS DE MI ENEMIGO
INTRIGA Y PASIÓN DURANTE LA REVOLUCIÓN OLVIDADA

Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Milano, Andrea
Derramarás lágrimas de sangre / Andrea Milano. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2020.
(Narrativa Femenina) Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online

Diseño de cubierta: Raquel Cané Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires www.megustaleer.com.ar

megustaleer

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí recomendaciones personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Derramarás lágrimas de sangre
Dedicatoria
Epígrafe
Prólogo
Primera parte. 1866-1872

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho

Diecinueve
Segunda parte. 1877-1888

Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos